

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XVI
TEXTOS HISTÓRICOS

GPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH

Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-16-6 (T. XVI)

ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Juan Bosch: Narrativa histórica, escritura de la historia <i>Odalís G. Pérez</i>	VII
BREVE HISTORIA DE LA OLIGARQUÍA	
I Las oligarquías griegas	3
II Las oligarquías americanas	37
III Definición y papel histórico	75
IV Desaparición y renacimiento de las oligarquías americanas	109
TRES CONFERENCIAS SOBRE EL FEUDALISMO	
Explicación	145
Vocabulario	147
Primera parte. El feudalismo: sus frutos y sus orígenes	151
Segunda parte. El feudalismo agrario o rural	175
Tercera parte. El feudalismo urbano	199
Una nota adicional	227
Bibliografía	233
MÁXIMO GÓMEZ: DE MONTE CRISTI A LA GLORIA, TRES AÑOS DE GUERRA EN CUBA	
Introducción	237
Máximo Gómez	241

El Napoleón de las guerrillas	245
Conferencia en el Conservatorio Nacional de Música.	299
Artículos en <i>Vanguardia del Pueblo</i>	329
De Santo Domingo a Cuba	337
Renuncia y tragedia	345

BREVE HISTORIA DE LOS PUEBLOS ÁRABES

Origen de este libro	353
Prefacio	355
Desde el imperio Árabe hasta el imperio Otomano...	357
Los países árabes hasta el final de la Primera Guerra Mundial	397
La Segunda Guerra Mundial: Más países árabes y formación del Estado de Israel	429
Lo que significó para los palestinos la instalación en su territorio del Estado Israelí	471
Índice onomástico	517

JUAN BOSCH: NARRATIVA HISTÓRICA, ESCRITURA DE LA HISTORIA

Odalís G. PÉREZ

Preliminar

El marco de una escritura de la historia¹, produce bajo la estrategia narrativa los puntos, imágenes y espacios donde podemos evocar, entender y ver los llamados tópicos y *topoi* organizados en líneas de sentido. Lo que el historiador asume como responsabilidad de trabajo, aspira a concentrar una visión constituida por claves de conocimiento, a partir de estructuras confirmativas de un pensamiento intelectual, político y, sobre todo, crítico de la historia, desde la cual se va extendiendo toda huella, todo campo de reflexión entendido como suma de lugares, tiempos y sujetos de la historia².

A partir de ese movimiento que ha impulsado nuevas narrativas, nuevas estructuras de conocimiento y, particularmente, nuevas posibilidades de razonar lo que Michel de Certeau³

¹ A propósito del concepto “escritura de la historia”, ver CERTEAU, Michel de, *La escritura de la historia* (México, Ediciones Universidad Iberoamericana, 1999, pp.33-41), donde el desaparecido estudioso francés propone un marco historiográfico de la escritura histórica a partir de una interpretación de métodos y sentidos de la lectura y la narrativa historiográfica.

² Cfr. RANCIER, Jacques, *Los Nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1993, pp.49-63.

³ CERTEAU, Michel de, *op.cit.*, pp.64-79.

y Michel Foucault⁴ han particularizado como discurso histórico, podemos reconocer la travesía del decir histórico por sus líneas de acción, sentido y particularidad de las estructuras y funciones de la representación o representaciones del objeto histórico.

Juan Bosch ha extendido como escritor, ensayista e historiador, las fases de su objeto histórico-narrativo a partir de lo que hemos llamado sus “historias”, esto es, aquellos órdenes discursivos donde encontramos su *Breve historia de la oligarquía* (1971), *Tres conferencias sobre el feudalismo* (1971), *Máximo Gómez: De Monte Cristi a la gloria* (1986) y *Breve historia de los pueblos árabes* (1991), que integran este tomo XVI de sus *Obras completas*.

Los anteriores libros de Juan Bosch se conformaron como parte de un saber de la historia dominicana, caribeña, latinoamericana y universal. En sus cuentos y novelas, así como en sus ensayos y conferencias, advertimos cómo lo histórico, lo político, lo económico y lo imaginario producen una síntesis sociocultural, pero también un marco, un contexto de significación cuyos ejes son, justamente, la historia narrativa y la narrativa histórica.

El elemento particularizador de aquella narrativa histórica y de la narrativa de la historia, se pronuncia en el contenido epocal de los tópicos o lugares, tiempos, materiales, conjuntos conformadores de una travesía que reclama la lectura, la mirada crítica, aquello que integra los diversos tonos y momentos en que se produce la secuencia, los temas,

⁴ FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, 8ª ed., México, Siglo XXI, 1982. Se estudia en esta obra una nueva perspectiva de los saberes y posibilidades del discurso, o, los discursos del saber, llamados también formaciones discursivas. Cfr. pp.33-81. Véase también del mismo autor, *Las palabras y las cosas*, 15ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1997, pp.126-163.

las preguntas y respuestas en torno al acontecimiento, la raíz, las fuerzas sociales que constituyen el mundo histórico según Dilthey⁵.

No debemos olvidar que Juan Bosch fue un escritor con un agudo sentido de la historia y el “historiar”, del narrar aquello que se reconoce o se entiende como el hecho histórico.

Los apoyos bibliográficos utilizados en sus reflexiones críticas, conferencias, escritos y ensayos histórico-sociológicos, muestran a un estudioso de estructuras y acontecimientos reveladores de formas sociales, políticas, institucionales y mentales.

Lector de Duby, Bernal, Le Goff, Marx, Weber, J. Pirenne y H. Pirenne, entre otros, ha logrado motivar a través de modos históricos y narrativos la travesía de un pensamiento raigalmente crítico y por lo mismo dinámico en su organización intelectual. La penetración que su obra histórica ha logrado en el contexto de las ideas sociales, económicas y políticas de la República Dominicana y el Caribe, implica y a la vez conduce a un campo de interés y, ante todo, a un mundo constituido por acciones, reacciones, reflexiones, visiones particulares y generales.

El contexto de la historiografía política de donde ha surgido la obra de nuestro autor ha sido diverso, por cuanto la visión explicativa de las junturas intelectuales permite entender los límites y alcances de lo político, lo histórico y lo cultural. Las fronteras epistémicas que acogen lo literario, lo económico y lo sociológico, aparecen o se forman en su obra como estructuras significativas propias de un proceso intelectual armado mediante la suma elegida de disciplinas sociales: historia, derecho, economía, teoría política, sociología, literatura y otras.

⁵ Cfr. DILTHEY, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp.82-87; pp.179-183. El filósofo alemán analiza los diferentes estados de la historia y del mundo histórico.

Las formaciones históricas y mentales que estudia nuestro autor bajo el orden concreto de los objetos ideológicos e intelectuales, se enuncian en la obra y en el ritmo específico de la escritura crítica. Bosch pronuncia y se pronuncia como campo-sujeto expandido y poco después como sujeto que propone algunas respuestas a lo real y lo contradictorio del mundo de la vida política, económica y social dominicana.

Pero Bosch investiga también la línea, el trazado que en el mundo europeo era la oligarquía, el feudalismo, lo que historiadores como Georges Duby⁶, Lucien Febvre⁷ y Jacques Le Goff⁸ han llamado la feudalidad⁹. Al estudiar la economía rural o feudal¹⁰, nuestro autor va particularizando el significado de formaciones económico-sociales y culturales que reflejan una mentalidad, un modo de producción y una ideología de la representación con sus actores, símbolos, modos de trabajo y conjunción de estructuras locales, agrarias, técnicas, morales, económicas y jurídicas.

Los *Temas económicos I y II* (1990), y *Temas históricos I* (1991), de Juan Bosch, se sostienen en el marco de un quehacer basado en una investigación registrada como alcance y pronóstico

⁶ Cfr. DUBY, Georges, *Economía rural y vida campesina en el Occidente Medieval*, Barcelona, Ed. Península, 1968. Más adelante veremos la importancia formativa y teórica de esta obra a propósito del feudalismo, la "feudalidad" y lo feudal.

⁷ Cfr. FEBVRE, Lucien, *Combates por la historia*, 2ª ed., Barcelona, Ariel, 1992. En esta obra Lucien Febvre estudia las posibilidades diversas de la investigación histórica y el historiador, así como algunos momentos claves en la investigación histórica.

⁸ Cfr. LE GOFF, Jacques, *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, Ed. Juventud, 1969, pp.185-214. Para el estudio de las estructuras espaciales y temporales de la sociedad feudal ver pp.278-290.

⁹ GUERREAU, Alain, "Féodalité", en *Dictionnaire raisonné de l'Occident Médiéval*, (bajo la dirección de Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt), Paris, Fayard, 1999, pp.386-406.

¹⁰ Cfr. DUBY, Georges, *op.cit.* pp.102-106. Para un estudio más profundo en ese sentido, ver también DUBY, Georges, *Qu'est-ce que la société féodale*, Paris, Flammarion, 2002, pp.1051-1099.

en el indiciario político o en la agenda temática del Caribe, América Latina y Europa. En su obra *El Estado, sus orígenes y desarrollo*, el estudioso dominicano pronuncia en un registro entre oral y escrito, las bases del Estado y sus urdimbres históricas, políticas, económicas y coyunturales¹¹.

El hecho de que se estudie un *factum* histórico-político a través del recorrido de sus cardinales de base, no implica que nuestro autor adopte una línea monofónica o polifónica en la estructuración del escrito como relato, historia y texto crítico indicador de perspectivas críticas.

Reconocer un orden mental, económico, político y cultural, conduce al historiador y al político a precisar, desmontar y particularizar estructuras ideológicas que han estado vigentes en tiempo y espacio¹².

La correspondencia entre escritura, narrativa y mundo social, sobresale en la obra de Bosch entendida, en esta perspectiva, como trayecto o línea de trabajo mediante la cual existe y se particulariza un tipo sociocultural, que implica un reconocimiento y reconocimiento en el contexto de producción intelectual asumido como espacio y forma de sentido.

El marco expositivo oral que en muchos casos compite con la forma expositiva escrita, no reduce en la escritura o inscripción intelectual de nuestro autor el objeto o campo de interés que sostiene el elemento de un orden intelectual ligado a fenómenos visibles y sensibles de la sociedad dominicana. Como podemos ver en su *Breve historia de la oligarquía*, la problemática de clases empuja al debilitamiento de la institución social.

¹¹ Cfr. BOSCH, Juan, *El Estado, sus orígenes y desarrollo*, Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1987, pp.82-118 y ss.

¹² Como se puede observar en las siguientes obras de Juan BOSCH: *Las dictaduras dominicanas*, Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1988; *33 artículos de temas políticos*, Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1988; y *Capitalismo tardío en República Dominicana*, Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1987.

La casuística política de las sociedades occidentales, constituye muchas veces el obstáculo para la reproducción del orden social, toda vez que el conjunto social asegura, en parte, las determinaciones y sus puntos de reconocimiento en un marco posible de alternativas o niveles de producción intelectual que se afirma cada vez más en núcleos, cuerpos de representación, estructuras, mentalidades, morales de la historia asumidas desde sus obstáculos epistemológicos, pruebas, refutaciones y enjuiciamientos coyunturales que pueden mostrar resultados plausibles en la red de lo ideológico y lo histórico.

Descripción, narración, paráfrasis, resumen, lectura transversal y horizontal, confluyen en la obra como complemento de posibilidades, perfiles analíticos, técnicas de pensamiento y tratamiento documental. El historiador dominicano ajusta y reajusta un discurso político de la historia, reconfigurando las tipologías de clase en el mapa social de la República Dominicana. La mirada que desde una pedagogía política y sobre todo crítica va constituyendo nuestro autor en la segunda mitad del siglo XX, se hace notoria en los agudos análisis dedicados a la institución económica y sociocultural dominicana.

Confluyen en la obra de Juan Bosch el llamado registro oral y escrito en una perspectiva crítica y sobre todo educativa. El tono de charla y alocución se complementa con el uso de la función apelativa e informativa del lenguaje, visiblemente estratégica en la prosa cuidada y atiplada del autor de *Tres conferencias sobre el feudalismo*, *Composición social dominicana*, *Hostos, el sembrador*, *Breve historia de los pueblos árabes*, *La pequeña burguesía en la historia dominicana*, *Mujeres en la vida de Hostos* y otros textos críticos y compendiosos, cuya inscripción ideológica encontramos en el discurso propio del ensayo político, histórico, económico y literario de la primera y la segunda mitad del siglo XX en Hispanoamérica.

Conocedor y estudioso asiduo de la historia de las ideas políticas de Iberoamérica, pero sobre todo crítico de las ideas dictatoriales y liberales continentales, nuestro autor potencializa desde la narrativa, la ensayística y el pequeño tratado educativo, las ideas democráticas y revolucionarias activadoras de un nuevo discurso político y sociocultural, estimado en sus ideas de transformación de las llamadas políticas hegemónicas, así como en la lectura de los diversos órdenes de la realidad o realidades nacionales iberoamericanas, donde latifundismo, neofeudalismo, fuerzas oligárquicas, revoluciones y evoluciones sociopolíticas, han trazado, re-trazado y retrasado los procesos económicos, sociales, educativos, culturales y en general ideológicos de la América continental.

El proceso donde se va conformando la ensayística sociopolítica de Bosch incluye también la dimensión literaria creadora. Indicios de su poesía, narrativa y ensayo literario revelan una morfología cultural de base crítica, generadora de ideas importantes plasmadas a través de toda una historia, cuyos niveles de interpretación producen el efecto de coherencia ideológica propio de una obra que necesariamente debemos estudiar para comprender sus ejes fundamentales.

En tal sentido, y por lo mismo que esta obra dirige sus líneas a metas específicas, podemos advertir que las variables analíticas del ensayismo crítico-histórico latinoamericano influye en el modo de ver, leer, interpretar de nuestro autor, justamente allí donde lo que se caracteriza como visión histórica participa del concepto de "pueblo" en su extensión más precisa de conglomerado identitario y concienical.

Toda una generación de ensayistas y políticos latinoamericanos como Rodó, Martí, Pedro Henríquez Ureña, Montalvo, A. Reyes, Justo Sierra, Vasconcelos, Antonio Caso, y más tarde V. Belaúnde, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Rómulo Betancourt, Francisco

Romero, y una cantidad de pensadores que se debatían, por los años 1940, 50 y 60, entre el nacionalismo, el liberalismo y el pensamiento democrático iberoamericano, propiciaba un retorno a la idea de América entendida como conjunción de identidades.

Formado en el contexto de las ideas positivistas, lector de Hostos y de todo aquello que produjo el historicismo en República Dominicana y en toda la América Latina y el Caribe, la instrucción de nuestro autor no era solamente acumulativa, sino participativa y sobre todo educativa en lo que tiene que ver con el *punctum* histórico y político de la época. Entre 1930 y 1950, la obra de Juan Bosch se nutrió de aquel realismo político y filosófico basado en la mirada democrática y liberadora proveniente del arielismo continental.

Pero no se trata del arielismo como simple utopía, sino del arielismo¹³ revolucionario que incluso algunos pensadores modernistas impulsaron como movimiento renovador del pensamiento y la acción revolucionarios. Las vertientes de una erudición histórica que sirviera de base para un nuevo programa educativo de la América continental, constituyeron el fundamento de cierta concepción abierta de las ideas literarias, políticas, estéticas y económicas, donde surgía entonces un nuevo vocabulario epocal basado en las ideas de liberación nacional que iba a conformarse en los ideólogos revolucionarios mexicanos, argentinos, cubanos, venezolanos, puertorriqueños y del Caribe anglófono y francófono.

¹³ En el país no se ha estudiado debidamente la problemática del arielismo como conciencia crítica y orbe o cardinal intelectual. Un intento fallido y carente de una tónica explícita en este sentido por su tratamiento reduccionista, lo encontramos en CÉSPEDES, Diógenes, "El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. Nacionalismo práctico: Los intelectuales antes de y bajo Trujillo", en *Política de la teoría del lenguaje y la poesía en América Latina en el siglo XX*, Santo Domingo, Editora Universitaria UASD-Librería La Trinitaria, 1995, pp.113-161.

En este, sentido la nueva historia escrita de los pueblos de iberomérica y del Caribe¹⁴, creaba un punto de tensión en la lectura y comprensión de movimientos políticos locales que aparecían de manera explícita e implícita en textos novelescos de influencia en el ámbito histórico caribeño y latinoamericano. En los años 60, novela, ensayo de ideas y biografía, reproducían las llamadas realidades nacionales mediante una adscripción particularizada del sujeto de la historia. El modo en que se escribe la *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964), era precisamente el de la nueva crónica epocal y política latinoamericana.

La nueva crónica del nuevo hispanismo definido en la línea del latinoamericanismo democrático y revolucionario, se reconocía por los años 1950, 60 y 70 en una estrategia de liberación mediante una escritura que quería (y debía) ser foro ideológico abierto a nuevos modos de pensar y elaborar tesis, ensayos de interpretación y revisión historiográfica, de suerte que la teoría literaria junto a la teoría política, económica y cultural se proponían desarrollar los diversos órdenes superestructurales, para de esta manera alcanzar objetivos de liberación en esa “caliente” etapa de la “Guerra fría”.

Ya en 1963, el 25 de septiembre, Juan Bosch era derrocado por un golpe militar contra su gobierno elegido democráticamente. Hecho preso, Juan Bosch sale de nuevo al exilio hacia Puerto Rico y allí lo recibe el gobernador Luis Muñoz Marín. Nuestro autor es entrevistado en Puerto Rico por los diferentes medios de prensa y ya desde allí se perfila en los ejes de una escritura democrática y crítica. Juan Bosch

¹⁴ Cfr. AA.VV., *Iberoamérica: Una Comunidad*, Caracas, Monte Avila Latinoamericana, 1992. Véase también MOYA PONS, Frank, *Historia del Caribe*, Santo Domingo, Ed. Búho, 2008. Así también, tomar en cuenta como obra crítica y compendiosa AA.VV., *Historia del Caribe*, 1ª ed. castellana, Barcelona, Ed. Crítica, 2001.

promete un combate sociopolítico y cultural. Política y literatura se presentifican en obras como *Bolívar y la guerra social* (1966) y *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, en un momento en que el caos y las revueltas urbanas y campesinas azotan el continente y, principalmente, los pueblos del Caribe y Latinoamérica. La panorámica que ofrece Bosch en *Crisis de la democracia...* es una anatomía del militarismo criminal en la década de los 50 y comienzos de los 60.

La escritura política reveladora de momentos claves de la crisis, particulariza en nuestro autor procesos de representación, signos culturales e imágenes económicas contrastantes de un capitalismo aún débil en la República Dominicana y el resto de países del Caribe. Los acentos que van desarrollando fórmulas y modos de expresión de procesos políticos, revelan en el paisaje de crisis al que se enfrenta el país, contradicciones económicas, políticas e ideológicas que amenazaban el orden infraestructural y superestructural.

La coherencia escrituraria junto a la pedagogía política asumida por nuestro autor, coloca los principales elementos de su exegética sociopolítica en la línea vertical y transversal de una democracia del sentido común, y una concepción de la sociedad amparada en la movilidad que le ofrece el capital junto a la involución particularizada como respuesta cotidiana de aquellos opuestos al *stablishment*.

La narrativa ideológica y la escritura crítica de Bosch conservaron su cohesión en el modelo de charla, conferencia, entrevista, ensayo sociopolítico, carta, tratado, declaración pública y otros actos de habla que se convierten en escritura-texto político-cultural, discurso y acción significativa. El elemento nacional e internacional ha sido en este orden incidente y convergente en la escritura de la historia, una variable integradora propiciada por nuestro autor.

En efecto, el texto político, literario y cultural acoge la temática internacionalista y nacionalista en una perspectiva democrática e involutiva. *Viaje a los antípodas* (1969), *Mujeres en la vida de Hostos* (1939), *David, biografía de un rey* (1963), *Judas Iscariote, el calumniado* (1955), *De México a Kampuchea* (1975), *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (1970), *Breve historia de la oligarquía* (1971), *Clases sociales en la República Dominicana* (1982), *Capitalismo, democracia y liberación nacional* (1983), *Capitalismo tardío en República Dominicana* (1986), *El Estado, sus orígenes y desarrollo* (1987) y *Textos culturales y literarios* (1988).

Una caracterización particular de estas obras implica el conocimiento de temas tratados a partir de las tensiones del contexto, la infraestructura y la superestructura ideológica, ambas en correlación y movimiento en los marcos tratados por una crítica sociopolítica y un ensayismo democrático empleados como técnica de expresión y escritura. Las diversas líneas de escritura y redacción desarrolladas por el ensayo latinoamericano, concretizaban ideas muchas veces contradictorias, pero sobre todo fervientes con respecto a la autodeterminación de los pueblos de América. Filología, hispanismo, política y crítica de las ideas, desarrollaron desde las tres primeras décadas del siglo XX un nuevo cuadrage y estructuración temático-formal, cuyo posicionamiento sugería nuevos cuerpos ideológicos y determinados espacios de representatividad política.

Podríamos decir que Juan Bosch escribe la historia política dominicana a través de sus cuentos, novelas, ensayos, conferencias y alocuciones radiales y televisivas. La historia inmediata y la política de una interpretación del pueblo dominicano en sus diversas fases de composición social o cultural hacen que el escritor y el político se expresen mediante focalizaciones ideológicas compatibles en voz, estilo y vocalidad textual. Todo lo cual indica, en contexto y visión, un arqueado o línea de

representación donde la República Dominicana sobresale por su historia política accidentada, arrítmica y desperfilada en sus bases económicas y políticas, tal como se puede leer en algunos ensayos de sus *Temas históricos I*.

Tal como veremos más adelante, y a propósito de *Breve historia de la oligarquía*, *Tres Conferencias sobre el feudalismo*, *Máximo Gómez, de Monte Cristi a la gloria* y *Breve historia de los pueblos árabes*, obras que constituyen el objeto y objetivo de este estudio introductorio, la formación de su obra y escritura catalizan en la cultura dominicana un estilo de interpretación de la realidad sociopolítica, particularizado como visión y modalidad de análisis micro y macropolítico. La extensión de una obra que facilita en muchos casos la comprensión de un orden social desigual en sus estructuras y coyunturas socioeconómicas y políticas, instruye de manera procesual sobre lo que es una definición del país en tanto que estructura, identidad, historia y representatividad social¹⁵.

Los grandes ejes políticos de la República Dominicana en el siglo XX, así como sus líneas de conformación social, particularizan la obra de Juan Bosch en contenido y expresión, siendo así que en sus principales discursos políticos en la década de los 60 y los 70, se percibe cierta movilidad ideológica influida por el marxismo asumido, más que como doctrina, como metodología de análisis de sociedades históricas y actuales. En su caso, el uso de categorías y estructuras para la explicación de la historia, la sociedad y la mentalidad o mentalidades dominicanas, motiva un tipo de analítica direccional dominada por la experiencia crítica y la crítica de la misma experiencia.

¹⁵ Hemos visto cómo en Bosch, los elementos constitutivos del país particularizan las instancias específicas de niveles socioculturales, socioeconómicos y clasistas; *cfr.* BOSCH, Juan, *Trujillo, Causas de una tiranía sin ejemplo*, 5ª ed., Santo Domingo, Alfa y Omega, 1991, pp.37-49; y pp.64-82 y *passim*.

A través de la narrativa, la historia, la política y el ensayismo crítico, hemos podido encontrar en la obra de nuestro autor elementos para una interpretación de las mentalidades culturales dominicanas. El significativo aporte de Bosch en este sentido, se hace observable en sus *Cuentos escritos en el exilio*, *Más cuentos escritos en el exilio* y los *Cuentos escritos antes del exilio*¹⁶ que presentan en su hechura literaria un relato y una etopeya del personaje-conjunto denominado pueblo dominicano.

La característica ilocucionaria de la narrativa histórica, literaria y política de este autor dominicano, revela en sus bordes y centros cierto directismo que se traduce desde un “analismo” y “sintetismo” constantes en la elaboración de su escritura y registro textual. La fluencia expresiva determinada por motivaciones particulares de su vocación, conllevan al conocimiento asumido como objeto y objetivo de trabajo intelectual.

Así pues, el testimonio de una escritura que a su vez desarrolla fórmulas de ilocución en contexto y representación literaria, se hace legible en textos que caracterizan lo que muchos entienden como cultura-mentalidad dominicana. El ideal extendido por nuestro autor, en este sentido, cobra valor desde el fundamento mismo de su concepción intelectual, toda vez que su pronunciamiento histórico-cultural se reconoce en el pensamiento democrático profundamente definido como campo de fuerza político-social.

El argumentario teórico-político y a la vez sociohistórico de este intelectual dominicano, promete en el marco de las ideas políticas y sociales un campo de explicación convergente en la micropolítica y la macropolítica nacionales e

¹⁶ Cfr. BOSCH, Juan, *Cuentos más que completos*, 2ª reimpresión, México, Alfaguara, 2006. Por un asunto de comodidad metodológica y seguridad textual utilizamos esta edición, con prólogo de Sergio Ramírez, pues aunque por algún motivo los cuentos no sean “más que completos”, ella ofrece más precisión para fines de trabajo; ver “Prólogo”, pp.13-21.

internacionales. Para Juan Bosch, el caso político y sociohistórico dominicano depende de estrategias y coyunturas internacionales, internas o periféricas. Genealogía, “arqueología” política, razón de Estado e historia crean en su obra-escritura una convergencia estimada como expresión, lenguaje y mundo social.

Lector de Aristóteles, Marx, Durkheim y Weber, fue también lector de Balzac, Flaubert, Maupassant, Sthendal, Zola, Gorky, Tolstoi y Dostoievski; de los costumbristas de la América continental y los principales ideólogos del siglo XX en América Latina y Europa. Juan Bosch hizo posible a través de una oralidad militante y una escritura de la historia basada en ejes democráticos, el desarrollo de cardinales explicativas del mundo cultural y social dominicano. La legibilidad de su obra se estima y reconoce en las preguntas y respuestas que sobre temas candentes internacionales y nacionales aportan al conocimiento de las relaciones diplomáticas y políticas, nacionales e internacionales, tal como podemos observar en textos como *Breve historia de la oligarquía*, *Breve historia de los pueblos árabes*, *Tres conferencias sobre el feudalismo*, *Viaje a los antípodas*, *De México a Kampuchea* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, entre otros.

Como se verá más adelante en este estudio, las claves genético-estructurales de esta obra y este autor, aseguran en texto y contexto la idea de un análisis de las estructuras y los grandes relatos del mundo político nacional e internacional, así como la crítica y explicación de los diversos fenómenos históricos y políticos, examinados en sus principales ejes y perspectivas formativas. De ahí que los niveles de instrucción y reflexión visibles en su obra, definen toda una travesía intelectual motivadora de un estudio crítico de sus principales elementos confirmativos ligados a soluciones políticas específicas en tiempos y espacios también específicos.

Breve historia de la oligarquía

Breve historia de la oligarquía puede ser denominado como un pequeño tratado sobre el poder e incidencias de clase en el marco de la relación espacio-tiempo. El relato histórico sobre la formación oligárquica, y justamente sobre la evolución de la oligarquía, tiene su apoyo en la historia social y política. El trazado llevado a cabo por nuestro autor comprende el primer clasicismo griego y, principalmente, los escritos aristotélicos sobre la *Constitución de Atenas*, *La política* y la *Ética nicomaquea*.

Según Juan Bosch, la oligarquía se conformó en Atenas y en Esparta, cuando se empezó a disolver el régimen común de la tierra en el marco de la expresión gentilicia entendida como etapa originaria¹⁷. La oligarquía griega representada por los ricos, practicó el esclavismo y la sojuzgación como sistema de explotación y adquisición de bienes. Nobleza y pueblo crearon tensiones económico-sociales en un largo período de enfrentamientos, que duró años y sobre todo conflictos de propiedad y esclavitud muchas veces no tomados en cuenta por la historia política y social de la antigüedad.

La problemática del comercio marítimo, según Bosch, pasaba rápidamente de los fenicios a los griegos y esto se podía observar en el clientelismo que tenía su expresión en grandes zonas del Mar Egeo. En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*¹⁸, Engels hizo una radiografía de las clases que detentaban el poder partiendo de su nombradía, influencia económica e incidencia en el modelo griego arcaico y clásico.

¹⁷ Cfr. BOSCH, Juan, *Obras completas*, T XVI, Santo Domingo, Edición de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.3. En lo adelante, las citas incluidas en el texto, en las que se hace referencia sólo a través del número de la página, corresponden a esta edición.

¹⁸ Cfr. ENGELS, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Ed. Ayuso, 1972, pp.99-109 y pp.109-121.

La estructura jurídica griega ya era analizada por Aristóteles en *La política*¹⁹ y en las discusiones en el ágora, en la *polis* griega que ya admitía el valor de los individuos o sujetos sociales a partir de sus niveles clasistas y de instrucción pública. A propósito de la población del Ática, Bosch explica lo siguiente: “La población del Ática estaba compuesta por cuatro tribus emparentadas, llamadas fíleas, y desde los tiempos legendarios cada fílea estaba compuesta por cuatro fraternías o hermandades; cada fraternía o hermandad estaba compuesta a su vez por treinta gens, o grupos consanguíneos, y cada uno de estos por treinta familias” (p.6).

A seguidas Bosch, refiriéndose al territorio del Ática y particularizando elementos que constituyen los ejes de la sociedad griega originaria, nos dice lo siguiente: “El territorio del Ática no estaba dividido todavía administrativa o políticamente, sino en relación con cada gens, de manera que cada gens era propietaria, comunitariamente, de la tierra que ocupaba” (*Ibid.*).

La descripción de una estructura familiar, política, territorial y económica, es un elemento que en *Breve historia de la oligarquía* tendría su valor como tratado que profundiza en el concepto de clase social dominante, pero además, en el concepto de sociedad en evolución. Taxonomía, división y determinación van constituyendo, en este sentido, ejes para el análisis y la comprensión de sociedades determinadas por cierta complejidad política, social y económica.

En esta *Breve historia...* los nombres de Solón, Jenofonte, Tucídides, Plutarco, Aristóteles, V.V. Struve, Claude Mossé, Engels, J.M. Ots Capdequí, Marx, P.V. Annenkov, Lenín,

¹⁹ ARISTÓTELES, *La Política*, Madrid, Ed. Mestas, 2007. Toda la historia política de la Grecia antigua se estima en este tratado sobre las relaciones del individuo en la sociedad ateniense y en general griega.

Ferdinand Lundberg y otros, apoyan una investigación que remite en sus casos a una visión interpretativa de las instituciones, clases, partidos, ciudades, derecho, estructuras administrativas, comercio, sojuzgamiento y otros fenómenos propios de este proceso.

“Como se ve”, nos sigue diciendo Bosch, “las necesidades de una sociedad que se hallaba en evolución y que tenía ya un activo comercio exterior exigían la aparición de un nuevo orden que iba destruyendo poco a poco al anterior” (p.7).

La problemática de las instituciones, clases y partidos en la sociedad griega, parte de cómo ésta se organiza en el tramado político-social y jurídico, pues según Bosch: “Las instituciones de las ciudades-estados griegas eran muy similares entre sí, aun en el caso de que fueran transformadas por gobiernos oligárquicos. Habitualmente, en primer lugar estaba la asamblea popular —llamada *ecclesia* en Atenas y *apella* en Esparta—, a la que pertenecían en los primeros tiempos todos los miembros de las tribus que ocupaban cada territorio, generalmente a partir de los 18 años; estaban después los consejos de ancianos, que se hallaban compuestos por representantes de las tribus, una de cuyas atribuciones era hacer justicia, y estaba el rey o ‘*basileus*’, que después pasó a compartir sus funciones con los *polemarchas* y los *arcontes*” (p.8).

En este contexto los eupátridas oligarcas que conservaban sus derechos por su elevado lugar o sitio de clase podrían elegirse y ser elegidos en el marco de los puestos públicos y de influencias en la antigua sociedad griega (*Cfr.* pp.9-14). La oligarquía conformada por los eupátridas griegos y ricos, reclamaban su derecho y *status* social en cualquier momento en que los mismos se sintieran afectados por cualquier desnivel en la *polis*. El sitio de la oligarquía griega era fundamentalmente Atenas, pero también Esparta constituyó un marco de ricos y de riqueza en

pequeñas ciudades donde había también nobles eupátridas y reconocidas personalidades que dominaron a través de la esclavitud (*Cfr.* pp.11-12; y pp.14-20).

Oligarquía y democracia encarnaron dos formas contrapuestas según refiere Bosch: “La sociedad de Laconia, o espartana, y la del Ática, o ateniense, evolucionaron en forma distinta y llegaron a ser dos polos del mundo griego, al cual pertenecían ambas. Ya para los últimos años del siglo VI a. de C. —esto es, del 600 al 501, pues los siglos y los años correspondientes a la era anterior a la cristiana se cuentan al revés razón por la cual los últimos años del siglo VI son los que más se acercan al 501—, Esparta representaba, encarnaba y encabezaba el ideal político de la Oligarquía, y Atenas representaba, encarnaba y encabezaba el ideal político de la democracia” (pp.14-15).

Dicha contraposición generaba en Grecia dos formas, dos estilos del manejo de poder sobresalientes en las prácticas políticas locales, pues en todas las sociedades antiguas las relaciones de producción estaban ligadas a la forma de producir y por lo mismo a un tipo de contradicción social que según Marx participaba de los movimientos de resistencias de clases subalternas²⁰. Engels también destacó este tipo de problemática en las antiguas formaciones sociales europeas²¹.

Pero como ya hemos visto en la línea trazada por nuestro autor, en el caso de la antigua Grecia, la organización política de cada Estado obedecía a niveles y grados diferentes de la evolución social (*Cfr.* p.15). La nobleza aquea se unió a los dorios en un proceso de invasión en el que unidos los lacedemonios o espartanos lacones, esclavizaron a los ilotas que eran los habitantes de Laconia, según Bosch “antes de la llegada de los aqueos” (*Ibid.*).

²⁰ *Cfr.* MARX, Karl, *Introducción general a la crítica de la Economía Política* /1857, 15ª ed., México, Eds. de Pasado y Presente, 1987, pp.33-60.

²¹ *Cfr.* ENGELS, F., *op.cit.*, pp.121-149.

Una característica del Estado espartano y de su oligarquía era el derecho que el poder de los ricos se dispensaba sobre el ciudadano y cómo el esclavismo de los oligarcas y de hecho, de toda la clase oligárquica espartana, era practicado con plena libertad de poder: “El Estado espartano se dio a sí mismo el derecho de disponer de la vida de los ilotas y de darles la muerte cuando lo consideraba útil, si bien no podía venderlos. Así pues, en Esparta el esclavista era el Estado, y ese Estado quedó organizado sobre la base de la existencia de una población esclava que era la única que producía para mantener al pueblo espartano, pues los ciudadanos de Esparta no podían trabajar; todas sus actividades estaban dirigidas a la guerra, lo que se explica porque debían estar constantemente preparados para hacerles la guerra a los ilotas si estos pretendían rebelarse, como sucedió más de una vez” (p.16).

La referencia a Aristóteles, Licurgo, Solón, Plutarco y Tucídides a través de Struve, quiere hacer legible un funcionamiento social a través de la historia política griega, pero también a través de las mentalidades de clase que desde allí movilizaron cuerpos de poder y fuerzas discursivas representativas de la *polis* y de las relaciones de clase.

Breve historia de la oligarquía explica una juntura antigua, relaciones elementales y evolucionadas de producción, pero además, modos de vida a partir de los cuales podemos ver y reconocer el orden y el contraorden de las ciudades griegas. Bosch, que conocía el aporte de la historiografía francesa en este sentido, pero que también conocía la doxa crítica de historiadores franceses en cuanto a la mentalidad griega arcaica, interpretó en su *Breve historia...* los elementos conjuntivos de la sociedad espartana y ateniense, asegurándose de que su historia no fuera solamente económica y política, sino también cultural.

Los partidos y frentes oligárquicos estudiados (*Cfr.* p.20), llegaron a crear disturbios según Aristóteles, citado por Bosch. Consejos representativos y procedimientos legales manejados a conveniencia, hicieron que la clase oligárquica se impusiera como estructura política y mental en la *polis* y principalmente en las acciones del *demos*. Según Bosch: “En el primer episodio de la lucha provocada por la alianza del Estado oligárquico de Esparta y el sector oligárquico de Atenas, el *demos* de la capital del Ática resultó más fuerte que sus adversarios de la oligarquía ateniense-espártana” (p.21).

Más adelante, y con una mención más definida, nuestro autor entiende que “todos esos cambios se habían acumulado, y la crisis provocada por la intervención de Esparta a favor de los oligarcas atenienses, que pretendieron recuperar el poder encabezados por Iságoras, demostró que desde los tiempos de Solón los partidarios de la democracia se habían fortalecido mucho en Atenas. Tal como lo dice Engels, el ‘comercio y los oficios, incluidos los artísticos, que se practicaban cada vez más en grande, basándose en el trabajo de los esclavos, llegaron a ser las ocupaciones principales’, y los comerciantes y los artesanos eran demócratas, y por tanto estaban en lucha contra los oligarcas” (p.22). A seguidas, y para describir de manera referida esta estructura arcaica, nuestro autor entiende que “Engels, que hizo una interpretación de la historia de Atenas sorprendentemente aguda y adelantada a su época, afirma que ‘proseguía la lucha entre los partidos; la nobleza trataba de reconquistar sus viejos privilegios y volvió a tener, por un tiempo, vara alta; hasta que la revolución de Clístenes... la abatió definitivamente, derribando también, con ella, el último vestigio de la constitución gentilicia...’” (*Ibid.*).

Nuestro autor recurre a la necesidad de un análisis histórico y político articulado como práctica intelectual integradora de conocimientos y recursos argumentativos, deseables desde

el punto de vista de la exposición y de la narrativa histórica. La particularización de estudio de las estructuras productivas de la sociedad, suscita interés para la investigación histórica, toda vez que el apoyo historiográfico se va afirmando en lo que es un régimen expositivo combinado y que remite a movimientos de interpretación necesarios para una concepción de la historia amparada en narrativas comparadas propias de la tradición historiográfica moderna.

Bosch hace referencias explícitas a las reformas políticas, económicas y sociales de la sociedad griega antigua. Cuando se revisa todo el marco de la oligarquía griega en su extensión, encontramos fenómenos políticos que involucran no solamente costumbres y tipos productivos reales, sino también fuerzas sociales en choque y contradicción (*Cfr.* pp.25-53).

En sus “Conclusiones acerca de las oligarquías griegas”, Bosch nos dice que “ésta no es una historia de Alcibíades ni de Atenas, y dado que la historia de Grecia gira en torno a la lucha de sus oligarquías y sus sectores democráticos, es innecesario hacer una historia completa de las oligarquías griegas para poder llegar a algunas conclusiones acerca de ellas. Esas conclusiones servirán para explicarnos por qué el término oligarquía pasó a ser usado en Iberoamérica desde principios del siglo XIX y también por qué hace falta definir con la mayor claridad su significado actual” (pp.34-36, y *passim*).

Una explicación filológica se perfila en referencia a la palabra oligarquía. Nuestro autor entiende que el recorrido de dicho vocablo ha sido arrítmico en cuanto a su paso del griego al latín y a las lenguas occidentales. Los llamados vuelos del término implican también sus indeterminaciones de uso.

Al respecto, Bosch precisa que “parece que la palabra oligarquía no llegó a usarse en Roma, que no se incorporó al latín y por tanto no entró en las lenguas occidentales que se formaron a lo largo del medioevo. Así, el término hizo un

vuelo de siglos y vino a reaparecer cuando empezó a generalizarse otra vez la lectura de Aristóteles y Platón. En lo que se refiere a la América española, la capa social y económica más poderosa de algunos de sus países empezó a ser denominada oligarquía a principios del siglo XX, y con el andar de los años esa denominación se extendió de tal manera que acabó quedando incorporada al lenguaje popular” (p.37).

En el contexto de los últimos cambios conceptuales que se producen hoy en lo que se ha llamado la tardomodernidad, la denominación oligarquía ha perdido un poco su carga semántica de los años 20 y 30 del siglo XX. En el *Diccionario de historia y política del mundo contemporáneo*, “Oligarquía” se define y explica de la siguiente manera: “(Del griego *Olígos*, poco, y *Arché*, poder, gobierno). En el ámbito de la política recibe este nombre la forma de gobierno en la que el poder está en manos de un pequeño número de individuos. Los orígenes de este modo de gobierno se remontan a la antigua Grecia, donde un reducido número de familias controlaban los mecanismos del poder. Esta forma de ejercer el poder se ha mantenido a lo largo de la historia hasta que el desarrollo de las democracias actuales ha limitado mucho sus posibilidades, si bien la existencia de grupos de presión política y económica constituye una nueva forma de oligarquía”²².

Una entrada de “Oligarquía”, con matices explicativos y diferenciadores se lee en el *Diccionario de Sociología*: “El término (Griego: Gobierno de pocos) es introducido por Aristóteles en su tipología de las formas de gobierno, como contrapuesta a *aristocracia* (v.), *democracia* (v.), etc. A partir del siglo XIX se lo usa en la jerga cotidiana y en el análisis de los pensadores reformistas y revolucionarios para designar la dominación de

²² *Diccionario de historia y política del mundo contemporáneo*, Madrid, Ed. Tecnos, 2006, p.590.

Cliques (v.) o de pocas familias, o simplemente de grupos reducidos que ostentan el poder, no sobre la base de sus cualidades políticas y del consenso logrado, sino sobre la base de su origen, poder económico, pertenencia a determinados grupos, etc.”²³.

De lo anterior se deriva el término “Oligopolio” que según el mismo *Diccionario*: “Designa en Economía una forma específica de mercado en la que unos pocos oferentes de gran poder de oferta (empresas, consorcios) se enfrentan a una fuerte demanda apenas organizada. Esta forma de mercado se caracteriza por intensas negociaciones de los *Oligopolios* entre sí; esto lleva teóricamente a planteos de tipo estratégico, como la teoría de los juegos”²⁴.

Aunque en la actualidad, debido a los cambios de paradigmas en cuanto al modo de gobernar desde la evolución de la democracia, el término ha perdido fuerza teórica, vemos sin embargo que en el *Primer Diccionario Altermundista publicado por ATTAC* (Buenos Aires, Capital Internacional, 2008), no aparece el término ni menciones a formaciones oligopólicas. Mientras que en el *Diccionario enciclopédico Universal Larousse*, en la entrada “Oligarquía” se lee: “(…del Griego *Oligarkhia*). Régimen político en el que el poder es controlado por un pequeño grupo de individuos o familias. 2. Autoridad, influencia preponderante que ejercen en su provecho un pequeño número de personas”²⁵.

Consultando el *Diccionario abreviado del español actual* de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, (Madrid, Aguilar, 2000, p.1278), “Oligarquía” es definida como:

²³ Cfr. DEL ACEBO ÁBAÑEZ, Enrique y BRIE, Roberto J., *Diccionario de sociología*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 2001, p.285.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ AA.VV., *Diccionario enciclopédico Universal Larousse*, vol. 4, p.1181.

“1. Régimen en que la soberanía pertenece a un grupo o clase privilegiados. 2. Grupo o clase privilegiadas que detentan la soberanía”.

Si consultamos dicho término en la vigésima segunda edición del *Diccionario de la Lengua Española* (Madrid, Real Academia Española 2001, p. 1097), “Oligarquía” es: “...Gobierno de pocos. 2. Forma de Gobierno en la cual un poder supremo es ejercido por un reducido grupo de personas que pertenecen a una misma clase social. 3. Conjunto de algunos poderosos negociantes que se aúnan para que todos los negocios dependan de su arbitrio”.

Un rastreo lexicográfico en torno a oligárquico, oligarquía, oligarca, remite a campos semánticos con valores y matices lingüísticos que, relacionados, confluyen en un significado común que proviene de la raíz griega *Oligos* + *Arqué* o *Arché*. Las diferencias explicativas parten del término explicado por Aristóteles en su *Política*.

En el *Gran Diccionario Usual de la lengua española Larousse*, la palabra aparece descrita en su significado léxico de la siguiente forma: 1. Régimen político en el que, entre los antiguos griegos, ostentaba el poder una minoría. 2. Forma de gobierno en la que el poder es ejercido por un grupo limitado de personas o una clase social dirigente. 3. Estado con un sistema de Gobierno Oligárquico. 4. Grupo de personas que gobiernan en las Oligarquías. 5. Autoridad o influencia preponderante que ejercen en su provecho un pequeño grupo de personas. 6. Grupo de personas que ejercen esta autoridad”²⁶.

Lo mismo que se lee en el *Diccionario* anterior citado, se repite en el *Diccionario Básico Anaya*²⁷.

²⁶ *Gran Diccionario usual de la lengua española Larousse*, 3ª ed., Barcelona, 2006, p.1218.

²⁷ *Diccionario Básico Anaya*, Barcelona, EPES, 2003, p.834.

Si proseguimos un rastreo lexicográfico especializado, encontraremos especificaciones semejantes en cuanto a definición, pues la mayor parte de los investigadores y divulgadores utiliza el modelo etimológico proveniente de la tradición lingüística y política griega. Como hemos visto, dicha tradición se forma a partir del discurso aristotélico trazado en *La política* y en la *Ética nicomaquea*, donde el filósofo asocia Estado y sujeto, así como sociedad y leyes.

En la mayor parte de la América continental se han conformado grupos oligárquicos, así como prácticas esclavistas fundadas en modelos de esclavitud y gobierno de un grupo hegemónico que controla medios, fórmulas y relaciones de producción a su conveniencia. Desde su regreso a República Dominicana a finales de 1961, Juan Bosch desplegó una actividad política, educativa y propagandística, ligada a lo que entonces era el movimiento político y partidista nacional. Por aquellos años, la terminología política y partidista nacional era bastante confusa por lo diverso de las interpretaciones ideológicas y políticas, de suerte que Bosch, por aquel entonces, sostenía alocuciones radiales, debates televisivos y cursos de educación popular donde se hablaba de oligarquía financiera, capital, sociedades de beneficencia, riqueza acumulada y otros vocablos a los que Juan Bosch hacía referencia.

Encontramos en *Breve historia de la oligarquía* la intensa documentación, análisis y crítica de clases, la misma que también encontramos en obras anteriores como *Composición social dominicana*, en la que Bosch estudia formaciones sociales, clasistas, históricas y políticas en la sociedad dominicana.

La referencia a un vocabulario político en el que se utilizaban categorías, conceptos históricos y expresiones especiales en el discurso político y propagandístico, ha permitido la aclaración de un lenguaje político y de elementos para desarrollar un pensamiento crítico-histórico promovido por nuestro autor

a todo lo largo de su carrera política e intelectual. El nuevo uso que en América Latina alcanzó la palabra oligarquía tuvo mucho que ver con las luchas sociales a nivel continental y en países en los que, como México, Cuba, Argentina y Venezuela entre otros, se agudizaron los conflictos de clase y poder en el marco de la economía capitalista.

Nuestro autor se pregunta, entonces: “¿Tuvieron razón los hispanoamericanos que a principios del siglo XIX comenzaron a llamar Oligarquía a la capa que se hallaba en la cúspide del poder económico y social de América?” (p.37). Basado, pues, en un estudio diacrónico y sobre todo evolutivo de la palabra en su intenso y extenso significado político, responde de la siguiente manera: “Sí la tuvieron, puesto que la imagen que habían dejado tras sí las oligarquías griegas era la de aristocracias terratenientes esclavistas, y al comenzar el siglo XIX, los señores de mayor poder social y económico del Nuevo Mundo eran terratenientes esclavistas ennoblecidos” (p.38). Y enfatiza: “A los ojos de un lector de Aristóteles del siglo XVIII o de los primeros años del XIX nada podrá parecerse más a una oligarquía griega que la situación del Brasil, de las islas francesas e inglesas del Caribe, de los Estados del Sur de Norteamérica, de los países americanos de lengua española...” (*Ibid.*).

El panorama indicado a propósito de la historia del término y su realidad en el continente americano, hace que el autor se apoye en la siguiente afirmación: “América vino a ser el único lugar del mundo occidental, en los tiempos modernos, donde la producción y la sociedad quedaron organizadas a base de esclavos abajo y amos ennoblecidos arriba” (*Ibid.*).

Y en efecto, lo que muestra el panorama de las clases sociales en América, es un predominio hegemónico de sus clases poderosas, oligárquicas y burguesas. El origen de este marco clasista lo proyectó España en América, imponiendo su forma o tipo de organización social.

Basado en el *Manual de historia económica de España* de Jaime Vicens-Vives, Bosch explica la importancia de la nobleza castellana, las dinastías arraigadas, sus ambiciones, así como el contexto de la mentalidad proaristocrática, la aristocracia y otras formas hegemónicas: “España proyectó en América su tipo de organización social, y no podía ser de otra manera. Según dice Jaime Vicens-Vives [...] a lo largo de ‘los siglos XIV y XV la aristocracia castellana cobra un auge, una importancia tan desmesurada que la convierten en árbitro de Estado. Los nobles castellanos no adoptan una posición defensiva (ante el poder de los reyes) como en los demás reinos occidentales sino que, al contrario, cambian las dinastías, se apoderan del patrimonio real y hacen del poder un instrumento de sus ambiciones... El triunfo y esplendor de la nobleza crearon en todo el ámbito castellano una mentalidad proaristocrática; no porque se tratara de emular los hechos de los grandes señores, sino porque la aristocracia estaba exenta de todo impuesto y la ilusión máxima del pobre pechero castellano [*el que tenía que pagar impuestos*, JB] fue llegar a la hidalguía, al objeto de librarse de los impuestos más onerosos” (*Ibid.*).

Luego de citar extensamente al historiador español (*Cfr.* pp.38-48), Bosch pasa revista y a la vez explica el paso del latifundio a la esclavitud como la necesaria regularidad de estructuras sociales coloniales proyectadas en América por la dominación española. Y en ese sentido destaca el origen mismo de la esclavitud en América: “La esclavitud comenzó en América cuando el propio Almirante don Cristóbal Colón envió a España, para que fueran vendidos allí, a unos quinientos indígenas de la Española apresados en acción de guerra. Eso sucedió a fines de 1494, esto es, apenas dos años después del Descubrimiento. Por Real Cédula del 20 de junio de 1500, doña Isabel declaró que los indios de la Española eran

vasallos de la Corona de Castilla, y que por tanto no podían ser esclavizados. Sin embargo el 20 de diciembre de 1503 la propia doña Isabel firmaba otra Cédula Real mediante la cual ordenaba que se repartieran los indios de la Española a razón de cien por cabezas para los altos funcionarios de la isla, ochenta a cada caballero, sesenta a cada encomendero y treinta a cada labrador” (p.43).

Así pues, la tierra debía ser trabajada por súbditos y encomenderos, caballeros y familias de la nobleza: “La necesidad de explotar la tierra, donada en grandes cantidades, exigía mano de obra, y puesto que no la había castellana había que usar la del indio. La realidad era más fuerte que la buena voluntad de la reina y que sus deseos de que los nuevos vasallos de la Corona fueran vendidos como esclavos en España” (p.43).

Y en efecto, la necesidad de mano de obra para activar el trabajo, la ganancia de caballeros y encomenderos o funcionarios de La Corona, necesitaba de la explotación en el contexto de la recién descubierta América: “La verdad era que los grandes latifundios a la manera de Castilla no podían mantenerse en América si no se disponía de mano de obra que los hicieran producir” (*Ibid.*).

En este proceso de repartimiento, encomienda y mita, la cacería y venta de indios era un negocio la más de la veces ilegal. El obispo Fonseca contravenía también, en algunos casos, las decisiones de La Corona en este sentido. La explotación de la mano de obra indígena pasó por etapas de crueldad y aniquilamiento. La explotación del cuerpo como forma de uso y economía de la clase noble castellana, hizo posible el enriquecimiento de los de arriba en perjuicio de los explotados de abajo.

Se ha creído muchas veces que la historia de la esclavitud en el Nuevo Mundo comienza con la llegada de los negros a América. La economía política de la tierra y del oro se iba

constituyendo sobre la idea de la producción y la productividad esclavas, de tal manera que la maquinaria de la explotación proyectada y ajustada particularmente por La Corona terminó por aniquilar a los indios nativos de la isla.

Bosch explica toda esta problemática siguiendo las ideas de J. M. Ots y Capdequí (*Cfr.* pp.44-45), para los diferentes casos de pueblos de América (México, Perú, Santo Domingo, Mérida, Yucatán). El nacimiento, pues, del régimen oligárquico en América tuvo ribetes hegemónicos muy concretos, pues la esclavitud tuvo un significado económico de alto interés para el concepto de poder ligado a la explotación. Pero la esclavitud cobró real valor económico en América cuando fueron traídos los primeros negros africanos al continente “destinados a la producción azucarera y minera. Fue entonces cuando nació la Oligarquía americana” (p.52).

Una consideración en este sentido de tipo sociológico y económico, particulariza el origen de la oligarquía en las sociedades americanas: “La oligarquía esclavista del Nuevo Mundo”, escribe Bosch, “no fue el producto natural de las sociedades americanas. Llegó desde el exterior, de donde llegaron los esclavos y sus amos, y varias de sus características, como por ejemplo su aspecto racista, provienen de esa imposición externa. Ahora bien, lo que la creó fue la necesidad de producir para los mercados europeos, y su explicación histórica está en el papel que jugó en el proceso de la acumulación originaria de capitales en Europa...” (pp.52-53).

Esta *Breve*, pero intensa, *historia de la oligarquía* escrita por Bosch, resulta puntual desde el punto de vista de la historia misma de las clases sociales en América y Europa. Los numerosos datos que informan sobre la condición oligarca y esclava, permiten entender las causas y condiciones de nacimiento de esta capa de poder que determinó las formas de esclavismo y comercio a nivel continental. Los efectos hegemónicos de la

oligarquía en América se deben estudiar a partir de algunos condicionantes político-económicos y sobre todo, de algunos niveles de desarrollo desigual, dado el desarrollo también desigual de la producción y las relaciones de producción en los diversos puntos del continente americano.

Muchas fueron las vicisitudes de la oligarquía como clase hegemónica en el Caribe, pero sobre todo en la línea de un racismo y una explotación que en las islas del Caribe, tal como lo explica Eric Williams en *Capitalismo y esclavitud*, adquirió una dimensión cruzada de explotación y sobre-explotación que aniquiló en este sentido a un gran número traído hasta aquí (*Cfr.* p.58).

Señala Bosch que “ese rasgo —tan importante para los esclavistas— se extendió a territorios franceses y españoles tan pronto unos y otros pasaron a tener una economía basada en la esclavitud” (*Ibid.*).

Los comportamientos oligárquicos en América revelaron diversos aspectos en torno al funcionamiento social de la esclavitud, pues las influencias de las metrópolis en el Caribe insular y la América de habla inglesa, francesa y española, supone un marco de conflicto y de intereses económicos y comerciales que hubo de sentirse en todo el Continente hasta bien entrado el siglo XIX. Las plantaciones en el Caribe insular y el trabajo esclavo minero, implicó un proceso de formación del neoesclavismo y la sobre-explotación de mano de obra en todo el ámbito de influencia de las metrópolis.

Las oligarquías inglesa, francesa y española en el Caribe, funcionaron sobre la base de nuevas licencias comerciales y por lo mismo nuevos focos racistas y comerciales impuestos por el cuerpo hegemónico de las oligarquías financieras y blancas en el Nuevo Mundo. Bosch explica el hecho de que “las oligarquías americanas eran limitadas en número de sus miembros y

disponían de riquezas excesivas, dos circunstancias que la aislaban, naturalmente, del común de las gentes, y el aislamiento, también de manera natural, tendía a deformarlas en el orden psicológico y mental” (p.68).

Nuestro autor cita una bibliografía selecta de autores y obras que le sirven de base a su pesquisa y a su doxa crítica sobre las clases sociales en el Nuevo Mundo. El papel histórico de las oligarquías americanas generó varias líneas a nivel de la economía urbana y rural. La situación de avance y choque del capitalismo premonopolista y monopolista, fue imponiendo modos y relaciones en las diversas áreas del comercio y la economía, generando también una mentalidad oligárquica marcada por una expresión de aislamiento en el proceso de desarrollo clasista (*Cfr.* pp.75-87).

Nuestro autor se refiere al llamado “Comercio Triangular” como fenómeno europeo en la segunda mitad del siglo XVIII. “El Comercio Triangular fue el mecanismo que se puso en función para hacer de las oligarquías de América tributarias económicas de Europa. Mediante ese mecanismo se hacía llegar a Europa la mayor parte de los beneficios que se obtenían en América y a la vez se les fijaba a la oligarquías un papel y una posición a los cuales no podían renunciar aunque quisieran, si bien ellas no querían, y algunas vinieron a quererlo cuando ya la esclavitud estaba superada por formas más avanzadas de producción” (pp.85-86).

Bosch narra a seguidas de qué manera se llevaba a cabo el Comercio Triangular (*Cfr. Ibid*). Explica las etapas de funcionamiento de unas relaciones comerciales entre países, donde el capitalismo se iba desarrollando sobre la base de un activo comercio terrestre y marítimo en el siglo XVIII; las relaciones entre Europa, África, y América generaron diversas formas de dominación y colonialismo en el contexto de propósitos hegemónicos e ideológicos.

Llegado a este punto es importante señalar que *Breve historia de la oligarquía* está escrito desde cardinales históricas y discursivas organizadas en un eje cultural diacrónico. El fraseo verbal estable y los predicamentos lógicos del discurso, hacen de este libro un bucle sociohistórico y sociopolítico útil para el conocimiento de lo que ha sido el rol hegemónico de la oligarquía en tiempo y espacio. La enorme cantidad de datos relacionados y sobre todo el caudal de fuentes utilizadas para analizar el funcionamiento de la esclavitud en América, Europa y las colonias gobernadas y dominadas por las grandes metrópolis en base a un comercio cruzados por signos epocales, explican la formación y la base de dominación oligárquica sobre la base de la superexplotación y el trabajo esclavo.

Pero el libro focaliza, además, los grandes temas políticos, económicos y territoriales de los países de Europa, América y el Caribe, en el marco de una técnica, una economía y una formación capitalista incipiente y con visos de desarrollo lento. El señalamiento que hace Bosch a propósito de la orientación económica no sorprende si se tiene en cuenta la precedente historia política de estos pueblos y las líneas sociopolíticas que justificaron la explotación y las fuerzas mercantiles que produjeron las relaciones de conquista y subyugamiento económico: “La consecuencia natural de una economía orientada hacia el exterior era que todos los canales de distribución se hallaban también o dirigidos al extranjero o destinados a servir al comercio importador. Cada país oligárquico era, pues, dependencia económica de un poder exterior. Esa condición no podrá cambiarse, una vez liquidadas las oligarquías, porque no había producción interior que supliera los bienes de consumo que se importaban, y ni siquiera podían establecerse relaciones de intercambio entre los países que habían sido oligárquicos dado que todos eran productores de los mismos renglones y cada uno de ellos se encontraba en situación parecida a la que sufrían los otros” (p.121).

La problemática económica estimada sobre la base de relaciones, modos de producir, relaciones de producción, valor de uso y otros, va constituyendo las bases de una lógica viviente de lo real. En lo que a República Dominicana se refiere, la palabra oligarquía se ha tocado de muy variadas maneras, debido a la confusión que impone el ambiente político partidista entre 1960 y 1970, pero también los representantes de grandes y pequeños partidos que han incidido en el marco de las luchas ideológicas y políticas del país. Indudablemente, la explicación y el modo de explicación que sobre la base informativa e histórica despliega nuestro autor a todo lo largo de este libro, también se extiende a otros escritos suyos como *El Estado, sus orígenes y desarrollo* y *Clases sociales en la República Dominicana*. El uso teórico y crítico asumido por Bosch tiene sus antecedentes textuales en los *Grundrisse* o *Elementos para la crítica de la Economía política*, donde Marx lleva a cabo una investigación en torno a los problemas de la economía capitalista y sus estructuras diacrónicas y sincrónicas. Se trata de analizar elementos fundamentales. De ahí la denominación alemana de *Grundrisse* ¡'Grund'!, esto es, Fundamentos, a partir de conceptos teóricos y categorías como producción, distribución, cambio, dinero, circulación, valor, capital y otros²⁸.

Los *Grundrisse* a los que se refiere Bosch (p.76) son manuscritos de una obra no terminada, pero donde se plantean asuntos históricos, económicos y políticos del sistema capitalista. Las variadas y múltiples referencias a obras y autores, documentan todo un marco analítico particularizado en fuentes para el estudio de la oligarquía y las relaciones de producción en la línea de una comprensión global del concepto.

²⁸ Cfr. MARX, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía política* (*Grundrisse*). 1857-1858, 10ª ed., Vols. 1, 2, 3, México, Siglo XXI eds., 1980.

Volviendo a la reflexión de Bosch en torno a las oligarquías esclavistas de la América continental leemos la siguiente consideración: “La Revolución Industrial acabó matando a las oligarquías esclavistas americanas, que tanto habían contribuido a su aparición, así como la proliferación del comercio y de la artesanía en el Ática acabaría siendo una puñalada en el corazón de la oligarquía ateniense. Las oligarquías de América dependían de la esclavitud en la misma medida en que ésta se hallaba sometida a ellas, y la esclavitud no podía sostenerse en la era industrial porque lo que ella producía era más caro que lo que producían las máquinas” (p.107).

A propósito de la desaparición de las oligarquías esclavistas de América, nuestro autor llama la atención sobre un aspecto que se debe tener en cuenta al caracterizar el problema: “Sería un error pensar que a la desaparición de las oligarquías esclavistas de América le sucedió la formación y el desarrollo de burguesías. Lo que siguió fue un estado de pobreza general que facilitó la resurrección de las oligarquías con nuevas apariencias...” (*Ibid.*).

Vemos que además de un cuerpo de enunciados afirmativos o aseverativos, existe en Bosch la base de una exegética política e histórica donde sobresale cierta movilidad dialógica y recesiva, en la línea de un argumentario histórico basado en la lógica del descubrimiento político. El análisis de estructuras está ligado también al análisis de coyunturas históricas y socioculturales, de tal manera que la exposición o relato de los eventos o secuencias históricas, remite siempre a una realidad dinámica local o internacional (*Cfr.* pp.116-119). Las consecuencias observables desde un ámbito nacional influido por imposiciones políticas económicas y particularmente comerciales, se reconocen en este proceso como efectos coyunturales y direccionales.

Situado nuestro autor en el contexto teórico y conceptual planteado por Marx, los economistas ingleses y franceses, surge de su análisis, a propósito de la oligarquía, el hecho de que “Durante los siglos de duración del sistema oligárquico, todas las actividades económicas, si se exceptúan las de subsistencia, se dirigían a o provenían del exterior” (Cfr. p. 120).

Breve historia de la oligarquía, pues, representa en la obra histórico-sociológica de Juan Bosch una etapa de reflexión y estudio de las clases sociales incluyentes de momentos y etapas donde el autor necesita aclarar, desde un marco de formación específica, los problemas, contextos de desarrollo, influencia y estructura de la oligarquía entendida como clase dominante y sistema político-social hegemónico en la antigua Grecia, África, América Latina, el Medio y el Extremo Oriente. La inscripción de estudio sostenida en esta obra suscita, sin embargo, muchas preguntas sobre tan duradero sistema de dominación política y económica con aspectos, formas y rasgos todavía vigentes en el momento actual de la vida social, la crisis política internacional y nacional.

Tres Conferencias sobre el feudalismo

Los estudios medievales enfocados en la vertiente de la historiografía francesa y germánica, ocuparon (y aún ocupan) un territorio intelectual con incidencia en la economía, la política, la historia, la cultura, las artes y la literatura, luego de que ciertas tendencias del análisis histórico privilegiaron especialidades sobre la Edad Media (alta y baja), pero sobre todo a partir de las ideas de Lucien Febvre, Marc Bloch, Jacques Le Goff, George Duby, Jean-Pierre Poly, André Vauchez, Robert Dossier y un considerable número de investigadores que ha trazado campos de trabajo y búsqueda sobre la vida, la economía, la política, la geografía y la mentalidad feudales.

La importante síntesis de Georges Duby *Qu'est-ce que la société féodale?*²⁹, recoge las investigaciones en torno a la economía rural y la vida campesina en lo que se ha llamado el “occidente medieval”, el señorío, el comercio, las condiciones naturales, las estructuras agrarias, la renta, las calamidades, la extensión de dominio, el cultivo, el trabajo y la tierra, el amor, el matrimonio, la estructura familiar, las instituciones judiciales, y todo un tramado de la sociedad feudal poco conocido, y, a veces poco tratado por los especialistas o medievalistas de profesión. En este sentido los estudios feudales han significado para la investigación histórica un campo de fuerzas intelectuales útil y aprovechable para el conocimiento contextual y particularizado de las sociedades campesinas antes y después del año mil. El llamado “despertar de Europa” entre 950 y 1250, significó un marco de conciencia histórico-política y de dominación orientado a las costumbres, la vida del imperio en los siglos X y XI, lo que fue el Oriente próximo hacia el año 1000, los planos del espacio feudal, los rostros de la nobleza, el alodio y el feudo, la iglesia y su papel domesticador, el clero, los asentamientos estatales y las preocupaciones del poderío religioso y económico.

Estos puntos que formarían parte de una agenda de estudio y trabajo intelectual direccional, adquieren valor historiográfico, político e intelectual al momento de analizar las *Tres conferencias sobre el feudalismo*, de Juan Bosch, incluida en este volumen. Tal como se especifica en la “Explicación”, la obra es el resultado de tres conferencias sobre el tema dictadas el 28, 29 y 30 de abril de 1971. Y al respecto, explica: “El lector de este trabajo no va a encontrar en él una historia

²⁹ DUBY, Georges, *Qu'est-ce que la société féodale?*, *op.cit.*, pp.1209-1361 y pp.1362-1412, donde el medievalista francés desarrolla toda una investigación en torno a las líneas de vida, trabajo, clase, artes, literatura y condición sociocultural de las mentalidades en el feudalismo.

política de los tiempos feudales sino una exposición de qué cosa fue y cómo funcionó la sociedad feudal en sus dos manifestaciones, la del feudalismo agrario o rural y la del feudalismo urbano” (p.145).

Bosch se propuso, además, contribuir al debate de las ideas sociales y políticas en la República Dominicana posterior a la insurrección de Abril de 1965, y luego de que reinara en el país bastante confusión teórica e ideológica a propósito de algunos temas relativos a las formaciones económico-sociales y a sus estructuras políticas. El espíritu de *Tres conferencias...* implicó también un llamado, una orientación a propósito del trabajo agrario, de las estructuras del campo en el ámbito caribeño y latinoamericano.

Precisamente el “Vocabulario” propuesto por Juan Bosch para que se conozca “...antes de comenzar la lectura de las conferencias”, apunta a un espacio y a un esclarecimiento conceptual o categorial para el manejo de los problemas propios de la sociedad feudal (*Cfr.* pp.147-150). La bibliografía sobre Feudalismo y Edad Media que para comienzos de la década de los 70 era escasa en el país, puede sin embargo orientar al lector de esta obra (*Cfr.* pp.233-234), siendo así que su apoyo intelectual conduce a una profundización de campos, asumidos por el autor y sus puntos de referencia histórico-intelectuales: Georges Duby, Will Durant, Kosmisky, Jacques Le Goff, Henri Pirenne, Carlos Marx y Max Weber, entre otros.

Pero aparte de las referencia-teóricas, intelectuales y propiamente históricas reconocidas, el tema del feudalismo tratado en *Tres Conferencias...* hace entender que la vertiente cultural, política e histórica del mismo requiere, como al efecto es tratado, de un contexto cultural amplio, pues se trata de un sistema social, una formación económico-social que ha durado diez siglos con irradiaciones, influencias, remanentes y usos posteriores a los siglos X, XI, XII, y XIII.

¿Qué motivó a Juan Bosch a dictar y publicar estas tres conferencias sobre el feudalismo en un país como la República Dominicana, y en el año 1971? Al margen de que trataba de llamar la atención hacia un sistema europeo poco estudiado en el país, era también una manera de decir a ciertos historiadores y políticos que en Santo Domingo no había habido feudalismo, porque en España no lo hubo tampoco: “De todos modos, lo que había en España cuando llegó la hora de la conquista de América no era feudalismo. La sociedad feudal no hubiera podido conquistar América porque una de las características del feudalismo era el fraccionamiento del poder público a través de la multiplicación de los señores en la etapa del feudalismo rural y a través de los poderes municipales en la etapa del feudalismo urbano. Los señores y los municipios tuvieron todos los poderes, pero en escala minúscula. Ninguno de ellos hubiera podido acometer y llevar a cabo una empresa tan gigantesca como la conquista de América. Para hacer eso hacía falta un poder grande, un poder verdaderamente poderoso, como era el de los reyes españoles a finales del siglo XV” (p.230). Además, abordaba el tema en un momento en que el Presidente de la República de entonces hablaba de reforma agraria, del carácter de la reforma en el campo, dueños de la tierra, agrarismo reformista y otros tópicos también bastante confusos para la época.

De ahí la importancia de las *Tres conferencias*... en el plano informativo, económico, político y cultural. Las mismas no constituyen un estudio académico y sistemático con una bibliografía actualizada al momento de emprender tal empresa. Pero dichas conferencias llenaron, sin embargo, cierta expectativa en cuanto a la inexistencia del feudalismo en el país y en América Latina, obligando a algunos historiadores, sociólogos y políticos a repensar el tema de lo feudal y el feudalismo.

Así pues, Juan Bosch asume la problemática de lo feudal y el feudalismo en Europa, analizando el vasallaje y los diversos señoríos en los pueblos de la Europa septentrional, pero también la producción económica en la Baja y la Alta Edad Media como elemento constitutivo de la formación política feudal.

El modo característico de exposición de los hechos históricos facilitado por nuestro autor se inscribe en una narrativa de tipo recesivo, por cuanto el autor acumula, ordena, analiza y narra los hechos históricos a partir de una estructura dialógica de transmisión de conocimientos incidentales en el lector. El modo cualitativo que genera la pragmática de la misma exposición (relación entre hablante o emisor dinámico y oyente o público participante), produce los efectos que en contexto adquieren valor pedagógico en el orden propiamente comunicativo.

Pero también, el marco de estudio y análisis establecido por el mismo nivel de exposición, promete momentos de reflexión que activan un conocimiento real sobre el tema delimitado y asumido como campo de investigación.

El enfoque de *Tres conferencias*... se apoya en la instrucción política y económica, obviando en parte la artística, la estética, la filosófica y otras, y privilegiando el modo de producción y las relaciones de producción feudales. La abundancia de datos en el relato y su comparación como procedimiento dialógico-discursivo, desarrolla una estructura de relaciones manejadas como eventos específicos, a través de los cuales el historiador revisa los datos obtenidos sometiéndolos a contrastes críticos y socio-históricos, para de esta manera informar de manera segura en el orden expositivo.

La forma de trabajo y las imágenes económicas y de dominación en la sociedad feudal, particularizan estados y condiciones de producción reconocibles en la formación de la cristiandad occidental y oriental. Sobresale en este caso la ruralidad

y más que ésta el proceso de ruralización que afirma el modo de producción feudal en sus constantes de poder, señorío y vasallaje. El régimen señorial se reconoce como estructura dominante, registrando así elementos patentes de la formación económica rural en la sociedad feudal.

Guy Bois, refiriéndose al régimen señorial, explica: “De la posesión de la tierra se desprendía la pujanza social, y así el gran propietario se había transformado inexorablemente en un verdadero señor que detentaba un poder de coerción sobre sus torrentes. Todo ello daba cuerpo a la idea de una sociedad altomedieval ya fuertemente feudalizada, y justificaba esa visión tradicional de la Edad Media evocada más arriba”³⁰.

Lo anterior hace pensar en los grandes dominios de la época merovingia y carolingia en la Europa central, del Norte y del Sur: “Del norte al sur de la vieja Galia, la civilización rural presenta demasiadas diversidades geográficas e históricas...”³¹.

Antes que el historiador Guy Bois publicara su *La revolución del año mil*, Marc Bloch publicó en 1931 *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française*³², donde planteaba desde su concepción histórica total la problemática de la tierra, el agro medieval francés y de otros puntos de la Europa meridional. Esta obra importante en la producción de la revista *Annales*, creada bajo el impulso de Lucien Febvre, iba a influir en los nuevos historiadores de esta escuela. En efecto, y según Guy Bois: “La noción de Edad Media implica la existencia de una sociedad ‘medieval’ o ‘feudal’ cuyas características principales se habían fijado muy pronto, inmediatamente después

³⁰ Bois, Guy, *La revolución del año 1000*, 1ª ed., Barcelona, Ed. Crítica, 2000, p.20.

³¹ *Ibid.*, p.21.

³² Cfr. BLOCH, Marc, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Paris, 1931; ha sido publicada en español bajo el título: *La tierra y el campesino: agricultura y vida rural en los siglos XVII y XVIII*, Barcelona, Editorial Crítica, 1978.

de las migraciones de los pueblos germánicos. ¿Es así de sencillo? Por otra parte, a esta etiqueta le sigue una caracterización singularmente borrosa: atomización política, una aristocracia dueña de la tierra, fuerte incidencia del cristianismo... ¿Una definición como esta pone de relieve lo esencial? Es un hecho que estos modelos de pensamiento resultan cada vez más obsoletos y menos operativos; la prueba está en las grietas que van apareciendo y que se multiplican por toda la fachada del viejo edificio”³³.

Discutir el feudalismo, plantearse tres conferencias sobre un sistema social influyente en toda la sociedad occidental y en la mayoría de los pueblos de Oriente y América, significa un compromiso intelectual y político no puramente gratuito y lúdico. Se trata de que el feudalismo y la “feudalidad” han incidido en la sociedad dominicana hasta nuestros días, pues como sugieren algunos medievalistas (Guy Bois, Jacques Le Golf, G. Duby, J. H. Mundy, W. Kula, R. Fossier, J. Heers, J. P. Poly), la Edad Media es lo que más cerca está de la edad contemporánea³⁴.

Juan Bosch esboza un cuadro temporal, económico e histórico, para de esta manera constituir una narrativa histórico-política del feudalismo basada en elementos, estructuras y niveles de representación social. En la segunda conferencia Bosch va perfilando una explicación un tanto funcional del feudalismo, con abundantes ejemplos geográficos e históricos, pero sobre todo con descripciones sociológicas y políticas que se repiten como forma y fondo en toda la Europa meridional y que nuestro autor va desarrollando a partir de consideraciones históricas y políticas de las clases dirigentes y subalternas.

³³ Bois, Guy, *op.cit.*, p.15.

³⁴ *Cfr.* nota 9.

Basado, como ya hemos visto, en una concepción particularizada en lo social, Bosch analiza la sociedad feudal a la luz de acciones y cambios en la ideología religiosa y guerrera de la época, y haciendo referencia a lo que Duby llamó las “condiciones naturales” y “las estructuras agrarias”, el comercio, el señorío, la expansión de la producción rural, la comunidad aldeana, la producción rural, los ricos y los pobres, así como otros incidentales históricos propios de la sociedad feudal³⁵.

Bosch, por otro lado, no se plantea un estudio sobre la llamada “revolución feudal” a la que hace referencia el historiador y medievalista francés Georges Duby, pues aún no se había publicado la obra fundamental, en este sentido, de este historiador³⁶. *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, publicado en francés en 1978, fue un acontecimiento intelectual posterior a las *Tres conferencias...* (1971). Bosch no disponía tampoco de los aportes relevantes que algunos medievalistas y especialistas en sociedades feudales habían hecho posterior a 1971. Sin embargo, el esfuerzo de nuestro intelectual fue loable en el ámbito local y hasta produjo discusiones acendradas en, y, con políticos izquierdistas del país.

La descripción y narración que produjo Bosch en *Tres conferencias...* incitó, sin embargo, al estudio de las clases sociales y, más tarde, el mismo autor publicaría una selección de ensayos sobre las *Clases sociales en la República Dominicana* (1982), en la cual propuso un trazado funcional e histórico de lo que las mismas han significado en su país. Dicho libro conecta con *El Estado, sus orígenes y desarrollo*, donde se toca dicho tema a partir de aspectos necesarios para entender la noción de poder y estructura social.

³⁵ Cfr. DUBY, Georges, *Economía rural y vida campesina...* op.cit., pp.298-307 y *passim*.

³⁶ Cfr. DUBY, Georges, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Ed. Taurus, 1992, pp.207-229.

Como ya hemos puesto de manifiesto, la problemática de las relaciones feudales en el ámbito europeo medieval (y hasta moderno), conduce a un entendimiento de los signos propios de un sistema donde la fe, el trabajo y la guerra, aseguran el poder de una nobleza cuya visión del mundo está regida por los poderes de Dios en “la civilización del Occidente medieval” como diría Le Goff³⁷. Todos los usos políticos de la cristiandad latina, constituyeron una travesía donde las tensiones entre clérigos y vasallos, ricos y pobres, poderosos y subalternos, señores y campesinos, campo y ciudad, propiciaron una cultura donde los tres órdenes, predicar, trabajar y combatir, respectivamente *orare, pugnare, agricolari-laborare*, implican las acciones en sujetos sociales propios de la mentalidad feudal: *Oratores, laboratores y bellatores*³⁸.

Para los medievalistas Jean-Pierre Poly, André Vauchez, y Robert Fossier, lo que constituyó el llamado “Despertar de Europa”, (950-1250) fue la relación o conjunto de relaciones que se dieron en las comunidades libres del sur de Europa, el norte de Francia y Cataluña, entre otras regiones. Los grupos de poder de París, Baviera, Borgoña, Lombardía, Alsacia y Auvernia, mantuvieron su predominio en las instancias del clero, los campesinos, los nobles y familias dependientes de sangre, fe y lucha por la hegemonía social. El panorama, en este sentido, se complicó en algunas regiones como las mencionadas, debido a las tensiones que se produjeron entre nobleza y campesinado, entre usos y modos, costumbres, técnicas y fuerzas laborales que poco a poco iban perdiendo valor e incidencia en el ámbito de las formaciones feudales. Según Jean-Pierre Poly: “Las tormentas del siglo X disiparán la ilusión, o al menos la harán menos defendible: a medida que se

³⁷ Cfr. nota 8.

³⁸ Cfr. DUBY, Georges, *Los tres órdenes... op.cit.*, p.43.

disloca el imperio y se fragmenta se ‘regionaliza’ la clase que pretendía dirigirlo, se va acallando la altiva voz de los nobles analistas. Personajes menores toman su relevo, hagiógrafos o cronistas locales, observadores menos amplios, pero a menudo más finos, de la realidad social. Los textos que redactan dan una imagen de la nobleza bastante diferente de la que nos imponían los anales. Una imagen o más bien varias imágenes”³⁹.

Las imágenes de la nobleza, el espacio y el tiempo en el feudalismo, se explican por las funciones sociales e ideológicas en una geografía cultural y política propia de la Francia feudal. Según Jean-Pierre Poly: “Ya que las imágenes de la nobleza difieren según las regiones consideradas, es poco probable que se trate de un ‘azar histórico’. En un país que los textos de la época llaman *Francia*, digamos para precisar, a riesgo de algunas inexactitud, entre el Sena y el Rhin, y en la Borgoña ‘franca’, entre Autun Mâcon y Langres, viven muchos nobles menores, ya sean guerreros instalados como guarnición en los dominios inmunistas de las iglesias principales, clientes de los grandes o dueños de un alodio que sirven a esos mismos grandes como gobernadores o condes de la ‘región’ en la que residen”⁴⁰.

El feudalismo se extiende en los campos sociales, religiosos, militares e ideológicos de una Edad Media que para nada es el “reino de las sombras”, el “reino de la oscuridad” como muchos han creído hasta ahora. La enorme bibliografía existente sobre la “feudalidad” incita a una lectura y a una metalectura ideológica de las instancias culturales, políticas y económicas, entendidas a la vez como cardinales de

³⁹ Cfr. POLY, Jean-Pierre, VAUCHEZ, André, FOSSIER, Robert, *El despertar de Europa*, 1ª ed., Barcelona, Ed. Crítica, 2000, p.12.

⁴⁰ *Ibid.*, p.13.

un sistema social que produjo “rizomas” sociopolíticos y culturales visibles y reconocibles en toda la Europa medieval y moderna⁴¹.

Bosch narra en una cronología que abarca desde el 31 de diciembre del año 192 los desórdenes y conflictos que en la Roma imperial se producen con frecuencia, sin olvidar que desde allí los ejércitos y sus conductores conjugaban fuerzas mediante alianzas para imponerse en el poder a través de usos políticos y militares que anuncian la decadencia en todos los niveles de lo social. Sobre la base de una información histórica segura, nuestro autor describe el mundo militar, político, geográfico y moral de los siglos II, III y IV, a través del cuadro histórico y social basado en imposiciones hegemónicas y religiosas (*Cfr.* pp.165-175). Oriente y Occidente fueron sumas de rutas, sumas de acciones guerreras, sumas de fuerzas que desde actividades marítimas y terrestres, lograron producir cuerpos de poder que determinaron, tal como señala Bosch, la crisis del régimen esclavista y el nacimiento del feudalismo.

Según nuestro autor, las bases de este nacimiento se resumen en el siguiente hecho: “A partir de fines del siglo III los dueños de esclavos prefirieron tener a sus esclavos en condición de colonos porque la pobreza llegó a tal punto que los esclavos no podían alimentar a los amos y estos no podían alimentar a los esclavos. Teniéndolos como colonos, los esclavos trabajaban para alimentarse a sí mismos y siempre disponían de algún excedente o sobrante que les daban a los dueños de las tierras que los habían declarado libertos o colonos” (p.167).

“También iba a contribuir”, agrega Bosch, “a la formación del feudalismo el tipo de organización social de los pueblos germanos. Esos pueblos germanos estaban entrando en

⁴¹ *Cfr.* GUERREAU, Alain, “Féodalité”, en *Dictionnaire raisonné...*, *op.cit.*, pp.401-404.

el imperio desde hacía tiempo, casi todos ellos como soldados romanos. A medida que la autoridad del imperio iba debilitándose con la larga crisis del siglo III, los pueblos germanos fueron organizándose dentro de las fronteras del imperio de acuerdo con su base cultural y social” (p.168).

Lo que desde una historia y una historiografía narrativas presenta nuestro autor en sus *Tres conferencias sobre el feudalismo* es una suma de series, cronologías, secuencias y núcleos evolutivos de la decadente sociedad romana y feudal en líneas estructurales y funcionales. Las sucesiones temporales construyen un marco explicativo e histórico de la sociedad feudal, donde no se presentan en todos los casos las debidas referencias bibliográficas, pero tampoco se afina una información que remita a fuentes direccionales⁴².

¿Cuáles son, según Bosch, los elementos característicos del feudalismo rural?: “En su primera etapa, el feudalismo se organizó como una sociedad totalmente rural... Podemos afirmar, pues, que durante los siglos VI, VII y VIII el feudalismo fue una civilización absolutamente rural, fue una civilización que producía exclusivamente para mantener a la gente, para ir viviendo, que no producía excedentes y por tanto no podía mantener ninguna clase de comercio” (p.171).

“La producción era, pues, como se ha dicho”, sigue diciendo, “exclusivamente para el consumo, y lo que requerían los señores de sus siervos era que mantuvieran, pero no que les mantuvieran una vida de lujos porque en esos tiempos no habían lujos. Como la economía era completamente natural, y por tanto no había excedentes para comerciar, tampoco había ningún afán de lucro” (p.172).

⁴² No siempre nuestro autor respalda los datos e informaciones con una bibliografía segura. Esto se hace visible en el conjunto y la particularidad argumentativa del texto. Ver, especialmente, todo el cuadro de la segunda y tercera conferencias, pp.183-212 y *passim*.

Para Bosch: “La sociedad feudal era una sociedad jerarquizada”. [...] “La sociedad feudal rural tenía una ideología unitaria basada en la religión católica, apostólica y romana” (p.173).

El tono didáctico de las *Tres conferencias*... nos permite entrar en algunas observaciones de los medievalistas al respecto. Las contribuciones en este sentido de J. Le Goff, G. Duby, Jean-Pierre Poly, André Vauchez y Robert Fossier, Guy Bois, Otto Brunner⁴³, C. M. Cipolla⁴⁴, H. Pirenne⁴⁵ y otros, completan y a la vez extienden el campo con mayores y más seguras explicaciones sobre la sociedad feudal, la mentalidad feudal, el espacio, el tiempo, las relaciones sociales, el pensamiento y las estructuras internas del sistema feudal.

Luego de que en la segunda parte de estas *Tres conferencias*..., “El feudalismo agrario o rural”, Bosch nos explica de manera secuencial el comportamiento político de señores y vasallos, las reconocidas complejidades de las enfeudaciones, los señoríos eclesiásticos, la importancia de nuevas técnicas de producción, el productor en el régimen feudal, la problemática del campesinado, el mejoramiento de la producción agrícola y artesanal, así como la explotación de la sociedad feudal, la servidumbre, nuestro autor concluye diciendo que “los dominicanos no hemos conocido el feudalismo, por lo menos tal como aparece descrito en las obras de los historiadores del Medioevo” (p.198).

En la *tercera parte* de estas *Tres conferencias*... Bosch describe y narra las vicisitudes del “Feudalismo urbano”, el nacimiento o aparición de la ciudad o las ciudades medievales bajo “la

⁴³ Cfr. BRUNNER, Otto, *La estructura interna de Occidente*, Alianza- Editorial, Madrid, 1993.

⁴⁴ Cfr. CIPOLLA, Carlo M., *Historia económica de la Europa Preindustrial*, Madrid, Alianza-Editorial, 1995.

⁴⁵ Cfr. PIRENNE, Henri, *Historia económica y social de la Edad Media*, 16ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

protección de un castillo” (p.200), el auge del artesanado, en el siglo XI, cómo nació o apareció la sociedad corporativa (*Cfr.* pp.208-220) y en el mismo orden expositivo y narrativo, la creación del monopolio comercial urbano, la clientela de taller, el monopolio de la producción (*Cfr.* pp.218-220), las llamadas ferias de champaña y como se fue preparando el camino hacia el capitalismo mercantil (*Cfr.* pp.223-226).

“Una nota adicional” completa las *Tres conferencias...* y a la vez motiva algunas particularidades sobre el feudalismo español, portugués y latinoamericano que no fueron tratadas en las mismas. Al mostrar los aportes de Claudio Sánchez Albornoz y Jaime Vicens-Vives sobre el feudalismo español, nuestro autor compara elementos económicos, históricos y formativos de la España medieval, y principalmente del feudalismo catalán y asturleonés. Bosch supone que: “Aunque no puede decirse que España fuera un país capitalista en el año 1492, tampoco puede afirmarse que era un país feudal, y por tanto no trajo el feudalismo al continente americano” (p.230).

Y, ciertamente, como hasta 1971, la historiografía española disponía de estudios generales y particulares sobre feudalismo. Según puede advertirse en *Ensayos sobre historia de España*⁴⁶ de Claudio Sánchez Albornoz, el feudalismo en España era un sistema fuerte desde el punto de vista económico y religioso. Desde comienzos de la década de los 70 y aun antes, historiadores jóvenes españoles, alemanes, austríacos y de otras nacionalidades, se dedicaron a investigar y publicar en anuarios, revistas e historias regionales asuntos, aspectos y puntos concernientes a la Edad Media y la sociedad feudal.

Este panorama general del feudalismo narrado por Bosch, motiva, sin embargo, una investigación direccional donde los estudiosos de las clases sociales, las formaciones económico-

⁴⁶ *Cfr.* SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio, *Ensayos sobre historia de España*, 4ª ed., Madrid, Ed. Siglo XXI, 1989.

sociales, las formaciones intelectuales de América Latina, del Caribe, Europa, la India, Asia, y las nuevas comunidades surgentes desde el siglo XIX hasta hoy, se preocupan también por los fenómenos del poscolonialismo, los estudios culturales, el multiculturalismo, las elites culturales, las nuevas lecturas socioculturales y sus alcances en el mundo de hoy. De ahí la importancia de estas *Tres conferencias sobre el feudalismo* en el contexto dominicano. El hecho de que las mismas no alcancen el valor de una obra especializada ni académica, no desdice de su valor informativo y contextual. El aporte cultural de dicha obra está precisamente en la motivación a la lectura que se desprende de sus cardinales de trabajo, su información seriada y secuencial, la presentación de los núcleos fundamentales de la sociedad feudal, la historia política de Roma y de gran parte de Europa; las relaciones marcadas de la producción en la Edad media o “el occidente medieval” y las rutas creadas entre Oriente y Occidente, el “choque entre civilizaciones”, así como otros aspectos y puntos de interés que el lector tendrá que tomar en cuenta al leer este volumen de las *Obras completas* de Juan Bosch.

Máximo Gómez: de Monte Cristi a la gloria

La historia guerrera, la historia militar, la memoria de los ejércitos formales e informales en Hispanoamérica, registra momentos significativos para la formación de las naciones ubicadas en distintos puntos geográficos y estratégicos. No existe nación alguna en América que se haya conformado sin la fuerza, valentía, táctica, estrategia, decisión y logro de un ejército, de un comando valeroso, de un coronel, lugarteniente, general o jefe de guerrillas y operaciones militares calculadas.

Pero la historia militar va acompañada también de testimonios, diarios, crónicas, apuntes, diseños tácticos y estratégicos, biografías de militares que arrojan datos, a veces fiables

y otras veces falsos. La narración de soldados, guerrilleros y oficiales presenta en muchos casos los signos y cuerpos de defensa de una nación reconocida como suma de líneas en vanguardia, retaguardia, táctica de avance, repliegue, choque frontal, habilidad en combate y otras posibilidades que definen la efectividad o calidad de un ejército libertador, opresor o defensor.

En efecto, las historias nacionales se narran las más de la veces, conjuntamente con las historias militares. Los hechos que le sirven de base, así como las acciones llevadas a cabo por los grupos de liberación y opresión, se justifican porque todo ejército nacional define territorios, tierras, bienes geográficos nacionales, patrimonios e identidades. Las demarcaciones o delimitaciones geográficas son puntos de reserva, ubicación, producción y espacios de vida.

En el caso del general Máximo Gómez, pensamiento y práctica militar, guerrera y guerrillera, muestran su particularidad en el *Epistolario*, *Escritos diversos*, *Apuntes diversos* y otras correspondencias⁴⁷, pero además en toda una bibliografía que se ha producido alrededor de sus anotaciones. De donde, se va conformando un retrato y una etopeya del general libertador de Cuba a finales del siglo XIX, y del poderío español, según nos muestra Bosch en *Máximo Gómez: de Monte Cristi a la gloria*.

La historia de hazañas guerreras y militares que nos relata Juan Bosch sobre Máximo Gómez, nos informa de un contexto de crisis de la Cuba de la segunda mitad del siglo XIX, donde nuestro héroe militar liberó mediante su fervor, tesón guerrero y guerrillero al pueblo cubano en Oriente, Occidente, La Habana y todas las poblaciones gobernadas por el poderío español y la lucha de clases, tal como señala Bosch (*Cfr.* pp.241-243). El recorrido patriótico de Máximo Gómez

⁴⁷ *Cfr.* RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio (Compilador), *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 2ª ed., Santo Domingo, Ed. Corripio, 1985.

se ve resaltado por nuestro intelectual en el contexto de la pérdida de territorios por parte de España en América.

Tomando en cuenta el hecho de que Máximo Gómez salió de Monte Cristi junto con Martí hacia Cuba, con miras a lograr la liberación de esta vecina isla, podemos insistir en cuanto a las vicisitudes económicas, políticas, y sociales que en este caso narra y describe Bosch en esta obra (*Cfr.* pp.245-252), y sobre todo en el marco de las travesías que en Cuba asumió el Libertador para lograr sus propósitos políticos y militares.

Como muy claramente señala Bosch, Máximo Gómez escribía en su *Diario...* los resúmenes del día o de los acontecimientos en su lucha contra los españoles y las mentalidades esclavistas en el orbe de regiones dominadas por la forma forzosa del trabajo en el campo y en las factorías rurales (*Ibid.*).

El retrato físico y moral que hace Bosch de Máximo Gómez, da cuenta del papel y de la figura político-militar de nuestro héroe. Así pues, los elementos llamados constitutivos del ambiente social incidieron en su condición militar y moral. En la línea de combate y soluciones estratégicas, los datos que aporta Bosch al respecto confirman el universo mental, mítico, político y clasista de Cuba. Sin embargo, la esperanza creada por los llamados ejércitos de liberación provocaba en las comunidades regionales desatendidas y a la vez marcadas por el caos y la fragmentación, los efectos devastadores de todo lo que se le iba acercando como posibilidad, línea de cambio y enfrentamiento de clase.

Para el momento, el *Diario...* era un género utilizado por militares con una travesía guerrera desarrollada en todos sus aspectos estratégicos y tácticos, pero el *Diario...* incluía la forma de vida en combate, las ideas, informaciones, estados de la acción armada y revolucionaria, así como el sentimiento, la percepción y el sentido de la historia de un pueblo atravesado por una hegemonía extranjera.

Máximo Gómez era un hombre con un sentido casi devoto del deber y la dignidad. Llegó a Cuba, según nos relata Bosch, hacia 1865. Nacido para la guerra, sin embargo, era un hombre con ideas y provisto de sentimientos definidos sobre lo humano, lo político y la moral. “Hombre terriblemente atormentado”, escribe Bosch, “por un puntilloso sentido de su dignidad personal y por una fuente de ternura que a su parecer no era compatible con la carrera de armas, vivía en guardia sobre sí mismo, lo cual lo hacía hosco y a la vez delicado. Muchos años después José Martí y él salían al amparo de la noche de la casa que el viejo soldado tenía en Monte Cristi, para embarcar hacia Cuba donde tal vez le esperaba la muerte” (pp.241-242).

Ligado a un deber propio de una formación moral y militar, el general observa, mira el ambiente; sabe que se lanza a un camino y a un tiempo donde el acontecimiento ataca, se hace cada vez más sostenido, pues se trata más que de una guerra, de una lucha armada y política. Por eso dice Bosch: “La señora de Gómez le pidió que besara a su hijita, la última, que dormía plácidamente. ‘No, porque es un crimen turbar el sueño de los niños’, respondió el general” (p.242).

Como todo militar, Máximo Gómez era duro, hosco, valiente y sentimental. El retrato que hace Juan Bosch de Máximo Gómez sigue la travesía heroica de quien ha sido “un dios de las batallas”. Hombre organizado, meticulado, seguro de sus acciones: “Lo exigía todo del soldado, pero lo exigía todo de él mismo. Era disciplinado, férreo. Ponía a su servicio el terreno, la estación, la fauna” (*Ibid.*).

Máximo Gómez tomaba todo en cuenta para la guerra. El tiempo, el clima, eran importantes y a veces decisivos para una batalla. Su enfrentamiento con las tropas españolas no era un enfrentamiento improvisado, sino, calculado. Así

aprendió a ver las cosas Maceo, quien por mucho tiempo fue su mano derecha, siendo Martí su guía político, el guía político de la revolución.

El trazado narrativo de Bosch hace de Máximo Gómez un sujeto marcado por signos y señales de un contexto político y económico preciso. El retrato y la etopeya de este combatiente lo proyectan como un luchador liberal en una etapa romántico-liberal determinada por sus fenómenos de crisis, lucha, cambio, reformas políticas y sociales. Máximo Gómez “sabía llevar a sus hombres al combate y conducirlos a la victoria, pero sabía también formular la alta estrategia militar de la revolución” (p.243).

Nuestro héroe creía mucho en el fuego, en la hoguera, en la tea. Es lo que subraya Bosch a propósito de Gómez, quien aspira a quemarlo todo para frenar la ambición del español por los bienes reales de la tierra. Quemar los bienes de la naturaleza para desencantar la mirada española y hacer que el poder español se desencante, pierda interés por aquello que cree, que piensa, que es riqueza y que será beneficio económico: “Y asoló a Cuba con los incendios, cuyos resplandores seguían el rastro de la caballería revolucionaria” (*Ibid.*).

El hecho de que este general dominicano que peleaba por la libertad de Cuba asumiera este tipo de responsabilidad era importante para el movimiento liberador, según destaca Bosch: “Era sentencioso, agudo y astuto. Su mirada de águila penetraba el misterio de lo que ignoraba [...]. Tenía pocas letras, pero era un escritor natural. [...] No era un político, sino un revolucionario. Cuando escribe sobre los hechos y los hombres de la guerra toma por personaje a un negro que había sido esclavo y fue asistente, el negro Eduá...” (pp.243-244).

El contexto de la guerra declarada entre España y Estados Unidos, conduce a nuevas alianzas, unificación de criterio político y lucha armada para obtener una victoria,

y, sobre todo para liberar el país de un yugo económico. “Al declararse la guerra entre Estados Unidos y España,” apunta Bosch, “el Capitán General de la isla le envió una carta pidiéndole que depusiera las armas y se uniera a él en la lucha contra las fuerzas norteamericanas, ‘que pertenecían a otra raza’” (p.244).

La respuesta de Máximo Gómez no se hizo esperar y con ella su concepción sobre las razas y la libertad: “Todas las razas son iguales. Yo no he venido a Cuba a pelear ni siquiera por la independencia de los cubanos, sino por la libertad de todos los hombres de la tierra...” (*Ibid.*).

A propósito de su desinterés, Bosch apunta: “El pueblo quiso hacerlo su primer presidente, pero él no quería imitar a Washington ni Bolívar en eso” (*Ibid.*).

Todo esto lo escribió Juan Bosch en 1952, en La Habana, recordando la historia de este luchador, guerrero, general dominicano que a su vez, abatido por los años, viejo y pobre después de haber terminado aquella Guerra de los Diez años, evocaba en Jamaica un tiempo de la pobreza, el abandono y la soledad. El guerrero banilejo, llamado “El Napoleón de las guerrillas”, había terminado aquella guerra victorioso pero pobre y alejado de sus descendientes. Máximo Gómez, que no perdió batallas en Cuba, “que nunca fue vencido”, logró sus propósitos en una guerra que desde el principio fue desigual.

La campaña de La Reforma implicó, en este contexto, razones de imposición de leyes de las llamadas clases hegemónicas españolas y cubanas. Máximo Gómez fue general en jefe del Ejército Libertador de Cuba, y sus hazañas se hicieron sentir en una línea de testimonio guerrero y estratégico. El jefe de los mambises cubanos era hombre de específicas condiciones y de perfiles militares especiales. De ahí el hecho de que todo enfrentamiento, repliegue y estrategia, necesita un lugar y un tiempo, una respuesta resistente que, en el caso de la guerra

hispano-cubana e hispano-estadounidense, creó cauces hegemónicos en el Caribe y Latinoamérica⁴⁸.

Juan Bosch ha ofrecido abundantes datos sobre esta guerra, pero además informaciones útiles sobre la figura del libertador de Cuba y su mano derecha, Antonio Maceo, quien con Panchito Gómez Toro, su hijo, combatió a su favor por la causa del pueblo cubano y su autonomía, independencia y soberanía como país. *Máximo Gómez: de Monte Cristi a la gloria* es una biografía política y militar del libertador de Cuba y sus hazañas como estratega en aquella guerra de diez años entre españoles y cubanos.

Un elemento catalizador de dicha guerra fue justamente la contradicción social, pero sobre todo las contradicciones económicas, políticas y sociales que aceleraron el fuego de esta guerra en la cual Máximo Gómez mostró empeño, inteligencia y valor para asumir un marco de batalla que para él se volvió incontenible mediante la “tea” del sacrificio. Antonio Maceo y su hijo Panchito cayeron durante la campaña de la “tea”. El libertador descrito por Bosch recibe la noticia y los elementos dolorosos de la misma y cita su Diario de la Guerra: “¿Cuántas veces lo han matado a usted los españoles, mi general? —¡muchísimas!— ¿Y al General Maceo? —¡Lo mismo!—. Pues bien; yo creo que esto no es más que una parada contra un golpe que debe haber anonadado a Weyler. Maceo ha cruzado la Trocha infranqueable cumpliendo la órdenes de usted, y pronto los verá usted a él y a Panchito.

‘¡Es una esperanza, compañero! ¡Pero si el corazón del amigo puede engañarme el de un padre es difícil que se equivoque; el mío me dice que la noticia es cierta! ¡Maceo mi compañero y mi hijo Panchito juntos! ¡Muertos...!’ (p.248).

⁴⁸ Cfr. DÍAZ QUIÑONES, Arcadio, *Sobre los Principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Eds. Universidad Nacional de Quilme, 2006, pp.65-119, pp.121-142 y *passim*.

El contexto de insurrección y caos presenta una historia cuyos datos aparecen a veces como borrosos y otras veces evidentes en el marco de la tensión vida-muerte. Como ya hemos visto, leyendo a Bosch, la figura del general y su acentuado, sostenido acento guerrero, político y comprometido, se ve sin embargo atacado por el sentimiento de compañerismo y paternidad, tal y como muestra nuestro autor en el pasaje anterior y en otros de la misma obra citada. Precisamente lo que narra el teniente coronel Bernabé Boza, luego de que Máximo Gómez recibe la noticia dolorosa e implacable de la muerte de Maceo y su hijo, demuestra que el general y libertador era un militar de sentimientos profundos y sobre todo nobles.

Es importante destacar que la escritura sumada a la biografía presenta en Juan Bosch matices, tonos, rasgos, intensidades y estrategias que particularizan el sentido en los ejes específicos de la narración histórica y literaria. Vida y obra son para Bosch el producto de una visión o relación que crea sus posibilidades a partir de un contexto que le otorga valor de texto y textualidad.

No sólo la guerra emprendida, sino sus antecedentes y consecuentes, arrojan luz para el conocimiento del 98 en Cuba y en América, tal como se puede ver en *1898: su significado para Centroamérica y el Caribe. ¿Censura, cambio, continuidad?*⁴⁹. Para fines de completar y entender aún más el contexto político entre 1878 y 1898, Joan Casanovas Codina nos dice en su nutrido ensayo “los trabajadores urbanos y la política colonial española en Cuba desde la Paz de Zanjón hasta la Guerra de Independencia (1878-1898)”⁵⁰, lo siguiente: “Al finalizar la

⁴⁹ Cfr. BERNECKER, Walther L. (editor), *1898: su significado para Centroamérica y el Caribe. ¿Censura, cambio, continuidad?*, Frankfurt-Madrid, Ed. Vervuert-Iberoamericana, 1998.

⁵⁰ CASANOVAS CODINA, Joan, “Los trabajadores urbanos y la política colonial española en Cuba desde la Paz de Zanjón hasta la Guerra de Independencia (1878-1898)”, en BERNECKER, Walter L., *op. cit.*, pp.131-151.

Guerra de los Diez años en 1878 con la firma de la Paz de Zanjón, los trabajadores urbanos pudieron establecer cientos de organizaciones y expandir las ya existentes, lo cual permitió una intensificación de las luchas sindicales. Paralelamente al rápido declive de la esclavitud hasta su abolición en 1886, en la gran mayoría de asociaciones obreras, el anarquismo y sus formas de lucha sindical desplazaron al reformismo republicano-obrerista pese a que había sido la corriente dominante del movimiento obrero desde sus orígenes a mediados del siglo XIX⁵¹.

El giro político experimentado por la política colonial de España en América, provocó un fenómeno que, proveniente de cierta idea de reforma pero sin independencia, dividió en algunos puntos al movimiento de trabajadores urbanos y rurales en Cuba y gran parte del Caribe, América Central y del Sur. Una política de factores hegemónicos direccionales atravesó, sin embargo la idea que se vendió como reformismo obrerista a mediados del siglo XIX en Cuba, en un momento de conflicto y donde ya los Estados Unidos miraban hacia Cuba como punto económico y estratégico.

“En 1890”, escribe en ese sentido Casanovas Codina, “un nuevo giro en la política colonial española detuvo la expansión del movimiento obrero, pero la participación de los trabajadores urbanos en la transformación de la sociedad después de firmarse la Paz de Zanjón sentó las bases para que a partir de entonces un amplio sector de esta clase social apoyase el proyecto independentista que lideraba José Martí”⁵².

Ahora bien, ¿cómo explica la historiografía especializada sobre aquel momento los cambios, en un país que dependía de los modos de convertir bienes por valores de uso y de cambio a

⁵¹ *Ibid.* p.131.

⁵² *Ibid.*

favor de la Corona española? Casanovas Codina anota que “según la historiografía existente sobre el movimiento obrero urbano, estos cambios deben explicarse principalmente por la influencia de factores externos: al igual que había pasado con el reformismo obrerista de mediados de siglo, el anarquismo arraigó en Cuba, *única y exclusivamente* por la influencia de miles de inmigrantes españoles (conocidos como “peninsulares”) que llegaron a Cuba durante años. Según las estimaciones de varios autores a finales de siglo en Cuba residían unos 150,000 peninsulares. Por tanto, esta historiografía describe a las capas subalternas como receptoras pasivas de estas ideologías y formas de lucha sindical”⁵³.

A propósito del separatismo de finales de siglo XIX y la consideración de la misma corriente historiográfica, Casanovas Codina apunta al respecto lo siguiente: “En segundo lugar, esta misma corriente historiográfica considera que el viraje a inicio de la década de 1890 del movimiento obrero hacia el separatismo, tanto en Cuba como en las comunidades de origen cubano en Estados Unidos, fue determinado únicamente por el gran poder de convocatoria de José Martí”⁵⁴.

Los estilos de dominación hispánicos en las Antillas Mayores se caracterizaban por la implementación de acciones económicas y militares que, en el período de la independencia o el separatismo, eran frecuentes y comunes, dado que la clase dominante se encontraba ligada a la forma acumulativa y originaria de los cauces socioeconómicos que prohicieron el endeudamiento externo e interno como parte de una incipiente política de reforma que, sin embargo, no se comportaba como tal. Todo lo cual daba lugar a serias contradicciones y por lo mismo producía el desbalance político y económico de entonces.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*, pp.131-132.

Bosch no profundiza en su explicación sobre la dominación española en Cuba. Todo lo sitúa en el contexto de la problemática de la lucha de clases, el llamado arreglo de comarcas implicaba el enfrentamiento político-militar, tal como se estima en los apuntes del *Diario de Campaña* de Gómez citado por Juan Bosch.

“¿Qué era lo que había estado sucediendo en las Villas, Camagüey y Oriente?”, se pregunta Bosch y a seguidas dice: “El teniente coronel Boza decía, en la misma anotación del día 23 de mayo hecha en su Diario de la Guerra: ‘Le he advertido (a Máximo Gómez) que para bien de la patria, se hace indispensable su presencia en Camagüey y Oriente, dándole cuenta al mismo tiempo de todo lo que pude observar durante los pocos días que fue huésped forzoso del Consejo de Gobierno que preside el venerable, pero extremadamente débil y bondadoso Salvador Cisneros, a quien rodea una corte a la cual se le ha subido el humo del Gobierno a la cabeza y que parece se cree ya en plena y triunfante República’” (p. 262).

En efecto, lo que más tarde provocará el desmembramiento de la estructura, serán precisamente los niveles internos y externos de contradicción y la forma hegemónica de la clase dominante de mantenerse en un juego de aspiraciones y líneas cardinales de justificación, de trabajo y sobre todo de desajuste de fuerzas en su misma expresión de poder.

Todo lo que Bosch plantea en esta obra remite sin embargo a la situación de desbalance económico y de contradicción clasista que incide en los niveles de perjuicio financiero y de pérdida del valor de uso, de cambio y de línea de circulación del capital de inversión. El contexto de lucha política no es en el fondo un problema de los ejércitos locales en pugna por la hegemonía. Se trata más bien de una formación económico-social en crisis, debido a los signos e imágenes de vida que presenta como escenario decadente.

La campaña de La Reforma aceleró también la guerra separatista en la Cuba de la segunda mitad del siglo XIX, principalmente en la línea que va de comienzos de la década de los 80 a los 90. Los acontecimientos que marcaron la agudización de la lucha separatista hicieron, según Máximo Gómez, más difícil la libertad de Cuba y las acciones de liberación de las regiones en el marco de la Guerra. La muerte de Antonio Maceo le provocó un golpe militar e ideológico al jefe del ejército libertador. Máximo Gómez, según Bosch, “en el momento en que decía esas palabras de ‘¡más firme aún el trabajo!’ y entraba ‘en su tienda llorando el noble y gran anciano’ estaba cayendo en un pozo de dolor infinitamente hondo del cual tardaría tiempo en salir; y al salir de ese pozo ya no sería el caudillo abatido por la desgracia sino el formidable combatiente de la Reforma” (p.286).

“Quien nos da el dato”, continúa Bosch, “de que el general Gómez tardó en reaccionar es otro dominicano olvidado en Cuba y en su país, el coronel Lorenzo Despradel, nacido en La Vega, que se fue a la guerra de Cuba cuando apenas tenía 21 años y alcanzó el grado de coronel al lado de Máximo Gómez, de quién llegó a ser secretario. Además de soldado, Despradel fue escritor y periodista. Gran parte de su producción fue firmada con el seudónimo de Muley, que acabó convirtiéndose en su apodo, pero su trabajo ‘Máximo Gómez y la Campaña del 97’, que figura como apéndice en la obra de Orestes Ferrara *Mis relaciones con Máximo Gómez*, fue firmado con su nombre de Lorenzo” (p.286).

Juan Bosch utiliza en este libro una noción de evento clave para marcar secuencialmente los hechos de Gómez y Maceo, pero también los hechos revolucionarios y batallas de caudillos militares que contribuyeron a desarrollar una práctica de la estrategia militar finamente anotada en el Diario de Campaña de Máximo Gómez. Como muy bien reitera y acentúa:

“Máximo Gómez había iniciado su carrera en Cuba al principio de la guerra de los Diez Años que es como se llama la primera de las guerras de independencia que hizo Cuba. En realidad, Cuba tuvo tres guerras de independencia, y esas tres fueron tres episodios de la guerra de liberación cubana” (p.300).

Bosch destaca el hecho de que “[...] Máximo Gómez inició su carrera en Cuba desde que empezó el primero de los episodios. Fue a él a quien le tocó dar en la Venta del Pino la primera carga del machete de la historia cubana” (*Ibid.*).

La historia narrada en este libro va particularizando gradualmente la historia cubana en las dos últimas décadas del siglo XIX, y por lo mismo narra las acciones de Martí y el Partido Revolucionario Cubano, el grito de ¡Viva Cuba Libre! y con lo cual concluye “la última etapa de la revolución”. Luego de la muerte de José Martí, los hechos determinaron un contexto de cambio a propósito de táctica y estrategia: “Caído Martí, a quien Máximo Gómez, de acuerdo con Ángel de la Guardia, César Salas y Francisco Borrero, había designado unos días antes Mayor del Ejército Libertador, el guerrero genial que creía que la revolución cubana se haría aun cuando ya no se contara con Martí, que creía que la revolución de América se hubiera hecho aunque no hubieran nacido ni Washington ni Bolívar” (p.302).

Máximo Gómez sale de Oriente y se interna en Camagüey iniciando una campaña “conocida en la historia de Cuba y en las academias militares donde se estudió y en la que todavía se estudian las tácticas de Máximo Gómez, con el nombre de Campaña Circular” (*Ibid.*).

“La Campaña Circular se caracterizó”, explica Bosch, “por la rapidez de los movimientos: por la forma como Máximo Gómez, usando la caballería atacaba los puestos españoles; ataca uno en este punto e inmediatamente se lanza a atacar a otro, y no en un punto dado más allá sino en un punto

desviado hacia el Oeste o hacia el Este para girar de nuevo y salir avanzando sobre el punto que había atacado antes” (pp.302-303).

Máximo Gómez había sufrido todos los ataques de una guerra compleja que, como explica Bosch, tenía varias vertientes. El libro, en este sentido, resulta una narración cronológica de lo que fue La Reforma, el Gobierno revolucionario y las hazañas de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, a quien el libertador iba a entregarle el mando. La emboscada de los soldados del comandante Cirujeda en Punta Brava tendida al general Antonio Maceo, interrumpió la entrega, pues lo que iba a encontrar allí era la tragedia: la muerte de Panchito Gómez Toro y Antonio Maceo (*Cfr.* p.346).

Las contradicciones y diferencias que sostuvo el general Máximo Gómez con miembros del ejército de liberación y con políticos cubanos provocó su retiro, pero como dice Bosch, con todas las de la ley. El Libertador ya había entrado en la historia de ese final de siglo XIX, sin embargo, al explicar este período, algunos historiógrafos no incluyen su nombre como protagonista de aquel momento⁵⁵. La historiadora Elena Hernández Mandioca escribe que ya para 1898 “el Partido Revolucionario Cubano había desaparecido”⁵⁶.

La guerra y su final trajeron menos acuerdos económicos políticos y estratégicos: “[...] La independencia con limitaciones”, agrega Hernández Mandioca, “para muchos de los allí reunidos, resultaba preferible a la continuación de la

⁵⁵ Ver, para una caracterización del momento, HERNÁNDEZ MANDIOCA, Elena, “Cuba en el período intersecular: Continuidad y Cambio”, en BERNECKER, Walther L., *op.cit.* Según esta historiadora “Tras una agotadora guerra, la cesura de Cuba con la vieja metrópoli española fue de momento tan sólo política, terminantemente rupturista, desde luego, en lo que se refiere a los planos administrativo y político internacional.” (p.154).

⁵⁶ *Ibid.*, p.155.

ocupación. Pero no todos pensaban lo mismo. Tras el establecimiento de la República, la enmienda se convirtió en un tratado permanente...”⁵⁷.

Es importante señalar que Máximo Gómez, en sus “Notas Autobiográficas” precisa: “Así viví en Cuba cuatro años, arrasando una existencia obscura y triste, cargando con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños. Cuba, país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre por el hombre, de un modo inhumano y brutal”⁵⁸.

El relato de las “Notas Autobiográficas”, así como otros papeles y el *Diario de Campaña*... constituyen el testimonio de un hombre que por principio aceptó la Guerra de los Diez años que le sirvió de base para impulsar posteriormente el movimiento revolucionario, independentista y separatista cubano.

En la postdata de una carta dirigida a su esposa, Máximo Gómez escribe que “Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la Historia y de la naturaleza... a ser la primera aliada de la nación cubana.”⁵⁹

El sentimiento dominicanista y cubano de Máximo Gómez se explica en el siguiente párrafo: “En vano los *Yankees* con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortésmente pero no lo será por la sangre y por la historia; por su sol y por sus brisas”⁶⁰.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio (Comp.), *op.cit.* p.56.

⁵⁹ *Ibid.*, pp.162-163.

⁶⁰ *Ibid.*

Máximo Gómez: De Monte Cristi a la gloria conquista en su lectura por la fuerza biográfica y por lo fascinante del relato político. La abundancia de datos y la estructura misma de su narración, hacen de esta obra un cuerpo histórico en el cual, la figura del libertador se fija como testimonio de una época y como documento político y militar.

En Máximo Gómez encontramos, sin lugar a dudas, al militar, al guerrero, al pensador, al estratega y al escritor. Su obra de vida se encuentra en sus escritos⁶¹ como parte de una gesta y una travesía de reconocimiento donde podemos encontrar los signos, las huellas, los espacios de una guerra marcada por una concepción integral y dinámica; que podemos encontrar en su *Epistolario*, su *Diario de Campaña* y otros estudios y apuntes sobre su vida, obra y acciones político-militares.

Breve historia de los pueblos árabes: *arabismo, orientalismo, fuerzas del imperio*

Breve historia de los pueblos árabes tiene su origen en las conferencias pronunciadas los días 5, 12, 19, y 26 de agosto de 1975 en el salón de actos del Colegio Don Bosco de Santo Domingo, República Dominicana.

En la obra histórica y sociológica de Juan Bosch, lo hebreo, lo árabe, lo islámico, lo feudal y lo helénico han ocupado un marco de reflexión que no solamente se define en lo político, lo económico o lo doctrinario, sino también en lo cultural. Las puntualizaciones lingüísticas, históricas, literarias y religiosas, van construyendo un mundo que se explica por vertientes y rasgos de cultura, en una estructura espacio-temporal que nuestro autor asimila en junturas o conjuntos de datos determinados por una cronología de síntesis,

⁶¹ Cfr. RODRÍGUEZ DEMORIZI, *op.cit.*

de grandes momentos, sucesos, matices ideológicos y tramos narrativos o coyunturales. Como en las *Tres conferencias sobre el feudalismo*, Bosch permanece concentrado en el contexto de la narrativa histórica propia de la escuela francesa de la *Revue de Synthèse* y de *L'évolution de l'humanité*, donde encontramos la historia entendida como juntura de fuerzas universales y como línea cosmovisional regida por leyes familiares, económicas, religiosas, geográficas, lingüísticas, geológicas y sobre todo, temporales.

Así las cosas, la *Breve historia de los pueblos árabes* se afirma en acontecimientos fundamentales, imperiales, económicos y religiosos. Las guerras en la Península arábiga, dependen de las contradicciones entre los poderosos oligarcas, esto es, aquellos que regulan dominio y producción a su conveniencia clasi-sista y hegemónica. Las distinciones que en este caso abundan en la obra, apuntan a esclarecer el modo de funcionamiento de una estructura histórica y cultural marcada por lo que son las mentalidades que, en el caso de los llamados pueblos árabes, se reconocen como guerreras, religiosas, agraristas, hegemónicas, particularistas y nómadas.

Pero lo importante en este sentido es cómo nuestro autor organiza las ideas, los llamados hechos históricos, la cronología, los hechos que dan sentido a su explicación marcada por lo que es la determinación coyuntural y estratégica del acontecimiento. El elemento geográfico y sociocultural tiene un valor estimado en la misma coherencia escrituraria, en la exegética histórica y, sobre todo, en los signos que movilizan el contexto cultural.

La explicación diferencial sobre lo árabe y lo islámico alcanza una matización significativa y por lo mismo causal y formal: "Debemos aclarar que árabe no quiere decir musulmán ni musulmán quiere decir árabe. Hay países musulmanes como Persia, que se llama ahora Irán; como Afganistán,

como Pakistán, como Bangladesh, como Indonesia, como Turquía, y sin embargo esos países no son árabes. En las islas Filipinas hay musulmanes, y los españoles cuando llegaron a esas islas los llamaron moros porque era así como los españoles llamaron a los musulmanes bereberes del norte de África que eran prácticamente vecinos de los españoles. Esos moros o musulmanes de las Filipinas no son árabes. Es más, dentro del mundo árabe o mejor dicho, en los países árabes hay católicos y hay sectas cristianas como los maronitas del Líbano, por ejemplo, hay cristianos en Siria y en Iraq. Iraq, como veremos después, ocupa el territorio que antiguamente se llamó la Mesopotamia. No todos los árabes son musulmanes ni todos los musulmanes son árabes” (pp.357-358).

Lo que nos explica Bosch en su *Breve historia de los pueblos árabes* no es solamente un origen, sino el modo cómo los hombres de dicha península han fijado sus identidades y travesías. A través de una movilidad económica, política, social, religiosa y mental, el sujeto histórico de la Arabia se ha extendido aun más allá de su espacio vital, imponiendo a través de medios diversos un poder que entre los años 300, 400, y 500 de nuestra era configuró una geografía política, lingüística, económica y social con influencia a nivel europeo. Aquello que se ha registrado como huella, presenta un estado de cosas que atilda sobre la identidad o las identidades histórico-culturales de la península arábiga. Los beneficios de este imperio inciden en lo religioso y en lo económico, de tal manera que el mapa político-cultural extiende las líneas de un poderío afirmado en la vertiente de dos ciudades importantes para el arabismo y el mahometanismo: la Meca y Medina.

En efecto, Bosch se pregunta en este orden reflexivo lo siguiente: “¿Qué era el pueblo árabe antes de que fuera elaborada la religión mahometana?” (p.359). La respuesta en varias vertientes arroja luz en la medida en que los desarrollos

historiográficos informan de manera, a veces infusa y otras difusa, sobre la necesidad de participar cultural, económica, religiosa y políticamente que tenían los pueblos árabes en los primeros tiempos de su existencia. Nuestro autor contextualiza geográficamente este pueblo como conjunto histórico: “El pueblo árabe era el que vivía desde tiempo inmemorial en la península llamada Arabia. Esa península queda inmediatamente al este de África. Hacia el Nordeste tiene el Golfo Pérsico, y al sureste, el Océano Indico, que en aquella época se llamaba el Mar de Omán. Al Sur está el Golfo de Adén y al oeste el golfo que se llamaba Árabe y hoy se llama Mar Rojo” (*Ibid.*).

Más adelante explica el tipo de línea de espacio y ocupación a partir de un marco territorial: “La península de Arabia ocupa unos 3 millones de kilómetros cuadrados, es decir, la tercera parte más o menos de Europa que tiene 10 millones de kilómetros cuadrados. Hace miles de años que los griegos, que quedaban bastante cerca de Arabia, es decir, del otro lado del Mediterráneo, llamaban los habitantes de esa península de Arabia los *Sarakenoi*. De ese nombre griego salió la palabra sarracenos con que se les conoce especialmente en la lengua española. Sarracenos, pues, es un sinónimo o un equivalente de árabes” (p.360).

La geohistoria árabe se reconoce por aquellos elementos que van conformando el detalle cultural, económico, político y climático: “La mayor parte del territorio de esa península árabe o Arabia era un desierto, y en los desiertos son escasos los lugares donde hay agua; ahora bien, donde quiera que había agua en Arabia había también vegetación como la hay actualmente en el Sahara y en cualquier otro desierto del mundo, y como agua y vegetación son indispensables para la vida, los árabes se formaron y se desarrollaron como pueblo yendo de un lugar con agua y vegetación a otro lugar con agua y vegetación” (*Ibid.*).

Bosch resalta la importancia del camello en el desarrollo económico y en la evolución del mundo árabe: “El camello iba a jugar un papel extraordinario en la evolución del mundo árabe, un papel que se parece en muchos aspectos al que ha jugado el automóvil para el pueblo norteamericano [...] El Camello les permitió a las tribus árabes moverse rápidamente, y no solamente moverse rápidamente, sino transportar grandes cargas de un sitio a otro, y les permitió a las tribus también desarrollarse como grupos guerreros porque el camello es un animal de guerra” (pp.360-361).

La significación que tuvo el camello en la historia de los pueblos árabes, adquiere valor en la interpretación económica y social que motiva nuestro autor, como variable sociopolítica, comunicativa y cultural: “La posesión de camellos y de hombres que supieran usarlos, ambas cosas en abundancia, fue un factor muy importante y probablemente decisivo para convertir la península de Arabia en la principal vía comercial entre Europa y África, especialmente África del Norte, y Asia incluyendo la India y China, hecho que debió suceder en los tres primeros siglos de la Era Cristiana” (*Ibid.*).

La movilidad de los pueblos árabes o “el pueblo árabe”, como lo denomina Bosch, forma parte fundamental del mundo árabe y su mentalidad o mentalidades culturales. La trashumancia, el poblamiento y la adaptación al espacio y a los ritmos climáticos, inciden en la formación de estos pueblos que conforman la península y principalmente la Arabia Pétreo: “El pueblo árabe era una sociedad móvil, compuesta por tribus que iban y venían por ese enorme país, especialmente en la región del desierto que se llamaba la Arabia Pétreo. Pétreo, como ustedes saben, quiere decir de piedra. Toda esa región era un territorio pedregoso. Los árabes también viajaban por el Mar Rojo, y hacia el Golfo Pérsico. De esa condición de sociedad móvil

que formaban los árabes saldrían las condiciones que llevarían a establecer esa especie de maravilla de la historia que fue el Imperio árabe” (p.363).

Lo más importante de este recorrido narrado y explicado por Bosch es la necesidad de describir básicamente con, y desde el dato que autoriza el juicio histórico. El imperialismo árabe tiene su base también en sus oligarquías, la formada en la Meca y más tarde en Medina por Mahoma, quien había sido perseguido por los poderosos y oligarcas de La Meca.⁶² Antes de analizar este fenómeno decisivo para los pueblos árabes, resulta conveniente destacar la importancia que le acuerda, y que tiene la lengua en la formación sociocultural árabe. “Los árabes llegaron a tener un idioma altamente desarrollado,” señala Bosch, “un idioma muy rico, y ese idioma les permitió a las tribus comunicarse entre sí y también ayudó a unificar las tribus, pero además el conocimiento de un idioma, y de un idioma rico como era el árabe, es también un instrumento de desarrollo de la inteligencia” (*Ibid.*).

La lengua era también aquí, como diría Nebrija “compañera del imperio”. Pero también la religión. Lengua, religión y cultura eran el fundamento de los pueblos que constituían tanto la Arabia Pétreo como la Arabia Feliz siendo esta última la región del Sur. “En el orden religioso”, explica Bosch, “Arabia era también una sociedad móvil porque cada tribu tenía sus dioses y eso sucedía lo mismo en la Arabia Pétreo que en la Arabia Feliz. La Arabia Feliz era la región del Sur, por donde está hoy Yemen. Esa zona era rica porque ahí llegaban los monzones” (p.364).

La escritura de la historia participa de escenarios reales, imaginarios, económicos, religiosos, lingüísticos y culturales, en la óptica de nuestro autor, toda vez que la fluencia de la

⁶² Fenómeno que se explica por los diversos niveles de asimetría social y a veces religiosa de la península árabe.

narrativa histórica hace que el orden y el objeto narrados, progresen en sus vertientes y posibilidades. Lo que aparece como travesía en la escritura histórica es también el argumentario de la exposición, así como los principales tópicos y ligamentos de la lógica social y cultural del discurso.

El eje explicativo extiende la historia a puntos de interés justificados por la visión misma del autor. Desde la historia narramos imperios, civilizaciones, culturas, sociedades, economías; espacios mentales que van conformando cuerpos, geografías políticas y genealogías, a través de un cuerpo de representación donde la ideología se convierte en fundamento, huella, escisión, derecho social y natural, en fin, en cuerpo de representación.

“La Arabia Feliz”, escribe Bosch, “recibía lluvia y por tanto producía artículos agrícolas. Era feliz porque ahí iban los barcos a recoger la carga para un sitio y para otro, para las dos mitades del mundo, y por eso en esa región se formaron ciudades comerciales, que generalmente estaban bajo el dominio de una tribu y a veces hasta de dos tribus que llegaban a acuerdos para convivir en una ciudad. Por Arabia, por la Península de Arabia yendo desde la Arabia Feliz, iban también las rutas comerciales que llegaban al llamado Creciente Fértil, que está formado por los países de la Mesopotamia que hoy son el Iraq y parte de Siria” (pp.364-365).

Podemos decir que el arabismo fue el surco identitario de aquellos pueblos que se expandieron en la península arábiga y fuera de ella bajo una cosmovisión política, antropológica, lingüística, económica, religiosa y social. El arabismo se expresa en la dinámica formativa de los pueblos que nuestro autor analiza como consciencia de una identidad y una razón de ser en la península arábiga.

En efecto, lo árabe forma parte de Oriente y Occidente en la medida en que sus vientos monzones se dirigen seis meses

en una dirección y seis meses en otra dirección. La problemática política del arabismo como tendencia socioantropológica y económica se produce desde esta variable geoclimática, geohistórica, ambiental y cultural. Pero en la perspectiva del teórico palestino-norteamericano Edward W. Said⁶³, el arabismo forma parte del orientalismo. La mirada de Oriente hacia Occidente y viceversa, constituyen tendencias culturalistas contradictorias. Según Edward W. Said Oriente no fue una visión únicamente esencialista o un tipo, idea o creación irreal: “He comenzado asumiendo que Oriente no es una realidad inerte de la naturaleza. No está simplemente allí, lo mismo que el propio Occidente tampoco está precisamente allí. Tenemos que admitir seriamente la observación de Vico acerca de que los hombres hacen su propia historia, de que lo que ellos pueden conocer es aquello que han hecho y debemos extenderla al ámbito de la geografía: esos lugares, regiones y sectores geográficos que constituyen Oriente y Occidente, en tanto que entidades históricas son creaciones del hombre. Por consiguiente, en la misma medida en que lo es el propio Occidente, Oriente es una idea que tiene una historia, una tradición de pensamiento, unas imágenes y un vocabulario que le han dado una realidad y una presencia en y para Occidente. Las dos entidades geográficas, pues, se apoyan, y hasta cierto punto se reflejan la una en la otra”⁶⁴.

Así pues, la idea de un Oriente como poder, fuerza económica, imperio o imperialismo que surge de la narrativa histórica o concepción de la historia en *Breve historia de los pueblos árabes*, empalma con lo que Edward W. Said también estudia en su teoría del Orientalismo. Como caribeño-occidental

⁶³ Cfr. SAID, Edward W., *Orientalismo*, Madrid, Ed. Libertarias, 1990.

⁶⁴ *Ibid.*, p.23.

nuestro autor reconoce en el Oriente una fuerza, un poder, una conformación social basada en la geografía, en la historia económica y en la vida de una formación social y cultural.

“No hay que creer”, señala Said, “que el orientalismo es una estructura de mentiras o de mitos que se desvanecería si dijéramos la verdad sobre ella. Yo mismo creo que el orientalismo es mucho más valioso como signo de poder europeo atlántico sobre Oriente que como discurso verídico sobre Oriente (que es lo que en su forma académica o erudita pretende ser). Sin embargo lo que tenemos que respetar e intentar comprender es la solidez del entramado del discurso orientalista, sus estrechos lazos con las instituciones socioeconómicas y políticas existentes y su extraordinaria durabilidad”⁶⁵.

El tiempo que asimila poder e influencia en un espacio determinado, construye también un sistema de ideas y a la vez impone su fuerza mediante sujetos que movilizan instituciones sociales, políticas, culturales y económicas, entre otras. La crítica lanzada por el comparatista y teórico citado va más allá de un cuerpo de opiniones. Su doxa crítica mantiene un análisis puntual sobre el orientalismo entendido como travesía ideológica de poder: “Después de todo un sistema de ideas capaz de mantenerse intacto, y que se ha enseñado como una ciencia (en academias, libros, congresos, universidades y organismos de asuntos exteriores) desde el período de Ernest Renan hacia finales de 1848 hasta el presente en Estados Unidos, debe ser algo más grandioso que una mera colección de mentiras. El orientalismo, pues, no es una fantasía que creó Europa acerca de Oriente, sino un cuerpo compuesto de teoría y práctica en el que durante muchas generaciones, se ha realizado una inversión considerable. Debido a esta continua inversión, el orientalismo ha llegado a ser un sistema para

⁶⁵ *Ibid.*, p.25.

conocer oriente, un filtro aceptado que Oriente atraviesa para penetrar en la conciencia occidental; igualmente, esa misma inversión hizo posible —de hecho las hizo realmente productivas— las declaraciones que en un principio se formularon dentro de la disciplina orientalista y que más tarde proliferaron en el interior de la cultura general”⁶⁶.

La idea que revela una razón identificada en aquello que los sujetos activan como realidad material y social, adquiere valor en la Arabia Pétreá y la Arabia Feliz a la que se refiere Bosch (*Cfr.* pp.364-365 y *passim*), en su *Breve historia...* y que se hace legible como valor en su geohistoria mediante todo un cuerpo económico-social y un ritmo de crecimiento observable en ciudades comerciales como la Meca y Medina, donde Mahoma predicó la doctrina de Alá o Alí.

Para Bosch: “...es muy probable que la Meca acabara siendo el lugar donde se formó la oligarquía comercial más antigua de Arabia Pétreá, pero los hechos históricos indican que no fue en la Meca donde se organizaron las primeras compañías de transporte en forma comanditaria. La Meca tenía condiciones ideales para ser el lugar de origen de esas compañías y tal vez en la Meca se formaron las primeras empresas de transporte, pero como propiedad de una persona o de una tribu, porque la Meca estaba bajo el control de una tribu que era la tribu de los qurays; y tenía esas condiciones ideales porque se hallaba situada en la ruta que iba de Adén a Gaza y Acre, es decir, a lo que hoy es Palestina...” (*Ibid.*).

Basado en una historia política, económica y social en la perspectiva de las grandes Historias Universales (Hegel, Toynbee, Pirenne, Emil Schürer, Braudel, Febvre, Henri-Irénée Marrou, Turgot, DUBY y otros), nuestro intelectual, político e historiador utiliza los grandes contextos

⁶⁶ *Ibid.*

cronológicos, así como las grandiosas travesías económicas y guerreras para explicar aquello que ha conformado el arabismo como un tipo especial de imperialismo económico y cultural. Así las cosas, al explicar las coyunturas en que se formaron las relaciones entre beduinos y comerciantes, Bosch analiza aquella estructura económico-social en un marco de conflicto económico existente en la Meca y Medina, pues en tiempos de Mahoma las diferencias de tribus eran muy marcadas. Beduinos y comerciantes conformaron compañías comanditarias, negocios y actividades comerciales a partir de bienes adquiridos.

“Debemos suponer”, señala Bosch, “que los comerciantes fueron los primeros organizadores de las compañías comanditarias de transporte; pero debemos suponer también que con el paso de los años entraron en ese negocio personas enriquecidas en otras actividades. Naturalmente que pidiendo dinero prestado los beduinos se endeudaban y los que no podían pagar sus deudas pasaban a ser esclavos de sus acreedores. Clientes no quería decir entonces lo que quiere decir ahora, es decir, una persona que le compra a otra; cliente era una persona que trabajaba para otra o que dependía de otra” (p.374).

En ese contexto, las relaciones entre clientes, comerciantes, propietarios, negociantes permanentes u ocasionales, iban desarrollándose a través de adquisiciones por compra, venta y circulación de mercancías. En este sentido se iba conformando una oligarquía o clase económicamente poderosa y una esclavitud o fuerza de trabajo dependiente de los poderosos oligarcas que muy bien explica nuestro autor en *Breve historia de la oligarquía* y a propósito del caso de las oligarquías griegas y americanas (Cfr. pp.3-36, pp.37-53 y *passim*).

El arabismo iba a crear contradicciones que tendrían consecuencias en el marco del islamismo, el mahometanismo y el fundamentalismo religioso. Las contradicciones históricas se

harán visibles y reales más tarde con la formación del Imperio Otomano llamado también Imperio Turco o de Turquía. Nuestro autor explica la diferencia de surgimientos. Turcos y árabes se justifican históricamente a partir de rasgos, movimientos y tiempos ligados a su geohistoria, política, religión e idea de poder.

Bosch entiende que “el Imperio Otomano, que iba a ser conocido además con el nombre de Imperio Turco y de Turquía, no se formó tan de prisa como el árabe sino despacio y a base, sobre todo, de conquistas sangrientas, en lo cual su expansión fue también diferente de la expansión del Imperio Árabe, ya que este último creció de manera casi totalmente pacífica, porque los pueblos que se hallaban en las fronteras del Imperio Árabe querían tener los mismos derechos y los mismos privilegios que tenían los árabes, y para tenerlos les bastaba con aprender la lengua árabe y convertirse en musulmanes o seguidores de la religión de Mahoma, es decir, formar parte del Islam” (p.397).

Lo que revela en el caso del Imperio Turco un tipo de conquista sangrienta es su afán por obtener territorios y hegemonía religiosa. A propósito del imperialismo turco Bosch observa que: “El crecimiento del Imperio Turco se consiguió a base de conquistas sangrientas, aunque debemos aclarar que el tipo de guerra que hacían los turcos era la guerra religiosa en nombre de Mahoma llamada en árabe *jihad*. La mayor parte de esa guerra, en lo que se refiere al tiempo, fue llevada a cabo contra países cristianos, católicos o no católicos [...]. Puede decirse que desde el 1300 los turcos se mantuvieron en guerra contra todos los países que eran sus vecinos; y que no sólo se adueñaron de territorios árabes como la Mesopotamia (hoy Iraq y Siria), la región llamada con ese nombre poético del Creciente Fértil...” (pp.397-398).

Los turcos tomaron partes del Imperio Bizantino, así como de países balcánicos tales como Yugoslavia, Rumanía, Grecia, pero también Hungría, Austria, Polonia. El bizantinólogo rumano Nicolae Iorga ha puesto de relieve en sus estudios históricos la problemática territorial creada por los turcos en el espacio balcánico⁶⁷.

Un hecho importante estudiado y subrayado por nuestro autor es el relativo a la caída de Constantinopla (la actual Estambul) y el hecho de que la cristiandad occidental empezó a mirar hacia Oriente: "...Cuando Constantinopla, decíamos, cayó en manos de los turcos en el año 1453, el Imperio Otomano quedó definitivamente fortalecido, pero en ese mismo instante histórico empezó la llamada cristiandad europea a buscar la manera de hacer negocios con los países de Oriente a través de un camino diferente, el camino del Oeste" (p.398).

Lo que sobresale o surge de esta perspectiva o travesía es otro acontecimiento, otro camino histórico desbordante, ligado a otra aventura político-económica y movilizadora: "Quien iba a recorrer ese camino sería Cristóbal Colón, un italiano de Génova, hecho explicable porque las pequeñas repúblicas italianas de Venecia, Amalfi, Pisa y Genova eran las que habían monopolizado o casi monopolizado el comercio marítimo entre Oriente y Europa desde hacía siglos; pero aunque Colón era italiano, el país que le proporcionó medios y hombres para salir en busca de la nueva ruta comercial entre Europa y Oriente fue Castilla..." (p.398).

El acontecimiento del viaje de Colón hacia el Asia iba a tener otro resultado que cambió en tiempo y espacio la perspectiva de la Corona española. Pues "ese acontecimiento iba a ser nada más y nada menos que el descubrimiento de un nuevo

⁶⁷ En sus *Scriveri* (Escritos), el historiador rumano analiza la historia balcánica y esclava, en una relación intercultural. Cfr. IORGA, Nicolae, *Escritos históricos*, Bucarest, Ed. Pentru Literatură Universală, 1967, Vols. I y II.

mundo que se hallaba atravesado en el camino de Colón desde el Polo Norte hasta el Polo Sur. La aparición de ese nuevo mundo que está compuesto por las dos Américas desde el Canadá hasta el extremo sur de la argentina y por las islas del Caribe, entre las cuales está la nuestra, iba a transformar el comercio entre los países orientales y Europa para convertirlo en mundial” (*Ibid.*).

Los efectos de la caída de Constantinopla resultaron, considera Bosch, revolucionarios para la época, e iba a determinar cambios en el comercio marítimo y en las relaciones creadas por el capitalismo a escala mundial. Nuevos puntos económicos y comerciales, nuevas rutas terrestres y marinas iban a cambiar las estrategias de relación en el marco de intercambios económicos y culturales.

Nuestro autor entiende que “debido a la significación tan trascendental que tuvo la ocupación de Constantinopla por los turcos, los historiadores consideraban que la Edad Moderna comenzó con ese hecho, es decir, en el año 1453; sin embargo, la conquista de Siria y Egipto por los turcos fue tardía... Siria y Egipto pasaron, pues, a ser territorios del imperio turco en 1516 y 1517 respectivamente. En el 1522 los turcos tomaron la isla de Rodas, lo que les proporcionó una avanzada para tomar en el 1553 la Tripolitana y la Cirenaica, que se llaman hoy Libia, y eso le permitió adueñarse al año siguiente de Argelia, que paso a ser un Estado vasallo de Turquía” (p.400).

Lo que se puede observar en esta *Breve historia...* es justamente la aspiración guerrera y hegemónica en toda la formación o conformación política del mundo árabe y de sus Estados. El elemento geográfico crea la proporción y a la vez la desproporción, en tanto los afanes por conquistar territorios obliga a materializar ambiciones en cuanto a terrenos y extensiones marítimas. Los lugares y ciudades que menciona Bosch sugieren también propiedades y sobre todo

conflictos que son generados por el orden muchas veces hegemónico, religioso, político y económico.

Así pues, la descripción de los pueblos árabes da pie a un entendimiento de coyunturas y estrategias de dominio y situación histórico-geográfica. El paisaje se ajusta a la determinación del espacio que, como veremos, se desprende de la descripción: “Argelia queda al oeste de Trípoli y donde estuvo la ciudad de Cartago se encuentra Túnez. Túnez es una pequeña cuña metida entre Argelia y lo que en esa época se llamaba Trípoli o Tripolitania y Cirenaica, y hoy Libia. Argelia queda entre Libia, Túnez y Marruecos. Después de haber pasado varias veces de manos de los españoles a manos de los turcos, Túnez quedó convertida en 1574 en una provincia turca. Así pues antes de que terminara el siglo XVI, de todos los países de África que dan al Mar Mediterráneo que habían sido parte del Imperio Árabe, sólo Marruecos que en esa época se llamaba el Magreb no pasó a ser parte del Imperio Turco; pero debemos decir que sucedió con todos los países de la costa mediterránea del llamado Medio Oriente y Asia Menor” (pp.400-401).

Lo que en una secuencia expositiva se explica mediante datos generales y particulares, nos informa también a propósito de cómo el Imperio Árabe fue “sustituido por el Imperio Otomano llamado también Imperio Turco y Turquía” (*Ibid.*).

Desde ese contexto nuestro autor pasa a explicar el llamado Renacimiento Árabe, a propósito de los problemas creados en el Medio Oriente por la creación en dicha zona del Estado de Israel en Palestina. El “renacimiento árabe” estaba ligado a cierto orgullo y razón de ser árabe y de donde nació también el nacionalismo árabe que, según Juan Bosch, “. . .ha sido la base política sobre la cual se han establecido las naciones que forman la llamada Liga Árabe y que ha sido también la fuente de la simpatía con que se ven en el mundo varios aspectos del Islam, entre ellos su posición ante los problemas raciales” (p.402).

La problemática histórica de la lucha hegemónica y contrahegemónica de los pueblos árabes, solicita multitud de informaciones sobre política interna y externa, pero además, de usos y abusos económicos, costumbres, religión y lengua. Bosch, nutrido de un arsenal de informaciones actualizadas al momento de la redacción de esta obra, elabora toda una crítica y una historia social de los pueblos árabes que no podríamos decir que es suficiente, pero sí contextualizada en cuanto al uso histórico-sociológico.

La lucha entre los pueblos árabes siempre ha sido sangrienta y más aún cuando se trata de lucha religiosa y política. Recordemos las luchas entre turcos y mamelucos, entre iraquíes e iraníes, kuaitíes e iraquíes, kurdos y chiítas, para sólo mencionar algunas sobresalientes. Una secuencia narrada por Bosch en *Breve historia de los pueblos árabes* incita y llama la atención por la descripción y exposición procesual: “La lucha de clases, por otra parte, estuvo siempre y está hoy presente en las sociedades árabes, y sus manifestaciones se advierten claramente en la posición de la mujer en esa sociedad; pero en ellas la lucha de clases no presenta, por lo menos en la totalidad del mundo árabe, aspectos tan repugnantes como el racismo, que ha llegado en la sociedad occidental a extremos de criminalidad verdaderamente espantosos, como la aniquilación de pueblos indios en América, como el linchamiento de negros en el sur de los Estados Unidos o como la doctrina de la superioridad aria que llevó a los nazis al asesinato de millones de hombres, mujeres y niños durante la guerra mundial de 1939-1945” (pp.410-411).

Bosch narra cómo la influencia y poderío de Mohamed Alí, sus batallas, negociaciones y triunfos, terminaron con las negociaciones y acuerdos del 12 de junio de 1841, a través de los cuales Mohamed Alí devolvía a Turquía “la isla de Creta, Siria y Adana. Adana era una ciudad que estaba en Turquía,

al sur de los Montes Tauros [...] el macedonio Mohamed Alí fundó en Egipto y en el Sudán una dinastía que gobernó hasta el 26 de julio de 1952, cuando el último rey de esa dinastía, Farouk I, les entregó el poder a los militares que habían organizado bajo la dirección de Gamal Abdel Nasser el golpe del 22 de ese mismo mes y año” (p.411).

El panorama de lucha de los pueblos árabes presenta hechos y puntos en la modernidad que insisten en la conflictividad y en soluciones donde la diplomacia muy a menudo ha fracasado como nivel y plano de acuerdo. Así pues: “Mientras el ejército egipcio ocupaba Palestina, Siria, Creta y los Montes Taurus y llegaba hasta la Mesopotamia, los franceses encontraban resistencia en Argelia. El bey de Orán y el de Títeri se rindieron sin combatir, pero Ahmed, bey de Constantina, luchó durante siete años, de manera que esa ciudad vino a caer en manos de los franceses el 13 de octubre de 1837; y en la parte oeste del país [...] se levantó Abd-el-kader, quien después de largos años de lucha se proclamó bey de la región y vasallo del rey de Marruecos que se llamaba Mulay Abder-rahman. Después de proclamarse bey y además vasallo del sultán, de Marruecos Abd-el-kader proclamó la Guerra Santa, es decir, la jihda, contra los franceses” (pp.411-412).

Puntos fuertes de un discurso de la guerra; elementos para un cuadraje económico, político, religioso, lingüístico e histórico nos instruyen mediante una prosa que el autor oraliza, esto es, dice como fluencia que también se inscribe desde un contacto con la historiografía política occidental, donde el orientalismo de dicha erudición historiográfica traduce toda una ideología del acuerdo, la prueba, el documento oficial y oficioso que acciona sobre las relaciones diplomáticas y políticas del momento⁶⁸.

⁶⁸ En tal sentido son importantes las consideraciones de SAID, Edward W., *Cubriendo el Islam*, Barcelona, Ed. Debate, 2005, pp.99-133 y *passim*.

El historiador Bernard Lewis ha llevado a cabo un trazado a propósito de los pueblos árabes, lo árabe, las identidades del arabismo y sus significados. “Los árabes pueden ser una nación,” escribe Lewis, “pero no son una nacionalidad en el sentido legal. Uno que se denomine árabe puede figurar en su pasaporte como de nacionalidad saudí, yemení, iraquí, kuwaití, siria, jordana, sudanesa, libia, tunecina, argelina, marroquí o de cualquier otro estado del grupo que se identifica como árabe. Algunos países incluso han incorporado la palabra árabe en su nomenclatura oficial, como Arabia Saudí, la Unión de Emiratos Árabes, las Repúblicas Árabes de Siria y Egipto. Sin embargo, sus ciudadanos no son designados simplemente como árabes. Hay Estados árabes, y una verdadera liga de Estados árabes, pero no existe un único Estado árabe del que todos los árabes sean súbditos”⁶⁹.

Hemos visto cómo lo árabe y el arabismo se han convertido a través de sus acciones en respuestas individuales, colectivas, políticas, religiosas y culturales. Los problemas identitarios del mundo árabe se pronuncian cada vez más en perspectivas no siempre unitarias. La realidad ideológica se torna muchas veces difusa ante los intereses de comunidades árabes específicas y resistentes. Así, el arabismo presenta siempre elementos del pasado y del presente.

Según Bernard Lewis: “. . . si el arabismo no posee contenido legal, no por ello deja de ser real. El orgullo de los árabes por su ascendencia, su conocimiento de los lazos que los unían a otros árabes del pasado y del presente no son menos intensos. ¿Es entonces la lengua el factor unificador? ¿Es árabe simplemente quien tiene el árabe como primera lengua. . . ? ¿Es árabe el judío de lengua árabe procedente de Iraq o el Yemen o el cristiano de lengua árabe de Egipto o Líbano?”⁷⁰.

⁶⁹ Cfr. LEWIS, Bernard, *Los árabes en la historia*, Barcelona, Edhasa, 2004, p.17.

⁷⁰ *Ibid.*, pp.17-18.

La problemática del arabismo sugiere en muchos aspectos una discusión sobre política y origen. “El investigador”, agrega Lewis, “recibiría respuestas diferentes de estos mismos pueblos y de sus vecinos musulmanes. ¿Incluso el musulmán de lengua árabe de Egipto es un árabe? Muchos se consideran a sí mismos, pero no todos, y el término árabe aún se emplea coloquialmente en Egipto y en Iraq para distinguir a los beduinos de los desiertos circundantes de los campesinos indígenas de los valles del gran río. En algunos lugares se emplea el repelente término de *arabófono* para distinguir a los que sólo hablan árabe de los que verdaderamente lo son”⁷¹.

A lo largo de este estudio hemos visto a Juan Bosch hacer alusiones a la problemática de lo árabe en perspectivas diversas, pero siempre tocando el punto del origen, raíz, vida política y sociocultural de estos pueblos. Así pues, en la historia narrada por nuestro autor el árabe, lo árabe es un núcleo con varias ramas extendidas en el espacio tiempo de cada pueblo árabe.

El historiador Bernard Lewis explica, sobre la palabra árabe, lo siguiente: “El origen de la palabra árabe es confuso todavía, aunque los filólogos han ofrecido explicaciones de verosimilitud diversa. Para algunos, la palabra deriva de una raíz semítica que significa ‘oeste’ y fue aplicada por primera vez por los habitantes de Mesopotamia a la zona occidental del valle del Éufrates. En términos puramente lingüísticos esta etimología es cuestionable y cabe objetar que ese vocablo fue empleado por los propios árabes y que no es probable que una persona se describa a sí misma con una palabra que indica su posición relativa a otra. Más visos de verosimilitud tienen los intentos de vincular la palabra con el concepto de nomadismo”⁷².

⁷¹ *Ibid.* p.18.

⁷² *Ibid.*, pp.19-20.

Lewis, insistiendo sobre el origen de la palabra árabe, aclara: “El primer uso arábigo de la palabra *árabe* tiene lugar en las antiguas inscripciones arábicas del Sur, esas reliquias de la floreciente civilización establecida en el Yemen por la rama meridional de los pueblos árabes y que se remonta a los últimos siglos precristianos y primeros del cristianismo”⁷³.

Una selva de informaciones, problemas, incursiones y explicaciones rodean la palabra *árabe* y la misma fuerza política, cultural y simbólica de estos pueblos. Pensar entender este cuerpo de hilos posibles y ventanas socioreligiosas y culturales, implica un orden y un contraorden como junturas traductoras de problemas y logros, distinciones socioétnicas, *hábitat*, dominio y diferencias.

En ese sentido Lewis expresa: “El contenido étnico de la palabra *árabe* también estaba cambiando. La difusión del Islam entre los pueblos conquistados iba acompañado de la difusión de lo arábigo. Este proceso se vio acelerado por el asentamiento de numerosos árabes en las provincias, y a partir del siglo X por la llegada de un nuevo pueblo dominante, los turcos, bajo cuyo sometimiento dejó de ser importante la distinción entre descendientes de los conquistadores árabes y nativos arabizados. En casi todas las provincias situadas al oeste de Irán, las antiguas lenguas nativas se extinguieron y el árabe se convirtió en la principal lengua hablada”⁷⁴.

A propósito del término árabe, Lewis es taxativo y claro al respecto: “Para resumir: el término *árabe* se encuentra por primera vez, en el siglo IX a. C. relacionándolo con el beduino de la estepa árabe del Norte. En este sentido siguió en uso varios siglos entre los pueblos sedentarios de los países vecinos”⁷⁵.

⁷³ Cfr. *Ibid.*, p.23.

⁷⁴ *Ibid.*, p.28.

⁷⁵ *Ibid.*, p.31.

Una aseveración importante hecha por Lewis, aclara aún más el marco de lo arábigo y el arabismo como fuerza histórica, lingüística y cultural: “Cuando el reino árabe se transformó en un imperio islámico cosmopolita llego a denotar —en uso externo más que interno— la variada cultura de ese imperio, producida por gentes de muchas naciones y religiones, pero que se expresaban en la lengua árabe y estaban condicionadas por la tradición y las maneras árabes. Con la fusión de los conquistadores árabes y los conquistadores arabizados y su sometimiento a otros elementos gobernantes, poco a poco perdió su contenido étnico y se convirtió en un término social, aplicado sobre todo a los nómadas que habían conservado, más fielmente que otros, el estilo de vida y la lengua árabe originales”⁷⁶.

Los árabes en la historia de Bernard Lewis (Londres, 1947), ha sido un libro controversial dentro de las diversas disputas teóricas e históricas del arabismo, lo arábigo y el islamismo⁷⁷.

La coincidencia de información que en muchos puntos y casos se hacen observables en el libro de Bosch y el de Lewis, se puede aceptar por lo de la metodología de trabajo, distintas en ambos casos. Bosch no utiliza en estas conferencias citas o notas eruditas, ni citas específicas sobre lo árabe y el arabismo; tampoco utiliza, como en otras obras, una bibliografía explícita al respecto. Sin embargo, el apego al tema visible en su “escritura de la historia”, traduce una intencionalidad, justificada por sus niveles de exposición y educación mediante la memoria.

Juan Bosch ha utilizado páginas intensas sobre Egipto, Palestina, Líbano, Iraq, Irán y otros pueblos árabes para motivar un cuerpo y campo de trabajo donde la historia se problematiza en lo real, lo político, lo económico, lo religioso

⁷⁶ *Ibid.*, pp.31-32.

⁷⁷ *Cfr. Ibid.*, pp.247-266; pp.269-278, y *passim*. Para completar asuntos de vocabulario y lengua, *Cfr. LEWIS, Bernard, El lenguaje del Islam*, Madrid, Ed. Taurus, 2004.

y fundamentalmente en lo cultural. Los signos que el reconocido escritor ha analizado a lo largo de esta *Breve historia...*, remiten y, a la vez implican un análisis de la influencia árabe no sólo en el Medio Oriente, sino también en Asia, Occidente, América Latina, el Caribe y por supuesto en la península ibérica, donde arabismo y hebraísmo han sostenido hasta hoy cardinales ideológicas, económicas y culturales que inciden en todo el ámbito de la contemporaneidad.

La importancia de *Breve historia de los pueblos árabes* se explica desde una estrategia y una coyuntura en las cuales el arabismo y la influencia o contacto con el mundo árabe se pronuncian, no sólo en el Medio Oriente, Asia, la India Subcontinental, América y Europa, sino allí donde los conflictos árabes afectan comunidades históricas a nivel económico-social y en el plano ideológico. Los llamados acuerdos, desacuerdos y puntos legales de propiedad territorial conducen a problemas específicos de frontera y solidaridades en la península arábica y fuera de ella. El componente árabe que afecta históricamente y en el presente a muchos pueblos del mundo, implica hoy, y, a nivel internacional, acuerdos políticos y legales significativos⁷⁸.

Según podemos leer en la estructura profunda de la obra de Bosch, se trata de una “arqueología”, huella y panorámica de los pueblos árabes tratados bajo la óptica de una estructura histórica basada en genealogías, biografías, listados, tratados y arquitecturas socioculturales, reconocidas en lo social, lo económico, lo religioso y lo cultural. Si las nuevas visiones de la historia contemporánea generan en cuanto al arabismo actual contradicciones teóricas, políticas y militares, ello se debe a que las actuales coyunturas hegemónicas han variado y las correlaciones internacionales de poder se presentan y reconocen de

⁷⁸ Tal como se puede leer en Said, Edward W., *op. cit.*

diversas maneras y bajo diversas fórmulas, principalmente desde el 15 de mayo del 1948, fecha en que, como muy bien señala Bosch. “los ingleses debían abandonar Palestina” (p.458).

Nuestro autor ha escrito la historia de los pueblos árabes principalmente a partir de premisas culturales, políticas y psicosociales (ver todo el argumento político a propósito del conflicto árabe-israelí, en pp.460-469, y, pp.471-485 y *passim* de esta edición). Las páginas dedicadas a Egipto, sus batallas, victorias, dominios e influencias históricas en el Medio Oriente y hasta en Occidente, arrojan múltiples datos sobre algunos movimientos cruzados desde el punto de vista político, económico y social. La misma historia de la Transjordania plantea problemas de interpretación y de concepción de lo hegemónico.

“El territorio”, expresa Bosch, “que se conoce hoy con este nombre [*Transjordania*] había sido [...] parte de Siria lo mismo que Palestina. Ahí no había habido nunca Estado. El Estado de Transjordania fue creado por los ingleses en 1920. En el mes de julio de ese año, cuando fue destronado en Siria Faisal, el hijo de Hussein, su hermano Abdullah Ibn Hussein se fue inmediatamente a la región de Jordania y se puso a organizar un levantamiento de las tribus para reponer a su hermano Faisal en el trono de Siria” (p.458).

En la actualidad Gaza y Transjordania, constituyen el campo de fuerza del conflicto árabe-israelí, elemento este que problematiza la nueva historia de la zona. Al conferírsele a Transjordania categoría de Estado bajo protección inglesa, se estructuró un gobierno con autoridad institucional y con un ejército conocido como Legión Árabe. Todos estos cambios produjeron fórmulas, acuerdos y desacuerdos que poco a poco afectaron las relaciones entre Oriente y Occidente⁷⁹.

⁷⁹ Cfr. SAID, Edward W., *Cubriendo el Islam*, *op.cit.*, pp.110-130; pp.150-165 y *passim*.

Toda la casuística narrada y expuesta de manera dialógica por Bosch nos informa sobre particularidades que ya hemos tratado a lo largo de este estudio, pero que además nuestro autor plantea y describe con específico sentido de detalle a través de una prosa estilísticamente constituida. La escritura de la historia actual de los pueblos árabes produce los efectos que el autor quiere revelar mediante una dialéctica propia de la interpretación económico-social y crítica, tratada por demás con insistencia y rigor del dato y la cronología.

A partir de la página 471 se explica el significado que tuvo para los palestinos la fijación e instalación del Estado de Israel en Palestina y en zonas territoriales de Siria, El Líbano, Transjordania y la Península del Sinaí. El origen de este evidente conflicto lo explica nuestro autor en base a la influencia hegemónica del sistema capitalista y su desarrollo en el siglo XIX, así como a los cambios experimentados por el sistema monopolista a comienzos del siglo XX, principalmente en Europa.

El mundo árabe fue asegurando a lo interno y a lo externo puntos económicos a través del comercio con Europa, América y África. Pero ya para 1939 y con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la estrategia política del primer mundo va extendiéndose como cuerpo de soluciones políticas, diplomáticas, comerciales, institucionales y comunicativas. La Europa que desde la caída de Constantinopla y del Sacro Imperio Romano de Occidente cambió sus puntos políticos, comerciales y modificó los elementos de un diálogo que pedía otras adecuaciones políticas y económicas, se enfrentaba a una reconfiguración de los poderes internacionales mediante nuevas alianzas y tácticas de instrucción e intrusión.

Bosch percibe la situación palestina como un problema para Inglaterra en 1939; pero en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial el problema del Estado de Israel necesitaba

respuestas reales, luego de confirmado el efecto del holocausto judío y sus irradiaciones en el contexto de una moral de la justicia y una nueva moral de la historia (Cfr. p.501).

Se trata, en este caso, de un marco de acciones que involucra nuevas relaciones y acuerdos entre Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y las naciones árabes. Toda esta historia de argumentos de dominación motivó una interpretación de tratados de guerra, adecuación de cláusulas en cuanto al derecho internacional (público y privado), así como negociaciones que parecían esperanzadoras para un nuevo orden económico mundial.

Bosch explica (Cfr. pp.502-507) la travesía de la Liga Árabe, el sionismo, las acciones económicas de los judíos en Norteamérica y las propuestas económicas de los gobernantes norteamericanos que tuvieron y a la vez causaron efectos en el orden capitalista, afectado ya por la crisis de la Segunda Guerra Mundial y sus irradiaciones en el Medio Oriente, en la India y el resto de los países del Asia subcontinental.

Los fenómenos tratados por Bosch en esta *Breve historia de los pueblos árabes*, toman como punto de base el hecho de que en 1945, al crearse la Liga de Estados Árabes, los ingleses, más bien Inglaterra, entienden que "...si la guerra fría se extendía al Cercano Oriente ellos no tenían nada que ganar, pero podían perder su ventajosa posición en Egipto, y decidieron retirarse de Palestina [...]" (pp.504-505).

Una nueva historia, un nuevo conflicto, un nuevo acontecimiento iba a cambiar la política internacional con protagonistas comprometidos en las nuevas negociaciones y el nuevo reparto de poder "... esa decisión precipitó los acontecimientos que iban a dar lugar al nacimiento del Estado de Israel. Sin embargo, desde el mes de noviembre de 1947, en las Naciones Unidas se había hecho un reparto de las tierras que debían ocupar los árabes y la tierras que debían ocupar los judíos"(p.505).

Todo lo que después de 1945 ha sobrevenido como crisis en el mundo árabe y como crónica política, se deriva de la fundación del Estado de Israel en tierras palestinas y espacios limítrofes. La narrativa política asumida como discurso de la historia en este libro de Juan Bosch, debe entenderse en las vertientes elegidas por el autor a propósito de toda una historia procesual del mundo árabe y musulmán visto desde la historia económica, religiosa y política, pero además visto a través de una concepción diplomática basada en acuerdos y límites del derecho internacional.

Desde una cronología asimétrica *Breve historia de los pueblos árabes* se suma a los pedimentos de una historia política y de una *Crónica del mundo* ajustada a los hechos y las causas, a los acontecimientos y sus formas, a los efectos y sus líneas de irradiación en el mapa económico, político y sociocultural de la tardomodernidad. La escritura de la historia a propósito de los pueblos árabes participa de modelos ya trillados por la historia europea de los siglos XIX y XX. Los modelos de redacción adoptados por Bosch en sus otros escritos históricos confluyen también como productividad y estilo en el presente libro.

Lo ameno de este tipo de redacción fluida y confluyente, es precisamente su organización temática, estructural y tipológica. El texto elaborado como conferencia y diálogo para un público no especializado, permite la utilización de estrategias informativas que dan lugar a una adecuación de los tonos de emisión y recepción en el marco de escritura de la *Breve historia...* y de las demás historias del mundo contemporáneo.

Pero los propósitos de esta *Breve historia...* se fundamentan en la educación política y cultural como principio de información y discusión a través de la conferencia y el diálogo que se abre a un conocimiento del problema árabe que ya

para 1991 pedía otras estrategias de comprensión y de estructura noticiosa. Aquello que desde 1945 engendró y propició un marco de conflicto a nivel de Europa, el Medio Oriente y los Estados Unidos, implicaba otro registro explicativo, otro tratamiento de vertientes políticas y sociodiscursivas.

El hecho de precisar, componer y narrar eventos históricos con fines educativos, permite reconocer en los diversos planos de la acción formativa, los ejes de un pensamiento intelectual comprometido con pedagogías históricas y políticas fundamentadas en la crítica de los sistemas e instituciones políticas, desde una perspectiva integradora y articulada por procesos en el análisis histórico. Las imágenes reveladoras que surgen de dicha narrativa reflejan las nuevas fuerzas del imperio, el nuevo orden internacional a partir de un choque de culturas o de “civilizaciones”.

El discurso directo de la información contextualizada y fijada por el fechado o la cronología desde Tácito en sus *Anales*, acoge la temporalidad que en el orientalismo y el ritmo productivo de la filología occidentalista, orienta una actitud diferenciada de la escritura histórica y los signos del imperio. Todo lo que en esta *Breve historia de los pueblos árabes* se cita como referencia, plano, verdad e interpretación, asegura su función como registro y movimiento de una otredad cultural justificada en su fundamento social y filosófico. De ahí la estructura marcadamente dimensional de este libro en el contexto de una propiciadora narrativa de cuerpos, imágenes y signos políticos de la modernidad.

BREVE HISTORIA DE LA OLIGARQUÍA

I

LAS OLIGARQUÍAS GRIEGAS

Si es cierto, como lo refiere Plutarco, que Anacarsis se burló de Solón diciéndole que “los poderosos y los ricos” estaban acostumbrados a ignorar las leyes y no respetarían las suyas, entonces no cabe duda de que en Atenas había oligarcas y de que Aristóteles estuvo en lo cierto cuando dijo que antes de Solón “el régimen político era totalmente oligárquico; y, en particular, los pobres, sus mujeres y sus hijos eran los esclavos de los ricos”. “Toda la tierra estaba en un pequeño número de manos”, dice Aristóteles (Aristote, *Constitution d'Athènes*, Societé d'Edition Les Belles Lettres, París, 1967, pág. 2).

La oligarquía apareció en Atenas, como había aparecido en Esparta, en el momento en que se llevaba a cabo la disolución del régimen de la propiedad común de la tierra en su etapa gentilicia. Fue entonces cuando los aristócratas guerreros descendientes de reyes y de nobles, que fueron los primeros en tener tierras propias, procedieron a esclavizar a otros miembros de sus gens para quedarse con la parte de la tierra que estos ocupaban. En Esparta el esclavo no era de la misma gens sino de la población que encontraron en la región los aqueos y los dorios, formadores del futuro Estado espartano. El proceso esclavizador debe haber tenido variaciones y sin duda cubrió un largo período que fue, como dice Aristóteles, de luchas prolongadas entre la nobleza y el pueblo. En la etapa final de ese largo período —aunque es impropio llamarle final,

porque las luchas iban a seguir inmediatamente después de las reformas de Solón—, los clientes o sextos trabajaban las tierras de los señores a cambio de quedarse ellos con una sexta parte de lo que producían —mientras los señores recibían las otras cinco sextas—, y los pequeños propietarios o los clientes que tomaban dinero a préstamo eran esclavizados, junto con sus familias, si no podían pagar la deuda. En sus inicios la oligarquía ateniense fue eso: el sector de los propietarios de origen noble o aristocrático —los llamados eupátridas— que acabó monopolizando la propiedad territorial y estableció el sistema esclavista para explotar las tierras. Así, los esclavos, que en tiempos de Homero procedían siempre de tribus enemigas porque eran prisioneros de guerra, y debido a su corto número se destinaban a trabajos domésticos, pasaron a ser una clase oprimida, procedente de la misma tribu de sus señores o amos, o de la misma federación de tribus, y su función era producir para esos amos.

Pero la situación de Atenas era peculiar, porque como dice Engels, hablando de la génesis del Estado ateniense, “Hasta donde alcanza la historia escrita, se ve que el suelo estaba ya repartido y era propiedad privada, lo que corresponde a la producción mercantil y al comercio de mercancías relativamente desarrollados que observamos ya hacia el final del estado superior de la barbarie. Además de granos, producíanse vinos y aceite. El comercio marítimo en el Mar Egeo iba pasando cada vez más de los fenicios a los griegos del Atica” (Federico Engels, *El Origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado*. Carlos Marx, Federico Engels, *Obras escogidas*, Editora Política; La Habana, 1963, Tomo III, pág. 120).

Toda esa actividad descrita por Engels en tan pocas palabras implicaba división creciente del trabajo, complicaciones sociales en aumento, el mayor enriquecimiento de algunos eupátridas, pero también el empobrecimiento de otros y el

ascenso económico de un sector comercial. Solón, por ejemplo, era de origen aristocrático, y sin embargo su padre no era un rico terrateniente sino un hombre de mediano pasar, y Solón se dedicó al comercio, de manera que pertenecía a lo que Aristóteles llamó los paraliens, “cuyo jefe era Megacles, de los descendientes de Alcmeón, que parecía mantener una política moderada”. (*Ibid.*, pág. 14).

Cuando Solón fue elegido arconte con plenos poderes para organizar la vida ateniense —año 594, a. de C.—, el Atica —y con ella su capital, Atenas, y otras ciudades como el Puerto del Pireo— se hallaba agitada por una guerra civil que debió ser muy larga, si bien no sabemos cuál fue su duración. No puede cabernos duda de que en esa lucha prolongada los eupátridas —esto es, los oligarcas— fueron perdiendo poder mientras los comerciantes iban ganándolo, pues Solón debe haber ido al cargo como representante del sector comercial, si bien con la aceptación de la aristocracia terrateniente, de la cual procedía. Que la debilidad de los eupátridas como capa gobernante era un hecho lo demuestra su incapacidad para someter al pueblo, el cual, como dice Aristóteles, estaba sublevado contra ellos “desde hacía largo tiempo” (*Ibid.*, pág. 2). Debe entenderse, sin embargo, qué quería decir en Atenas pueblo —el demos—. Por de pronto, sólo podían pertenecer a él los nacidos en el Atica que no hubieran sido esclavizados, pues en este caso perdían todos sus derechos políticos o de ciudadanos. Los extranjeros, aunque fueran libres, no podían ser ciudadanos y por tanto no tenían derechos, ni aun el de adquirir tierras o casas; se les llamaba metecos, y los hijos de los metecos —y de un meteco y una ateniense o de un ateniense y una meteca— eran denominados espúreos, esto es, no puros. Según podemos leer en Plutarco, Temístocles era espúreo porque su madre era tracia. Pero Temístocles nació en 525, a. de C., sesenta años después del arcontado de

Solón, de manera que había llovido mucha agua sobre Atenas desde los días en que los espúreos no podían ser ciudadanos, y según refiere Plutarco, fue Temístocles, siendo jovencito, quien “parece que destruyó aquella separación entre los espúreos y los legítimos”, haciendo que sus compañeros de juego que eran legítimos visitaran con él el gimnasio de Cinosarges, lugar donde se reunían los espúreos, y además que se ungiesen allí con él. El gimnasio de Cinosarges estaba consagrado a Hércules, a quien se consideraba espúreo entre los dioses porque su madre había sido una mortal. (Plutarco, *Vidas Paralelas*, EDAF, Madrid, 1966, pág. 193).

La población del Atica estaba compuesta por cuatro tribus emparentadas, llamadas fíleas, y desde los tiempos legendarios cada fílea estaba compuesta por cuatro fraternidades o hermandades; cada fraternidad o hermandad estaba compuesta a su vez por treinta gens, o grupos consanguíneos, y cada uno de estos por treinta familias. El territorio del Atica no estaba dividido todavía administrativa o políticamente, sino en relación con cada gens, de manera que cada gens era propietaria, comunitariamente, de la tierra que ocupaba. Pero antes de que Solón fuera elegido arconte, sin que se sepa a ciencia cierta en qué tiempo, se había establecido un tipo de división territorial de carácter administrativo, si bien haciendo que esa división correspondiera, por unidad, con la región ocupada por cada fílea, a razón de doce divisiones por fílea. Esas divisiones se llamaron naucrarías, porque naus quería decir nave —o barco—, y los que vivían en cada naucraría tenían que proporcionar cada cierto tiempo una nave a la flota ateniense. A partir de ese momento los pobladores del Atica comenzaron a ser cargados con un impuesto relacionando ese impuesto con el lugar donde la gente vivía, no por su relación con las tribus, las fraternidades, las gens o las familias. Ahora bien, a fin de que cada quien contribuyera a costear las naves —y dos

caballos de guerra por cada naucraría, cosa que se agregó más tarde— de acuerdo con los medios de que disponía, se establecieron cuatro categorías de contribuyentes: los pentacosio-medimnos, esto es, los que cosechaban 500 medimnos o medidas de productos —aceite, vino, trigo—; los caballeros, que cosechaban 300 medidas; los zeugitas, que cosechaban 200, y los tetes, que cosechaban menos de 200. (V. V. Struve, *Historia de la Antigua Grecia*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, Tomo 1, pág. 175).

Como se ve, las necesidades de una sociedad que se hallaba en evolución y que tenía ya un activo comercio exterior exigían la aparición de un nuevo orden que iba destruyendo poco a poco al anterior. Sin duda eran varias las novedades como esa de las naucrarías que se habían introducido en el Atica por la fuerza de los cambios que requería la situación, si bien tal vez sólo ésa tenía verdadera importancia. Parece que Solón fue elegido arconte con plenos poderes con la intención de que legalizara los cambios ya efectuados y realizara otros que eran inevitables. La obra reformadora de Solón es muy conocida, de manera que no vamos a repetirla aquí; pero queremos recordar una, la de la consagración de la división de los contribuyentes en cada naucraría, que él encontró ya establecida, mediante su ampliación al campo político, que estaba estrechamente ligado al militar. Solón fijó deberes para los cuatro grupos censados, y también derechos. Los pentacosio-medimnos irían a la guerra aportando armas, caballos y comida y los caballeros prestarían servicios en la caballería; en compensación, unos y otros podían elegir y ser elegidos para cualquier cargo; los zeugitas tendrían en el Ejército categoría de hoplitas, es decir, infantería de equipo pesado, y podían elegir y ser elegidos, pero no hasta el nivel de arcontes, y como el areópago estaba formado por ex-arcontes —pues los arcontes se elegían por un año—, venía a resultar que los zeugitas no

podían llegar a ser miembros del areópago; los tetes aportarían armas livianas y servirían en la infantería ligera y en la flota, y podían hacerse oír en la asamblea popular y participar en las elecciones, pero no podían ser elegidos a ningún cargo. Esta transformación de las antiguas categorías de contribuyentes de las naucrarías en categorías políticas y militares significó una revolución en el Atica, puesto que terminaba con el monopolio del poder por parte de los eupátridas oligarcas, únicos que antes de esa reforma podían elegir y ser elegidos. A partir de ese momento los oligarcas atenienses no pudieron recuperar el poder, a no ser por corto tiempo y a costa de mucha sangre y muchos sufrimientos.

Instituciones, clases y partidos

Las instituciones de las ciudades-estados griegas eran muy similares entre sí, aun en el caso de que fueran transformadas por gobiernos oligárquicos. Habitualmente, en primer lugar estaba la asamblea popular —llamada ecclesia en Atenas y apella en Esparta—, a la que pertenecían en los primeros tiempos todos los miembros de las tribus que ocupaban cada territorio, generalmente a partir de los 18 años; estaban después los consejos de ancianos, que se hallaban compuestos por representantes de las tribus, una de cuyas atribuciones era hacer justicia, y estaba el rey o “basileus”, que después pasó a compartir sus funciones con los polemarcas y los arcontes. En Atenas, la ecclesia quedó disminuida cuando miembros de la población original pasaron a ser esclavos, con lo cual perdieron sus derechos políticos; por otra parte, además de un basileus, un polemarca y un arconte se pasó a elegir nueve arcontes, y estos tenían que ser escogidos únicamente entre miembros de las familias eupátridas, y en vez del consejo de ancianos se estableció el areópago, que vino a ser un cuerpo de eupátridas debido a que estaba compuesto por ex-arcontes

y estos eran todos eupátridas; y por último, el areópago vino a tener una serie de atribuciones que de hecho ponían en sus manos no sólo los poderes judiciales del antiguo consejo de ancianos, sino muchos más, entre ellos el de escoger los funcionarios administrativos y de otro tipo, y desde luego, los escogía entre los miembros de la nobleza. La oligarquía no destruyó las instituciones; las transformó por dentro, en su sustancia, organizando los mecanismos de poder de tal manera que sólo tuvieran acceso a ellos los miembros de su grupo (Ver Claude Mossé, *Les Institutions Grecques*, Librairie Armand Colin, París, 1967, Seconde édition revue. Los capítulos 4 y 5 están dedicados a las instituciones de Esparta y a las oligárquicas “en el resto del mundo griego”).

Solón hizo lo contrario de lo que habían hecho los oligarcas atenienses; abrió el camino de esas instituciones a los que tenían medios económicos, fueran o no fueran oligarcas, esto es, aunque no procedieran de la aristocracia terrateniente. Sus medidas no excluían a los oligarcas de los cargos públicos, pero establecían que a esos cargos podían ir también los que no fueran oligarcas y aun los oligarcas de origen venidos económicamente a menos. Además de esa reforma Solón estableció la boulé, compuesta por cien representantes de cada tribu, cuyo papel era filtrar, mediante un estudio y una aprobación en su seno, los problemas que iban a ser sometidos a la ecclesia o asamblea popular. Todas las otras disposiciones de Solón —como la anulación de las deudas, el derecho a testar libremente, y hasta el de que un hombre pudiera matar a su mujer si ésta le era adúltera— indican que las reformas que le dieron tanto renombre conducían a legalizar el régimen de la propiedad privada en el Atica y por tanto a dejar atrás las relaciones sociales y económicas de la comunidad gentilicia. A partir de las reformas de Solón, un hombre valdría en el Atica tanto como tuviera, no porque hubiera nacido noble o eupátrida.

Es claro que la oligarquía —esto es, los eupátridas ricos— no podía quedarse cruzada de brazos ante esa situación en la que sus privilegios de cuna quedaban desconocidos, y comenzó a luchar. Solón salió de Atenas “cuando los problemas políticos todavía duraban; después los partidos políticos se quedaron tranquilos durante cuatro años; el año quinto que siguió al arcontado de Solón no se nombró arconte a causa de la guerra civil, y de nuevo, después del quinto año, por la misma razón, no hubo arconte”, refiere Aristóteles (*Ibid.*, pág. 13). En el año 580 fueron elegidos diez arcontes; cinco eran eupátridas, tres eran agricultores, dos eran artesanos. Debe entenderse que todos eran o pentacosimedimnos o caballeros, pero sólo la mitad de ellos eran eupátridas, situación diferente a la que se daba quince años antes, cuando todos los arcontes tenían que ser eupátridas. Por otra parte, conviene observar que todavía los eupátridas formaban un grupo de poder decisivo, puesto que lograban hacer elegir cinco representantes de un cuerpo colegiado de diez.

Es muy importante tener presente este detalle dado que la generalidad de los que han tratado el problema de las oligarquías griegas se han basado en Aristóteles (*La Política*, Libro IV, 4 y 5) para decir y recalcar que la oligarquía fue el gobierno de los pocos o los menos, sin tomar en cuenta que ésa era la apariencia, pero no la sustancia de los hechos. El propio Aristóteles dijo que “hay régimen popular cuando los hombres libres están en la dirección de los negocios (públicos), y oligarquía cuando están los ricos, *pero es por puro accidente que los primeros son más numerosos que los otros, y efectivamente hay muchos hombres libres y pocos ricos*” (Aristote, *La Politique*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1962, Tomo 1, pág. 269). [*Parentesis e itálicas mías*, JB]. Aristóteles no dijo que la oligarquía era un gobierno, sino que hay (régimen de) “oligarquía cuando están (en la dirección de los negocios públicos) los ricos”,

lo que supone que Aristóteles quiso decir y dijo que hay gobierno de la oligarquía cuando los ricos —u oligarcas— están en el poder; y añadió con mucha claridad que por puro accidente los ricos u oligarcas son menos que los demócratas, de manera que lo que define al gobierno de la oligarquía es la condición de oligarcas de sus miembros, no su mayor o menor número. Ese pensamiento fue dicho con mayor precisión pocos párrafos después, cuando Aristóteles explicó que “hay democracia cuando los hombres nacidos libres y pobres, estando en mayoría, se hallan a la cabeza de los negocios públicos, y oligarquía cuando las gentes ricas y de un nacimiento fuera de lo común, hallándose en pequeño número gobiernan”. (*Ibid.*, pág. 270).

Debe quedar claro a los ojos de quien sea que para que hubiera régimen popular o democracia —las dos expresiones con que define Aristóteles el gobierno democrático— se requiere que haya demócratas y que estos vayan al poder, y lo mismo ocurre en el caso de las oligarquías. Esto implicaba que los oligarcas formaban una clase, la clase de los poseedores de riquezas, si nos atenemos a la manera como los llamaba Aristóteles: “individuos ricos” (*Ibid.*, pág. 268), “los ricos” (*Ibid.*, pág. 269), “gentes ricas” (*Ibid.*, pág. 270). Pero Aristóteles lo dirá de modo más claro cuando escribe esto: “...como sucede la mayoría de las veces que los ricos son en número pequeño y los pobres en gran número, esos dos partidos... son entre todos los otros de un antagonismo declarado. La consecuencia de esto es que el predominio de una u otra de estas *dos clases* acaba por determinar la naturaleza de las constituciones (de los Estados), y que, para la opinión común, no haya sino dos formas de gobierno, democracia y oligarquía”. (*Ibid.*, pág. 275). [*Itálicas y paréntesis míos, JB*].

¿Dijo Aristóteles *clases*? Sí, dijo clases, pues él llamaba una clase a la de los pobres, por lo menos en ese párrafo, y otra

clase a los ricos u oligarcas. Así, inmediatamente antes de las palabras que he reproducido había dicho que “... es imposible que los mismos individuos sean a la vez pobres y ricos; eso es lo que explica que estas últimas *clases*, quiere decir los ricos y los pobres, pasan por ser, por excelencia, partidos de un Estado”. (*Ibid.*, pág. 275). [*Itálicas mías*, JB].

Establecido que Aristóteles mencionó las clases —una compuesta por hombres libres y pobres y otra por hombres ricos—, veamos ahora cómo descompuso esas dos clases. “Se distinguen, en efecto, muchas clases” dijo, “tanto dentro del pueblo propiamente dicho como en el seno de aquellos a quienes llamamos los notables: por ejemplo, en el pueblo una primera especie es la clase de los labradores, otra es la clase de los artesanos, otra la de los comerciantes que se dedican a las operaciones de venta y compra, otra es la de las gentes de mar con sus subdivisiones, la de los que pertenecen a la marina de guerra, a la marina mercante, a los transportadores o a la pesca (en algunos lugares alguna de estas clases de marinos es muy numerosa: pescadores en Tarento y en Bizancio, marinos de comercio en Egina y en Quío, transportadores en Tenedos). Conviene sumar a esas clases la de los jornaleros y la masa de los que tienen muy pocos recursos para subsistir, así como aquellos cuyos padres no son los dos ciudadanos ni de la clase libre, y eventualmente toda otra clase popular de esta naturaleza. Los notables, por su parte, se clasifican a base de consideraciones de fortuna, de nobleza, de méritos, de educación y de otras ventajas que reposan en distinciones análogas” (*Ibid.*, págs. 275-6).

No hay —ni podía haberla, dados los tiempos en que Aristóteles escribió— mayor claridad que en todo lo que dijo el hombre en quien se apoyan algunos, tomando la parte por el todo, para decir, primero, que la oligarquía era una determinada forma de gobierno, y segundo, que era el gobierno de

los pocos o de los menos. La oligarquía, según Aristóteles y según la realidad histórica y social, era una clase, o por lo menos un conjunto de capas que formaban el sector que se hallaba en la cúspide de las sociedades griegas; que tomó el poder al quedar disuelta la propiedad gentilicia y en algunas partes, como sucedió en Esparta, retuvo el poder durante siglos y en otras lo perdió, como ocurrió en Atenas bajo el arcontado de Solón, pero que allí donde lo perdió siguió existiendo como clase o conjunto de capas superiores, y lo que es más importante, siguió luchando por recuperar el poder. Cuando la oligarquía ateniense se lanzó a recuperarlo, ya a fines del siglo VI hacia el 508 a. de C., lo hizo apoyándose en la fuerza militar espartana, como lo venían haciendo todos los grupos oligárquicos de las ciudades griegas y como lo seguirían haciendo los oligarcas atenienses en el siglo V y en el IV. *Pues desde sus primeros tiempos, las oligarquías tuvieron como sello distintivo la inclinación a buscar el respaldo de un poder exterior, incluso en el orden militar, cuando se lanzaban —o se lanzan— a luchar contra sus propios pueblos para imponerse en el gobierno.*

Leyendo a Plutarco hallamos numerosas frases demostrativas de que la oligarquía de Atenas era un partido político, esto es, un conjunto de personas que tenían ideas comunes acerca de la manera como debía ser gobernada el Atica. Hablando de la tumba de Temístocles dice que “no debe darse asenso a lo que Andócides dijo en su libro a los amigos: que los atenienses habían exhumado sus despojos y los habían arrojado, pues mintió; porque lo inventó para irritar contra el pueblo a los del *partido de la oligarquía*” (*Ibid.*, pág. 218). [*Itálicas mías*, JB]. Al llegar a la descripción de la vida de Pericles aparecen en Plutarco numerosas, variadas y ricas referencias a la oligarquía, pues aunque Plutarco, partidario de los oligarcas, trató siempre de pasar sobre el tema de las oligarquías como quien pasa descalzo sobre carbones encendidos, tie-

ne que hacer referencia a ella al hablar de Pericles dado que éste llevó sobre sus espaldas el peso de las guerras contra Atenas y sus aliados que desataron el régimen oligárquico de Esparta y sus aliados de la Liga del Peloponeso, coordinados con los oligarcas atenienses y los de las ciudades que estaban ligadas a Atenas. Unas veces las referencias son indirectas, como cuando dice que Cimón era sospechoso de laconismo, y otras veces son directas, como cuando refiere que Efiates fue muerto porque se hizo “temer de los oligarquistas”. Ser laconista, o partidario del laconismo, era ser partidario de Laconia, es decir, de Esparta, y sólo era partidario de Laconia o Esparta el que lo era de la oligarquía, pues el régimen espartano fue el sostén militar y político de todas las oligarquías griegas. Plutarco afirma que quien organizó de manera ostensible el partido oligárquico de Atenas en los tiempos de Pericles fue Tucídides; que éste impidió “que los ciudadanos que se decían principales se allegaran y confundieran como antes con la plebe,... y más bien manteniéndolos separados, y reuniendo como en un punto el poder de todos ellos, le hizo más resistencia (al demos, que el traductor llama plebe) y que viniera a ser como un contrapeso en la balanza, porque desde el principio hubo como una separación oscura que... era indicio de *dos partidos*: el popular y el aristocrático; y ahora que aquella unión y concordia de los principales dio más peso a esta división de la ciudad e hizo que un partido se llamara plebe, y el otro, oligarquía o de los pocos” (*Ibid.*, pág. 266). [*Paréntesis e itálicas míos*, JB].

Esparta y Atenas, dos sociedades contrapuestas

La sociedad de Laconia, o espartana, y la del Atica, o ateniense, evolucionaron en forma distinta y llegaron a ser dos polos del mundo griego, al cual pertenecían ambas. Ya para los últimos años del siglo VI a. de C. —esto es, del 600 al 501, pues

los siglos y los años correspondientes a la era anterior a la cristiana se cuentan al revés razón por la cual los últimos años del siglo VI son los que más se acercan al 501—, Esparta representaba, encarnaba y encabezaba el ideal político de la oligarquía, y Atenas representaba, encarnaba y encabezaba el ideal político de la democracia. Se entiende, sin embargo, que en esa democracia ateniense sólo tenían derechos ciudadanos los nacidos en el Atica de padre y madre libres y naturales del Atica, y esos eran la minoría. Atenas era una democracia esclavista, y dentro de sus muros había más esclavos que personas libres. “La cuestión referente al número de esclavos en el Atica (a mediados del siglo V, es decir, hacia el 450 a. de C.) no ha sido resuelta hasta ahora por la ciencia. Pero admitiendo como mínima una cantidad de 70.000 esclavos, también en este caso llegaríamos a la deducción de que el número de los esclavos superaba considerablemente al de sus amos” (V. V. Struve, *Ibid.*, Tomo II, pág. 372). [*Paréntesis mío*, JB].

Si en Atenas había tantos esclavos, ¿cómo se explica entonces que Atenas fuera una democracia y no un Estado oligárquico? ¿Qué diferencia había entre Atenas y Esparta, si en ambas había esclavitud?

La diferencia fundamental se hallaba en el tipo de organización de los dos Estados, y ese tipo de organización de cada Estado respondía a grados distintos de evolución social. Esparta o Lacedemonia —otro de los nombres que se le daban a Laconia— fue el producto de una invasión de los dorios a Laconia y de la subsiguiente unión de la nobleza aquea, establecida en Laconia, con los nuevos invasores. Unidos unos y otros, sometieron a esclavitud a los ilotas, que al parecer eran los habitantes de Laconia antes de la llegada de los aqueos, y los obligaron a trabajar las tierras del valle del Eurotas, las más ricas de la región, las cuales fueron repartidas a partes

iguales entre las familias de origen dorio-aqueo. Los ilotas no podían salir de esas tierras, cuyas porciones fueron llamados cleros, y a fin de que no pudiera haber mezcla entre ilotas y espartanos, a estos se les prohibía vivir en los cleros a pesar de que eran sus propiedades.

El Estado espartano se dio a sí mismo el derecho de disponer de la vida de los ilotas y de darles la muerte cuando lo consideraba útil, si bien no podía venderlos. Así pues, en Esparta el esclavista era el Estado, y ese Estado quedó organizado sobre la base de la existencia de una población esclava que era la única que producía para mantener al pueblo espartano, pues los ciudadanos de Esparta no podían trabajar; todas sus actividades estaban dirigidas a la guerra, lo que se explica porque debían estar constantemente preparados para hacerles la guerra a los ilotas si estos pretendían rebelarse, como sucedió más de una vez. Cada año, los éforos de Esparta —que correspondían a los arcontes de Atenas— declaraban simbólicamente la guerra a los ilotas. Cuando con el andar de los años vino a suceder que la población masculina espartana fue decayendo, debido principalmente a que Esparta vivía en guerras permanentes contra sus vecinos, los guerreros enriquecidos con los botines que tomaban en los combates y en los asaltos a otras ciudades griegas fueron adquiriendo las tierras de los desaparecidos y Laconia acabó siendo un Estado de pocos grandes terratenientes. Así, Aristóteles pudo decir en el siglo IV, al hacer el examen de la Constitución de Lacedemonia, que “entre los espartanos, unos poseen bienes de una importancia desmesurada, en tanto que los otros están reducidos a una porción ínfima, lo que tiene como resultado que la tierra va a dar a un pequeño número de manos”; y explica luego: “¡He ahí por qué, en un país capaz de disponer de mil quinientos guerreros de a caballo y treinta mil hoplitas, el número de ciudadanos no llega a un millar!” (*La Politique*.

Tomo I, 9, págs. 133-145). Por otra parte, Jenofonte, oligárquico de hueso colorado al extremo de que se fue a vivir a Esparta, al escribir sobre la Constitución de Laconia y después de haber dedicado trece capítulos a poner por las nubes la obra de Licurgo, dice en el capítulo XIV que si “me preguntan si creo que las leyes de Licurgo subsisten todavía hoy en toda su integridad, yo, verdaderamente, no osaría afirmarlo” (Xenophon, *Ouvres Completes*, Garnier-Flammarion, París, 1967, Tomo II, pág. 461).

Cuando Aristóteles dice que el número de ciudadanos espartanos no llegaba a un millar quiere decir que esa escasa cantidad de gente era la que tenía derechos políticos, y los tenía porque era la única que disponía de medios para sufragar los gastos que imponía la ciudadanía. Hablando de las comidas comunes a que tenían que ir los espartanos, comenta que al revés de lo que sucedía en Creta, donde el tesoro público pagaba la comida, en Esparta cada quien “debe aportar su contribución y como muchos están en una miseria extrema”, los muy pobres “difícilmente pueden participar, y resulta que una disposición tradicional de la Constitución espartana priva del derecho de ciudadanía a todo aquel que no esté en capacidad de proporcionar esa cotización” (*La Politique*, Tomo 1, pág. 144). Según Aristóteles, Lacedemonia era un “Estado indigente, y los particulares (estaban) henchidos de riquezas” (*Ibid.*, pág. 145). [*Paréntesis mía*, JB].

Atenas no era un Estado esclavista, aunque sus ciudadanos, como personas, tenían esclavos, y aun los tenían muchos metecos. Es posible que Atenas pasara por una etapa similar a la que adoptó Esparta en los siglos IX y VIII y que esa etapa no esté registrada en la historia. Pero Esparta fijó su tipo de organización de manera definitiva a base de la producción aportada por los ilotas y Atenas evolucionó hacia formas de producción más complejas. Atenas estaba situada de tal manera

que tenía enfrente a las islas Cícladas y a Creta, y al oriente las ciudades de la Jonia y la Eolia, todas económicamente desarrolladas y con comercio activo. Así, Atenas, cuyas tierras no eran seguramente tan ricas como las de los espartanos, tuvo que dedicarse al comercio marítimo y a producir envases de barro para el aceite y los vinos que vendía fuera del Atica, de todo lo cual surgió un artesanado, una industria naval, una marinería y un sector de comerciantes que tal vez en cosa de un siglo vinieron a estar en condiciones de disputarles el poderío político a los eupátridas terratenientes. La sociedad ateniense se diversificó al ritmo que se diversificaba la producción, y cuando los eupátridas vinieron a darse cuenta estaban en minoría como personas y como gente rica, situación que no se produjo en Esparta porque ningún espartano se dedicó al comercio, a la navegación, a la artesanía; ellos eran guerreros, y nada más, y se alimentaban y se vestían con el producto del trabajo de los ilotas. El Estado oligárquico de Lacedemonia no evolucionó porque no evolucionó la sociedad que lo sostenía; el Estado ateniense tuvo que dar representación a capas de la población no oligárquicas, y por tanto pasó a democratizarse; y esto llegó a tal punto que muchos esclavos atenienses fueron declarados libres y pasaron a ser administradores de los negocios de sus amos y hasta sus socios.

En una forma más o menos parecida a la de Atenas evolucionaron varios otros Estados griegos, pero ninguno llegó a representar a los ojos de toda Grecia y de la Historia, como lo hizo Atenas, el ideal democrático en todo su esplendor, lo que se explica porque ninguno llegó a desarrollarse tanto, en todos los aspectos, como la capital del Atica. Pero eso no significa que los grupos oligárquicos atenienses desaparecieron totalmente; no desaparecieron en ningún Estado griego, ni aun en Atenas; en cambio, en Esparta no hubo nunca ningún

sector partidario de la democracia. Esparta fue la encarnación de la oligarquía, porque ésta tomó el poder desde el primer momento en que se formó el Estado espartano y organizó la vida pública y privada de tal manera que no dejaría de ser jamás un Estado oligárquico. Por esa razón fue tan admirada de todos los partidarios de la oligarquía. V. V. Struve dice que la “historia de Esparta aparece expuesta tendenciosamente por los escritores de la antigua Grecia, por los ideólogos de la oligarquía que veían en Esparta la encarnación de sus ideales político-sociales. En las obras de esos escritores el régimen espartano está manifiestamente idealizado. En la literatura social y filosófica de la antigua Grecia se había creado toda una corriente que ya antiguamente se llamó “laconófila”. Esta orientación encontró su expresión en las obras de Jenofonte, de Platón y en algunas de Aristóteles” (*Ibid.* Tomo 1, pág. 109). Poco antes de morir, lo que sucedió en el año 355, cuando ya tenía dieciséis años viviendo fuera de Esparta, en Corinto, Jenofonte aconsejó a los atenienses que establecieran la esclavitud estatal. Dio el consejo en un pequeño trabajo que aparece en la edición francesa de sus obras bajo el título de *Revenue* (Garnier-Flammarion, Tomo I, págs. 473-90) y bajo el de *Rentas del Atica* en la edición española (Editorial Iberia, Colección Obras Maestras, Barcelona, 1965, Tomo II, págs. 291-305). Como se deduce de este consejo, el laconófilo Jenofonte quería llevar a Atenas el mismo orden social que había quedado establecido en su admirada Esparta en los tiempos del legendario Licurgo.

Tal como dice Struve, Jenofonte, Platón, Tucídides, Plutarco, Aristóteles en algunos momentos y muchos otros escritores griegos fueron laconistas, admiradores de Esparta; y los oligarcas de la América Latina presentaban el siglo pasado, y buena parte de éste, a la dura Esparta como el modelo de sociedades de todas las épocas. Y sin embargo,

esa celebrada organización espartana fue la expresión de un pueblo sometido al retraso con habilidad y energía diabólicas; de un pueblo que se esmeraba en preparar a sus hombres para que sembraran a filo de espada la semilla del atraso en toda Grecia. Los héroes espartanos fueron los hijos de las tinieblas, y nada más. Entre ellos y la institución de la esclavitud, que era general en Grecia, acabaron con el milagro griego; con todo lo que dio ese pueblo admirable y todo lo que pudo haber dado todavía.

Los grupos oligárquicos de Atenas y de toda la Grecia, que siguieron viviendo en el seno de las sociedades democráticas allí donde éstas se habían formado, buscaron apoyo en Esparta para tomar el poder en sus respectivos Estados. En Atenas, la alianza de los oligarcas atenienses con los de Esparta comenzó en el año 508, y ya no se rompería sino cuando Atenas quedara aniquilada.

Los frentes oligárquicos griegos

Cuenta Aristóteles en *Constitución de Atenas* que después de la destrucción de la tiranía de los pisístratas “hubo lucha entre Iságoras, hijo de Tesandro, amigo de los tiranos, y Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas. Vencido por las asociaciones políticas, Clístenes buscó las simpatías del partido democrático entregando el poder al pueblo” (pág. 22).

Desde luego que en tan pocas palabras no abunda la claridad. Pero sabemos que Iságoras, buen oligarca, llamó a Cleómenes, rey de Esparta, que entró en Atenas al frente de fuerzas armadas, obligó a Clístenes a salir de la ciudad con varios amigos, hizo presas a setecientas familias atenienses y disolvió la boulé de cuatrocientos hombres que había estado funcionando desde que Solón la creó. En lugar de ese consejo, Cleómenes formó otro de trescientos miembros que debía tener, junto con Iságoras y algunos otros oligarcas, plenos

poderes para gobernar la ciudad. Pero sucedió que el antiguo consejo —o boulé— hizo resistencia, con el apoyo de la masa democrática y Cleómenes, Iságoras y los trescientos consejeros tuvieron que refugiarse en la Acrópolis, donde fueron sitiados por el pueblo. Cleómenes capituló al tercer día y salió de Atenas con sus tropas.

En el primer episodio de la lucha provocada por la alianza del Estado oligárquico de Esparta y el sector oligárquico de Atenas, el demos de la capital del Atica resultó más fuerte que sus adversarios de la oligarquía ateniense-espártana. Según refiere Heródoto, una vez que Cleómenes y sus fuerzas salieron de Atenas, los oligarcas atenienses fueron condenados a muerte, pero Aristóteles no confirma esa noticia. De todos modos, la derrota militar de los oligarcas fue aprovechada inmediatamente por los demócratas de Atenas, al frente de los cuales se puso Clístenes, quien desató una ofensiva política destinada a aniquilar los restos de la oligarquía.

Habían transcurrido casi ochenta años desde el arcontado de Solón y en ese tiempo la sociedad ateniense había evolucionado mucho, de manera que la organización que le dio Solón se había quedado retrasada. Engels resume la evolución de Atenas con estas palabras:

“Habíase puesto coto a la usura de los latifundistas anteriores a Solón, y asimismo a la concentración excesiva de la propiedad territorial. El comercio y los oficios, incluidos los artísticos, que se practicaban cada vez más en grande, basándose en el trabajo de los esclavos, llegaron a ser las ocupaciones principales. La gente adquirió más luces. En vez de explotar a sus propios conciudadanos de una manera inicua, como al principio, se explotó sobre todo a los esclavos y a los clientes no atenienses. Los bienes muebles, la riqueza en forma de dinero, el número de esclavos y de las naves aumentaban sin cesar; pero ya no eran un simple medio de adquirir

tierras, como en el primer período, con sus cortos alcances, sino que se convirtieron en un fin de por sí. De una parte, la nobleza antigua en el Poder encontró así unos competidores victoriosos en las nuevas clases de ricos industriales y comerciantes; pero de otra parte quedó destruida también la última base de los restos de la constitución gentilicia. Las gens, las fraternías y las tribus, cuyos miembros andaban a la sazón dispersos por todo el Atica y vivían completamente entremezclados, eran ya del todo inútiles como corporaciones políticas” (Engels, *Ibid.* Tomo III, pág. 128).

Todos esos cambios se habían acumulado, y la crisis provocada por la intervención de Esparta a favor de los oligarcas atenienses, que pretendieron recuperar el poder encabezados por Iságoras, demostró que desde los tiempos de Solón los partidarios de la democracia se habían fortalecido mucho en Atenas. Tal como lo dice Engels, el “comercio y los oficios, incluidos los artísticos, que se practicaban cada vez más en grande, basándose en el trabajo de los esclavos, llegaron a ser las ocupaciones principales”, y los comerciantes y los artesanos eran demócratas, y por tanto estaban en lucha contra los oligarcas. Engels, que hizo una interpretación de la historia de Atenas sorprendentemente aguda y adelantada a su época, afirma que “proseguía la lucha entre los partidos; la nobleza trataba de reconquistar sus viejos privilegios y volvió a tener, por un tiempo, vara alta; hasta que la revolución de Clístenes... la abatió definitivamente, derribando también, con ella, el último vestigio de la constitución gentilicia” (*Ibid.*, pág. 128).

Las medidas de Clístenes han sido resumidas por V. V. Struve en los siguientes párrafos: Sustitución de las antiguas “cuatro fileas subdivididas en fraternías y gens por diez nuevas fileas, territoriales y no gentilicias... Cada una de las nuevas fileas se subdividía en tritias y éstas en demos... el demos era una unidad puramente territorial. Todos los ciudadanos fueron

inscritos en su lugar de nacimiento y no según la gens, sino según el nuevo demos. De este modo rompían los vínculos entre miembros de la gens. Una vez roto el vínculo gentilicio, los ciudadanos que antes estaban fuera de la gens tuvieron por primera vez acceso a la administración, por cuanto cada uno de los demos era una unidad, además de territorial, también autónoma. El demos elegía a su demarca, poseía tierras comunales, tenía sus intereses locales y su tesoro y promulgaba sus disposiciones. También tenía la obligación de llevar registros de sus ciudadanos”. “Según el testimonio de Heródoto, el número total de los demos alcanzaba a cien (diez por fílea); más adelante esa cifra llegó paulatinamente hasta ciento setenta y cuatro. Las pequeñas poblaciones se fundían en un solo demos; por lo contrario, en la ciudad de Atenas hubo varios demos. Los nombres de los demos coincidían en parte con los de las gens y en parte eran nuevos” (V. V. Struve, *Ibid.* Tomo I, pág. 196).

Pero esos no fueron los únicos cambios introducidos por Clístenes en la Constitución del Estado ateniense, pues además abolió el Consejo de los Cuatrocientos, creado por Solón a base de cien representantes por cada fílea, y lo sustituyó con el Consejo de los Quinientos, formado por cincuenta representantes de cada una de las nuevas diez fíleas. Struve explica que las “elecciones para el Consejo se hacían por fíleas y demos proporcionalmente al número de sus ciudadanos. Las naucrarías, sustituidas por los demos, no fueron abolidas, pero perdieron su importancia, quedándoles exclusivamente el papel de unidades pagadoras de impuestos. Aumentó considerablemente el número de funcionarios. Con el fin de regular las finanzas, se creó un colegio de diez apodectas (según el número de las fíleas); a partir de los años 501-500 se eligen ya diez estrategias (también por el número de las fíleas), que formaban un colegio militar encabezado

por un arconte polemarca”. “En la distribución de funciones entre todos estos órganos, viejos y nuevos, se hicieron cambios en un sentido democratizador. El aerópago conservó su función judicial en asuntos criminales, pero los asuntos de alta traición pasaron a la asamblea popular. Ésta se convocó con mayor frecuencia y comenzó a jugar un papel destacado en Atenas. Las funciones del Consejo de Quinientos fueron considerablemente ampliadas: se transformó en el órgano administrativo superior, que desplazó al colegio de arcontes”. Por último, “para eliminar el peligro de una nueva tiranía, Clístenes instituyó una medida especial: el ostracismo...” (V. V. Struve, *Ibid.*, págs. 197-98). Como se sabe, el ostracismo o destierro tenía que ser aprobado por no menos de seis mil miembros de la asamblea popular, lo que da idea del carácter amplio de ese cuerpo, y el que sufría la pena de ostracismo tenía que estar fuera de Atenas diez años, aunque no perdía sus bienes.

Las reformas de Clístenes fueron la base política para que se desarrollara en el siglo siguiente la democracia ateniense de Pericles, pero esas reformas no aniquilaron a la oligarquía del Atica, *pues mientras no se extirpara la poderosa retaguardia de la oligarquía de los Estados griegos, que se hallaba en Esparta, sería imposible destruir totalmente a la oligarquía ateniense o a la de cualquier otro Estado democrático de Grecia*. La lucha de la oligarquía contra la democracia no era local, y eso vino a quedar demostrado cuando estalló en el año 431 la guerra del Peloponeso, que fue la guerra de los Estados oligárquicos, encabezados por Esparta, contra los Estados democráticos, encabezados por Atenas. En esa guerra, que según Jenofonte duró “veinte y ocho años y seis meses” (Xenophon, *Les Hélléniques*, Garnier-Flammarion, París, II, III, 6, pág. 38), se jugó a la suerte de las armas el destino histórico de la civilización más sorprendente del mundo occidental; y se jugó en términos de oligarquía y

democracia, de manera que por ella podemos hacernos una idea de la importancia que tuvo para esa civilización la existencia de las oligarquías griegas.

En la larga guerra del Peloponeso hubo numerosas sublevaciones de las oligarquías locales, que contaban siempre con el apoyo de Esparta, así como los grupos democráticos buscaban ayuda en Atenas. Al referirse al levantamiento de los oligarcas de Corcira, que de acuerdo con lo que dice Tucídides se produjo entre el cuarto y el quinto año de la guerra, Struve analiza la composición social del sector oligárquico corcirenses y halla que ese sector era un frente formado por “la nobleza de abolengo y los individuos adinerados: los usureros, los grandes propietarios de barcos, los grandes terratenientes y los poseedores de gran número de esclavos” (*Ibid.* Tomo II, pág. 395). En el Libro III de su *Historia del Peloponeso*, Tucídides dedica varias páginas —del capítulo LXX al LXXXIV— a relatar ese levantamiento de los oligarcas de Corcira y lo describe con tantos detalles que a ningún lector puede caberle duda de que en Corcira se llevó a cabo una auténtica guerra social, en la que intervinieron, de un lado, las gentes del demos, y del otro, no sólo los clásicos oligarcas, sino también gente rica, como esos “cinco de los más ricos entre los corcirenses” que fueron acusados por Pitias de haber cortado ramas de la encina sagrada de Zeus, o los comerciantes que “veían el fuego de las mansiones y los almacenes que rodeaban el ágora”, o los terratenientes que “enviaron mensajes a los campos para levantar a los esclavos prometiéndoles la libertad” (Thucydide, *Histoire de la Guerre du Peloponese*, Garnier Flammarion, París 1966, Tomo I, III, págs. 220-8).

Si dispusiéramos de información más amplia seguramente hallaríamos que ese no fue el único frente oligárquico formado entonces, pues sin duda en los lugares de Grecia donde los grupos de comerciantes y artesanos eran social y

económicamente más débiles que los sectores oligárquicos, aquéllos debieron unirse a estos, así como los pequeños propietarios campesinos del Atica se unían a los oligarcas de Atenas tantas veces como estos demostraban tener poder político. Por otra parte, en muchos sitios debieron formarse frentes oligárquicos pasajeros, de corta duración, sobre todo en las ocasiones en que las consecuencias de las actividades militares se hacían sentir en el orden económico, es decir, cuando el comercio no podía ejercerse libremente y la producción artesanal y agrícola quedaba paralizada. Si esto sucedía debido a medidas de los demócratas, es casi seguro que comerciantes y artesanos, perjudicados en sus intereses, se aliarían temporalmente a los oligarcas. Esta no es una afirmación caprichosa, pues no se requieren confirmaciones históricas para saber cómo actúa la gente de negocios cuando se les tocan sus bienes.

El más importante de los frentes oligárquicos de esa época se formó en Atenas hacia el año 412. Explicando el proceso de su formación, Struve dice que “se amplió la base social de los oligarcas. Anteriormente, sólo pertenecían a los mismos representantes de las antiguas generaciones laconófilas cuyo único apoyo lo constituía la ‘juventud dorada’ agrupada en sociedades secretas, las heterías. A partir del año 412 comenzaron a prestarles apoyo las familias más ricas de los ciudadanos atenienses. En el libro VIII Tucídides menciona siempre a los trierarcas que, ‘independientemente de Alcibíades y en grado mucho mayor que éste, trataban de derrocar a la democracia’ ” (VIII, 47, 2 y otros). Así —dice Struve— “surgió la unión de los oligarcas con los ciudadanos ricos...”. “Al mismo tiempo, una parte de los anteriores conductores de los elementos radicales, como Pisandro y Caricles, se sumaron a los oligarcas e incluso se pusieron a la cabeza de las medidas antidemocráticas” (V. V. Struve, *Ibid.* Tomo II, págs. 445-6).

Efectivamente, como veremos dentro de poco, Tucídides ofrece información detallada acerca de la formación de ese frente oligárquico del año 412.

Fue la formación de ese frente oligárquico en Atenas, el Estado líder de las polis democráticas y de todos los sectores democráticos de Grecia, combinada con la alianza de Esparta y Persia, lo que condujo al triunfo de la oligarquía ateniense en la sublevación oligárquica del año 411.

El papel de Alcibíades

En la historia de Atenas hay un personaje que resume en sí mismo toda la lucha del Atica, entre oligarquía y democracia, en la última mitad del siglo V; es Alcibíades, el formidable aventurero, que tenía diecinueve años cuando comenzó la guerra del Peloponeso y murió asesinado en el 404, el año de la rendición de Atenas. Plutarco nos dejó una biografía de Alcibíades; pero Plutarco, ese insigne embaucador, presentó a Alcibíades con tal arte que sin esconder uno solo de sus hechos los envolvió en tantas vaguedades que al final resulta imposible conocer cuál fue en verdad su posición política. Para saber por qué Alcibíades actuó como lo hizo hay que ir a otras fuentes, y la mejor de ellas es Tucídides, oligarca moderado como lo llama Struve.

Tucídides no hizo una biografía de Alcibíades. Tucídides escribió la historia de la guerra del Peloponeso de manera que Alcibíades aparece en su libro sólo en aquellos episodios de la guerra en que fue actor. En el Libro VI (LXI) lo deja cuando el aventurero abandonó a los atenienses por miedo a las acusaciones de delito contra los dioses que se le habían hecho en Atenas y entró en Laconia a bordo de una nave comercial; y lo hace reaparecer de vez en cuando hasta que lo toma al iniciar la etapa final de la guerra, cuando ya está al servicio de los espartanos y los persas, aliados de Esparta, hacia los años 413-412, en el

momento en que se llevaban a cabo las luchas más encarnizadas entre las oligarquías y los sectores democráticos de las ciudades jónicas, cuya alianza o cuya defección eran de vida o muerte para Atenas (Libro VIII, XI en adelante). Plutarco cuenta que estando en Esparta, Alcibíades enamoró a la mujer del rey Agis y tuvo de ella un hijo, por lo cual Agis le tomó gran odio y le mandó matar cuando Alcibíades se hallaba en Jonia. Esta versión es un poco caprichosa, pues Agis pudo mandar que lo mataran antes, y no después que Alcibíades le había hecho servicios eminentes a Esparta consiguiendo que varias ciudades jónicas abandonaran a Atenas y se pasaran a la liga espartana. Tal vez la verdad fue menos simple, o mejor dicho, quizá la causa de lo que sucedió fue menos personal. Alcibíades empezaba a actuar en la Jonia como ayudante del jefe espartano Calcides, a quien Plutarco no menciona, y fue Calcides, después que él y Alcibíades obtuvieron que Mileto se pasara a Esparta, quien acordó con Tisafernes la primera alianza de Esparta con el rey de Persia. Hay, pues, base para sospechar que Alcibíades jugó un papel muy importante en la celebración de esa alianza; y sin embargo, como sabe todo el que haya leído la biografía de Alcibíades, el gran aventurero convenció a Tisafernes, de quien pasó a ser consejero, de que no les diera a los espartanos más ayuda de la indispensable para que mantuvieran a Atenas debilitada, pues según decía él, ni al rey de Persia ni a Tisafernes —sátrapa en una parte de Asia Menor— les convenía que Esparta saliera de la guerra más poderosa de lo que debía interesarle a Persia. Aunque Tucídides —y Plutarco copia a Tucídides en esa parte, pero a su manera de encubridor de Alcibíades— refiere que Alcibíades dio esos consejos a Tisafernes después que supo que Agis le mandó matar, conociendo, como conocemos, la vida de Alcibíades, podemos pensar que los dio antes y que

los espartanos lo supieron y resolvieron suprimir a un aliado tan peligroso. En esa coyuntura Calcides moría en un combate, a manos de los atenienses, en Panormo, cerca de Mileto, de manera que Alcibíades perdió al amigo y compañero que podía protegerlo contra la enemistad de los espartanos.

La alianza de Esparta y Persia es una página importante en la historia de las oligarquías, pues prueba que desde sus orígenes las oligarquías han buscado apoyo exterior cuando les ha llegado una hora crítica. Las oligarquías de las ciudades griegas solicitaban el apoyo de Esparta cuando se veían en peligro de ser barridas del poder por los sectores democráticos o cuando querían sacar a estos del gobierno, y a su vez Esparta, y con ella todas las polis griegas que le acompañaban en la Liga del Peloponeso, buscó y obtuvo el respaldo de Persia en la hora más difícil de su lucha contra Atenas y la Liga Marítima. Se han escrito toneladas de páginas acerca de las virtudes espartanas, el patriotismo de su pueblo y su papel de salvadora de Grecia en la guerra contra Persia, que había tenido lugar en ese mismo siglo V; pero se menciona muy poco la traición de Esparta a Grecia cuando se alió con el enemigo tradicional de los pueblos griegos. Durante catorce años, del 492 hasta el 479, año en que la flota persa fue derrotada (definitivamente) en Micala, los griegos, incluidos en ellos los espartanos —que fueron quienes dieron la histórica batalla de las Termópilas— tuvieron que combatir desesperadamente contra los invasores persas; y todo eso fue echado al olvido por los oligarcas de Esparta, que a la hora de tratar con Tisafernes reconocieron tres veces —como si una sólo no hubiera bastado— el señorío del rey de Persia sobre las ciudades griegas del Asia Menor. Tucídides da los textos de los tres tratados (Thucydide, *Ibid.* Tomo II, VIII, págs. 220, 230 y 242-3), y ninguno de ellos salva a Esparta para la posteridad, pues en ellos los espartanos llegaron al punto de declarar que recibían dinero persa para combatir al lado del rey.

Si Alcibíades tuvo parte en esos acuerdos como general espartano, como debió suceder, resultó que se pasó con armas y bagajes a los persas, así como antes, siendo general ateniense, se había pasado con armas y bagajes a los espartanos y como después usaría armas y bagajes atenienses para combatir a Farnabazo, sátrapa de Darío II. Fue con el apoyo de los persas como Alcibíades comenzó a conspirar para establecer la oligarquía en Atenas. Tucídides informa que Alcibíades entabló negociaciones con los jefes militares de Samos, isla de la Liga Ateniense, “con los más influyentes de ellos; les pidió intervenir ante los hombres honestos y hacerles saber que él deseaba volver a Atenas, bajo el régimen oligárquico y no bajo el odioso gobierno que lo había perjudicado; y que él, en cambio, les aseguraba la amistad de Tisafernes. Esas proposiciones cayeron bien entre los trierarcas y las gentes más poderosas de Atenas, que se inclinaban a derrocar la democracia” (Thucydide, *Ibid.* Tomo II, Cap. VIII, XLII, pág. 236). Todo eso, y mucho más que viene atrás, se lo calló Plutarco maliciosamente en su biografía de Alcibíades; que desde los tiempos más remotos, la oligarquía ha tenido una capacidad excepcional para darles brillo y prestigio a sus servidores y para ocultar sus pecados, así como para calumniar a los que luchan contra ella. (Tal vez convenga cerrar este párrafo explicando que los trierarcas eran los comandantes de los trirremes, los mejores barcos de guerra de Atenas, y que en buena lógica los demócratas atenienses no podían darles el mando de esas naves a los oligarcas, pero dada la relación que había entre los derechos ciudadanos y los bienes de las personas, tampoco podía ser comandante de un trirreme un pobrete; tenía que ser por lo menos un comerciante o un dueño de un taller artesanal importante; de manera que esos trierarcas y esas “gentes más importantes de Atenas” entre

quienes cayó bien la propuesta de Alcibíades, eran demócratas que se habían pasado al enemigo, con el cual formaron el frente oligárquico del año 412).

¿Qué les ofreció Alcibíades a los demócratas ricos de Atenas, que tan rápidamente les entusiasmó y los lanzó a aliarse con los oligarcas para conquistar el poder?

Les ofreció el respaldo y la ayuda económica y militar de Tisafernes, el sátrapa de Darío II. Esa fue una jugada maestra de Alcibíades, pues los oligarcas atenienses, que se desvivían por obtener el apoyo de los espartanos, se hallaron de buenas a primeras que tenían el de aquel que a su vez apoyaba a Esparta, de manera que lo que ellos buscaban les llegaba multiplicado, y con ese respaldo multiplicado tuvieron algo concreto que ofrecerles a los ricos demócratas atenienses, que aceptaron ser sus aliados. La oferta de Alcibíades fue decisiva para coronar la conjura del frente oligárquico de Atenas, pues sin ayuda exterior los componentes de ese frente no se habrían decidido a actuar. Al final entraron en la conjura todos los que habían formado el frente oligárquico y algunos demócratas radicales que se les unieron en el último momento en lo que hoy se calificaría como oportunismo de derechas; que al fin y al cabo, si ésa es una calificación marxista, el oportunismo no fue una invención de los marxistas sino una manera de actuar muy propia del ser humano sin principios a lo largo de todas las edades. En la conjura entraron, pues, desde los jóvenes terroristas de familias oligárquicas que estaban organizados en las sociedades secretas llamadas heterías, hasta Teramenes, el representante de lo que Struve llama, con razón, “la oligarquía moderada”, a quien Aristóteles consideraba, junto con Tucídides y Nicias, entre “los mejores hombres públicos de Atenas” (*Constitution d’Athènes*, pág. 31); a esos se sumaron los demócratas radicales encabezados por Pisandro, Caricles y Frínico.

La oligarquía ateniense tomó el poder al mediar el año 411; desconoció las instituciones democráticas, fijó en sólo cinco mil el número de ciudadanos con derechos políticos y estableció un Consejo de Cuatrocientos que tomó la representación de esos cinco mil. Muchos demócratas fueron muertos, otros enviados a prisión, otros al exilio. Pero los oligarcas extremistas, que desconfiaban de Alcibíades, no quisieron que éste llegara a Atenas, a lo cual se sumó la agresividad del rey Agis, que aspiraba a tomar la capital de Atenas con sus tropas espartanas. En principio, al frente oligárquico ateniense le faltaba su jefe natural, que era Alcibíades — pues el frente se había organizado precipitadamente alrededor de Alcibíades y de su vuelta a Atenas—, y sobre todo le faltaba el apoyo de Tisafernes, que sólo podía llegarle a través de Alcibíades, y la falta de esos dos elementos decisivos lo debilitó de tal manera que no pudo actuar con eficacia. Por otra parte, la realidad social no le era propicia. El desarrollo de la sociedad ateniense estaba muy avanzado y las fuerzas oligárquicas, restos de una etapa superada, eran mucho más débiles que las democráticas, aunque éstas estuvieran desplazadas del poder político. Esto era así, sobre todo, si —como sucedía en ese momento— los círculos oligárquicos carecían de un respaldo exterior que pudiera compensar, y superar, el poder efectivo que tenían los demócratas en el seno de la sociedad ateniense, un poder que no estaba en el sentimiento ni en la fuerza de las gentes sino en el tipo de estructuras económicas sobre las cuales funcionaba la vida de Atenas. Esas estructuras descansaban en la producción para la exportación, y ese tipo de producción exigía a su vez un tipo de sociedad que pudiera servirlo adecuadamente, y ése era un estado de cosas que la oligarquía no podía cambiar, mucho menos de un día para otro. De paso debe tomarse nota de que un régimen que admitía

la existencia de cinco mil miembros de la asamblea popular o ecclesia y un Consejo de Cuatrocientos no era precisamente “el gobierno de los pocos”, a menos que este “pocos” se entienda en relación con el número de ciudadanos y de componentes de los órganos de poder que participaban en el régimen democrático. Engels dice que “en tiempos del mayor florecimiento de Atenas, sus ciudadanos libres (comprendidos las mujeres y los niños) eran unos 90.000 individuos; los esclavos de ambos sexos sumaban 365.000 personas y los metecos (inmigrantes y libertos) ascendían a 45.000” (*Ibid.*, pág. 130). Todo eso hacía unas 500.000 personas, alrededor de 50.000 hombres adultos. La proporción de representantes de esa cantidad de gente en un órgano de poder como el Consejo de los Cuatrocientos es mucho más alta que la de Estados Unidos en la actualidad; y en cuanto a la ecclesia oligárquica —asamblea popular—, los cinco mil que la formaban componían casi el 60 por ciento de la totalidad de los hombres adultos libres, y hay que entender que en Atenas las mujeres nunca tuvieron derechos políticos. Durante el siglo XIX y aun parte del XX, época de democracia en Europa y en los Estados Unidos, tampoco tuvieron derechos ciudadanos las mujeres de Inglaterra, Francia y Norteamérica; y en los dos primeros países los que podían votar no llegaban ni con mucho al 60 por ciento de los hombres adultos. En realidad, la oligarquía ateniense controlaba el poder a través de un mecanismo clasista, no numérico. El Consejo de los Trescientos del año 508 y el de los Cuatrocientos del año 411 estaban formados exclusivamente por oligarcas, pues para ser elegidos en esos cargos había que reunir condiciones económicas y políticas que sólo tenían los oligarcas.

El frente oligárquico ateniense del año 411 entró en descomposición cuando Alcibíades se enfrentó al sector de la oligarquía extremista, que no quiso dejarlo entrar en Atenas.

La marinería de Samos apoyó a Alcibíades en su lucha contra ese sector de la oligarquía, y ese sector tuvo que abandonar sus posiciones de poder. Así, Atenas quedó gobernada por la oligarquía moderada, cuyo jefe era Terámenes. Colocado a la cabeza de las fuerzas navales atenienses, Alcibíades logró una serie de victorias que limpiaron los mares griegos de naves espartanas; de manera que al final el más grande aventurero de la historia antigua acabó poniéndose, sin que se lo hubiera propuesto, al frente de las fuerzas que combatían a la oligarquía encabezada por Esparta.

Conclusiones acerca de las oligarquías griegas

Esta no es una historia de Alcibíades ni de Atenas, Y dado que la historia de Grecia gira en torno a la lucha de sus oligarquías y sus sectores democráticos, es innecesario hacer una historia completa de las oligarquías griegas para poder llegar a algunas conclusiones acerca de ellas. Esas conclusiones servirán para explicarnos por qué el término oligarquía pasó a ser usado en Iberoamérica desde principios del siglo XIX y también por qué hace falta definir con la mayor claridad su significado actual.

Esas conclusiones son las siguientes:

Primera, que la oligarquía nació en Grecia en el momento histórico en que comenzó a disolverse la propiedad comunal gentilicia;

Segunda, que la oligarquía ateniense se formó a base de la nobleza propietaria de tierras que esclavizó a una parte de los miembros de las tribus del Atica, esto es, a hombres y mujeres que procedían del mismo origen sanguíneo y cultural que los oligarcas;

Tercera, que la oligarquía fue una clase, y en ciertos momentos un conjunto de capas dominantes, que al quedar formada tomó el poder para establecer el régimen oligárquico;

Cuarta, que en una época posterior al desarrollo de la oligarquía, y debido a la evolución del régimen de la propiedad, a la aparición del comercio y de un artesanado avanzado, en Atenas se formaron grupos democráticos que entraron en lucha contra los sectores oligárquicos con el propósito de arrebatárles el poder. Las reformas de Solón, primero, y las de Clístenes después, son expresiones de esas luchas y del fortalecimiento creciente de los sectores democráticos del Atica;

Quinta, que en todas las polis griegas coexistieron durante cientos de años grupos oligárquicos y grupos democráticos, que luchaban entre sí por el poder, y que sólo en Lacedemonia o Laconia el sector oligárquico tomó el poder desde el primer momento y organizó la sociedad de tal modo que a lo largo de su historia el Estado espartano sería un Estado totalitariamente oligárquico;

Sexta, que para recuperar el poder, la oligarquía ateniense, como las oligarquías de todas o casi todas las polis griegas, buscó siempre el apoyo de Esparta; a su vez, durante los años finales de la guerra del Peloponeso, Esparta buscó y obtuvo el apoyo de Persia para vencer a la democracia ateniense y a sus aliados, hecho con el cual traicionó a Grecia y a los propósitos que declaró al iniciar la guerra. En resumen, en la historia de las luchas de oligarquías y democracias griegas se advierte que las oligarquías procuraron a todo trance basar sus actividades en un apoyo externo;

Séptima, que durante la guerra del Peloponeso, que fue una larga guerra llevada a cabo entre polis griegas gobernadas por oligarquías y polis griegas gobernadas por los sectores democráticos, hubo ocasiones, como sucedió en Corcira y en Atenas, en que a los oligarcas tradicionales se sumaron grupos de gentes ricas, que por el hecho de no ser de origen aristocrático ni terratenientes no habían figurado entre las oligarquías tradicionales; lo que significa, en suma, que se

formaron frentes oligárquicos en los cuales se hallaban desde los sectores radicales de las viejas oligarquías hasta los más moderados de esas mismas oligarquías tradicionales, y en algunos casos, como sucedió en Atenas en el año 411, hubo grupos democráticos, y hasta de demócratas radicales, que se sumaron a esos frentes oligárquicos. En todos los casos participó en el frente oligárquico un poder exterior, fuera Esparta o fuera Persia;

Octava, que la oligarquía fue en Grecia una fuerza en evolución, si bien dentro de ciertos límites, que comenzó estando ceñida a una nobleza terrateniente esclavista y acabó estando compuesta por capas diferentes; pero la imagen que dejó para la posteridad fue la de una nobleza terrateniente esclavista, y fue esa imagen la que quedó trasladada a la América Latina, en cuya sociedad, a principios del siglo XIX, el sector dominante estaba compuesto en la mayoría de los países por una nobleza terrateniente y esclavista.

II LAS OLIGARQUÍAS AMERICANAS

Parece que la palabra oligarquía no llegó a usarse en Roma, que no se incorporó al latín y por tanto no entró en las lenguas occidentales que se formaron a lo largo del Medioevo. Así, el término hizo un vuelo de siglos y vino a reaparecer cuando comenzó a generalizarse otra vez la lectura de Aristóteles y Platón. En lo que se refiere a la América española, la capa social y económica más poderosa de algunos de sus países empezó a ser denominada oligarquía a principios del siglo XIX, y con el andar de los años esa denominación se extendió de tal manera que acabó quedando incorporada al lenguaje popular. En algunos lugares se habían adoptado términos locales equivalentes a oligarquía desde el siglo XVIII, como el de *cocotudos*, el de *grandes cacao*s y el de *mantuanos* en Venezuela, y algunos de esos términos aparecieron muy tardíamente, como el de *la rosca* en Bolivia, hecho que se debió a la aparición también tardía, en algunos países, de sectores dominantes. Debemos suponer que la resurrección de la palabra oligarquía fue originalmente la obra de círculos intelectuales, de los muy escasos que podían leer a los antiguos griegos.

¿Tuvieron razón los hispanoamericanos que a principios del siglo XIX comenzaron a llamar oligarquía a la capa que se hallaba en la cúspide del poder económico y social de América?

Sí la tuvieron, puesto que la imagen que habían dejado tras sí las oligarquías griegas era la de aristocracias terratenientes esclavistas, y al comenzar el siglo XIX, los señores de mayor poder social y económico del Nuevo Mundo eran terratenientes esclavistas ennoblecidos. A los ojos de un lector de Aristóteles del siglo XVIII o de los primeros años del XIX nada podía parecerse más a una oligarquía griega que la situación del Brasil, de las islas francesas e inglesas del Caribe, de los Estados del sur de Norteamérica, de los países americanos de lengua española, *pues América vino a ser el único lugar del mundo occidental, en los tiempos modernos, donde la producción y la sociedad quedaron organizadas a base de esclavos abajo y amos ennoblecidos arriba.*

¿Por qué sucedió eso?

Porque España proyectó en América su tipo de organización social, y no podía ser de otra manera. Según dice Jaime Vicens-Vives (*Manual de Historia Económica de España*, Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1967; Quinta edición: págs. 225 y sigs.), a lo largo de “los siglos XIV y XV la aristocracia castellana cobra un auge, una importancia tan desmesurada que la convierten en árbitro del Estado. Los nobles castellanos no adoptan una posición defensiva (ante el poder de los reyes) como en los demás reinos occidentales sino que, al contrario, cambian las dinastías, se apoderan del patrimonio real y hacen del poder un instrumento de sus ambiciones... El triunfo y esplendor de la nobleza crearon en todo el ámbito castellano una mentalidad proaristocrática; no porque se tratara de emular los hechos de los grandes señores, sino porque la aristocracia estaba exenta de todo impuesto y la ilusión máxima del pobre pechero castellano (el que tenía que pagar impuestos) fue llegar a la hidalguía, al objeto de librarse de los impuestos cada vez más onerosos” [*Entre paréntesis míos, JB*].

Vicens-Vives explica que los “grandes repartos de tierras en Andalucía... doblaron la potencialidad económica de la antigua nobleza del Norte, afincándola en el Sur”; que “se constituyeron... extensísimos dominios. Tal el de Leonor de Alburquerque, la ricahembra, que podía ir desde Aragón a Portugal, de Belorado, en la Rioja, hasta Alburquerque, cruzando toda Castilla, sin que pisara terreno ajeno. ¿Y qué diremos de don Enrique de Sotomayor, que murió a fines del siglo XV, dejando una fortuna equivalente a cincuenta mil millones de pesetas (casi tanto como el presupuesto del Estado actual), más quinientas mil hectáreas de terreno, o sea unos 5.000 kms. cuadrados, la mitad de una provincia española media?... El conde de Haro dominaba casi toda la Rioja y aspiraba a incorporarse el País Vasco; los Enríquez, almirantes de Castilla, tenían posesiones en todas partes; en Galicia, León, Castilla y Andalucía; los Pimentel, condes de Benavente, señoreaban gran parte de la cuenca del Esla; los Mendoza eran dueños de la Alcarria, sin olvidar sus posesiones de la Montaña, de donde habían salido, ni mucho menos los extensos territorios de la rama menor en Andalucía; los Álvarez de Toledo, condes de Alba, poseían buena parte de las tierras de Salamanca; los Estúñiga, después condes de Placencia, media Extremadura; los Medinasidonia, gran parte de la provincia actual de Cádiz; los Pacheco, marqueses de Villena, casi toda la Mancha... si se pudiera comparar el mapa señorial de España en el siglo XV (mapa que no está hecho) y el del latifundismo actual (mapa que sí lo está) se vería que las posesiones de los terratenientes... del siglo XV concuerdan con las de sus sucesores del siglo XX” [*Paréntesis de Vicens-Vives*].

El mismo autor nos dirá (págs. 269-70) que “hacia 1500, los nobles poseían el 97 por ciento del suelo peninsular, por propiedad directa o por jurisdicción. Vale tanto como decir

que el 1.5 por 100 de la población poseía la casi totalidad del territorio español... de este 97 por 100, el 45 por 100 pertenecía a obispados, dignidades eclesiásticas, cabildos (eclesiásticos), canonjías, aristocracia urbana y caballeros. El resto pertenecía a los grandes (de España, generalmente duques, formaban el sector de la más alta aristocracia) y eran verdaderos latifundios. Vamos a citar algunos nombres. Andalucía se la repartían los siguientes propietarios: los Guzmán, duques de Medinasidonia; los Cerda, duques de Medinacelli; los Ponce de León, duques de Arcos; los Fernández de Córdoba, en sus dos ramas, como condes de Cabra y señores de Montilla, los cuales inmediatamente fueron elevados al ducado de Sosa; los Mendoza, condes de Tendilla y Priego. El resto lo tenía acaparado la mitra de Toledo. Extremadura se la dividían, casi por mitad, los Suárez de Figueroa y la Orden de Alcántara. En Murcia, los mayores terratenientes eran los Fajardo; en Salamanca, los Estúñiga, duques de Béjar, y los Álvarez de Toledo; en la Mancha, las órdenes de Santiago y Calatrava, el arzobispado de Toledo y el marqués de Villena; en la Alcarria, el duque del Infantado... El tres por ciento restante se lo tenían que distribuir unos cuatro o cinco millones de castellanos" [*Paréntesis míos*, JB]. Vicens-Vives explica a seguidas que los Reyes Católicos "confirmaron y extendieron la facultad de establecer mayorazgos (Leyes de Toro, 1504), o sea el derecho de transmisión hereditaria que vinculaba la propiedad al primogénito de una familia; segundo, aprobaron una política de enlaces matrimoniales, que sólo podía producir la concentración de la propiedad en manos de los que ya la detentaban;... Granada era una nueva conquista, pero a excepción de las tierras del occidente granadino (Ronda, Málaga, Alora, Coin), que fueron dadas a campesinos y menestrales de la Baja Andalucía, lo demás se entregó a los nobles, como compensación de lo que se les había quitado en 1480. O sea, que si tenían

mucho, todavía se les dio más, casi todo el reino de Granada... A estos fenómenos cabe añadir aun otro no menos importante: la venta de tierras a los agricultores libres a causa de la crisis agraria de comienzo del siglo XVI, seguida por la despoblación del campo y la aparición del espectro del hambre. Este movimiento sólo podía beneficiar a quienes tenían dinero para comprar: o sea, de nuevo, a la aristocracia...” [*Paréntesis de Vicens-Vives*].

El historiador español resume lo dicho en estas palabras: “El conjunto de hechos que acabamos de exponer explica la enorme fortuna de los señores castellanos de aquel tiempo. Como dice Marineo Sículo, un tercio de las rentas del país era del rey, otro de la nobleza y el tercero de la Iglesia, que es como repetir la aristocracia, pues sus segundones (esto es, los hijos de los aristócratas que seguían al primero, que no heredaban las tierras porque la herencia le correspondía al primero, junto con los títulos de nobleza) disponían de lo más saneado de los beneficios eclesiásticos (lo que se explica porque los segundones entraban en la carrera del sacerdocio, en la de las armas o al servicio del rey). Sesenta y un nobles disponían de un promedio de 20.000 ducados de renta anual... La riqueza de los grandes (de España) puede evaluarse en 1.245.000 ducados de renta anual. La de la Iglesia, en conjunto, 6.000.000. Cifras fabulosas, que hacen innecesario todo comentario” [*Paréntesis míos*, JB]. Vicens-Vives explica que el ducado era igual a 375 maravedís, “equivalente a 8 jornadas de trabajo especializado”, de donde se deduce que el salario de un obrero especializado era de 50 a 52 ducados al año. Compárese esa cifra con las rentas promedio de 20.000 ducados que tenían sesenta y un nobles latifundistas.

Eso sucedía en Castilla en los mismos años en que se iniciaba la conquista y la colonización de América, de manera que los conquistadores y los colonizadores iban al Nuevo

Mundo con una idea muy definida de lo que era la sociedad organizada, tal como ellos la conocían en Castilla. Esa sociedad se basaba en la gran propiedad territorial vinculada a títulos nobiliarios. Lo más natural era que para los que llegaban a América, ésta debía organizarse como lo estaba Castilla, y el papel de los nobles de Castilla sería representado por los conquistadores y pobladores.

Así como ellos lo pensaban iba a suceder, porque América era grande y los conquistadores muy pocos, razón por la cual a cada uno debían tocarle grandes extensiones de tierra. La mejor idea de que la conquista y la población del Nuevo Mundo iban a descansar en el principio de la gran propiedad territorial la dan las capitulaciones del Trono con los que salían a conquistar y a poblar, pero aún si no hubiera habido acuerdos previos entre los reyes y los conquistadores, la relación hombres-tierra habría conducido a la misma salida, por la sencilla razón de que no había otra posible. Según algunos autores, en el primer siglo de la Conquista pasaron a América unos ciento veinte mil españoles; según otros, esa cantidad fue menor. Ahora bien, aunque hubieran sido doscientos mil y aun medio millón, siempre habrían sido pocos para la gigantesca tarea de organizar y dirigir la explotación del Nuevo Mundo. Los dominios españoles incluían a fines del siglo XVI una parte muy importante de lo que hoy son los Estados Unidos, todas las islas del Caribe y la América continental, hasta el extremo sur de la Patagonia, con la sola excepción de Brasil. Esas extensiones casi inconmensurables para la época estaban habitadas por una enorme variedad de pueblos, que iban desde los salvajes de las selvas del Orinoco hasta los que vivían en las ciudades de piedras de México, Guatemala y el Perú. La relación entre tan contados españoles y tantas tierras y tantos pobladores indígenas, operando sobre la imagen de la sociedad española que tenían los

conquistadores, daría como resultado inevitable, primero, el reparto de las tierras entre esos conquistadores, y segundo, alguna forma de esclavitud indígena.

Del latifundio a la esclavitud

La esclavitud comenzó en América cuando el propio Almirante don Cristóbal Colón envió a España, para que fueran vendidos allí, a unos quinientos indígenas de la Española apresados en acción de guerra. Eso sucedió a fines de 1494, esto es, apenas dos años después del Descubrimiento. Por Real Cédula del 20 de junio de 1500, doña Isabel declaró que los indios de la Española eran vasallos de la Corona de Castilla, y que por tanto no podían ser esclavizados. Sin embargo el 20 de diciembre de 1503 la propia doña Isabel firmaba otra Cédula Real mediante la cual ordenaba que se repartieran indios de la Española a razón de cien por cabeza para los altos funcionarios de la Isla, ochenta a cada caballero, sesenta a cada encomendero y treinta a cada labrador. La necesidad de explotar la tierra, donada en grandes cantidades, exigía mano de obra, y puesto que no la había castellana había que usar la del indio. La realidad era más fuerte que la buena voluntad de la reina y que sus deseos de que los nuevos vasallos de la Corona fueran súbditos libres. Si la reina se oponía a que los indígenas fueran vendidos como esclavos en España, no pudo oponerse a que fueran repartidos y obligados a trabajar las tierras y las minas que habían sido entregadas a los conquistadores. *La verdad era que los grandes latifundios a la manera de Castilla no podían mantenerse en América si no se disponía de mano de obra que los hicieran producir.*

Del *repartimiento* se pasó a la *encomienda* y a la *mita* sin que eso significara el cese de la cacería de indios, especialmente en la región del Caribe, con fines de venderlos como esclavos, un negocio que se desarrolló en ocasiones contraviniendo

las órdenes reales y otras con la venia del Trono, pues la monarquía española fue muy oscilante en esta materia, sobre todo después de la muerte de doña Isabel. Si los favoritos o los que manejaban los negocios del Consejo de Indias recibían beneficios de los esclavistas, las decisiones eran favorables a la esclavitud, cosa que sucedía, por ejemplo, en el caso del obispo Fonseca.

El *repartimiento*, la *encomienda* y la *mita* fueron intentos de resucitar en América formas castellanas de la sociedad medieval. Pero sucedía que la Edad Media castellana había quedado atrás hacía más de un siglo y los castellanos que se encontraban en el Nuevo Mundo no tenían idea de cómo había funcionado el sistema feudal europeo. Por otra parte, aun si lo hubieran sabido, ¿qué hubieran podido hacer ellos con los productos que les entregaran los indígenas sometidos a servidumbre, dado que en ningún lugar de América había mercado para esos productos; y cómo podían exigir que en vez de pagarles la renta de la tierra en productos sus siervos indios se la pagaran en dinero, si sucedía que los indígenas no disponían de dinero ni sabían cómo hacerse de él? El *repartimiento*, la *encomienda* y la *mita* estaban llamados, pues, a no cumplir los fines para los cuales fueron establecidos; y efectivamente, no los cumplieron, especialmente los dos primeros, pues en el caso de la *mita*, que funcionó sobre todo en los negocios de minas, los indios mitayos recibían cierto tipo de salario; una parte de ese salario se les retenía como pago del tributo que venían obligados a satisfacer y el resto lo recibían “en propia mano y en moneda corriente” (J. M. Ots Capdequí, *El Estado español en las Indias*, Fondo de Cultura Económica. Cuarta edición, México, 1965, pág. 31). El *repartimiento* pasó a ser sólo una parte en el proceso de ejecución de la *encomienda*, y la *encomienda* tuvo que ser transformada porque no dio resultados. En 1536 se prolongó a dos vidas, esto es, se les

dio a los encomenderos el derecho de dejar en herencia los indios encomendados a sus herederos inmediatos; después se abolió, por disposición tomada en 1542, pero el encomendero quedó autorizado a cobrar un tributo por cabeza de indio de aquellos que le habían sido encomendados antes de esa fecha; en 1629 se prolongó a tres vidas el derecho del encomendero a cobrar el tributo de “sus indios”; en 1701 se pasaron a la Corona todas las encomiendas de personas que no residían en América, de manera que los tributos pagados por los indígenas de esas encomiendas entraban en las cajas reales; en 1704 se prolongó a cuatro vidas el derecho de los encomenderos a cobrar tributo; entre 1718 y 1721 quedaron abolidas las *encomiendas*, pero Ots y Capdequí (*Historia del Derecho Español en América y del Derecho Indiano*, Biblioteca Jurídica Aguilar, Madrid, 1969, pág. 208), dice que “según una real cédula de 9 de septiembre de 1768, sólo existían por esas fechas en el Nuevo Reino de Granada 10 encomiendas; número que se había reducido a seis en 1770 y a *cuatro* en 1807. Estas *cuatro* encomiendas, todas ellas en el Distrito de Santa Fe de Bogotá, rentaban 11.846 pesos, con menos de 3.000 indios tributarios”.

Cualquiera que lea ese párrafo de Ots y Capdequí puede pensar que la *encomienda* y otras formas de servidumbre, hubieran sido o no hubieran sido transformadas en pago de tributo o mantenidas a base de servicios personales, habían desaparecido a principios del siglo XIX. Pero no fue así. Habían fracasado como formas de resurrección en América del Medioevo castellano pero se mantuvieron como formas de exacción tributaria y de servidumbre patriarcal, al menos en perjuicio de algunos sectores indígenas. Con el nombre de yaconazgos, con el de obrajes o el de pongaje, o con el de cobranza de tributos, la explotación del indígena de América se conservó en algunos lugares hasta mediados del siglo XX.

Sus últimas manifestaciones fueron abolidas por la revolución boliviana de 1952. En cuanto al tributo, su vigencia fue la causa fundamental de la gran rebelión maya de 1848, que tuvo lugar en Yucatán y adquirió todos los caracteres de una guerra social de proporciones serias. Los indios mayas pedían que se pusiera fin al cobro del impuesto de un real de plata mensual por cabeza que se les venía cobrando desde el siglo XVI; se les prometió que quedarían libres de esa obligación si ayudaban a las autoridades yucatecas en la lucha que estaban sosteniendo contra el gobierno central de México. Los mayas dieron su ayuda y no se les levantó el tributo. La rebelión maya fue impresionante. En poco tiempo los indios dominaban las dos terceras partes de Yucatán, y como en toda guerra social, hubo asesinatos en masa, saqueos, destrucción de propiedades, incendios de pueblos, atropellos de toda índole.

La alarma de los criollos yucatecos fue tan grande que enviaron a los Estados Unidos al escritor Justo Sierra, padre del ideólogo liberal defensor de Benito Juárez, que se llamó también Justo Sierra y que nació precisamente por esos días en Campeche. La función de Justo Sierra era solicitar que los norteamericanos tomaran posesión de Yucatán. Sierra hizo la solicitud formalmente, a través de comunicaciones que dirigió a James Buchanan, secretario de Estado y futuro presidente de su país. En una de esas comunicaciones Sierra le enviaba a Buchanan un documento del gobernador de Yucatán en el cual se leían estas palabras: "... ofrezco a vuestra nación para tal caso el dominio y la soberanía de esta península"; y más adelante: "Me encuentro en la obligación de igual manera de acudir con ese objeto a los gobiernos de España e Inglaterra...". Ninguna nación extranjera quiso hacerse cargo de Yucatán, y en el caso particular de los Estados Unidos, sus soldados se hallaban en ese momento en Ciudad México y

por otra parte estaban engulléndose los enormes territorios mexicanos de Texas, Nuevo México, Arizona y California, de manera que el estómago no les daba para más. De todos modos, la oligarquía yucateca solicitaba un amo extranjero, como lo solicitaría poco después en Francia la de México, pues desde los días de Grecia la debilidad de la oligarquía ante los pueblos sólo puede ser compensada con el apoyo de poderes externos.

Cuando los mayas fueron vencidos, los criollos de Yucatán decidieron sacar provecho del alto número de prisioneros que cayó en sus manos, y comenzaron a venderlos a los esclavistas cubanos. Al principio el negocio se hacía con la autorización del gobierno de Yucatán, que cobraba 25 pesos por cada indio, pero después se hicieron cargo del asunto personas privadas, de manera que el tráfico quedó fuera de los cauces oficiales. Cuando se acabaron los prisioneros se pasó a coger indios mayas donde se les hallara, fueran adultos o niños, hombres o mujeres; se les atrapaba con engaños o se les cazaba como bestias. La cacería y la venta de indios mayas iba a durar muchos años. A fines de 1860 fue sorprendido en Campeche un cargamento de treinta de ellos que iban a ser embarcados para La Habana en el vapor *Unión*. Los treinta indios eran agricultores que habían sido apresados en sus casas y en sus pequeños fondos. De los interrogatorios que se hicieron se desprende que los indios, cogidos en lugares distantes entre sí, eran llevados a Mérida, la capital de Yucatán, amarrados y con escoltas militares; al llegar a Mérida se les depositaba en la casa de un vecino de la ciudad; después se les trasladaba, siempre de noche, al puerto de Sisal, y de ahí a La Habana. Entre los indios de ese último grupo había niños y niñas de siete, ocho, nueve y diez años. El 6 de mayo de 1861, don Benito Juárez, presidente de México, indio él mismo, prohibió por decreto “la extracción para el extranjero de los indígenas de Yucatán, bajo cualquier título o denominación que sea”.

Es de conocimiento general, y por tanto no hay que buscar documentos para probarlo, que mientras sucedía todo eso y aun después, se aniquilaba a millares y millares de indios no sólo en los Estados Unidos sino también en la Argentina y en Chile; se les perseguía y se les mataba porque dominaban extensiones de tierra que los blancos norteamericanos o los criollos de América del Sur necesitaban para sus ganados de vacas o de ovejas.

Hubo, pues, a lo largo de los siglos, una relación directa entre el latifundio y la violencia en las dos Américas, y una de las formas de la violencia fue la esclavitud, sostén económico y social de la oligarquía.

Nacimiento del régimen oligárquico americano

En carta a P. V. Annenkov, fechada en Bruselas el 28 de diciembre de 1846, Carlos Marx dice que “la esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual, lo mismo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud no habría algodón, y sin algodón no habría industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias, son las colonias lo que ha creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias no daban al mundo antiguo más que unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia” (Carlos Marx, Federico Engels. *Obras Escogidas*, Editorial Política, La Habana, Tomo III, pág. 320).

Efectivamente la esclavitud fue “una categoría económica de la más alta importancia”, y sin ella nadie podría decir cuánto tiempo hubiera tardado la humanidad en llegar a la etapa de la revolución industrial. Pero si fue así en términos de

proceso de cambio mundial, en términos limitados a África y a América la esclavitud representó todo lo opuesto y también grandes males.*

* Al explicar el modo de producción feudal o servil tenemos necesariamente que referirnos a los países de Europa donde se formó y se desarrolló; y naturalmente lo mismo sucederá en el caso del modo de producción capitalista, pues cuando pasemos a analizar su evolución en Europa, donde surgió como una formación económico-social basada en una clase compuesta por los dueños de los bienes de producción y otra clase compuesta por dueños de fuerza de trabajo, hallaremos que esa evolución no habría podido darse en la forma, en el tiempo y en la medida en que se dio si el capitalismo no hubiera injertado en las tierras de América dos elementos nuevos en la formación social con que había salido a la vida histórica: la esclavitud africana y la oligarquía de propietarios de esclavos.

En la formación social que brotó del modo de producción capitalista hay que incluir la esclavitud africana en América y la oligarquía esclavista del Nuevo Mundo, pues aunque ya no hay en estos países ni esclavos ni dueños de esclavos, tenemos su presencia en la historia y por tanto en la raíz misma de nuestras sociedades. Varios conceptos y valores sociales que son partes esenciales de nuestro comportamiento, como por ejemplo los prejuicios contra los negros, tienen su origen en el hecho de que en la infancia de nuestra historia fuimos sociedades basadas en la existencia de la esclavitud y de oligarquías esclavistas.

La enorme distancia, medida en términos de tiempo más que de millas marinas, que había entre Europa y América se hacía mayor, a la hora de transportar a Europa productos americanos, debido al tamaño de los buques de la época, especialmente del primer siglo después del Descubrimiento, que fue el siglo XVI. Un navío de esos años cargaba 100 ó 110 toneladas de 20 quintales de 100 libras, como hubiera dicho Fernández de Oviedo, tan dado a dar en sus crónicas detalles de esa naturaleza. El desarrollo del capitalismo hubiera sido imposible sin el establecimiento de la esclavitud en América, pues el transporte de los productos americanos, aunque fueran oro y plata, desde el Nuevo Mundo hasta Europa encarecía esos productos a niveles inalcanzables para los pueblos europeos. Si encima del costo de transporte hubiera habido que pagar salarios a los trabajadores y además su traslado al Nuevo Mundo, las riquezas de América se habrían perdido para los fines del desarrollo capitalista de Europa, que no hubiera podido llevarse a cabo sin la aportación de esas riquezas.

El esclavo africano fue incorporado a la producción americana como instrumento productivo no como obrero asalariado; como parte de los bienes de producción, no como parte de la clase que les vendía a los capitalistas su fuerza de trabajo. Por eso el capitalismo tomó en América formas anómalas, como dijo Carlos Marx... (Juan Bosch "Para los Círculos (1)" *Vanguardia del Pueblo*, Santo Domingo, R. D., 1-10 de nov., 1956, N° 60, pág. 4)

Cuando España llegó a América ningún pueblo del Nuevo Mundo había sobrepasado el nivel de desarrollo en que se produce la disolución de la propiedad comunitaria y comienza la esclavitud. Los prisioneros hechos por los aztecas o por los caribes eran sacrificados a los dioses; no se les ponía a trabajar para sus aprehensores. Engels dice que “los indios americanos obraban con sus enemigos vencidos de una manera muy diferente de como se hizo en el estadio superior (de la barbarie). Los hombres eran muertos o los adoptaba como hermanos la tribu vencedora; las mujeres eran tomadas como esposas o adoptadas, con sus hijos supervivientes, de cualquiera otra forma. En ese estadio, la fuerza de trabajo del hombre no produce aún excedente apreciable sobre sus gastos de mantenimiento” (“El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”, Carlos Marx, Federico Engels, *ob. cit.*, Tomo III, pág. 68. [*Entre paréntesis mío*, JB]). En cambio, cuando los portugueses llegaron a las costas de África encontraron que una gran parte de los pueblos africanos se hallaban en el nivel en que los prisioneros de guerra se usan como trabajadores forzados en beneficio de aquellos que los capturan. Algunos pueblos americanos estaban más desarrollados que los de África en ciertos aspectos; por ejemplo, los aztecas, los mayas y los súbditos del imperio de los incas vivían en ciudades de piedra; los dos primeros usaban calendarios avanzadísimos y los mayas tenían libros. Pero socialmente, varios pueblos africanos les llevaban ventaja. En esa circunstancia, y no en las de carácter puramente físico, es donde hay que buscar la mayor capacidad del negro sobre el indio para adaptarse a los trabajos y a los sufrimientos de la esclavitud. Pueblos que tenían ganados de carne y tiro —desconocidos por los indígenas de América, si se exceptúa el caso de la llama en la región de los Andes—, los de África, aun los que se encontraban en el nivel de los cazadores, eran mucho

más aptos intelectual y físicamente que los indios de América, por lo menos para el tipo de tareas que se les impuso en el Nuevo Mundo.

Hay pocas informaciones acerca del tipo de vida que hacían a mediados del siglo XVI los pueblos africanos de la costa del oeste —de donde procedieron los primeros esclavos— y como esos pueblos no tenían lenguas escritas resulta difícil saber hoy en qué nivel social vivían. La dificultad aumenta debido a que los niveles de desarrollo de las comunidades negras eran muy variados. Pero de lo que no puede haber duda es de que algunas de ellas, sin que se sepa cuántas ni cuáles, se encontraban en la etapa de la esclavización de los prisioneros de guerra. En algunos casos esos esclavos eran dedicados a actos de antropofagia ritual, en otros eran dedicados a sacrificios religiosos y tal vez en otros a trabajos domésticos. Cuando Hawkins llegó a la isla de Sambula halló que sus habitantes primitivos habían sido esclavizados por un pueblo llegado del Continente, pero no hay datos que permitan saber si esos esclavos de Sambula trabajaban para alimentar a sus amos o si estaban destinados a sacrificios religiosos.

De todos modos, al llegar los esclavistas blancos a África ya ese Continente había entrado en la etapa de la esclavización de prisioneros de guerra. En un tiempo más corto o más largo el desarrollo social hubiera llevado a los pueblos africanos a un desenvolvimiento similar al de Grecia, es decir, a la formación de oligarquías esclavistas negras. Pero los europeos detuvieron la marcha normal de la historia africana y pervirtieron su desarrollo convirtiendo la esclavitud de lo que era y debía seguir siendo —una etapa histórica normal en determinados grados de la formación de las sociedades primitivas— en un negocio criminal de más de tres siglos y medio de duración. Las divisiones tribales que costaron entre 1967 y 1970 más

de un millón de vidas del pueblo ibo perduraron en África hasta el siglo XX gracias a la deformación de la historia africana llevada a cabo por los esclavistas europeos en complicidad con las oligarquías del Nuevo Mundo.

Los indios de América no resistían la esclavitud, y no por ella en sí sino porque se encontraban en un nivel de desarrollo social distante, todavía, de aquel en que una sociedad pasa naturalmente a establecer la esclavitud. Así, aunque la esclavitud comenzó en América en 1494, cuando Cristóbal Colón envió a España unos quinientos naturales de la Española para que fueran vendidos como esclavos, la esclavitud como “una categoría económica de la más alta importancia” vino a comenzar en verdad cuando se llevaron a América los primeros negros africanos destinados a la producción azucarera y minera. *Fue entonces cuando nació la oligarquía americana*. Las cacerías de indígenas para convertirlos en esclavos, que se prolongaron hasta mediados del siglo XVI, y la venta en la Española y en Puerto Rico de esos indios cazados como fieras, no producirían “una categoría económica”, ni de la más alta ni de mediana importancia. El indio no estaba en capacidad de producir para un mercado que requería cierto nivel de organización productiva, y aunque el español lo apresara, lo comprara, lo usara en concepto de repartido o de encomendado, el amo haría siempre un mal negocio. La esclavitud del indígena era, y seguiría siendo, un hecho explicable desde el punto de vista social, pero no desde el punto de vista económico; y por tanto, carecía de la sustancia económica indispensable para convertirse en la base de desarrollo de una oligarquía.

La oligarquía esclavista del Nuevo Mundo no fue el producto natural de las sociedades americanas. Llegó desde el exterior, de donde llegaron los esclavos y sus amos, y varias de sus características, como por ejemplo su aspecto racista,

provienen de esa imposición externa. Ahora bien, lo que la creó fue la necesidad de producir para los mercados europeos, y su explicación histórica está en el papel que jugó en el proceso de la acumulación originaria de capitales en Europa, paso indispensable para el desarrollo del sistema capitalista. Así pues, la oligarquía esclavista de las Américas estaba destinada a llenar un papel mundial de gran valor, tal como en su momento lo jugó la oligarquía ateniense para la sociedad del Atica. Pero así como la oligarquía americana era la creación de fuerzas externas, y no de las de América, lo que ella iba a producir iría a aumentar la riqueza y el poder de transformación de la sociedad europea, no de las sociedades americanas. Hay que ver, pues, a la oligarquía del Nuevo Mundo como una repetición de lo que había sucedido en Atenas dos mil trescientos o dos mil quinientos años antes, pero en un nivel mucho más alto y con un sentido histórico ampliado y aplicado a una concepción occidental, no meramente americana. Es decir, no era América lo que producía una oligarquía; era Occidente, pero en territorio americano, cosa que se explica porque desde la hora de la Conquista, que comenzó con el segundo viaje de Colón, América pasó a ser una porción de Occidente.

Cuatrocientos años después, de la porción americana de Occidente —y más propiamente de los Estados Unidos— saldría una nueva oligarquía, no ya limitada a Occidente sino de carácter planetario. Al aparecer sus primeras manifestaciones, esa oligarquía universal sería bautizada por Lysis, y confirmada por Lenín, con el nombre de *oligarquía financiera*; pero esa *oligarquía financiera* mundial se desarrolló a partir de la que Marx había llamado aristocracia financiera, así como la oligarquía ateniense se había formado a partir de la aristocracia guerrera terrateniente del Atica, y así como —según veremos inmediatamente— la oligarquía esclavista de las Américas se

formó a partir de la aristocracia burocrática castellana que administraba los negocios del Nuevo Mundo y dirigía la política del imperio en América.

Al tratar el problema de la moderna teoría de la colonización (Capítulo XXV del Tomo I de *El Capital*), Marx había dicho lo siguiente: “De otra parte, la guerra civil ha dejado en Norteamérica la herencia de una gigantesca deuda nacional, con su consiguiente agobio de impuestos, la creación de la *más vil de las aristocracias financieras*, el regalo de una parte inmensa de los terrenos públicos a sociedades de especuladores para la explotación de ferrocarriles, minas, etc.; en una palabra, la más veloz centralización del capital” (Ediciones Venceremos, La Habana, 1965, pág. 109). [*Itálicas más*, JB]. De esa aristocracia financiera saldría la oligarquía financiera, primera etapa de la gran oligarquía mundial de los Mellon, los du Pont, los Rockefeller, los Duke, los Dillon, los Hearst, los Ford, los Vanderbilt, los Chrysler, los Kaiser, los Hunt, los Astor y todos esos multimillonarios norteamericanos que figuran en *The Rich and the Super-rich*, la estupenda radiografía del mecanismo de poder planetario escrita por Ferdinand Lundberg (Edición de Lyle Stuart, Inc., New York, 1968).

(Es curioso observar que así como de la conquista de América surgió una aristocracia burocrática castellana que dio origen a la oligarquía esclavista del Nuevo Mundo, así de la guerra entre los Estados del norte y los del sur de Norteamérica, provocada por la necesidad de dar fin a la existencia del trabajo esclavo, iba a surgir la aristocracia financiera norteamericana que daría origen a la formación de una oligarquía planetaria).

Veamos ahora cuál fue el momento preciso en que comenzó a formarse la oligarquía del Nuevo Mundo, quiénes la formaron y en qué fuerza se basaron para iniciarla.

Cuando comenzó a verse claro que los indios americanos no eran aprovechables empezó la presión de los propietarios de tierras sobre la monarquía española para que ésta permitiera la adquisición de negros, y aún más, para que facilitara, en condición de préstamos, los fondos que hacían falta para comprar esclavos africanos. Durante veinte años, de 1494 a 1514, los funcionarios reales de la Española, punto de América donde se inició la formación de la oligarquía del Nuevo Mundo, oscilaron entre usar indios o usar negros. La introducción de estos en la Isla se había autorizado al comenzar el siglo XVI, pero llegaban pocos y eran caros. Los indios tenían la ventaja de que se hallaban en la Isla y la desventaja de que estaban desapareciendo rápidamente; además, su trabajo rendía poco y cada repartimiento provocaba oleadas de disgusto porque los más allegados a las autoridades se quedaban con los lotes mejores y más numerosos. Mediante intrigas y sobornos, los enemigos que tenía en Castilla el gobernador don Diego Colón obtuvieron que se le quitase a éste el poder de hacer los repartimientos, pero cuando los nuevos repartidores llevaron a cabo el primero de los repartimientos que les tocaba hacer cayeron en el mismo pecado que el gobernador.

Ese repartimiento comenzó el 23 de noviembre de 1514 en la Concepción de La Vega, y de los indígenas, que eran “cerca de tres mil... les tocó una gran parte al obispo de Plasencia, don Juan de Fonseca (presidente del Consejo de Indias); al secretario (del rey don Fernando el Católico) López de Conchillos; al tesorero (real de la Española, hombre de confianza del rey, don Miguel de) Pasamonte, y al (propio) repartidor (de los indios, don Rodrigo de) Alburquerque. El día 26 hicieron el repartimiento de los de Santiago, ascendente a más de mil, y la mayor parte de ellos les tocó al Comendador mayor de Castilla, don Fernando de la Vega; a doña María de Toledo, mujer del gobernador (de la Isla, don Diego Colón); al camarero (del rey don

Fernando) Mosen Juan Cabrero; y al (oidor) de la Audiencia Real de la Española Licenciado Lucas Vásquez de Ayllon... El 9 (de diciembre) tuvo lugar el de los de Santo Domingo, que llegaban a cerca de seis mil, figurando entre los favorecidos con encomiendas el almirante gobernador (don Diego Colón), su tío don Diego (Colón, hermano del Descubridor), Miguel Pérez de Almazan, secretario de Sus Altezas (el gobernador don Diego Colón y su mujer doña María de Toledo); el juez de apelación, licenciado Marcelo de Villalobos; el contador (real) Gil González y otros empleados de categoría” (José Gabriel García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Publicaciones ¡Ahora!, Santo Domingo, 1968, Cuarta Edición, Tomo 1, págs. 87-8). [*Todos los paréntesis míos*, JB].

Entre los pocos nombres que figuran en el repartimiento de 1514 están los de aquellos que formaban la aristocracia burocrática del imperio. Don Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del Consejo de Indias; López de Conchillos, el secretario del rey; el camarero real Mosen Juan Cabrero; el Comendador de Castilla, don Fernando de la Vega, ni siquiera vivían en la Española, sino en Toledo, de manera que si recibían indios sería para venderlos, no para usarlos. De los que vivían en la Española, recibieron indios el gobernador de la Isla, su mujer, su secretario —esto es, ellos mismos— y su tío, y los recibieron también jueces, oidores y el contador real. En algunos casos se les repartían indígenas a funcionarios de la Corona en pago de los sueldos que no se les habían podido pagar.

Tal como sucedió en la Española sucedió en los restantes territorios españoles de América, y los mismos aristócratas de la burocracia imperial que se beneficiaron de los repartos de indios se beneficiaron de los permisos para adquirir negros y de los préstamos que se autorizaron para pagarlos. En el caso de la oligarquía esclavista que se formó en los territorios que Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca le arrebataron a

España en el siglo XVII, además del poder público de sus respectivos gobiernos entró en función también el del dinero, pues en esos países había burguesía comercial y manufacturera que disponía de dinero para comprarles a los reyes cartas de colonización y para adquirir tierras y esclavos.

Vicisitudes y desarrollo de la oligarquía

Ya para 1520 la oligarquía esclavista de la Española estaba produciendo azúcar gracias a los préstamos obtenidos de las cajas reales para comprar esclavos y gracias también a las gestiones del Trono para que se llevaran esclavos a la Isla. El 25 de diciembre de 1522 estalló en un ingenio del gobernador y almirante don Diego Colón la primera sublevación de esclavos del Nuevo Mundo, que fue reprimida con crueldad ejemplar. Sin embargo, esa oligarquía naciente de la Española fracasó porque no tuvo mercado para su azúcar fuera de España, y España misma no tenía capacidad adquisitiva para consumir la producción de los ingenios de la Española, aunque esos ingenios fueran contados y produjeran poco. La verdadera oligarquía americana fue a desarrollarse en los territorios españoles donde la riqueza mineral era abundante y la mano de obra indígena podía ser usada en su extracción, como sucedía en México y en el Perú, y en aquellos donde pudo organizarse la producción de azúcar, añil, cacao y otros frutos en el siglo XVIII; y fue a desarrollarse, en el siglo XVII, en los territorios del Caribe arrebatados a España por Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca. La clásica oligarquía esclavista fue la del azúcar, el algodón y el índigo, que se producían en cantidades importantes hacia finales del siglo XVII en las posesiones británicas, francesas y danesas del Caribe y pasaron a producirse en el siglo XVIII en Venezuela y Cuba, en lo que después serían los Estados Unidos de América, especialmente en la región del sur, y en el Brasil.

La trata de negros fue un negocio de cierto nivel en la segunda mitad del siglo XVI, pero a partir del momento en que Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca tuvieron territorios en América, sobre todo en el Caribe y en los actuales Estados Unidos, se convirtió en la actividad comercial más beneficiosa, y por tanto en la más importante del mundo occidental. Ese negocio fabuloso tuvo un impacto transformador doble; de concentración de la propiedad y de estratificación social en amos y esclavos en América, y de factor determinante en el desarrollo capitalista en Europa, hasta llevarla a la etapa de la revolución industrial. De este último aspecto tratará la parte III de esta *Breve historia de la oligarquía*. Por el momento vamos a ver el primero, y presentaremos como un ejemplo bien expresivo el caso de Barbados.

“En 1645, Barbados contaba 11.200 pequeños propietarios blancos y 5.680 esclavos negros; en 1667 había 745 propietarios de grandes plantaciones y 82.023 esclavos. Mientras que en 1645 la isla tenía 18.300 blancos listos a coger las armas, no había sino 8.300 en 1667” (Eric Williams, *Capitalisme et Esclavage*, Presence Africaine, París, 1968, pág. 39). Seis años antes de que se tomaran los datos estadísticos de 1667, esto es, en 1661, Carlos II de Inglaterra concedió títulos de barones a trece esclavistas dueños de ingenios de azúcar de Barbados (*Ibid.*, pág. 144); de manera que el rasgo de ennoblecimiento que les faltaba para pasar a ser, como lo habían sido sus antecesores de Atenas, terratenientes esclavistas aristócratas, lo adquirieron los oligarcas de Barbados en época temprana. Williams da en su libro nombres de varios esclavistas de las islas inglesas del Caribe que fueron ennoblecidos.

Ese rasgo —tan importante para los esclavistas— se extendió a territorios franceses y españoles tan pronto unos y otros pasaron a tener una economía basada en la esclavitud.

En el índice de nombres de la obra de Moreau de Saint-Méry (*Description Topographique, Physique... de la Partie Française de L'Ysle Saint-Domingue*, Libraire Larose, París, 1858, Tomo III, pág. 1443 y siguientes) se encuentran tantos títulos de nobleza que sería una necedad copiarlos todos en este trabajo. He aquí unos cuantos, sin pasar de la letra D: Conde de Aché, conde de Adhémar de Lautagnac, el caballero de Ailly, el conde de Albermale, el marqués de Antín, el conde de Argout, el conde de Arquian, el marqués de Aussigné, el conde de Autichamps, el conde de Ayon, el barón de Barbazan, el conde de Boulaínvilliers, el caballero de Borda, el conde de Beaumont, el barón de Bressner, el conde de Brossard de la Poupardiere, el señor de Cahuzac, el marqués de Cardeux de la Caye, el barón de Castellane, el marqués de Choiseul Praslin, el marqués de Cocherel, el caballero de Courrélojes, el conde de Cravier, el señor de Durnée. Varios de esos títulos eran de antigua raíz francesa, cuyos descendientes se habían establecido en Saint-Domingue y se habían dedicado a producir azúcar o cacao o algodón o índigo, así como muchos oligarcas de los territorios españoles eran descendientes de hidalgos castellanos, vascos o astures; tal es el caso, por ejemplo, de los Bolívar de Venezuela. Cuando los oligarcas de Caracas nombraron delegados a una junta que debía formarse, por cierto a invitación de ellos, para luchar por la restauración de Fernando VII en el trono de las Españas, de sus ocho delegados dos eran marqueses y cinco eran condes, todos criollos. En cuanto al caso de Cuba, he aquí algunos de los títulos comprados con el dinero que dejaba la esclavitud en la Isla: conde de Jaruco, conde de Casa Montalvo, marqués de Casa Peñalver, marqués de Villalta, marqués de San Felipe y Santiago, marqués de Cárdenas de Monte Hermoso, marqués de Arcos, conde de Macuriges, conde de Gibacoa, conde de Fernandina, conde de Casa Moré.

No sólo trataron de ennoblecerse los esclavistas de América, sino que una parte importante de la aristocracia europea participó en el negocio de la esclavitud, comenzando por las familias reales de Inglaterra. La reina Isabel, que había comentado las actividades esclavistas de John Hawkins diciéndole que la captura y la venta de negros reclamaban la venganza del cielo, cambió de opinión cuando Hawkins fue a verla “y le mostró el balance de la operación. La reina no sólo le otorgó su perdón, sino que le compró acciones para su segundo viaje esclavista. Esto sucedía en 1564 y Hawkins disponía entonces de cuatro navíos”. De este viaje “Hawkins regresó a Inglaterra convertido en un hombre relativamente rico” (Daniel P. Mannix y M. Cowley, *Historia de la trata de negros*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, págs. 33-4). Como es lógico, a la reina le tocó parte en los beneficios. Cuando recibió de ella un título de nobleza, Hawkins se mandó hacer un escudo de armas en que figuraba la cabeza de un negro. “En 1663, el duque de York, hermano de Carlos II, fundó una compañía con el objeto de proveer de tres mil esclavos anuales a las nuevas colonias (inglesas)... Llevaba el romántico título de Compañía de Reales Aventureros del Comercio Inglés con África, y, como homenaje al duque, sus esclavos eran marcados con las letras DY... Para hacer sentir su influencia en la compañía, en la que había invertido dinero, el rey Carlos emitió una nueva moneda, hecha con oro proveniente de África occidental, y que se llamó guinea”. (Mannix & Cowley, *Ibid.*, pág. 39). [*Paréntesis mío*, JB]. En la lista de accionistas de esa compañía figuraban “la familia real, tres duques, ocho condes, siete lores, una condesa, veinticuatro caballeros” (Eric Williams, *ob. cit.*, pág. 69).

La oligarquía esclavista de las Américas, que había fracasado en sus inicios —cuando la falta de mercado convirtió en mal negocio la producción de azúcar en la Española—,

comenzó a recuperarse, se fortaleció y se propagó por el Nuevo Mundo como fuego en pajonal. Su extensión y su fortalecimiento se miden por el número de esclavos llevados de África al Nuevo Mundo. En “los años 1575 a 1591, cincuenta y dos mil esclavos fueron enviados desde Angola hacia Brasil y las Indias españolas, con una media anual que, a finales de aquel período, alcanzaba la cifra de cinco mil esclavos. El aumento continuó y, en 1617, veintiocho mil esclavos fueron embarcados en navíos ingleses únicamente. De 1680 a 1688, la Real Compañía Africana tenía doscientos cuarenta y nueve (buques) negreros en actividad, logrando embarcar sesenta mil setecientos ochenta y tres esclavos, de los que sólo cuarenta y seis mil noventa y seis sobrevivieron a la travesía. Frente a unos novecientos mil esclavos embarcados desde todas las regiones de Guinea al Nuevo Mundo en el siglo XVI, la cifra total para el siglo XVIII se calculó en dos millones setecientos cincuenta mil, con un promedio de veintisiete mil quinientos al año” (Mannix & Cowley, *ob. cit.*, pág. 42-3). [*Paréntesis mío*, JB]. Los mismos autores dicen que al quedar abolida la esclavitud, según cálculos más bien conservadores se habían llevado a las Américas quince millones de negros. Por cierto, no se aclara si se trata de que esos quince millones salieron de África o se vendieron en América, pues la diferencia entre comprados en África y vendidos en América promediaba 17 y medio por ciento, a lo que había que agregar 33 por ciento que morían durante el proceso de aclimatación.

El cambio de posición económica de los esclavistas puede medirse por los datos siguientes: “... en 1666, Barbados fue estimado diecisiete veces más rico de lo que había sido antes de la explotación azucarera. Las casas de 1643 eran mediocres y sólo contenían objetos de primera necesidad pero en 1666, las vajillas, los adornos, la platería y los muebles de estilo eran

estimados en 500.000 libras; los edificios públicos eran bellos y acogedores y las casas privadas recordaban a los castillos... El precio de la tierra subió en picada. Una plantación de 500 acres, vendida por 400 libras en 1640, obtuvo 7.000 libras por la mitad de su superficie en 1648", (Eric Williams, *ob. cit.*, pág. 41). Al terminar el siglo XVII Venezuela era un país tan pobre que en Caracas no pudo haber duelo público por la muerte del rey de España, Carlos el Hechizado, debido a que no había telas en las tiendas —ni negra ni blanca, pero sobre todo negra, que era la de luto—; tampoco había vino o aceite, y las Cajas Reales no disponían de un céntimo para las necesidades de la defensa. En 1703 no había harina; en 1704 hubo que llevar desde Santo Domingo maíz y casabe. Pero quien lea *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, de Miguel Acosta Saignes (Hespérides, Caracas, 1967) se da cuenta de que el número de esclavos que habían llegado a la provincia hasta la Paz de Utrecht (1713) era tan pequeño que con él sólo podía establecerse un régimen de esclavitud patriarcal. A partir de la Paz de Utrecht comenzó a cambiar la situación, y ya para 1760 había cambiado del todo. Al morir en 1786, don Juan Vicente Bolívar, padre del futuro Libertador Simón Bolívar, dejó a sus herederos más de mil esclavos, dos trapiches de caña, con sus siembras respectivas, desde luego, en los valles de Aragua y dos fincas de cacao en esos mismos valles; 258.000 pesos en efectivo y 46.000 en joyas; cuatro casas amobladas y con sus sirvientes esclavos en Caracas y nueve casas en La Guaira; fincas de ganado y añil; minas, y en camino hacia México y España, más de 800 fanegas de cacao y más de 3.500 libras de añil. Y don Juan Bolívar era uno entre varios oligarcas; no el más rico de ellos, ni mucho menos.

En el mencionado índice de la obra de Moreau de Saint-Méry se hallan cifras sobre el valor de algunas de las propiedades de la oligarquía de Saint-Domingue, y suman millones y

millones de libras tornesas. Un autor haitiano dice que “en 1789 había en la colonia 453.000 esclavos repartidos sobre 8.512 fincas y talleres industriales dedicados a la fabricación de azúcar, alcohol y al cultivo del algodón y del café” (Gérard Pierre-Charles. *L'économie haitienne et sa voie de développement*, Editions G.P. Maisonneuve & Larose, París, 1967, pág. 16). Hacia 1802, el precio más alto que se pagaba por un esclavo en Charleston —Carolina del Sur, Estados Unidos— era de trescientos cincuenta a quinientos dólares (Mannix & Cowley, *ob. cit.*, pág. 184), y en Cuba, por esos años, “no bajaban de 300 pesos de plata” (Rolando Mellafe, *La Esclavitud en Hispanoamérica*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964, pág. 68). Si suponemos que en 1789 los esclavos de Haití valían 250 dólares por cabeza resulta que la oligarquía de Saint-Domingue tenía invertidos en esclavos solamente más de 110 millones de dólares, cifra fabulosa trasladada a términos de hoy. Entre 1783 y 1789, las inversiones de la ciudad de Burdeos —esto es, de los comerciantes de ese puerto francés— en la colonia de Saint-Domingue alcanzaron a mil millones de francos, lo que determinó que en esos pocos años la producción se dobló. (Pierre Charles, *ob. cit.*, pág. 16). Moreno Friginals cuenta que “Entre 1840 y 1860 los negreros cienfuegueros fueron los mayores y más altamente tecnificados de Cuba. Uno de ellos, Tomás Terry —justamente calificado como el Creso cubano— fue uno de los más importantes comerciantes de América... De apellido inglés, pero nacido en Venezuela, Terry llegó a la Isla en el momento exacto para vivir y aprovechar el boom azucarero cienfueguero convirtiéndose en eje de la exportación de azúcares y mieles, importación de maquinarias, esclavos y bienes de consumo y desempeñando, al mismo tiempo, la función de banquero. A su muerte, después de extraordinarias donaciones, dejó más de 20 millones

de pesos”. (*El Ingenio*, pág. 66). Hay que ver los dólares y los pesos de esos tiempos dentro del contexto económico de la época para llegar a darse cuenta de lo que significaban entonces veinte millones.

Comportamiento de las oligarquías

La posesión de riquezas cuantiosas, con las cuales podían adquirir hasta títulos de nobleza —lo que significaba entrar en el más alto nivel social, en un círculo cuyos miembros eran personajes casi sagrados, en el cual durante siglos y siglos sólo habían podido entrar los que heredaban, con la sangre, el derecho de estar en él—, y el poder para comprar hombres y usarlos como si fueran cosas, tenían necesariamente que deformar la naturaleza psicológica y mental de los oligarcas de las dos Américas. Veamos a seguidas unas cuantas demostraciones de lo dicho:

Eric Williams afirma que tan pronto retornaba a Inglaterra, el plantador antillano no tenía sino un deseo: “mezclarse con la aristocracia y hacer olvidar su origen”. Las riquezas colosales de esos esclavistas “les incitaban a una prodigalidad tan vulgar que provocaba la envidia, pero también el desprecio” de la aristocracia inglesa. Peter Beckford, de una vieja familia de Gloucestershire, fue de los primeros en establecerse en Jamaica y llegó a tener con el tiempo “los puestos militares y políticos más importantes de la isla, llegando hasta la presidencia del Consejo y más tarde a teniente gobernador y comandante en jefe. A su muerte en 1710, poseía en bienes y en esclavos más que nadie en Europa. En 1737, su nieto Williams hereda los bienes de la familia y se convierte en el plantador inglés más poderoso de las Antillas... En su propiedad de Withhire, Beckford se hizo construir la Mansión Fonthill, considerada por mucho tiempo como el sitio más asombroso del oeste de Inglaterra”.

A seguidas de esos párrafos Williams copia parte de una descripción de la Mansión Fonthill que se publicó en Londres en 1823, junto con datos biográficos de la familia Beckford. Héla aquí:

“Se trata de un bello edificio construido en un solo estilo, con una parte central compuesta de cuatro pisos y dos pisos, unidos por corredores, todo en una bella piedra. Un pórtico audaz, con una doble salida de escaleras, reposa sobre fundaciones rústicas; los apartamentos son numerosos y espléndidamente amoblados. En ellos desbordan el lujo y las riquezas del Este y en las ocasiones solemnes allí brillan mil luces. A la vez que los muros decorados con las más ricas obras de arte, las mesas y los cofres ofrecen una fastuosa mezcla de oro, de plata, de metales y piedras preciosas trabajadas por los artistas y los artesanos más hábiles de la época. Junto con esos esplendores, esos objetos deslumbrantes aumentados y multiplicados por largos espejos de alto precio, se encuentra una vasta biblioteca con obras escogidas y de gran valor. Las dimensiones del gran *hall* de la entrada, a ras de la calzada, 85 pies y 10 pulgadas de largo y 38 pies 6 pulgadas de ancho, pueden dar una idea del tamaño de esta residencia... Uno de los apartamentos está amoblado en estilo turco... mientras otros están decorados con chimeneas esculpidas suntuosamente”.

Williams agrega que “Beckford hijo... Dueño de una vasta fortuna, dotado de una viva imaginación, que según el historiador de la familia no podía satisfacerse con realidades cotidianas... buscaba la novedad, la grandeza, la complejidad; quería lo sublime. El resultado de esa búsqueda fue la Abadía de Fonthill, una construcción que dio trabajo a innumerables artesanos y obreros que construyeron una nueva aldea. En las tierras de la abadía se encontraban todas las especies de arbustos americanos que crecían en estado silvestre” (Eric Williams, *ob. cit.*, pág. 116-9).

Esas manifestaciones de vanidad delirante, y el uso de dinero para comprar votos, y con ellos puestos en el Parlamento inglés, “en la edad clásica de la corrupción parlamentaria y de la venalidad electoral”, según dice Williams, se producían también en el sur de los Estados Unidos, en el Perú de los dueños de minas; en México y en Cuba. Acosta Saignes reproduce unos párrafos de un viajero, francés él, que anduvo por Venezuela a fines del siglo XVIII. Hablando de los esclavos domésticos, ese francés, Fernando de Pons, dijo que “se cree que la riqueza de una casa está en proporción al número de esclavos de ella. En cada casa debe haber cuatro veces más que los realmente necesarios. Lo contrario pasa por tacañería denunciadora de pobreza y ésta se ha de esconder cuanto se pueda. Cualquier blanca, aunque su fortuna no se lo permita, va a misa seguida de dos esclavas negras o mulatas. Las verdaderas ricas llevan cuatro o cinco esclavos, y si una persona de la misma casa va a otra iglesia, lleva consigo igual número de esclavos. En Caracas hay casas que tienen doce o quince esclavos, sin contar con los sirvientes de los hombres” (Acosta Saignes, *ob. cit.*, pág. 181). En un párrafo titulado “La esclavitud improductiva”, Mellafe se refiere, hablando en términos generales de la América española, a una “cantidad muy grande de negros que fueron comprados con intención suntuaria, para servir simplemente de acompañantes, como porteros de casas particulares, etcétera” (Rolando Mellafe, *ob. cit.*, pág. 78).

Si la deformación se hubiera producido sólo a través de una distorsión monstruosa de la vanidad quizá sus consecuencias habrían alcanzado exclusivamente a los oligarcas. Pero no fue así. Por ejemplo, la oligarquía de Venezuela tenía un odio irracional al pobre, aunque fuera blanco y español, y por ninguna razón admitía la idea, siquiera, de que las mujeres de sus familias pudieran casarse con un español pobre. En un memorial que enviaron al Rey en el año de 1796, los oligarcas

caraqueños protestaban con altanería de la conducta de los funcionarios del rey “por la abierta protección que escandalosamente prestan a los mulatos o pardos y toda la gente vil para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas”; y decían que esos funcionarios “pintan muy distinto de lo que es en realidad el estado de la provincia, el modo de pensar de las familias distinguidas y limpias, su total separación en el trato y el comercio con los mulatos o pardos, olvidando la gravedad de la injuria que concibe una persona blanca en que sólo se diga que se roza con ellos o entren en sus casas, y la imposibilidad de que ese concepto se borre aunque se interponga la ley, el privilegio o la gracia”. La arrogancia de la oligarquía caraqueña llegó a tal punto que despreciaba al comerciante español porque ejercía un “oficio baxo e impropio de personas blancas”; en cuanto a los canarios, creían que pertenecían a una raza inferior. El padre del general Miranda fue designado por el Rey para mandar un batallón de pardos, y la oligarquía le prohibió ejercer ese mando debido a que su doble condición de canario y de comerciante lo hacía indigno de tal honor.

En la oligarquía francesa de las islas del Caribe se reunían las extravagancias delirantes que se daban en la oligarquía inglesa de las Antillas y los odios raciales y sociales de los oligarcas de Caracas. Los llamados grandes blancos de Saint-Domingue vivían tan suntuosamente como los ricos plantadores de Jamaica o Barbados y como vivirían en el siglo XIX los algodoneros de Luisiana, y además tenían vidas escandalosamente disipadas. En libros y artículos y cartas de viajeros de la época abundan las descripciones de las licencias a que se entregaban los grandes blancos de Saint-Domingue, del lujo con que vivían sus queridas mulatas, del esplendor de sus joyas y sus fiestas. En cuanto a su odio a los mulatos —muchos de los cuales eran tan ricos como el más rico de los oligarcas

blancos, y tenían tantos esclavos como ellos, a tal punto que los mulatos eran dueños de la tercera parte de la riqueza de la colonia y de la cuarta parte de sus esclavos—, podemos medirlo por estos datos: en 1771 se había prohibido que los mulatos tuvieran categoría de ciudadanos del reino y se les prohibió llevar espadas; en 1778 se prohibió el matrimonio entre blancos y criollos que tuvieran ascendencia negra en cualquier grado; y esas medidas fueron solicitadas y estimuladas por los grandes blancos. Así como odiaban a los mulatos, fueran ricos o pobres, los grandes blancos odiaban también a los llamados *petit-blancs*, esto es, a los funcionarios franceses de baja categoría, a artesanos y comerciantes que no fueran ricos. Como reflejo de ese odio, los pequeños blancos odiaban a su vez a los grandes blancos y odiaban con igual intensidad a los mulatos ricos.

¿Y los ingleses? ¿A quiénes odiaban los blancos ingleses? Los ingleses no odiaban; despreciaban, y aquí va un ejemplo: Lord Lavington, que fue dos veces gobernador de las islas de Barlovento en el último tercio del siglo XVIII, no permitía que sus sirvientes negros usaran medias o zapatos y les exigía que se frotaran mantequilla en las piernas a fin de que les brillaran; además, inventó un pequeño aparato, que mandó hacer de oro, para coger lo que le llevaran sus negros sin tener que recibirlo de sus manos.

Las oligarquías americanas eran limitadas en el número de sus miembros y disponían de riquezas excesivas, dos circunstancias que las aislaban, naturalmente, del común de las gentes, y el aislamiento, también de manera natural, tendía a deformarlas en el orden psicológico y mental. Por eso eran dilapidadoras, altaneras, arrogantes y dadas a considerarse superiores a todos los que no pertenecían a sus círculos. Pero a eso hay que agregar que la posesión de personas, de quienes podían disponer como de cosas, las hizo despiadadas y brutales,

y no podía ser de otra manera, puesto que sus privilegios procedían del hecho de que eran dueños de seres humanos que trabajaban para que ellos vivieran como vivían. Para sostener esos privilegios las oligarquías tenían que ser implacables; y lo fueron.

Algunas formas de explotación

“El *Reglamento de Valdés* —nuestro gran Factory Act— dictado en 1843 y protestado violentamente por los productores —dice Moreno Friginals hablando de la situación de los esclavos cubanos en el siglo XIX—, señalaba 16 horas de labor en tiempo de zafra, 2 de descanso y 6 de noche para dormir. Madden nos habla de ingenios donde el trabajo dura 20 horas y prevalece la opinión de que 4 de sueño son suficientes” (Moreno Friginals, *ob. cit.*, pág. 163). El mismo autor dice que “Steele describe negras en estado de gestación condenadas a recibir los latigazos en el vientre” y explica que “toda la caña del ingenio La Ninfa, en la zafra de 1827, fue cortada por negras que alcanzaron un promedio diario de 400 arrobas”, una cantidad excesiva hasta para hombres forzudos. Acosta Saignes reproduce el relato de un castigo hecho a una esclava puertorriqueña que estaba embarazada, según lo refiere Luis M. Díaz Soler en su obra *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. Para darle el llamado *boca abajo* se hizo un hoyo en la tierra a fin de que no perdiera el hijo que llevaba en el vientre (Acosta Saignes, *ob. cit.*, pág. 231), pues ese hijo debía conservarse dado que al crecer sería un esclavo.

Los esclavos se criaban también. Moreno Friginals dice que la cría de negros en Cuba “comenzó a ser negocio y uno de los primeros en descubrirlo fue José Suárez Argudín, quien estableció un criadero de criollos cerca de la playa de Bacuranao (cerca de La Habana). Tomás Terry, de Cienfuegos, también se caracterizó por esta actividad de cría. Pero el más descarado

de todos los centros lo tuvo Esteban Santa Cruz de Oviedo en el Ingenio Trinidad. De él dice textualmente Justo Cantero “Junto a esta finca, y asistido por su negrada, tiene el criadero de criollos, muy cuidado por el propietario, quien consigue por esta razón un aumento de treinta negros en un año con otro”. A lo que agrega Moreno Fraguas: “Esto es lo que el Real Consulado llamaba, en 1854, un sistema de conservación y reproducción”.

Hablando de la vida normal de los esclavos, el mismo dice que los niños recién nacidos “se envolvían en trapos viejos, que eran mudados muy pocas veces y, según los médicos, los niños pasaban la mayor parte del tiempo en sus excrementos. La madre, al segundo o tercer día del parto, volvía a las rudas tareas campesinas, al corte de caña o a la casa de purga; y el criollito quedaba con los demás infantes del ingenio bajo la mínima atención de cualquier negra vieja, incapacitada para las tareas de la producción. La mortalidad infantil del ingenio alcanzó proporciones increíbles. Chateausalins habla de hacendados que en varios años no lograron que sobreviviese una sola cría... Si (el niño esclavo) llegaba a los cinco o seis años, ya se iniciaba como trabajador del ingenio, pues según la antropología esclavista, había arribado a la mayoría de edad; al momento en que tenía que incorporarse a la producción... La vida del negro estuvo en relación directa con los costos de producción... El tratamiento del esclavo estuvo determinado por razones económicas y no por reglas morales. Todo estaba calculado en función de la productividad y el costo. A principios del siglo XIX y ante los ojos asombrados del barón de Humboldt, se discutió económicamente la disyuntiva de imponer intensas tareas a los esclavos, reduciendo lógicamente su vida útil, o someterlos a labores menos bárbaras, concediéndoles una muerte más distante. En términos matemáticos modernos, pudiéramos decir que se trató de hallar el punto

óptimo de rendimiento económico en función de dos variables: las horas de trabajo diario a que eran sometidos y el número de años que se calculaba vivirían soportando esa tarea. Juan Poey definió la disyuntiva en una frase: *Si es más lucrativo sacrificar el esclavo al trabajo o el trabajo al esclavo* (Moreno Fraginalls, *ob. cit.*, pág. 156-8). [*Paréntesis míos*, JB].

Los hijos de los dueños de esclavos no podían ignorar nada de eso, porque o bien pasaban temporadas en los ingenios o bien vivían en las ciudades rodeados de esclavos, el ama de cría, el calesero o cochero, las mujeres que atendían al servicio de la casa y hacían la cocina, y los jóvenes mandaderos. Difícilmente esos esclavos se callarían ante los niños sus experiencias de la vida en los ingenios, y lo que es peor, las historias escalofriantes de la trata de negros, cuyos horrores costaron la vida a tantos millones de sus hermanos. Los hijos de los dueños de esclavos crecían, pues, en medio de una atmósfera que necesariamente tenía que hacerlos indiferentes al dolor humano, y si se inclinaban a sentir piedad por esas víctimas del sistema de la esclavitud, se les convencía, desde pequeños, de que los africanos pertenecían a una raza inferior y de que sólo tratándoles con dureza ejemplar podía sacarse de ellos algo bueno para los hombres y para Dios.

Los oligarcas de las dos Américas vivieron tan convencidos de que sus privilegios se basaban en derechos naturales que cuando llegó la hora de la crisis del sistema esclavista prefirieron desaparecer físicamente, en guerras y en revoluciones, o perder todos sus bienes, antes que ceder un milímetro ante la ola reformadora que comenzó a sacudir la vida colonial a raíz de la revolución francesa. La oligarquía esclavista duró en Brasil hasta 1888, cuando fue abolida la esclavitud; en Cuba, hasta 1886, cuando fue declarada finalmente eliminada en virtud del cumplimiento de la ley de 1880 que ordenaba su abolición; en Puerto Rico fue abolida en 1873; en Estados Unidos

en 1865, puesto que el Acta de Emancipación de Lincoln no se cumplió en los Estados del Sur sino después de terminar la guerra de Secesión; en Perú y Venezuela en 1854... Y sin embargo todavía duran los efectos de la deformación psicológica y mental de los oligarcas.

Esto puede apreciarse observando la situación de los Estados norteamericanos del Sur. El 3 de marzo de 1970 una multitud blanca volcó varios autobuses que llevaban jóvenes negros hacia la Escuela Superior de la ciudad de Lamar, en Carolina del Sur. Los blancos atacaron los autobuses para impedir que esos negros pudieran llegar a la escuela. Hechos como ése, y otros muchos más graves, son frecuentes en el sur de los Estados Unidos, donde las tendencias ultraderechistas de la población blanca son tan marcadas que entre los enterados de la política norteamericana se considera a los demócratas del Sur más derechistas que a los republicanos del norte. Por ejemplo, Mississippi es un Estado que puede compararse en casi todos los órdenes con el más retrasado, social y políticamente, de los países de la América Latina. La profundidad de las huellas dejadas en la manera de pensar y de actuar de la población sureña de Norteamérica se aprecia mejor si se toma en cuenta que desde los tiempos de Franklyn Delano Roosevelt se han estado aplicando en la región leyes y medidas y se han estado haciendo fuertes inversiones públicas y privadas, llamadas a transformar las estructuras económicas y culturales del Sur; además, se han aplicado leyes federales destinadas a garantizar el ejercicio de los derechos ciudadanos. Todas esas medidas parecen haber dado hasta ahora escasos resultados. El asesinato de Luther King, en marzo de 1968, y el fracaso de la integración escolar, indican que la sociedad de los Estados del Sur necesita algo más que unas cuantas leyes para librarse de todos los sedimentos que dejó en ella la mentalidad oligárquica, la manera de pensar y de sentir de los esclavistas.

La vanidad delirante de un Beckford, los odios racistas de los mantuanos de Caracas y de los *grand-blancs* de Saint-Domingue o el desprecio de un Lord Lavington hacia el negro hacen juego con las ideas imperiales que tenían los miembros del Círculo de Oro, por los cuales parece haber hablado Edward A. Pollard, un blanco esclavista de Virginia que escribió a mediados del siglo XIX un libro titulado *Diamantes negros*. Mannix & Cowley reproducen en su obra (pág. 258) algunos párrafos de esa joya. Helos aquí:

“Estudiando las posibilidades que nos ofrece el futuro, en relación con la magnífica naturaleza de la América Tropical, situada en el camino de nuestro destino en este continente, podemos completar un imperio más rico y poderoso que ninguno que haya sido descrito en los sueños de nuestra historia. ¿Qué imperio es éste? Un imperio fundado en ideas militares, que representan las nobles peculiaridades de la civilización del Sur; incluyendo dentro de sus límites los itsmos de América y las Indias occidentales regeneradas; con el control de las dos principales materias primas del comercio mundial —el algodón y el azúcar—, dominando las grandes rutas del comercio mundial; superando a todos los imperios del siglo por la fortaleza de su posición geográfica...”.

Al cabo de veinte y tantos siglos, la oligarquía esclavista norteamericana aspiraba a resucitar el ideal de los esclavistas de Esparta: “Un imperio fundado en ideas militares, que representan las nobles peculiaridades de la civilización del Sur”. Y no sólo pretendía hacerlo, sino que comenzó a hacerlo cuando William Walker, el filibustero sin entrañas, se adueñó de uno de “los itsmos de América” y se convirtió en amo y señor de Nicaragua. *El 22 de septiembre de 1854, el mismo año en que había sido abolida en Venezuela y Perú, el flamante “presidente” Walker decretaba que la esclavitud quedaba*

establecida en Nicaragua. La oligarquía esclavista de las Américas no se resignaba a desaparecer, e igual que el monstruo en agonía mortal levantaba la garra y la lanzaba a la loca, ciega de furor.

III

DEFINICIÓN Y PAPEL HISTÓRICO

Desde que alcanzó un grado alto de organización, la sociedad del Nuevo Mundo quedó establecida sobre la base de una masa esclava que producía y una oligarquía blanca —y en casos, como sucedió en Haití, también mulata— compuesta por propietarios de esclavos. Ese tipo de organización social y económica se mantuvo y se reforzó y amplió porque ningún otro podía servir mejor a las necesidades del sistema capitalista, que se hallaba en proceso de desarrollo en Europa. En tanto que dependencia política y económica de Europa, América tenía que integrarse en el sistema que florecía en Europa, pero se integraría como servidora dependiente, no en pie de igualdad, y en cuanto a la oligarquía, haría en esa integración el papel de capataz de las burguesías europeas con la misión de forzar a los esclavos a producir hasta lo último de sus fuerzas y de llevar las riquezas que producían esos esclavos a engrosar los capitales que iban acumulando aquellas burguesías. La situación de los tiempos coloniales tenían, pues, una notable semejanza con la del siglo XX, y los aspectos diferentes son de forma, no de fondo. Ahora las oligarquías explotan a los pueblos americanos como capataces del capitalismo de los Estados Unidos, que se beneficia del trabajo de esos capataces y del sacrificio de los pueblos americanos exactamente como en los días coloniales se beneficiaba Europa.

En los primeros tiempos de la vida de América, a contar del momento en que comenzó a ser un apéndice de Occidente, el capitalismo europeo llegaba a un nivel que le permitía disponer de capitales de inversión, producción manufacturera suficiente para satisfacer las necesidades americanas, organización comercial y de transporte, poderío militar, capacidad técnica para transformar lo que podía producir el Nuevo Mundo y mercado para consumir esa producción. Ahora bien, dadas las condiciones peculiares de la tierra americana, lo que ella producía sólo podía obtenerse en las cantidades que hacían falta y a los costos adecuados para el mercado europeo utilizando trabajo esclavo. La esclavitud del Nuevo Mundo fue, pues, una necesidad del sistema capitalista que se desarrollaba en Europa, y la existencia de la esclavitud en América demandaba la existencia de una oligarquía propietaria de esclavos.

¿Era esa oligarquía un sector capitalista?

La primera vez que Marx se refirió a los esclavistas de América dijo que eran capitalistas, pero de manera anómala. Esa referencia está en el capítulo “Formas que precedieron a la producción capitalista”, de su obra *Esbozo de la crítica a la economía política*, más conocida por *Grundrisse*, primera palabra del título de la edición alemana, que fue hecha en Berlín en 1853. Los manuscritos originales del *Grundrisse* han sido publicados por el Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes, de París, en un libro llamado *Sur les Sociétés precapitalistes*, Editions Sociales, París, 1970. En la página 224 de ese libro, refiriéndose al error “de todos los filósofos que hablan de capital en la antigüedad, de capitalistas romanos y griegos”, Marx cae en el caso de los “plantadores de América”, palabras que se usaban entonces para describir a los esclavistas del sur de los Estados Unidos, si bien el concepto era aplicable también a los de Cuba,

Brasil y otros países americanos donde ese año de 1853 no había sido abolida la esclavitud.

Según decía Marx en esa ocasión, “si hoy no solamente llamamos a los plantadores de América capitalistas sino que lo son, eso se debe al hecho de que ellos existen como anomalías en el seno de un mercado mundial fundado en el trabajo libre”. Sin embargo catorce años después, al publicar el Tomo I de *El Capital*, en ocasión de enumerar a los varios tipos de propietarios de los medios de producción, Marx no hizo figurar a los dueños de esclavos de América entre los capitalistas. En esa ocasión escribió lo siguiente: “Dondequiera que parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción nos encontramos con el fenómeno de que el trabajador, libre o esclavizado, tiene que añadir al tiempo de trabajo para poder vivir una cantidad de tiempo suplementario, durante el cual trabaja para producir los medios de vida destinados al propietario de los medios de producción, dando lo mismo que ese propietario sea el ‘kalos kagathos’ ateniense, el teócrata etrusco, el civis romanus, el barón normando, esclavista norteamericano, el boyardo de la Valaquia, el terrateniente moderno, o el capitalista” (Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Ediciones Venceremos, La Habana, 1963, pág.192).

Es digno de observación el hecho de que en ese párrafo las palabras “el esclavista norteamericano” están separadas de “el capitalista” no sólo tipográficamente sino además, y sobre todo, conceptualmente; entre las primeras y las segundas se hallan “el boyardo de la Valaquia” y “el terrateniente moderno” de manera que no queda lugar para la confusión. Es evidente que Marx quiso que sus lectores se dieran cuenta de que para él los dueños de esclavos de América eran algo diferente no sólo del capitalista, sino también del boyardo de la Valaquia y del terrateniente moderno.

¿Qué había sucedido entre 1853 y 1867 para que Marx transformara sus ideas acerca de los esclavistas de América?

Pues había sucedido que el 12 de abril de 1861 había comenzado en Norteamérica la llamada Guerra de Secesión, desatada por los Estados esclavistas del sur contra los Estados industriales del norte; una de las guerras más importantes, desde el punto de vista militar y también desde el social, el económico y el político, de las muchas que tuvieron lugar en el siglo XIX, sin excluir las napoleónicas. Y como es claro, un acontecimiento de tal categoría debía necesariamente llamar la atención de Marx y hacerlo meditar. Desde 1846 él había tocado el tema de la esclavitud, y en ese año había dicho que “es la esclavitud lo que les ha dado valor a las colonias, son las colonias lo que ha creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias no daban al mundo antiguo más que unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia”. Pero una cosa era la esclavitud y otra cosa eran los esclavistas. En 1853 Marx llamó a los esclavistas “capitalistas” “que existen como anomalías en el seno de un mercado mundial fundado en el trabajo libre”. Pero debe pensarse que la Guerra de Secesión lo llevó a pormenorizar el fenómeno de la esclavitud, a estudiarlo en detalle, a analizar qué lugar ocupaban los dueños de esclavos en la sociedad occidental, y para el 10 de julio del año en que comenzó esa guerra llamaba oligarquía al conjunto de los propietarios de esclavos de Norte América.

Esa definición fue hecha por Marx en carta a Engels. Comentando las elecciones que habían tenido lugar en los Estados del sur poco después de haber comenzado la guerra, decía él que “en ninguna parte fue llamada a votar la masa. En lo que respecta a esta usurpación, en la que se busca no solamente la

separación del norte sino la consolidación... de la oligarquía de los 300.000 propietarios de esclavos sobre los 5 millones de blancos del Sur, los periódicos sudistas han estado publicando artículos muy característicos” (*Ouvres Complètes de Carl Marx, Correspondance K. Marx-Fr. Engels*, colección publicada por A. Bebel y Ed. Berenstein en edición de Alfred Costes, París, 1934, Tomo VII, pág. 45). Cuatro días después, en otra carta a Engels volvería a repetir las palabras “la oligarquía de los 300.000 propietarios de esclavos” (*Ibid.*, págs. 49-56), pero ya no hablaría de los cinco millones de blancos del Sur. En septiembre de 1862, seguramente mejor informado entonces, se referiría a “los cuatro millones de pobladores blancos”, de los cuales diría inmediatamente que “son filibusteros de profesión” (*Ibid.*, pág. 155-7).

Marx llevó esa definición de oligarquía mucho más allá, puesto que englobó en ella a los comerciantes, armadores de buques, banqueros y manufactureros de Inglaterra que se dedicaban al negocio de la esclavitud. En el Tomo I de *El Capital* hay varias menciones de Edmund Burke, el autor de un libro llamado *Thoughts and Details on Scarcity*, editado en Londres en el año 1800. Por cierto, en el 1970 se le rindió en Irlanda un homenaje a ese señor Burke con motivo del segundo centenario del Trinity College, colegio que él dirigió, y en el homenaje participó el senador Edward Kennedy, el sobreviviente de John F. Kennedy. Marx menciona a Burke en la nota N° 7 de la página 192 de *El Capital* pero no hace comentario alguno; en la nota N° 1 de la página 279 le llama “el famoso sofista y sicofante Edmund Burke”; en la nota N° 69 de la página 697, además de llamarlo otra vez sicofante agrega que estuvo “a sueldo de la oligarquía inglesa” y que “al estallar los disturbios de Norteamérica, se había hecho pasar por liberal frente a la oligarquía inglesa a sueldo de las colonias norteamericanas”.

Para comprender por qué Marx habló así hay que saber qué cosa hizo Burke. Burke había tenido fama de liberal, y al comenzar la revolución de independencia de los Estados Unidos aconsejó a los ingleses que trataran de llegar a un acuerdo con los colonos de Norteamérica. Es a ese episodio al que se refiere Marx cuando habla de él en la nota N° 69 de la pág. 697 del Tomo I de *El Capital*. Pero al decir que Burke estuvo “a sueldo de la oligarquía inglesa”, ¿qué quiso decir? ¿Quiénes formaban esa oligarquía de Inglaterra, que en las palabras del padre del socialismo científico surge de buenas a primeras, sorpresivamente, en el seno de una sociedad burguesa, que sin el menor género de dudas era ya capitalista?

La respuesta está en que el día 5 de mayo de 1772, Edmund Burke, entonces miembro del Parlamento inglés, se opuso a un proyecto de ley cuya finalidad era impedir que el Comité Africano cayera bajo el control de los negociantes de esclavos. Eric Williams dice que ese día, el “campeón de la conciliación con América se hizo cómplice de la crucifixión de África” (*Ob. cit.*, pág. 61) De las palabras de Marx se deduce que Burke recibió alguna recompensa por esa intervención.

¿Quiénes recompensaron los servicios de Burke?

En buena lógica, los esclavistas a quienes defendió, que eran, como se ha dicho, armadores de buques, comerciantes y banqueros de Inglaterra que dedicaban parte de su dinero y muchas de sus atenciones al negocio de comprar esclavos en África para venderlos en América. Parece no haber dudas, pues, de que cuando Marx se refirió a la oligarquía inglesa estaba hablando de los ingleses que intervenían en la trata de negros. En la página 696 del mencionado Tomo I de *El Capital* Marx dice que “Liverpool se engrandeció gracias al comercio de esclavos” y explica que “Este comercio era *su método de acumulación originaria*” [*itálicas de Marx*]. Pero además, vincula inmediatamente la industria inglesa del tejido de algodón con

la esclavitud americana cuando dice que la industria algodonera de Inglaterra “servía para convertir el régimen más o menos patriarcal de esclavitud de los Estados Unidos en un sistema comercial de explotación”.

El comercio triangular

Evidentemente, las oligarquías americanas no eran parte del sistema burgués. Marx explica que “ni el dinero ni la mercancía son de por sí capital, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Necesitan *convertirse en capital* y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas, que pueden resumirse así: han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte, *los propietarios de dinero, de medios de producción y artículos de consumo*, deseosos de *valorizar* la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra parte, *los obreros libres*, vendedores de su propia fuerza de trabajo, y, por tanto, de su trabajo”. Y a fin de que no haya la menor confusión agrega: “Obreros libres, en el doble sentido de que figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos, los siervos, etc...” (*El Capital*, Tomo I, pág. 655). [*Todas las itálicas son de Marx*]. De acuerdo con esa definición categórica, que es una piedra angular del edificio marxista, salta a los ojos de cualquiera que para Marx los dueños de esclavos no eran capitalistas burgueses; eran, como había dicho en sus cartas a Engels, una oligarquía.

Desde el 1º de julio de 1861 Marx había hecho una distinción precisa, en lo que se refiere a los esclavistas de América, llamándoles oligarcas; pero después de haber hecho esa distinción tardó más de un año en diferenciar a la oligarquía de la burguesía con toda la claridad necesaria. La diferenciación se aprecia en la carta que envió a Engels el 10 de septiembre de

1862; allí se refería a los Estados del norte como a una república burguesa y a los del Sur como una oligarquía, y lo hacía con estas palabras: “En cuanto a la manera en que el Norte hace la guerra, no puede esperarse otra cosa de parte de una república burguesa donde el escandaloso ha sido el señor soberano durante tanto tiempo. El Sur, una oligarquía, se defiende mejor, una oligarquía sobre todo donde el trabajo productivo es realizado por los negros, y los cuatro millones de pobladores blancos son filibusteros de profesión”*. (*Ouvres Complètes de Carl Marx...*, Tomo VII, págs. 155-7). Esa distinción iba a quedar establecida sobre fundamentos científicos cuando Marx redactara, seguramente años después, el párrafo de *El Capital* en que aclaró que “ni el dinero ni la mercancía son de por sí capital”; que pasan a serlo sólo cuando “los propietarios de dinero, medios de producción y artículos de consumo” usan el trabajo de “los obreros libres”, que no “figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos...”.

Al principio Engels no compartía las ideas de Marx en ese sentido. Para él los esclavistas de los Estados norteamericanos del Sur eran burgueses, y así lo da a entender en carta a Marx, que no aparece fechada pero que figura en la obra de Bebel y Berenstein a seguidas de otra suya del 12 de mayo de 1862 (págs. 109-110). En esa oportunidad decía Engels: “...yo estoy tan convencido de la naturaleza burguesa de los plantadores que no dudo ni por un instante que esto no haga de ellos inmediatamente unionistas ardientes. El fanatismo

* La palabra “escandaloso” puede significar también el que hace más ruido, pero lo cierto es que en ninguno de los dos casos parece hacer sentido. Los que tradujeron las cartas de Marx y Engels usaron en este caso el término francés “battant”. La traducción al francés de la lengua alemana, idioma que usaban Marx y Engels en sus cartas, puede ser incorrecta. De todos modos, lo que importa aquí es señalar que Marx hacía una distinción precisa entre lo que él llamaba la república burguesa del norte y la oligarquía del sur, y esta parte de su carta no resulta afectada por el uso de la palabra “battant”, si su traducción es incorrecta.

de los comerciantes de Nueva Orleans por la Confederación se explica simplemente por el hecho de que los malvados tienen que usar como dinero contante una masa de billetes de la Confederación... Un elevado empréstito forzado es un medio insuperable de unir los burgueses a la revolución y de hacerlos infieles a los intereses de su clase, puesto que los sujeta por sus intereses personales”.

Es posible que la frase “...yo estoy tan convencido de la naturaleza burguesa de los plantadores” indique que Marx y Engels habían discutido el punto de si los esclavistas eran burgueses o formaban una oligarquía, y que Engels afirmara en esa frase que él seguía creyendo que los propietarios de esclavos eran burgueses. Como se sabe, Engels, que vivía en Manchester, visitaba a Marx, que vivía en Londres, cuantas veces disponía de tiempo libre, y en esas visitas los dos compañeros de ideas, luchas e ilusiones trataban todos los temas y analizaban todos los problemas. Pero si Engels pensaba como lo dijo en la carta mencionada arriba, cambió de parecer más tarde, puesto que el 5 de noviembre de ese año de 1862 le escribía a Marx:

“Por bueno que sea, de una parte, que la república burguesa se comprometa también, de manera tan seria, en América, de tal suerte que uno no pueda verla en adelante si no únicamente como medio de transmisión hacia la revolución social, es de todos modos irritante ver que una vulgar oligarquía, dos veces más débil por el número de su población, se muestre tan fuerte como la democracia (se muestra) pesada, grande, desamparada” (*Ibid.*, págs. 167-9). [*Paréntesis mío*, JB]. Treinta años más tarde Engels emplearía la denominación oligarquía con un sentido más amplio, como se verá en la parte IV de este trabajo.

Marx llegó a prever la actitud de un norteamericano ante la oligarquía esclavista de los Estados del Sur derivando esa actitud de su origen social, lo cual demuestra hasta qué punto

el padre del materialismo histórico individualizaba a la oligarquía dentro del contexto social de su época. Así, en carta a Engels del 1° de mayo de 1865 (*Ob. cit.*, Tomo VIII, págs.200-2), hablando del vicepresidente Andrew Johnson, que había pasado a ocupar la presidencia de Norteamérica a la muerte de Lincoln, dijo lo siguiente:

“Johnson es severo, inflexible, rencoroso y, en su condición de antiguo blanco pobre, el enemigo mortal de la oligarquía”.

Pero si en los conceptos de Marx y de Engels estaba claro que la oligarquía esclavista americana no era una burguesía, ¿qué era entonces? Porque sucede que ni Marx ni Engels llegaron a decir qué era la oligarquía, si bien antes de clasificar a los propietarios de esclavos de América como oligarquía Marx había dicho que existían “como anomalías en el seno de un mercado mundial fundado en el trabajo libre”. ¿Era la oligarquía una anomalía social?

Era un sector que dependía de la burguesía europea y que estaba a su servicio, que vivía de esa burguesía y para enriquecerla; luego, seguía siendo una anomalía, porque la burguesía se enriquecía a sí misma, no a ninguna otra clase: explotaba al trabajador, pero para beneficiarse ella, no para beneficiar, digamos, a la nobleza terrateniente o a cualquier otro sector.

Las oligarquías del Nuevo Mundo eran un punto —el punto americano— del llamado Comercio Triangular, mediante el cual las burguesías de Europa aumentaban sus capitales de manera continua —y también cuantiosa— a expensas del trabajo de los esclavos realizado en las feraces tierras de América, y quienes poseían a esos esclavos y los hacían trabajar hasta el agotamiento eran los oligarcas. Por su participación en la tarea de fortalecer a las burguesías de Europa —y más tarde a la de los Estados Unidos— las oligarquías americanas recibían

beneficios, también cuantiosos, pero no pasaban a integrar esas burguesías. En cierto sentido, su papel era el de capataces al servicio de la burguesía europea. Si llegaron a formar una clase, fue sólo por un tiempo y dentro de los límites de las sociedades americanas, donde ellas formaban la capa dominante en el orden económico y social y llegaron en un momento dado a ser también dominantes en el orden político; pero no llegaron a ser una clase en los límites de la sociedad occidental, si no algo así como una subclase al servicio de una clase más poderosa. Por eso les conviene la denominación de sector social, no la de clase. Su orgullo de sector privilegiado en América no le permitía a la oligarquía americana identificarse con la burguesía de Europa, a la cual despreciaba, y su aspiración era la de ser ennoblecida a través de títulos que pagaba con dinero extraído de la vida de sus esclavos. En ese sentido las oligarquías del Nuevo Mundo eran pre-burguesas y pertenecían a un mundo de ideas, actitudes y emociones que fue aniquilado en Europa por la revolución de 1789. Algunos oligarcas podían llegar a tener ideas burguesas en lo que se refiere a métodos de producción, a maneras de administrar sus negocios, pero esas ideas se contradecían con sus intereses de dueños de esclavos y con el hábito de tratar a esos instrumentos de la producción como a cosas, no como a hombres y ni siquiera como si fueran máquinas. Por eso un autor cubano pudo decir con criterio científico que “el ímpetu creador de la oligarquía cubana de fines del siglo XVIII y principios del XIX fracasó: su gran idea burguesa de revolucionar los medios de producción no pudo llevarse a cabo porque ellos no eran netamente burgueses, si no dueños de esclavos”. (Manuel Moreno Fragnalds, *Ob. cit.*, pág. 33).

El Comercio Triangular fue el mecanismo que se puso en función para hacer de las oligarquías de América tributarias económicas de Europa. Mediante ese mecanismo se hacía

llegar a Europa la mayor parte de los beneficios que se obtenían en América y a la vez se les fijaba a las oligarquías un papel y una posición a los cuales no podían renunciar aunque quisieran, si bien ellas no querían, y algunas vinieron a quererlo cuando ya la esclavitud estaba superada por formas más avanzadas de producción.

El Comercio Triangular se llevaba a cabo en la siguiente forma:

De Europa —especialmente, Inglaterra, Holanda y Francia a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, y poco después, Dinamarca y hasta Suecia— y de las colonias norteamericanas a partir de 1730, salían hacia la costa occidental de África buques negreros cargados de productos manufacturados, como ron, pólvora, cañones, mosquetes o fusiles, telas y bisutería; en África cambiaban esos productos por esclavos y se dirigían hacia las Américas —Brasil, región del Caribe o colonias inglesas de Norteamérica— donde vendían los esclavos, a veces a cambio de pagarés a tres años con interés del 6% y con lo que daba la venta de los esclavos se adquirían azúcares, pieles, rones, maderas, algodón, café, cacao, añil, materias primas o productos semi-elaborados que iban a ser usados en Europa con propósitos de transformación o de elaboración final o simplemente de comercio. Refiriéndose al caso de Inglaterra, Eric Williams dice que “adquirido en cambio de productos manufacturados, el negro llevado a las plantaciones producía azúcar, algodón, índigo, mieles y otros productos tropicales, que al ser procesados significaban la creación de nuevas industrias en Inglaterra. Al mismo tiempo, el sostenimiento de los esclavos y de sus propietarios en las plantaciones abría un nuevo mercado a la industria inglesa, a la agricultura de Nueva Inglaterra y a las pesquerías de Terranova. Hacia el 1750 no había prácticamente ninguna villa comerciante o manufacturera inglesa que no estuviera,

en una u otra forma, asociada al comercio colonia triangular o directo. Fue de los beneficios de ese comercio que se alimentó una de las principales corrientes de la acumulación de capital que financió más tarde en Inglaterra la revolución industrial” (Eric Williams, *ob. cit.*, pág. 74). Cuando Williams dice que “el sostenimiento de los esclavos y de sus propietarios en las plantaciones abría un nuevo mercado a la industria inglesa, a la agricultura de Nueva Inglaterra y a las pesquerías de Terranova” está refiriéndose al hecho conocido de que las islas esclavistas del Caribe adquirían en Inglaterra gran parte de lo que consumían —muebles, ropas, bebidas, medicinas, especias, joyas— y en Nueva Inglaterra el trigo y las salazones así como muchos artículos de hierro; en cuanto a los esclavos, el bacalao y el arenque de Terranova formaban parte de su dieta.

Eso dice Williams de Inglaterra, pero un autor danés podría decir lo mismo refiriéndose a Dinamarca y su pequeño emporio de Santomas y las islas vecinas; uno holandés podría repetirlo refiriéndose a Curazao, San Eustaquio y San Martín, y uno francés podía decirlo de Martinica, Guadalupe, Saint-Domingue y las demás antillas francesas. Saint-Domingue (Haití) era una fuente de riquezas que provocaba la envidia de las restantes oligarquías del Caribe.

En el año de 1791 Haití exportó 1.633.452 quintales de azúcar, 681.511 de café, 62.861 de algodón y 9.300 de añil (Tadeusz Lepkowski, *Haití*, Casa de las Américas, La Habana, 1968, Tomo I, Cuadro 5, pág. 45). Esas eran cifras abrumadoras en su época.

Como puede verse, el Comercio Triangular era la empresa de las burguesías europeas, aunque en ella tenían alguna participación miembros de la nobleza, pero como socios que sacaban beneficios porque aportaban permisos y autorizaciones gubernamentales, no como iniciadores, promotores o administradores del negocio. En esa empresa las oligarquías

del Nuevo Mundo tenían un lugar señalado y una función subalterna. Para el año de 1970 no había Comercio Triangular, pero el lugar señalado y la función subalterna de las oligarquías americanas no habían cambiado sino en algunos aspectos; que en vez de ser tributarias de las burguesías de Europa lo eran de los grandes capitales monopolistas norteamericanos y que estos habían pasado a ser, además, sus jefes políticos, y por otra parte, los pueblos habían ocupado el lugar que antes tuvieron los esclavos.

*Oligarquías en América, acumulación Inglaterra**

Para tener una idea de lo que significaban las oligarquías americanas en el proceso de acumulación inglesa de capitales vamos a copiar algunas de las citas y los datos que ofrece Eric Williams:

“Sir Josiah Child estimaba que cada inglés de las Antillas con los diez negros que trabajaban con él, tomando en cuenta su alimentación y sus vestidos, podían crear cuatro empleos en Inglaterra”. Según los cálculos de Davenant, una persona en las islas (del Caribe), blanca o negra, aportaba tanto (al PNB inglés) como siete personas en Inglaterra. Otro escritor consideraba que cada familia de las Antillas proporcionaba empleo a cinco marinos y a algo más de artesanos, fabricantes y comerciantes, y cada blanco de las islas reportaba a Inglaterra anualmente 10 libras de beneficios, es decir, veinte veces más que una persona de condición similar que viviera en la metrópoli. William Wood había establecido que un beneficio anual de 7 chelines por habitante era suficiente para enriquecer el país, y en las colonias cada blanco producía un beneficio de más de 7 libras. Sir Daiby Thomas iba más lejos:

* A menos que se diga lo contrario, las citas en este capítulo proceden de la excelente obra de Eric Williams, *Capitalisme et esclavage*. En todos los casos los paréntesis son míos. JB.

cada empleado de las plantaciones de azúcar tenía 130 veces más valor para Inglaterra que una persona de la metrópoli. En 1775, el profesor Pitman estimó en 50 millones de libras esterlinas el valor de las plantaciones inglesas de las Antillas; y en 1788 los productores de azúcar habían llevado esa cifra a 70 millones. En 1758, Pitt fijó la renta anual de las plantaciones de las Antillas en 4 millones de libras mientras que la renta que procedía del resto del mundo no pasaba de un millón. Como lo escribió Adam Smith, “los beneficios de una plantación azucarera de cualquiera de nuestras colonias de las Antillas son generalmente más altos que los que se obtienen en cualquiera otra especie de cultivo conocido en Europa o en América” (Pág. 75).

Más expresivas resultan las comparaciones que expone Williams en la pág. 77 de su libro, porque las colonias de Norteamérica mencionadas en ella no tenían esclavos, o tenían tan pocos que apenas influían en su economía, y la población esclava de las islas británicas del Caribe que figuran en esa página era alta; por los demás, las colonias del Continente eran grandes territorios y las islas muy pequeñas, si se exceptúa Jamaica. Dice Williams:

“La pequeña Barbados, con sus 166 millas cuadradas, representaba para el capitalismo británico más que Nueva Inglaterra, New York y Pensylvania unidas. En 1773, las importaciones británicas procedentes de Jamaica superaron por más de cinco veces las de todas las colonias productoras de cereales combinadas; las exportaciones británicas a Jamaica eran más importantes, por más del tercio, que las destinadas a New York y Pensylvania juntas. Entre 1714 y 1773, las importaciones británicas (procedentes) de Monserrate fueron tres veces superiores a las de Pensylvania; las importaciones de Nevis alcanzaron cerca del doble de las de New York, las importaciones de Antigua triplicaron las

de Nueva Inglaterra. Las importaciones de Barbados eran dos veces más importantes que las de las colonias cerealistas, las de Jamaica, seis veces más altas". Williams copia una frase de Sir Dalby Thomas, quien decía que "el placer, la gloria y la grandeza de Inglaterra han progresado mucho más gracias al azúcar que gracias a todo otro producto, comprendida la lana" (pág. 78).

Los datos comparativos que se refieren a la navegación expresan todavía mejor lo que significaban para el comercio y manufactura de la Gran Bretaña las islas del Caribe, con su producción organizada a base de oligarcas y esclavos. En 1690, dice Williams, "las colonias de la caña de azúcar requerían 114 barcos con 13.600 toneladas y 1.203 marinos, y las colonias continentales (es decir, las de América del Norte) 111 buques con 14.320 toneladas y 1.271 marinos. Entre 1710 y 1714, 122.000 toneladas de la flota mercante británica hacían la carrera de las Antillas y 112.000 toneladas las del continente. Los intercambios con las Antillas ocupaban sobre una décima de la flota inglesa reservada al comercio exterior. Entre 1709 y 1787, el número de navíos ingleses utilizados en el comercio exterior se cuadruplicó; el de los que hacían el comercio con el África se multiplicó por 12 y su tonelaje por 11" (pág. 82).

A finales del siglo XVIII, la mitad de los marinos de Liverpool trabajaban en buques negreros de una sola compañía, que era a la vez constructora de barcos. En 1774 había en la ciudad 15 fábricas de cuerdas que producían sólo para equipar buques de la trata, a lo que había que agregar la marinería y sus familiares, los carpinteros de ribera, los pintores, los artesanos para las reparaciones, los cargadores y descargadores, y por último los comerciantes (págs. 82-3).

En el año de 1700 Bristol tenía 46 buques destinados al comercio con las Antillas; en 1787 tenía 30 en el tráfico de esclavos y 72 en el comercio antillano directo, de un promedio

de 240 toneladas cada uno. En 1788 Bristol destinaba tantos navíos al comercio con las islas de Sotavento como los que tenía dedicados al comercio con África, y otros tantos hacían la carrera de Jamaica. El comercio de Bristol con las Antillas representaba el doble del que hacía con todos los países del Atlántico. “Tan tarde como en 1830, las cinco octavas partes del tráfico del puerto de Bristol se hacían con las Antillas y en 1833 se afirmaba que sin ese comercio Bristol no sería si no un puerto de pesca” (pág. 86).

En los nueve años que siguieron a 1698, años en que la Real Compañía Africana perdió el monopolio de la trata de negros, los negociantes de Bristol llevaron a América 160.950 esclavos. En 1755, los comerciantes ingleses de esclavos inscritos eran 473, de los cuales 237 estaban en Bristol y 89 en Liverpool. Esas cifras iban a variar de ahí en adelante en favor de Liverpool, en cuyo puerto estarían matriculadas en 1795 las cinco octavas partes de la flota esclavista de Inglaterra, lo que significa las tres séptimas partes —casi la mitad— de la flota negrera europea (pág. 52).

William Wood dijo en 1718 que “el comercio de esclavos era la fuente y el padre de todos los demás”, y Malachi Postlethwayt agregó poco después que era “el principio primero y fundamental de todo lo demás, el... motor de la máquina que pone cada rueda en movimiento” (pág. 74). Y era que la trata, como parte del Comercio Triangular, dejaba beneficios enormes. Hacia el 1730 en Bristol se consideraba que el beneficio de un cargamento de 270 esclavos era de 7.000 a 8.000 libras, esto es, de 56.000 a 64.000 dólares de esa época. Para darnos cuenta de lo que significaban esas cifras veamos lo que dicen Mannix y Cowley en su obra ya citada *Historia de la trata de negros* (pág. 78): “Debe recordarse que la libra del siglo XVIII, con valor en oro aproximado de ocho dólares de la época posterior a la ‘depreciación’, poseía un

valor de compra notablemente superior. El doctor Johnson refería a Boswell que ‘un hombre podía vivir con seis libras al año, y cómodamente, con treinta libras’. Stella, la mujer de Swift, vivía lujosamente con un ingreso anual de cien libras”.

En 1730, el beneficio neto que dejó un buque de la matrícula de Bristol en mal estado pasó de 5.700 libras, y las ganancias del 200 por ciento no eran cosa del otro mundo; hasta se dieron casos de beneficios que llegaron al 300 por ciento.

A partir de 1730 entraron en el negocio esclavista algunos comerciantes de Nueva Inglaterra, la colonia norteamericana de Inglaterra. Los tratantes de Nueva Inglaterra operaban a base de tres mercancías que eran, de acuerdo con Mannix y Cowley, ron, esclavos y melaza. Dicen esos autores que “en el puerto de origen el barco cargaba principal o exclusivamente ron. Así, por ejemplo, cuando la chalupa *Dove* zarpó de Newport en 1789, llevaba ‘sesenta pipas, ocho tercerolas y cuatro medios barriles de ron destilado, y para su consumo dieciséis barricas de carne de vaca y de cerdo y seis toneladas de pan’. En África el ron era cambiado por tantos esclavos como pudiesen comprar... El cargamento negro se vendía luego en las Indias Occidentales (las Antillas) y parte de los beneficios se invertían en melaza, generalmente comprada en las islas francesas o españolas, donde era más barata. En el último tramo del viaje el barco llevaba la melaza a Nueva Inglaterra, donde era destilada y convertida en más ron, que a su vez serviría para comprar más esclavos”. “En 1750 había sesenta y tres destilerías en Massachussetts solamente, y cada año transformaban quince mil barricas de melaza en unas doce mil quinientas barricas de ron. Sin embargo, incluso con la ayuda de treinta destilerías de Rhode Island, no se conseguía satisfacer la demanda”.

Efectivamente, los tratantes de negros norteamericanos eran tan activos que la producción de ron no alcanzaba para todos.

Mannix y Cowley ofrecen un documento ilustrativo, la carta que en el año de 1852 recibió un capitán de buque negrero de su agente, a quien le había ordenado comprarle ron porque pensaba zarpar hacia Guinea. Decía el agente: “No podemos comprometernos a suministrarle tal cantidad de ron ni siquiera en los tres meses próximos, pues hay tantos buques cargando ron para Guinea que incluso pagando al contado no podemos por el momento conseguir ni un solo barril”.

El gobierno inglés había establecido un impuesto para las melazas que llegaban a Nueva Inglaterra procedentes de las islas españolas, francesas y holandesas del Caribe, pero esos impuestos no eran pagados; el Parlamento los rebajó a la mitad y los oficiales de aduanas trataron de cobrar esa mitad, pero “los comerciantes de Massachussetts protestaron diciendo que un impuesto sobre la melaza arruinaría el tráfico de esclavos. Dejaría... a cinco mil hombres sin trabajo, daría lugar a que setecientos buques se echasen a perder y afectaría seriamente a toneleros, curtidores y agricultores” (págs. 159-60). [*Paréntesis míos*, JB].

Las cifras sobre destilerías, ron producido, hombres y barcos empleados directa o indirectamente en el negocio de la trata africana por los colonos norteamericanos indica hasta qué punto la capitalización de los Estados Unidos estuvo ligada en su origen a la existencia de las oligarquías de América, y especialmente a las del Caribe. Desde luego, antes de la declaración de independencia norteamericana los colonos del Continente estaban considerados como súbditos ingleses, y era eso lo que les permitía operar por su cuenta en el Comercio Triangular. Prohibirles que participaran en ese comercio hubiera equivalido a levantar contra el gobierno inglés a todos los que hacían lo mismo en Inglaterra, y en Inglaterra, como dice Williams, había interés en mantener funcionando el Comercio Triangular porque así el “país no tenía

que acudir a países extranjeros para hacer el negocio de la trata”. Inglaterra “trocaba productos manufacturados en la Gran Bretaña o en sus colonias de América, o bien por negros en el África o bien a cambio de africanos en las colonias; de esa manera el comercio de esclavos ayudaba a crear industrias en Inglaterra y al mismo tiempo en sus colonias americanas”. Todos los ingleses eran conscientes de eso, o por lo menos los ingleses que estaban en el mundo de los negocios y de la política y los que dirigían instituciones públicas. Williams dice, refiriéndose al año de 1783, que “todas las clases de la sociedad inglesa sostenían el tráfico de esclavos”, y menciona concretamente a la Monarquía, al Gobierno y a la Iglesia. Desde luego, Williams, como Mannix y Cowley y como todos los que han visto esa época desde el ángulo de la trata de negros se ciñen a este aspecto del problema, pero el lector no debe olvidar que *no podía haber esclavitud sin oligarquía* y que aquí estamos tratando el tema desde el punto de vista de la existencia de oligarquías en América, y más concretamente en la América Latina.

Con efecto, la Iglesia británica participaba activamente en la defensa del negocio de la esclavitud... y a veces en el negocio. La Sociedad de Propagación de la Biblia, de Barbados, prohibió que se les enseñara doctrina cristiana a sus esclavos, y además los marcaba al fuego con un sello que decía “Society” (Sociedad), según Williams, para que no se confundieran con los del sector laico. El obispo Robinson, de Bristol, obtuvo la silla episcopal de Londres como premio a su participación en las negociaciones de la Paz de Utrecht, donde consiguió que España le concediera a Inglaterra el derecho a vender esclavos en la América española mediante el tratado que se conoce en la historia con el nombre del Asiento. Las campanas de las iglesias de Bristol fueron echadas a vuelo cuando llegó a ese puerto británico la noticia

de que la proposición de Wilberforce para que se declarara abolido el comercio de esclavos había sido rechazada en el Parlamento. El arzobispo de Exeter conservó sus 665 esclavos hasta el año 1838, cuando el gobierno inglés se los pagó con 12.729 libras para declararlos libres. Y he aquí esta noticia singular que nos da Williams:

“En 1756 había 84 cuáqueros inscritos como miembros de la Compañía de Comercio con África. El comercio de esclavos fue una de las más lucrativas inversiones de los cuáqueros ingleses o americanos, y el nombre de un barco negrero, el *Willing Quaker*, que estuvo en 1793 en Sierra Leona procedente de Boston, simboliza la aprobación de los medios cuáqueros a la trata de negros” (págs. 62-3).

Historia sucinta de un puerto esclavista inglés

Comenzando por Marx, el primero en darse cuenta de que la trata de negros fue el método usado por Liverpool para hacer acumulación originaria de capital y llamó la atención hacia el aumento del número de los barcos que usaban los negociantes esclavistas del puerto inglés entre 1730 y 1792, varios historiadores, economistas y escritores se ocuparon de reunir datos sobre el desarrollo de ese emporio marítimo británico, que de una villa de apenas 5.000 habitantes en el año 1700 pasó a ser a fines del siglo XVIII el puerto más grande del mundo. Liverpool fue no sólo la capital de la economía esclavista de las colonias inglesas de América, sino también de las españolas y del Brasil, lo que explica que para 1795 dispusiera de casi la mitad de la flota negrera de Europa.

Si se hubiera acumulado una documentación tan detallada como la de Liverpool en el caso de los puertos coloniales de Francia, sobre todo el de Burdeos, y en el caso de Amsterdam y Copenhague, terminales de las marinas de Holanda y Dinamarca que hacían la carrera de las islas que poseían esos dos

países en el Caribe, ahora dispondríamos de datos suficientes para saber con bastante aproximación a la verdad en qué medida contribuyeron las oligarquías de América al desarrollo del capitalismo europeo. En cuanto al capitalismo británico, Eric Williams ha concentrado en su libro *Capitalismo y esclavitud* casi todo lo que se había escrito acerca de lo que influyeron en su desarrollo las colonias esclavistas inglesas, y el lector hallará su trabajo resumido al final de este capítulo; y en lo que se refiere al caso concreto de Liverpool, Mannix y Cowley también condensaron en su *Historia de la trata de negros* cuanto se había publicado, incluyendo lo que dijo Williams.

Pero ni Williams ni Mannix y Cowley ni aquellos a quienes ellos consultaron se dieron cuenta de que las intermediarias entre los esclavos que producían y las burguesías europeas que se beneficiaron de esa producción fueron las oligarquías americanas. Era a esas oligarquías a quienes los buenos burgueses de Liverpool —o Burdeos o Amsterdam— les vendían los esclavos adquiridos en África a cambio de ron, tejidos, escopetas o bisutería; eran esas oligarquías las que obligaban a trabajar a los negros mediante un sistema de terror que a veces llegaba a límites increíbles, y eran ellas quienes vendían a las burguesías europeas lo que producían los esclavos. Así, todo el espantoso funcionamiento del Comercio Triangular, que costó, según se estima, unos quince millones de vidas africanas, descansaba en la existencia de las oligarquías de América, una afirmación que debe repetirse para que no se eche en el olvido.

Volviendo a Liverpool, conviene dar la pintura de la ciudad que ofrecen Mannix y Cowley para que el lector se haga cargo de hacia donde iban a dar las riquezas americanas, producidas por los esclavos bajo el látigo de las oligarquías.

El desarrollo de Liverpool como puerto de origen de la trata africana y puerto de entrada en Inglaterra de la producción

colonial fue violento. En 1720, Londres envió al África 60 buques negreros, Bristol 39 y Liverpool sólo 21; en 1753 Liverpool envió 64 —más que Bristol y Londres juntos— y en 1771 envió 107 —otra vez más que Londres y Bristol, que en ese año enviaron en conjunto 81—; entre 1756 y 1786 Bristol despachó hacia el África 588 buques y Liverpool 1.858; entre 1795 y 1804 Londres y Bristol despacharon hacia el mismo destino 184 y Liverpool 1.099.

Liverpool es un puerto situado tan estratégicamente que hacia él van y de él irradian las corrientes económicas que alimentan Lancashire, Yorkshire, Chesire, Derby, y en fin todo el centro y el norte de Inglaterra. Su prosperidad, pues, iba a impulsar la prosperidad de una gran área en la que comenzaron a establecerse industrias que iban del tejido al hierro.

Mannix y Cowley dicen que en los años finales de la trata de negros, “de 1794 a 1807, Liverpool gozó de lo que podía considerarse como un monopolio. En 1800, por ejemplo —un año normal—, se enviaron ciento veinte navíos a la costa africana con capacidad para treinta y un mil ochocientos cuarenta y cuatro esclavos... En ese mismo año, Londres envió tan sólo diez barcos y Bristol tres, todos ellos de inferiores dimensiones que los de Liverpool. Por el número de esclavos transportados, Liverpool había acaparado ya el noventa por ciento de los cargamentos de negros; no poseía ningún rival europeo que comerciase al norte del Ecuador, pues tanto el comercio francés como el holandés habían sido expulsados del océano por las fragatas y los buques corsarios ingleses. Sus únicos rivales eran los negreros yanquis procedentes de New Port y Bristol (Rhode Island)”. Se calcula que en once años Liverpool recibió beneficios promedios de más de un millón ciento diecisiete mil libras sólo por concepto de venta de esclavos, sin que en esa cifra figuraran los que se obtenían del aceite de palma, de la cera y del marfil que a menudo se llevaban de

África junto con los esclavos ni los que dejaban los productos llevados del Caribe. “Los ingresos obtenidos en la trata constituían uno de los factores decisivos del desarrollo económico de los condados de Lancashire y de Yorkshire, así como del interior del país” (*Historia de la trata de negros*, pág. 78-9).

Londres y Bristol eran los puertos esclavistas y coloniales de Inglaterra en el siglo XVII. Hacia el 1700, dicen Mannix y Cowley, Liverpool exportaba unos “lienzos de calidad más bien tosca, llamados *osnaburys* y *cheks*, procedentes de la industria textil que estaba surgiendo en Manchester”. Al parecer, hacia el 1730 esos tejidos se vendían tanto en las Antillas que habían desplazado a sus competidores. Esas telas y algunas otras mercancías que salían de Inglaterra por Liverpool “entraban de contrabando en las islas españolas, donde los mercaderes necesitaban también esclavos; así entró Liverpool en el tráfico de los negros...”. En octubre de 1739 comenzó la guerra de ingleses y españoles que en Inglaterra se llamó “de la oreja de Jenkins” y en las Antillas españolas “de Italia”, y la causa verdadera de la contienda estaba en “los mercados de esclavos de España en las Indias occidentales. Por el tratado de paz, firmado en 1748, Inglaterra conservaba los mercados de esclavos, pero ciertas otras cláusulas asestaban un rudo golpe al contrabando de tejidos. Dos años después, Inglaterra renunciaba al famoso Asiento a cambio de una indemnización. Desaparecido el Asiento, el contrabando se hizo aún más difícil y los mercados de Liverpool tuvieron que encontrar nuevas fuentes de ingresos. Pero precisamente en ese año comenzó el proceso de disolución de la Real Compañía Africana, que dejaba abiertas espléndidas oportunidades en la trata de Guinea; Liverpool se lanzó sobre ellas sin vacilar. Su flota esclavista se duplicó en un solo año”. (*Ibid.*, págs. 76-7).

Dicen los autores de la *Historia de la trata de negros* que “como puerto esclavista Liverpool tenía evidentes ventajas sobre

sus rivales ingleses. Se hallaba mucho más cerca de las industrias que producían los artículos destinados a la trata de Guinea, es decir, de los telares, de las fundiciones y de los talleres que producían tejidos baratos, las cazuelas de cobre, las cuentas de cristal, la cuchillería, la pólvora y los mosquetes. La mayoría de esos artículos procedían de Manchester, de Birmingham o de la cordillera occidental del Yorkshire, y podían ser transportados fácilmente a los muelles del río Mersey. Liverpool era también relativamente ‘novel’ en la trata y podía, por tanto, construir barcos más grandes y más rápidos, concebidos especialmente para el transporte de cargamentos de negros” (*Ibid.*, pág. 77).

Los buques de Liverpool dedicados a la trata llevaban carga de artículos ingleses, producidos en las cercanías de Liverpool, cuando salían hacia África; llevaban carga de esclavos cuando iban de África hacia las islas del Caribe, y llevaban carga de productos del Trópico cuando salían del Caribe hacia Liverpool, de manera que “raramente tenía un buque que navegar en lastre”..., a lo que “debe añadirse que los buques negreros de Liverpool iban fuertemente armados y que muchos consiguieron capturar navíos franceses o españoles provistos de ricos cargamentos” (*Ibid.*, págs. 79-80).

Después de esos datos, todos llenos de significación para comprender hasta qué punto las oligarquías americanas, y especialmente las del Caribe, eran simples capataces de la burguesía europea —y en este caso concreto, de la de Inglaterra—, Mannix y Cowley pasan a hacer una descripción de lo que era Liverpool en los años finales del siglo XVIII. Héla aquí:

“Toda la ciudad, a excepción de sus barrios de callejuelas y casuchas miserables, vivía entusiasmada por la perspectiva de rápidas fortunas. ‘Casi todos los hombres son comerciantes’, decía el autor de la obra *A general and descriptive History of Liverpool*, ‘y quien no podía vender un fardo vendía una caja

de sombreros. Es de sobra conocido que los pequeños navíos que importaban unos cien esclavos eran equipados por procuradores, pañeros, cordeleros, tenderos, fabricantes de velas de sebo, barberos, sastres, etcétera: unos percibían una octava, otros una décimosexta y algunos una treintaidosava parte de las ganancias'. Una treintaidosava parte de una pequeña 'aventura' esclavista dejaba muy pocos beneficios, como se esfuerza en demostrarlo el mencionado autor. Las grandes ganancias las obtenían unas diez grandes firmas cada una con muy pocos accionistas; eran empresas que vendían más de mil esclavos al año y controlaban casi los dos tercios del tráfico esclavista. Fue gracias al espíritu emprendedor de esos hombres como se llegó a la construcción de buques más largos y de mayor calado, los predecesores de los futuros *clippers*... Un nuevo sistema de muelle tuvo que ser construido para que esos buques pudieran atracar, con lo cual Liverpool se convirtió en el mayor puerto del mundo... La trata de esclavos produjo una gran acumulación de capital en manos de hombres resueltos y sin escrúpulos; en su mayor parte, este capital fue reinvertido en fábricas textiles, fundiciones, minas de carbón, canteras, canales y vías férreas" (*Ibid.*, pág. 80).

Por último, "Liverpool no ocultó las fuentes de su repentina prosperidad. El Ayuntamiento fue ampliamente decorado con reproducciones en piedra de colmillos de elefantes y de esclavos negros. Los escaparates de las tiendas exhibían diversos tipos de esposas, grilletes, collares y cadenas de esclavos, destinados a buques negreros. Los orfebres ofrecían 'candados y collares de plata para negros y perros', y antes de 1772, cuando la esclavitud era ilegal (sic) en Gran Bretaña, las damas elegantes aparecían en público acompañadas de un mono vestido con un jubón bordado y un niño esclavo, tocado de turbante y con pantalones bombachos de seda. Según informa un observador escandalizado, 'los jóvenes rufianes de la ciudad se divertían

fijando carteles ofreciendo a jóvenes negras en venta'... El famoso actor George Frederick Cooke apareció borracho en el escenario del Teatro Real de Liverpool y fue abucheado por la concurrencia. Se acercó tambaleándose a las candilejas y gritó: 'No he venido aquí a ser insultado por un grupo de miserables de cuya maldita ciudad cada ladrillo se ha cimentado con la sangre africana'" (*Ibid.*, págs. 80-1).

Esa riqueza de Liverpool, que corría por todo el centro y el norte de Inglaterra dando vida a una variada suerte de industrias y de negocios, se debía a la existencia de las oligarquías americanas. De no haber existido éstas, ¿quién hubiera podido comprar esclavos africanos; quién hubiera dirigido la explotación de las feraces tierras de las islas del Caribe, de Brasil, del sur de los Estados Unidos?

Las oligarquías de América y la Revolución Industrial

Sin el azúcar, el algodón, el café, el añil, el tabaco y hasta el jengibre de las Antillas no hubiera habido acumulación de capitales en la cantidad indispensable para que en la Gran Bretaña se produjera la Revolución Industrial. Esto significa en realidad que sin las oligarquías de América el proceso de desarrollo del capitalismo se habría demorado nadie sabe cuánto tiempo, pues los capitales de inversión que hicieron posible el nacimiento de la era de las máquinas de vapor salieron de lo que dejó de pagárseles a los esclavos del Nuevo Mundo, a quienes las oligarquías americanas —y sólo ellas y nadie más que ellas— hacían producir por el terror dándoles en cambio un traje de algodón al año, comida barata e insuficiente, y mucho látigo, mucho cepo, mucha tortura y mucha humillación para que no se atrevieran a pensar que eran seres humanos.

No sabemos hoy cuantos centenares de millones de libras esterlinas producidos por los esclavos de América entraron en Inglaterra entre el siglo XVII y los años iniciales

del siglo XIX ni qué parte de lo que produjeron los negros de las Antillas, del Brasil, de Venezuela y del sur de los Estados Unidos quedó en manos de las oligarquías esclavistas; pero lo que sí sabemos, aunque sólo al bulto, es que la mayor proporción de esa riqueza quedó en manos de la burguesía inglesa, que la convertía en capital tan pronto llegaba a sus manos. Otro tanto sucedió en el caso de Francia, de Holanda, de Dinamarca, y algo, si bien en un grado muy diferente, en el de España en el siglo XIX, cuando la producción esclavista de Cuba y Puerto Rico —sobre todo de Cuba— se tradujo en cierta capitalización para la metrópoli; y otro tanto sucedió en el caso de los Estados Unidos, que capitalizaron a costa de la esclavitud de los territorios españoles, franceses holandeses y daneses del Caribe —y a costa de sus Estados esclavistas— mucho más de lo que puede suponerse.

Eric Williams dedica tres capítulos de su libro *Capitalismo y esclavitud* —los V, VI y VII, págs. 131-176 de la edición francesa—, a dar datos, nombres, cifras y fechas relacionadas con el aporte de los territorios esclavistas de América al capitalismo inglés, francés y norteamericano, si bien la mayor parte de esos capítulos está dedicada a la vinculación de las islas del Caribe con la acumulación originaria de Inglaterra. De acuerdo con sus palabras, generalmente aceptadas por los estudiosos de la esclavitud debido a que están bien documentadas, el Comercio Triangular hizo posible el desarrollo de la industria británica porque “alimentó una parte de los enormes créditos necesarios a la construcción de grandes complejos industriales destinados a hacerles frente a las necesidades de los nuevos mercados y de los nuevos procesos de producción”; y al detallar la forma en que se invirtieron los beneficios del Comercio Triangular comienza por la banca.

“En Liverpool, metrópoli de la esclavitud, como en Manchester, capital del algodón”, dice Williams, “numerosos bancos se hallaban en el siglo XVIII asociados directamente al Comercio Triangular”. De esos bancos salía el dinero con que se financiaban las fábricas de tejidos, la construcción de los canales que comunicaron Manchester con Liverpool —con los cuales se abarataba el transporte entre las dos ciudades y en consecuencia los productos de Manchester tenían mejores precios que sus similares de otras procedencias— y desde luego el dinero para mantener funcionando industrias en toda la región económicamente irrigada por el dinero que dejaban en Liverpool los artículos del Caribe.

Así, el Banco Heywood, fundado en Liverpool en 1773 y adquirido por el Banco de Liverpool en 1883, fue establecido por comerciantes de esclavos que se mantuvieron en el negocio de la trata hasta que ésta fue declarada ilegal a partir de 1807. En 1788, los propietarios del Banco Heywood establecieron una sucursal en Manchester, que se llamó Banco de Manchester. Thomas Leyland, fuerte accionista en el comercio de negros —al punto que Williams dice que él y sus socios figuraban entre los negreros más activos de Liverpool y recibían beneficios considerables de ese comercio—, se asoció en 1802 con el Banco Clarkes y Roscoe y pasó en 1807 a fundar el de Leyland & Bullins, que en 1901 se fundió en el North and South Wales Bank Limited. El fundador del Banco Hanly fue el capitán negrero Richard Hanly, y el banquero Robert Fairweather era también negrero. El Banco Ingram fue fundado por un miembro de la Compañía Africana que estuvo asociado también en negocios de piratería, y con él se asoció más tarde Jonas Bold, enriquecido en el tráfico esclavista, en el comercio con las Antillas y en la industria de refinación de azúcares.

Charles Caldwell, de la firma bancaria Charles Caldwell & Company, era socio de la casa Oldham, Caldwell & Company,

negociantes de azúcar; el banquero Isaac Hartman tenía plantaciones en las Antillas y el banquero James Moss las tenía en la Guayana Británica.

“Lo que sucedió en Liverpool sucedía también en Bristol, Londres y Glasgow”, dice Williams; y a seguidas explica que “Williams Miles se hallaba al frente de una influyente comisión creada en Bristol en 1789 para oponerse a la abolición de la esclavitud. Entre los miembros de esa comisión estaban el consejero municipal Daubeny, Richard Bright, Richard Vaughan, John Cave y Philip Protheroe, todos banqueros de Bristol...”. “En cuanto a Londres, basta mencionar sólo un nombre: el de Barclay. En 1756, dos miembros de esta familia de cuáqueros, David y Alexander, practicaban la trata de negros. David, que había comenzado su carrera en el comercio de América y las Antillas, era uno de los negociantes más influyentes de su época. La casa de su padre en Cheapside estaba entre las más bellas de la ciudad de Londres y recibía a menudo la visita de miembros de la familia real. Además del comercio de esclavos, él explotaba una gran plantación en Jamaica...”. “...los Barclay se aliaron por matrimonio con las familias Gurney y Freame, bien conocidos en el mundo bancario”, y de “esa combinación nacería la Banca Barclay...”.

En cuanto a Glasgow, la ciudad comercial e industrial escocesa, Williams menciona el Ship Bank, fundado en 1750, uno de cuyos socios fundadores fue William MacDowall, que se enriqueció al casarse con una heredera de azucareros de la pequeña isla antillana de Saint-Kitts, y otro fue Alexander Houston, comerciante de productos antillanos; menciona el Banco Arms, en el cual figuraba como uno de los accionistas principales un negociante de tabaco de las Antillas, y menciona por último el Banco Thistle, orientado principalmente por los negociantes de productos del Caribe.

Williams afirma que el Comercio Triangular financió a James Watt y su máquina de vapor, la iniciadora de la era de la Revolución Industrial, y lo explica diciendo que Watt y su socio Boulton “obtuvieron avances de Lowe, Vere, Wilson & Jennings, que pasaron a ser más tarde el Williams Deacons Bank. Watt conoció algunos momentos de inquietud en 1788, cuando durante la guerra de independencia norteamericana la flota de las Antillas se halló bajo amenaza de ser capturada por los franceses”, y su socio Boulton le escribió dándole esperanzas. Efectivamente, el banco pudo salir adelante y “la preciosa invención fue salvada”, dice Williams, para agregar inmediatamente que los productores de azúcar de las Antillas fueron los primeros en darse cuenta de la importancia que tenía esa “preciosa invención”. Efectivamente, en el 1783 Boulton le escribía a Watt diciéndole que el “señor Pennat, un hombre destacado, con 10 ó 12 mil libras (de renta) por año y el más grande propietario de Jamaica, así como el señor Gale y el señor Beston Long, propietarios de grandes plantaciones de azúcar, aspiran a ver el vapor ocupando el lugar de los caballos”.

En cuanto a la industria pesada de la época, Williams destaca el papel de Antony Bacon, cuyo socio era Gilbert Francklyn, “un propietario antillano conocido... por las numerosas cartas que dirigió al Lord Presidente del Consejo Privado recomendándole durante la guerra con la Francia revolucionaria” que tomara Saint-Domingue —Haití—. Vendiéndole al gobierno inglés negros para ser enviados a la guerra y cañones para la guerra con los colonos de Norteamérica, Bacon hizo una fortuna enorme y montó altos hornos que serían de importancia decisiva en el desarrollo de la industria pesada inglesa. Los altos hornos de Thorncliff fueron establecidos en 1792 por el maestro de forja William Beckford con parte del capital aportado por Henry Longden, heredero de un fabricante de navajas que hacía el negocio antillano en Sheffield.

Dice Williams que el Comercio Triangular fue “un verdadero polo de atracción para las nacientes compañías de seguros” inglesas. Efectivamente, el célebre Lloyd’s comenzó asegurando navíos que hacían la carrera de Barbados y Virginia y luego pasó a asegurar a los que iban a África a buscar esclavos e incluso aseguraba también a los esclavos. Williams dice que “uno de los presidentes más distinguidos del Lloyd’s en el curso de su larga historia fue Joseph Marryat, plantador de las Antillas, que luchó para que la compañía mantuviera el monopolio de los seguros marítimos”. “Marryat recibió, en 1836, 15,000 libras esterlinas en compensación por los 391 esclavos que tenía en Jamaica y Trinidad”, informa Williams. La compañía de seguros Phoenix fue fundada por azucareros antillanos, y la firma estableció una sucursal en las Antillas; la Asociación de Aseguradores de Liverpool, constituida en 1802, tuvo como presidente de su primera reunión a John Gladstone, gran negociante de productos del Caribe, presidente de la Asociación de Antillanos de Liverpool, miembro del Parlamento, socio de banqueros y de compañías ferrocarrileras.

La industria pizarrera de Gales, muy importante en la época, fue grandemente mejorada por Lord Penrhyn, propietario de Jamaica y uno de los presidentes del Comité Antillano.

El ferrocarril fue una de las hazañas más sobresalientes de la Revolución Industrial, y el primer ferrocarril de importancia fue el de Liverpool a Manchester. Su promotor, Joseph Sandars, que era miembro de la Sociedad Antiesclavista, renunció a ella en 1824, lo que indica, de acuerdo con lo que dice con razón Eric Williams, que no quería —o no debía— oponerse a los productores de azúcar y a los comerciantes de artículos antillanos de Liverpool, que estaban invirtiendo capitales en los ferrocarriles, entre los cuales se hallaban personajes tan poderosos como John Gladstone, John Moss y el

general Gascoyne. En cuanto al Gran Ferrocarril del Oeste, tres directores de la empresa tenían en Bristol negocios relacionados con las Antillas y suscribieron casi la cuarta parte del capital necesario, 51.800 libras de un total de 217.500.

Así, Inglaterra primero, y luego Francia, los Estados Unidos, Holanda, Alemania, dispusieron de máquinas, ferrocarriles, buques de vapor, mientras en las tierras de América, en las islas del Caribe, los valles sembrados de caña, añil, tabaco, algodón, perdían su asombrosa fertilidad debido a los desmontes de los bosques, con los cuales se hacía leña para las fábricas de azúcar, y a falta de rotación de los cultivos, puesto que donde se producía caña de azúcar debía sembrarse siempre caña, y donde se producía algodón debía producirse algodón y nada más, y así con el añil, y así con el tabaco, pues sólo debía sembrarse lo que se vendiera en Europa ya que en países de esclavos, ¿qué compradores podía haber? Las tierras se empobrecían y los esclavos morían de hambre como sucedió en Jamaica, donde murieron 15.000 por falta de comida en los ocho años que corrieron entre el 1780 y el 1787; o bien morían en las luchas por liberarse del horror del régimen que los explotaba, como sucedió en Haití, donde la guerra de liberación costó la vida de más de 100.000 negros.

La Revolución Industrial acabó matando a las oligarquías esclavistas americanas, que tanto habían contribuido a su aparición, así como la proliferación del comercio y de la artesanía en el Atica acabaría siendo una puñalada en el corazón de la oligarquía ateniense. Las oligarquías de América dependían de la esclavitud en la misma medida en que ésta se hallaba sometida a ellas, y la esclavitud no podía sostenerse en la era industrial porque lo que ella producía era más caro que lo que producían las máquinas. Una vez la esclavitud quedó superada por el proceso de la producción, quedó

superada también la oligarquía esclavista. La burguesía de Occidente no necesitaba ya de capataces en América sino de compradores para sus maquinarias y de mercados para su producción industrial de bienes de consumo.

IV

DESAPARICIÓN Y RENACIMIENTO DE LAS OLIGARQUÍAS AMERICANAS

Igual que todo lo que existe, tanto en la naturaleza como en la sociedad, las oligarquías esclavistas de América iban a desaparecer, pero reaparecerían con otras formas. Así había sucedido ya; las oligarquías griegas, las romanas, las orientales —todas las del mundo antiguo, en fin— habían muerto y resucitaron en América encarnadas en la esclavitud de indígenas y finalmente en la de los africanos.

Las oligarquías esclavistas del Nuevo Mundo comenzaron a desaparecer el 29 de agosto de 1793, cuando Léger Felicité Sonthonax, comisionado de la Asamblea Nacional de Francia en Saint-Domingue (Haití), decretó la libertad de los esclavos de ese territorio; y pocos años después de entre esos mismos esclavos saldrían oligarcas de nuevo tipo, como irían saliendo, a lo largo de toda América, de otras clases y capas de la sociedad.

El decreto de Sonthonax por el cual se proclamó la libertad de los esclavos de Saint-Domingue no fue una donación graciosa sino el resultado de una larga y enconada lucha iniciada por la oligarquía de los esclavistas blancos de la colonia para conservar sus privilegios y su supremacía sobre la oligarquía mulata y sobre los blancos pobres de Saint-Domingue; una lucha de cuatro años que provocó la sublevación de los esclavos. Esta fue iniciada el 14 de agosto de 1791 bajo la jefatura de Bouckman, esclavo del ingenio azucarero de Limbé,

situado a corta distancia al sudoeste de Cap-Français y con ella comenzó una espantosa guerra social que iba a durar doce años e iba a culminar en la declaración de independencia de la colonia y en el establecimiento de la República de Haití.

En el territorio español de la Isla de Santo Domingo, salvo dos épocas cortas —la primera, de unos treinta años, entre 1518-1520 y 1548-1550, y la segunda de unos veinte años, entre 1780 y principios de 1800— en que hubo cierto desarrollo de la producción azucarera, la esclavitud fue patriarcal, y no alcanzó por tanto el nivel de una organización oligárquica de la sociedad; de todos modos, en esa antigua parte española de la Isla la esclavitud fue abolida en 1801 por Toussaint Louverture, el jefe haitiano, y restablecida en 1802 por el gobierno francés, para ser abolida de nuevo en febrero de 1822 por el gobierno haitiano de Jean Pierre Boyer, cuando éste invadió la porción oriental de la isla.

En los demás territorios europeos del Caribe la esclavitud fue abolida de manera gradual, y en algunos de ellos sin que se llegara a la guerra de esclavos contra amos, o, aun habiéndose pasado por la guerra, sin que la abolición se adoptara bajo la presión de las armas. Dinamarca prohibió la trata de negros en sus posesiones de las Islas Vírgenes a partir de 1802 e Inglaterra en marzo de 1807; Suecia, que sólo tenía en el Caribe la pequeña isla de San Bartolomé, la prohibió en 1813, y Holanda en 1814. Pero la prohibición de la trata no significaba la abolición de la esclavitud; ésta prosiguió durante años y años. En el caso de Norteamérica, una ley que ponía fin a la trata fue firmada por el presidente Jefferson el 2 de marzo de 1807, y sin embargo la esclavitud continuó e iba a continuar durante más de medio siglo. En el caso de Venezuela ocurrió otro tanto. Bolívar había declarado el 2 de junio de 1816 que los esclavos del país quedaban libres y ordenó su incorporación a las fuerzas militares libertadoras, a pesar de lo

cual la esclavitud duró en Venezuela hasta 1854. La esclavitud fue abolida en las dependencias inglesas del Caribe mediante ley que Guillermo IV firmó el 29 de agosto de 1833 para ser efectiva a partir del 10 de agosto de 1834, y su ejecución duró tres años, hasta 1837. El gobierno inglés pagó a los oligarcas esclavistas de las Antillas y de la Guayana británica y de Belice más de ochenta millones de dólares para compensar lo que ellos consideraban “pérdidas de propiedades legítimas”. Por su parte, Francia había declarado abolida la esclavitud durante la gran Revolución, pero la restituyó mediante decreto del 20 de mayo de 1802 —bajo el gobierno del Consulado—, cuyo primer artículo decía que “se mantendrá la esclavitud de conformidad con las leyes y reglamentos anteriores a 1789”, y en el segundo artículo autorizaba también el restablecimiento de la trata. Esta fue abolida en 1818, pero la esclavitud se mantuvo en las colonias francesas del Caribe y en la Guayana francesa hasta 1848.

Al tiempo que las oligarquías esclavistas iban desapareciendo en esos territorios, se reforzaban en otros; por ejemplo, Thomas Fowell Buxton, portavoz de la Sociedad Antiesclavista de Inglaterra, dijo en 1840 lo que sigue:

“El tráfico (de esclavos de África hacia América) no se ha extinguido; ni siquiera ha disminuido; antes bien, ha aumentado el número de negros exportados. La destrucción de vidas humanas se ha incrementado terriblemente; las cifras de exportación de África, comparadas con las del año 1807, están en la proporción de dos a uno, mientras la pérdida anual de vidas en la ‘travesía intermedia’ ha subido del diecisiete por ciento al veinticinco por ciento” (Mannix & Cowley, *ob. cit.*, págs. 189-90). [*Paréntesis mío*, JB].

Mannix y Cowley explican que si era cierto que “tanto legal como efectivamente la importación (de esclavos) había cesado en los estados septentrionales y fronterizos del sur (esto

es, los Estados norteamericanos que se hallaban entre los del sur y los del norte) así como en todas las Indias occidentales, excepto Cuba, y en todos los países iberoamericanos, con excepción del Brasil”, lo cierto era que “Cuba por sí sola constituía un mercado casi tan grande como lo fuera anteriormente todo el hemisferio. La última y la mayor de las islas del azúcar, Cuba, iban ampliando y multiplicando sus plantaciones año tras año, y su demanda de mano de obra esclava parecía no tener fin. Una comisión británica informó en 1836 que se habían desembarcado en Cuba, en un solo año, sesenta mil esclavos. La mayoría permanecieron en la isla, pero algunos —nadie sabe cuántos— fueron exportados a los estados algodoneros (del sur de los Estados Unidos)”... En cuanto al Brasil, ese país “había suscrito un tratado prohibiendo la importación de esclavos después de 1829”, pero “en 1830 el cónsul británico en Río de Janeiro informó que por lo menos cien mil negros habían sido desembarcados en un período de dieciocho meses. De ellos, cincuenta mil habían llegado en el primer semestre de 1830. Los Estados norteamericanos del Sur, que en 1822 habían producido con trabajo esclavo medio millón de balas de algodón, produjeron en 1860 cinco millones”. “En 1850, casi el sesenta por ciento de los esclavos del país se hallaban empleados en este monocultivo, que había llegado a suministrar, en valor monetario, casi dos tercios de las exportaciones de los Estados Unidos”, lo cual explica por qué no se aplicaba la ley firmada por Jefferson en 1807 y por qué la trata de negros seguía a pesar de esa ley (*Ibid.*, págs. 190-1). [*Paréntesis míos*, JB].

Según Mannix y Cowley “el contrabando de esclavos en los estados algodoneros culminó por primera vez en los años siguientes a la guerra de 1812...”. “En 1819 se produjo un pánico bancario que redujo la mano de obra africana. El año siguiente fue el del compromiso de Missouri”, mediante el

cual los Estados del norte aceptaban la esclavitud en los del sur con ciertas condiciones, unas de tipo económico, otras de tipo político y otras de tipo social. “Una de las concesiones de los sudistas (a los estados del norte) fue aceptar (que se pasara) un proyecto de ley que definía el tráfico de esclavos como acto de piratería, que debía ser castigado con la pena de muerte. La mayoría de los representantes de los estados algodoneros votaron en contra de ese proyecto, pero, a falta del apoyo de los estados fronterizos entre el norte y el sur, no hicieron grandes esfuerzos por derrotarlos. A pesar de todo, el proyecto de ley tuvo una acogida un tanto borrascosa. Stanton, de Rhode Island (estado nortño), declaró: “No puedo admitir que se ahorque a un hombre simplemente por raptar a un negro...”. Los tribunales, empero, no mostraron gran celo en exigir el cumplimiento de la ley, y nadie fue enviado al patíbulo por raptar negros. Poco a poco los norteamericanos reanudaron la trata de esclavos, para satisfacer una demanda en continuo aumento, alcanzando otro período álgido después de 1850” (*Ibid.*, págs. 191-2). [*Paréntesis míos*, JB].

Debido al trato que recibían los esclavos, y especialmente las esclavas, era difícil que la población negra aumentara, y como por otra parte el promedio de vida de los esclavos era muy corto, los oligarcas esclavistas necesitaban adquirir constantemente nuevos negros. Al quedar abolida la trata por los países europeos y vigiladas las costas de África por la marina de guerra inglesa y de Norteamérica, los reyezuelos africanos bajaron el precio de los esclavos, pero sucedió que en América no bajó; al contrario, subió. Así, el tipo de esclavo que valía quinientos dólares en el sur de los Estados Unidos en 1805, valía en 1860 dos mil quinientos. En el año 1853, el periódico *Anderson Gazette*, de Carolina del Sur, informaba: “Muchachos con un peso de cincuenta libras pueden venderse a cincuenta dólares”; y en 1860 “se vendieron muchachos de diez

años a mil quinientos cuarenta y cinco dólares en Georgia...”. “En 1847, los ashantis vendían hombres fuertes a diez dólares por cabeza, el precio de un fusil viejo. Esos mismos hombres se vendían en Cuba a un precio que en algunos períodos alcanzaban la cifra de seiscientos veinticinco dólares...” (*Ibid.*, pág. 193).

Ya sabemos a qué condujo esa espiral de locura a que se habían lanzado los oligarcas esclavistas del sur de Norteamérica; a la guerra de Secesión, que asoló al Sur y liquidó social y económicamente a los amos de negros. En medio de la guerra Lincoln lanzó la proclama de la Emancipación, que como se ha dicho antes, no fue obedecida en el Sur.

Al iniciar la guerra de independencia de Cuba, el 10 de octubre de 1868, el jefe del movimiento, Carlos Manuel de Céspedes, libertó a sus esclavos, y estos se incorporaron a la lucha. El ejemplo de Céspedes fue seguido por los propietarios de la región de Oriente y de Camagüey que participaron en la guerra, y el resultado fue que muchos esclavos, negros libres y mulatos, artesanos y miembros de la pequeña burguesía, se enrolaron en las fuerzas revolucionarias; algunos de ellos alcanzaron las posiciones militares más altas, como el general Guillermo Moncada, negro, o los generales Antonio y José Maceo, mulatos de la pequeña burguesía campesina. La guerra duró diez años y terminó en 1878 con la Paz del Zanjón, aunque se renovarían en agosto de 1879 para terminar en mayo de 1880, y comenzaría de nuevo quince años después para finalizar en julio de 1898 con la rendición de las fuerzas españolas de Santiago de Cuba ante el Ejército norteamericano.

En la primera de esas tres guerras, la de 1868 a 1878, la oligarquía esclavista de las provincias de Oriente y Camagüey y una parte de la provincia de Las Villas quedó prácticamente eliminada, o bien porque sus miembros murieron en la lucha o bien porque tuvieron que salir al exilio al terminar ésta, y

una parte de la oligarquía de Las Villas, Matanzas y La Habana fue arruinada por las confiscaciones que ejecutaban sobre sus bienes las autoridades españolas.

La presencia de miles de esclavos en las filas del ejército libertador cubano en la guerra de los Diez Años, por un lado, y por otro el hecho de que el progreso de la técnica en la producción de azúcar convertía a la esclavitud en anacrónica y antieconómica, llevó al gobierno español a decretar la libertad de los esclavos que habían participado en la guerra, paso que fue seguido con la abolición de la esclavitud, acordada en 1880 para que fuera definitiva en 1886. De esa manera, la guerra de independencia de Cuba liquidó a la oligarquía esclavista cubana, que la había comenzado, antes de que el país alcanzara su independencia.

En el caso del Brasil, la abolición de la esclavitud fue decretada en 1888 por la princesa Isabel, que ocupaba el trono mientras su padre, el emperador Pedro II de Braganza, se hallaba fuera del país. La abolición provocó la alianza de los oligarcas esclavistas del Sur con las fuerzas republicanas que dirigían Benjamín Constant y los generales Floriano Peixoto y Manuel Deodoro da Fonseca, y esa alianza puso fin a la monarquía, cuyo lugar fue ocupado por la república, que quedó establecida el 15 de noviembre de 1889.

Con la abolición de la esclavitud en el Brasil quedó terminado el ciclo de la oligarquía esclavista de las Américas, trescientos setenta años después de haberse iniciado en la isla la Española y casi un siglo después de haber comenzado su liquidación en la porción occidental de esa misma isla.

A la desaparición de las oligarquías esclavistas

Sería un error pensar que a la desaparición de las oligarquías esclavistas de América le sucedió la formación y el desarrollo de burguesías. Lo que siguió fue un estado de pobreza

general que facilitó la resurrección de las oligarquías con nuevas apariencias. La pobreza general estuvo determinada por muchos factores, entre los cuales están:

La destrucción de los cultivos y las instalaciones industriales, como resultado de la guerra, allí donde la hubo: en Saint-Domingue (Haití), Venezuela, los Estados norteamericanos del sur y Cuba. Por ejemplo, comparada con la de 1789, la producción haitiana de 1801, en peso por libras, fue la siguiente: azúcar, el 12.95 por ciento; café, el 56.51 por ciento; algodón, el 35.41 por ciento; añil, el 0.10 por ciento (Tadeusz Lepkowski, *Ob. cit.*, pág. 83, Cuadro 13). Una exposición de lo que había sufrido el Departamento del Norte, al 21 de marzo de 1803, arroja el siguiente cuadro, dado por comunas (divisiones territoriales): Fort-Auphin, un tercio de la ciudad y casi todo el campo quemados; Ouanaminthe, región quemada, los agricultores se esconden en las montañas; Vailliére, edificios destruidos y campo cultivado por los rebeldes; Terrier Rouge, todo quemado, y los insurrectos trabajan sólo en cultivos alimenticios; Trou, igual que en Terrier Rouge; Cap-Française (la ciudad más importante de la colonia), media ciudad reconstruida (y desde luego, la otra media quemada) y campo quemado; Petit-Anse, todo quemado; lo mismo Plaine de Nord. Limonade, Quartier Morin, Grande Riviere, Dondon, todo quemado y el campo cultivado por los rebeldes; y lo mismo en Marmelade, Limbé, Acul, Port Margot, Plaisance y Borgne; Port-de-Paix, ciudad y campo quemados; la isla Tortue (la Tortuga de los piratas), mitad quemada y mitad cultivada; Petit Saint-Louis, dos terceras partes de la ciudad quemadas y el campo quemado totalmente; Gros-Morne, casi todo quemado y en el campo los rebeldes cultivan café; Terre Neuve, quemado, y los agricultores trabajan sólo para subsistir; Jean Rable y Bombarde, igual que en Terre Neuve (*Ibid.*, pág. 91, Cuadro 16). [*Paréntesis*

míos, JB]. El autor agregará en la página 91: “Las devastaciones en el Departamento del Norte eran ya en marzo de 1803 terribles. La situación era totalmente semejante en el Oeste; sólo un poco mejor en el Departamento del Sur. Los insurrectos incendiaban y los franceses hacían otro tanto. Los combates arrasaban casi todas las parroquias. En noviembre de 1803 casi toda la colonia, antiguamente floreciente, era un gran cementerio de cenizas y escombros. Decenas de miles de agricultores y soldados-agricultores murieron. Las ciudades quemadas, los ingenios demolidos o mostrando los muñones de las vigas carbonizadas, las plantaciones reducidas en su mayoría a cenizas. Sólo los pequeños sembrados de café y plantas alimenticias decían que en el país había vida”.

La situación no fue mejor en Venezuela. La guerra social, que culminó en el llamado Año Terrible de Venezuela —1814—, dejó el país asolado. El asesor de la Intendencia de la Capitanía General, doctor José Manuel Oropeza, escribió un informe que resumió con estas palabras: “No hay ya Provincias: las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas: unas, a centenas; otras, a docenas, y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Arrasadas las poblaciones, familias enteras que no existen sino en la memoria, y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de qué vivir honradamente. La agricultura, enteramente abandonada, sin que se encuentren en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad... Los templos, polutos y llenos de sangre y saqueados hasta los sagrarios”. En su célebre Carta de Jamaica, Simón Bolívar diría: “Yo vi, amigo y señor mío, la llama devoradora que consume rápidamente a mi desgraciado país...”. “Provincias enteras están convertidas en desiertos; otras son teatros espantosos de una anarquía sangui-naria. Las pasiones se han excitado por todos los estímulos, el

fanatismo ha volcanizado las cabezas, y el exterminio será el resultado de estos elementos desorganizadores”.

También en Cuba fueron impresionantes las consecuencias de la guerra. En 1860 había en la provincia de Camagüey ciento un ingenios de azúcar; al terminar la contienda en 1878 quedaban sólo dos; en 1860, de unas dos mil doscientas fincas grandes, más de mil quinientas eran latifundios ganaderos; pues bien, en 1878 quedaron dos potreros y unas doscientas reses, y en la capital del Departamento, llamada entonces Puerto Príncipe y hoy Camagüey, había más de mil casas vacías.

La falta de capitales de inversión y de trabajo: Como es natural, las guerras de independencia descapitalizaron a los países de la América Latina, pues no sólo se paralizó la producción, los comercios desaparecieron, la población disminuyó, sino que se destruyeron las empresas productivas, lo que parece innecesario demostrar con datos. Por otra parte, todo lo que podía ser convertido en dinero se fue de cada país con las oligarquías que huían. Esa situación no se produjo en los Estados Unidos como conjunto, puesto que el norte hizo una gran capitalización durante la Guerra de Secesión, al grado que allí se formó, como explica Marx, una aristocracia financiera que nació y se desarrolló gracias a la guerra.

El empobrecimiento de las tierras cultivables debido a la práctica de los monocultivos: Cuando vino a ser liquidada la oligarquía, en cada país esclavista la productividad se hallaba en franco descenso. Bajo el subtítulo de “La Muerte del Bosque”, Moreno Fragnals dedica varias páginas de su libro *El Ingenio* a demostrar que la tala indiscriminada de los bosques de Cuba agotaba sus tierras fértiles. “La muerte del bosque era también en parte la muerte, a largo plazo, de la fabulosa fertilidad de la Isla” dice él, y pasa a probarlo de esta manera: “El trabajo esclavo obligaba a utilizar técnicas

rudimentarias de bajísimo rendimiento industrial. Para compensar las terribles deficiencias fabriles se buscaron los más altos rendimientos agrícolas. Pero a su vez este rendimiento agrícola no era en forma alguna el resultado de una utilización racional de los suelos sino de la increíble riqueza de las tierras vírgenes recién desmontadas. Muerto el bosque, las primeras siembras produjeron corrientemente mucho más de 120.000 arrobas de caña por caballería. Cortando anualmente los cañaverales, descuidando el aporque, desaporque y vire de paja, sin utilización de regadíos ni abonos, bajaban anualmente los rendimientos agrícolas. Al llegar a un punto crítico se abandona la tierra, se tumba un nuevo bosque y otra vez vuelven las fabulosas cifras de producción cañera... Este bárbaro sistema de trabajo no fue inventado por el hacendado cubano. Nació con el azúcar antillano. Es un producto típico de la plantación. Los técnicos le llamaron cultivo de rapiña. Los ingleses de las pequeñas Antillas, que utilizaron los mismos sistemas en áreas pequeñas, muy pronto se quedaron sin árboles y las tierras que fueron fértiles eran calificadas, en 1749, de *poor and worn out*. Y los productores franceses los aventajaron, pues en la misma época cultivaron un terreno *fresh and fertile* que un siglo más tarde un viajero calificó de *paraje donde sus habitantes no encuentran ni aún raíces para sus alimentos...* El azúcar arrasó los bosques. Actuando con una mentalidad ahistórica, asentados en el presente, la sacarocracia destruyó en años algo que únicamente pueden reponer los siglos. Y con la muerte del bosque liquidaron mucha de la fertilidad de la Isla, permitieron la terrible erosión de los terrenos y secaron miles de arroyos” (Manuel Moreno Fraginals, *Ob. cit.*, pág. 74-9). [*Itálicas del autor*].

La incapacidad técnica y la falta de educación general de la población productiva: La liquidación de las oligarquías, resultado de la abolición de la esclavitud, dejó en los países que

se habían organizado sobre la base social de oligarcas y esclavos una población mayoritaria que a pesar de que había sido la productiva no había recibido educación para producir y ni siquiera en normas elementales de comida y viviendas sanas; que no había sido alfabetizada y en algunos casos ni siquiera adoctrinada en cuestiones religiosas; a la que nunca, en fin, se le enseñaron oficios de hombres libres. Al llegar la hora de la abolición de la esclavitud las masas esclavas no conocían métodos de producción ni industrial ni agrícola, excepto los más elementales, y mucho menos disponían de medios para montar y organizar una producción que pudiera satisfacer sus necesidades en un nivel que fuera siquiera modesto. Los esclavos no tenían el hábito de usar dinero, a menos que se tratara de los esclavos domésticos.

Durante los siglos de duración del sistema oligárquico, todas las actividades económicas, si se exceptúan las de subsistencia, se dirigían a o provenían del exterior. Se producía para vender en la metrópoli, y en algunos casos a uno que otro país, como los Estados Unidos, y lo que se consumía que no fuera algún renglón agrícola del consumo de los esclavos se llevaba del extranjero. Cuba, donde se quemaban bosques de maderas preciosas, de cedro y caoba, “era la primera compradora de madera de los Estados Unidos”, dice Moreno Friginals, quien agrega: “Desde fines del siglo XVIII llegan a los puertos habaneros las tablas de pino y ciprés para fabricar cajas de azúcar... Durante las dos primeras décadas del siglo XIX la curva de importaciones —no contamos el contrabando— osciló entre 600.000 y 1.000.000 de pesos anuales... Por último comenzó la gran importación de carbón mineral que en el año de 1860 alcanzó los dos millones de quintales” (*Ibid.*, pág. 77-8).

La consecuencia natural de una economía orientada hacia el exterior era que todos los canales de distribución se hallaban también o dirigidos al extranjero o destinados a

servir al comercio importador. Cada país oligárquico era, pues, dependencia económica de un poder exterior. Esa condición no podía cambiarse, una vez liquidadas las oligarquías, porque no había producción interior que supliera los bienes de consumo que se importaban, y ni siquiera podían establecerse relaciones de intercambio entre los países que habían sido oligárquicos dado que todos eran productores de los mismos renglones y cada uno de ellos se encontraba en situación parecida a la que sufrían los otros.

A todo lo dicho hay que sumar los hábitos mentales y la actitud psicológica que dejaron tras sí las oligarquías, entre los que se hallaba la idea de que el trabajo era tarea de esclavos, no de hombres libres. En algunos lugares, como sucedía en Venezuela, llegó a considerarse que el comercio al por menor era oficio indigno de los blancos; en otros se pensaba que el artesanado debía ser ejercido sólo por negros libres o por mestizos. También se propagó entre las capas intermedias de los países oligárquicos la actitud de las oligarquías ante la mujer, que era considerada por los oligarcas como un ser mentalmente inferior a quien debía aislarse de los hombres a fin de que no corriera los peligros de la seducción y a quien por otra parte se educaba para ser objeto de lujo.

Los males de las estructuras económicas y sociales y de sus respectivas superestructuras culturales y de hábitos iban a frenar las posibilidades de cambio de los países donde había oligarquías esclavistas, lo mismo en la América Latina que en los estados del sur de Norteamérica. Por su parte, los exportadores-importadores europeos, que seguían manejando el comercio latinoamericano como en los mejores tiempos de las oligarquías, eran la única fuente de financiación de nuestras actividades económicas. En muchos casos el financiamiento de la producción exportable se hacía a través

de los agentes del comercio extranjero, que se establecían en la América Latina como comerciantes exportadores-importadores, ni siquiera como banqueros.

Las nuevas oligarquías

Como era natural, allí donde se les llamaba con toda propiedad oligarcas a los dueños de esclavos los antiguos esclavistas siguieron siendo oligarcas a los ojos del pueblo, aunque ya no tuvieran esclavos; pero como el término oligarquía se había identificado con el de riqueza y poder, era lógico que se les llamara también oligarcas a las personas que disponían de signos externos de riqueza, de negocios importantes, y a las que emergieron de las luchas por la independencia como personajes de influencia en la vida pública.

Los sectores que tendían a formar las nuevas oligarquías americanas se reunieron alrededor de caudillos que se habían formado en los campos de batalla de las guerras de independencia, y por lo común integraron los núcleos llamados conservadores; en algunos países los grandes propietarios de tierras, llamados gamonales, que habían sobrevivido a las luchas o que se formaron después, fueron los primeros en rodear a esos caudillos. Pero a menudo los caudillos pasaron a ser dueños de latifundios, y junto con ellos sus compañeros de armas. Comenzando por el país donde primero se abolió la esclavitud —Saint-Domingue, que luego se llamaría Haití—, hallamos que “los militares superiores, como ya hacía tiempo incluso antes de la época de la omnipotencia de Toussaint, llegaron a ser terratenientes y arrendatarios de grandes dominios. La figura que progresivamente llegaba a dominar en el mundo de los propietarios de la tierra era el general-terratendiente. Toussaint poseía varias plantaciones cafetaleras y bienes raíces menores. Sus subordinados generales no eran mucho más pobres y algunos le

superaban con su fortuna. Dessalines, por ejemplo, arrendaba treinta plantaciones azucareras, lo que significaba en la práctica que las poseía, y se dice que cada una de ellas le daba 100 mil francos de utilidad...”. “...los victoriosos oficiales de Toussaint tomaron un botín nada pequeño” (Tadeusz Lepkowski, *Ob. cit.*, pág. 79). En tiempos de Dessalines, “los oficiales eran los que se enriquecían pero los soldados iban harapientos y no recibían su soldada” (*Ibid.*, pág. 99). La situación fue peor bajo el reinado de Christophe —Henri I—, pues después de 1811, “entre alrededor de cien aristócratas recibieron por merced de Christophe las haciendas más grandes” (*Ibid.*, pág. 103); en la república de Petión, “por su resolución del 22 de octubre de 1811, el Senado asignó... a los generales en servicio activo, una plantación azucarera, a los *adjudants-généraux* y a los coroneles una plantación de café” (*Ibid.*, pág. III).

Los jefes de la revolución haitiana, que la habían iniciado siendo esclavos y por tanto totalmente pobres, acabaron siendo latifundistas. Pero otro tanto pasó en Venezuela con los jefes de la revolución de origen pequeño burgués, como fue el caso de José Antonio Páez.

Páez cuenta en su autobiografía que de niño tenía que lavarle los pies al zambo Andresote, su maestro en los menesteres de la vida de un llanero. Al generalizarse la guerra libertadora venezolana Páez entró en ella y para septiembre de 1816 era reconocido jefe militar de las fuerzas llaneras combinadas de venezolanos y neogranadinos. En poco tiempo, haciendo operar a sus hombres en los Llanos de Apure, se hizo de un nombre y además de una tropa que le era adicta. Así, cuando poco más de un año después Bolívar penetró en los Llanos de Apure encontró que Páez era un poder en la región y se apoyó en sus fuerzas para llevar a cabo la llamada Campaña del Centro. Tres años después, el 24 de junio de

1821, Páez estaba al lado de Bolívar en la segunda batalla de Carabobo. Al terminar la acción, Bolívar lo designó allí mismo jefe de los ejércitos de Venezuela. Cuando Venezuela se separó de la República de Colombia, el general llanero se convirtió en el primer presidente de su país, y lo gobernó en tres ocasiones, hasta el año 1863.

Desde su posición de poder militar y político, Páez pasó a convertirse en gran terrateniente, uno de los más importantes de Venezuela, y el método de que se valió —usado también por muchos de sus compañeros de armas— para convertirse en gran propietario fue el de adquirir por poco dinero los vales de propiedad sobre tierras confiscadas a los españoles que Bolívar había ordenado distribuir entre los soldados del ejército libertador, mestizos pobres y antiguos esclavos en su mayoría. Tanto en Venezuela como en otros países de América los generales y altos oficiales de las luchas de la independencia financiaban sus operaciones de adquisición de tierras —cuando no las tomaban de los terrenos del Estado— con dinero que aportaban los comerciantes, si es que los tesoros públicos estaban desfondados, como sucedía a menudo. En Venezuela estuvo aplicándose el método de Páez en pleno siglo XX, pues fue valiéndose del poder militar y político como Juan Vicente Gómez, que murió al finalizar el año 1935, acabó siendo el más grande propietario de tierras de su país, y por cierto a sus manos fueron a dar las tierras de Maracay que habían sido de Páez. Lo mismo que Páez, Gómez y aquellos de sus secuaces que se convirtieron en latifundistas se aliaron al comercio exportador-importador, y dado que éste dependía del exterior, esa alianza estaba sustentada por intereses extranjeros, por los que compraban lo que se producía en los latifundios del país y vendían lo que el país consumía. En sus últimos años Gómez hizo millonarios a muchos de sus amigos dándoles concesiones de terrenos petroleros, que los concesionarios vendían in-

mediatamente a compañías norteamericanas, inglesas y holandesas, con lo que Venezuela vino a quedar ligada de manera estrecha al capital internacional.

Las guerras de independencia de la América Latina produjeron una aristocracia militar que en ocasiones procedía del campo de los antiguos esclavos, y esa aristocracia militar fue la base para la formación de una nueva oligarquía. Aunque la esclavitud fue abolida aquí antes y allá después, los esquemas sociales no cambiaron en sus fundamentos porque no se cambiaron los esquemas en lo que se refiere a la propiedad de la tierra, que fue durante el siglo XIX y gran parte del XX la principal fuente de producción del Nuevo Mundo. En realidad, lo único que cambió fue el propietario, pero la propiedad siguió siendo igual e igual siguió siendo la dependencia de la economía de mercados exteriores. Esto explica que el término de oligarquía siguiera aplicándose a los terratenientes y comerciantes importantes y que pasara a ser aplicado también a los jefes militares y a los políticos poderosos. Y no podía ser de otra manera, puesto que en realidad la esclavitud no fue reemplazada por relaciones de producción burguesas, pero tampoco, como se dice a menudo, por relaciones de producción feudales. Lo que surgió de entre las ruinas latinoamericanas entonces fue el tipo clásico de país dependiente de los centros de poder extranjeros, a la cabeza del cual se hallaba la aristocracia militar, base de una nueva oligarquía, rodeada por latifundistas, comerciantes, usureros, leguleyos, sacerdotes y burócratas.

La palabra oligarquía siguió usándose en algunos países, pero su significado había cambiado en la medida en que el poder económico, social, político y militar había sido transferido de los dueños de esclavos, que habían desaparecido, a otros sectores sociales, cosa que por lo demás ha sucedido en todas las lenguas. El término emperador quería decir una cosa antes de Julio César y otra después de éste; en el siglo XIX, en

ciertos lugares de América se usaba el vocablo imperialismo para calificar el abuso del poder de mandar, y todavía hasta los primeros años del XX, reaccionario quería decir en Venezuela y en Santo Domingo el que se levantaba en armas contra un gobierno. Pero no hay duda de que si la nueva oligarquía no estaba compuesta por propietarios de esclavos lo estaba por hombres que disfrutaban de las situaciones de privilegio que se originaban en las estructuras socio-económicas, que seguían siendo muy parecidas, si no exactamente iguales, a lo que habían sido en tiempos de la esclavitud.

En el caso de la República Dominicana, por ejemplo, la palabra fue usada por un escritor que se hallaba exiliado en Venezuela hacia el año 1868 para aclarar que el presidente dominicano Buenaventura Báez no era oligarca. "... ni Báez pertenece a lo que en los países monárquicos se llama *clase noble*, ni en época alguna ha gobernado su país *con un pequeño número de poderosos*, sino que es una especie de Apriés, esto es, un hijo del pueblo, y ha desempeñado la Presidencia de la República con los Ministros, las Cámaras Legislativas, las Juntas Provinciales y los Municipios que ordenaba la Constitución política". Y hablando del que había sido el tradicional caudillo de los conservadores dominicanos y jefe de la oposición a Báez, el general Pedro Santana, decía el mismo escritor: "De Santana sí puede decirse con propiedad que era el Jefe de una oligarquía, porque siempre gobernó con su mismo juego de hombres, y porque en 1854 hizo que el Senado y la Cámara de Representantes se suicidaran. Y sin embargo a nadie se le ocurrió la idea de llamar *oligarca* a Santana y sus ricos de siempre" (Ver A. Angulo Guridi, "Buenaventura Báez Oligarca", en Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Buenaventura Báez*, publicación de la Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXI, Santo Domingo, R. D., 1969, pág. 305-6). [*Itálicas del autor*]. Y efectivamente, tal como lo dijo el escritor

—que no era precisamente baecista—, Báez, que fue presidente del país cinco veces, gobernó apoyándose sobre todo en la mediana y la baja pequeña burguesía de las ciudades y del campo, mientras Santana gobernó apoyándose en los hateros y en los llamados “hombres importantes”. Si es cierto que mientras vivió Santana no fue llamado oligarca, después de su muerte —ocurrida en junio de 1864— el historiador José Gabriel García dijo que estuvo “en camino de verse pervertido por una oligarquía mal inspirada y falta de civismo”, y sin duda aludía a los “ricos de siempre” a que aludía Angulo Guridi en 1868. (José Gabriel García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Cuarta Edición, Tomo II, pág. 328). En el Tomo II el mismo autor aludiría otra vez a Santana y su grupo al decir que “si el país iba a verse libre de una oligarquía que se daba ínfulas de aristócrata, era para caer en manos de otra (oligarquía) con tendencias a confundir la libertad con la licencia”, y en esta última parte aludía al grupo baecista llamándole también oligarquía (*Ibid.*, pág. 198). [*Paréntesis mío*, JB].

José Carlos Mariátegui llamó oligarquías a los componentes del “régimen económico y político determinado por el predominio de las aristocracias coloniales —que en algunos países iberoamericanos subsiste todavía, aunque en irreparable y progresiva disolución—”, y las llama “oligarquías conservadoras” (José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Casa de las Américas, La Habana, 1963, págs. 112 y 113).

¿Tenían alguna dosis de razón los que calificaron de oligarcas a los sucesores de los esclavistas?

Sí la tenían, si nos atenemos a lo que dijo Federico Engels en 1892, cuando escribió el prólogo a la edición inglesa de su libro *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*. En esa oportunidad Engels señaló que “la gran campaña de la burguesía

européa contra el feudalismo culminó en tres grandes batallas decisivas”. La primera fue la Reforma protestante alemana, la segunda fue el movimiento calvinista, la última “fue una transacción entre la burguesía en ascenso y los antiguos grandes terratenientes feudales” de Inglaterra. De acuerdo con las palabras de Engels, esos antiguos terratenientes feudales —es decir, sus descendientes—, “aunque entonces como hoy se les conociese con el nombre de aristocracia, estaban desde hacía ya largo tiempo en vías de convertirse... en los primeros burgueses de la nación”. Obsérvese que Engels dice que “estaban en vías de convertirse”, no que se habían convertido en burgueses. Ya no eran señores feudales, pero tampoco eran burgueses, y aunque procedían de familias antiguas, “... formaban una corporación completamente nueva: sus costumbres y tendencias tenían mucho más de burgueses que de feudales; conocían perfectamente el valor del dinero, y se aplicaron en seguida a aumentar las rentas de sus tierras, arrojando de ellas a cientos de pequeños arrendatarios sustituyéndolos por rebaños de ovejas. Enrique VII (1491-1547) creó una masa de nuevos landlords (propietarios de tierras) burgueses, regalando y dilapidando los bienes de la Iglesia; y a idénticos resultados condujeron las confiscaciones de grandes propiedades territoriales, que se prosiguieron sin interrupción hasta fines del siglo XVII (esto es, hasta cerca del año 1700), para entregarlas luego a individuos semi o enteramente advenedizos”.

Es importante fijarse en esa calificación de “semi o enteramente advenedizos” para comprender en todas sus implicaciones lo que va a decir Engels inmediatamente después, que es lo que sigue: “De aquí que la ‘aristocracia’ inglesa, desde Enrique VII (1457-1509), lejos de oponerse al desarrollo de la producción industrial, procurase sacar indirectamente partido de ella”. Es decir, esa aristocracia entre comillas, compuesta por advenedizos o semi advenedizos,

que “procedían ya de líneas colaterales” (de las antiguas familias), pero “tan alejadas que formaban una corporación completamente nueva”, procuraron “sacar indirectamente” provecho de la producción industrial, y no se opusieron a ella. Pero “además, una parte de los grandes terratenientes se mostró en todo momento, por móviles económicos y políticos, inclinada a colaborar con los caudillos de la burguesía industrial y financiera”, lo que significa en fin de cuentas que tanto los propietarios de la aristocracia entre comillas como los aristócratas genuinos coincidieron en su posición frente a la burguesía industrial y financiera, los primeros porque aspiraban a sacar provecho, los segundos por móviles económicos, pero también por móviles políticos: “por móviles económicos y políticos”, dice Engels. Debido a esa coincidencia “la transacción de 1689 no fue, pues, difícil de conseguir”, afirma Engels.

Y ahora viene lo que nos interesa, pues a seguidas dice Engels:

“Los trofeos políticos —los cargos, las sinecuras, los grandes sueldos— les fueron respetados a las familias de la aristocracia rural, a condición de que defendieran cumplidamente los intereses económicos de la clase media (burguesía) financiera, industrial y mercantil. Y estos intereses económicos eran ya, por aquel entonces, bastante poderosos; eran ellos los que trazaban en último término los rumbos de la política nacional. Podría haber rencillas acerca de los detalles, pero la *oligarquía aristocrática* sabía demasiado bien cuán inseparablemente unida se hallaba su propia prosperidad económica a la de la burguesía industrial y comercial”.

Aquí tenemos a Engels llamando en 1892 oligarquía aristocrática a los terratenientes de origen feudal, a esos grandes propietarios del siglo XVII que estaban en vías de convertirse en burgueses, pero no habían llegado a ser burgueses. Y lo que es más, Engels consideraba a esa oligarquía aristocrática

como una de las clases dominantes de Inglaterra, y así lo dejó dicho al afirmar que “los trofeos políticos —los cargos, las sinecuras, los grandes sueldos— les fueron respetados a las familias de la aristocracia rural lo que indica que los tenían antes de llegar a la transacción con los sectores burgueses, y lo confirma cuando dice a seguidas: “A partir de este momento, la burguesía se convirtió en parte integrante, modesta pero reconocida, de las clases dominantes de Inglaterra” (Carlos Marx, Federico Engels, *Obras Escogidas*, Editora Política, La Habana, 1963, Tomo II, págs. 321-24). [*Todos los paréntesis y las itálicas, míos, JB*].

La evolución del término oligarquía quedó, pues, autorizada por un pensador y un maestro de la talla de Engels, dado que esos propietarios de la aristocracia rural de Inglaterra, esa “oligarquía aristocrática”, no tenían esclavos; tenían sólo sus títulos de nobleza, sus tierras y sus posiciones políticas y sociales. Era un sector que venía de lejos, del ya desaparecido orden feudal, y no había llegado al de la burguesía. En ese sentido que le dio Engels a la palabra la usó a mediados del siglo XX un eminente marxista japonés quien hablando del capitalismo de su país, formado como se sabe en el siglo XIX, dijo que tuvo “que irse abriendo camino dentro de un sistema oligárquico —la estructura social ‘orgánica’— cuyo objetivo era sofocar el liberalismo burgués” (H. K. Takahashi, *La Transición del Feudalismo al Capitalismo*, por varios autores, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1968, pág. 105).

Salvadas las peculiaridades que diferenciaban a la Inglaterra del siglo XVI de la América Latina del siglo XIX, las oligarquías inglesas de que habla Engels y las oligarquías latinoamericanas que se formaron después de las luchas por la independencia de nuestros países eran similares en varios aspectos, y uno de ellos se encontraba en el hecho de que

hallándose ambas en la cúspide de la composición social en una época avanzada de la burguesía, ninguna de ellas había llegado a ser parte de la burguesía.

Confusiones en la clasificación

La distinción precisa que hicieron Marx y Engels entre la burguesía de los estados norteamericanos del norte y la oligarquía esclavista de los estados del sur fue repetida por Engels al aplicarles el término de oligarquía aristocrática inglesa a los terratenientes británicos de origen noble y al afirmar que esa oligarquía se alió con la burguesía industrial, financiera y comercial de su país; además, Engels explica que en Inglaterra había propietarios de tierras burgueses, es decir que no eran oligarcas.

En la América Latina hay observadores del problema social que se dan cuenta de que en nuestros países opera una capa, y hasta un conjunto de capas, que está situada dentro del sistema y sin embargo no llega a ser burguesa. Algunos de esos autores son latinoamericanos y otros no lo son. Entre los primeros se hallan el sociólogo brasileiro Fernando Henrique Cardoso y el profesor universitario guatemalteco Francisco Villagrán Kramer. Aunque los dos detectan esa fuerza social, ninguno de ellos alcanza a clasificarla. Cardoso la llama “sector tradicional”, “clases tradicionales”, “sociedad tradicional”. En oposición a ella se encuentra la “capa de empresarios”, “grupo de la empresa”, “grupos económicos industriales”, denominaciones a las que el autor agrega generalmente el calificativo de “modernos” o de “modernizadores”. El sociólogo brasileño rehuye llamar burguesía a los “grupos económicos industriales” como rehuye llamar oligarquía al “sector tradicional”, pero aclara que a menudo los últimos hacen alianza con los primeros.

Cardoso dice que “la estructura tradicional, aunque haya perdido su antiguo vigor, está todavía presente no sólo como sector tradicional que coexiste con el ‘sector moderno’, sino,

en muchas ocasiones, como parte integrante de la ‘nueva sociedad’”. Para él hay países de América en los cuales “la hacienda fue capitalista desde el primer momento, lo que facilita el tránsito de la estructura ‘tradicional’ a la estructura ‘moderna’ y las relaciones entre el sector industrial y el sector agrario-exportador, establecidas a través de los lazos bancarios... Por otra parte, la problemática de los sectores dominantes tradicionales en la América Latina se limita según el papel que juegan los propietarios de tierras. Una limitación semejante se justifica mal si se toma en consideración el hecho de que en muchos países el control del aparato del Estado se mantiene mediante la organización política de sectores comerciales importadores y exportadores. Parecería, pues, que el peso relativo de las dos ramas de los grupos tradicionales de la América Latina depende del tipo de subdesarrollo: en los casos de economías de exportación controladas por los productores locales, la ‘oligarquía de la tierra’ juega un papel preponderante; en los casos de economía de enclave, el sector local dominante debe económicamente más al comercio que a la economía rural”.

Así, por mucho que Cardoso no haya querido usar el término oligarquía tuvo que usarlo para calificar, por lo menos, a los propietarios de tierras que figuran dentro de los “sectores tradicionales”. Unas pocas líneas después, al proyectar hacia otros planos a esos sectores, dice que “cuando se presentan situaciones en las que los sectores tradicionales llegan a modernizarse (como en el período de expansión hacia el exterior de la economía del ganado o del café...), o cuando, en el caso de situaciones de enclave, utilizan impulsos favorables de transformación de los sectores populares o los sectores medianos para obtener del sector externo nuevos acuerdos sobre las condiciones de explotación de los recursos nacionales, en esos casos los grupos tradicionales

tienden a considerarse como ‘el conjunto de la Nación’, y en tal sentido tienen el papel de dirigentes de la sociedad” (Fernando Henrique Cardoso, *Sociologie du Développement en Amérique Latine*, Editions Anthropos, París, 1969, págs. 77-80. Paréntesis del autor).

Parece que lo que ha tratado de describir Cardoso en ese último párrafo es el caso particular de algún lugar muy localizado de la América Latina —tal vez Sao Paulo, en el Brasil— donde los núcleos oligárquicos se hallan en el tránsito hacia la burguesía, pero todavía son lo suficientemente fuertes para sentirse en ocasiones como “el conjunto de la Nación, y en tal sentido tienen el papel de dirigentes de la sociedad”.

Villagrán Kramer se acerca más a una clasificación ajustada a la realidad y al exponer su visión del problema de la sociedad latinoamericana usa un lenguaje más cercano al que corre habitualmente. Al tratar de las definiciones de los círculos de la derecha en la América Latina dice él que “las mismas derechas establecen una distinción: *la extrema* que se reserva para los grupos oligárquicos y la posición *moderada*, lindando en ciertos casos con el centro, aplicada a empresarios modernos, agricultores progresistas y profesionales de todo género permeables a los problemas sociales”. En suma, el autor quiere decir que hay oligarquía, burguesía industrial y campesina y alta pequeña burguesía, y que las tres últimas son más comprensivas a la hora de aceptar los cambios inevitables; la oligarquía es extremista contra esos cambios. En ocasiones Villagrán Kramer llama a la oligarquía “vieja burguesía,” y a los sectores burgueses “nueva burguesía” y también “oligarquías modernizantes”, y además para él hay oligarquías en transición, que son en realidad burguesías en formación.

Bajo el subtítulo de “Los grupos oligárquicos”, el profesor guatemalteco escribe:

“Los grupos o élites no sólo desempeñan un ‘rol’ determinante a nivel nacional sino, también en el seno de las organizaciones de derecha. Reciben diversos nombres: en Bolivia se les denomina ‘la rosca’; en El Salvador (por el número de familias que antiguamente monopolizaban la riqueza), ‘los catorce’, y en otras partes, simplemente ‘los ricos’... La oligarquía se proyecta eficazmente en todas las organizaciones de tipo social, económico y político. Resulta difícil, por lo tanto, precisar su radio de acción... Los esfuerzos por fijar una tipología de los grupos oligárquicos han permitido establecer las siguientes categorías:

‘1) *Oligarquías neotradicionales*, que se presentan en sociedades tradicionales. Reflejan las antiguas prácticas de confundir y combinar eficazmente la administración y la política. El gobierno y la política son apenas relaciones sociales y personales entre los miembros de la élite. Los vínculos familiares son lo fundamental en las relaciones políticas;

‘2) *Oligarquías en transición*, existentes en países que han adoptado en la forma las instituciones democráticas de gobierno, mas no han creado aún un proceso político genuinamente nacional. Practican fuertes lealtades locales y regionales y requieren de uno o más líderes vigorosos, y

‘3) *Oligarquías modernizantes*, cuyas características son una mayor participación en los procesos políticos y la lealtad no sólo hacia la facción o partido al que pertenecen, sino, racionalmente, al sistema capitalista en general.

‘Conforme a esta tipología pueden considerarse como oligarquías modernizantes las que predominan en Argentina, Uruguay, Chile, México y Venezuela y como oligárquicamente tradicionales a las de todos los demás países latinoamericanos”.

Para terminar la parte correspondiente al subtítulo de *Los grupos oligárquicos* dice el autor:

“El grado de desarrollo alcanzado por las diferentes sociedades latinoamericanas incide sobre la composición y (la) tendencia prevaleciente (s) entre los grupos oligárquicos; más en todos ellos siempre se presentan dos sectores claramente visibles: los tradicionalistas, compuestos principalmente por la vieja burguesía, y los progresistas o modernizantes, compuestos en general por la nueva burguesía y por desprendimiento de la vieja burguesía” (Mario Monteforte-Francisco Villagrán Kramer, *Izquierdas y Derechas en Latinoamérica*, Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1968, págs. 71-79. Itálicas del autor).

Igual que Cardoso, Villagrán Kramer no alcanza a distinguir la diferencia que hay entre la oligarquía latinoamericana, a la que ambos llaman sectores tradicionales, y los grupos burgueses, denominados por ellos modernizantes, o, en el caso de Villagrán Kramer, nueva burguesía. Pero Villagrán Kramer atribuye a las oligarquías modernizantes o nuevas burguesías algunos rasgos que son propios de la burguesía, como “la lealtad no sólo hacia la facción o partido al que pertenecen, sino, racionalmente, al sistema capitalista en general”. Aquí Villagrán Kramer se acercó a una definición correcta, así como en otro lugar se acercó al descubrimiento de la existencia de los frentes oligárquicos de la América Latina, esos frentes compuestos por varios sectores de la oligarquía que generalmente arrastran a los débiles grupos burgueses de nuestros países, razón por la cual muchos observadores se confunden y caen en el error de creer que esos débiles grupos burgueses forman parte de las oligarquías. Dice Villagrán Kramer:

“El conflicto interclasista se evidencia aún más tratándose de la oligarquía. En algunas sociedades, este círculo está integrado por los grandes terratenientes, magnates mineros y personajes conectados con las altas finanzas; en otros, por grandes terratenientes, empresarios industriales y banqueros. La

solidaridad entre estos núcleos no sólo se manifiesta, sino además, en ella radica precisamente su poder de decisión. El poder de decisión concentrado en estos grupos choca en el terreno económico y en lo social con los intereses de otros grupos componentes de los estratos sociales inferiores que también forman parte de la derecha...” (*Ibid.*, pág. 98).

Lo mismo que de Cardoso y Villagrán Kramer puede decirse de François Bourricard, francés él, que estudia a la oligarquía peruana desde un punto de vista que es al mismo tiempo de sicologista y de empírico. En Bourricard hay algunas observaciones interesantes, aunque en párrafos anteriores o posteriores las niegue o las contradiga. Por ejemplo, en un momento dado dice:

“¿Por qué la oligarquía no se ha vuelto hasta ahora hacia la industria? En efecto, hay pocos empresarios entre los oligarcas. Para que el empresario prospere se requieren ciertas condiciones que hasta hoy jamás se han hecho realidad en el Perú...”. En el mismo párrafo dice, hablando del sistema bancario peruano, que “la masa de capitales a largo plazo que moviliza es crónicamente insuficiente”, y además que “las decisiones del banquero están muy a menudo determinadas por consideraciones donde la racionalidad económica es suplantada por la solidaridad particularista”; y termina diciendo: “En fin, es necesario que el ‘innovador’ nacional no sea aplastado por la competencia extranjera” (François Bourricard, *Pouvoir et société dans le Pérou contemporain*, Librairie Armand Colin, París, 1967, pág. 30). En el final de ese párrafo Bourricard apunta hacia un problema que es fundamental cuando se estudia la sociedad latinoamericana actual, pues alude a la existencia de un poder exterior de índole económica, social, política y militar, organizador y jefe de los frentes oligárquicos —que dependen de él para subsistir—, cuya presencia impide que en nuestros países puedan desarrollarse burguesías nacionales.

Como Cardoso y Villagrán Kramer, Bourricard se da cuenta de que en la América Latina la oligarquía es una cosa y la burguesía otra, pero igual que el brasilero y el guatemalteco, el autor francés no alcanza a determinar por qué es así. “En su primera fase la industria no interesa si no raramente a la oligarquía y ésta prefiere dejar que los riesgos del primer establecimiento sean asumidos por otros...”. “...las iniciativas industriales no son tomadas por las oligarquías si no las más de las veces por los recién llegados, que pueden ser inmigrantes recientes o nacionales que provienen de categorías sociales relativamente humildes, hasta que las oligarquías, habiendo usado a los ‘innovadores’ como limpianieves, se adelantan a recoger los beneficios” (*Ibid.*, pág. 31).

Esos “innovadores” de Bourricard forman los pequeños núcleos de la burguesía industrial, que en países de ahorro escaso, técnica atrasada y mercado comprador limitado tienen que rendirse ante los frentes oligárquicos, especialmente ante su jefe y beneficiario, los Estados Unidos. Los “innovadores” son arrastrados por las oligarquías, las cuales, además de adelantarse “para recoger los beneficios”, como dice el autor francés, “son lo suficientemente fuertes para sentir en ocasiones que forman ‘el conjunto de la Nación’”, y en tal sentido tienen el papel de dirigentes de la sociedad, para decirlo con las palabras de Cardoso.

Características de las actuales oligarquías latinoamericanas

Aunque hasta ahora nadie se ha propuesto hacer una definición clara de qué son las oligarquías de la América Latina, no todos los estudiosos de nuestra complejidad social se confunden cuando tienen que distinguir entre oligarquías y burguesías. Así, por ejemplo, Miguel Arraes, el líder político brasilero, llega a establecer diferencias entre unas y otras hasta

en términos históricos, y llama República oligárquica a los años de la historia del Brasil que corren entre finales de 1889, cuando se proclamó la República, y 1930, cuando tomó el poder Getulio Vargas. Para Arraes, bajo el gobierno de la República oligárquica se llevó a cabo una lucha a muerte entre los sectores de la oligarquía, que tenían el poder económico y político del país, y una burguesía en formación, que en opinión de Arraes acabaría desplazando a los oligarcas mediante la revolución de 1930. Según Arraes, las oligarquías eran “las fuerzas más retrógradas” del Brasil, que “tomaron el poder y echaron a andar los mecanismos que le permitieron al imperialismo, recién llegado a la escena política, frenar la industrialización del país. A partir de ese momento las fuerzas progresistas debieron luchar contra la hostilidad declarada del gobierno. Ellas quedaron reducidas a conspirar hasta 1930. La serie de rebeliones que marca ese ‘período oligárquico’ de la República demuestra la existencia de una voluntad de tomar el control del aparato del Estado en el seno de la burguesía nacional” (Miguel Arraes, *Le Brésil, le peuple et le pouvoir*, François Maspero, París, 1969, pág. 54).

Bajo el subtítulo de “La República Oligárquica” Arraes explica que al proclamarse la República “la oligarquía, reunificada, tomó el control de los instrumentos de la política económica. Las capas sociales interesadas en la creación de un sistema industrial urbano fueron alejadas de los centros de decisión y la nueva estructura político-económica que dominó al país hasta 1930 se delinea claramente:

‘1: Los grandes cultivadores de café: ellos se aseguraron el control de los instrumentos de la política económica a nivel nacional y al mismo tiempo garantizaban la estabilidad del poder central.

‘2: Los otros sectores latifundistas: estos hallaron que el sistema federal de la República había creado la garantía

eficaz para sus intereses mediante la institucionalización de centros regionales de poder político.

‘3: El capital financiero internacional: éste se asegura una situación de privilegio en el país y el control que ejerce sobre las actividades productivas le permite retirar beneficios muy importantes.

‘Funcionando como el centro de ajuste entre los intereses internos y las actividades exteriores, el poder central practicará, entre el sector del café y el imperialismo, una política de conciliación que se expresará por la búsqueda de una ‘valorización’ de nuestro principal producto de exportación” (*Ibid.*, pág. 55).

Pero donde Arraes da una idea más clara de lo que son las oligarquías y del papel que juega en los frentes oligárquicos el poder extranjero dominante, es cuando comenta el cuadro de la balanza comercial del Brasil entre 1891 y 1930 —los años de la República oligárquica— con las siguientes palabras:

“Las dificultades múltiples provenían de una estructura agraria retrógrada, de una técnica poco desarrollada y de la baja permanente de los precios de exportación, no importa que la balanza comercial del país arrojará constantemente excedentes. En esas condiciones, hablar del ‘poder financiero’ del Brasil sólo servía para ocultar la verdadera naturaleza de un problema que era el producto de la alianza entre las oligarquías locales y el capital financiero internacional” (*Ibid.*, pág. 61).

Ni siquiera puede decirse que Arraes no hizo figurar entre las oligarquías al sector importador-exportador, puesto que éste se halla implícito en la breve descripción que hace en el último párrafo copiado, pues está claro que cuando se habla de balanza comercial es porque se toma en cuenta la existencia de los comerciantes a través de los cuales se venden los productos nacionales en el exterior y se compran los productos extranjeros que consume el país.

“Una estructura agraria retrógrada y una técnica poco desarrollada” son dos características de las empresas productivas de las oligarquías latinoamericanas. André Corten, profesor de Sociología de la Universidad de Lovaina, define a la oligarquía de la República Dominicana con estas palabras, pocas pero precisas: “Luego de haber evocado el modo de producción y definido el cuadro de racionalidad propio de una economía encerrada dentro del capitalismo periférico, llegaremos a demostrar cómo la élite económica adopta un comportamiento oligárquico, que se caracteriza por el comprometimiento dentro de las actividades económicas *que no tienden a incorporar un número creciente de personas, ni al nivel de la producción ni al nivel del consumo*. El es oligárquico por oposición a un comportamiento burgués, puesto que el mismo está fundado sobre la exclusión de un gran número de personas”, (André Corten, “Anatomía de la Oligarquía Dominicana”, revista *¡Ahora!*, N° 332, 23 de marzo de 1970, Santo Domingo, pág. 65). [*Itálicas mías*, JB]. La aguda observación de Corten incluye las dos características señaladas por Arraes, puesto que “una economía encerrada dentro del capitalismo periférico” descansará siempre sobre estructuras retrógradas, sean agrarias o de otro tipo, y utilizará en todas las ocasiones una técnica poco desarrollada; una técnica primitiva, que es la adecuada cuando las actividades económicas “no tienden a incorporar un número creciente de personas, ni al nivel de la producción ni al nivel del consumo”.

Las oligarquías latinoamericanas actuales, que comenzaron a formarse a raíz de las guerras de independencia de nuestros países y se han ido desarrollando lentamente como capas capitalistas, pero sin llegar a desembocar en burguesías, son los sectores sociales más retrógrados, porque así son las estructuras agrarias, financieras, comerciales y sociales que las sostienen; son las que incorporan a las tareas productivas al

menor número posible de trabajadores y empleados, y por tanto las que incorporan menos gentes a los beneficios del consumo: son las que han hecho acumulación de capitales de manera más irregular, a menudo a través de favores gubernamentales, de negocios sucios realizados a la sombra de pociones políticas, pero especialmente gracias a la plusvalía producida en sus bienes por el simple aumento de la población; son las que destinan la mayor parte de sus beneficios a la ostentación y hasta a vivir desordenadamente o a guardarlos en bancos suizos y norteamericanos, no a la producción; son las que se oponen resueltamente a cualquier cambio en las infra o en las supra estructuras; las que creen que sus privilegios están garantizados sólo por el poderío norteamericano, y son, en fin, las que forman la base de los frentes oligárquicos latinoamericanos, instrumentos del poder de Norteamérica en cada uno de nuestros países, pues sucede que lo mismo que ocurría en Grecia hace dos mil quinientos años, en la América Latina las oligarquías necesitan apoyarse en un poder externo para sentirse seguras.

En los primeros veinte años de este siglo XX los ingenios de azúcar de Cuba compraban a los jefes militares trabajadores haitianos, de los cuales se introducían, llevados desde Haití, varios millares en cada zafra. Los ingenios tenían que pagar unos cuantos dólares por cabeza para disponer de cortadores de caña. Ese sistema se seguía en la República Dominicana hasta hace tres años, y según una noticia transmitida por Agence France-Press, estaba en vigor en el Brasil en el mes de abril de 1970. He aquí como se publicó la noticia en Francia:

“Red de traficantes de trabajadores en el Brasil. Las autoridades policíacas de Pernambuco anunciaron el martes el arresto de traficantes que vendían campesinos del Nordeste a los propietarios del Centro y del Sur del país. El precio de campesino

alcanzaba apenas a 18 dólares. La red tenía a su disposición un 'lote' de treinta campesinos destinados al Sur" (*Le Monde*, París, 4 de abril, 1970, pág. 7, última columna).

La vieja semilla de las oligarquías esclavistas florece en 1970 en el seno de sus hijas legítimas, las actuales oligarquías de la América Latina.

París,
10 de abril de 1970.

TRES CONFERENCIAS SOBRE
EL FEUDALISMO

EXPLICACIÓN

En los días 28, 29 y 30 de abril de 1971, el autor dio un cursillo de tres conferencias sobre el feudalismo que se publicaron en agosto del mismo año y se reproducen ahora.

Al decidirse la publicación de lo que se dijo en el mencionado cursillo hubo que desechar las preguntas y las respuestas de los oyentes, pues debido a que el micrófono se hallaba a distancia de los que hicieron preguntas, éstas no quedaron registradas en la cinta magnetofónica y hubiera sido impropio publicar las respuestas y no las preguntas.

La mayoría de las preguntas fueron interesantes y bien formuladas. Algunas de ellas se referían a las características que tuvo el feudalismo en España, lo que dio lugar a peticiones de que el cursillo se prolongara a lo menos en una conferencia que versara sobre ese punto. Dado que no era posible complacer esas peticiones, el autor decidió responder a ellas con la nota adicional que figura en la parte final de esta publicación.

El lector de este trabajo no va a encontrar en él una historia política de los tiempos feudales sino una exposición de qué cosa fue y cómo funcionó la sociedad feudal en sus dos manifestaciones, la del feudalismo agrario o rural y la del feudalismo urbano. En cuanto a la historia política feudal, o lo que es lo mismo, el relato de lo que hicieron en el Medioevo de Europa los reyes, los papas y los duques, eso puede hallarlo

el lector en cualquier libro de historia europea de los muchos que refieren las batallas, las intrigas y las anécdotas de aquellos tiempos.

Santo Domingo,
29 de enero de 1977.

VOCABULARIO*

Alodio:

Tierra no sometida a ninguna condición u obligación; tierra libre (Véase la palabra manso en este mismo vocabulario).

Bailío:

Véase la palabra ministerial.

Banalités:

Decíase también *poyas*, En plural, eran las obligaciones que tenían los siervos de utilizar las instalaciones y los equipos de los señores, como sus molinos hidráulicos de piedra, con los cuales se molía el trigo; sus lagares, en los cuales se majaba la uva; y sus estanques o grandes toneles, para hacer el vino, así como el horno para cocer el pan. Los siervos tenían que pagar por el uso de esos equipos e instalaciones de los señores, lo mismo si pagaban en especie que sí lo hacían en dinero.

Censo:

Era la obligación que contraía el vasallo de entregar a su señor, en señal de vasallaje, una vez al año si se estipulaba así, algunos frutos, animales o productos del trabajo artesanal. El valor del censo solía ser bajo, y hasta muy bajo, pues lo que tenía importancia era el valor simbólico del acto de la entrega. La palabra censo pasó a definir, además de la obligación descrita, aquello que se

* El autor recomienda que se lea antes de comenzar la lectura de las conferencias a fin de tener una mejor comprensión del tema.

entregaba, esto es, el fruto, el animal o el producto artesanal que se le daba al señor, y con este último significado pasó al lenguaje del sistema capitalista. Actualmente es sinónimo de empadronamiento para fines estadísticos.

Corvé:

Véase *prestaciones*.

Dominial:

A menudo se halla esta palabra en español escrita *dominical*. Era un adjetivo que se les adjudicaba a las tierras del señor. (Véase la palabra *manso*).

Feudo:

Palabra que provino del lenguaje germánico y significaba lo mismo que *pecus* en latín. De *pecus* salió pecunia, que originalmente quería decir uña de res y acabó significando riqueza debido a que antes de la economía dineraria la posesión de ganado era demostración de riqueza.

Gineceo:

Era la parte de la casa señorial o mansión dominial en la cual trabajaban los artesanos que elaboraban productos para el señor, como por ejemplo, telas, muebles y utensilios caseros.

Gleba:

Significaba tierra productiva o usada en la producción (Véase la palabra *siervo*).

Manso:

Era la denominación de las tierras limitadas por vallas o alguna otra indicación de separación. Como en la sociedad feudal la posición social del hombre dependía de la posición que tenía la tierra que él ocupaba, hallamos que había varios tipos de mansos. El *alodio*, que era una tierra libre, se llamaba por esa razón manso *libre* o manso *ingenuil*, y su ocupante era un campesino libre, esto es, no estaba enfeudado a ningún señor. *Manso servil* era la tierra que tenía obligaciones de servidumbre, y su ocupante era un siervo de la gleba. Además de estar representado por la tierra que le correspondía, el *manso* lo

estaba también en otra u otras tierras que se hallaran dentro del límite de la misma aldea o villa que el manso y estuvieran adscritas a éste. Así, dos o tres o cuatro pedazos de tierra que se hallaran separados, pero siempre en una misma aldea o villa, podían pertenecer a un mismo *manso*. Los *mansos de los señores* se llamaban *mansos señoriales*. *Mansus indominicatus* eran las tierras comunes, que pertenecían al señorío o dominio, pero que eran de libre uso para todos los habitantes de la aldea o villa, que se surtían en ellas de maderas y frutas. (Véanse las palabras *ministerial* y *prestaciones*).

Ministerial:

Era el siervo encargado de la administración del *manso señorial*. Generalmente, a pesar de ser siervos, los *ministeriales* acabaron teniendo esas funciones de manera hereditaria. Obsérvese que la palabra *ministerial* tiene una estrecha relación con la palabra *ministro* y con la palabra *administrar*. El *ministerial* era el *villicus* de los días de Carlomagno. En Francia el *ministerial* se llamó también *bailío* y *senescal*, y en Inglaterra se llamó *steward*.

Pecho:

Significaba tributo en dinero que tenían que pagar todos los siervos una vez al año o más de una vez al año si así lo disponía el señor.

Políptico:

Esta palabra, que aparece con frecuencia en los estudios medievales, significaba inventario de los bienes de un dominio o señorío. En los *polípticos* o inventarios figuran las gentes, pero sólo en números, como elementos productivos, no por sus nombres, pues lo que se hacía en los *polípticos* era detallar los bienes en tierras, animales, construcciones, instrumentos de trabajo —aun los más pequeños— y en fin, todo lo que tuviera utilidad para producir.

Prestación:

Era la obligación que se pagaba en trabajo. Las *prestaciones* variaban mucho y cada siervo debía distintas prestaciones; las que el manso debía al señor y las llamadas *corveables*,

palabra que procedía del vocablo *corvé*. Las primeras eran dadas directamente al señor por el habitante del *manso*; las *corveables* eran los trabajos que ejecutaban todos los vecinos en las tierras comunes del dominio, esto es, en los llamados *mansus indominicatus*. (El vocablo *corvé* se usó en nuestro país todavía en este siglo; por ejemplo, al hacerse el parque de La Vega allá por el año 1910 ó 1911, se celebró una *corvé* de la llamada gente distinguida, durante la cual señoras, señoritas y caballeros dieron trabajo gratuito para construir el parque).

Senescal:

Véase *ministerial*.

Siervo:

Cuando se trataba del *siervo de la gleba* significaba la persona que ocupaba un *manso servil*. (Véase la palabra *manso*).

Steward:

Véase *ministerial*.

Villicus:

Véase *ministerial*.

PRIMERA PARTE
EL FEUDALISMO: SUS FRUTOS Y SUS ORÍGENES

Hay varias maneras de entrar en un capítulo histórico de la humanidad o de un pueblo. Una de ellas es la que yo llamaría la forma objetiva de aproximarnos al episodio histórico que vamos a estudiar. En este caso concreto de la Edad Media, tiempo en el cual floreció el feudalismo, nosotros vamos a comenzar su conocimiento recorriendo la vía objetiva; vamos a ver hoy, objetivamente, a grandes trazos, lo que todos nosotros sabemos que existió como expresión artística, arquitectónica, literaria, filosófica del feudalismo, porque esas manifestaciones están a la vista y no se prestan a confusión; y después de haber visto el feudalismo en esos aspectos pasaremos a conocer sus orígenes.

Ustedes saben que durante mucho tiempo, hasta probablemente la década del 40 de este siglo, era corriente hablar del feudalismo diciendo que fue la edad de las tinieblas, la noche de la Historia; y en verdad el feudalismo no fue eso. En el régimen feudal se formaron todas las lenguas europeas que se hablan hoy, y la formación de una lengua es una creación notable de cualquier pueblo, porque la lengua, cuando la estudiamos en sus estructuras más profundas, resulta ser una obra de arquitectura sonora, conceptual, intelectual; una obra de arquitectura asombrosa.

Decía que en la Edad Media se formaron todas las lenguas europeas. La nuestra, la que estamos hablando ahora, fue formada en el Medioevo. En esa época se escribieron los

grandes poemas de las lenguas modernas de Occidente; se escribió en francés la *Chanson de Rolland*, a mediados del siglo XII; se escribió en español el *Cantar del Mío Cid*, también en ese siglo; se escribió la primera gran obra poética individual, de un solo autor, que fue *La Divina Comedia*, del Dante. Todos esos poemas son obras básicas en la formación de las lenguas de sus respectivos países.

En la Edad Media se establecieron las primeras universidades; la de París, al final del siglo XI, exactamente en el año 1.100, y la de Bolonia, a mediados del siglo XII, en el 1.150.

En la Edad Media nació la música que conocemos hoy, porque nosotros no tenemos idea, y no la hay en nuestro fondo cultural, de lo que fue la música griega. Nació en el siglo XI la forma de enseñarla, lo cual es una hazaña de transmisión de conceptos sonoros, y fue Guido de Arezzo — Arezzo es el nombre de una ciudad medieval italiana que se halla entre Florencia y Siena— quien elaboró el método de enseñanza de la música inventando las notas escritas; pero ha de tomarse en cuenta que antes de que él lograra reducir la música a notas escritas, el pueblo medieval había inventado instrumentos y melodías.

En la Edad Media nació también el teatro que conocemos hoy; surgió, como todos ustedes saben, de los misterios que se celebraban en las puertas de las catedrales y de las iglesias; y digo que nació porque ese teatro no tenía ninguna vinculación con el teatro griego, transportado a Roma y a las provincias del imperio romano, pues todo lo que fue parte de la cultura grecorromana en Europa había desaparecido al desaparecer el imperio de Occidente. Desapareció todo a tal extremo que podemos dar una idea de ello con un ejemplo. Aquel de ustedes que haya estado en Roma habrá visto sin duda la estatua de Marco Aurelio en la colina del Capitolio. Se trata de una obra extraordinaria, fundida en bronce. La

figura del caballo es magnífica, y la de Marco Aurelio, que es independiente de la del caballo, está a horcajadas sobre el corcel. Para lograr ese conjunto en bronce hacía falta una técnica de fundición muy avanzada. En el museo de Nápoles puede verse El Niño de la Espina, encontrado en las ruinas de Herculano, que corresponde al primer siglo de la era cristiana, también fundido en bronce, demostración de la alta técnica de fundición a que se había llegado en Italia. De paso debo decir que esas dos estatuas prueban al mismo tiempo que junto con la técnica del fundido se había desarrollado la de la estatuaria. ¿Qué se hicieron de la estatuaria y de la técnica de fundición que se habían desarrollado tanto en Roma? Se habían perdido con la desaparición del imperio de Occidente, y fue en el Renacimiento cuando Benvenuto Cellini reinventó la técnica de la fundición en bronce. Todo se había perdido con la desaparición del imperio romano de Occidente y todo volvió a ser creado de nuevo por el pueblo europeo de la Edad Media. Ese pueblo rehizo la escultura, de la cual son ejemplos admirables las estatuas yacentes que pueden verse en las catedrales de la época, en Reims, en Notre-Dame, en Chartres; en las estatuas orantes y en las que ornán las puertas de los templos medievales. Reinventó la pintura, haciéndola nacer de nuevo; la pintura que llegó a dar un gran maestro con Guido de Siena y culminó en el siglo XIV con el Giotto.

En la Edad Media se produjo una arquitectura totalmente nueva, que dejó obras maestras en los grandes templos, como Notre-Dame de París, construida entre el 1.163 y el 1.235; la arquitectura que podemos admirar en cualquiera de las ciudades medievales que quedan en Europa.

La Edad Media tuvo también su filosofía, y ésta se resume en la escolástica de Santo Tomás de Aquino, que vivió de 1225 a 1274, es decir, en el siglo XIII. Esa filosofía tomística es en realidad una hazaña de la inteligencia y un

espejo admirable de lo que fue la sociedad feudal en tanto sociedad organizada jerárquicamente. Si hubiera vivido en el siglo XIII, el joven más radical de hoy habría sido partidario de la filosofía tomista. ¿Por qué? Porque Santo Tomás de Aquino halló la manera de coordinar las ideas y las actitudes de su época en una forma que parecía lógica, que debía parecer totalmente lógica a los ojos de las gentes de su siglo. Podemos resumir los conceptos básicos del tomismo diciendo que para él, cada grado inferior de la Naturaleza tenía su fin propio en un grado superior y aspiraba a ese grado superior, y todos juntos aspiraban a Dios; diciéndolo de una manera más comprensible, es como si la piedra aspiraba a ser tierra y la tierra aspiraba a ser agua y el agua a ser aire y el aire a ser luz, y todo eso culminaba en Dios, que era la suma perfección; y si eso sucedía en la naturaleza inanimada, igual comportamiento e igual ordenación se producían en los seres animados. De manera que en la concepción filosófica de Santo Tomás, todo lo que es y vive en la Naturaleza justifica su existencia porque es parte de una construcción coronada por Dios, y eso lo hacía culminar Santo Tomás de Aquino en algo que no podía ser analizado con los conocimientos del Medioevo: la afirmación de que la fe es superior a la razón... Ese principio tenía que ser aceptado precisamente porque no había manera de demostrarlo. Así, pues, Santo Tomás de Aquino reconciliaba la fe y la razón porque nadie podía demostrar que entre ellas había contradicción. Esa creación de Santo Tomás de Aquino, que como dije es la culminación de la filosofía del Medioevo —que tiene su explicación desde el punto de vista de la organización social de la época, como vamos a ver en la tercera parte de este trabajo— es para mí una hazaña de la inteligencia, aunque estuviera al servicio de la religión dentro de la iglesia católica. Por último, Santo Tomás de Aquino tuvo la habilidad de aplicarle a su construcción filosófica la metodología aristotélica,

con la cual la hizo más atractiva aún, dado el prestigio que alcanzó Aristóteles entre los pensadores de la época. Pero para que nos demos cuenta de lo que fue la Edad Media en el terreno de la creación cultural, conviene, al hablar de Santo Tomás de Aquino, evocar las ideas formuladas siglo y medio antes por Rosseline de Compiègne, creador del nominalismo, ideas audacísimas para aquellos tiempos; que hubieran sido audaces en el siglo XVIII y hasta en la primera mitad del XIX. Decía el autor del nominalismo que las cosas son antes que los nombres o las ideas. Observen ustedes la familiaridad que hay entre esos conceptos y los que sirven de base al materialismo histórico, que como todos sabemos vino a ser concebido a mediados del siglo pasado. Precisamente por eso Marx menciona a Rosseline de Compiègne como una de las cabezas filosóficas más atrevidas en la historia de la filosofía.

Ahí tenemos, en conjunto y a grandes trazos, lo que fue el Medioevo visto desde afuera, objetivamente, tal como él mismo se manifestó. Ahora vamos a ver cómo se formó, dónde está su origen.

Los orígenes inmediatos

Todos ustedes saben que al finalizar el siglo IV, en el año 395, murió Teodosio, el jefe del imperio romano, y que a consecuencia de la muerte de Teodosio el imperio se dividió entre sus hijos. Hubo, pues, una partición, hablando en términos de herencia común, que provocó la división del enorme imperio de Roma en el imperio de Occidente y el de Oriente. Unos ochenta años después de la división, en el 476, el jefe bárbaro Odoacro entró en Milán, que desde el 285 era la capital del imperio de Occidente, depuso a Rómulo Augústulo, emperador de Occidente, y obtuvo de Zenón, el jefe del imperio de Oriente, que lo nombrara jefe de Occidente. Ese momento es el que la historia escrita establece

como el de la caída del imperio de Occidente; y efectivamente, el imperio de Occidente cayó cuando a su cabeza se puso, con el reconocimiento del imperio de Oriente, un jefe bárbaro que no pasó a gobernar como emperador de Occidente sino como tal jefe bárbaro de toda la porción de Europa que había sido parte del imperio occidental.

La caída del imperio significó para Europa la desaparición de todas sus instituciones, civiles, religiosas, culturales, económicas, políticas. Esa caída es un acontecimiento tan formidable en la historia de Europa como si un terremoto hubiera arrasado aquel continente al punto de no dejar nada en pie, ni siquiera las antiguas grandes vías romanas, los acueductos, los puentes, las ciudades. Cuando Odoacro depuso a Rómulo Augústulo, éste se llevó consigo todo lo que Roma había acumulado en su historia.

Once años antes de que Odoacro tomara la jefatura del imperio de Occidente había nacido en las Galias un niño hijo de un jefe, romano porque se hallaba al servicio del imperio, pero galo por su raza. Ese jefe se llamaba Meroveo y su hijo se llamó Clodoveo. Del nombre de su padre sacaría Clodoveo, a su tiempo, la calificación de merovingia para la dinastía que iba a fundar. Seis años después de la caída de Roma, en el año 481 de nuestra era, Clodoveo pasó a ser rey de los francos, y por tanto fundador del reino de los francos y de la dinastía merovingia. Observen que sólo seis años después de la caída del imperio de Occidente ya no figuran en la historia europea los pretores romanos, los funcionarios romanos que habían dominado en toda Europa; quien aparece es un rey de origen bárbaro, Clodoveo, jefe de los francos.

Clodoveo murió a principios del siglo VI, en el año 511; pero antes de morir había repartido entre sus jefes guerreros las tierras de los nobles romanos que él había ocupado como rey de los francos. Esas extensiones de tierras estaban pobladas

por lo que entonces se llamaban en latín villas, que eran más o menos aldeas en las cuales vivían los habitantes de los latifundios y se hallaban las casas de los señores de esos latifundios, a razón de una casa por cada latifundio. Esa casa se conocía habitualmente por la denominación de *la casa grande del señor*.

Cuando Clodoveo repartió esas tierras, las repartió junto con las gentes que las habitaban, porque esas tierras estaban servidas, o eran trabajadas, por esos habitantes de las aldeas, que eran los siervos de la gleba. La palabra gleba significa tierra, de manera que como puede apreciarse a través de ese significado, esos habitantes no eran siervos de sus señores sino de la tierra en que habitaban; y en la segunda parte de este trabajo comprenderán ustedes la importancia que tuvo para el desarrollo del régimen feudal el hecho de que hubiera hombres que eran siervos de la tierra, no de personas determinadas.

¿De dónde salieron esos siervos de la gleba que había para el año 511 en el reino de los francos?

Para responder a esa pregunta tenemos que dar un salto atrás en la historia. Así, volveremos a los últimos años del siglo II y veremos en toda su extensión, a vuelo de pájaro, los hechos conocidos de los siglos III y IV, porque sin ese recorrido por la historia de los últimos tiempos del imperio romano no podríamos comprender los orígenes del feudalismo. En el imperio romano, y especialmente en la península de Italia, estuvieron produciéndose a partir del siglo II cambios en las raíces mismas de las estructuras sociales del imperio, cambios que fueron acumulándose lentamente y acabaron transformando la naturaleza social de los pueblos que lo habitaban.

Los antecedentes romanos

Como ustedes saben, Roma era un imperio esclavista, y sin embargo en el siglo III los cambios en la base de la sociedad romana habían producido una sociedad mucho más compleja

que la esclavista, en la cual, en vez del esclavo, el sector más numeroso del campesinado era el de los colonos. Para saber por qué se produjo ese cambio tenemos que volver, como dije antes, a los finales del siglo II. Veinte años antes de terminar ese siglo, esto es, en el año 180, murió Marco Aurelio, calificado por los historiadores como el emperador-filósofo. Desde luego, Marco Aurelio gobernó un imperio que era fundamentalmente agresor y explotador, pero Marco Aurelio fue, o trató de ser, un hombre justo, en la medida en que podía serlo el jefe del imperio romano; por lo menos, sería absurdo compararlo con muchos de sus antecesores, por ejemplo, con Calígula, o con su propio sucesor Cómodo, que fue un monstruo. Tal vez no se le pueda comparar con Augusto, el heredero de César, pero le superó en bondad y también intelectualmente; y sin embargo bajo el gobierno de Marco Aurelio comenzó la etapa final de la descomposición del imperio.

¿Por qué bajo el gobierno de aquel hombre, tenido generalmente como bueno e inteligente, comenzó la etapa final de la descomposición del imperio?

Pues comenzó porque el imperio se había arruinado a sí mismo. Con sus interminables guerras de conquista, los romanos fueron destruyendo las fuentes de su propia vida como imperio. Esa vida descansaba fundamentalmente en dos cosas: en el trabajo de los esclavos y en las riquezas que robaban las legiones romanas, o mejor dicho, los jefes militares romanos, en los países sobre los cuales enviaban sus expediciones militares. Llegó un momento en que los saqueos acabaron con esas riquezas, que los conquistadores romanos transportaron a Roma, donde las gastaban en lujos y orgías, y además acabaron con las fuentes de esclavos, pues como se sabe los esclavos eran reclutados entre los prisioneros de guerra y las poblaciones conquistadas, y llegó la hora en que los romanos

habían conquistado todos los países que estaban al alcance de sus fuerzas, de manera que no pudieron seguir conquistando tierras y por tanto no tenían de donde sacar más esclavos. Y fue precisamente bajo el imperio de Marco Aurelio cuando se presentó en Italia la crisis de mano de obra provocada por la falta de esclavos, y con ella la rebelión de los esclavos, que fueron sometidos a una explotación extrema debido a esa falta de mano de obra servil. Esa rebelión tenía un antecedente en el levantamiento de Espartaco.

La rebelión de los esclavos en tiempos de Marco Aurelio tomó una forma no prevista por sus amos, pues los esclavos del siglo II se convirtieron en enemigos de los instrumentos de labor que los amos ponían en sus manos. Los esclavos mataban los animales que se les entregaban para arar y destruían las herramientas. Hay una observación hecha en el siglo anterior por Columela, que escribía sobre agricultura, según la cual las tierras romanas se habían empobrecido porque los señores dejaban sus tierras al cuidado de los esclavos y estos las echaban a perder porque no querían seguir trabajando para enriquecer a sus amos. Pero al mismo tiempo que ocurría eso, en las orillas del imperio, y sobre todo en el nordeste, iban amontonándose los pueblos bárbaros, a los cuales contenían las legiones romanas para que no traspasaran las fronteras del imperio.

¿Cómo trataron los romanos de resolver el problema que significaban esos pueblos bárbaros situados junto a sus fronteras?

Roma trató de resolver ese problema colonizando con ellos las fronteras, lo que hizo estableciendo los llamados *limes* del imperio. De la palabra *limes* saldría la nuestra *límites*. Entre los bárbaros se hallaban los alanos, los suevos, los germanos, los godos, a todos los cuales se les invitó a usar las tierras para sembrar y para levantar ganado y al mismo tiempo a defender las fronteras del imperio contra cualquier agresor. Ya establecidos en

los *limes*, los bárbaros irían haciéndose al trato con los legionarios romanos, conviviendo con ellos, a tal punto que para fines del siglo III miles y miles y miles de bárbaros formarían parte de las tropas del imperio e irían entrando en éste y estableciéndose en Italia y en las Galias, e irían ocupando tierras, tal como las ocupaban los soldados romanos, en condición de colonos, es decir, para que se mantuvieran con su trabajo y permanecieran en espera de que se les llamara, si era necesario, para ir a la defensa del imperio.

Ahora bien, durante ese siglo III, y a partir de la muerte de Marco Aurelio a fines del siglo II, la descomposición del imperio pasó a ser tan profunda, y además avanzaba con tanta rapidez, que es fácil darse cuenta de su gravedad presentando una lista de los emperadores que fueron depuestos por motines militares, o designados emperadores por los soldados y muertos por sublevaciones militares. La lista es muy larga, como vamos a ver inmediatamente.

Dos siglos de desórdenes

Cómodo, el hijo de Marco Aurelio, fue asesinado por sus legionarios el 31 de diciembre del año 192; en su lugar los soldados colocaron a Pertinax; pero Pertinax fue asesinado por sus tropas en el año 193, y el cargo de emperador se sometió a licitación; es decir, se designaría emperador a quien ofreciera más dinero a los soldados; y el que más dinero ofreció fue Marco Didio Juliano. Pero sucedió que al mismo tiempo las legiones de Britania (hoy, Inglaterra) proclamaron emperador a Décimo Clodio Albino, las de Siria proclamaron a Pescenio Nigro y las de Iliria y Panonia (todas provincias del imperio, como Britania) a Lucio Septimio Severo. Este Lucio Septimio Severo avanzó sobre Roma, la tomó y dio muerte a Marco Didio Juliano, quien sólo duró sesenta días en el cargo de emperador.

Lucio Septimio Severo gobernó hasta el año 211, y a su muerte heredó el cargo su hijo Marco Aurelio Severo Antonino, quien para no compartir el puesto mató a su hermano Geta, que heredaba el imperio junto con él. Geta fue asesinado mientras se hallaba refugiado en los brazos de su madre. Su hermano y matador es conocido en la historia con el nombre de Caracalla, y es célebre únicamente porque hizo construir las termas de Roma que llevaban su nombre. Mientras Caracalla fue emperador, el gobierno del imperio fue desempeñado por su madre Julia Donna. En el año 217 se sublevaron los pretorianos —soldados del palacio imperial bajo la jefatura de Marco Apelio Macrino—, y dieron muerte a Caracalla, al tiempo que Julia Donna se suicidaba. Desde luego, Macrino fue aclamado emperador. Pero sucedió que Macrino se negó a aumentar los emolumentos y los privilegios de la soldadesca, y ésta hacía emperadores para que le concedieran esas ventajas, razón por la cual en el año 218 Macrino fue muerto por sus soldados, que pusieron en su lugar a Heliogábalo. Quien gobernó en lugar de Heliogábalo fue su abuela Julia Mesa, la cual siguió gobernando el imperio, junto con otra mujer, Mamea, la madre de Alejandro Severo, primo de Heliogábalo, cuando éste fue asesinado a principios del año 222, y Alejandro Severo, de trece años, pasó a ocupar su puesto.

Alejandro Severo gobernó trece años, hasta el año 235, cuando las legiones de Maximino, antiguo pastor de la Tracia, y él mismo tracio de raza, les dieron muerte al joven emperador y a su madre Mamea e hicieron emperador a Maximino.

En el año 238 la guarnición romana de Cartago, en África, se sublevó y aclamó emperador al anciano Marco Antonio Gordiano, no porque fuera virtuoso sino porque era muy rico, pero Gordiano y su hijo, que heredaba el cargo, fueron asesinados por otros legionarios sublevados antes de que pudieran salir hacia Roma, y el Senado romano eligió entonces dos

emperadores, Balbino y Pupieno. Esa elección originó un levantamiento popular que tuvo caracteres de guerra civil. El pueblo romano no quería tener a Balbino y a Pupieno de emperadores. Maximino quiso aprovechar la situación de desorden general en que se hallaba el imperio y dispuso la entrada de sus tropas en Italia, pero no pudo tomar la ciudad de Aquilea, y sus propios soldados le dieron muerte. Con él fue asesinado su hijo y heredero. En julio de ese mismo año fueron muertos a su vez Balbino y Pupieno, y quedó en el puesto de emperador el joven Gordiano III, nieto de Marco Antonio Gordiano, el que había sido aclamado emperador y muerto en Cartago cuatro meses antes.

En el año 244 fue asesinado Gordiano III y la soldadesca aclamó emperador a Marco Julio Filipo, nacido en África, apodado el Árabe debido a que era hijo de un árabe. Filipo el Árabe fue desconocido por tropas romanas que se habían unido a los godos y a otros pueblos bárbaros para saquear la Mesia inferior. Esos saqueadores designaron emperador a un centurión llamado Marino Pacasiano, y Filipo el Árabe envió contra ellos fuerzas comandadas por Cayo Decio Trajano. Los rebeldes mataron a su emperador Marino Pacasiano y se unieron a Cayo Decio Trajano, a quien aclamaron emperador. Cinco años después, en el 249, Cayo Decio Trajano sitió en Verona a Filipo el Árabe, que murió en esa ciudad. Inmediatamente después, su hijo fue asesinado en Roma. Cayo Decio Trajano fue muerto por los godos en una gran batalla que tuvo lugar en las cercanías del Danubio en el año 251, y sus tropas designaron emperador a Treboniano Galo.

Dos años después, en el 253, se sublevaron las legiones de Treboniano Galo y les dieron muerte al emperador y a su hijo Volusiano. Los mismos sublevados aclamaron emperador a Marco Emilio Emiliano y lo asesinaron cuando apenas llevaba cuatro meses en el cargo. Marco Emilio Emiliano fue sucedido por

dos co-emperadores, Publicio Licinio Valeriano y su hijo Publicio Licinio Galieno. Valeriano dejó a su hijo gobernando en Occidente y él se fue a Oriente; se estableció en Antioquía, capital de Siria, y desde allí operó sobre el Asia Menor y sobre Persia. Hecho prisionero por los persas en el año 260, fue declarado esclavo. En esa ocasión cayeron en manos de los persas las provincias de Antioquía y Cesárea.

Pero mientras en Oriente se producían esos acontecimientos, en las provincias europeas del imperio los bárbaros atacaban sin cesar el poder romano desde el año 255 y algunos gobernadores de provincias se sublevaban contra Galieno. En el año 259 hubo una rebelión de soldados que culminó en el asesinato del hijo de Galieno y la proclamación de Casiano Latino Póstumo como emperador. Póstumo no logró tomar el poder en Roma y lo que hizo fue declarar la Galia independiente, y durante diez años se mantuvo como emperador de la Galia, combatiendo sin cesar y rechazando todos los ataques de las legiones romanas.

En el 261 se rebelaron las tropas que se hallaban en Siria y proclamaron emperador a Fulvio Macriano, pero le dieron muerte casi inmediatamente después. En el 262 se levantó la guarnición romana de Bizancio y en la revuelta murió toda la nobleza y mucha de la gente de la ciudad. En el 264 hubo un sangriento levantamiento de los esclavos de Sicilia; en el 267 Grecia fue invadida por los bárbaros y se levantaron los galos en el Valle del Po. Por último, Galieno fue muerto por sus tropas en el año 268 sin haber logrado someter a Póstumo, que seguía gobernando las Galias con el título de emperador.

El sucesor de Galieno, llamado Claudio Segundo, murió de la peste en el año 270, después de haber hecho frente a numerosos y poderosos ataques de los godos y de otros pueblos bárbaros. Su sucesor fue Domicio Lucio Aureliano, pero una parte de las tropas acampadas en Italia proclamó emperador a

Claudio Quintilio, hermano de Claudio Segundo, si bien no llegó a gobernar porque fue asesinado inmediatamente después por los mismos que lo habían aclamado jefe del imperio. Quedó, pues, de emperador Domicio Lucio Aureliano, que tuvo que hacerle frente a nuevas invasiones bárbaras y a un feroz levantamiento de los artesanos y esclavos del Estado que trabajaban en los talleres de acuñación de la moneda en Roma. Ese levantamiento se convirtió en una guerra civil que costó varios miles de vidas. Aureliano fue muerto por sus soldados mientras marchaba hacia Bizancio en el año 275. El ejército proclamó emperador a Marco Claudio Tácito y lo mató ese mismo año, y una parte de las tropas eligió como su sucesor a su hermano Annio Floriano mientras otra parte aclamó a Marco Probo. Annio Floriano corrió la misma suerte que su hermano Tácito y Probo quedó a la cabeza del imperio. Eso sucedía en el año 276. Durante seis años Probo combatió numerosas sublevaciones, entre ellas una en la Galia, y murió en el año 283, igual que casi todos sus antecesores de ese siglo III, a manos de sus propios soldados.

El sucesor de Probo fue Marco Aurelio Caro, muerto en el año 284 mientras la guerra civil assolaba la Galia y los persas combatían en el este a las legiones romanas, que ya para esa época estaban compuestas mayormente de bárbaros asimilados por Roma. A Caro le sucedió en el cargo Numeriano, muerto antes de un mes por uno de sus generales, y la jefatura del imperio fue a dar en Cayo Valerio Aureliano Diocleciano, hijo de un liberto ilirio. Diocleciano fue aclamado emperador el 17 de noviembre del año 284. Antes de terminar el año, Carino, hijo y heredero de Caro, que se había hecho proclamar emperador a la muerte de su padre, fue muerto por su guardia personal. En el año 285, la capital del imperio, que durante nueve siglos había sido Roma, fue trasladada a Milán.

Tras Diocleciano llegaron a la jefatura del imperio hombres como Constantino, Constante, Juliano, Valentiniano y Teodosio. Fue éste, que murió en el año 395, el último de los emperadores del imperio unido, pues a su muerte el imperio quedó dividido entre el de Occidente y el de Oriente. Pero ni Diocleciano ni sus sucesores pudieron detener el estado de descomposición social en que se debatía el imperio, una descomposición que se refleja de manera tan viva en la lista de los emperadores que acabo de dar y en la manera como llegaban a la jefatura del imperio o perdían esa jefatura.

Las crisis del régimen esclavista

¿A qué se debió que los soldados acabaron tomando para sí el poder de nombrar a los emperadores? ¿Por qué, además, aclamaban con tanta facilidad a un emperador para matarlo poco después? ¿Qué había pasado en el imperio romano, que aparece a los ojos de la historia como la fuente de la ley en Europa? Si Roma fue la madre de las leyes europeas, ¿como se explica que durante casi doscientos años la mayoría de los emperadores fueron impuestos y derrocados por la espada? ¿Por qué causa pudo llegar a emperador el hijo de un antiguo esclavo, que por otra parte era ilirio, no romano, como fue el caso de Diocleciano?

Como se explicó antes de presentar la lista de los emperadores, Roma había llegado a una situación de crisis que no tenía solución dentro del tipo de organización social del imperio. Debo repetir que con sus interminables guerras de conquista los romanos fueron destruyendo las fuentes de su poder, que descansaba en el trabajo de los esclavos y en las riquezas robadas por las legiones romanas y por sus jefes en los países que conquistaban, pero llegó un momento en que ya no fue posible conquistar más tierras, y por tanto no fue posible saquear más riquezas o esclavizar más gente. La larga

y profunda crisis que provocó esos cambios violentos en la jefatura del imperio tuvo su origen en la incapacidad de Roma para producir más. Los ejércitos romanos pedían privilegios y mayores emolumentos, pero sucedía que no había de donde sacar lo que ellos reclamaban porque la sociedad esclavista no podía dar más de lo que daba, y los soldados culpaban al emperador porque no los enriquecía, lo mataban y ponían a otro en su lugar. Al llegar al poder, ese otro emperador se hallaba en situación parecida a la de su antecesor; no podía extraer riquezas de un imperio que estaba en crisis ni podía conquistar nuevas tierras porque no se lo permitían el empuje de los bárbaros, que avanzaban desde todas las direcciones, y las rebeliones de los pueblos sometidos, que se enfrentaban al poder de Roma. Por su parte, desde adentro del imperio los esclavos y libertos colaboraban con los bárbaros que lo atacaban.

Había una sola manera de acabar con ese estado de descomposición en que se hallaba Roma, y era declarando abolida la esclavitud. Pero eso tenía que hacerlo una gran revolución que transformara la sociedad esclavista en otro tipo de sociedad, la revolución que no se produjo. Diocleciano y sus sucesores impusieron el orden en el imperio, pero no hicieron la revolución. Diocleciano y sus sucesores mantuvieron a los bárbaros alejados de las fronteras y organizaron la economía fiscal del imperio, pero no solucionaron, sino que agravaron la situación económica en la entraña misma del imperio. Por ejemplo, Diocleciano creó nuevos tributos, que naturalmente tenían que ser cobrados a lo largo del imperio, y hay que hacerse cargo del tamaño del imperio para comprender cuántas personas debían formar el cuerpo de recaudadores de esos tributos y cuánto dinero se necesitaba para mantener a esos miles y miles de recaudadores. Hubo que crear un tributo para mantener la burocracia que los cobraba. Entre los impuestos de

Diocleciano había uno llamado “de hombre-tierra”, del cual les hablaré oportunamente, porque tuvo relación con el establecimiento del régimen feudal. Esos impuestos lo que hacían era empobrecer cada vez más al pueblo del imperio, especialmente a las capas inferiores de la población, puesto que ellas eran las que trabajaban y producían para todas las demás.

Los desórdenes políticos del siglo III, las aclamaciones y los asesinatos de los emperadores, la pobreza general, que se acentuaba cada vez más —y cuanto más organizaban Diocleciano y sus sucesores la economía fiscal, más se empobrecía el pueblo— fueron echando las bases sobre las cuales iba a formarse la sociedad feudal.

El nacimiento del feudalismo

Esas bases fueron las siguientes:

A partir de fines del siglo III los dueños de esclavos preferían tener a sus esclavos en condición de colonos, porque la pobreza llegó a tal punto que los esclavos no podían alimentar a los amos y estos no podían alimentar a los esclavos. Teniéndolos como colonos, los esclavos trabajaban para alimentarse a sí mismos y siempre disponían de algún excedente o sobrante que les daban a los dueños de las tierras que los habían declarado libertos o colonos.

El impuesto “de hombre-tierra” creado por Diocleciano demandaba que los recaudadores localizaran a cada hombre en la tierra en que se hallara, y desde el momento que era localizado, ese hombre quedaba fijado a esa tierra, y ya no podía salir de ella. Esta disposición se tomó para asegurar el cobro del impuesto. De esa fijación del hombre a la tierra, impuesta por el Estado para cobrar un tributo, surgiría la relación estable hombre-tierra, que iba a culminar después en el siervo de la gleba, es decir, el hombre que quedaba fijado a la tierra y no al dueño de la tierra. Obsérvese que el esclavo

estaba fijado al dueño de la tierra, no a la tierra. Esa relación del hombre con la tierra es anterior a la aparición de la gleba, y sin ella hubiera sido muy difícil, sino imposible, establecer el régimen feudal.

Hace poco dije que en cada una de las aldeas del imperio, que eran los centros de la actividad agrícola, y por tanto los lugares donde vivían los colonos, se hallaba la villa o casa grande del señor. Esas casas grandes de los señores se encontraban en las Galias, en Britania, en Hispania, en Italia, y fueron convirtiéndose al paso del tiempo en lugares donde hallaban protección los colonos y los esclavos libertos a quienes los dueños les daban tierra para trabajar y a quienes el emperador fijó en la tierra para cobrarles tributos. Así fue estableciéndose una relación de protector, de parte del dueño, a protegido, de parte del liberto o colono, siempre bárbaro o de origen bárbaro, que dos siglos después iba a culminar en la formación de la sociedad feudal.

¿Por qué buscaban protección el esclavo liberto y el colono?

Buscaban ser protegidos del recaudador o cobrador de tributos, de los agentes de la autoridad que abusaban de ellos, de los funcionarios que pretendían explotarlos, y también de la soldadesca que los mataba o los despojaba de lo poco que tenían.

También iba a contribuir a la formación del feudalismo el tipo de organización social de los pueblos germanos. Esos pueblos germanos estaban entrando en el imperio desde hacía tiempo, casi todos ellos como soldados romanos. A medida que la autoridad del imperio iba debilitándose con la larga crisis del siglo III, los pueblos germanos fueron organizándose dentro de las fronteras del imperio de acuerdo con su base cultural y social. Al finalizar el siglo I los germanos vivían en el régimen de la economía natural; no conocían la moneda y por tanto no usaban el dinero; no ponían a trabajar para ellos

a los esclavos que hacían en la guerra, sino que los ponían a trabajar y les cobraban tributos en productos, que los germanos intercambiaban entre sí. Esa iba a ser la base económica de la sociedad feudal rural, la que estaba llamada a desarrollarse en la Europa Occidental a partir del siglo VI y hasta el VIII. En los siglos II y III esos pueblos germanos evolucionaron a tal punto que entre ellos habían surgido ya los jefes guerreros, que se adueñaban de tierras que hasta fines del siglo I habían sido de la comunidad, esto es, de la comunidad germánica. De esos jefes guerreros saldrían los *comes*, origen de la palabra española conde. El vocablo *come* significó compañero, pero compañero de un nivel más alto que los restantes miembros de la comunidad. De esos jefes guerreros salieron los *comes* o condes entre quienes Clodoveo repartió las tierras de las Galias antes del año 511. Esos *comes* o condes fueron los compañeros de Clodoveo antes de que él pasara a ser el rey de un pueblo que hasta entonces no había tenido reyes.

Sucedió, además, que a la muerte de Clodoveo el reino quedó dividido entre sus hijos, y esos hijos, tan pronto murió el padre, se dedicaron a guerrear entre sí; y al dedicarse a la guerra cada uno de ellos formó su propia corte de *comes* o condes, entre los cuales distribuyó las tierras de su reino, y ya tenemos dos etapas de repartición de tierras; la primera, hecha por Clodoveo entre sus nobles germanos, y la segunda hecha por sus hijos, cada uno en el reino que heredó.

Había muchos campesinos libres en esas tierras repartidas por el primer rey franco y por sus hijos. Los siervos de la gleba, es decir, los colonos o libertos que habían quedado vinculados a la tierra, no llegaban a ser la totalidad de los habitantes de las Galias. Pero esos nobles de la corte de Clodoveo y de las cortes de los hijos de Clodoveo, que fueron los primeros señores feudales de Europa, usaron el poder militar que tenían como jefes guerreros para obligar a muchos

campesinos libres a ponerse bajo su protección, y al ponerse bajo su protección, esos campesinos libres tenían que llegar a acuerdos forzosos con sus protectores. En virtud de tales acuerdos forzosos los campesinos libres pasaban a ser siervos y los jefes guerreros pasaban a ser señores. Los señores protegían a los siervos en determinados casos y los siervos pagaban a los señores tributos en productos agrícolas o pecuarios.

En el siglo VIII, año 732, tuvo lugar la batalla de Poitiers. Los sarracenos, es decir, los árabes, avanzando desde España y desde las islas menores del Mediterráneo, iban hacia la conquista de Francia; pero Carlos Martel los derrotó en Poitiers. En premio por su ayuda en esa histórica batalla, Carlos Martel repartió tierras de la iglesia a título de beneficio entre los caballeros que llevaron hombres a la lucha. Así, además de los señores feudales que provenían de aquellos a quienes formaron Clodoveo y sus hijos, hay que sumar los que formó Carlos Martel en el año 732. Estos últimos no fueron propietarios a cabalidad, sino beneficiarios. Pero tanto en los casos de los repartos de Clodoveo y de sus hijos como en el caso de los beneficios de Carlos Martel hay que tomar nota de que cuando se distribuían tierras se distribuían con ellas los hombres que debían trabajarlas, puesto que esos hombres estaban fijados o adscritos a la tierra, y esto es lo que les daba a esos repartos categoría de distribución de riquezas, porque las tierras por sí solas, sin contar con los que han de trabajarlas, no producen nada. De ahí la importancia histórica de la medida que tomó Diocleciano en el siglo III, cuando estableció el tributo llamado “de hombre-tierra”.

Así, desde el año 511, cuando se produjo la muerte de Clodoveo, hasta el reparto de tierras a título de beneficio hecho por Carlos Martel después de la batalla de Poitiers, aumentaron el número de los señores feudales y el número de los siervos, que eran las dos clases opuestas en que se dividía la sociedad feudal en su primera etapa.

Características del feudalismo rural

La historia de esos siglos en Europa es muy oscura. Se sabe poca cosa del siglo VI, del VII, y de los principios del VIII, pues apenas hay documentación de tales tiempos. Pero de lo que se conoce puede deducirse que en los primeros dos siglos, o dos siglos y medio, la sociedad feudal tenía determinadas características, que pueden sintetizarse así:

En su primera etapa, el feudalismo se organizó como una sociedad totalmente rural. La civilización urbana que conocieron los romanos, que habían conocido antes los griegos, los egipcios y los babilonios había desaparecido totalmente en Europa al comenzar el siglo VI, esto es, en los días de la muerte de Clodoveo. En esos días no había ciudades. De las ciudades romanas, algunas habían sido destruidas por las guerras, por los cataclismos, por el tiempo, y todas, sin ninguna duda, habían sido abandonadas. Es probable que hubiera alguna que otra poca gente viviendo en las que los historiadores medievales llaman las ciudades episcopales, es decir, las ciudades donde había un jerarca de la iglesia católica. La población vivía en aldeas de cuarenta, sesenta o setenta familias, y en esas aldeas se hallaban las villas o casas grandes de los señores. Todavía en ese primer momento del feudalismo no había castillos, esos castillos que parecen ser a los ojos de los hombres de hoy el legado más característico de la sociedad feudal.

Podemos afirmar, pues, que durante los siglos VI, VII y VIII el feudalismo fue una civilización absolutamente rural; fue una civilización que producía exclusivamente para mantener a la gente, para ir viviendo, que no producía excedentes y por tanto no podía mantener ninguna clase de comercio. Los señores feudales extraían de los siervos lo que necesitaban para mantenerse y vestirse ellos y lo que se denominaba sus familias, esto es, los sirvientes y los hombres de armas que les

hacían compañía permanente. (En esos primeros siglos del Medioevo la familia estaba compuesta de manera similar a la de los primeros tiempos de Roma, cuando además del marido, la mujer y los hijos, eran parte de ella los esclavos domésticos y los libertos que dependían del dueño de la casa. Tanto es así, que la palabra *fámulo* se les aplica todavía en nuestra lengua a los criados y sirvientes. En los primeros siglos del feudalismo, la llamada Alta Edad Media, había esclavos, aunque no el tipo del esclavo romano; su servicio era doméstico y formaban parte también de la familia del señor feudal; así como formaban parte de ella los artesanos y los siervos que trabajaban en el llamado gineceo de la casa grande del señor. En cualquier diccionario latino-español podemos ver que una de las equivalencias de la palabra latina *familia* es *servidumbre*, *los esclavos de una casa*).

La producción era, pues, como se ha dicho, exclusivamente para el consumo, y lo que requerían los señores de sus siervos era que los mantuvieran, pero no que les mantuvieran una vida de lujos porque en esos tiempos no había lujos. Como la economía era completamente natural, y por tanto no había excedentes para comerciar, tampoco había ningún afán de lucro. En los siglos VI, VII y VIII no se concebía que un señor feudal, o un siervo o un campesino libre tuviera deseos de ganar dinero; y no se concebía porque no existía la economía dineraria, aunque algunos autores afirman que debía haber alguna cantidad de dinero, así fuera muy poco. Ahora bien, esos mismos autores, y todos los demás, están de acuerdo en que entonces ni el señor feudal ni el siervo ni el artesano ni el campesino libre pretendían ganar dinero, y nadie hacía las cosas para ganar dinero.

La sociedad feudal rural era una sociedad jerarquizada. A pesar de que su número era muy pequeño, los que se hallaban en el nivel más bajo de esa sociedad eran los esclavos; les

seguían los siervos de la gleba, que eran en verdad los explotados, o los más explotados; por encima de estos se hallaban los colonos y los campesinos libres, y encima los señores, de los cuales el rey era el más alto, pero no necesariamente el más poderoso. Ahora bien, dentro del rango de los señores había una sección piramidal, pues no todos ellos ocupaban el mismo nivel.

Los poderes civiles, militares y económicos quedaron fraccionados en toda Europa en la Alta Edad Media, y el único que se mantuvo, y por tanto el único que tuvo carácter general, fue el de la iglesia católica. Por eso en las ruinas de algunas de las que habían sido ciudades romanas había jerarcas de la iglesia, y esas ruinas eran las llamadas ciudades episcopales. La presencia de la iglesia católica en el mundo feudal explica objetivamente la última de las características del feudalismo de esos primeros siglos, que fue la unidad religiosa. Esa unidad se produjo dentro de los cauces del catolicismo. Para un hombre o una mujer de la Alta Edad Media era simplemente absurdo, por no decir grotesco, que hubiera alguien que no creyera en Dios, en Jesús y en las Tres Divinas Personas y que no cumpliera los mandamientos de la iglesia. La sociedad feudal rural tenía una ideología unitaria basada en la religión católica, apostólica y romana.

SEGUNDA PARTE

EL FEUDALISMO AGRARIO O RURAL

Es común que tanto aquí como en otros países de la América Latina se hable de restos feudales y hasta de feudalismo histórico o actual.

¿A qué se debe eso?

Creo que se debe al hecho de que en el sistema feudal hubo mucho atraso, mucha miseria, y en la América Latina hay atraso y miseria; a que en el sistema feudal hubo latifundios, y en la América Latina hay latifundios; a que en el sistema feudal hubo artesanía, y en la América Latina hay artesanía. Pero no podemos atribuirles el mismo valor a las palabras que se usaron en la Edad Media y se usan hoy. Por ejemplo, el latifundio feudal no se parecía al latifundio dominicano o brasileño o argentino. Aquél era un latifundio objetivamente diferente. Nosotros nos imaginamos el latifundio como una gran propiedad que tiene miles y miles de tareas*; una propiedad en la que una persona puede caminar a caballo o en automóvil durante algún tiempo sin salir de sus límites, y nos imaginamos a un latifundista como al dueño de una gran propiedad rural y aun de más de una. Pero en el régimen feudal no sucedía así. El latifundio feudal era latifundio porque el señor era señor de una cantidad grande de tierras, pero

* Medida de superficie, la más usada en la República Dominicana, equivalente a 629 metros cuadrados y una pequeña fracción.

esas tierras no se hallaban generalmente en una sola propiedad; habitualmente eran muchos pequeños *mansos* situados dentro de un complejo de *mansos* que pertenecían lo mismo a siervos que a colonos que a campesinos libres, y generalmente rodeados por esos *mansos* de siervos, colonos y campesinos libres. Allí donde era posible, el señor procuraba que sus tierras estuvieran al lado de los *mansos* de los siervos y colonos; pues en los primeros siglos del feudalismo, la llamada Alta Edad Media, lo normal era que se trabajaba cada vez sólo una tercera parte de la tierra y se dejaba descansar el resto, razón por la cual los ministeriales (bailíos y senescales en Francia, *stewards* en Inglaterra) procuraban que las tierras de los señores quedaran al lado de los *mansos serviles* a fin de que los siervos pudieran trabajarlas con relativa comodidad y a fin de que a ellos —los ministeriales— les fuera fácil vigilar el trabajo de los siervos.

Señores y vasallos

El imperio carolingio, o de Carlomagno, ocupó toda la región europea en que se hallan hoy Francia, Alemania, parte de Polonia, parte de Checoslovaquia, Austria, parte de Yugoslavia e Italia, y después de la muerte de Carlomagno se dividió en tres grandes países, Francia, Alemania e Italia, y más adelante fue dividiéndose a impulsos de las divisiones feudales, que fueron creando fronteras y reagrupando zonas, las que al fin establecieron las bases territoriales de las nuevas naciones que iban a formarse con el paso de los siglos. En todo lo que fue el imperio carolingio se entregaron tierras a los nobles guerreros, pero tal como expliqué en la primera conferencia esas tierras estaban pobladas a base de las antiguas villas o aldeas romanas. Los señores que recibieron esas tierras las recibieron del rey en usufructo. En los conceptos de la época, el verdadero dueño de esas tierras era Dios, y el rey

era su vasallo, y las repartía en nombre de su señor, que era Dios. Al recibir esas tierras del rey, los nobles pasaron a ser sus vasallos, y como tales vasallos contraían obligaciones con el rey. El rey se quedaba también con un feudo, y en ese sentido él mismo era un señor feudal y se mantenía de lo que producía su feudo. Pero cada uno de esos señores feudales vasallos del rey recibió, junto con las tierras, determinados poderes reales que el rey delegó en él para que él ejerciera la autoridad real en sus feudos. En los casos en que no sucedió así, la costumbre se generalizó y cada señor feudal acabó ejerciendo en sus dominios la autoridad real.

Cuando el noble recibía un feudo del rey, se inclinaba de rodillas, ponía sus dos manos en la mano derecha del rey, éste le colocaba sobre las manos algún objeto, y con ese acto quedaba establecido el contrato de enfeudación. El señor se comprometía a darle al rey un servicio llamado noble, a cambio del usufructo de esas tierras. Ese servicio noble consistía en servirle durante cuarenta días al año en acciones guerreras. En los primeros tiempos el rey enviaba delegados —que eran también nobles— a comprobar si los señores feudales ejercían de manera correcta la autoridad que el rey les delegaba, pero con el andar del tiempo los señores feudales acabaron obteniendo del rey el llamado derecho de inmunidad, por el cual quedaban libres de las visitas de esos delegados reales. El derecho de inmunidad dejó en manos de los señores feudales toda la autoridad delegada por el rey, y los convirtió, por tanto, en señores de pleno derecho de sus feudos. Fue así como los señores feudales acabaron teniendo la autoridad indispensable para hacer justicia, que en muchos, si no en casi todos los casos, llegaba hasta imponer y ejecutar penas de muerte; la autoridad para cobrar tributos; la autoridad para acuñar monedas; la autoridad para levantar ejércitos (las mesnadas); la autoridad para hacer la guerra, así fuera a otro señor feudal

que fuera vasallo del rey, y a veces hasta al rey mismo; la autoridad para hacer la paz. Todas éstas fueron potestades que pasaron del rey a los señores feudales.

Ahora bien, sucedía que con el paso de los siglos los grandes señores feudales que habían recibido los poderes del rey y luego se quedaron con ellos, pasaron a delegar esos poderes en otros señores. Así vemos como fue formándose una pirámide de vasallos, que comenzaba arriba con un solo vasallo, el de Dios, que era el rey, y abajo de él había varios vasallos (en Francia, por ejemplo, llegó a haber siete grandes señoríos feudales), y debajo de esos otros muchos que eran vasallos de los vasallos del rey, y como veremos luego, la pirámide siguió ampliándose en escala descendente; de manera que acabó produciéndose una proliferación de señores que ejercían todos o parte de los derechos que originariamente sólo podía ejercer el rey. Así pues, hubo un largo proceso de transmisión de poderes, y con él de apropiación de las tierras. El último de los vasallos, el que se hallaba en la base de la pirámide era el siervo de la gleba; y éste no tenía ya la menor participación en lo que quedaba de los poderes reales. En esa pirámide, el verdadero señor feudal era el que retenía la suma de potestades reales, el llamado señor jurisdiccional, que era generalmente un duque o un conde o un marqués. Esto último es lo que explica que en la Baja Edad Media los señoríos feudales se llamaran también ducados, condados o marquesados.

La descripción que acabo de hacer es de tipo vertical; y ahora voy a pasar a hacer una de tipo horizontal. Así, imaginémonos un feudo donado por el rey a uno de sus nobles. Ese señor feudal podía obtener, siempre mediante la violencia, o por convicción si no necesitaba usar la violencia, que éste o aquel miembro de la pequeña nobleza que vivía en un lugar separado de su feudo se enfeudara con él, pasara a ser su vasallo, y el señor feudal delegaba en él uno, dos o más de los

poderes que él tenía, por ejemplo, el de cobrar *censos* y *banalités* o recibir prestaciones. Esos vasallos de un señor feudal podían enfeudar a su vez a siervos, colonos o campesinos. Pero también sucedía que muchos campesinos libres y colonos se enfeudaban con otros señores, no con los que les correspondían dentro de los límites de los feudos. Al suceder esto ocurrían dos cosas: la primera, que esos campesinos libres y colonos pasaban a ser vasallos de señores que a su vez eran vasallos de otros señores, y aun podía suceder, y sucedía a menudo, que estos últimos eran también vasallos de señores más poderosos; y la segunda, que dentro de los límites de un feudo había siervos de un señor, o de más de un señor, que no era el señor de ese feudo. Como puede apreciarse, los latifundios del régimen feudal eran muy complejos y no se parecían a los latifundios que conocemos en la América Latina.

Los campesinos libres, los colonos y los siervos de la gleba ocupaban distintos *alodios* y distintos *mansos*, y a veces un campesino libre ocupaba dos *alodios*, y un siervo, dos *mansos serviles*; y sucedía además que podía darse el caso de que tanto cada uno de ellos como un señor que era a su vez vasallo de otro señor resultara enfeudado con un señor que no era el que podía llamarse su señor natural. ¿Cómo podía suceder eso? Eso ocurría, sobre todo, a través del sistema de vasallaje cuando en él estaba envuelta la iglesia; porque así como los grandes nobles guerreros obtuvieron feudos de los reyes, así obtenían feudos monasterios, iglesias, conventos y santos, pues resultaba que en aquella edad, que tenía como base ideológica la religión y en la que se cometían tantos actos de violencia, era frecuente que cuando veía cerca la muerte, el hombre que disponía de bienes testara a favor de un monasterio, de un convento de una iglesia y hasta de un santo patrón. Naturalmente, si ese hombre pudo arreglárselas en la tierra mientras vivió, a la hora de la muerte tenía que buscar una protección

celestial, y la buscaba dejándole lo que tenía a alguien que pudiera intermediar con él ante Dios. Ahora bien, la iglesia, el santo patrón o el convento al cual le dejaba sus bienes era un señorío feudal distinto a aquel en el cual se hallaban esos bienes; y a menudo ese señorío feudal religioso se encontraba en lugares muy alejados de aquel donde se encontraban los bienes testados. Sucedía también que a lo largo del tiempo, por la vía de los matrimonios entre señores, el que moriría testaba a favor de un familiar que era a su vez señor de un feudo lejano, de manera que el señor de este último venía a ser también señor de una parte —así fuera un solo *manso servil*, o dos, o cinco— que hasta ese momento pertenecía a otro señor. Así vino a suceder que en un mismo feudo tenían jurisdicción varios señores; no sólo los señores que eran vasallos directos del señor jurisdiccional, sino también varios que eran vasallos de vasallos y hasta vasallos del señor jurisdiccional de otro feudo.

Las complejidades de las enfeudaciones

¿Por qué un noble de la pequeña nobleza se enfeudaba a un señor feudal, y por qué, a su vez, un campesino libre se enfeudaba a un miembro de la pequeña nobleza, y por qué a su vez un colono se enfeudaba a un campesino libre?

Lo hacían porque en el sistema feudal los señores ofrecían protección a aquellos que se les enfeudaban; por ejemplo, protección contra atacantes armados o contra el hambre en tiempos de malas cosechas. El señor jurisdiccional era el único que podía levantar ejércitos para salir a combatir contra un enemigo que amenazara el territorio del señorío. El señor le ofrecía a su vasallo justicia; se comprometía a hacerle justicia, y esa justicia se producía en dos aspectos; o era la que decretaba el señor o era la que correspondía a los hábitos judiciales del señorío, y en este caso, el señor hacía respetar esos hábitos.

Para darle cumplimiento a la justicia tradicional del señorío se reunía cada cierto tiempo la asamblea de los campesinos libres, y esa asamblea juzgaba de los casos menores. En la Alta Edad Media no había leyes escritas, y tampoco había contratos escritos, de manera que los fundamentos y los detalles de todo lo que se relacionaba con contratos y los derechos y deberes de cada persona se conservaban por tradición y todos los habitantes de un señorío los conocían al dedillo.

Lo mismo si tenía una casa y un solo terreno que si tenía dos o tres terrenos o dos o tres viviendas dependientes de él, así como graneros o cualquier otro tipo de construcciones, el *manso* era la unidad de prestación de servicios. Era el *manso* el que quedaba obligado, al quedar enfeudado, a dar tales o cuales prestaciones. Si una persona habitaba un *manso servil*, esa persona tenía que cumplir las obligaciones feudales del *manso*; si un hombre libre venía a vivir a un *manso servil*, ese hombre pasaba a ser siervo de la gleba. El *manso* pagaba tributos o daba prestaciones por sí mismo, a través de una de las personas que lo habitara. Aunque en un *manso* vivieran varias familias, era una sola de las personas que lo habitaban quien tenía que dar las prestaciones o pagar tributos.

El *manso* también tenía derechos; no solamente tenía obligaciones. Por ejemplo, así como uno solo de sus habitantes daba las prestaciones (el que encabezaba la familia —a cuyo nombre estaba el *manso*— era el que tenía que dar los censos cuando se trataba de un *manso* libre), así todos sus habitantes tenían derecho a participar en los beneficios del *manso indomnicato*, es decir, de las tierras comunes, de los bosques en que se recogían la leña y las frutas, y de las tierras dominiales en que se echaba el ganado a pacer después que se hacía la siega del trigo o de la cebada.

En el régimen feudal, en su etapa agraria o rural, la posición del hombre en la sociedad dependía de la posición de la

propiedad territorial. Esto debe tenerse presente siempre que se trate el tema del feudalismo agrario o de la llamada Alta Edad Media. Como ustedes mismos podrán observar, volviendo los ojos a la historia de nuestro país, aquí no se dio nunca el caso de que un hombre dependiera socialmente de la posición jurídica de la tierra que él poseía, usaba o habitaba. Como dije antes, el que ocupaba *un manso servil* pasaba a ser un siervo de la gleba. Si un campesino libre recibía un *manso servil*, fuera por herencia, por donación o por compra, ese campesino libre pasaba a ser un siervo de la gleba; y gleba significaba tierra, de donde venía a suceder que el hombre era siervo de la tierra, y era la posición de la tierra la que determinaba la de aquel que la habitaba. Por eso pudo decir Carlos Marx, en *La Ideología Alemana*, que *La organización jerárquica de la propiedad territorial, y en relación con ella, las mesnadas armadas, daban a la nobleza (feudal) el poder sobre los siervos**.

Efectivamente, así era. La nobleza tenía poder sobre los siervos, primero, porque la nobleza ocupaba las tierras nobles, las tierras dominiales; y segundo, porque contaba con fuerza militar para hacer respetar esa organización jerárquica de la propiedad territorial; no de la sociedad, no de los hombres, sino de la propiedad territorial. La sociedad feudal agraria dependía, pues, de la organización jerárquica de la propiedad; y esa es la primera novedad que nos ofrece el estudio del régimen feudal en su etapa agraria. A su tiempo veremos otro tipo de organización jerárquica en el feudalismo urbano, en la sociedad feudal urbana, pero de ese punto hablaré en la última conferencia.

Podemos ver ahora que a la autoridad para hacer justicia, hasta llegar a establecer y ejecutar la pena de muerte, para cobrar tributos, acuñar moneda, levantar ejércitos, hacer la

* Ese texto puede verse en *Formaciones económicas precapitalistas*, Edit. Latina, Buenos Aires, pág. 113.

guerra, hasta a su propio rey lo mismo que a otros señores, y la de hacer la paz, el señor feudal sumó la de enfeudar a otros hombres. Hasta donde sepamos, en la historia de la República Dominicana o de otro país latinoamericano no hubo nunca nadie que tuviera esos derechos, por lo menos a partir del año 1492; ni todos juntos ni uno de ellos, pues la moneda que acuñaron en Cuba, por ejemplo, en el siglo pasado algunos dueños de ingenios sólo tenía validez para las operaciones comerciales de esos ingenios; eran, pues, fichas metálicas con fines de control interior. Otro tanto puede decirse de los vales que circulaban en algunos ingenios norteamericanos de nuestro país, que eran canjeables sólo en las bodegas de esos ingenios y carecían de valor fuera del circuito económico de cada uno de los ingenios que los usaban. Las monedas que acuñaban los señores feudales de la Edad Media después que quedó sobrepasada la época de la economía natural, tenían circulación amplia, de acuerdo, desde luego, con su ley en metal, y eran aceptadas en todas partes, no sólo en los restantes feudos europeos sino en los países del Asia Menor que empezaron a negociar con Europa a partir del siglo X. Por otra parte era frecuente que los señores feudales que acuñaban moneda bajaran constantemente la ley de la moneda con el fin de aprovecharse de una parte de los metales nobles. Tanto abusaron muchos de los señores feudales de ese truco que llegó el momento en que las monedas de algunos feudos fueron conocidas con la calificación de *deneratas neras*, esto es, dinero negro, porque su metal, que era generalmente cobre de baja ley, acababa poniéndose negro.

Los señoríos religiosos, llamados señoríos eclesiásticos, eran numerosos, y algunos de ellos muy importantes, como fue el caso del señorío de Saint-Germain de Pres, situado en las afueras de París, que era entonces una ciudad que apenas sobrepasaba una pequeña isla del río Sena. El monasterio, o lo que es igual,

la casa grande de ese señorío, se hallaba en el centro del actual barrio de Saint-Germain, precisamente donde se encuentra la iglesia del mismo nombre. El señorío de Saint-Germain llegó a tener unas cuatro mil hectáreas, según estima Henri Pirenne; pero esas tierras estaban situadas en diversos *mansos* que se distribuían por lugares lejanos. Esos *mansos* le eran donados al monasterio por gente que moría a distancia, y hasta a grandes distancias de Saint-Germain. (Cuatro mil hectáreas equivalen a más de sesenta mil tareas).

En los señoríos eclesiásticos se tenía la costumbre de dar las instrucciones y las órdenes por escrito, de detallar muy cuidadosamente, también por escrito, todo lo que se refería a las tareas administrativas, de hacer con frecuencia *polípticos*, de documentar mediante testimonios todos los hechos que iban aconteciendo, y especialmente todo lo que se refería al régimen económico de los monasterios, y gracias a eso ahora los historiadores medievalistas conocen muchos aspectos de la vida feudal y pueden hacerse una idea bastante clara de la forma en que estaba organizada la sociedad feudal.

Habitualmente el señor laico y sus dependientes o huéspedes eran analfabetos, y además no tenían un sitio donde ir acumulando documentos o informaciones. Debemos suponer que los villicus, o ministeriales o senescales o bailíos, se sentirían muy felices de que no hubiera documentación, de no tener que darles cuenta a los señores de cómo iban las cosechas, los cobros de los pechos y los censos; pero si ellos hubieran llevado registros de la administración de las tierras dominiales hoy conoceríamos mejor cómo funcionaba la sociedad feudal en sus primeros tiempos. Generalmente en la Alta Edad Media los señores sólo utilizaban el trabajo de los siervos para alimentarse y vestirse y alimentar y vestir a su familia, sus huéspedes y su corte. En esa época los señores iban recorriendo sus dominios, de uno en otro; permanecían

en cada uno el tiempo necesario para comerse lo que se había cosechado y reunido, y de ahí se iban, con todos los clientes, familiares y huéspedes, a hacer lo mismo en otro dominio. Hasta los reyes se comportaban así pues iban recorriendo sus dominios comiéndose lo que se acumulaba en cada uno. En esos tiempos los reyes eran trashumantes. Carlomagno, el gran emperador, iba de sitio en sitio comiéndose lo que producían las tierras de los llamados señoríos imperiales. Por cierto, hay descripciones de esos viajes en las que se refiere cómo el emperador iba en carreta de bueyes de lugar en lugar mientras sus acompañantes montaban caballos.

Aparición de nuevas técnicas de producción

Algunos medievalistas han calculado que en la Alta Edad Media los señores y sus familias —esto es, dependientes y esclavos— no pasaban del diez por ciento de la población europea, y que el noventa por ciento estaba compuesto por campesinos, bien libres, bien colonos, bien siervos, semisiervos o esclavos; y sin embargo ese noventa por ciento, que era el que trabajaba, usaba para él sólo treinta y tres por ciento de la producción. A pesar de todo, sucedía que con esa tercera parte de la producción los campesinos medievales de todos los niveles vivían mejor que los esclavos de la época romana, porque con todos sus aspectos negativos, el feudalismo fue un sistema superior al esclavista de los romanos. Para aumentar esa tercera parte de la producción que le tocaba a él, el campesino, el siervo de la gleba, el colono, la masa trabajadora, en fin, se empeñaba en producir más. Es verdad que cuando el trabajador campesino aumentaba la porción que le tocaba a él, aumentaba también la que les tocaba a los señores, pero no de una manera constante. Veamos, por ejemplo, el caso de los censos. Los censos no aumentaban; eran iguales y estables durante toda la vida del vasallo que los pagaba, lo mismo si

aumentaba que si disminuía lo que él producía. Si la obligación del censo de un campesino con su señor, o de un colono con su señor, o de un señor vasallo con su señor superior, era entregarle cada año un carnero o un par de gallinas —cosa que debía hacer, como expliqué antes, en señal de vasallaje, y no como tributo—, pues eso entregaba año por año, así aumentara o disminuyera su producción. Los que le daban a su señor prestaciones de trabajo sí aumentaban los frutos para el señor; y otro tanto sucedía con el pago de las *banalités* o *pozas*.

En el régimen feudal el productor no se parecía al de la sociedad capitalista. En el sistema capitalista el trabajador, sea campesino o urbano, está separado de los instrumentos de trabajo, y en el sistema feudal, tanto en el rural como en el urbano, no se conocía el caso del trabajador separado de los instrumentos de trabajo. Cuando el siervo de la gleba daba prestaciones a su señor, lo hacía no sólo con su fuerza de trabajo sino también con su arado y sus bueyes. En este aspecto la sociedad feudal era mucho más coherente que la nuestra, pues así como mantenía al productor adscrito a la tierra, así lo mantenía también unido a los animales y las herramientas que le permitían producir en esa tierra. Cuando el siervo tenía que dar una prestación de trabajo de tantos días —y debemos tener en cuenta que en muchos lugares de Europa las prestaciones promediaban tres días de trabajo por semana durante todo el año agrícola— la daba con sus caballos, con sus bueyes y con su arado, si se trataba de arar, o con su guadaña, su hoz y su rastra, si se trataba de segar, o con sus herramientas artesanales, si era un siervo artesano. El señor no hacía ningún tipo de inversión. Como al paso del tiempo iban mejorando las técnicas productivas, y el productor era el campesino, lógicamente éste producía más, y en consecuencia también producía más cuando trabajaba las tierras dominiales, o del señor, en condición de prestatario de trabajo.

El treinta y tres por ciento de la producción que le correspondía al campesino —libre, colono, semisiervo o siervo— marcaba la distinción entre el productor de la Alta Edad Media y el esclavo del imperio romano. Al trabajador campesino feudal le tocaba una parte de lo que él producía, mientras que al esclavo romano no le correspondía nada. De lo que éste producía disponía su amo, y a su antojo, pues ninguna ley ni ninguna costumbre lo obligaban a separar una parte de la producción para el esclavo. El esclavo romano era una cosa, era una propiedad de su dueño, e incluso el dueño podía matarlo si quería hacerlo y no había nada que pudiera impedirlo, si bien ya en los últimos siglos del imperio se veía mal que un amo matara a su esclavo a pesar de que la ley que lo autorizaba a hacerlo no había sido abolida. El amo romano podía matar a su esclavo o llevarlo a morir al circo en condición de gladiador. El esclavo romano no disponía de ningún bien; no eran suyas ni las tierras ni los animales de labor ni las herramientas. El siervo medieval no era dueño de la tierra en que vivía en el sentido de que no tenía su propiedad plena, no podía venderla o negociar a base de ella, pero el señor no podía separarlo de ella, y además era el dueño de los animales y los útiles de labranza, y disponía a su conveniencia de la parte de la producción que no consumía el señor. La condición de hombre explotado del siervo feudal —y en general de todos los que trabajaban la tierra— no provenía tanto del hecho de que los señores consumieran las dos terceras partes de lo que él producía; provenía del hecho de que como no había excedente de producción, porque la técnica de la época no lo permitía, lo que los señores tomaban para sí era sustraído prácticamente a lo que necesitaba el campesino productor para alimentarse y para vestirse. Los señores, pues, se mantenían con lo que el campesino se quitaba de la boca y con lo que les quitaba de la boca a sus hijos y a su mujer.

Y sin embargo, a pesar de lo que acabo de decir, el secreto del progreso técnico de la época, que hizo aumentar la producción en toda Europa y con ello abrió las puertas hacia los cambios que desembocarían en el establecimiento del sistema capitalista, está en ese escuálido treinta y tres por ciento del producto bruto que le quedaba al campesino. Para aumentar proporcionalmente su tercera parte, el campesino europeo de la Edad Media inventó nuevos métodos de producción o adoptó algunos que le fueron transmitidos, nadie sabe cómo, desde regiones lejanas. Algunos medievalistas dicen que varios de los mejoramientos adoptados en Europa llegaron de Asia a través de los muy contados buhoneros o comerciantes trashumantes judíos y griegos que llegaban de Asia, a los cuales, por cierto, se les llamaba en Europa sirios.

Entre esos mejoramientos técnicos estuvo el molino de rueda, que se hacía mover mediante una corriente de agua. El agua se hacía llegar por una acequia o pequeño canal y caía sobre una rueda de aspas que era movida por el peso del agua; a esa rueda de aspas estaba conectada una rueda de piedra, y ésta era la que molía los granos. El molino de rueda economizó una enorme cantidad de trabajo humano, que antes se dedicaba a la molienda a mano, tal como la conocimos aquí hasta hace pocos años, y estoy refiriéndome a la molienda a pilón, que era la que se usaba entre nosotros para el descascarado del arroz y del café. La mano de obra que dejó libre la adopción y la generalización del molino de rueda fue dedicada a aumentar la producción agrícola de los *mansos*. Esto trajo una consecuencia, que fue la reducción en el tamaño de los *mansos*, lo que se explica porque al quedar en disponibilidad más mano de obra, ésta fue dedicada a mejorar los cultivos y comenzó a producirse más en la misma cantidad de tierra. A su vez, la reducción del tamaño de los *mansos* provocó un aumento en su número y por tanto la multiplicación del número de siervos, semisiervos o colonos.

Otro instrumento de trabajo que se incorporó al utillaje de la época y provocó un incremento importantísimo de la productividad fue el arado de vertedera, un tipo de arado desconocido hasta entonces en Europa, que hacía el corte más profundo y al mismo tiempo iba removiendo la tierra levantada y echándola a los lados. Otro fue un dispositivo muy simple, sumamente simple: el collar del caballo, que todavía se usa en Europa. Se trata de un collar que el animal lleva colocado verticalmente en el tronco del cuello. Ese collar se hace generalmente de madera y forrado con un material que impide que roce o hiera la piel del caballo. El collar de madera fue inventado para el caballo y no para el buey, que era el otro animal de labranza usado en la época —y aún hoy—, porque la constitución del buey no permite que el collar descansa sobre su pecho. Esa simpleza del collar del caballo permitió usar toda la fuerza disponible de ese animal, y por tanto multiplicó la capacidad de tracción, lo que a su vez significó la sustitución del buey por el caballo en las tareas de arar. Desde luego, eso no quiere decir que el buey desapareciera totalmente como animal de labranza, pero pasó a usarse menos que antes, lo que significa que sobraron bueyes. Cuando el campesino no tuvo que cuidar de los terneros hasta llevarlos a edad de trabajo, los crió para el consumo humano; esto es comer más carne, lo que naturalmente se tradujo en más salud, más capacidad de producción y más población. Véase, pues, lo que provocó en Europa un adminículo tan simple como el collar del caballo.

Resultados sociales del mejoramiento técnico

El aumento de la producción, derivado de las nuevas técnicas y proseguido con el aumento de la población, que se debió a la aplicación de esas nuevas técnicas, se tradujo, al paso del tiempo, en producción sobrante, en excedentes de producción

agrícola que pudieron ser destinados al comercio; primero, a hacer trueques, y más tarde, a ser vendidos. Pero se tradujo también en tiempo libre, en tiempo que le sobraba al campesino. ¿Cómo pasó el campesino a usar ese tiempo sobrante? Pasó a usarlo en mayor dedicación a tareas artesanales, con lo cual se produjo un cambio cualitativo en la producción, pues muchos hombres que en las condiciones anteriores hubieran sido labradores acabaron convirtiéndose en artesanos. Este paso de una parte de la población de campesinos a artesanos significó, naturalmente, una diversificación y por tanto una especialización del trabajo. En su debida oportunidad, de esa diversificación y de esa especialización del trabajo saldría la sociedad feudal urbana, antecesora inmediata del capitalismo mercantil.

Cuando hubo suficiente producción agrícola y artesanal surgieron los mercados de las villas o aldeas, adonde cada quien llevaba sus sobrantes de productos agrícolas y artesanales. Esos eran mercados pequeños, a los cuales iba a comprar y a vender la población de las aldeas y de sus contornos. Esos mercados no tuvieron influencia directa en el desarrollo de la economía dineraria del Medioevo, pero tuvieron influencia indirecta; en primer lugar, porque se autorizó la batición de monedas para traficar en esos mercados, aunque se trataba de monedas de poco valor, y hay documentos que prueban que esa autorización fue dada por lo menos en el año 832; y en segundo lugar porque los señores se acostumbraron a cobrar tributo en dinero por cada artículo que sus siervos vendían en esos mercados, y a través del cobro de esos tributos los señores se dieron cuenta de que podían obtener de los siervos beneficios adicionales, que no se limitaban a los productos agrícolas, y además se dieron cuenta de que podían recibir esos beneficios adicionales en dinero. De ahí provino que los señores estimularan la producción artesanal entre sus siervos, lo cual representó para

los señores la solución de un problema que iba agravándose con el paso de los años; el problema de la división de las tierras, que había llegado a su límite con el aumento de la población. Al hacerse imposible seguir dividiendo las tierras, la mano de obra sobrante no tenía destino, y lo halló en las tareas artesanales.

(A fin de que cada quien se sitúe en las circunstancias de la época diré que no hay que ver la Alta Edad Media con las experiencias de hoy. Por ejemplo, cuando se habla de riquezas en aquella época hay que tomar en cuenta que esas riquezas eran relativas al tamaño de la población y a la cuantía de la producción. La circulación monetaria, en los tiempos en que aparecieron los mercados de las villas o aldeas, era bajísima; lo fue hasta en siglos mucho más avanzados, en los días de las ciudades medievales, allá por los siglos XII y XIII. En los tiempos de la Alta Edad Media en que aparecieron los mercados de las villas o aldeas, y con ellos las primeras monedas batidas para facilitar la actividad de esos mercados, toda Europa era pobrísima, y por tanto esas monedas eran relativas al estado de pobreza general).

Los señores, pues, acabaron descubriendo, gracias a esos pequeños mercados de las aldeas, que los hombres que no podían producir nada para ellos porque no disponían de tierras podían pasar a ser productores en su provecho si eran dedicados a trabajos artesanales; de donde vino a resultar que esos señores estimularon la formación de un artesanado numeroso con la esperanza de sacar ventajas de él, sin llegar a darse cuenta de que la formación de un artesanado numeroso iba a ser la base de la formación y el desarrollo del feudalismo urbano, y el feudalismo urbano iba a convertirse, a su vez, en la causa primera del decaimiento del feudalismo rural o agrario debido a que fue el agente histórico llamado a deteriorar las relaciones de producción del feudalismo rural.

En algunas regiones europeas los campesinos acabaron especializándose en ciertos renglones de la producción; por ejemplo, en la producción de vinos. Lo mismo que sucede con el tabaco y el té, la calidad del vino depende de la relación entre la composición de la tierra, el grado de humedad y de sol y los conocimientos del agricultor. Eso es lo que explica que cerca del lugar donde se produce un determinado tipo de uva que da un determinado tipo de vino se obtiene otro tipo de uva que da un tipo de vino diferente. En el Medioevo el pueblo tomaba cerveza, que se hacía de la cebada, y la cebada se produce con facilidad y en abundancia; por otra parte, producir cerveza era una tarea sencilla para la cual no se requerían instalaciones especiales, y por eso los siervos hacían cerveza en sus *mansos*. Pero la producción de vino era más complicada, y lo era a partir de la producción de la uva pues no podía producirse en cantidad apreciable sino después que hubiera progreso técnico; y cuando lo hubo, y con él mano de obra sobrante que podía dedicarse a elaborar ese producto, fueron aumentando las cantidades de vinos y fue generalizándose entre los señores el hábito de beber vino. Los vinos vinieron a ser artículos de lujo, que sólo podían consumir los señores, pues es ley del desarrollo económico que al haber excedentes en la producción aparezcan artículos de lujo para el uso de las capas sociales privilegiadas.

Si ustedes recuerdan que los señores viajaban de uno a otro de sus dominios consumiendo lo que se acumulaba en cada uno, se darán cuenta de que al acostumbrarse a beber vino los señores se acostumbraron también a beber tantas calidades de vino como las que se daban en sus tierras, y esos hábitos condujeron al intercambio de vinos, de donde resultó que los vinos se convirtieron en productos solicitados en todas partes donde había señores. Eso es lo que explica que los vinos fueran la base de las primeras actividades comerciales llevadas a

cabo en Europa en escala importante, cosa que ocurrió entre fines del siglo VIII y principios del IX; y a su vez esas actividades comerciales iniciadas con los vinos llevaron a los señores a darse cuenta de que ellos podían recibir dinero a cambio de productos de la tierra. Esto significó un avance enorme sobre el cobro de tributos por artículos vendidos en los mercados de las villas o aldeas, pues ya no se trataba de obtener algunas monedas de poco valor por la vía del tributo, sino de recibir dinero vendiendo un producto que salía de la actividad agrícola. De ahí se pasó a la percepción de dinero en sustitución de prestaciones de trabajo. Ese fue un proceso que fue avanzando lentamente, en tiempo de siglos, y cuando llegaron los días de las luchas entre el feudalismo urbano, o de las ciudades, y el feudalismo rural, o de los campos, los vividores de las ciudades compraron a menudo sus libertades con dinero.

La producción y el comercio de los vinos inició la liquidación de la época de la economía natural y abrió el apetito de los señores por el dinero, y para producir vinos los señores se hicieron de las mejores tierras, generalmente usando la violencia. La violencia estuvo generalizada a lo largo de toda la Edad Media. No podemos hacernos idea de cuántos millones de vidas costó la violencia medieval, pero sería incorrecto pensar que esa época fue pacífica, y que los hombres llegaban a acuerdos mediante el diálogo gentil, bajo la mirada apacible de su Dios. Las luchas de los señores entre sí por arrebatarse las tierras eran sin cuartel; y los señores de la baja nobleza, que no pudieron recibir tierras o no pudieron enfeudarse a señores muy poderosos, acabaron dedicándose al bandolerismo, y actuaban como bandoleros de los caminos; asaltaban a los señores cuando iban con sus huéspedes y sus clientes de un dominio a otro y en épocas más tardías asaltaban a los comerciantes para robarles lo que llevaran.

Además de mucha violencia, en la Edad Media hubo mucha miseria y mucha ignorancia. Se calcula que todavía para el siglo XII el promedio de vida de los habitantes de Europa era de veinticuatro años, y como ustedes saben, la llamada Peste Negra, que se produjo a mitad del siglo XIV —del 1347 al 1352—, mató millones de personas; algunos medievalistas dicen que a la tercera parte de la población de Europa, pero otros dicen que a la mitad. En cuanto a la ignorancia, se sabe, por ejemplo, que a pesar de lo mucho que se esforzó por establecer escuelas, que más que escuelas eran pequeños centros de adoctrinamiento religioso, el gran Carlomagno no sabía ni leer ni escribir; y por ahí podemos juzgar lo que ocurría con los que no eran emperadores.

Los explotados de la sociedad feudal

Entre las obligaciones de los siervos, los semisiervos, los colonos y los esclavos, además de los trabajos que debían realizar en condición de corveables, estaban los trabajos para hacer o arreglar caminos y canales, para hacer puentes y construir iglesias; y estaban además las *banalités* o poyas.

Las *banalités* o poyas eran obligaciones serviles relacionadas con el uso de equipos o instalaciones que sólo podían ser propiedad de los señores; por ejemplo, el molino de rueda, el horno para cocer el pan, los lagares para majar la uva y los tanques para fermentar el vino, eran siempre propiedad de los señores y los siervos estaban obligados a usarlos y a pagar por el uso.

Entre las *banalités* o poyas había una muy importante, que consistía en lo siguiente: todo vasallo productor de vino tenía que esperar cierto tiempo, a veces hasta dos semanas, después que se producía el vino del señor, para poder usar las instalaciones señoriales dedicadas a la producción de vino. De esa manera el vino de los señores salía a la venta con suficiente

anticipación al de sus vasallos. ¿Por qué habían establecido los señores ese tipo tan particular de *banalité* o poya? Pues lo establecieron porque antes de que Pasteur descubriera que el agente que agriaba los vinos era un hongo —lo que vino a suceder el siglo pasado—, se creía que el calor del verano hacía fermentar los vinos, y el verano es precisamente la época de la vendimia. Así, pues, en los siglos medievales el vino que no se vendía rápidamente estaba en riesgo de agriarse, y los señores no querían correr ese riesgo; en consecuencia, los vinos de sus vasallos no podían venderse hasta tanto no se vendieran los de los señores.

Si un siervo permitía que su hijo se hiciera sacerdote se multaba al siervo porque se consideraba que él era responsable por la pérdida de un hombre de trabajo en que incurría el señor; se multaba al siervo a quien un hijo se le iba del lugar a estudiar; el siervo tenía que pagar si uno de sus hijos se casaba con una mujer fuera del señorío, y también si se casaba con una mujer libre, porque en este caso los hijos de ambos nacerían libres, de manera que los nietos del siervo no serían siervos y no le servirían al señor; el siervo tenía que aportar dinero para el regalo que se le hacía al hijo del señor el día en que quedaba armado caballero; tenía que contribuir para rescatar al señor si caía prisionero de otro señor en una de las frecuentes guerras de la época entre señores o si caía preso en manos de los bandoleros de que hablé hace poco. Conviene explicar que en las guerras medievales y en los actos de bandolerismo de aquellos tiempos se procuraba que el señor enemigo no fuera muerto sino que cayera prisionero a fin de cobrar un rescate por su libertad. Los muertos en esas guerras eran los siervos que servían en los ejércitos o mesnadas de los señores. Una de las obligaciones del siervo era acompañar al señor a la guerra. Los herederos del siervo tenían que pagar el impuesto llamado de la mano muerta, que consistía en entregarle al

señor una prenda o un objeto o un animal que había sido de la propiedad del muerto. Había que pagarle al señor un impuesto para que autorizara el matrimonio de un siervo o de su hijo con una mujer libre o sierva de otro señorío, o el matrimonio de la hija de un siervo con un campesino libre o un siervo de otro señorío; ese impuesto se llamaba de *formarriage*. Si el siervo moría sin dejar descendientes masculinos que vivieran en el señorío, su *manso* retornaba en propiedad al señor; si tenía hijos varones que vivieran en el señorío, estos heredaban el derecho de usufructo del *manso*, y eso, generación tras generación. Prácticamente, era como si fueran propietarios que heredaban la propiedad, con la diferencia de que no podían vender el *manso*. Si el siervo muerto dejaba una heredera en vez de un heredero, la heredera conservaba el derecho de usufructo del *manso* sólo si estaba casada con un hombre del señorío, que fuera siervo también, o si se casaba con un siervo del señorío inmediatamente después de la muerte del padre.

El esclavo de la época feudal no era un remanente de la antigüedad romana; esto es, no era generalmente descendiente de esclavos romanos, y no podía serlo porque los esclavos del Medioevo aparecen a partir del siglo VII, y el imperio romano había caído en el siglo V, de manera que era imposible que al cabo de tres siglos hubiera todavía descendientes esclavos de los esclavos del imperio; tanto más si se recuerda que desde el siglo III comenzó la descomposición del régimen esclavista de Roma y el proceso de declarar libertos o colonos a los esclavos.

Ahora bien, sucedió que la desaparición del imperio romano no significó la desaparición de la esclavitud en Europa. La esclavitud siguió siendo común sobre todo en la región del Mediterráneo, porque estaba instituida en los países árabes y porque justamente en esos siglos se conoció un notable desarrollo de la piratería. Por cierto, gran parte de los piratas eran árabes; y la presencia de los árabes en el Mediterráneo jugó un

papel importante en el desarrollo del régimen feudal de Europa y en el paso del feudalismo agrario o rural al urbano, así como lo jugó la piratería normanda, que tuvo como teatro de sus actividades el norte de Europa. Suecos y daneses se dedicaron a la piratería. Navegaban en barcos de líneas largas y altas, bajo el mando de los fieros vikingos, descendientes de los godos. El nombre de normandos con que fueron conocidos significa hombres del norte. Esos normandos arrasaban las costas de Escocia e Inglaterra y negociaban con los pobladores de lo que hoy es Rusia, llegaban por ahí hasta el Mar Negro y por el oeste hasta las islas Canarias, y arribaron a América siglos antes que Colón; se establecieron en Sicilia, en el sur de Italia, en el norte de Francia, donde llegaron a formar el Ducado de Normandía, uno de cuyos señores fue Guillermo el Conquistador, que conquistó Inglaterra. Fueron los ataques de esos jefes piratas —que es lo que quiere decir la palabra vikingo— de origen godo, los de los árabes en el Sur y los de los húngaros en el Este, lo que obligó a los señores feudales europeos a construir castillos, tras cuyas murallas se defendían de tales ataques las poblaciones de las regiones atacadas.

Los árabes, por su parte, y los piratas del Mediterráneo, fueran o no fueran árabes, hacían prisioneros tanto a los enemigos capturados en las batallas como a los tripulantes y los pasajeros de los barcos que tenían la fatalidad de caer en sus manos. Esos prisioneros eran llevados a los mercados de esclavos, de los cuales había varios en Europa, y era en esos mercados de esclavos donde se surtían los vendedores de esclavos de la Edad Media. De modo, pues, que la esclavitud medieval no tenía nada que ver con la de los tiempos de Roma.

El esclavo del régimen feudal se usaba como sirviente, como doméstico; no era trabajador campesino y no era por tanto el productor que mantenía a los sectores dominantes de la sociedad feudal.

A diferencia del esclavista romano, que estaba autorizado por la ley a matar a sus esclavos, el señor feudal no podía hacerlo. A medida que el sistema feudal fue evolucionando y los señores fueron teniendo necesidad de más productores —caso que se presentaba de manera aguda cuando había epidemias o guerras—, liberaban a los esclavos y los hacían colonos. La esclavitud fue eliminada de la sociedad feudal europea pasado el siglo X, gracias especialmente a los esfuerzos de los papas, que pusieron su enorme autoridad moral al servicio de la lucha contra el mantenimiento de la esclavitud y consiguieron al fin, en el siglo XI, que los compradores de esclavos cesaran de adquirirlos.

Aquí doy fin a la exposición de lo que fue, objetivamente, el feudalismo rural; y termino llamando la atención de ustedes sobre la siguiente pregunta:

¿Conocen ustedes algún momento de la historia de nuestro país en que se hayan repetido las características del sistema feudal agrario, tal como aparecen en lo que han oído?

Yo no lo conozco, pues si es cierto que las prestaciones de trabajo se han dado y se dan a menudo en nuestro país, se dan completamente fuera del contexto en que se daban en el feudalismo rural europeo. Allí eran parte de un contrato social que obligaba al siervo desde antes de nacer hasta después de morir; a sus padres, a él y a sus hijos; mientras que aquí el campesino que presta trabajo al latifundista lo hará mientras lo desee, le convenga o lo necesite, pero podrá liberarse de él hoy mismo, mañana o dentro de un año.

En realidad, los dominicanos no hemos conocido el feudalismo, por lo menos tal como aparece descrito en las obras de los historiadores del Medioevo.

TERCERA PARTE EL FEUDALISMO URBANO

Las ciudades de la Edad Media comienzan a aparecer en el siglo X, y al mismo tiempo se pueblan de nuevo algunas de las antiguas ciudades romanas. No hay documentos de la fundación de ciudades, excepto cuando se trata de las llamadas *villas nuevas*, de las cuales se hablará dentro de poco. Los documentos sobre la vida urbana del Medioevo comienzan a aparecer después que se organiza la vida ciudadana y especialmente después que surgen los movimientos de las ciudades contra los señores feudales, el movimiento llamado la *comuna*, que se generalizó por toda Europa.

Ahora bien, esas ciudades que comenzaron a aparecer en el siglo X, una aquí, otra allá y otra más allá; que se multiplicaron en tal forma que en dos siglos llegó a haber miles de ellas —todas muy pequeñas en sus orígenes—, tenían varias características comunes que vale la pena destacar. Por ejemplo, todas se parecían en el hecho de que eran amuralladas y tenían torres para defenderse de los ataques de otros señores feudales o de fuerzas enemigas procedentes del exterior. Esas murallas y esas torres se elevaban en los castillos, y los castillos empezaron a ser construidos antes del siglo X. Como se dijo ya, las invasiones normandas en el Norte, las invasiones sarracenas en el Sur y los ataques de los húngaros en el Sudeste obligaron a los señores feudales de los territorios periféricos a construir castillos y más tarde esos castillos

sirvieron para mantener la defensa de los feudos en las guerras interfeudales, razón por la cual su construcción se generalizó en todas partes.

Originariamente la ciudad medieval apareció bajo la protección de un castillo, pero siempre fuera del castillo. Por esa razón las ciudades comenzaron llamándose *foris-burgus*, de donde saldrá después la palabra francesa de *faubourg*, esto es, arrabal. Como ustedes saben, el feudalismo tiene un origen dual, germánico y romano, y la voz *foris-burgus* era a la vez latina en su primera parte y germana en la segunda. Efectivamente, de las lenguas germanas salió la palabra *bourg*, que quería decir sitio protegido o lugar donde la gente se hallaba protegida por una muralla; de manera que *foris-burgus*, o lo que es lo mismo, fuera de las murallas, indica que las ciudades, como dije, surgieron cerca del castillo, como quien dice, a su sombra, pero fuera de él. Ahora bien, esas ciudades harían también sus murallas con el fin de defenderse, no de los que se hallaran en el castillo sino de los que lo atacaran, y cuando la ciudad empezaba a crecer iba ampliando sus murallas o levantándolas nuevas; en muchos casos las murallas de la ciudad acabaron rodeando no sólo la ciudad sino también el castillo. Volviendo a la voz germánica *bourg*, ésta terminó imponiéndose con tanto vigor que de ella salió la palabra *burgo*, que fue el nombre genérico de las ciudades medievales; a su vez, de *burgo* saldría *burgués*, que quería decir, en los primeros siglos del feudalismo urbano, habitante de un *burgo*, sin ninguna otra significación.

Probablemente algunas villas o aldeas acabaron desarrollándose como ciudades, sobre todo si estaban en cruces de caminos o en sitios estratégicos, en tierras muy fértiles o a las orillas de ríos importantes, que en los tiempos medievales eran las vías de comunicación preferidas. La plaza aparecía siempre en el centro del burgo medieval; en esa plaza, además

del mercado, estaban el edificio de las autoridades municipales, la iglesia, las tiendas de los artesanos. Todas las plazas de las ciudades medievales que quedan en pie son parecidas, y todas las ciudades medievales se parecen en ciertos rasgos y sobre todo en que fueron hechas a la medida del hombre. Eso les da a las ciudades medievales una atmósfera humana gratamente acogedora.

Hay por lo menos dos teorías sobre la formación de las ciudades o burgos del Medioevo. Una, de la cual es autor Henri Pirenne, cree que nacieron como dijimos antes, fuera de los castillos, en puntos donde los comerciantes de la época —los judíos y griegos a quienes en toda Europa llamaban sirios— iban a colocar sus mercancías para tenerlas protegidas por el castillo cercano mientras ellos recorrían las regiones vecinas. Otra teoría, que es la más socorrida en los países socialistas, alega que las ciudades fueron creadas por los artesanos. Como les dije en la segunda conferencia, los señores feudales estimularon la proliferación del artesano, y la estimularon porque la economía natural había hecho crisis. Llego un momento, entre los siglos VIII y IX, pero de una manera más definida en la primera mitad del siglo IX, en que esa economía natural no podía satisfacer las necesidades de los señores. Los señores se habían acostumbrado a usar artículos de lujo, por ejemplo a beber vino, y los vinos, como les dije antes, son muy variados, y el que se habitúa a beber un vino quiere en poco tiempo beber de otro; y había países que no producían vino, como Inglaterra, Dinamarca, Holanda, pero producían artículos que podían trocarse por vinos, de manera que se establecieron corrientes comerciales a base de los vinos y de los artículos que se cambiaban por ellos. Pero además de ese comercio basado en el vino, los comerciantes extranjeros, esos llamados sirios que comenzaron a visitar Europa en el siglo VIII, y que recorrían todas las regiones europeas para el

siglo IX y eran numerosos en el siglo X —especialmente del 950 en adelante—, llevaban del Asia trajes y armas de lujo que los señores querían adquirir. Nada de eso podía adquirirse dentro de la economía natural, y por tanto ésta no satisfacía ya los gustos, las inclinaciones y las apetencias de los señores. Por experiencia propia, los señores se dieron cuenta, al cobrar tributos sobre los artículos de artesanía que se vendían en los mercados locales, de que los artesanos generaban economía dineraria, y al pasar a vender vinos los artesanos participaban en la producción como fabricantes de envases. Así, pues, los señores acabaron estimulando la formación del artesanado porque éste era un agente de cambio de la economía natural a la dineraria.

Los medievalistas del campo socialista dicen que cuando el artesanado creció en número tuvo que salir de las aldeas a vender sus productos en los cruces de los caminos, en los sitios por donde pasaban los mercaderes y los posibles compradores, y especialmente en los castillos o en sus cercanías. Durante las guerras, que eran frecuentes en el Medioevo, o en el caso de asaltos, como los que daban los normandos, los húngaros y los sarracenos, la población de los sitios atacados se refugiaba en el castillo. El castillo tenía generalmente una torre, donde vivía el señor; tenía viviendas para las mesnadas; tenía capilla y tenía espacio suficiente para la población no combatiente. El castillo, pues, se convertía en un lugar donde había gente que necesitaba ser abastecida de artículos de consumo diario, y quienes abastecían a los que se encontraban en los castillos eran los artesanos, que en esa época eran mitad campesinos y mitad artesanos. La teoría de la formación de las ciudades o los burgos opuesta a la de Pirenne mantiene que las ciudades surgieron de las agrupaciones circunstanciales de los artesanos convertidos en comerciantes.

Aparición de la ciudad feudal

Puede que hayan ocurrido las dos cosas, e incluso tres; que unas ciudades se hayan formado de acuerdo con la teoría de Pirenne, que otras se hayan formado de acuerdo con la teoría que acabo de explicar, y que otras hayan sido el resultado del crecimiento de las antiguas aldeas. De todos modos, no hay que olvidar un factor que jugó su parte en el proceso; un factor tan importante que sin él no ha podido haber ciudades, y estoy hablando del aumento de la población. El aumento de la población fue notable, especialmente a partir del siglo IX. Es posible que alguno de ustedes se pregunte cómo se sabe que para esa época hubo ese aumento de la población, dado que entonces no se hacían censos; pero no olviden que en muchos establecimientos, y especialmente en los religiosos, se hacían *polípticos*, y que en los *polípticos* se hacían figurar no sólo las construcciones, los animales y las herramientas, sino también el número de las personas. Pues bien, los *polípticos* indican que a partir del siglo IX, y aun durante ese siglo, hubo un aumento notable de la población; y el crecimiento de la población tenía necesariamente que provocar lo que hoy llamamos movilizaciones horizontales, esto es, salida de muchas personas de sus lugares de nacimiento y de trabajo hacia sitios donde pudieran desarrollar sus actividades.

A medida que crecía, la población iba sobrando en los *mansos serviles*. Se estima que para el siglo IX la familia servil estaba compuesta por 4.5 personas, de las cuales debemos pensar que una era el padre, otra la madre, y de las 2.5 restantes, una por lo menos debía ser un hijo varón. Ahora bien, si en cada familia había dos hombres, o un hombre y un joven en capacidad de trabajar, resultaba que sólo uno de ellos tenía que dar prestaciones de trabajo al señor; y eso, cuando un *manso* estaba habitado por una sola familia, pues si lo estaba por más de una, dado que sólo una persona de cada manso daba prestaciones de

trabajo las que no daban prestaciones eran varias. Tenemos entonces que muchos hombres —sin duda, especialmente entre los jóvenes— no se sentían comprometidos a permanecer en las aldeas porque no tenían obligaciones familiares que cumplir debido a que en el *manso* había quien las cumpliera. Por otra parte, sabemos, y antes lo expliqué, que cada vez los *mansos* eran más pequeños, de manera que realmente había gente que no tenía donde trabajar, a lo menos en las faenas agrícolas.

Lógicamente, la mayoría de esas personas se dedicaban a alguna labor de artesanía. Pero debemos tener presente que ellas, como todo el régimen feudal, estaban inmersas en un proceso de desarrollo, en la cual los cambios no se producían de la noche a la mañana; y por tanto, hay que darse cuenta de que esos artesanos pasaron años y años, decenas de años, y tal vez un siglo, siendo al mismo tiempo campesinos y artesanos, y luego cada vez menos campesinos y más artesanos. En pocas palabras, la sociedad feudal iba avanzando hacia la división del trabajo, que se acentuaba a medida que la población crecía y que al fin terminó con los campesinos viviendo en las aldeas y los artesanos en los *burgos*. Además de lo que acabo de decir podemos estar seguros de que muchos siervos abandonaban a sus señores para irse a enrolar en las mesnadas de otros señores que estaban haciendo la guerra, bien una guerra interfeudal, bien repeliendo los ataques de los normandos, los húngaros y los sarracenos; otros lo harían para irse a comerciar o para entrar de legos o sirvientes en conventos lejanos y otros simplemente porque no querían seguir atados al *manso* y a un señor. En todos los casos los siervos que huían trataban de irse a lugares lejanos, donde los señores no pudieran localizarlos, pues si llegaban a saber donde estaban tenían el derecho de reclamar que se los devolvieran.

El auge del artesanado, el aumento de la población y la aparición de las ciudades son, sin duda, hechos que se

complementan, y la aparición de las ciudades impulsó el desarrollo del comercio; no ya del tipo de comercio trashumante que se había conocido hasta entonces, sino de uno mucho más amplio, que era a la vez interurbano, interfeudal e interregional; y la presencia de una actividad comercial geográficamente amplia puso punto final a la economía natural. Una vez aparecidas las ciudades, ya no era posible seguir produciendo en una economía natural.

Ya había división del trabajo en grado suficiente; ya se requería que el intercambio se hiciera, no cambiando productos por productos, sino a través de la moneda; ya el comercio era una necesidad social en una población que iba en crecimiento y que además se había organizado en núcleos bien definidos, como lo eran los urbanos y los campesinos, unos que producían artículos diferenciados de los que producían los otros. La población campesina se ceñía a producir frutos agrícolas y animales y sus derivados, y la de los *burgos* se limitaba a producir artículos manufacturados.

El artesanado

En el siglo XI, convencidos de que la formación de ciudades era un movimiento incontenible, muchos señores, y especialmente los señores jurisdiccionales, decidieron lanzarse a un negocio que nunca antes se había hecho. Ese negocio fue el de la construcción de ciudades, las llamadas *villas nuevas*. Para hallar gente que poblara las *villas nuevas* sus señores ofrecían determinadas ventajas a quienes fueran a vivir en ellas. Por ejemplo, los censos que tenían que pagar eran de poco valor, los impuestos, muy bajos; se les garantizaban varios derechos de que no disfrutaban los siervos. Esas novedades llevaron a muchos artesanos a vivir en las *villas nuevas*. Ahora bien, esas *villas nuevas* no eran libres, pues los señores que las construían las dejaban vinculadas a ellos. En realidad lo

que hacían los señores dueños de *villas nuevas* era un esfuerzo para seguir disponiendo de mano de obra, así fuera artesanal, en una especie de servidumbre atenuada; lo que querían era trasladar la autoridad señorial a un campo de actividad que había surgido del seno mismo del proceso histórico, a lo largo del cual se les iban de las manos, sin que ellos pudieran evitarlo, miles y miles y cientos de miles de siervos. La vinculación de las *villas nuevas* al señor se mantenía a través del pago del alquiler por el uso de las viviendas —pago que se hacía unas veces en productos y otras en dinero— y a través de la autoridad, que el señor se reservaba, de nombrar las autoridades municipales y las autoridades de los gremios.

Esa vinculación de las *villas nuevas* a sus señores condujo a la generalización de la vinculación de todas, o casi todas las ciudades a sus señores jurisdiccionales, de manera que en un momento dado hubo un retroceso en la marcha que llevaban las poblaciones urbanas hacia la liberación del poder feudal rural, una lucha que se hallaba en el fondo mismo del movimiento de formación de los burgos. El retroceso provocó un movimiento de resistencia, y éste fue el que iba a llamarse la *comuna*, del cual hablaré dentro de un rato.

De todos modos, la situación de los habitantes de los burgos no era igual a la de los siervos rurales. La posición del habitante del burgo en la sociedad no dependía de la tierra que ocupaba, como sucedía en el caso del siervo rural; la posición del habitante de los burgos dependía de la actividad de él mismo, de la función a que estaba dedicado. En la organización jerárquica del feudalismo agrario el hombre tenía en la sociedad la posición que tenía la tierra que él ocupaba. El que ocupaba un *manso servil* era siervo; el que ocupaba un *manso libre* era libre. Lo que estaba jerarquizado en la sociedad feudal rural era la propiedad territorial, y de la jerarquización de la tierra provenía la de los hombres que la ocupaban. Pero eso

no sucedía en la sociedad feudal urbana. Las obligaciones que tenían los artesanos que se fueron a vivir a los burgos con los señores de esos burgos no dependían de la casa que ocuparan esos artesanos; dependían de las condiciones estipuladas por los señores y aceptadas por los artesanos cuando se construyeron las *villas nuevas*.

Hay que repetir que las ciudades del Medioevo tenían peculiaridades que llaman mucho la atención. ¿Por qué se daban esas peculiaridades, lo mismo en Brujas, que estaba situada al norte de Europa, que en Siena, que se hallaba al sur? ¿Por qué se parecían tanto esas ciudades? Por ejemplo, todas tenían calles estrechas y torcidas. ¿A qué se debía? Se debía a que en invierno esas calles estrechas y torcidas rompían los vientos invernales, que eran muy duros; y en verano proporcionaban sombra con la cual se aliviaba el agobiante calor de las tierras continentales.

En las ciudades medievales se les daba mucha importancia a las plazas; eran tan importantes que todavía hoy en nuestra lengua la voz ciudad se sustituye por la de plaza, por ejemplo, en el comercio y entre los militares. Se dice que tal ejército tomó la plaza equis, o se dice que fulano está establecido en la plaza de Santiago; también se le daba mucha importancia a la iglesia, lo que se explica por el papel que jugaba la religión en la vida medieval. Y tanto la plaza como la iglesia como las construcciones comunales se construían con un admirable sentido del equilibrio y de la belleza que provenía de la actitud de los artesanos ante todo lo que los rodeaba. El artesano medieval sabía escoger la calidad del material con el cual trabajaba, lo que ha permitido que muchas de esas ciudades estén de pie todavía hoy, siete u ocho siglos después de haber sido construidas; que perduren monumentos arquitectónicos como Notre Dame y la catedral de Reims; sabía también reproducir en todo lo que hacía la belleza y la armonía de un

paisaje que no había sido todavía deteriorado por el afán de enriquecimiento de los hombres. Así, pues, la similitud de peculiaridades de las ciudades medievales obedece al hecho de que quienes fabricaban esas ciudades tan distantes entre sí eran gentes iguales, lo mismo si habían nacido y vivían en el norte de Francia que si habían nacido y vivido en el norte de Italia; y eran gentes iguales porque tenían una misma actitud ante la vida y unos mismos principios básicos.

Aparición de la sociedad corporativa

En la segunda parte de este trabajo les recordé que de acuerdo con Carlos Marx, *la organización jerárquica de la propiedad territorial, y en relación con ellas las mesnadas armadas, daban a la nobleza (feudal) el poder sobre los siervos*; y agrega Marx: *A esta organización de la propiedad territorial correspondía en las ciudades la propiedad corporativa, la organización feudal del artesanado.*

Efectivamente, la propiedad corporativa era la organización feudal del artesanado, y es verdad que la propiedad corporativa correspondía, desde las ciudades, a la organización jerárquica de la propiedad territorial; pero además de corresponder, la sociedad que surgió de la primera se oponía a la sociedad que surgió de la segunda. Y era así porque en un momento dado de la historia del feudalismo, el artesanado organizado en gremios representó la oposición a los señores feudales agrarios. Habiendo salido del seno del feudalismo rural estimulados por los señores de ese feudalismo, los artesanos organizados se enfrentaron con ellos.

¿Qué quiere decir eso de la propiedad corporativa? ¿Es propiedad de algo tangible, como tierras o casas?

De acuerdo con Marx, que fue el primero en definirla, *la propiedad corporativa* era el trabajo propio, con un pequeño capital, que dominaba el trabajo de los oficiales de los gremios.

¿Quiénes eran los dueños de ese trabajo propio y tenían ese pequeño capital que sumado al trabajo propio podía dominar el trabajo de los oficiales?

Eran los maestros.

¿Cómo llegó a organizarse el artesanado en talleres formados por maestros, oficiales o compañeros y aprendices?

No lo sabemos.

¿Cómo llegaron a organizarse todos los talleres en gremios?

Tampoco lo sabemos. No hay documentación al respecto; hay varias hipótesis, pero de lo que no cabe duda es de que se organizaron, y al organizarse lo hicieron para luchar contra los señores feudales; primero, con el objeto de arrebatarles a esos señores los poderes que estos tenían sobre la gente de origen servil; y después, ya con una organización más avanzada, se lanzaron a luchar contra los comerciantes que empezaron a desarrollarse a expensas de la producción artesanal.

Como podemos ver, en la vida de *la propiedad corporativa* hubo dos momentos diferentes; el momento en que se organizó para luchar por las libertades de las ciudades, y el momento posterior en que se refinó su organización y luchó para impedir que surgiera o se desarrollara una economía superior a la de ellos, que fue la mercantil.

Dice Marx, hablando de la *propiedad corporativa*, que esa propiedad *descansaba fundamentalmente en el trabajo de cada uno*; y efectivamente así era, porque tanto trabajaba el aprendiz como el oficial o compañero como el maestro; y explica Marx que *la necesidad de asociarse para hacer frente a la nobleza rapaz asociada, la exigencia de disponer de lugares comunes para la venta en una época en que el industrial era al propio tiempo el comerciante; la creciente competencia de los siervos que huían de la gleba y afluían en tropel a las ciudades prósperas y florecientes, y la organización feudal de todo el país, hicieron surgir los gremios*"(Ibid., págs. 113-14).

Cuando Marx se refiere a la organización feudal de todo el país, lo que quiere decir es que los gremios tuvieron a la organización feudal como modelo de organización, y como los artesanos tenían necesidad de organizarse, lo hicieron sobre ese modelo, si bien no ya sobre la base de la jerarquía de la propiedad territorial sino sobre la base de su propio trabajo.

En ese trabajo se requería un pequeño capital, que de acuerdo con Marx eran *los pequeños capitales de los artesanos sueltos reunidos poco a poco por el ahorro y la estabilidad del número de estos en medio de una creciente población. Esos pequeños capitales, explica él, hicieron que se desarrollara la relación entre oficiales y aprendices, engendrando en la ciudad una jerarquía semejante a la que imperaba en el campo.*

En relación con el señor, el artesano tenía una posición ambivalente, de acuerdo a lo que él fuera dentro del taller o dentro del gremio, porque el artesano fabricaba un artículo —entonces no se decía fabricar, sino manufacturar, esto es, hacer con la mano— y mientras manufacturaba ese producto tenía obligaciones con el señor de la ciudad; tenía que pagarle un tributo, un impuesto o un censo en productos. Pero cuando vendía el producto ya no tenía que darle nada al señor de la ciudad. En ese momento era un comerciante, no un artesano, y los comerciantes tenían el privilegio de no pagar ni tributos ni censos siempre que vendieran dentro de la ciudad y para la población de la ciudad.

Para poder librarse de los señores los artesanos reunidos en talleres acabaron uniéndose en gremios, y así crearon la jerarquía feudal de los *burgos*. En esa jerarquía el aprendiz ocupaba el último lugar; esto es, el lugar que ocupaba el siervo en el feudalismo rural lo ocupaba el aprendiz en el feudalismo urbano. Pero había diferencias. Una de ellas era que el señor feudal rural podía vender al siervo; lo vendía junto con su tierra y junto con sus herramientas, porque en la Edad Media

no podía separarse a nadie de sus medios de producción, no se concebía la crueldad de separar a un ser humano de los medios que le proporcionaban el sustento; y en la ciudad el maestro no podía vender al aprendiz; aunque lo hacía trabajar en exceso, le daba golpes, lo humillaba, pero no podía venderlo, lo que indica que en ese aspecto había un progreso en la situación del aprendiz en relación con la del siervo de la gleba.

¿Por qué ocupaba el aprendiz el último lugar en la organización del feudalismo urbano? ¿Era porque vivía en una habitación servil, como sucedía con el siervo, que vivía en un *manso servil*?

No. Era porque todavía no tenía capacidad para producir la calidad del producto que demandaba la sociedad artesanal. Pero después que el aprendiz podía satisfacer esas condiciones de calidad que se le exigían ascendía a oficial o compañero y participaba directamente en la creación de la propiedad corporativa. Ahora bien, ascender a maestro no era tan fácil como pasar de aprendiz a oficial o compañero; ya no era suficiente producir un trabajo de calidad; ya tenía que disponer de algún capital, pequeño, pero absolutamente indispensable. Ese capital consistía en las herramientas, consistía también en la clientela propia y en la posesión de algún dinero, muy poco dinero, pero necesitaba tener dinero.

Marx lo explica con las siguientes palabras: *El capital, en estas ciudades (medievales), era un capital natural, formado por la vivienda, las herramientas del oficio y la clientela tradicional y hereditaria, capital irrealizable por razón del incipiente intercambio y de la escasa circulación, y que se heredaba de padres a hijos. No era, como en los tiempos modernos, un capital tasable en dinero, en el que tanto da que se invierta en tales o en cuales casas, sino un capital directamente entrelazado con el trabajo determinado y concreto de su poseedor e inseparable de él; era, por tanto, en este sentido, un capital estable. (Ibid., pág. 118).*

Una vez que los artesanos se organizaron en gremios, de acuerdo con sus oficios respectivos, comenzó la lucha de esos artesanos organizados contra los señores de las ciudades. Esa lucha produjo levantamientos muy costosos en vidas; en algunos casos los señores fueron muertos de manera espantosa, aun cuando se tratara de señores feudales eclesiásticos, por ejemplo, de obispos; pero junto con esa lucha violenta había negociaciones, pues si podían comprar un derecho, los gremios no titubeaban y se lo pagaban al señor. Entre los derechos que reclamaban los artesanos con más ardor estaba el de formar libremente el gobierno de la ciudad. La palabra *comuna*, que por sí sola explicaba ese deseo que tenían los artesanos de formar los gobiernos de los burgos, llegó a ser la palabra revolucionaria por excelencia en los siglos XI, XII y XIII, y de algunos de los comentarios que se hacían en la época se saca en claro que la voz *comuna* tenía entonces para la gente que podríamos llamar de extrema derecha el mismo significado que tenía para Hitler o para Lyndon Johnson la locución actual de comunismo ateo. El vocablo *comuna* tenía en aquellos tiempos un valor demoníaco, que convocaba a la guerra santa contra ella.

Los artesanos reclamaron el derecho de ser la ciudad, esto es, ellos mismos, la que acuñara la moneda, y no el señor; reclamaron que fuera la población de la ciudad la que eligiera sus autoridades, y que fueran éstas las que impusieran los tributos, y no el señor, y que esos tributos se usaran en obras públicas, en construir murallas, torres, plazas, iglesias, canales, diques, caminos.

Poco a poco, obteniendo un derecho hoy y otro después, a veces por medios violentos y otras veces comprándolos, los artesanos fueron conquistando la libertad de los burgos hasta llegar al surgimiento de las ciudades señoriales, es decir, las ciudades en las cuales las autoridades municipales pasaron a

tener categoría de señores, o lo que es lo mismo, pasaron a ser ciudades estados feudales, que fue el caso de Venecia, Génova, Pisa, Florencia. Esas ciudades repúblicas tuvieron los mismos poderes que los reyes o monarcas: el de imponer y cobrar tributos, el de acuñar monedas, el de levantar ejércitos, hacer la guerra y la paz; el de hacer justicia, y otros que no tuvieron los señores feudales, como el de mantener representaciones y embajadas en otros países.

Creación del monopolio comercial urbano

Al estudiar el feudalismo urbano vemos cómo fue cambiando el destino de los tributos o impuestos. En el feudalismo rural los tributos iban todos a manos del señor; en el feudalismo urbano los tributos fueron todos a la ciudad, que los usaba en beneficio general; una muralla protegía a todos los habitantes de la ciudad; un levantamiento de diques para ampliar las tierras explotables era para provecho de todos los que vivían en el lugar.

En las ciudades el comercio local se hacía, desde luego, a base de los productos artesanales de esa ciudad y de los productos agrícolas de los alrededores. En cierto sentido el mercado de la ciudad se parecía al mercado de la aldea del siglo IX, y tal vez sólo eran diferentes en que el de la ciudad era un poco más grande y en él había predominio de artículos artesanales sobre los agrícolas; pero todavía en el siglo XI no había aparecido el mercader interurbano, el que iba de ciudad en ciudad vendiendo en una lo que adquiría en otra.

No se olvide que de los maestros artesanos salieron los mercaderes, porque eran los maestros quienes vendían los productos que se hacían en sus talleres, y eran ellos los que obtenían beneficios de esos productos que elaboraban los oficiales o compañeros y aprendices. Los maestros, pues, eran a la vez artesanos y comerciantes, y algunos de ellos acumularon poco

a poco algún capital. Pero no fueron ellos los que establecieron el comercio interurbano; ellos eran mercaderes locales, de sus respectivas ciudades y nada más.

El comercio interurbano apareció, primero, estimulado por los mercaderes judíos y griegos —los llamados sirios— que recorrían toda Europa; segundo, ejercido por gente aventurera que se dedicaba al comercio. Pirenne relata el caso de uno de esos mercaderes que comenzó como aventurero y acabó siendo canonizado por la iglesia y es hoy, en el santoral católico, San Goderico de Finchal. Se trataba de un muchacho inglés del Licoinshire, hijo de campesinos muy pobres que allá hacia finales del siglo XI se iba por las orillas del mar a recoger restos de naufragios, y con lo que obtenía por esos restos se hizo buhonero y después pasó a vendedor trashumante, de esos que iban de aldea en aldea; le fue bien y acabó asociándose con otros pequeños mercaderes para alquilar un barco que dedicaron al cabotaje en la costa norte de Europa. Goderico de Finchal terminó siendo un gran mercader, es decir un comerciante muy rico. Goderico de Finchal no era maestro de un taller, ni era griego ni era judío. Como él surgieron miles de mercaderes en Europa, unos que hicieron fortunas y otros que fracasaron.

Desde el siglo IX se había establecido una corriente comercial que partía de Amalfi, en el sur de Italia, y se dirigía a Egipto y Siria, y gracias a ella unos cuantos productos europeos iban hacia el Asia Menor y otros del Asia Menor entraban en Europa por Amalfi. Ya para el siglo XI, Venecia, Amalfi, Pisa y Génova comenzaron a hacer comercio de cabotaje con el resto de Europa y a comerciar de manera permanente con Europa a base de artículos asiáticos. Para ese comercio se usaba la vía marítima, porque vino a ser en el siglo XIII cuando se construyó un puente colgante para cruzar el San Gotardo, en los Alpes que hoy se llaman suizos, y

sin ese puente era difícil llevar mercancías por tierra desde Italia al centro de Europa. Con esas actividades comenzó en verdad el intercambio comercial regular —en la medida de lo posible— entre Asia y Europa, y al favor de ese intercambio fue creándose a su vez el de las distintas regiones europeas. Por ejemplo, en Suecia y Noruega los mercaderes que hacían el tráfico asiático-europeo adquirían maderas, pescado, pieles, metales; en Inglaterra compraban estaño y lana; la lana inglesa era vendida en Flandes, donde desde el siglo II —esto es, mucho antes del establecimiento del feudalismo— la gente frisona, a los que llamamos hoy holandeses, se había especializado en fabricar tejidos que ya en aquella época se vendían en Roma. La lana inglesa pasó a ser consumida en la Edad Media mayormente por los flamencos, que compraban también lana de Castilla.

Como resultado de la actividad de esos mercaderes, a los que hoy llamaríamos internacionales, se produjo una división del trabajo más avanzada, y a causa de eso aparecieron miles y miles de personas que se dedicaban exclusivamente al comercio, a comprar en un sitio y a vender en otro. Ahora bien, los gremios de las ciudades, que siguieron adscritos a los mercados locales de los *burgos*, y que habían logrado para esos *burgos* una serie de libertades en sus luchas contra los señores feudales, vieron como una amenaza para ellos la aparición de esos mercaderes. Así fue como los gremios pasaron a ocupar frente a los mercaderes la misma posición que habían ocupado frente a ellos, algunos siglos antes, los señores feudales agrarios; y en consecuencia, los gremios se opusieron al desarrollo de la actividad mercantil. Esa actividad mercantil se desarrollaba sobre la base de la producción de los gremios, y he aquí que los gremios querían frenarla; pero también había sucedido que los gremios fueron el producto de la aparición de un artesanado que apareció estimulado

por los señores feudales, y al aparecer los gremios esos señores feudales pretendieron frenar su desarrollo.

No lo lograron, como tampoco los gremios lograrían evitar el desarrollo de la actividad mercantil, de la cual iba a salir un nuevo sistema llamado a aniquilar el feudalismo.

¿Cómo se opusieron los gremios al desarrollo de los mercaderes?

Pues se opusieron, primero, creando el monopolio comercial en cada ciudad; y segundo, creando el monopolio de la producción, también en cada ciudad.

¿En qué forma crearon el monopolio comercial?

Prohibiendo que el mercader forastero —palabra que significa de afuera, alguien que es de fuera de la ciudad— hiciera ventas en la ciudad. Es más, ni siquiera le permitían comprar algo en la ciudad sino después que todos los vecinos hubieran comprado los mismos artículos que ese mercader forastero quería comprar. Después que los habitantes de la ciudad compraran, por ejemplo, zapatos, podían vendérselo a él zapatos, si sobraba algún par. Se llegó al extremo de señalársele el lugar donde tenía que hospedarse mientras estuviera en la ciudad; se le vigilaba con policías especiales, que estaban encargados de perseguir a delincuentes en el campo económico; no se le permitía llevar sus mercancías a la ciudad; tenía que dejarlas fuera del recinto de la ciudad; y por último, lo que vendía el mercader tenía que ser vendido, no al público de la ciudad sino a los gremios. Así, si el mercader vendía lana, o vendía tejidos, no podía ofrecerle el artículo a un vecino de la ciudad, pero tampoco podía ofrecérselo al maestro de un taller; tenía que venderle exclusivamente al gremio de los que trabajaban la lana o al de los que usaban los tejidos en hacer ropa esto es, al de los sastres. El gremio comprador —por ejemplo, el de los sastres, si se trataba de una venta de tejidos— distribuía el tejido entre

los talleres de sastrería, y cada maestro recibía la cantidad de tela que necesitaba para hacerle ropa a su clientela habitual, porque tampoco podía él venderle ropa a todo el mundo, sino sólo a su clientela habitual.

Al mercader forastero no se le permitía ni siquiera hacer negocios dentro de la ciudad con otro mercader forastero que por casualidad estuviera allí de paso.

La clientela habitual de cada taller era, según explica Marx, tradicional y hereditaria, y junto con la vivienda del maestro, con sus herramientas y con algún dinero formaba el capital natural de ese maestro. Ese capital, agrega Marx, era irrealizable; es decir, no era posible convertir ese capital en dinero en un momento dado, cuando su dueño lo deseara o lo necesitara. ¿Por qué? Primero, porque el intercambio era incipiente y por tanto la circulación de dinero era muy baja, de manera que se hacía difícil disponer de numerario para adquirir un negocio, aunque fuera mediano; y segundo, porque en ese capital figuraban, entre otras cosas, factores difíciles de valorar, como el de la clientela habitual, que no podía ser tasada en dinero. Recuerden que Marx explicó que el capital de los talleres del Medioevo era estable, y él subrayó esa palabra. Marx consideraba que ese capital era estable precisamente porque no era realizable, no podía cambiar de manos de un día para otro; no podía ser convertido en acciones de una empresa comercial o industrial, y en sentido opuesto, tampoco podía su dueño perderlo de buenas a primeras en una operación de bolsa. Ese era un capital que iba aumentando de manera muy gradual, poco a poco, sobre la base del trabajo del maestro, los oficiales o compañeros y los aprendices. Podía perderse en el caso de una catástrofe, como un incendio, una guerra o una epidemia que matara la mayor parte de la población de una ciudad, pero no estaba expuesto a maniobras de señores todopoderosos desconocidos. Y sucedía que

en una sociedad que operaba con ese tipo de capital había posibilidades de tomar medidas que impidieran, o por lo menos retardaran, el desarrollo de la actividad de los mercaderes. Los gremios, pues, pudieron enfrentarse a los mercaderes porque en el contexto social en que se movían unos y otros había base para mantener ese enfrentamiento.

Con todas las medidas detalladas hace un rato se controlaba el mercado local. Falta ahora explicar cómo controlaban los gremios la producción.

Creación del monopolio de la producción

La producción se monopolizaba para evitar que los mercaderes interurbanos la adquirieran y la usaran en su provecho, y ese monopolio se ejercía a través de una serie de medidas como las siguientes:

En primer lugar, los gremios le impusieron un límite al número de aprendices y oficiales o compañeros que podían trabajar en un taller; en algunos casos eran dos o tres aprendices, dos o tres oficiales, pero en otros casos eran un solo aprendiz y un solo oficial; y así se evitaba que la producción fuera excesiva. Había impedimentos que limitaban la posibilidad de entrar a trabajar en un taller; por ejemplo, un siervo que huía de su señor debía estar en la ciudad por lo menos un año y un día antes de que pudiera conseguir trabajo en un taller; además tenía que presentar documentos probatorios de que era hijo legítimo y de que tenía buena conducta; y como eso no era suficiente, había que crear nuevos obstáculos para tener acceso al trabajo, y entonces se estableció el de la capacidad; para ascender a oficial había que demostrar una alta capacidad en el oficio que desempeñara el candidato, y la demostración se hacía ante un jurado escogido por el gremio de ese oficio. Si el candidato era panadero tenía que demostrar que podía hacer un pan con una presentación más original

y más hermosa que ningún otro pan, con una harina de calidad insuperable —lo que probaba su conocimiento de las harinas—, con grasas y condimentos también de excelente calidad y con un horneado perfecto; si era ebanista, debía probar que era capaz de fabricar una mesa con festones, incrustaciones, encajes y labrados, de diseño original y armónico, hecha con maderas de muy buena calidad.

Además de ese tipo de limitaciones, había un estricto control de precios, regido por un código muy severo. En ningún caso podía cobrarse un sobreprecio; había que cobrar solamente el costo de la materia prima y del trabajo que se le agregaba. Es más, se prohibía hacerle propaganda a cualquier producto que se vendiera en la tienda de un artesano; por ejemplo, ni siquiera podía hacerse una señal disimulada a un cliente que entrara en la tienda para indicarle que tal artículo era bueno o era barato o le convenía por cualquiera otra razón. Se consideraba que hasta con una señal se hacía violencia sobre la voluntad del comprador. Y era que había que minimizar la demanda para poder mantener la producción en un nivel bajo. Todas esas medidas tenían la finalidad de mantener la producción y el consumo dentro de los límites locales a fin de que el comercio interurbano no penetrara en el mercado local ni para comprar ni para vender. Lógicamente, si ese tipo de comercio penetraba en el mercado local, más tarde o más temprano destruiría la jerarquía de la sociedad corporativa, y ésta se defendía con todas sus fuerzas.

Aquí viene bien recordar lo que dije de Santo Tomás de Aquino, pues esa construcción que él imaginó en la naturaleza, según la cual todo lo existente formaba una pirámide cuyos componentes iban de lo inferior a lo inmediato superior hasta culminar en Dios, era una imagen de la sociedad feudal urbana de los siglos XIII y XIV; los que la componían pretendían mantenerla igual a sí misma, sin cambio alguno, y Santo

Tomás consagró ese deseo con su construcción filosófica. El agente disolvente de esa sociedad, y por tanto de esa construcción filosófica, era el mercader; y por eso se explica que la iglesia se opusiera también a la actividad de los mercaderes con disposiciones como la que condenaba la usura o toda forma de ganar dinero con dinero, o lo que es lo mismo, toda forma de ganar dinero que no fuera a base del trabajo.

¿Cómo fue posible crear esa sociedad, esa jerarquización de la propiedad corporativa?

Eso se logró a través del poder municipal. Con las luchas de la comuna los gremios obtuvieron de los señores el poder de las ciudades, y con él la autoridad indispensable para establecer todas las regulaciones descritas, y a fin de hacerlas cumplir crearon diversos cuerpos de policía; el de la policía económica y el de la policía sanitaria, por ejemplo, cuya función era mantener en vigencia esas medidas, que a su vez mantenían en vigencia a la propiedad corporativa, organizada a base de los gremios.

Las ferias de la champaña

Sucedió, pues, que para poder desarrollarse como clase los mercaderes tenían que luchar contra los gremios y al mismo tiempo tenían que luchar contra los señores feudales, y para llevar adelante esa doble lucha contaban con la única posibilidad de la ayuda de los reyes, que por su parte necesitaban reducir la autoridad de los señores feudales y la de las ciudades. Por esa razón los mercaderes se aliaron a los reyes y a aquellos contados señores feudales muy poderosos que se habían dado cuenta de que también ellos tenían que luchar contra el poder de los señores feudales de segundo orden y de las ciudades que tenían mucho poder. No olvidemos que algunos señores feudales llegaron a tener el poderío de un rey, y que algunos llegaron a reinar. Por ejemplo, los normandos, que habían acabado estableciéndose en el norte de Francia —la actual Normandía—

y que fueron incorporados a la sociedad feudal francesa como un ducado —el ducado de Normandía— acabaron siendo los conquistadores de Inglaterra, y su jefe, Guillermo el Conquistador, pasó a ser rey de los ingleses, y a partir de él, y durante bastante tiempo, los reyes ingleses gobernaron sobre Inglaterra y también sobre Normandía.

La alianza entre los mercaderes y los reyes y algunos señores feudales se expresó en la organización de las ferias.

Las ferias comenzaron siendo especies de mercados internacionales celebrados al azar, pero acabaron regularizándose con disposiciones y órdenes de los señores y de los reyes allá por los siglos XII y XIII, especialmente en el caso de las llamadas ferias de La Champaña.

La Champaña es una región que queda al nordeste de París; es la tierra que da el vino espumoso que lleva su nombre. La Champaña era un condado, y los condes de la Champaña dieron todas las facilidades para que las ferias de su condado acabaran siendo las ferias clásicas del Medioevo. A la Champaña llegaban los mercaderes de Italia a través de Marsella y el río Ródano y el Saona; los del oeste de Inglaterra llegaban remontando el río Loira; por el Sena iban los del este de Inglaterra; por el Mosa y el Escalda iban los mercaderes de Flandes; los del oriente europeo bajaban por el Rhin, costeaban por mar el nordeste europeo y llegaban a la Champaña también por el Escalda y el Mosa, y otro tanto hacían los de Polonia, que salían al mar Báltico a través del Oder y del Elba. Los mercaderes que habitaban en las cercanías del Danubio subían por él y de él pasaban al Rhin, para hacer también su camino hacia la Champaña. Todos esos mercaderes llevaban productos para vender en las ferias de la Champaña.

Para que fuera posible que las ferias de la Champaña se celebraran a lo largo de más de dos siglos hubo que ir creando todo un derecho que hoy llamaríamos internacional; un

derecho nuevo, que ya no era el de las ciudades sino que era el derecho de los mercaderes, del cual iba a salir el derecho burgués. Para echar las bases de ese nuevo derecho hubo que lograr, antes que nada, la llamada paz de los príncipes, con la cual se aseguraba la paz en los lugares por donde pasaban los mercaderes que se dirigían a las ferias.

Los mercaderes tenían que hacerles frente a muchos obstáculos; uno de ellos eran los asaltos de los bandoleros de que hablé en la conferencia anterior. Tenían que pagar muchos tributos, algunos de ellos verdaderamente caprichosos; por ejemplo, en el siglo XIV, los mercaderes que navegaban por el río Loira tenían que pagar setenta tributos; los que navegaban por el Ródano y el Saona tenían que pagar sesenta y tantos. Cada vez que se pasaba de un dominio señorial a otro había que pagar tributo. Había que pagar tributo por el polvo que levantaban las carretas de mercancías en los caminos; había que pagar tributo por pasar un puente. Había costumbres extrañas como las que van a leer ahora: si se rompía la rueda de una carreta y el eje tocaba tierra, todo lo que iba en la carreta pasaba a ser propiedad del señor de ese lugar. Lo que se caía de una carreta no podía ser recogido porque pasaba a ser propiedad del señor del sitio. Los ríos, como dije ya, eran muy usados para el tránsito de mercancías, y en algunos casos los señores levantaban falsos faros para provocar el naufragio de las barcas de los mercaderes porque era costumbre que los llamados piezos, o lo que es lo mismo, los restos de los naufragios, pasaran a ser propiedad del señor del sitio donde se había producido el naufragio.

A todos esos obstáculos tenían que hacerles frente los mercaderes que viajaban hacia la Champaña, y se hizo necesario, y se obtuvo a lo largo de los tiempos, ofrecerles la seguridad en los caminos, la paz mientras duraba su viaje, y el menor número posible de tributos. Cuando se logró, las ferias de la

Champaña alcanzaron a institucionalizarse, y ya no quedó lugar en Europa para los mercaderes a la manera de Goderico de Finchal, que iban en un barco, haciendo escala de puerto en puerto, como buhoneros del mar, comprando un artículo aquí para venderlo un poco más allá. A las ferias de la Champaña iban los mercaderes de tejidos producidos en Flandes y los vendían a mercaderes italianos, y a su vez compraban la lana inglesa que venderían en Flandes, y compraban hierro de tal región que iba a ser llevado a tal otra para ser convertido en arados, y vino de tal parte que iría a ser bebido en tal otra. En dos palabras, en la Champaña se creó un mercado europeo, lo que significa que los gremios artesanos estaban perdiendo su gran batalla a manos de la economía mercantil.

Había que llegar, y llegó el momento en que los comerciantes no tenían que ir personalmente a las ferias de la Champaña. El que era conocido como comprador de lana inglesa en Flandes podía enviar un representante suyo a las ferias para comprar en su nombre, y hasta hacer compras por correspondencia, de manera que todas las regulaciones de los gremios quedaron abolidas en esas ferias, puesto que los mercaderes compraban y vendían sin tomar en cuenta ni a las ciudades ni a sus autoridades.

Camino hacia el capitalismo mercantil

De acuerdo con algunos historiadores medievalistas, en lo que se refiere a las ferias de la Champaña el resultado más importante para la evolución del feudalismo hacia la sociedad capitalista a través del capitalismo mercantil, fue que allí se establecieron los fundamentos del crédito moderno. El derecho de comprar y vender moneda, que les fue arrebatado por las ciudades a los señores feudales en las grandes luchas de la comuna, les fue otorgado a las ciudades de la Champaña donde se

celebraban las ferias. Del lugar que ocupaban los compradores y vendedores de moneda —que era generalmente una banqueta— salió el nombre de banco o banca para los establecimientos donde se comercia con dinero. Los mercaderes de moneda se sentaban a las puertas de la calle delante de una banqueta donde iban colocando las monedas que compraban a los mercaderes que llegaban de todas partes, de manera que allí se negociaban las monedas más variadas. Pero llegó el día en que no fue necesario llevar monedas a las ferias, al menos para hacer compras de mercancías de otras regiones, porque se hacían intercambios de letras de pago. Un comprador genovés de un producto danés, por ejemplo, daba una letra de pago o un pagaré para que el valor de su compra le fuera pagado al danés en Dinamarca por una organización bancaria italiana; que a ese grado de desarrollo de las actividades mercantiles se llegó en el siglo XIII.

Sin embargo, para mí lo más importante de todo lo que se logró en las ferias de la Champaña fue el hecho de superar el nivel en que las organizaciones gremiales querían mantener la producción y el consumo. Como los gremios podían limitar la producción y el consumo en cada ciudad gracias a que ellos podían controlar la producción y la venta en los mercados locales, sólo había una posibilidad de superar esos límites, y era con la creación y el sostenimiento de un mercado mucho más amplio que el de las ciudades. Pero esto no podía hacerse sin establecer un principio nuevo, desconocido en el Medioevo, como fue el de la contratación mediante el juego de la oferta y la demanda. A las regulaciones gremiales que tenían como resultado una economía monopolista había que oponer la libertad de producir, de comprar y de vender, y eso fue lo que se produjo en las ferias de la Champaña. Eso, al menos para mí, es mucho más importante que haber creado al calor de las ferias el mecanismo del

crédito bancario moderno. El mecanismo del crédito bancario iba a aparecer, en las ferias de la Champaña o en otro lugar, como un método de trabajo indispensable en una sociedad que ya marchaba hacia el capitalismo mercantil. Pero el principio de que la venta y la compra, y por tanto los precios de los productos, se regularan según la oferta y la demanda, fue la base teórica y práctica en que tenían que apoyarse los mercaderes de la Baja Edad Media para desarrollarse como una clase cuya función histórica era superar las limitaciones en que había caído el feudalismo urbano representado por la propiedad corporativa, o lo que es lo mismo, por los gremios de las ciudades.

En la lucha del feudalismo urbano contra el feudalismo rural —que es la lucha de los gremios de artesanos de las ciudades contra los señores feudales campesinos, y al mismo tiempo es la lucha de la Baja Edad Media contra la Alta—, ni el primero pudo destruir al segundo ni el segundo pudo destruir al primero. Las contradicciones de esas dos fuerzas tenían que ser superadas por una tercera, y ésa fue la burguesía mercantil. Apoyándose en los reyes, y en algunos de los señores feudales más poderosos, y utilizando al mismo tiempo el poder municipal de algunas ciudades-estados, ella luchó en el seno mismo de la sociedad feudal y fue acumulando pacientemente pequeñas conquistas que iban superando las contradicciones feudales entre la ciudad y el campo, y el terreno donde dio y ganó su batalla más larga fue el de las ferias de la Champaña. Fue ahí, en esas ferias, donde germinó, en verdad, la sociedad capitalista, que iba a dominar en toda Europa tres o cuatro siglos después de haberse celebrado la última de las ferias de la Champaña.

Y ahora que hemos visto a grandes rasgos lo que fue el feudalismo urbano europeo, complemento del feudalismo de Occidente, permítanme hacerles estas preguntas:

¿Conocen ustedes, en la historia dominicana o en la de cualquier otro país de América, el caso de una ciudad organizada social, económica y políticamente a la manera de las que había durante la Edad Media en Europa? ¿Creen ustedes que hubo en nuestros países propiedad corporativa?

UNA NOTA ADICIONAL

Si las conferencias acerca del feudalismo que dieron lugar a este folleto tenían la finalidad de llamar la atención hacia un sistema social europeo poco estudiado entre nosotros para que sepamos a qué atenernos cuando hablamos de feudalismo y de restos feudales en nuestros países, ¿cómo se explica que en esas conferencias no se mencionara el feudalismo español? Pues si nosotros recibimos el feudalismo, o restos del feudalismo, tuvo que ser a través de España, y en el caso de Brasil, a través de Portugal; de modo y manera, como dice el pueblo, que no podemos tratar el caso del presunto feudalismo latinoamericano sin hablar del feudalismo español y portugués.

En cuanto al de España, los estudios que se han hecho no han sido numerosos, pero el más conocido de los medievalistas españoles, Claudio Sánchez Albornoz, mantiene la opinión de que los reinos de León y de Castilla fueron, como dice él, *contaminados* por el feudalismo francés con *ideas, prácticas, modas y costumbres feudales*, pero que esa *contaminación no implicó, sin embargo, la recepción de las fórmulas jurídicas ultrapirenaicas*; esto es, no llegó a transformar las estructuras de la sociedad leonesa-castellana. Esa aseveración aparece en las páginas 63-9 del libro de Sánchez Albornoz *España, un enigma histórico*, publicado por Editorial Sudamericana de Buenos Aires, Tomo II, tal como puede leerse en *Historia de la Economía por los*

grandes maestros, selección hecha por Gabriel Franco y editada por Aguilar, Madrid, 1965, páginas 238-43.

Sánchez Albornoz afirma, basándose en mucha documentación, que la autoridad de los reyes de Castilla y de León fue respetada siempre por los grandes señores de sus reinos; que *con los caballeros de las ciudades y de las villas, con los nobles a soldada y con los freires de las Ordenes militares de Caballería, que surgieron en la segunda mitad del siglo XII, la realeza logró organizar ejércitos no feudales [itálicas mías, JB], capaces de enfrentar a los islamitas enemigos y suficientes para mantener su autoridad dentro de las fronteras*. Dice Sánchez Albornoz que *Ningún señor laico tuvo el privilegio de acuñar moneda; sólo lo poseyeron los obispos de Santiago y los abades de Shagún; que según reconocen todos los códigos y compilaciones jurídicas, nobiliarias, los reyes conservaron siempre en León y Castilla la alta justicia, la moneda, el derecho de yantar y el de convocar a los hombres a la guerra. Y de hecho, el poder real de tal modo triunfó durante siglos del poder señorial que la mera pérdida de la gracia regia implicaba el destierro, sin formación de causa, del magnate que incurría en la ira del monarca. Al hablar de los concejos de realengo —municipios establecidos por disposiciones del rey— Sánchez Albornoz dice que su nacimiento y su multiplicación formaron una red de fortísimas mallas que impidieron el desarrollo del feudalismo; y que esos concejos no constituyeron islotes aislados más o menos extensos, perdidos en el océano feudal y señorial como los municipios que fueron surgiendo en el resto de Europa; que ningún señorío del reino podía equipararse en población y fuerza militar y económica a una de las grandes comunidades de Ávila, Segovia, Salamanca... Ninguno logró organizar una milicia capaz de acometer las aventuras heroicas que llevaron a cabo, hasta en Andalucía, algunos de tales concejos, el de Ávila, por ejemplo*. Y cada una de las cosas que dice Sánchez Albornoz está apoyada en numerosos ejemplos. Su conclusión es que *aunque la sociedad política (leonesa castellana) no se organizó*

horizontalmente a la mora... sino piramidalmente, a la europea... los reyes lograron conservar una fuerte autoridad pública sin tener que dejarse envolver por la yedra feudal. En cuanto al caso del feudalismo en Portugal, Sánchez Albornoz dice que fue el mismo de León y Castilla, dado que Portugal fue un desprendimiento del tronco institucional leonés.

En oposición a la tesis de Sánchez Albornoz, el escritor argentino Rodolfo Puiggrós dedica tres capítulos de su libro *La España que conquistó el Nuevo Mundo* (págs. 21-31, Segunda Edición, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, (1965), a afirmar que en España hubo régimen feudal, pero no se basa en documentación que pueda probar lo que dice. Un autor español muy conocido (Jaime Vicens-Vives, en *Manual de Historia Económica de España*, Editorial Vicens-Vives, Barcelona, 1967, Quinta Edición) afirma que el feudalismo español fue atípico; es decir, que no respondió a las formas típicas del feudalismo europeo. Desde luego, también España tuvo su Edad Media, pero no parece haber tenido un Medioevo organizado a la manera feudal, tal como lo tuvieron otros países de Europa. Por un lado la invasión árabe, con su organización social y política horizontal, como dice Sánchez Albornoz, y no piramidal, que era el modelo feudal europeo, y por otro lado la guerra de la Reconquista, que duró siete siglos y unificó a Castilla y a León bajo el poder de los reyes, impidieron que el feudalismo se desarrollara en España en la misma forma en que se desarrolló, por ejemplo, en Francia.

Pero tal vez sería más correcto no hablar propiamente de España, porque el feudalismo catalán fue de tomar muy en cuenta, y muchas formas feudales se dieron en otros sitios de España. En nuestro caso es más propio hablar de Castilla, y al hablar de ella se habla de León, que pasó a ser parte del reino castellano, porque Castilla fue la descubridora y la conquistadora de América.

De todos modos, lo que había en España cuando llegó la hora de la conquista de América no era feudalismo. La sociedad feudal no hubiera podido conquistar América porque una de las características del feudalismo era el fraccionamiento del poder público a través de la multiplicación de los señores en la etapa del feudalismo rural y a través de los poderes municipales en la etapa del feudalismo urbano. Los señores y los municipios tuvieron todos los poderes, pero en escala minúscula. Ninguno de ellos hubiera podido acometer y llevar a cabo una empresa tan gigantesca como la conquista de América. Para hacer eso hacía falta un poder grande, un poder verdaderamente poderoso, como era el de los reyes españoles a finales del siglo XV.

La encomienda y la mita podían relacionarse con formas de organización social medievales, pero no feudales. La esclavitud fue muy anterior al feudalismo, y la esclavitud africana, usada para producir mercancías destinadas a un mercado mundial, no tuvo relación alguna con el feudalismo, que no conoció ese tipo de esclavitud. En cuanto al latifundio, lo hubo en la antigüedad, lo hubo en el feudalismo, lo hay en el capitalismo y lo hay en algunos países socialistas, de manera que no podemos vincularlo al feudalismo nada más. Tampoco podemos vincular al feudalismo nada más el artesanado, conocido en Europa desde los tiempos de Grecia y conocido en la Europa del siglo XX, es decir, mucho antes y mucho después de la aparición del feudalismo.

Aunque no puede decirse que España fuera un país capitalista en el año 1492, tampoco puede afirmarse que era un país feudal, y por tanto no trajo el feudalismo al continente americano. De todos modos, se echa de menos un estudio a fondo de la historia medieval española que nos permita decir con justicia qué cosa era España en el momento en que descubrió América. Para mí, era un país que se esforzaba en abrir el

camino del capitalismo sin que tuviera en su sociedad la cantidad y la calidad de burgueses indispensables para convertirse en una nación capitalista. Y hago aquí la misma advertencia hecha hace un momento acerca de que lo propio, cuando se habla de estos asuntos, es referirse a Castilla y no a la totalidad de España.

Ahora bien, la burguesía fue la clase que creó el sistema capitalista, y allí donde faltaba la clase, en número y en calidad, no podía establecerse el capitalismo. Y como fue del feudalismo de donde surgió la burguesía, mal podía aparecer ésta, en número y en calidad, allí donde el feudalismo no llegó a desarrollarse cabalmente; allí donde el feudalismo fue atípico, para decirlo con las palabras de Vicens-Vives.

Santo Domingo,
6 de junio de 1971.

BIBLIOGRAFÍA

Los estudios acerca del feudalismo son escasos en la lengua española, y en otras lenguas —francés, inglés, alemán e italiano, fundamentalmente— abundan sobre todo los de asuntos muy particulares, como moneda, comercio, agricultura, arquitectura, etc.

En nuestro país, donde nunca ha habido mayor preocupación por el tema, no es fácil obtener libros sobre él; sin embargo para aquellos que estén interesados en ampliar sus conocimientos del feudalismo ofrecemos una breve lista de los libros que pueden conseguirse en librerías de Santo Domingo o en bibliotecas como la de la UASD.

AVDAKOV y POLIANSKI: *Historia económica de los países capitalistas*, Editorial Grijalbo, México, 1965, páginas 98-232.

BERNAL, John D.: *Historia Social de la Ciencia*, Ediciones Península, Barcelona, 1968, páginas 209-79.

DUBUY, Georges: *Economía rural y vida campesina en el Occidente Medieval*, Ediciones Península, Barcelona, 1968.

DURANT, Will: *La edad de la fe*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Segunda edición, 1960, Tomo II, páginas 211 y siguientes.

KOSMINSKY, E. A.: *Historia de la Edad Media*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1962.

KOVALIOV, S. I.: *Historia de Roma*, Editorial Futuro, Buenos Aires, Tomo II, páginas 306 y siguientes, 1964.

- LE GOLF, Jacques: *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 2da. edición, 1963.
- MARX, Carlos: *Formaciones económicas precapitalistas*, Editorial Latina, Buenos Aires, páginas 113-120.
- PIRENNE, Henri: *Historia Económica y Social de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, 1ra. edición.
- WEBER, Max: *Historia económica general*, 3ra. edición, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, páginas 60-81 y 127-40.

MÁXIMO GÓMEZ
DE MONTE CRISTI A LA GLORIA
TRES AÑOS DE GUERRA EN CUBA

INTRODUCCIÓN

Lo que el lector tiene en sus manos no es un libro escrito para conmemorar los 150 años del nacimiento de Máximo Gómez que se cumplen en este mes; es la publicación en un volumen de varios artículos escritos en fechas diferentes a partir del primero, que lo fue en el año 1952 como parte de una obra desconocida en la República Dominicana titulada *Cuba, la isla fascinante*, editada el año 1955 en Santiago de Chile en la Colección América Nuestra, que publicaba la Editorial Universitaria, de la Universidad Central de aquel país.

El lector hallará en esta colección, en primer lugar, que la casi totalidad de los artículos se refieren a la última etapa de la vida militar de Máximo Gómez, la que se inició con su salida de Monte Cristi en compañía de José Martí, de Marcos del Rosario y de otros dos cubanos para ir a dirigir la guerra de independencia que había comenzado en Cuba el 24 de febrero de 1895. Como lo que él hizo en esa guerra en su condición de jefe militar del pueblo cubano lo convirtió en un personaje mundial, la colección de artículos que forman este libro lleva el título de *Máximo Gómez: De Monte Cristi a la gloria*, pero hay que aclarar que antes de salir de Monte Cristi en un viaje que lo conduciría en tres años a la gloria, el formidable estratega y táctico que fue Máximo Gómez había hecho la Guerra de los Diez Años, iniciada el 10 de octubre de 1868

y terminada con la Paz del Zanjón en 1878, en la cual dirigió la primera carga al machete conocida en Cuba y las batallas más grandes de esa década: La Sacra, Palo Seco, El Naranjo, Las Guásimas.

En América no se conocía una cadena de victorias como las que organizó, mandó y ganó Máximo Gómez, el general que jamás fue vencido a pesar de que pasó trece años de su vida con el sable afilado en una mano y jinete sobre el lomo de un caballo de guerra, y si algo habla con lengua elocuente de la capacidad política de José Martí, ese algo fue la decisión de escoger a Máximo Gómez, no a Antonio Maceo o a Calixto García, cubanos y notables figuras de la Guerra de los Diez Años, para que dirigiera como Comandante en Jefe la etapa final de la revolución de la independencia cubana.

Debido a que los artículos que componen el volumen que el lector tiene en sus manos fueron escritos en fechas diferentes, en ellos hay repeticiones de escenas y de párrafos que no fueron suprimidos porque el tiempo de que se disponía para su publicación era excesivamente corto. Uno de los trabajos no es un artículo sino la versión de una conferencia improvisada que el autor dijo en el Conservatorio Nacional de Música de Santo Domingo el 10 de octubre de 1976. Esa conferencia no debe ser juzgada como obra literaria porque no lo fue, aunque todo lo que se dijo en ella tenía validez histórica. Además de esa conferencia el autor dio dos en Baní, una en San Francisco de Macorís y una en el Centro Masónico de la Capital; de la última recuerdo nítidamente el final, en el cual, después de haber dicho que para Cuba fue muy afortunado contar en su lucha por la independencia con Máximo Gómez, que cerró con broche de oro un siglo de guerras independentistas en América, me referí a las críticas que algunos dominicanos le hicieron al vencedor de Mal Tiempo y Coliseo porque en su país había sido oficial del ejército español, y di fin a

la conferencia con estas palabras: Martí dijo que el Sol tiene manchas, pero que también tiene luz, y nadie mira sus manchas sino que todos miran su luz.

El lector hallará que el autor se contradice a sí mismo cuando se refiere al nombre del lugar donde murieron Antonio Maceo y Francisco Gómez. Esa contradicción se explica porque el autor creyó que el nombre del lugar era el que aparece en el Diario de Guerra de Máximo Gómez; lo creyó hasta el día que supo que era el de San Pedro.

Juan Bosch

Santo Domingo,
5 de noviembre de 1986.

MÁXIMO GÓMEZ

Máximo Gómez había mandado las acciones más sonadas de la guerra. No había entrado en ella con prestigio de hacendado; ni siquiera era cubano. Peor aún, en su país había combatido contra los dominicanos cuando estos se sublevaron en 1863 para echar a los españoles de su tierra. En la retirada española, Máximo Gómez llegó a Cuba hacia 1865, escasamente tres años antes del estallido de la revolución; y estaba explotando un pequeño fundo agrícola cuando se dieron los sucesos del 10 de octubre.

Gómez había nacido con el genio de la guerra. Era duro en el trato, parco en el hablar, corto de vista, regular en la estatura, de pocas carnes, altivo, rápido en el pensar y de un valor seguro y prudente. Nadie tenía acceso a su intimidad. Desterrado en Cuba, comenzó a sentir la nostalgia de su patria que él no había aprendido a amar, y poco a poco fue poniendo en la tierra cubana la callada y fuerte pasión de que hubiera sido capaz por la suya, acaso aumentada con la sensación de que había procedido como un mal hijo de su país. La historia le reservaba el título de último libertador americano, a él, que había blandido el machete al servicio de los opresores de su patria.

Hombre terriblemente atormentado por un puntilloso sentido de su dignidad personal y por una fuente de ternura que a su parecer no era compatible con la carrera de las armas,

vivía en guardia sobre sí mismo, lo cual lo hacía hosco y a la vez delicado. Muchos años después José Martí y él salían al amparo de la noche de la casa que el viejo soldado tenía en Monte Cristi, para embarcar hacia Cuba, donde tal vez les esperaba la muerte. La señora de Gómez le pidió que besara a su hijita, la última, que dormía plácidamente. “No, porque es un crimen turbar el sueño de los niños,” respondió el general. En tal momento aquel centauro cruzaba el umbral de la ancianidad; esa hija era el encanto de su vida, la alegría de sus mañanas. Se iría a la guerra sin besarla, porque es un crimen turbar el sueño de los niños. Otra vez, ya en Cuba, ordenó el incendio de un poblado cerca de La Habana; pero los niños de la escuela salieron en fila a pedirle que no lo hiciera, y el terrible jefe de las fuerzas libertadoras se fue de allí, tapándose los ojos con el sombrero para que no le vieran las lágrimas; y como al llegar a la estación de ferrocarril hallara a un soldado que hacía algo indebido, le pegó repetidas veces con su sable. Era que estaba colérico consigo mismo porque había sido débil.

Gómez resultó un dios de las batallas. Planeaba cada acción meticulosamente, conocía a cada uno de sus hombres, adivinaba la reacción del español. “El arte de la guerra consiste en saber cómo, por dónde, con qué y en qué número viene el enemigo”, decía sintetizando toda la sabiduría militar. Sus marchas y contramarchas eran asombrosas. Lo exigía todo del soldado, pero lo exigía todo de él mismo. Era disciplinado, férreo. Ponía a su servicio el terreno, la estación, la fauna. “Mis mejores generales son julio, agosto y septiembre”, afirmaba aludiendo a los meses de más lluvias en Cuba; y durante la última guerra, ya habían muerto Martí, que fue el guía político de la revolución, y Maceo, que fue su brazo derecho, mientras operaba en La Reforma se movía de tal manera que las tropas españolas tuvieran que acampar, durante las noches, en los lugares donde más mosquitos había, con lo cual obligaba

al español a espantarlos haciendo hogueras que lo denunciaban a los certeros tiradores cubanos. Ordenó cierta vez a sus soldados que no tiraran a matar, sino a herir, “porque un muerto se queda en el campo abandonado, mientras que un herido inutiliza a los que han de llevarlo; necesita acémila, hospital, médicos, medicinas”.

Sabía llevar a sus hombres al combate y conducirlos a la victoria, pero sabía también formular la alta estrategia militar de la revolución. Durante los años de paz que mediaron entre 1878 y 1895, soñó con llevar la guerra al occidente de Cuba, más allá de La Habana; y cuando volvió a la isla otra vez así lo hizo; acompañó a Maceo hasta las puertas de la Capital, en cuyos alrededores se quedó operando, sorprendiendo al español, hoy aquí, mañana allá; realizando los increíbles movimientos que le dieron en todo el mundo fama como el más grande guerrillero de todos los tiempos. Él solo tuvo sobre sí, en las provincias de Matanzas y de La Habana, más soldados españoles que los que jamás había habido en toda la América del Sur; y los batió sin descanso, los burló, los maravilló. En la última guerra cruzó la isla de Oriente a Occidente propagando por donde pasaba la maldición del fuego. No dejó un cañaverall en pie. Fue la célebre Campaña de la Tea, más peligrosa para España que todos los ejércitos mambises. “Cuando Cuba sea pobre, España no tendrá interés en ella y la abandonará”, decía. Y asoló a Cuba con los incendios, cuyos resplandores seguían el rastro de la caballería revolucionaria.

Era sentencioso, agudo y astuto. Su mirada de águila penetraba el misterio de lo que ignoraba. Muchos años antes de que se descubrieran las ondas hertzianas escribió, refiriéndose a la batalla de Palo Seco, que al tronar de los disparos, los ayes de los heridos, los relinchos de los caballos, el toque de las cornetas; todo ese ruido debía hallarse en algún lugar del espacio. Tenía pocas letras, pero era un gran escritor natural.

Muerto Martí, escribía esa misma noche a un amigo: “La revolución seguirá y triunfará. Yo creo que la revolución americana se hubiera hecho aunque no hubiesen existido ni Washington ni Bolívar”.

No era un político, sino un revolucionario. Cuando escribe sobre los hechos y los hombres de la guerra toma por personaje a un negro que había sido esclavo y fue su asistente, el negro Eduá. Al declararse la guerra entre Estados Unidos y España, el Capitán General de la isla le envió una carta pidiéndole que depusiera las armas y se uniera a él en la lucha contra las fuerzas norteamericanas, “que pertenecían a otra raza”. “Todas las razas son iguales. Yo no he venido a Cuba a pelear ni siquiera por la independencia de los cubanos, sino por la libertad de todos los hombres de la tierra”, contestó él. Fue intransigente en su credo. El pueblo quiso hacerlo su primer presidente, pero él no quería imitar a Washington ni a Bolívar en eso.

Viejo ya, encanecido, flaco, sobre el caballete de la nariz los espejuelos de metal, confundidos entre sí el copioso bigote y la perilla, blancos ambos; áspero de perfil, huesudas las mandíbulas, el generalísimo Gómez entró en La Habana, cabalgando su corcel, al frente de las tropas mambisas. Era el 1898. Treinta años atrás había dado en la Venta de los Pinos la primera carga al machete de la revolución. El pueblo deliraba a su paso; las mujeres sembraban la calle de flores. Jamás había visto él la capital de la isla. La calzada por donde entró lleva hoy su nombre. Desde su silla de montar, adusto, el general estaba librando su carga final sobre la gloria. Había entrado en Cuba como oficial de la reserva española; había terminado la Guerra de los Diez Años tan pobre que pocas semanas después lloraba, en Jamaica, “porque ustedes me pedían pan y yo no tenía pan que darles,” escribió a una de sus hijas.

La Habana,
febrero, 1952.

EL NAPOLEÓN DE LAS GUERRILLAS

I

La campaña de la tea

El número 8 del periódico semanario *Cuba Libre* que se publicaba en Buenos Aires, la capital de la República Argentina, bajo la dirección de J. B. Govin, estuvo dedicado al jefe del Ejército Libertador cubano, el mayor general Máximo Gómez. Ese número 8 tiene la fecha del 23 de enero de 1897 y excepto el encabezamiento, todo el espacio de la primera página —19 pulgadas de alto por 14 de ancho— fue dedicado a una estampa en colores del fabuloso guerrero banilejo a quien *The London News* llamó “el Napoleón de las guerrillas”.

Napoleón estaba considerado como el más extraordinario organizador y jefe de ejércitos de todos los tiempos y los ingleses no eran dados a exagerar; y además, a pesar de que fue el dios de las batallas, Napoleón terminó su vida militar con la derrota que sufrió en Waterloo, de manera que no se llevó a la tumba el laurel de general invicto, palabra que significa el que nunca fue vencido, y Máximo Gómez, en cambio, convirtió en victoria todos sus hechos de armas, desde la primera carga al machete dada en Cuba bajo su mando en Tienda (o Venta) del Pino el 4 de noviembre de 1868 hasta la de la Demajagua —llamada por los españoles de Las Casitas—, cumplida el 14 de marzo de 1898, que fue el último encuentro de la increíble campaña de La Reforma; de manera que al

volver la mirada hacia atrás, a lo largo de más de treinta años, el general en jefe del Ejército Libertador cubano no podía recordar una sola derrota en su historia de soldado y en cambio podía recordar hazañas que hasta donde alcanzaba la memoria de los hombres no había llevado a cabo ningún otro guerrillero. El título de “Napoleón de las guerrillas” no le quedaba grande, pues, al jefe de los mambises de Cuba.

Desde el punto de vista del arte de la impresión, ese número 8 del periódico semanal *Cuba Libre* al que nos hemos referido es perfecto, sobre todo en lo que toca a la reproducción de la imagen de Máximo Gómez. Jinete en un caballo blanco que une la gracia a la gallardía, el vencedor de Palo Seco aparece erguido, marcial, con una bandera cubana en la mano derecha y otra diminuta en la vuelta de su sombrero mambí.¹ En esa estampa Máximo Gómez es la encarnación de Cuba en armas. Los movimientos del caballo, que ladea la cabeza al mismo tiempo que encoge la pata delantera derecha y levanta ligeramente la trasera del mismo lado mientras sacude la cola, ayudan a crear esa atmósfera viril propia de los campamentos donde se reúnen los hombres que pelean por una causa justa. Pero los que conocen la historia de la guerra libertadora de Cuba y han estudiado la actuación que tuvo en

¹ La palabra mambí fue conocida internacionalmente por el interés que despertó en todo el mundo la guerra de Cuba desde su primera etapa, la de 1868-1878; pero es de origen dominicano y fue usada en nuestro país en la guerra de la Restauración (16 de agosto de 1863-11 de julio de 1865). A los españoles se les llamaba cacharros; de ahí el cantar de los enemigos de Báez cuando el general Antonio Guzmán que había empezado la guerra de la Restauración como hombre de confianza de Santana y la había terminado combatiendo a los españoles, se pronunció en la región del este en favor del retorno al país de Báez en condición de presidente de la República. La copla decía así:

“Antonio Guzmán
no me gusta a mí,
primero cacharro
y después mambí.”

ella Máximo Gómez y los vaivenes de su alma no pueden dejar de preguntarse cómo se sentiría él a la hora en que su figura de general en jefe del Ejército Libertador cubano aparecía tan hermosamente presentada en los puestos donde se vendían los periódicos de Buenos Aires.

Vamos a intentar dar respuesta a esa pregunta. El Diario de Campaña del general Gómez, iniciado en el año 1868 y terminado el 8 de enero de 1899, tiene sólo cinco anotaciones — entradas — en el mes de enero de 1897, que corresponden a los días 1, 2, 7, 12 y 27. Antes había escrito: “Día 16 de diciembre 1896. En San Faustino, Camagüey. El más triste para mí”.

“Me despierta la noticia de la muerte de mi hijo Pancho y del General Antonio Maceo, ocurrida en Punta Brava, Provincia de La Habana. El día 7 del actual”.

“Algunos de mis compañeros abrigan la esperanza de que puede ser falsa la noticia, pero yo siento la verdad de ella en la tristeza de mi corazón. Pobre mi esposa, pobre madre, qué golpe para tu corazón”.²

Esas palabras deben haber sido acompañadas con lágrimas, porque el jefe de la Escolta del general, el entonces

² Los diarios de Boza y del General Gómez no coinciden en esos días ni en fechas ni en nombres. Para el general Gómez, el episodio descrito por Boza como ocurrido a las once de la noche del 14 de diciembre sucedió el 16 a las doce, y el oficial que le envió la noticia de la muerte de Antonio Maceo y de Panchito Gómez Toro se llamaba Benítez y Mola, no Melchor Mola como dice Boza. El general en jefe escribirá el día 22: “...acampo en Lázaro —laguna—”, y Boza: “El 21 acampamos en ‘Laguna de Lázaro’”; Boza escribe: “El 22 acampamos en ‘La Veracruz’”; y el General en Jefe: “El 23, me moví acampando en la Vera Cruz”. Para Boza, ese día el Cuartel General estaba en “El Cacahual”, y ese dato, que no da Gómez, nos lleva a pensar que el jefe del Ejército Libertador, perturbado por la muerte de su hijo y de Maceo y por los problemas políticos a que nos referiremos después, pasó con retraso a la libreta de su diario correspondiente a esos días notas que fue tomando, no cuando sucedían los hechos sino más tarde. Maceo y su ayudante murieron en San Pedro, y sin embargo el general Gómez dice que murieron en Punta Brava. En su Diario de Campaña hay pruebas de lo mucho que perturbaba al gran guerrillero todo lo que se refería a la muerte de su hijo.

teniente coronel Bernabé Boza —que terminaría la guerra con rango de general— había hablado con Gómez antes de que éste las escribiera, y lo cuenta en su Diario de la Guerra en los términos siguientes:

“El 14 de diciembre acampado el Cuartel General del Ejército (ya en marcha para Occidente) en ‘San Faustino’ como a las once de la noche me despertó un ayudante diciéndome que el General en jefe quería hablarme de algo grave... Corrí a su tienda y al verme, sin decirme una palabra, con mano temblorosa me extendió un papel y me dijo: ‘¡Lea eso!’”.

“Era una comunicación del Comandante Melchor Mola, remitiendo un periódico de Ciego de Ávila el cual decía: ‘que el comandante Cirujeda con fuerzas de ‘San Quintín’³ en un lugar llamado ‘San Pedro’, cerca de ‘Punta Brava’, en la Provincia de La Habana, había dispersado una partida insurrecta y dado muerte a Antonio Maceo y su ayudante Francisco Gómez...”.

“¿Cuántas veces lo han matado a usted los españoles, mi general? —¡Muchísimas!— ¿Y al general Maceo? —¡Lo mismo!—. Pues bien; yo creo que esto no es más que una parada contra un golpe que debe haber anonadado a Weyler. Maceo ha cruzado la Trocha infranqueable,⁴ cumpliendo las órdenes de usted, y pronto los verá usted a él y a Panchito”.

“¡Es una esperanza, compañero! ¡Pero si el corazón del amigo puede engañarse el de un padre es difícil que se equivoque; el mío me dice que la noticia es cierta! ¡Maceo mi compañero y mi hijo Panchito juntos! ¡Muertos!...”.

³ San Quintín, nombre de un afamado batallón español de Infantería.

⁴ Los españoles construyeron en Cuba dos líneas de fortines reforzados con fosos y alambradas; las dos iban de mar a mar y su objetivo era impedir el paso de las columnas revolucionarias. Una estaba en la provincia de Camagüey y se llamaba la Trocha de Júcaro a Morón y otra en la de Vueltaabajo y se llamaba la Trocha de Mariel a Majana. A esta última se refiere el diario de Boza.

A esas palabras suma Boza las siguientes:

“Y entró en su tienda llorando el noble y gran anciano”.

Sí, entraba llorando en su tienda de campaña aquel león que había galopado, machete en mano, sobre la tierra de Oriente, de Camagüey, de Las Villas, de Matanzas y de La Habana, ordenando sin un titubeo que se le pegara fuego a todo lo que tuviera valor, porque “yo tengo que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias y en todo lo que signifique poder y de ella dependa...”.

Combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, “en su comercio, en sus industrias”, era una concepción totalmente nueva de la guerra, porque para el hombre que había dicho esas palabras el comercio y las industrias de Cuba, aunque fueran propiedad de cubanos o de extranjeros, eran expresiones del poder español. Máximo Gómez había hablado en esa forma a un grupo de franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos, dueños de fincas de café, que se habían reunido con él el 3 de agosto de 1896 para protestar por la orden de destruir los cafetales, liquidar toda la actividad comercial y paralizar toda clase de trabajo en la región oriental productora de café; para protestar, en fin, de que a ellos se les sometiera al mismo régimen a que habían sido sometidas Las Villas y Camagüey cuando el general en jefe del Ejército Libertador retornó a Oriente después de haber paseado por Las Villas, Matanzas y La Habana la tea incendiaria que dejó convertidos en cenizas los cañaverales y los ingenios, las estaciones de ferrocarril y los cuarteles, las fincas de ganado y numerosos caseríos.

La entrevista con esos extranjeros dueños de cafetales en las lomas de Oriente tuvo lugar en el cafetal La Aurora. Cuenta Benigno Souza que “de pie en el gran secadero de café de aquella finca” el general Gómez, lleno de ira, después de explicar

que él tenía que “combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias”, agregó:

“Y no vale alegar que son ustedes ciudadanos extranjeros, franceses o americanos, porque para nosotros, ¡óiganlo bien!, no hay más que ciudadanos cubanos, y más cuando carecemos de esa ciudadanía ante las naciones de ustedes... Cuando ellas nos reconozcan, cuando llenen ese deber, podrán exigirnos derechos...”.

Y terminó con esta frase, que da la verdadera medida de las intenciones del Napoleón de las guerrillas.

“Váyanse, pues, a reclamarle al gobierno español, que en lo que a nosotros respecta, tenemos valor necesario para consumir nuestros propósitos... ¡Llévense sus cafetales para su tierra!”.

Al decirles a esos propietarios que se fueran a reclamarle al gobierno español el general en jefe del Ejército Libertador estaba declarando de hecho que la guerra que él dirigía no era la guerra habitual, la que se hacía contra un enemigo y sus bienes o propiedades, y especialmente contra los bienes y propiedades que tenían importancia militar. Desde un punto de vista era una guerra internacional, pues aunque Cuba no era país libre reconocido por otros países libres, era una nación con gobierno y con ejército y con la mayor parte de su territorio gobernado por autoridades cubanas que ejercían sus funciones como delegadas de ese gobierno o de ese ejército, que se hallaban en guerra contra España. Pero desde el punto de vista de Máximo Gómez era una guerra de clases llevada al nivel de los dos gobiernos, del cubano y del español, y como el gobierno español se consideraba el propietario, en última instancia, de todo lo que había en Cuba, había que destruir todas las riquezas de la isla, fueran sus dueños cubanos, españoles o extranjeros.

Naturalmente, ese carácter de la guerra no era el fruto de una posición clasista consciente del jefe del Ejército Libertador

de Cuba. La posición era instintiva, y nadie lo diría mejor que él mismo cuando al comenzar el mes de febrero del año siguiente (1897) le escribía al coronel Andrés Moreno:

“Yo había oído hablar, con verdadero placer, de la riqueza de las comarcas occidentales, consistente en su mayor parte, en sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar azúcar, que yo no conocía, pero que mis amigos me pintaban de un modo maravilloso. Aquellas relaciones me encantaban, pero como cuando todo esto veía, también bullía en mi mente, con entusiasmo, la idea de la revolución redentora, a la cual había ofrecido mi espada, más de una vez, se lo confieso, sentía mi espíritu consternado al pensar que tanta riqueza podía ser destruida por la mano terrible de la guerra, y perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor; y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo, y firmar el Decreto de su destrucción, como medida justificada de la guerra, si esas riquezas perjudicaban en vez de favorecer la Revolución. Y *encariñado yo desde niño con la agricultura, pues mi padre me enseñó a amarla, imagínese usted mis perplejidades y hasta mis dudas algunas veces*”. [Itálicas nuestras, JB].

Seguía diciendo Gómez:

“Así sucedió; vino la Revolución fraguada por la misma España y vine yo a entrar en ella, cumpliendo mi palabra empeñada, y firmé el Decreto, preparando a la vez y sin reserva intencionalmente, el Ejército invasor, *con la ridícula esperanza de que los hombres de bien no dejaran encender la tea*”. [Itálicas nuestras, JB].

Antes de que sigamos reproduciendo esa carta, sin cuyo conocimiento es imposible llegar al fondo de las ideas y las posiciones de Máximo Gómez, detengámonos unos minutos a hacer una pregunta y responderla. La pregunta es: ¿Qué quiso decir el general en jefe del Ejército Libertador de Cuba

con eso de que él tuvo “la ridícula esperanza de que los hombres de bien no dejaran encender la tea”?

Para nosotros, lo que quiso decir fue que él alimentó la idea de que los buenos cubanos no seguirían produciendo azúcar o limpiando los cañaverales o manejando los ferrocarriles o haciendo negocios, porque cualquiera actividad económica, especialmente la que produjera riqueza, era dañina para la Revolución; y lo era porque si Cuba dejaba de producir riqueza España no tendría interés en mantenerla bajo su poder a sangre y fuego. Máximo Gómez pensaba que si España combatía para no perder a Cuba lo hacía debido a la riqueza que Cuba le proporcionaba. Y tenía razón. El azúcar y el tabaco exportados por Cuba ayudaban a pagar las compras que España hacía en otros países y las mayores exportaciones españolas se hacían a Cuba. Hasta los gastos del gobierno español se cubrían en buena parte con los impuestos que pagaba el pueblo cubano. Ahora bien, si toda Cuba era rica, las provincias donde se hallaban las mayores riquezas eran las de la región llamada Occidente, y en ella, especialmente Matanzas y La Habana; y era hacia esos lugares adonde marchaba el Ejército Invasor con el plan de llevar a ellos la guerra para “combatir a España en todas las manifestaciones de su poder... en su comercio, en sus industrias”, como dijo Gómez el 3 de agosto de 1896 en el secadero del cafetal La Aurora.

Esperar que los buenos cubanos, “los hombres de bien” como decía Gómez, paralizaran las actividades económicas, es decir, hicieran innecesario el uso de la tea incendiaria, fue, efectivamente, una esperanza ridícula, y el genial guerrillero no tardó en darse cuenta de ello. Pero es mejor que sea él mismo quien nos lo diga en los párrafos restantes de su carta al coronel Andrés Moreno. Decía él:

“El ejército: Diez mil hombres mal armados y sin organización (¡cuál podía yo darle en tan corto tiempo!) emprendió

su marcha triunfal, y cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes ocupados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo y hasta de cultura, cuando yo vi todo eso le confieso a usted que quedé abismado y hubo un momento que hasta dudé de la pureza de los principios que sustentaba la Revolución; pensé que marchábamos por caminos torcidos, y yo mismo no me sentía bueno, como quiero serlo. Fue esa noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la bella señora de Pulido, cuyo Ingenio, su Mayordomo acababa de decirme, que había costado más de cien mil pesos.⁵ Yo había dado orden de que cuidado quien se atreviese a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas”.⁶

Hasta ahí, la posición de Gómez había sido instintiva. A partir de ese momento, dice él:

“Mas, continué, como tenía que hacerlo, y bien pronto se operó en mi ánimo y en mis juicios un cambio, que al no explicarle a usted las causas, le parecería desde luego extraño y en modo alguno justificado”.

“Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo *trabajador* [*itálicas de MG*] y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza,

⁵ Cien mil pesos de 1896 equivalían a más de un millón de dólares de 1976, y por otra parte, en esa época no se conocían aún los grandes centrales azucareros que empezarían a instalarse en este siglo.

⁶ Se trataba de los jardines del ingenio San Antonio, en el que el general Gómez acampó los días 15, 16, 17 y 18 de enero de 1896. Estuvo allí esos días curándose de una herida de bala recibida en una pierna el día 14.

tanta miseria y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquizar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más, no vi absolutamente nada que acusara ni cultura ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo el Alcalde y el Cura; entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!”.

Es decir, el jefe del Ejército Libertador de Cuba vino a hacer conciencia de que la destrucción de la riqueza del país mediante el fuego era justa y por tanto moralmente válida después de haber estado aplicando durante algún tiempo la política de “la campaña de la tea”, que había sido dispuesta por él desde mediados del mes de julio de 1895, y que en realidad había comenzado a ser puesta en ejecución a mediados de diciembre de ese año, cuando las fuerzas invasoras avanzaban, al mando de Gómez y de Maceo, por la jurisdicción de Cienfuegos. En el segundo tomo de los tres que componen su estudio-biografía de Antonio Maceo, José Luciano Franco cuenta (página 244) que “a las cuatro de la mañana del 14 parten de Sigüanea las tropas cubanas. Se presenta en el Cuartel General de Gómez el teniente coronel José Loreto Cepeda que, con sus propias manos, acaba de incendiar los cañaverales del ingenio de su padre y pide un puesto para él y los suyos en la vanguardia de La Invasión. Ya comienzan a divisarse las chimeneas de los numerosos

ingenios azucareros y a cumplirse las órdenes del Generalísimo, incendiándose los campos de caña”.

(De paso diremos que el caso de José Loreto Cepeda no fue único en esa increíble epopeya que fue la guerra de la independencia de Cuba. En su libro *Mis relaciones con Máximo Gómez*, Orestes Ferrara cuenta (página 104) que el doctor Matías Duque, médico, “se había incorporado a la Revolución en sus comienzos, en la provincia de Matanzas, quemando con los patriotas que lo habían seguido, como primera acción de guerra, el ingenio de su propio padre”.

Sigamos, por ahora, el hilo del pensamiento de Máximo Gómez, expuesto en su carta al coronel Andrés Moreno. Según sus palabras, sus dudas acerca de si era justa o no lo era la aplicación del fuego a las riquezas del país quedaron desvanecidas, pues “se me presentó la Edad Media, con su Feudalismo que nos refiere la Historia, y pensé de nuevo, como he pensado siempre, que para sacudir la opresión y la barbarie, todos los medios y todas las ocasiones son buenas”.

A seguidas dice:

“Y después se me ha ocurrido, que si no se podría acaso establecer más equidad en las relaciones entre el agricultor y el industrial, entre el primero, a quien el segundo se lo debe todo, a quien pudiéramos decir que le debe la vida, a quien le es deudor el artesano, el maquinista, y hasta el inventor también; y pudiéramos decir que hasta Cuba misma le debe su grandeza. ¿Cómo es que por desgracia se puede notar distancia tanta entre un colono y el dueño de un central, al extremo de que el primero comparativamente, me ha parecido una bestia y el segundo un hombre?”.

“¿Qué razón existe, que yo no la he podido encontrar, para que al agricultor le esté vedado decir a sus hijos ‘ayúdame a plantar este árbol, bajo cuya sombra podré descansar mañana en mi vejez cansada, mientras vosotros recogéis el fruto’? ¿Qué

motivo prohíbe que el hijo del infeliz colono sepa menos, no sepa nada, ni tanto como el buey que ara, mientras los hijos y las hijas del dueño del central, cuando la zafra está terminada, pueden irse a París, a pasar una temporada, a exhibirse con todo el esplendor que proporciona el lujo, siempre pagado a caro precio, como toda cosa superflua para la vida práctica de los pueblos? ¿Y a dónde pueden ir acaso el colono, su mujer y sus hijos? Esos quedan estancados e inmóviles, como la máquina que tritura la caña. ¿Qué causa habrá para que la esposa del colono no pueda tener un jardín y la señora del central sí pueda tenerlo; es que aquella familia, a pesar de ser trabajadora (virtud primera) está condenada a vegetar en el embrutecimiento, a no asimilarse jamás, con uso y ejercicios de ventajas conquistadas con su trabajo, a sus naturales y obligados consocios, de los cuales, al contrario, es desdeñada? ¿Qué causa, cuáles razones se oponen, para mengua social, a que cada uno de esos centros maravillosos de elaborar azúcar no puedan convertirse, de una manera hábil a la vez en centro de civilización y de productos distintos, que den para todos bienestar relativo, que proporcionen recursos de todas clases para la vida social y material de las familias todas, en vez de estar concentradas en el batey, cuyos límites, como la ‘Muralla china’ nadie puede traspasar?”.

Y el Napoleón de las guerrillas se pregunta:

“¿Cómo se explica que el que tanto dulce suda pase, sin embargo, una vida tan amarga?”.

E inmediatamente pasa a decir:

“Ahora bien, coronel Moreno, yo no he podido comprender bien claro las causas primordiales de tan injusta desproporción de las situaciones entre el colono y el industrial, por qué esa inmensa distancia en que viven el uno y el otro, no obstante el fraternal lazo que parece lo debe constituir la materia prima, la caña, dentro de la cual se mueven ambos.

Necesito, pues, que usted, honrado y bueno, y que pertenece al número de los hacendados de Occidente,⁷ se sirva darme más luz sobre este asunto, que no creo de escasa importancia, y que tanto me interesa conocer bien para que sus fórmulas nuevas sirvan también de norma a Santo Domingo, en donde hace poco ha principiado a desarrollarse la industria azucarera”.⁸

La Campaña de la Tea se inició a mediados de diciembre (1895) en la jurisdicción de Cienfuegos, es decir, en la zona sur de la provincia de Las Villas. Tres días antes se habían cumplido ocho meses del desembarco de Martí y Gómez en Playitas. Por esa razón, en su carta al coronel Moreno, Gómez había dicho: “El Ejército: Diez mil hombres mal armados y sin organización (¡Cuál podía yo darle en tan corto tiempo!)” ... El día 23, ya en territorio de la provincia del Matanzas, se dio el combate de Coliseo, dirigido de parte de los españoles por el general Martínez Campos y de parte de los cubanos por Gómez y Maceo. El poblado de Coliseo y el ingenio Audaz fueron quemados hasta la desaparición. El día 24, el español L. de Goicochea anota en sus Memorias: “Se sabe que los ingenios Alava, España, Aquica, Carlota, Diana, Manuelito, Aguedita y muchos otros han sido arrasados por los insurrectos...”. Al día siguiente, relatando la llegada de Martínez Campos a Regla, una estación de trenes situada a la vista de La Habana, escribe que el general “bajó al andén; al primero que vio y le besó el anillo al obispo con el

⁷ Hacendado es la palabra que se usaba en Cuba para referirse a un dueño de ingenio azucarero.

⁸ Máximo Gómez tuvo siempre presente los problemas de Santo Domingo, adonde pensaba retirarse cuando terminara la guerra de Cuba. Así lo dijo en su Proclama de Yaguajay: “Mientras tanto si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo.”

que cambió impresiones que todos oímos. “¡Qué espectáculo, Sr. Obispo, se ofrecía a mis ojos en esa pobre provincia de Matanzas! ¡Cuánta ruina, cuanto incendio!...”.

El Ejército Libertador pasó por la provincia de Matanzas como un alud, y entró con tanta violencia en la de La Habana que el 4 de enero (1896) tomaba Guira de Melena, situada al suroeste de la capital de Cuba y a tan corta distancia de los límites de la provincia de Vueltabajo (Pinar del Río), que el día 7 el general Gómez anota en su diario: “El 7 de enero (1896) en Hoyo Colorado, punto limítrofe entre las provincias de La Habana y Pinar del Río, nos separamos el General Maceo y yo, con columnas fuertes, cada uno, de más de dos mil hombres”.

“El General emprende su marcha de invasión a la Provincia de Pinar del Río y yo contramarcho a sostenerlo y sostenerme en la de La Habana”. Benigno Souza refiere que al despedirse de Maceo el general Gómez le dijo: “Uno de los dos tiene que quedarse para guardar la puerta. Vaya Ud. para Pinar del Río, que yo lo esperaré en La Habana”.

Y lo esperó durante 43 días en los cuales, como dice Souza, “llevó a cabo la más maravillosa de sus proezas, hasta entonces, cual fue, en nuestra limpia y desmontada provincia, provista en profusión de líneas férreas, telégrafos, teléfonos y carreteras, estrechísima de La Habana a Batabanó, nueve leguas⁹ realizar la hazaña estupenda de hacer frente a las ocho columnas que el alto mando español lanzara sobre él, pilotando con destreza sin igual fuerzas variables, desde dos mil hasta mil hombres, organizando sobre la marcha a millares de recién alzados, atacando poblaciones, apoderándose de trenes, y haciéndose sentir siempre. Se movía, amenazador, dentro de aquel dédalo de columnas y pueblos guarnecidos como Pedro por su casa”.

⁹ Nueve leguas equivalen a 50 kilómetros, distancia que había desde la orilla del Golfo de México, en La Habana, a la del Mar Caribe, en Batabanó.

Dice también Souza que lo más asombroso de la táctica que empleó el general Gómez para burlarse —porque eso fue lo que hizo, burlarse— de las fuerzas españolas que lo perseguían por el pequeño territorio de la provincia habanera fue la simplicidad. “Todos sus movimientos” explica Souza, “se reducen a marchar en línea recta hacia un lugar y, haciendo luego un gancho agudísimo, contramarchar en otra línea, exactamente paralela a la de su marcha, y a poca distancia de ésta, a unos kilómetros, retornando al punto de donde partiera [*o había partido*, JB]. Con tan sencilla táctica volvió locos a los jefes de esas ocho columnas que estaban sobre él, y esa pauta [*o método*, JB] la observó no sólo en el 95 (1895), sino en el 68 (1868)”. Souza le llama a esta táctica “ley de Máximo Gómez” y explica que mientras las columnas españolas bajaban en busca de Gómez, éste subía al lado de ellas, en línea paralela, y afirma que ese secreto tan simple nunca fue descifrado por los generales de España. Souza ofrece este ejemplo: “Después del combate de Mi Rosa, bajó hacia el Sur, y dando una rápida vuelta, sorprendió a todos tomando a Bejucal, a veinte kilómetros de La Habana por ferrocarril y calzada [*carretera*, JB], población que no destruyó gracias al conocido y conmovedor episodio de los niños de la escuela municipal de aquel pueblo”.

Bejucal fue tomada el 13 de enero. Dice Bernabé Boza que Bejucal “es una de las ciudades más antiguas de la Provincia de La Habana; fue fundada en el año 1704. Tiene unos cinco mil habitantes, mucho comercio, buenos edificios, etc.”; y luego explica que los atacantes quemaron “el bonito paradero del ferrocarril, algunas casas y establecimientos y un tren de veinte carros [*vagones*, JB]”. En cuanto al episodio a que se refiere Souza, Boza lo relata con las siguientes palabras:

“... el General en Jefe ordenó que inmediatamente se retiraran todas las familias para el campo, porque iba a incendiar el pueblo [*Bejucal*, JB]”.

“Esta orden se hizo imposible de cumplir. Mujeres, niños, ancianos, el pueblo pacífico todo, rodeaba llorando y suplicando a nuestro Jefe. Algunos de nosotros vencidos por aquel conmovedor espectáculo también nos acercamos a él para suplicarle que desistiera de su empeño, cuando un grupo de niños saliendo de un colegio, se adelantó suplicando y con las manecitas extendidas hacia el General. Aquello fue más fuerte que el Viejo; dos gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas y... ¡corneta! Toque llamada y marcha a la carrera! ¡Vámonos de este pueblo y que nadie toque nada aquí! —dijo”.

“Y clavando las espuelas a su caballo, calándose hasta los ojos el sombrero, echando rabia y candela por todos sus poros, se salió de Bejucal seguido de toda la fuerza. Al llegar frente al paradero [*estación*, JB] del ferrocarril, tropezó con el sargento Barrera (el barbero del Estado Mayor) quien estaba desmontado arreglando su montura y creyendo que estaba raqueando algo, le dio una buena entrada de planazos!”.

Una semana después de ese episodio salía hacia España el general Arsenio Martínez Campos, que se iba derrotado en todos los frentes por el Ejército Libertador de Cuba. Quedó en el mando el general Sabás Marín, a quien iba a sustituir Valeriano Weyler, que se haría célebre por la crueldad con que iba a hacer la guerra. Weyler llegó a Cuba el 10 de febrero (1896). El día 19 se reunían en el lugar llamado Soto las columnas de Máximo Gómez y de Antonio Maceo al cabo de mes y medio de separación durante los cuales el último había llevado la guerra hasta Mantua, en el extremo occidental de la Isla, mientras el primero asolaba con un turbión de fuego la provincia de La Habana.

A partir del 10 de febrero, las anotaciones en el Diario de Campaña de Máximo Gómez son de bulto, por ejemplo, una sola para los meses de febrero y marzo, que termina con esta

frase: “La tea volvió a encenderse al proponerse [*Weyler*, JB] hacer la zafra por la fuerza de las armas y la isla ha quedado arrasada”. El 25 de abril escribe: “Me encuentro en la jurisdicción de Sancti Spíritus a donde he venido a arreglar las comarcas de las Villas y a rehacerme de refuerzos”. El día 28 de abril anota: “A las doce meridiano, se me incorpora el Teniente Coronel Alejandro Rodríguez —procedente del Camagüey— y me trae 10.000 tiros de la expedición conducida por el Comandante Braulio Peña... Se ha salvado la situación... Según este Jefe, el Camagüey sufre desorganización por lo que todos opinan que mi presencia es necesaria en aquella comarca, por lo que pienso marchar un poco hacia Occidente, enviando al General Maceo algunos refuerzos, regresar y pasando por Camagüey, evitar mayores males”.

II

La lucha de clases

¿Qué significado tenían para Máximo Gómez las palabras “arreglar las comarcas de las Villas” que escribió en su Diario de Campaña el día 25 de abril y las de “el Camagüey sufre desorganización” y que por tanto él debía pasar por Camagüey para “evitar mayores males”, escritas el día 28?

Esas palabras significaban que ni en Las Villas ni en Camagüey —como tampoco en Oriente— estaban cumpliéndose las órdenes de paralizar las actividades económicas. Esas órdenes habían sido dadas al comenzar el mes de julio de 1895 y habían sido repetidas el 6 de noviembre del mismo año, sin embargo el día 23 de mayo de 1896 el teniente coronel Bernabé Boza decía en su Diario: “En Camagüey no parece que existe el estado de guerra; nuestros campesinos entran y salen de las poblaciones libremente; junto con el salvo conducto español llevan el pase mambí. Los centrales ‘Lugareño’ y ‘Senado’ son unos focos de infección donde se está pudriendo

la Revolución...”. “El Gobierno está dando órdenes directas a los Jefes militares, sin preocuparse de la Jefatura del Ejército...”. “El Jefe del tercer Cuerpo, general Suárez, tirado a la bartola, no emprende operación alguna ofensiva, y como el enemigo no sale de sus cuarteles en ese territorio, sino para conducir convoyes a sus campamentos, he aquí que nuestras fuerzas se están acostumbrando a las malas mañas de su jefe superior; esto es, a vivir sabroso... y a no pelear! Así se explica que los españoles no hayan tenido necesidad de distraer fuerza alguna de Occidente, para llevarla a esos territorios...”.

¿Qué era lo que había estado sucediendo en Las Villas, Camagüey y Oriente?

El teniente coronel Boza decía, en la misma anotación del día 23 de mayo hecha en su Diario de la Guerra: “Le he advertido (a Máximo Gómez) que para bien de la Patria, se hace indispensable su presencia en Camagüey y Oriente, dándole cuenta al mismo tiempo de todo lo que pude observar durante los pocos días que fui huésped forzoso del Consejo de Gobierno que preside el venerable, pero extremadamente débil y bondadoso Salvador Cisneros, a quien rodea una corte a la cual se le ha subido el humo del Gobierno a la cabeza y que parece se cree ya en plena y triunfante República...”. Más o menos ése es el juicio de Benigno Souza, que habla de Cisneros Betancourt, mencionándolo por su título de Marqués de Santa Lucía, diciendo que era “un hombre excelente, un nobilísimo personaje, un patriarca camagüeyano, un devoto de la independencia, un cubano cien por ciento, pero débil y propicio a la sugestión que sobre él ejercieron sus adláteres, por lo menos, en esta época de su vida”. Antonio Maceo, en carta que aunque es del 17 de julio corresponde a la atmósfera creada por las actuaciones del Consejo de Gobierno, le dice al general Mayía Rodríguez: “A no ser por tanto valor, abnegación y pericia demostrados por cada hombre de las fuerzas de

este departamento, la Revolución hubiera fracasado aquí, mientras los señores del Gobierno veían desde la barrera, con impasible indiferencia, el sacrificio que hacía este ejército sin socorros y sin otro auxilio que su propio esfuerzo, para salvarse del naufragio que constantemente le amenazó... De esta clase de elementos se compone nuestro Gobierno...”. Dice José Luciano Franco (página 313 del Tomo III de su obra *Antonio Maceo, Apuntes para una historia de su vida*): “La carta del doctor Fermín Valdés Domínguez al general Antonio Maceo, debió causarle a éste una penosa impresión. Su lectura traía a un nuevo plano las causas que llevaron a la muerte al general José Maceo [hermano de Antonio y caído el 5 de julio de 1896 en Loma del Gato, JB], perseguido cruel y señudamente por los odios y los rencores racistas del inefable Marqués de Santa Lucía y la repugnante camarilla que lo rodeaba”.

Pero todas esas apreciaciones eran de carácter personal, es decir, se les achacaban a determinadas personas actitudes que tenían una explicación clasista. Además de su carácter personal, tales apreciaciones eran eminentemente subjetivas porque no se apoyaban en hechos concretos, enumerables y presentados en todos sus aspectos sino en estimaciones expresadas con vaguedad como las de “venerable pero extremadamente débil y bondadoso Salvador Cisneros”; “la Revolución hubiera fracasado aquí, mientras los señores del Gobierno veían desde la barrera, con impasible indiferencia, el sacrificio que hacía este ejército...”. “...perseguido cruel y sañudamente por los odios y los rencores racistas del inefable Marqués de Santa Lucía y la repugnante camarilla que lo rodeaba...”.

Y sucedía que el malestar que había en Las Villas, Camagüey y Oriente, causa real y verdadera de la descomposición que iba extendiéndose por las filas del Consejo de Gobierno y del Ejército Libertador, se debía a que la guerra clasista que Máximo Gómez había llevado a nivel de los gobiernos

contendientes —el de España y el de Cuba Libre— se reflejaba de manera inevitable dentro de las clases que componían las fuerzas revolucionarias cubanas.

La primera constancia escrita de esa lucha de clases que se llevaba a cabo entre los cubanos que combatían por la libertad de su país se encuentra en una carta que le envió el general Bartolomé Masó al general Antonio Maceo el 24 de julio de 1895. Refiriéndose a la marcha para llevar la guerra a la región occidental de la isla, conocida en la historia de Cuba como Marcha de la Invasión, a la cual se oponía Masó cuando todavía era sólo un plan y siguió oponiéndose cuando ya era una realidad, decía ese general, que fue el primero que se alzó en armas en Oriente, el 24 de febrero de 1895:

“Sólo cuatro días antes de recibir su apreciable del 14, que me escribió desde Santa Gertrudis, escribí al General en Jefe referente a la marcha de usted a Las Villas, marcha que, según le expreso, de una manera terminante, se hace imposible realizar por las mismas razones que usted me manifiesta”.

“P.D. He leído una disposición del General en Jefe sobre destrucción de fincas y escribo a dicho General: ‘Es tan grave y trascendental en contra de la Revolución, que estoy seguro que los efectos que produzca serán desastrosos para nosotros, por cuanto las fincas azucareras, privadas de hacer zafras, se verán imposibilitadas de facilitarnos cinco o seis millones de pesos..., que, empleados en armas y municiones, nos darán un triunfo próximo... Los ingenios son el arsenal de la República. Me consta que el general Maceo tiene conseguidas sumas de consideración con varios. Hasta aquí lo que digo al General en Jefe: espero que usted escriba en igual sentido’”.

Souza explica que Maceo “era partidario de permitir la zafra para poder así recaudar gruesas sumas de dinero y armar a los mambises de la columna invasora; a este efecto,

dio muchos permisos a ingenios y cafetales, permisos anulados por Gómez, enemigo mortal de toda clase de trabajo, como después veremos”. Y agrega Souza unas líneas más allá: “La marcha de los sucesos acaecidos después demostró cuánta razón tenía el clarividente Gómez para prohibir toda labor en los campos y para emprender, sin aguardar más armas ni municiones, cuanto antes la Invasión, movimiento del cual hacía depender el futuro éxito de la rebelión”.

En realidad, el general Gómez no anuló los permisos dados por Antonio Maceo y también por su hermano José, que fueron compromisos hechos antes de que el general en jefe diera la orden de destruir toda la riqueza cubana para evitar que España siguiera extrayendo poder militar y político de esa riqueza. El general Gómez los autorizó diciendo que la Revolución no podía deshonorarse faltando a sus compromisos, pero Antonio Maceo no volvió a dar permisos después que Máximo Gómez adoptó la política de la tea como acción complementaria de la guerra. Tampoco es cierto, como se insinúa en la carta del general Masó, que Maceo se opusiera a la Marcha de la Invasión. Con lo que Maceo no estaba de acuerdo era con la oportunidad de la Invasión. Ahora bien, la oposición que le hacía Masó a ese formidable movimiento militar y político que fue la Invasión era también un reflejo de la lucha de clases. A partir del momento en que el general Gómez decidió destruir la riqueza de Cuba, como medio infalible de debilitar a España en lo militar y en lo político, Masó pasó a oponerse a todas las decisiones que adoptaba el general en jefe. Pero esa no era una actitud personal de Bartolomé Masó. Lo que hacía él era expresar un criterio clasista, perfectamente explicable porque la destrucción de la riqueza cubana significaba la destrucción de la riqueza de su clase, que era la de los miembros del Consejo de Gobierno.

Aunque Máximo Gómez no podía darse cuenta de que su Campaña de la Tea había desatado la lucha de clases entre los revolucionarios cubanos, sí alcanzaba a ver la conexión que había entre sus órdenes y esos “malestares” de Las Villas, Camagüey y Oriente. El 13 de mayo (1896), probablemente hallándose acampado en Sabana de Fusté, cerca de Camajuaní, Las Villas, envió al comandante Eligio de Armas y Machado su comunicación N° 179 que decía así:

“Comandante: Acabo de recibir su comunicación de fecha 5 de mayo de cuyo texto me he enterado con satisfacción.

‘Usted ha cumplido con su deber como militar, haciendo cumplir las órdenes de este Cuartel General.

‘Por circulares de 1o. de julio y 6 de noviembre de 1895, quedó terminantemente prohibida la introducción a poblado de todos los artículos que constituyen comercio y la operación de la zafra; expresando la pena que se le(s) aplicará a los que las infringiesen. Lo dispuesto está en vigor y, por tanto, ha obrado usted perfectamente acatando órdenes superiores.

‘Enumeraré para su mejor conocimiento los artículos que comprenden dichas circulares, primero: Prohibición absoluta de zafra en los ingenios comprendiendo no sólo la molienda sino también la limpia y siembra de caña. Segundo: Introducción de tabacos, maíz, ganado, maderas de labor, guano, majagua, miel, cera, yarey, cal, ladrillos y maderas de construcción, etc., etc., etc... Que sólo aprovechará en las actuales circunstancias a la construcción de fortificaciones enemigas.

‘Como militar le está a usted vedado acatar órdenes que no dimanen de sus superiores militares y mucho menos las que están en oposición con las dictadas por este Cuartel General mientras por éste no sean derogadas.

‘Tengo la satisfacción de manifestarle que ha cumplido con su deber, mayo 13 de 1896. Máximo Gómez”.

Los dos últimos párrafos de esa comunicación disimulan, pero no precisamente con sutileza, la lucha que se había entablado ya entre el Consejo de Gobierno y el general en jefe del Ejército Libertador a causa del carácter clasista que éste le había dado a la guerra, pues las disposiciones que prohibían la actividad comercial, la producción de azúcar y de materiales de construcción perjudicaban los intereses de clase de comerciantes, dueños de ingenios, cortadores de madera, productores de ladrillos y de cal, si bien llevaban a las filas del Ejército a millares de campesinos y trabajadores a quienes esas disposiciones dejaban sin ocupación.

Una parte de las riquezas que eran destruidas o que no podían ser comercializadas (y algunas ni siquiera producidas, como sucedía con el azúcar) era de españoles; otra parte era de ingleses, de franceses, de norteamericanos, de alemanes; pero una parte importante, y quizá la mayoritaria, era de cubanos. Los representantes políticos de los cubanos dueños de ingenios de azúcar, de fincas de ganado, de casas de comercio, eran naturalmente los autonomistas —partidarios de una autonomía para Cuba pero conservando la Isla dentro del régimen español—, aunque algunos se hallaban en las filas de la Revolución, como los jóvenes que quemaban los ingenios de sus padres para unirse a las filas revolucionarias y como sucedía con Cisneros Betancourt, Masó, Pina, Portuondo y en general con los miembros del Consejo de Gobierno. Antonio Maceo, ofuscado o equivocado, pudo haber creído en un momento dado que lo que le convenía a la Revolución era conservar la riqueza del país porque con ella podían adquirirse armas, pero cuando su comandante en jefe dijo que no, el gran capitán de Peralejos y Sao del Indio acató la orden sin la menor reserva, y empezó a dar candela a los cañaverales de los ingenios en los confines occidentales de la provincia de Las Villas, y pasó por la de La Habana, al lado de Máximo Gómez,

entre los resplandores de los incendios que según cuenta Benigno Souza llenaban las calles de la capital de Cuba de restos de las cañas quemadas. En cambio los componentes del Consejo de Gobierno, o por lo menos una parte de ellos, no actuaron como Maceo, y mientras éste y su general en jefe combatían en Occidente ellos empezaron a dar permisos para comerciar, para producir riquezas; y esos permisos fueron los que llevaron a Máximo Gómez a salir de la región occidental para volver a Las Villas, Camagüey y Oriente a hacer cumplir las disposiciones que había dado desde mediados de 1895, cuando tenía menos de tres meses de haber vuelto a Cuba con Martí.

La casualidad es una categoría histórica, y eso es lo que explica que ni Martí ni Gómez ni los más destacados jefes de la guerra de independencia de Cuba —como se llama a la de 1895-1898 para distinguirla de la de 1868-1878, conocida en la historia cubana como la Guerra Grande o la Guerra de los Diez Años, y para distinguirla de la Guerra Chiquita 1879-1880— salvo casos muy contados, como el de Calixto García, fueran, como fueron los de la Guerra Grande, dueños de ingenios o ricos propietarios y ganaderos. Especialmente en el caso de Máximo Gómez, el hecho mismo de no ser cubano puede explicar que no tuviera en Cuba ni una pulgada de tierra ni una res ni un plantón de caña; y eso se reflejaba en su completa ausencia de interés en mantener funcionando la economía cubana. Para él no había sino un propósito: ganar la guerra, y cuanto más pronto, mejor. Y a fin de que comprendamos mejor su posición demos un pequeño salto hacia adelante y situémonos en el 28 de agosto (1896), día en que el Dr. Fermín Valdés Domínguez estuvo hablando con él mientras los dos pasaban por el territorio de Victoria de las Tunas camino de Camagüey, hacia donde iba el general Gómez de vuelta de su viaje a la provincia de Oriente.

He aquí lo que de esa charla dijo Valdés Domínguez: “En la marcha de hoy le hablé del doctor Eusebio Hernández; le dije que no era su amigo; le referí muchas de las cosas que me había afirmado, entre ellas que no era el general Gómez ni el hombre más importante ni el más valiente de los que había en la guerra. Al contestarme, me dijo con dignidad: ‘Mi cuna, honrada, está en Santo Domingo. No les debo a los cubanos más que la gloria: no me he vendido a ellos; y a mi familia le he dicho que viva de lo que le dan mis paisanos, y que no acepten ni un real de la Junta Revolucionaria; ya usted sabe que mi expedición [*esto es, su viaje de Monte Cristi a Playitas*, JB] la costeeé yo, y si se habla de la Guerra desde ahora, nadie puede ignorar que yo fui quien llevó a Maceo a Occidente, ese hecho quedará para siempre en la historia. Los cubanos pueden darme y estimarme cuanto quieran, pero yo sólo quiero que después de terminada la guerra me dejen tranquilo en mi casa ...”.

“Mi casa” quería decir para Máximo Gómez su país, su tierra dominicana; Monte Cristi, donde vivía su querida Manana (Bernarda Toro de Gómez) con sus hijos, excepto el mayor, Francisco, llamado en el seno de la familia y entre sus amigos Panchito, que en el momento de la charla del General con el Dr. Valdés Domínguez se dirigía hacia Cuba, adonde llegaría el 8 de septiembre (1896) para quedar incorporado el día 18 al Estado Mayor de Antonio Maceo con el grado de capitán.

Precisamente un mes antes de esa charla Máximo Gómez le había escrito a su querida Manana una larga carta que ha quedado en la literatura histórica cubana como la única fuente para conocer la vida militar de José Maceo. Esa carta del viejo guerrero, que había sido bautizado ya por el *London News* con el título de “El Napoleón de las Guerrillas”, comenzaba diciendo: “Sin la seguridad que tengo de que todas tus miradas y todos tus pensamientos santos de mujer, y de mujer cubana,

se dirigen a tu Cuba. Sin la convicción profunda de que a mí te une un mismo fin de honores y de gloria como dos cabezas que juntas han sentido y pensado sobre la misma almohada tantas cosas de la Patria, no te enviaría estas líneas para desahogar un dolor buscando alivio a una gran pena”. Y esa gran pena era la noticia de la muerte de José Maceo, que no era un rico hacendado y ni siquiera era blanco en un país donde había una fuerte discriminación racial. En la República Dominicana, estando al lado de su Manana y de sus hijos, en octubre de 1894, se puso a escribir una página sobre la Guerra de los Diez Años, y el personaje de su relato no fue ninguno de los grandes hacendados que se lanzaron a esa guerra con categoría de jefes: fue el negro Eduá, un esclavo fugitivo que acabó siendo su asistente. Ambos trabajos, el que se refería a José Maceo y el que se refería a Eduá, reflejaban los sentimientos de un hombre que había nacido, había crecido y había llegado al más alto puesto de la Revolución cubana sin haber tenido jamás propiedades o bienes ganados con la explotación del trabajo ajeno.

Saltemos atrás, y de la comunicación del 13 de mayo (1896) enviada al comandante Eligio de Armas y Machado pasemos a la anotación en su Diario de la Guerra que hace el teniente coronel Bernabé Boza el 4 de junio. Dice Boza:

“Día 29. En marcha a las 5 a.m., y acampamos en ‘El Ciego de Escobar’. Enterado el General en Jefe de que numerosas comisiones de pacíficos de la ciudad de Puerto Príncipe [*boy Camagiüey*, JB], autorizados por el Consejo de Gobierno y algunos jefes militares y auxiliados por los majases [*mambises que se escondían en lugares apartados para no tomar parte en la guerra*, JB] recogían ganado en las fincas para llevar a dicha ciudad, ordenó que tres oficiales de la Escolta, el capitán Manuel Ramírez y los de igual graduación Tomás Olivera y Pedro Sosa, salieran por distintos rumbos y donde

quiera que encontraran comisiones de ésas, las redujeran a prisión y las condujeran al Cuartel General”.

El día 4 de junio dice Boza: “Marchamos a las 6 a. m. después de destruir todos los corrales de la finca;¹⁰ medida que toma el General en Jefe para impedir las trancas [*en el lenguaje de los dominicanos, los tranques, JB*] de ganado. Ha dado órdenes para que se destruyan todos [*los corrales, JB*] que estén en pie... Antes de marchar, puso en libertad a los pacíficos de la ciudad de Camagüey, diciéndoles que pasarían un mal rato si los volvía a sorprender recogiendo ganado para la población... Yo creo que con el susto que han pasado, esta gente no vuelve, después que se encuentren en sus casas, a cruzar los puentes de Tíñima o Jatibonico... Entre ellos hay muchos amigos míos y estaba un íntimo, casi un hermano de mi padre, el respetable caballero Miguel Betancourt Gutiérrez a quien me he visto obligado, en cumplimiento de mi deber, a tratar con la misma severidad que a los demás presos en la Escolta, esto es, a vigilarlo constantemente para que no se me escapase”.

“Ellos fueron los que por orden del General en Jefe destruyeron y quemaron los corrales de ‘Antón’, antes de quedar en libertad! Daba pena e infundía respeto, ver al anciano Betancourt, propietario camagüeyano, echando a la hoguera el peso [*troncos de madera de que se hacían los corrales de ganado, JB*] que conducía al hombro, vacilante el pie y enrojecido el altivo rostro...!”.

¿Eran o no eran esos hechos demostraciones de una lucha de clases, muy dura por cierto, llevada a cabo entre cubanos? ¿Iban acaso los señores de “altivo rostro” a perdonarle al general Gómez tales afrentas? Esa lucha o clases iba a culminar,

¹⁰ La finca era la de Antón, adonde había acampado el Cuartel General desde el 2 de junio.

pasada la guerra, en la Asamblea del Cerro, en La Habana, donde, como refiere Benigno Souza, “un jefe mambí, asambleísta”, se ofreció “para fusilar él mismo al legendario anciano...” y otro lo invitó a que, “extranjero como era, se marchara a su país”.

Pero en esa lucha había momentos de simulaciones. En su entrada del 26 de junio dice en su diario Bernabé Boza “...también llegó una comisión del Gobierno, anunciándole al General en Jefe que la Montaña venía hacia Mahoma; es decir, que el Consejo había resuelto venir a saludar al Jefe del Ejército en su campamento”.

Y prosigue:

“Día 27. Acampados... El General en Jefe hace adorar y engalanar con palmas, flores y banderas la casa inicial de la finca, que destina al Consejo de Gobierno... ¡Cuánto sabe este Jefe! ¡Cómo dora la píldora...!

‘Día 28. A las 8 a. m. anuncia una guerrilla la llegada del Consejo de Gobierno. Salió el General en Jefe con su Estado Mayor y Escolta, con banderas desplegadas y todos los jefes y oficiales del campamento a recibirlo... Se tuvieron largo rato abrazados él y el Marqués [*de Santa Lucía, es decir, Gaspar Cisneros Betancourt, JB*]. ¡Ojalá sea tan sincero como aparece a nuestra vista, ese abrazo...! Hoy se han pasado el día los secretarios del Consejo y el General en Jefe, haciéndose, como buenos esgrimistas, corteses saludos antes de comenzar el rudo ataque que entre ellos se prepara.

‘Día 29. Acampados. Las conferencias del Gobierno con el General en Jefe son secretas y muy reservadas. Yo que conozco al Viejo, creo que no está satisfecho de ellas...”

Los días 27 y 28 el general Gómez había despachado comunicaciones, la N° 228 enviada al coronel Alejandro Rodríguez, jefe de Operaciones de Cienfuegos, en la cual le decía que hiriera a los españoles “en la cuestión comercio, que

en esa comarca se ha mirado hasta hoy con punible descuido”, y le mandaba: “Observe y haga observar con todo rigor lo dispuesto por este Cuartel General en circulares del 1º de julio y 6 de noviembre de 1895, por las que se prohíbe terminantemente la introducción a poblado enemigo de frutos del país que constituyen comercio, así como la realización de la zafra y operaciones auxiliares a ese fin”; la N° 231 al coronel José B. Alemán, en la que menciona una circular de ese jefe y le dice: “Una saludable y enérgica disciplina, el estricto cumplimiento de nuestras ordenanzas, así como la abolición total del comercio y del corruptor mercantilismo que intenta de continuo cancerarnos, serán más eficaces que esa medida prohibitiva...”. Ese mismo día, en comunicación N° 232 le dice al coronel Juan Bravo, jefe de Operaciones de Trinidad: “Remito a usted copia de las disposiciones de este Cuartel General encaminadas a destruir para siempre el comercio y mercantilismo que amenaza corrompernos. Es indispensable que con mano fuerte, sin contemplaciones, haga desaparecer de esa comarca, todo lo que trascienda a comercio y tráfico. Que sepa el español que cuanto puede conseguir de los de Cuba son heridos para sus hospitales. Limpie el campo de comerciantes y trátelos sin piedad”.

Máximo Gómez saldría hacia la provincia de Oriente el 2 de julio y el teniente coronel Boza iba a quedarse de licencia en Camagüey, y no estando él al lado del general en jefe nadie se ocupó de ir recogiendo, para publicarlas después, como lo hizo Boza, las comunicaciones que el general Gómez iba despachando desde cada una sus paradas o campamentos. En su Diario de Campaña y anotaciones como la del 10 de julio, que dice: “Por la tarde visita a Boca de Dos Ríos, el punto donde cayó José Martí. Allí mismo levantamos un mausoleo a piedra viva. El acto fue solemnísimo”; y luego: “Los días últimos de julio, casi todo este mes, los he consumido en esta Jurisdicción destruyendo todo lo que podía ser útil al

enemigo y matando el tráfico y el comercio que se nos había entronizado de una manera perjudicial... Para efectuar esta ímproba tarea de organización, he tenido que mantenerme ocupado desde Remanganagua hasta Palma Soriano y Cafetal La Aurora”. (En lo que se refiere al cafetal La Aurora, ya el lector conoce la escena que se produjo allí el 3 de agosto cuando el general Gómez terminó diciéndoles a unos cuantos extranjeros que se llevaran sus cafetales para sus países).

Las frases siguientes deben haber sido escritas después del 3 de agosto. Son éstas:

“Ha sido causa principalísima de tantos desórdenes, la explotación que nuestro Gobierno ha querido hacer, de frutos de comercio, dando lugar con estas medidas a que aquí se haya convertido todo el mundo en especuladores y trabajadores; lo que nos conduciría derecho a la pérdida de la Revolución, principiando por el enervamiento de las fuerzas vivas del Ejército; pues lo que ha pasado aquí está pasando por otras partes. Enmendar estos trastornos y enderezar todas estas torceduras, me está costando no pocas mortificaciones, pues sin embargo de que procedo de tan buena fe e inspirado en los verdaderos intereses de la Revolución, tropiezo con la sorda oposición del Gobierno, compuesto de hombres de limitados alcances y de amor propio exagerado y mal comprendido”.

En eso andaba equivocado aquel hombre excepcional, cuyo instinto le señalaba el rumbo que debían seguir sus actos aunque no alcanzara a comprender la realidad social en que se movía. El mal no se hallaba en que el Gobierno estuviera “compuesto de hombres de limitados alcances y de amor propio exagerado y mal comprendido”; el mal estaba en que los hombres que formaban el gobierno de Cuba Libre eran miembros de una clase dominante y no estaban dispuestos a dejarse destruir, en tanto clase dominante, por las medidas que ponía en marcha el General en Jefe del Ejército Libertador.

De acuerdo con su Diario de Campaña, el general Gómez salió el 28 de agosto de Oriente para Camagüey, “por Río Abajo, Curana, La Deseada, Guáimaro, Las Olivas, San Blés, La Yaya”; dice él, y el 1º de septiembre anota: “Aquí [*es decir, en La Yaya, JB*] he celebrado varias conferencias con el Gobierno, que poco atinado y mal inspirado en sus estrictas atribuciones barrenando la Constitución, se ha inmiscuido en asuntos puramente militares u operaciones de guerra... Con prudencia y tacto, para evitar rozamientos que puedan perjudicar altos intereses de la Revolución, he logrado conciliarlo todo y ayudar a que, todos, sin alardes de personalismo, ocupemos nuestros respectivos puestos. Todo eso he hecho con la abnegación que Cuba me manda ejercer en provecho suyo, para su bien y ventura, sin cuidarme de las heridas que los hombres del Gobierno han inferido más de una vez a mi autoridad de General en Jefe del Ejército”.

Pero mientras se tejían las intrigas de una lucha de clases que estaba encabezada de un lado por el Consejo de Gobierno y del otro por el General en Jefe del Ejército Libertador, la guerra seguía. En ese mes de septiembre Máximo Gómez pone sitio a Cascorro, que recibió auxilio de una fuerte columna española que salió de Minas. El 8 de octubre el propio general Gómez encabezó un ataque a fuerzas enemigas que se movían en las cercanías de San Miguel de Nuevitas, y ese día anota en su Diario: “Aquí he terminado esta ruda campaña de 17 días. Por fortuna mía y como para mitigar tantos sinsabores, me ha llegado la noticia del desembarco de mi hijo Pancho, por Pinar del Río, en la expedición conducida por el General Rius Rivera”.¹¹ Nueve semanas después recibiría el golpe demoledor que le produciría la noticia

¹¹ Rius Rivera, puertorriqueño que alcanzó en la guerra de Cuba el rango de General.

de la muerte de ese hijo y del general Antonio Maceo, su Lugarteniente General, es decir, el segundo en mando del Ejército Libertador. El 17 de octubre comenzó el ataque a Guáimaro y el 21 el general en jefe salió hacia Camagüey con 500 hombres de caballería. El 24 escribe: “Tengo avisos de que el General Jiménez Castellanos [*el jefe de las fuerzas españolas en la región*, JB] concentra sus fuerzas en Minas, para salir en auxilio de Guáimaro y Cascorro sitiados... El 28 recibo aviso de la toma de Guáimaro. Doy órdenes de que se entre en las líneas del sitio de Cascorro.” El 1º de noviembre dice: “Continúa la situación y yo acampo en la Gloria, para estar más expedito sobre la línea y rumbos que pueda traer el General Jiménez Castellanos”. Seis días después escribe: “El 7, por la noche, entró Castellanos casi derrotado en San Miguel, cuyo pueblo también abandonó después, refugiándose en Nuevitas”.¹²

Pero esas victorias militares no amenguaban la profundidad a que había llegado la lucha entre el Consejo de Gobierno y Máximo Gómez. En su ya citado libro sobre Maceo (Tercer Tomo, página 321), dice José Luciano Franco: “El Consejo de Gobierno que ni siquiera se quiso dar por enterado de los nuevos éxitos militares de Gómez mientras éste se batía victoriosamente, elaboraba misteriosamente un nuevo plan con el que no sólo trataba de marchitar los laureles del viejo guerrero de la libertad, sino también destinado a sabotear el progreso militar de la Revolución.”¹³ El doctor Santiago García Cañizares presentó a esos efectos una moción al Consejo por la cual asumían ellos mismos, los secretarios del Gobierno, la dirección de las operaciones de guerra, suprimiendo el cargo

¹² Nuevitas, puerto de mar en la costa norte de la provincia de Camagüey.

¹³ En realidad, el propósito de los miembros del Consejo de Gobierno no era sabotear el progreso militar de la Revolución; era dirigir el proceso revolucionario con métodos que no liquidaran la clase a la cual pertenecían.

de General en Jefe”. En la página 325, dice Franco: “El doctor Fermín Valdés Domínguez, el hermano de Martí, amigo y compañero de José Maceo, confidente y jefe de despacho del general Gómez, colocado entre las tendencias en pugna, actor él también de estos dramáticos sucesos históricos, ha dejado escritas en libretas de su Diario las impresiones de aquel momento crucial de la Revolución Cubana, en que era más enconada la tirantez entre el General en Jefe del Ejército Libertador y el Consejo de Gobierno. Dice Valdés Domínguez en carta a un ilustre emigrado:

‘...No quiero recordar aquí cuantas cuestiones ha habido entre el Gobierno y el General en Jefe, por querer éste moralizar la guerra¹⁴ e impedir comercios con el enemigo y preparar las operaciones militares, para poder llegar a la toma de Guáimaro y a los hechos de armas que recuerdan los triunfos que nuestras fuerzas han alcanzado sobre Castellanos y su numerosa y fuerte columna por encima de ésta y otras cosas para poder llegar a un acuerdo en que el Consejo determinó que sólo podían dar pases a los que fueran a los poblados o ciudades ocupadas por el enemigo, el Consejo mismo, el General en Jefe, el Lugarteniente General, los Jefes de los Departamentos Militares y los jefes de los distintos Cuerpos del Ejército.

‘Pensó el General que él, como el alma de todas las acciones y sus delegados militares en los distintos centros de acción, debían saber quiénes eran los autorizados para entrar en los pueblos, a fin de evitar desórdenes perjudiciales a sus mismos planes militares, dando con este consejo racional más importancia y prestigio a los pases que despachara el Consejo. No fue oída la observación justa, dando Portuondo por sí pases a

¹⁴ Lo que Máximo Gómez se proponía no era moralizar la guerra sino ganarla forzando a España a abandonar Cuba debido a que una Cuba empobrecida no le proporcionaría ni riquezas ni el poder político que surge de la riqueza.

distintas personas para encargos fútiles,¹⁵ y como entendía el General Gómez que esos que expidiera el Gobierno debían ser autorizados por el Presidente y el Secretario del interior, como luego se resolvió, recogió los que andaban en manos de mujeres y otros individuos, sólo con la firma de Portuondo o del Presidente. Este hecho dio lugar a violentas comunicaciones de Portuondo, como encargado de la Secretaría de la Guerra, en las que el General en Jefe se sintió ofendido en su dignidad como hombre y como Jefe de nuestro Ejército, llegando a determinar el Consejo que si no se sometía a la letra de sus acuerdos, le invitaba a que presentara su renuncia, acuerdo que sirvió a Portuondo para decirle en una de sus cartas, que el Consejo estaba dispuesto a deponerlo si no se sometía a su autoridad incondicionalmente. El general Gómez no había faltado a la obediencia que debe a éste como a todos los acuerdos del Consejo, que tiene él buen cuidado en ejecutar todos sus actos de acuerdo con lo preceptuado por la Constitución, era, pues, gratuita la amenaza, ofensiva e ingrata.

‘Se resolvió favorable y dignamente la cuestión personal que surgió entre Portuondo y el general Gómez con las terminantes explicaciones del primero, pero el General en Jefe, al contestar al Gobierno le dijo que marchaba para encontrarse con el Lugarteniente General Antonio Maceo, para hacerle entrega de los poderes con que lo investiera la Constitución, haciendo así su renuncia formal...’.

Franco no da la fecha de esa carta de Valdés Domínguez, pero en el Diario de Campaña de Máximo Gómez aparecen el 7 de noviembre, estas palabras: “Tan larga como importante

¹⁵ Nótese que el día 7 de noviembre el general Gómez habló de “comisiones fútiles” mientras Valdés Domínguez habla de “encargos fútiles.” A menudo se hallan también en Mi Diario de la Guerra de Bernabé Boza frases y sobre todo ideas muy parecidas a las que exponía el general en jefe en su diario y en sus cartas.

ha sido esta operación, por los resultados que nos ha dado (se refiere a los combates de Lugones y La Conchita contra las tropas del general Castellanos y el hostigamiento que les hicieron las fuerzas cubanas en su retirada hacia Nuevitas), y sin embargo, en vez de recibir parabienes del Gobierno, lo que recibo son desafecciones; y la causa es, porque me opongo a que el Gobierno descienda, metiéndose en asuntos que, o no son de su incumbencia, o los despacha mal, o de modo informal, como acaba de acontecer expidiendo pases para entrar en poblados enemigos en desempeño de comisiones fútiles”. Como en muchos sentidos esa anotación del general Gómez es una síntesis de lo que dice su carta a un “ilustre emigrado” el doctor Fermín Valdés Domínguez, podemos colegir que esa carta fue escrita en el mes de noviembre; a más tardar, al comenzar el mes de diciembre (1896); y decimos que a más tardar al comenzar el mes de diciembre porque en una anotación sin fecha —señalada sólo con las letras “Dic”—, el general Gómez dice: “Finalizó noviembre y ha entrado diciembre; el último mes del año, con tristísimos auspicios para mí... Hace días que se suscitó entre el Consejo de Gobierno y yo, un desacuerdo, por el modo irregular de sostener las confidencias reservadas; firmando cualquiera de sus miembros pases al enemigo, muchas de las veces para diligencias fútiles [*variación del giro ‘comisiones fútiles’ que había usado el 7 de noviembre y de ‘encargos fútiles’ que había escrito Valdés Domínguez, JB*], facilitando con esto el espionaje del enemigo en la zona alrededor de la ciudad de Camagüey, que entra en mi plan de campaña asediar lo más posible que se pueda como se está haciendo”.

(A seguidas el general Gómez introduce en su Diario, con fecha 22 de diciembre, una noticia que debió haber recibido varios días después, lo que indica que por lo menos en alguna que otra ocasión el jefe del Ejército Libertador no escribía su

Diario directamente sino que iba tomando notas que después pasaba a una libreta. La noticia a que nos referimos es conocida ya de nuestros lectores; es la de que el día 2 de diciembre (1896) “fue herido Panchito, combate Lomas de San Juan de Dios, Pinar del Río”.¹⁶

Después de esa anotación, el general Gómez sigue el hilo de lo que iba diciendo y lo hace con las siguientes palabras:

“Y queriendo regularizar ese servicio de la mejor manera, sin oponerme al acuerdo, el Consejo se opone y de ahí que se me hayan pasado comunicaciones insultantes; al extremo que hemos caído en una situación embarazosa, resultado: sería cuestión personal entre el Secretario de la Guerra como él se titula y yo... Todo esto, que podemos llamar sensible y trascendental trastorno, ha venido a presentarse en los momentos más peligrosos de campaña y cuando me preparo, precisamente, para marchar hacia Occidente... Y pienso de esa manera; consecuente siempre con mi propósito desinteresado de ayudar a los cubanos en su guerra de independencia; que es lo que me hizo, desarmado y en frágil barquilla, arribar a las playas de esta tierra; que ya he hecho bastante por ella, llenando lo mejor que he podido el deber que yo mismo me había impuesto, creo que ya los cubanos no me necesitan y, como extranjero, y como hombre sensato, cumplo retirarme de esta lucha, en donde han surgido ya peligrosas rivalidades, que de ninguna manera (como pudiera suceder) debo alentar con el ejercicio de mi mando; pues eso, me hará perder simpatías en este pueblo, patria de mi mujer y de mis hijos y tal vez una nota dudosa de subordinado en mi vieja hoja de servicios que deseo mantener clara y limpia... Esta es la inesperada situación en que me encuentro colocado”.

¹⁶ En realidad, Panchito Gómez Toro fue herido el día 3 de diciembre, en el combate de la Gobernadora.

¿Cuál fue la fecha precisa de ese “hace días que se suscitó entre el Consejo de Gobierno y yo, un desacuerdo”, escritas por Máximo Gómez al empezar el mes de diciembre? ¿Cuándo se produjo el “desagradable incidente” que “surgió entre el General [*Calixto*, JB] García y yo”, que menciona el General en Jefe en su Diario de Campaña el 18 de noviembre? Cuenta él: “Todo consistió en el envío de armas y pertrechos, que él debía enviar de Oriente para reforzar a Occidente [*esto es, a Maceo*, JB]; y que, como comúnmente viene sucediendo siempre, la gente esconde y no quiere dar. El General se cree aludido a esta insinuación mía (que no debía creer así, por el poco favor que se hacía) y de ahí surgió el disgusto”. El disgusto con Calixto García era una manifestación más de esa lucha de clases que se llevaba a cabo entre los miembros del Consejo de Gobierno y el general Gómez. Calixto García, gran cubano y gran general, era sin embargo parte de la misma clase a la que pertenecían los miembros del Consejo de Gobierno.

¿Por qué nos interesa tener una idea aproximada de la fecha de ese “desacuerdo”, como le llama el General Gómez, entre él y el Consejo de Gobierno, que parece haber sido el más grave de los varios que tuvieron?

Nos interesa porque tuvo una importancia capital en la lucha de clases de que venimos hablando; y la tuvo porque sus efectos se extendieron por todo el campo de la Revolución. Dice Franco (página 326) que mientras el Consejo de Gobierno y el General Gómez marchaban de Camagüey hacia Las Villas, “en las etapas del camino coméntase entre jefes y oficiales la existencia de graves desacuerdos” —y agrega—, que “se llega hasta a decir que al General Maceo se le ha de entregar el mando supremo civil y militar”; y añade que el marqués de Santa Lucía —es decir, el presidente del Consejo de Gobierno— “había insinuado, con evidente mala fe, esa posible eventualidad”. Así vemos, en carta particular reservada

a Miguel Betancourt Guerra, junio 4 de 1896, cómo trata de hacer circular la calumniosa especie: "...También sé que hay allá algunos opuestos al régimen de gobierno actual y que hasta piensan en Maceo como su ídolo"; palabras que le merecen a Franco éste comentario:

"Y de ahí parten distintas versiones, que ahora toman cuerpo entre los hombres que atraviesan Camagüey rumbo a Las Villas". "Por todas partes se decía, mejor dicho, se susurraba —escribe el entonces teniente coronel Boza, jefe de la escolta del Generalísimo—¹⁷ que el propósito del Consejo era ponerse al habla con el Lugarteniente general Antonio Maceo y ofrecerle la jefatura del Ejército pues era cosa decidida y resuelta la destitución del general Gómez... Demás está decir que los que conocíamos Antonio Maceo, estábamos convencidos de que él no iba prestarse a hacerle el juego al inexperto y poco previsor Consejo...".

Nos interesa la fecha porque se sabe que para el 2 de noviembre Maceo buscaba la manera de cruzar la Trocha de Mariel a Majana para entrar en la provincia de La Habana a fin de reunirse en Las Villas con el General Gómez, que le había dado instrucciones para celebrar esa reunión. Eso es lo que explica la frase de Boza, dicha la noche del 14 de diciembre al General en Jefe, cuando éste recibió la noticia de la muerte de Maceo y de su hijo Panchito: "Maceo ha cruzado la Trocha infranqueable, cumpliendo las órdenes de usted y pronto los verá usted a él y a Panchito." Y eso explica también otra frase, pero ésa dicha por Máximo Gómez al responder la de Boza: "¡Muertos...!, y yo que creía que ahora se me facilitaría descansar y es todo lo contrario: ¡Más firme aún al trabajo!".

Todo eso indica que cuando el General en Jefe le comunicó el 8 de diciembre al secretario de la Guerra, Rafael Portuondo, según informa en su carta a un "ilustre emigrado"

¹⁷ La cita es de José Luciano Franco, página 327.

el Dr. Fermín Valdés Domínguez, “que marchaba a encontrarse con el Lugarteniente General Antonio Maceo, para hacerle entrega de los poderes con que lo invistiera la Constitución, haciendo así su formal renuncia...”, ya le había ordenado a Maceo cruzar la Trocha de Mariel a Majana y reunirse con él en Las Villas.¹⁸ Maceo estaba dándole cumplimiento a esa disposición cuando fue sorprendido por las fuerzas de Cirujeda y muerto en San Pedro, en territorio de la provincia de La Habana, el 7 de diciembre, un día antes de la carta de Gómez a Portuondo y un día antes también de la comunicación que el General en Jefe le había enviado desde El Corral, Camagüey, al jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, el general Javier de la Vega, en la cual le decía que “por razones poderosas de política interior y en mi calidad de extranjero, como hombre sensato, considero ya innecesaria mi autoridad superior en el mando del Ejército, con que me honrara la Constituyente. En tal virtud, suspendiendo, como es natural el plan de campaña que me había trazado, marchó ahora ligero a depositar el mando como Jefe del Ejército en la autoridad del Lugarteniente General, segundo en el mando, Mayor General Antonio Maceo, como está prevenido en la Constitución”.

Maceo había cruzado la Trocha de Mariel a Majana por la misma boca de la bahía del Mariel en la noche del 4 al 5 de diciembre. Dejaba atrás sus fuerzas, pues sólo le acompañaban dos generales, tres coroneles —uno de ellos, su médico—, dos tenientes coroneles, cuatro capitanes —de los cuales uno era Panchito Gómez Toro, el hijo de Máximo Gómez— y un teniente; y dejaba atrás también a 25 mil soldados españoles que bajo el mando directo de Weyler trataron de aniquilar por todos los medios a las tropas de Maceo.

¹⁸ El dato de que la cita de Maceo con Gómez tendría efecto en Las Villas lo da el propio Maceo en carta a Rius Rivera del 5 de diciembre.

25 mil soldados significaban más del diez por ciento de todos los que Weyler tenía a su disposición. Benigno Souza afirma que el ejército de Weyler llegó a estar formado por 226 mil soldados peninsulares (es decir, llevados de España) más los voluntarios, que normalmente eran españoles que residían en Cuba y sobre todo por naturales de las Islas Canarias, y los guerrilleros, que eran cubanos al servicio del gobierno español. En los años de las guerras de independencia de los países de América, y más concretamente en febrero de 1815, España había enviado a combatir en Venezuela y Nueva Granada (hoy Colombia y Panamá) 11 mil hombres al mando del general Pablo Morillo, y Venezuela y Nueva Granada, agregándoles a la primera el territorio que luego pasó a ser parte de la Guayana inglesa y a la segunda el de Panamá, sumaban mucho más de 2 millones de kilómetros cuadrados y en cambio Cuba no llegaba a los 115 mil. Además, Cuba estaba cruzada por donde quiera de ferrocarriles, carreteras y telégrafos, y las armas que se usaban a fines de siglo eran incomparablemente superiores a las de 1815-1820.

(Como datos curiosos debemos decir que los padres de Mariana Grajales, madre de los hermanos Maceo, eran dominicanos y se llamaban José Grajales y Teresa Cuello, ambos de la Capital; además, Marcos Maceo, el padre de los héroes cubanos, era venezolano pero estuvo viviendo en Santo Domingo con su madre Clara Maceo y sus hermanos Doroteo, Bárbara y María del Rosario. No tenemos la ficha bibliográfica ni recordamos el nombre de la obra ni de su autora, pero podemos asegurar que una escritora cubana dijo en un libro publicado en los años de la última etapa de Batista que Clara Maceo, la madre de Marcos Maceo, era dominicana y el padre de Marcos, francés avecindado en Venezuela. Otro dato curioso es que hubo un dominicano que estuvo hablando con

Antonio Maceo tal vez una hora, o aun menos de una hora antes de su muerte; y fue el coronel Rodolfo Bergés, de San Francisco de Macorís, cuyo nombre es desconocido por la gente del pueblo tanto en su país como en Cuba. El coronel Bergés había recibido a las dos de la tarde la orden de pasar a ver al lugarteniente general del Ejército Libertador, y “Acto seguido tomé mi caballo y fui a ponerme a sus órdenes,” dice Bergés en su *Diario de Campaña*, mencionado por José Luciano Franco (página 362). Cuenta Franco que después de haber hablado con Maceo “Bergés se dirigió al sitio donde se encontraba Panchito Gómez. Como éste, a causa de la herida recibida en el último combate de Pinar del Río llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, Bergés, mientras hablaban de Santo Domingo, le peló una de las naranjas”. Esas naranjas se las había enviado a su joven ayudante el Titán de Bronce, como le llamaron a Antonio Maceo sus contemporáneos, admirados de su heroísmo y en alusión a su tamaño descomunal y su color bronceo).

III

La campaña de La Reforma

Antonio Maceo fue muerto alrededor de las tres y media de la tarde del lunes 7 de diciembre (1896), y como hemos dicho al día siguiente Máximo Gómez les escribía al secretario de la Guerra, Rafael Portuondo, y al general Javier de la Vega, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, comunicándoles que iba en busca de Maceo para hacerle entrega del mando del Ejército Libertador. Pero el día 14, a las once y minutos de la noche, exclamaba: “...y yo que creía que ahora se me facilitaría descansar y es todo lo contrario: ¡más firme aún al trabajo!”. Esto es, más dura la lucha para alcanzar la libertad de Cuba porque ya no podía contar con el brazo poderoso de Antonio Maceo, que mantenía sobre sí, en una porción de la provincia

de Vueltaabajo, a 25 mil soldados españoles que actuaban bajo la jefatura inmediata del general Valeriano Weyler. Con esas palabras de “¡más firme aún al trabajo!” Máximo Gómez borraba de su mente, como borra la ola la huella que quedó en la arena, toda la amargura que le había llevado a la decisión de abandonar la lucha, y en ese momento de profundo dolor por la muerte del hijo y del compañero de armas que en cierto modo también era su hijo, lo único que lo mantuvo a flote en un océano de amarguras fue la conciencia de que debía seguir luchando, que no podía descansar, que tenía que hacerle frente a su deber “más firme aún” que nunca. Lo que seguramente no llegó a imaginarse ese hombre excepcional era que “el trabajo” que le tocaba hacer de ahí en adelante iba a ser de tal categoría que al cabo de veinte meses colocaría su nombre a la cabeza de los más notables guerrilleros de la historia. En el momento en que decía esas palabras de “¡más firme aún al trabajo!” y entraba “en su tienda llorando el noble y gran anciano”, estaba cayendo en un pozo de dolor infinitamente hondo del cual tardaría tiempo en salir; y al salir de ese pozo ya no sería el caudillo abatido por la desgracia sino el formidable combatiente de La Reforma.

Quien nos da el dato de que el general Gómez tardó en reaccionar es otro dominicano olvidado en Cuba y en su país, el coronel Lorenzo Despradel, nacido en La Vega, que se fue a la guerra de Cuba cuando apenas tenía 21 años y alcanzó el grado de coronel al lado de Máximo Gómez, de quien llegó a ser secretario. Además de soldado, Despradel fue escritor y periodista. Gran parte de su producción fue firmada con el seudónimo de Muley, que acabó convirtiéndose en su apodo, pero su trabajo “Máximo Gómez y la Campaña del 97”, que figura como apéndice en la obra de Orestes Ferrara *Mis Relaciones con Máximo Gómez*, fue firmado con su nombre de Lorenzo.

Lorenzo Despradel tenía una inteligencia lúcida, que le permitía descomponer los hechos en sus partes esenciales para analizarlos a fondo. Eso hizo con la guerra de independencia de Cuba, que dividió acertadamente en tres tiempos:

“1º. Levantamiento en Baire; desembarco de Gómez, Maceo y Martí; paso del Jobabo por el General Máximo Gómez y marcha de éste hasta Iguará (en Las Villas).

‘2º. Unión de Maceo y Máximo Gómez e inicio de la invasión de las Provincias de Occidente, hasta la entrada de las fuerzas cubanas en Mantua (extremo occidental de la provincia de Pinar del Río). Retorno del General Gómez a Oriente, y campaña de Maceo en Pinar del Río hasta su muerte, acaecida después de pasar la Trocha de Mariel a Majana, en el lugar nombrado ‘San Pedro’ de la provincia de La Habana, y

‘3º Paso de la ‘Trocha del Júcaro a Morón’ por el General Gómez; campaña de ‘La Reforma’, ‘Santa Teresa’, ‘Los Hoyos’ y ‘La Demajagua’, hasta la toma de ‘Arroyo Blanco’, que se efectuó después del bloqueo que establecieron los barcos de Estados Unidos en las costas cubanas”.¹⁹

Refiriéndose a la noticia de la muerte de Maceo y de su ayudante Panchito Gómez Toro, dice que el hecho fue confirmado por una comisión que llegó al Cuartel General establecido en Santa Teresa con “el encargo de comunicarle oficialmente la muerte del Lugarteniente General del Ejército y de su heroico ayudante el Capitán Francisco Gómez Toro”, noticia que coincide con el Diario de Campaña del General en Jefe que después de informar que en la noche del 26 de diciembre (1896) cruzó la Trocha de Júcaro a Morón —por quinta vez— y que a las 12 de la noche había acampado en El Barro, escribe:

¹⁹ Todos los paréntesis son de Despradel.

“El 27, a los ‘Laureles’ y el 28 a Santa Teresa... Apenas llegado a este lugar recibo la confirmación oficial de la muerte de mi amado hijo y del General Antonio Maceo”.

Dice Lorenzo Despradel:

“Aún me conmueve el recuerdo de ese día en que todas las fuerzas acampadas en aquel sitio, invadidas por el dolor que les causaba la desaparición del glorioso caudillo, guardaban un silencio que era la más fiel expresión de su hondo duelo. Los soldados andaban taciturnos, disipada ya la esperanza que hasta entonces abrigaban, de que fuese incierta la muerte del guerrero invicto, y por todas partes, hasta en la escasa luz de aquel día de invierno se advertía la tristeza que invadía todos los corazones.

‘Al tercer día, al romper el alba, la voz vibrante del General Gómez se dejó oír en el campamento. ‘¿Qué silencio es ese?’, dijo por tres veces, agregando luego con el mismo acento: ‘¿Es acaso porque han caído bañados en su sangre el General Maceo y mi hijo, su ayudante...? ¡Han muerto cumpliendo con su deber, y ahora nos toca a nosotros! Aquí no debe haber sino alegría, conformidad y decisión, cada vez que cae uno abrazado a la bandera de Cuba...’”.

Dice Despradel: “Esas palabras galvanizaron a los soldados, y al salir el Sol, ya resonaban por el potrero y por los lindes del monte décimas jocundas y bullicio que le devolvieron su aspecto habitual al campamento”. Y a partir de esas palabras comienza a referirse a lo que fue la Campaña de La Reforma, que nadie ha descrito en conjunto mejor que él así como nadie la ha descrito en detalle mejor que Benigno Souza. De lo que Despradel y Souza escribieron sobre esa campaña memorable puede sacarse en claro, por lo menos de manera sintética, lo que ella fue: la más extraordinaria acción guerrillera de todos los tiempos y la corona de gloria que iba a adornar la figura del hombre que la concibió y la dirigió.

Benigno Souza resume la fabulosa Campaña de La Reforma con estas palabras:

“Muerto Maceo, surgió, de seguro entonces, en la mente de Gómez, el plan genial, que realizó después de modo tan admirable; en silencio, sin consultas, y como en el año 75 (1875), cuando la invasión de Las Villas, lo preparó tan en secreto que nadie en las filas cubanas lo pudo sospechar como veremos. En el ocaso de su vida ya, escribió esta última página de su historia militar, y en ella se superó a sí mismo, a todo lo que antes había hecho, a su campaña en Santiago de Cuba, durante los años del 68 al 70; a la invasión de Guantánamo en el 71, a las jornadas de Camagüey en el 73 y 74; a la invasión y campaña de Las Villas en el 75 y 76;²⁰ a la maravillosa campaña circular de Camagüey en el año 95; a su campaña lanzadera de La Habana en el 96; nada, nada se puede comparar a esta épica aventura, a este duelo desigual, que duró 20 meses, entre Weyler y Blanco²¹ con sus 40.000 hombres y él, (al) frente de 4.000 mal armados y peor municionados”.

De los primeros combates de la Campaña de la Reforma, doce de los cuales se dieron en el año 1897, el tercero tuvo lugar en Juan Criollo el 1° de febrero. Ese fue el más costoso para las fuerzas cubanas, que tuvieron 6 muertos y 30 heridos. A ese combate le llamaba Máximo Gómez, según recuerda el coronel Lorenzo Despradel, “la carga de los doctores,” porque en él fueron muertos los caballos de varios doctores, entre los cuales Despradel menciona a Valdés Domínguez,

²⁰ Se refiere a campañas que planeó y llevó a cabo el general Gómez en los años de la Guerra Grande, es decir de 1868 a 1878.

²¹ Weyler tuvo que salir de Cuba, fracasado, a los once meses de iniciada la Campaña de la Reforma. Su sustituto fue el general Ramón Blanco, marqués de Peñaplata, que llegó a La Habana el 31 de octubre de 1897. Blanco fue el último de los capitanes generales españoles de Cuba.

Moreno de la Torre y Freyre de Andrade. Este último escribió sobre la Campaña de La Reforma las siguientes palabras, que reproduce Benigno Souza:

“Traspasado de dolor por la muerte heroica de su hijo, adusto por temperamento y por su modo de entender los deberes de General en Jefe, apenas salía de la exigua tienda en que encerraba sus actividades. Me atreví en una ocasión, en que lo encontré comunicativo, a mostrar mi extrañeza por la inacción en que estábamos en los potreros de Sancti Spíritus, y me quedé atónito cuando le oí declarar que nada estaba más lejos de su ánimo que seguir a Occidente, ni abandonar aquel territorio, y su explicación me pareció un desatino: ‘Si voy para La Habana, se acaba la guerra en Occidente y le doy gusto a Weyler; aquellas comarcas están casi agonizando, y al ir yo pocos recursos puedo llevarles en comparación con los que van a disponer los españoles para perseguirme; en cambio, si me quedo aquí, obligo a Weyler a venir a buscarme, y como tiene mucha gente en trochas, líneas militares que torpemente sostiene y no se atreve a abandonar, tendrá que sacar soldados de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Sagua para perseguirme; de este modo nuestras fuerzas de esos territorios se reharán y tendrán respiro, habiéndole (s) yo ayudado a ello sin buscar golpes de efectos inútiles.’

‘No me atreví a discutirle lo que me pareció absurdo; pero Máximo Gómez con intuición admirable había adivinado el porvenir y antes de un mes teníamos a 40.000 españoles operando en fortísimas columnas, haciendo combinaciones pueriles para batir al General que durante más de un año se burló a mansalva de sus enemigos y llegó con sus fuerzas casi intactas hasta el final de la campaña”.

Y claro que llegó al final de la campaña con sus fuerzas casi intactas, repetimos nosotros; y ofrecemos estos datos, que tomamos también de Benigno Souza: En 15 acciones que libraron las fuerzas cubanas en la Campaña de La Reforma,

tuvieron sólo 28 muertos y 80 heridos. “Para lograr ese ridículo resultado”, dice Souza, “tuvieron Weyler y Blanco que concentrar sobre él la tercera parte de todo su ejército, 40.000 hombres; guarnecer con 10.000 de ellos la fúnebre línea militar de la Trocha, que llegaron a iluminar por las noches, en toda su longitud, con faros de carburo [*el General Gómez decía que en la Trocha tenía él 10.000 españoles prisioneros*, JB]; ocupar con sus tropas la mortífera y pantanosa isla de Turiguanó; movilizar a más de 30 generales y coroneles; gastar millones y más millones en su Trocha y en fortificar los 14 centros de operaciones y campamentos de sus columnas; perder más de 25.000 soldados entre muertos o repatriados por inútiles; es decir, en esa partida se apuntaba Weyler 25.000 por 28, sin haber logrado causar el más pequeño descalabro a Gómez, sin hacerle abandonar esos potreros, sin obligarle a repasar la Trocha”.

Durante toda la Campaña de La Reforma —veinte meses—, Máximo Gómez apenas salió de un lugar de no más de 60 kilómetros cuadrados; es decir, el territorio que hay dentro de un cuadro limitado por una línea que fuera de la boca del río Ozama hasta Haina; de Haina, yendo hacia el Norte, hasta la carretera Duarte, de ahí a la Barca de Santa Cruz y de la Barca de Santa Cruz otra vez a la boca del Ozama. En ese cuadro metió Weyler 38 batallones y 4 regimientos de caballería, y el propio Weyler dirigía las operaciones desde Sancti Spíritus. El general Gómez había dicho: “El mejor subalterno que tengo yo para acabar con el Ejército español en Cuba es Valeriano Weyler”. Y Weyler le daba la razón, puesto que lo que el general en jefe del Ejército Libertador se proponía era precisamente llamar sobre sí la atención y las mejores fuerzas de Weyler a fin de que las columnas cubanas que operaban en las provincias de La Habana y de Matanzas pudieran moverse con libertad, como en efecto se movían.

Ese era el plan estratégico, pero el plan táctico de Gómez en La Reforma era uno que se repetía sin cesar, tal como repitió sin cesar su plan táctico en la invasión de las provincias de Matanzas y La Habana. En La Reforma, además del principio que él llamaba “los diez mandamientos que se encierran en dos” (“Al enemigo que nos salga por los flancos, a ése procurar rebasarlo y dejarlo a retaguardia entretenido con guerrillas y emboscadas; pero al enemigo que nos salga de frente, a ése debemos arrollarlo sin tener en cuenta ni el número ni las posiciones”)²² el genial guerrillero agregó otros dos: No perder contacto con el enemigo en ningún momento, bien para atacarlo o bien para observarlo, y usar de aliada a la naturaleza cubana.

Esto último, que en fin de cuentas fue la clave de la derrota de Weyler y de Blanco en La Reforma, lo hizo Gómez tomando en cuenta experiencias de la Campaña de la Invasión. Por ejemplo, el 11 de diciembre de 1895, mientras operaba junto con Maceo en Las Villas, camino hacia Matanzas, anotó en su diario:

“El día 11, fuimos atacados (a las 3 p. m.) por una columna enemiga de más de 4.000 hombres. Se tomaron posiciones; respaldando nuestras fuerzas al pie de las montañas, que se levantan al sur de esta Zona; se resistió toda la tarde sin que los españoles pudieran tomarnos las posiciones... La noche suspendió el combate y nuestras avanzadas ocupaban las avenidas frente y a tiro de rifle de las avanzadas enemigas. Previniendo que el enemigo debía emprender el ataque al día siguiente, hice comprender al General Maceo que no nos convenía resistir; preparamos durante la noche nuestra retirada por un camino extraviado y en extremo escabroso, por donde teníamos que pasar con una impedimenta de

²² Instrucciones que había dado a Maceo en la Campaña de la Invasión.

más de 500 hombres desarmados, acémilas [*mulos*, JB], gente inútil, que sin poderlo evitar se arrastraba detrás del Ejército, lo que hacía más penosa la marcha; más de 300 heridos, en su mayor parte graves, que era forzoso conducir en hamacas, por una senda que, imposible de doblar en fondo hacía la marcha más difícil, y por lo tanto lenta como se puede imaginar”. Y agrega: “Durante esa noche se trató de molestar cuanto se pudo al enemigo, haciendo fuego por escogidos tiradores sobre sus fogatas, el que al cabo se vio obligado a apagar”.

Al día siguiente el general Maceo, con gente escogida, se encargó de defender la retaguardia cubana del ataque español que había comenzado a las 6 y media de la mañana. La defensa fue hecha, dice Gómez, “ya con emboscadas, ya con grupos de tiradores escogidos y bien colocados en las alturas dominantes de la vía”; y agrega: “Con esta táctica tan fácil y sencilla, logramos, no solamente detener el empuje de su marcha al enemigo, sino que le causamos grandes pérdidas, al propio tiempo que por nuestra parte eran insignificantes; y para explicar tan notable diferencia, es necesario advertir que consistía en que nuestros soldados, ocultos siempre en las malezas y quebraduras que ofrece el terreno, hacían fuego a ojos vistos, lo que no pudieron nunca hacer los españoles, porque en estos casos las ventajas resultan para el que espera y no para el que avanza”.

En junio de 1896, de paso por Camagüey camino de Oriente empieza a sistematizar los ataques nocturnos. Así, el día en que comienza la acción de Saratoga (11 de junio), dice: “El enemigo se defiende y en la noche suspende el ataque general, sin dejarle tranquilo en toda la noche el fuego de mis guerrillas”. El 12 escribe: “La noche ha suspendido otra vez lo reñido del combate y siguen funcionando las guerrillas”.

Pero la naturaleza cubana que el general Gómez usó en La Reforma como una de sus fuerzas decisivas no eran sólo “las malezas y quebraduras que ofrece el terreno”, ni era el clima (“Mis mejores generales son junio, julio y agosto”, dijo una vez, aunque hay autores que afirman que los meses a que se refirió fueron julio, agosto y septiembre). Despradel se refiere a “el ridículo que implicaba el hecho de que el perseguido [Gómez, JB] permaneciera de día y de noche en contacto con los perseguidores [*los españoles*, JB], pisándoles los talones y causándoles constantemente bajas considerables”. Y agrega:

“Abonaba el éxito de esa rara campaña, el conocimiento que tenía el General del terreno en que estaba batiéndose. Lo conocía palmo a palmo, y muy raras veces consultaba los mapas magníficos que llevaba consigo ni a los prácticos que le rodeaban, para moverse en aquel terreno cruzado por infinidad de veredas y sendas, que desembocaban en los inmensos potreros en que nos debatíamos incesantemente, insurrectos y españoles”.

Y como una demostración práctica de lo que dice, explica Despradel:

“Un día de los primeros de marzo (1897) estando acampados en ‘La Reforma’, se obstinó una columna [*española*, JB] en hacernos una persecución tenaz. El General se movía a su vanguardia, tiroteándola ligeramente; poniéndole emboscadas en donde el terreno se prestaba para ello, y retirándose siempre con dirección al Sur, hasta que al medio día la columna acampó en la “Demajagua’ y nosotros en “Las Casitas’, que está a pocos kilómetros —dos a los más—. ²³ Después de haber almorzado, la columna se puso de nuevo en marcha, siguiéndonos el rastro con la misma tenacidad que en la mañana, y pocos momentos después sostenía un fuego nutrido con nuestros exploradores.

²³ Demajagua y Las Casitas, dos potreros dentro de la jurisdicción de La Reforma.

Al montar a caballo el General dijo con aire risueño al General Boza, cubano íntegro, valiente y leal que siempre le dio pruebas de sincera amistad: ‘puesto que esa columna lo quiere, me verá —si persiste en seguirme— en la ocasión de aniquilarla esta noche sin necesidad de dispararle un tiro’”.

“Y seguimos la marcha; nosotros delante y el enemigo detrás, batiéndonos siempre en retirada, y dejando un rastro visible para estimularlo en su propósito de seguirnos a través de aquellas tierras áridas, desprovistas completamente de agua. La persecución duró muchas horas,²⁴ y ya al caer la tarde penetrábamos en una región húmeda, cenagosa, cubierta de lagunatos de agua salobre e invadida por nubes de mosquitos y ‘jejenes’. Hasta allí nos persiguió la columna, que se vio obligada a acampar en aquel sitio, puesto que la noche se le venía encima; en tanto que nosotros, que constituíamos un cuerpo de caballería ligera, tomamos una vereda y nos alejamos a paso vivo de aquel lugar, en donde se respiraba un ambiente envenenado”. “Al otro día”, termina diciendo Despradel, “la columna tuvo que tomar el camino de la Trocha, urgida por la necesidad de encontrar hospitales en que alojar los centenares de soldados que se habían envenenado tomando el agua salobre de esa región pantanosa en que tuvo que acampar después de una persecución infructuosa”.

Souza se refiere a esa táctica con las siguientes palabras:

“Avaro de la sangre de sus soldados, con tan reducido número de hombres, casi sin municiones ni reservas, buscó sus mejores auxiliares en el Trópico fatal, más mortífero y eficaz que las balas y el machete de los mambises; y él, adalid en el pasado de los grandes combates, campeón de Palo Seco y Las Guásimas, no estaba ahora por esos grandes encuentros, y...

²⁴ No debe olvidarse que los “perseguidores” eran los españoles, pero por decisión del General Gómez, que simulaba ser el perseguido.

fueron sus tenientes, sus mejores batallones, el vómito negro, el paludismo, la disentería amebiana y el clima; de ahí su empeño en llevar tras sí todo el día a las columnas españolas, orientándolas siempre por áridos caminos, sin aguadas, por desolados pedregales, por pantanos y por horribles plagueros”.²⁵

Sigue diciendo Souza que el 20 de julio de 1897 el general en jefe le escribió a Tomás Estrada Palma, que estaba en los Estados Unidos como delegado del Partido Revolucionario Cubano:

“Los españoles están cansados y en estos días, en que el calor a nosotros mismos nos sofoca, no concibo cómo esas tropas se muevan. La verdad es que el general Weyler... está acabando con sus soldados. Les hace emprender marchas terribles por caminos intransitables, para no hacer más que apresar familias y talar sembrados.

‘Por la noche, nuestras avanzadas se ponen a la vista de ellos, y empieza el tiroteo hasta por la mañana...’.

Pero la verdad es que no era Weyler quien hacía marchar a sus soldados por esos caminos intransitables; era Máximo Gómez, que había dado con la fórmula para destruir al sufrido y valeroso soldado español destruyéndole la salud e impidiéndole que durmiera. Las columnas que pasaban las noches de claro en claro debido al tiroteo incesante de las avanzadas cubanas, y que además del traspase tenían que sufrir las picadas de los mosquitos y los jejenes y beber agua de pantanos, quedaban inutilizadas para hacerles frente a las emboscadas cubanas del día siguiente, y además unos días después eran bajas en los hospitales. En diez meses del año 1895, cuando todavía el general Gómez no había sistematizado la táctica que podríamos llamar de La Reforma, los soldados españoles

²⁵ Los cubanos llaman plagueros a los lugares donde hay mosquitos y otros insectos de los que atacan al hombre y a los animales.

hospitalizados fueron 49 mil, en el 1896, 232 mil, y en los primeros seis meses de 1897, es decir, en plena campaña de La Reforma, fueron 201 mil.

En cambio, el general Gómez cuidaba de sus hombres. Cuenta Lorenzo Despradel:

“El General había hecho una marcha hasta un sitio llamado ‘Nauyú’, que está entre Morón y Chambas, con el sólo propósito de que la tropa, que había ayunado el día anterior, pudiera reponerse comiendo mangos, que allí podían recogerse por carretadas. Todos hicimos buena provisión de fruta tan apreciada, y estábamos saboreándola cuando se oyó la voz del General, que estaba disfrutando su ración, preguntándole al Coronel Marcos del Rosario²⁶ —por quien siempre sintió una altísima estimación—, que cuántos mangos podía ‘comerse de una sentada’. ‘—Yo —dijo ingenuamente el valeroso Coronel—, en tiempo de comida no me como ninguno, porque esa fruta no es muy de mi agrado... Por necesidad, como ahora, puedo comerme unas cuantas docenas’. Yo recuerdo —nos decía el General Gómez— haber leído en las *Tradiciones Peruanas* de Palma, que Bolívar y Sucre en una de sus campañas se sintieron una vez consternados, porque sus asistentes ya al caer la tarde les sirvieron pan, queso y raspadura por único alimento. Hubiera querido verlos aquí en ‘Nauyú’, comiendo mangos, y en ‘Santa Teresa’, comiendo palmito crudo o hervido todos los días...”

En la Campaña de la Reforma se pasaban días de hambre, pero como el general en jefe no salía de un territorio no mayor de 60 kilómetros cuadrados, a menos que fuera en una salida rápida para llevar a sus soldados a comer mangos, como nos cuenta Lorenzo Despradel, lo que él hiciera en

²⁶ Dominicano del poblado de Guerra, en las vecindades de la Capital. Fue uno de los cuatro hombres que desembarcaron en Playitas con Martí y Gómez el 11 de abril de 1895.

esos 60 kilómetros cuadrados no desataba la lucha de clases que había desatado la Campaña de la Tea. En La Reforma no había nada que quemar ni había comercio que prohibir. En La Reforma solamente se combatía por Cuba Libre. Así pues, durante los veinte meses de La Reforma el general en jefe del Ejército Libertador no tuvo que sufrir las consecuencias de la lucha de clases que produjo la Campaña de la Tea en las filas de la Revolución. Esa lucha resucitaría más tarde y se manifestaría en la Asamblea del Cerro, cuando un general mambí dijo que si la Asamblea lo autorizaba él dirigiría el pelotón para fusilar por traidor al vencedor de La Reforma.

Santo Domingo, 2
6 de julio de 1976.

CONFERENCIA EN EL CONSERVATORIO NACIONAL DE MÚSICA

Hoy es día 10 de octubre, aniversario del Grito de Yara, la acción con la cual comenzó la revolución liberadora de Cuba en el año 1868, y a nosotros nos ha parecido que un día como hoy era a propósito para dedicárselo a la memoria del más grande hombre que ha nacido en nuestra tierra.

Cuando ustedes entraban en este teatro vieron seguramente un afiche que en 24 ejemplares adorna la parte superior de la entrada, es decir del vestíbulo de este Conservatorio. Ese afiche reproduce exactamente la primera página de un periódico que se llamaba *Cuba Libre* y se editaba a miles de kilómetros de Cuba. La página que reproduce ese afiche fue la primera del número correspondiente al 23 de enero del año 1897. Se trata de este afiche que ustedes ven aquí. A la distancia que ustedes se encuentran no se dan cuenta de su tamaño, pero este afiche tiene el tamaño de una hoja de periódico como *El Caribe* o como el *Listín Diario*. Ningún dominicano ha tenido el honor de que su imagen apareciera en colores, en un periódico que se publicaba, como decíamos hace un momento, a miles de kilómetros de distancia del lugar donde este hombre estaba actuando. En el año 1897, en el mes de enero, hacía ya un poco más de un año y 9 meses que Máximo Gómez se encontraba de nuevo en Cuba, país en el cual iba a desarrollar sus extraordinarias cualidades de guerrero, de hombre público, porque Cuba era un país altamente desarrollado

en relación con la República Dominicana, y Máximo Gómez pudo desenvolver en Cuba todas las capacidades que tenía debido a que esas capacidades no encontraban obstáculos para desarrollarse en Cuba como los habría encontrado aquí. Aquí Máximo Gómez hubiera sido seguramente el jefe de una guerrilla de 17, de 20, de 25 hombres, pero en Cuba y en la guerra de la independencia cubana, Máximo Gómez pudo hacer todo aquello de que era capaz hasta llegar a conquistar el título muy merecido del más grande jefe guerrillero que ha dado la historia. Un periódico inglés, *The London News*, lo llamó el Napoleón de las Guerrillas. Napoleón fue el más grande jefe militar de los tiempos modernos y fue también la imagen aborrecida por los ingleses durante todo el tiempo en que actuó como jefe militar de la Revolución Francesa, como jefe de la burguesía francesa, como gran guerrero que fue dominando uno tras otro a todos los ejércitos de Europa, y sin embargo, los ingleses le reconocieron a Napoleón su gran categoría y los ingleses bautizaron a Máximo Gómez con el nombre de El Napoleón de las Guerrillas.

Máximo Gómez había iniciado su carrera en Cuba al principio de la guerra de los Diez Años que es como se llama la primera de las guerras de independencia que hizo Cuba. En realidad, Cuba tuvo tres guerras de independencia, y esas tres fueron tres episodios de la guerra de liberación cubana. Como decíamos, Máximo Gómez inició su carrera en Cuba desde que comenzó el primero de los episodios. Fue a él a quien le tocó dar en la Venta del Pino la primera carga al machete de la historia cubana. (Aquí se ha proyectado una película hecha en Cuba que se titula precisamente *La Primera carga al machete*. El personaje de esa película es Máximo Gómez). Pero cuando Máximo Gómez logra desarrollar su personalidad a toda capacidad es en la última parte de la guerra liberadora, en la que se llama propiamente Guerra de Independencia, que

comenzó el 24 de febrero de 1895 en Baire, un poblado de la provincia de Oriente. Esa guerra fue organizada políticamente por el Partido Revolucionario Cubano, fundado y dirigido por José Martí, y precisamente el día en que estallaba la revolución en Baire llegaban a Monte Cristi, desde La Vega y desde Santiago, Máximo Gómez y José Martí, adonde habían ido en busca de armas para irse a Cuba a fin de iniciar la revolución, porque la organización que había montado Martí en Estados Unidos para enviar armas a Cuba había fracasado por la denuncia de un traidor que denunció el llamado Plan de la Fernandina a los diplomáticos españoles en Washington, y estos, a su vez, lo denunciaron a las autoridades norteamericanas, y los barcos que estaban listos para salir con armas para Cuba fueron apresados por esas autoridades.

El 24 de febrero, cuando estallaba el llamado Grito de Baire, que fue en realidad el Grito de Viva Cuba Libre con que se iniciaba la última etapa de la revolución, llegaron a Monte Cristi Martí y Máximo Gómez con otros cubanos y un mes después, el 25 de marzo, José Martí, quien como delegado del Partido Revolucionario Cubano, que él había fundado, autorizado por las seccionales de ese partido que había en varios países de América, había designado a Máximo Gómez Mayor General, Jefe del Ejército Libertador; además, escribió el Manifiesto de Monte Cristi, que fue firmado por él como delegado del Partido Revolucionario Cubano y por Máximo Gómez como Jefe del Ejército Libertador.

Al comenzar el mes de abril, Martí y Gómez, acompañados por dos cubanos más y por un dominicano de Guerra, llamado Marcos del Rosario que fue durante toda la acción en Cuba el hombre que se mantuvo más cerca del General Gómez, hacen esfuerzos para embarcar y al fin logran irse y desembarcan en Playita, en la noche del 11 de abril de 1895. Playita es un lugar que quedaba cerca de donde 61 años después iban a

desembarcar los actuales jefes del gobierno de Cuba. Fue en la costa sur de Cuba donde desembarcaron Martí y Gómez, en una noche muy tempestuosa, con la mar gruesa; y el 19 de mayo, es decir, un mes y 8 días después, caía José Martí en el combate de Dos Ríos, y lo que cayó no fue un hombre, lo que cayó fue un lucero.

En realidad, si no se tiene una conciencia muy clara de que este universo en el cual vivimos tiene millones de años y va a durar millones de años más no se concibe que a la hora de la caída de Martí la Tierra no estallara. Esa noche, en una carta cuyo original nosotros leímos en Cuba de manos del hijo de la persona a quien fue dirigida, Máximo Gómez escribía más o menos estas palabras: “Martí ha muerto y todo el campamento está de duelo, pero la revolución seguirá y Cuba será libre. Yo creo que la revolución de América se hubiera hecho aunque no hubieran existido ni Washington ni Bolívar”.

Caído Martí, a quien Máximo Gómez, de acuerdo con Ángel de la Guardia, César Salas y Francisco Borrero, había designado unos días antes Mayor del Ejército Libertador, el guerrero genial que creía que la revolución cubana se haría aun cuando ya no se contara con Martí, que creía que la revolución de América se hubiera hecho aunque no hubieran nacido ni Washington ni Bolívar, decide salir de la provincia de Oriente e internarse en la de Camagüey; penetra en Camagüey e inicia una campaña conocida en la historia de Cuba y en las academias militares donde se estudió y en la que todavía estudian las tácticas de Máximo Gómez, con el nombre de la Campaña Circular.

La Campaña Circular se caracterizó por la rapidez de los movimientos: por la forma como Máximo Gómez, usando la caballería atacaba los puestos españoles; ataca uno en este punto e inmediatamente se lanza a atacar otro, y no en un punto dado más allá sino en un punto desviado hacia el Oeste o

hacia el Este para girar de nuevo y salir avanzando sobre el punto que había atacado antes. El 14 de julio, en la Campaña Circular de Camagüey muere el general Francisco Borrero, que fue, como dijimos, uno de los que hicieron el viaje de Monte Cristi a Cuba. Francisco Borrero murió en el ataque a La Altagracia, un nombre poco común fuera de Santo Domingo, porque la verdad es que el nombre de Altagracia, que nos viene de la Virgen de la Altagracia, es una invención dominicana. Encontramos ese nombre en Cuba una sola vez, y lo encontramos una vez en Venezuela en un sitio que se llama Altagracia de Oriteco, pero se explica que en Cuba y en Venezuela se haya puesto el nombre de La Altagracia a puntos de esos países debido a las emigraciones dominicanas que fueron a Cuba y fueron a Venezuela, especialmente en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX. En la provincia de Camagüey, en un punto muy cerca de la línea divisoria entre esa provincia y la de Las Villas, había una trocha hecha por las autoridades españolas, llamada la Trocha de Júcaro a Morón. Esa trocha había sido hecha desde la guerra de los Diez Años, y Máximo Gómez, que en esa guerra había sostenido la tesis de que para que la revolución cubana pudiera conquistar la libertad era necesario que entrara en Occidente (la región de Matanzas, La Habana y Pinar del Río se llama Occidente), cruzó la trocha de Júcaro a Morón y penetró en Occidente; llegó a Las Villas, pero no pudo tener éxito porque en la época de los Diez Años los jefes militares, que eran grandes propietarios y se habían ido a la guerra con sus esclavos a los cuales liberaron y con los campesinos de las tierras circunvecinas, no quisieron salir de sus territorios respectivos, y por esa razón Máximo Gómez no pudo pasar del centro de Las Villas, pero ya había cruzado esa trocha de Júcaro a Morón. En la Guerra de los Diez Años la había cruzado dos veces, una para ir a Las Villas y otra para volver a Camagüey y a Oriente. Esa

trocha tenía un fortín cada 800 metros, y entre fortín y fortín, hoyos, zanjas profundas, murallas, luces, que al principio de la guerra eran de carburo, pero que después eran eléctricas, y era sumamente difícil atravesar la trocha porque si se cruzaba por el centro de dos fortines a 400 metros estaba uno y a 400 metros estaba otro. Había otra trocha que hizo el gobierno español en la última guerra, en la Guerra de Independencia; ésa fue la de Mariel a Majana, de la cual hablaremos después. Esa estaba en la Provincia de Vueltaabajo o Pinar del Río, que es la más occidental de Cuba.

Máximo Gómez cruzó en el año 1895 la trocha de Júcaro a Morón por quinta vez el día 30 de octubre de 1895, es decir el mismo año de su entrada en Cuba. En la vida de Máximo Gómez hay muchos episodios tiernos, conmovedores; por ejemplo, en el último cruce de la trocha, en la guerra grande, la de los Diez Años, cuando volvía hacia Camagüey llevaba consigo a su familia y llevaba a su hijo Panchito, el mayor de ellos, que era entonces muy pequeño, porque Panchito había nacido en plena guerra del lado de la Provincia de Las Villas, pero muy cerca de la trocha de Júcaro a Morón; había nacido en La Reforma, y un asistente de Máximo Gómez en aquella Guerra de los Diez Años, que se llamaba el Negro Eduá, que había sido esclavo, llevaba a Panchito al hombro cuando cruzaban la trocha. El Negro Eduá se entusiasmó y en medio del cruce de la trocha gritó ¡Viva Cuba Libre! Y disparó un tiro. Los españoles respondieron disparando también y cuando Máximo Gómez le llamó la atención al Negro Eduá, le dijo que si no se daba cuenta que había expuesto a la muerte a su hijo Panchito, a lo que Eduá respondió diciendo: “Pero yo no pude contenerme, general; yo no pude contenerme”. Máximo Gómez no solamente comprendió eso, sino que muchos años después, estando en Santo Domingo, cuando se sentó a escribir cosas de esa Guerra de los Diez Años, en que había

participado de manera muy destacada, escribió un trabajo dedicado a su asistente el Negro Eduá; no escogió a uno de los héroes de la guerra de Cuba que fueron también grandes propietarios; escogió a ese antiguo esclavo llamado el Negro Eduá. En un momento dado, también estando en Santo Domingo, al describir la Batalla de Palo Seco en la cual él y sus fuerzas destrozaron a un batallón español, terminó su descripción con estas palabras (y cito de memoria): “Los ayes de los heridos, las quejas de los moribundos, las voces de mando, los relinchos de los caballos, los disparos de los fusiles; todo ese ruido debe encontrarse en algún lugar del espacio”, y a esa altura del tiempo nadie soñaba siquiera con la existencia de las ondas hertzianas; nadie soñaba con la posibilidad de que el sonido se transmitiera de un sitio a otro a través de esas ondas.

Cuando salía de Monte Cristi hacia Cuba en la última guerra, en el momento en que se iban, era de noche, y su mujer Manana, es decir, doña Bernarda Toro de Gómez, cubana ella, le preguntó por qué no besaba a Clemencia, la última de sus hijos, que estaba entonces muy pequeña. Máximo Gómez, que se iba a la guerra, como dice él mismo en su Diario, a la guerra se va a morir; ese padre que no sabía si iba a ver de nuevo a su hija se volvió a la madre y le dijo: “No la beso porque es un pecado turbar el sueño de los niños”.

Máximo Gómez cruzó la trocha de Júcaro a Morón el 30 de octubre de 1895. Dos días después anotaba en su diario estas palabras: “Santa Teresa, lugar de grandes recuerdos para mí”. Santa Teresa era un potrero que estaba en la jurisdicción de La Reforma. Fue en La Reforma donde nació Panchito, su hijo mayor. La Reforma está muy vinculada a la historia de Máximo Gómez y muy vinculada a sus sentimientos como van a ver ustedes después. A La Reforma llegó en el año 1895 el día 19 de noviembre y el 24 se le unió en El Laurel Antonio Maceo,

que venía de Los Mangos de Baraguá con una columna para llevar a cabo la histórica marcha de la Invasión, es decir la invasión de todo el territorio cubano. El 29 de noviembre comenzó esa marcha bajo el mando inmediato de Máximo Gómez en primer lugar y en segundo lugar de Antonio Maceo; el 13 de diciembre, en la jurisdicción de Cienfuegos, una zona donde había muchos de los más de 1,000 ingenios que tenía Cuba en esos momentos, comenzó la Campaña de la Tea.

¿Qué fue la Campaña de la Tea?

Fue la del fuego. Máximo Gómez había dicho: “Yo tengo que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder; la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias y todo lo que signifique poder y de ella dependa”.

Esa concepción de la guerra era totalmente nueva; era una forma de lucha de clases llevada al nivel de los Estados. En el momento en que decía esa frase Máximo Gómez estaba representando al gobierno revolucionario de Cuba y lo hacía como jefe militar de ese gobierno, el jefe de los ejércitos de la revolución. Las guerras internacionales sólo se llevaban a cabo entre los ejércitos, pero Máximo Gómez fue mucho más allá y convirtió esa guerra en una lucha de clases a nivel de gobiernos. Como todo lo que había en Cuba en última instancia venía siendo propiedad del gobierno español, porque el gobierno español podía disponer por razones de guerra de todo lo que hubiera en Cuba, de los hombres, de las casas, de los ferrocarriles, de los comercios, de los bancos, de los ingenios, de los puertos, Máximo Gómez decidió destruir toda la riqueza cubana. El 15 de diciembre de 1895, a los nueve meses y dos días de haber desembarcado en Playita, se inicia en la jurisdicción de Cienfuegos la Campaña de la Tea, y es realmente impresionante saber que por lo menos dos hijos de dueños de ingenios de esa jurisdicción les pegaron fuego a los ingenios de sus padres para ir a unirse a las fuerzas revolucionarias.

Observen qué conciencia revolucionaria había en Cuba. Hay que haber vivido en Cuba y conocer a su pueblo para darse cuenta de lo que significa allí el nexo familiar, el amor de los hijos por los padres y de los padres por los hijos, el amor de los hermanos entre sí. En términos generales un cubano es capaz de cualquier sacrificio por sus padres, pero estos hicieron el mayor sacrificio: arruinaron a sus padres porque querían más que a sus padres, a su patria.

El día 23 de diciembre se daba en Coliseo el combate de ese mismo nombre. Coliseo está en la provincia de Matanzas, una de las tres provincias pequeñas de Cuba. Coliseo quedaba en el camino del ferrocarril hacia Matanzas y hacia La Habana. En Coliseo derrotó Máximo Gómez al general Martínez Campos, el Capitán General de Cuba, es decir, la primera autoridad militar y civil del país, pero además había sido el vencedor en la Guerra de los Diez Años. A Martínez Campos se le había dado en España el título de Pacificador porque había ganado la Guerra de los Diez Años, y por cierto hay un episodio muy significativo del carácter de Máximo Gómez ocurrido en la entrevista que al terminar esa guerra tuvo con él el general Martínez Campos. Martínez Campos quería llevarse un recuerdo de Máximo Gómez y éste le dijo que no tenía nada que darle. En la polaina del soldado banilejo había un pedazo de pañuelo sucio y roto y Martínez Campos dijo: “Si usted no tiene nada que darme, General Gómez, déme por lo menos su pañuelo”. Máximo Gómez cogió el pañuelo sucio y roto al tiempo que decía: “Para Ud. tal vez no signifique nada; para mí significa mucho porque es el único que tengo”, y se lo entregó. Pero cuando Martínez Campos le dijo que pidiera lo que quisiera, que su boca era la medida, el gran banilejo le contestó así: “Dinero sólo se acepta de los familiares o de un amigo íntimo, y que yo sepa, Ud. y yo no somos ni amigos ni familia”.

Ese mismo hombre escribía poco después en su diario en Jamaica: “Yo lloraba porque mis hijos me pedían pan, y yo no tenía pan que darles”.

El 4 de enero de 1896 las fuerzas cubanas entraban en la provincia de La Habana. Ese día Máximo Gómez tomó rumbo a La Melena, que estaba al suroeste de La Habana, muy cerca de la línea divisoria con Vuelta abajo, y el día 7 de enero la columna invasora llegaba a Hoyo Colorado. Hoyo Colorado quedaba exactamente en la línea fronteriza entre la provincia de La Habana y la provincia de Vueltaabajo. Hasta allí llevó Máximo Gómez a Antonio Maceo. Antonio Maceo siguió actuando en Pinar del Río; llegó hasta los Remates de Guane, es decir, hasta el extremo occidental de la provincia de Vueltaabajo, y Máximo Gómez se quedó operando en La Habana.

La Habana es una tierra llana, sin montañas. Ya en esa época estaba cruzada por ferrocarriles, telégrafos, carreteras. En esa provincia estuvo operando Máximo Gómez 45 días sin que fuera posible sacarlo de ahí, y en esos 45 días puso en ejecución una táctica militar, creación suya, que también fue estudiada en las academias militares de todos los países importantes, especialmente en los europeos, y todavía está siendo estudiada en academias militares de algunos países, especialmente en los del grupo socialista.

Esa campaña consistía en marchar paralelamente al enemigo; es decir, por donde iba el ejército español iba el ejército de Máximo Gómez a poca distancia de él, a cuatro o cinco kilómetros, hasta que llegaba a un punto en el cual hacía un gancho violento y se devolvía de manera que su marcha quedaba en forma de una “C”; se devolvía para atacar inesperadamente a la columna española y de nuevo volvía a quedarse al lado de ella hasta que repetía otra vez el mismo tipo de ataque, y los generales españoles no fueron capaces de descifrar

esa táctica que Máximo Gómez repitió de manera incesante durante toda su campaña en La Habana, en la cual incendió ingenios, incendió ferrocarriles, destruyó puentes, aplicó la Campaña de la Tea por todas partes y su nombre pasó a ser tan popular en el mundo entero como hasta ese momento no lo había sido ningún jefe guerrillero.

La guerra de liberación cubana fue una guerra que conmovió al mundo; tuvo en la opinión pública mundial el mismo efecto que la guerra de Viet Nam. Y debemos tomar nota de estas cifras: Para combatir la revolución del año 1895 España reunió en Cuba 226 mil soldados y unos 40 generales. Cuando más tropas españolas tuvo España en la América del Sur fue en el año 1815 al enviar a Venezuela y Colombia al general Morillo con 11 mil hombres. En el año 1896, cuando Máximo Gómez estaba operando en La Habana, y operando de tal forma que el *Diario de la Marina*, el periódico oficial de España en Cuba, dijo que Máximo Gómez estaba golpeando con el puño de su machete en las puertas de La Habana, España tenía buques de guerra acorazados en un país y en una región donde la distancia entre mar y mar era muy pequeña; por ejemplo, la distancia de La Habana a Batabanó, que queda en la costa sur, es de 50 kilómetros. España podía mover sus fuerzas con barcos de guerra desde La Habana hasta Batabanó fácilmente, además las armas que se usaban eran de repetición, muy superiores, infinitamente superiores a las armas de 1815 y 1816; la artillería que se usaba no era de cañones a los que había que meterles las balas por la boca. Máximo Gómez y Maceo se enfrentaron en Pinar del Río con esos 226 mil hombres de tropas y además con unos 60 mil más entre guerrilleros y voluntarios (guerrilleros eran en Cuba los cubanos partidarios de España y voluntarios eran los españoles generalmente canarios que formaban batallones para ir a combatir voluntariamente). Así pues, España tenía en Cuba más

de 300 mil hombres bajo las armas. Contra toda esa fuerza combatieron los cubanos bajo la jefatura superior de Máximo Gómez.

Después de haber hecho en La Habana lo que hizo y haber levantado como levantó un entusiasmo mundial de tal manera que su nombre y también el de Maceo eran pronunciados en todas partes del mundo con respeto y consideración, Máximo Gómez decidió volver a Las Villas porque tuvo noticias de que allí había una situación un poco desordenada, y el 1º de mayo acampaba en La Reforma. En La Reforma había nacido su hijo Panchito a quien él había dejado en Monte Cristi pidiéndole que cuidara de su madre y le había pedido que se encargara de vender en el mercado de Monte Cristi las hortalizas que ellos cosechaban en el patio de la casa, y le había dicho: “Cómprame un triciclo para llevar las hortalizas al mercado porque el hombre es más hombre cuanto más de prisa se mueve”.

El 1º de mayo llegó Máximo Gómez a La Reforma y el 26 de ese mismo mes cruzó La Trocha para dirigirse a Camagüey. Quería ir a Camagüey debido a que estaba muy preocupado por la situación que había allí. De Camagüey se dirigió a Oriente. El 10 de julio, con sus propias manos y las manos de sus ayudantes, levantó un monumento de piedra en el lugar donde cayó José Martí, y el 10 de agosto, en el cafetal La Aurora se reunió con varios extranjeros, norteamericanos, alemanes y franceses, que eran dueños de cafetales en esa región de Oriente; esos extranjeros iban a pedirle a Máximo Gómez que no quemara sus cafetales, que no aplicara la campaña de la tea a lo que Máximo Gómez respondió con aquella frase que todos conocen, la de “Yo tengo que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias, en todo lo que signifique poder y de ella dependa”.

La entrevista está contada por Benigno Souza en un libro que se publicó en la Editorial Trópico de La Habana hace muchos años, y Benigno Souza cuenta que “de pie en el gran secadero de café de aquella finca, el general Gómez, lleno de ira, (por lo que aquellos extranjeros dueños de cafetales le habían pedido) después de explicar que él tenía que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder y la combatiría en sus ejércitos, en su comercio en sus industrias, agregó estas palabras: “Y no vale alegar que son ustedes ciudadanos extranjeros, franceses o americanos porque para nosotros, óiganlo bien, no hay más que ciudadanos cubanos y más cuando carecemos de esa ciudadanía ante las naciones de ustedes. Cuando ellas nos reconozcan, cuando ellas cumplan ese deber, podrán exigirnos derechos”. Y oigan cómo terminó la entrevista del cafetal La Aurora; terminó con estas palabras de Máximo Gómez:

“Váyanse pues a reclamarle al gobierno español, que en lo que a nosotros respecta tenemos el valor necesario para consumir nuestros propósitos. Llévense sus cafetales para sus tierras”.

Esa entrevista tuvo lugar el 3 de agosto de 1896, y el 8 de octubre Gómez escribía en su Diario estas palabras: “Por fortuna mía y como para mitigar tantos sinsabores, me ha llegado la noticia del desembarco de mi hijo Pancho, por Pinar del Río en la expedición conducida por el general Rius Rivera”. El 7 de diciembre mueren Antonio Maceo y su ayudante Francisco Gómez Toro en una emboscada que le pusieron en San Pedro, provincia de La Habana. En *El Napoleón de las Guerrillas* hay unos párrafos que dicen así: “El Diario de Campaña del general Gómez, iniciado en el 1868 y terminado el 8 de enero de 1899, tiene sólo 5 anotaciones o entradas en el mes de enero de 1897”. Nosotros nos referimos al mes de enero de 1897 porque el 23 de enero de ese año sale en la primera página del periódico Cuba Libre, publicado en Buenos Aires,

República Argentina, una estampa en colores con la figura de Máximo Gómez a caballo y la bandera de Cuba en una mano, y pocos días antes el general había escrito: “Día 16 de diciembre de 1896 en San Faustino, Camagüey, el más triste para mí. Me despierta la noticia de la muerte de mi hijo Panchito y del general Antonio Maceo, ocurrida en Punta Brava, provincia de La Habana. El día 7 del actual”.

Todo lo que toca al recuerdo de su hijo perturba a Máximo Gómez de tal manera que en esa anotación dice que su hijo y Maceo murieron en Punta Brava, y no murieron en Punta Brava; murieron en San Pedro, que era jurisdicción de Punta Brava. “Algunos de mis compañeros abrigan la esperanza de que pueda ser falsa la noticia —dice—, pero yo siento la verdad de ella en la tristeza de mi corazón. Pobre de mi esposa, pobre Madre, qué golpe para tu corazón”. Y nosotros decimos que esas palabras deben haber sido acompañadas con lágrimas porque el jefe de la escolta del General, el entonces teniente coronel Bernabé Boza, que terminaría la guerra con rango de general, había hablado con Gómez antes de que éste las escribiera y lo cuenta en su Diario de la Guerra, en los términos siguientes: “El día 14 de diciembre, acampado el Cuartel General del Ejército, ya en marcha para Occidente, en San Faustino, como a las 11 de la noche me despertó un ayudante diciéndome que el General en Jefe quería hablarme de algo grave. Corrí a su tienda, y al verme, sin decirme una palabra, con mano temblorosa me extendió un papel y me dijo: Lea eso. Era una comunicación del comandante Melchor Mola remitiendo un periódico de Ciego de Ávila el cual decía que el comandante Cirujeda, con fuerzas de San Quintín (San Quintín era un batallón muy famoso del ejército español), en un lugar llamado San Pedro, cerca de Punta Brava en la Provincia de La Habana, había dispersado una partida insurrecta y dado muerte a Antonio Maceo y su ayudante Francisco Gómez”. Ahora

habla Bernabé Boza: “¿Cuántas veces lo han matado a Ud. los españoles, mi general? Muchísimas. ¿Y al general Maceo? Lo mismo. Pues bien, yo creo que eso no es más que una parada contra un golpe que debe haber anonadado a Weyler. Maceo ha cruzado la trocha infranqueable cumpliendo las órdenes de Ud. y pronto los verá Ud. a él y a Panchito”.

Esa trocha era la de Mariel a Majana, hecha cerca del puerto de Mariel. Por ahí decían los españoles que no podría pasar nadie, pero Maceo pasó la trocha y con él la pasó Panchito y la pasaron precisamente por el puerto de Mariel de noche; y pasaron la trocha porque Máximo Gómez le había dado órdenes a Antonio Maceo de que fuera a reunirse con él en Las Villas para entregarle el mando.

¿Por qué quería Máximo Gómez entregarle el mando a Antonio Maceo? Luego lo diré.

Máximo Gómez le contestó a Bernabé Boza así: “Es una esperanza, pero si el corazón de un amigo puede engañarse, el de un padre es difícil que se equivoque, y el mío me dice que la noticia es cierta. Maceo, mi compañero, y mi hijo Panchito”. A esas palabras suma Boza las siguientes: “Y entró en su tienda llorando, el noble y gran anciano”.

Ahora vamos a repetir que Maceo había cruzado la trocha de Mariel a Majana por la misma boca de la bahía de Mariel en la noche del 4 al 5 de diciembre. Dejaba atrás sus fuerzas pues sólo le acompañaban dos generales, tres coroneles, uno de ellos su médico, dos tenientes coroneles, cuatro capitanes de los cuales uno era el hijo de Máximo Gómez, y un teniente, y dejaba atrás también a 25 mil soldados españoles que bajo el mando directo de Weyler trataron de aniquilar por todos los medios a las tropas de Maceo.

En diciembre 26 del año 1896, es decir, 19 días después de la muerte de Maceo y de Panchito, el general Máximo Gómez cruzaba por séptima vez la trocha entre Morón y El

Estero y el 28 llegó a Santa Teresa. Iba a comenzar la Campaña de La Reforma. Estaba en Santa Teresa el 27 de enero, exactamente el día en que la estampa suya salía en un periódico de Buenos Aires. Máximo Gómez marchaba hacia Occidente, hacia Las Villas, para reunirse allí con Maceo, a quien él había citado porque había resuelto entregarle el mando de las tropas tal como ordenaba la Constitución revolucionaria cubana que se hiciera, pues el Lugarteniente general, que era el segundo en mando, debía ser el sucesor del General en Jefe; en ese caso el Lugarteniente General era Maceo y el General en Jefe era Máximo Gómez, y Máximo Gómez había resuelto entregarle el mando a Maceo porque había sucedido algo de lo que él no se había dado cuenta. Esa lucha de clases a nivel de gobiernos en que él convirtió la guerra de la independencia cubana, produjo un hecho de carácter político: la lucha de clases se trasladó al campo de la revolución.

¿Por qué se trasladó al campo de la revolución?

Porque el gobierno revolucionario, que estaba encabezado por el Marqués de Santa Lucía, era el gobierno de las clases dominantes de Cuba, a las que Máximo Gómez estaba destruyendo como tales clases dominantes cuando ordenaba destruir los cafetales y los ingenios y los ferrocarriles y los puertos, esto es, todo lo que fuera riqueza en Cuba. Eso había dado inicio a una lucha del gobierno contra Máximo Gómez; una lucha política intensa tan grave y tan amenazante para los resultados de la revolución cubana que Máximo Gómez decidió renunciar al mando e irse de Cuba, y en consecuencia le ordenó a Maceo reunirse con él. Maceo cruzó la trocha de Mariel a Majana para dar cumplimiento a esa orden y cayó muerto en San Pedro. Máximo Gómez quedó abrumado por el dolor, porque había muerto su amigo y compañero y con él había muerto su hijo, pero también había muerto su ilusión de salir de la guerra cubana con su

prestigio intocado, su prestigio de hombre que respetaba el gobierno civil, que respetaba las autoridades legítimas de la Revolución. Cuando lloraba, cuando entraba en su tienda llorando “el noble y grande anciano”, como dice Bernabé Boza, no lloraba solamente por la muerte de su hijo. Lloraba el fracaso de toda su vida. Sin embargo, Máximo Gómez no tardaría en reaccionar.

Entre los hombres de confianza del general Gómez había otro dominicano que se llamaba Lorenzo Despradel. Gran amigo de Panchito Gómez Toro con quien convivía en Monte Cristi, Despradel se había ido a Cuba, llegó al Cuartel General, es decir, adonde estaba el mando superior de la Revolución, y allí ascendió a secretario ayudante de Máximo Gómez.

Lorenzo Despradel era miembro de la conocida familia Despradel de La Vega; era escritor, persona que sabía analizar los hechos en detalle y exponía sus ideas con claridad. Entre Benigno Souza, que describe las diversas tácticas de Máximo Gómez, y Lorenzo Despradel, que fue conocido aquí después de la guerra de Cuba con el nombre de Muley porque era el seudónimo o sobrenombre que usaba para escribir los muchos artículos que escribió en Santo Domingo, Lorenzo Despradel se ocupó de describir en detalle la Campaña de La Reforma mientras Benigno Souza la describió en conjunto, y reuniendo los trabajos de los dos se da una idea clara y precisa de lo que fue la Campaña de La Reforma, pero Lorenzo Despradel es quien cuenta en realidad cómo se inicia esa campaña.

La Campaña de La Reforma es la más extraordinaria de las campañas militares llevadas a cabo por los jefes guerrilleros que ocupan un lugar en la historia de las armas. Oigan bien lo que les digo, en la historia nunca antes se dio nada igual y todavía hoy no se ha dado nada superior en el mundo. Lorenzo Despradel cuenta lo siguiente:

“Aún me conmueve el recuerdo de ese día en que todas las fuerzas acampadas en aquel sitio (es decir, en Santa Teresa) invadidas por el dolor que les causaba la desaparición del glorioso caudillo (se refiere a Maceo) guardaban un silencio que era la más fiel expresión de su hondo duelo. Los soldados andaban taciturnos, disipada ya la esperanza que hasta entonces abrigaban de que fuese incierta la muerte del guerrero invicto, y por todas partes, hasta en la escasa luz de aquel día de invierno se advertía la tristeza que invadía todos los corazones. Al tercer día, al romper el alba, la voz vibrante del General Gómez se dejó oír en el campamento: “¿Qué silencio es éste?”, dijo por tres veces, agregando luego con el mismo acento: “¿Es acaso porque han caído bañados en su sangre el General Maceo y mi hijo, su ayudante? Han muerto cumpliendo con su deber y ahora nos toca a nosotros. Aquí no debe haber sino alegría, conformidad y decisión, cada vez que cae uno abrazado a la bandera de Cuba”.

En esos tres días Máximo Gómez maduró el plan de la Campaña de La Reforma. Y decimos que maduró ese plan porque lo creó utilizando varios métodos de lucha en la guerra que había ido creando de manera ocasional, un día y otro día, desde la guerra de los Diez Años y en la Guerra de Independencia, y todos esos métodos de lucha aislados los puso en acción en La Reforma, y puso en acción no solamente esos métodos de lucha sino también a la naturaleza cubana. Máximo Gómez se anticipó a los admirables jefes de la guerra de Viet Nam utilizando a la naturaleza cubana como si fueran sus soldados. Por cierto, lo hacía tan conscientemente que a un corresponsal norteamericano que le interrogó un día y le preguntó cuáles eran sus mejores generales, le contestó que junio, julio y agosto; otros historiadores dicen que él dijo julio, agosto y septiembre, es decir, los meses de más lluvias. Pero no se trató solamente de utilizar la lluvia para combatir

a los soldados españoles. En Cuba había fiebre amarilla (fue precisamente un médico cubano quien descubrió, ya durante el final de esa guerra, que la fiebre amarilla que atacaba a los españoles cuando llegaban a Cuba les era inoculada con la picada de una variedad de mosquito que era el transmisor de ese mal, que no atacaba a los cubanos porque los cubanos nacían inmunizados debido a que la cubana que tenía un hijo había sido picada tantas veces por ese mosquito que había creado anticuerpos en su organismo y los transmitía a sus hijos).

Un médico cubano, el doctor Finlay, fue quien descubrió que el agente que transmitía esa enfermedad, el vector como les llaman los médicos, era un mosquito, pero no cualquier mosquito, sino un tipo específico de mosquito que se llamaba *aedes egyptis*. El hecho de que un médico cubano lograra descubrir eso demuestra lo avanzada y lo desarrollada que estaba Cuba. En los Estados Unidos, por ejemplo, había también fiebre amarilla. En New Orleans moría mucha gente de fiebre amarilla y los médicos norteamericanos no pudieron descubrir la causa de esa enfermedad.

Máximo Gómez, decíamos, puso a combatir a la naturaleza cubana. Los cubanos les llaman plagueros a los sitios donde hay plagas, es decir, mosquitos, jejenes, mimes, y naturalmente esas plagas se dan especialmente donde hay agua podrida, agua encharcada. Máximo Gómez conocía muy bien La Reforma y todos sus alrededores; ahí había nacido su hijo Panchito, ahí había él acampado muchas veces en la Guerra de los Diez Años y en esa última guerra. Máximo Gómez decía: “Yo sé en Cuba dónde el jején pone el huevo”, y era verdad. Él sabía donde estaba cada plaguero de La Reforma. La Reforma era un sitio que no tenía más que 60 kilómetros cuadrados. Máximo Gómez se sabía La Reforma de memoria, hasta durmiendo la conocía. En La Reforma estuvo él 20 meses combatiendo contra el ejército de Weyler. Cerca de La Reforma

estaba la Trocha de Júcaro a Morón y en la Trocha de Júcaro a Morón había 10 mil soldados españoles. Tenía razón Máximo Gómez cuando dijo: “Ahí tengo yo prisioneros a 10 mil soldados españoles”.

El plan estratégico de Gómez fue atraer a La Reforma a las mejores fuerzas españolas, porque haciendo eso, las guerrillas cubanas que combatían en Las Villas, La Habana, Pinar del Río, Camagüey, Oriente, estarían libres de ataques españoles, y mientras tanto, él utilizaba a la naturaleza cubana para destruir a esos ejércitos españoles; la utilizaba en varias formas. En primer lugar, donde quiera que había un pedregal, un pequeño monte, un obstáculo, una vuelta de camino, Máximo Gómez apostaba 3, 4, 5 hombres para que tirotearan a las fuerzas enemigas que llegaran por esos caminos. Decía él que esos ataques por sorpresa hechos por personas que estuvieran protegidas por piedras, árboles o alteraciones en el terreno favorecerían siempre a los que estaban esperando, porque los que marchaban de frente no esperaban el ataque. Tan pronto atacaban, los cubanos debían salir huyendo dejando rastro para que cuando las tropas españolas se reorganizaran, los persiguieran por el rastro. Siguiendo ese rastro, en un punto determinado las fuerzas españolas iban a encontrarse con otra emboscada, que iba a repetir exactamente el episodio anterior. (Dejar rastro es dejar huellas, sobre todo ramas cortadas, algo que le muestre al enemigo por dónde ha pasado el que él cree que va huyendo). Al final, al terminar el día las fuerzas españolas tenían que ir a dormir a un lugar escogido por Máximo Gómez, y ese lugar era un plaguero en el que tan pronto comenzaba la noche se levantaban las nubes de jejenes y mosquitos que atacaban a las fuerzas españolas acampadas ahí. Los soldados españoles que al llegar a ese plaguero bebían agua, al día siguiente, a los dos o a los tres días estaban padeciendo de diarreas, pero además, cuando se levantaban las

nubes de mosquitos, de jejenes y de mimes, los soldados españoles tenían que encender fuego, y sucedía que alrededor de ellos, en un círculo de doscientos o trescientos metros, escondidos en los montes, había tiradores cubanos que esperaban nada más que se encendiera el fuego para comenzar a disparar sus rifles, y los soldados españoles, la mejor infantería del mundo, (y no lo digo yo, lo dijo una persona autorizada; lo dijo Napoleón Bonaparte, cuando afirmó que con soldados españoles y oficiales franceses conquistaría el mundo); esa infantería española, cuando se levantaba el sol del día siguiente, ya no era infantería ni era nada; era una tropa deshecha, la mayor parte de ella, sin darse cuenta, infectada ya de fiebre amarilla; la totalidad, infectada de disentería; algunos, hinchados de los mosquitos, porque el europeo que llegaba de pronto al Trópico no tenía defensas contra los ataques de los mosquitos y de los jejenes. El jején, por si hay alguno que no lo sabe, es un insecto invisible que cuando pica parece que inyecta fuego y tiene además predilecciones verdaderamente repugnantes como es por ejemplo picar en los párpados, en las orejas, y lo que deja donde pica es una gota de fuego, aparte de que la picada se hincha inmediatamente y después se endurece.

Pues bien, así hizo Máximo Gómez la campaña de La Reforma, en 20 meses sin salir de esos potreros sino ocasionalmente un día que otro; en esos 20 meses dio unos quince combates, perdió solamente 28 hombres y tuvo 82 heridos. Las bajas españolas se contaron por muchos miles; repatriados de La Reforma y enviados a España enfermos fueron más de 25 mil. El negocio era malo para Weyler; era un negocio en que él daba mil por uno. En La Reforma, cuenta Freire de Andrade, “de los primeros combates de la Campaña de La Reforma, doce de los cuales se dieron en el año 1897, el tercero tuvo lugar en Juan Criollo el 1° de febrero”. Ese fue el más

costoso para las fuerzas cubanas que tuvieron 6 muertos y 30 heridos. A ese combate le llamaba Máximo Gómez, según recuerda el coronel Lorenzo Despradel, “la carga de los doctores” porque en él fueron muertos los caballos de varios doctores entre los cuales Despradel menciona a Valdés Domínguez, Moreno de la Torre y Freire de Andrade.

El doctor Freire de Andrade escribió sobre la Campaña de La Reforma las siguientes palabras que reproduce Benigno Souza: “Traspasado de dolor por la muerte heroica de su hijo (es decir, eso creía Freire de Andrade, pero él no se daba cuenta de que había otros factores además de la muerte de su hijo que tenían lleno de dolor a Máximo Gómez y el fundamental era su lucha contra el gobierno revolucionario), adusto por temperamento y por su modo de entender los deberes del General en Jefe, apenas salía de la exigua tienda en que encerraba sus actividades, me atreví en una ocasión en que lo encontré comunicativo a mostrar mi extrañeza por la inacción en que estábamos en los potreros de Sancti Spíritus (porque La Reforma quedaba en la jurisdicción de una ciudad llamada Sancti Spíritus) y me quedé atónito cuando le oí declarar que nada estaba más lejos de su ánimo que seguir a Occidente (es decir, hacia La Habana) ni abandonar aquel territorio, y su explicación me pareció un desatino. Si voy para La Habana, se acaba la guerra en Occidente y le doy gusto a Weyler; aquellas comarcas están casi agonizando y al ir yo pocos recursos puedo llevarles en comparación con los que van a disponer los españoles para perseguirnos; en cambio si me quedo aquí obligo a Weyler a venir a buscarme, y como tiene mucha gente en trochas, líneas militares que torpemente sostiene y no se atreve a abandonar, tendrá que sacar soldados de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Sagua para perseguirme. De este modo nuestras fuerzas de esos territorios se reharán y tendrán respiro habiéndoles yo ayudado a ellos sin buscar golpes

de efecto inútiles”. Dice Freire de Andrade: “No me atrevía discutirle lo que me pareció absurdo, pero Máximo Gómez, con intuición admirable, había adivinado el porvenir y antes del mes teníamos a 40 mil españoles operando en fortísimas columnas haciendo combinaciones pueriles para combatir al General que durante más de un año se burló a mansalva de sus enemigos y llegó con sus fuerzas casi intactas hasta el final de la campaña”.

Al combate de Juan Criollo se refiere Máximo Gómez en su Diario cuando dice: “10 de febrero. Dos columnas, una procedente de la Trocha del Júcaro y otra de Sancti Spíritus, se presentan a levantar el sitio (de Juan Criollo). La Primera (es decir, la columna que salía de la Trocha de Júcaro a Morón) la hemos batido desde La Reforma, Juan Criollo hasta Arroyo Blanco. La segunda, desde Taguasco”. El día 15 de febrero, haciendo notas de las luchas con las gentes del gobierno revolucionario, dice: “Como yo también soy actor en esta grande y hermosa tragedia, que el pueblo cubano representa en medio de la América, para conquistar sus derechos, me abstengo de formar juicios sobre la conducta de los demás, cuando la mía debe ser, como la de todos, juzgada por el severo Tribunal de la Opinión”. El día 27 de febrero escribe: “En La Reforma, Sancti Spíritus, en el lugar mismo en donde nació mi hijo amado, mi Francisco, escribo estas líneas. ¡Un machetazo! (Aquí Máximo Gómez se refiere al hecho de que su hijo Panchito estaba todavía vivo sobre el cadáver de Maceo, mal herido pero vivo cuando se acercó el práctico de las fuerzas españolas y lo remató de un machetazo). Sí, ese golpe tajante, sobre el cadáver de aquel niño valeroso tendido sobre el campo de Punta Brava, no lo olvidaré yo nunca. Ese destrozo infame, esa mutilación del cadáver de aquel héroe, tendido en los brazos del otro héroe muerto también, no lo puedo yo olvidar nunca. Esa profanación sangrienta con aquellos restos que

merecían respeto, no la puedo yo perdonar jamás. Ante el cuadro que representaban aquellos dos hombres muertos, más bien debieron sentirse inclinados a descubrirse generosos, como rasgo de valentía, que a saciar su saña y encono contra el Cubano”. Y Máximo Gómez tenía toda la moral para escribir esto, porque él no consintió nunca que fuera, no ya muerto, sino ni siquiera insultado un español prisionero o herido; es más, en esa misma campaña, poco antes, estando en Camagüey, cogió los heridos españoles de uno de los combates que dio en Camagüey y los envió a un lugar a donde debería mandar a recogerlos el jefe de las fuerzas españolas.

Ese mismo día 27 sigue escribiendo y dice: “No me pesa, no, haber sido en esta guerra siempre clemente con los españoles que han caído en nuestro poder, y así seguiré siéndolo pues yo no puedo imitar a los asesinos de nuestros hijos. Pero siento en mi pecho palpitar un sentimiento de venganza, no por la muerte de mi hijo, pues a la guerra se viene a morir, sino por la mutilación, por la profanación de su cadáver. Cortar una rosa no es tan malo; deshojarla con desprecio, es lo amargo”. Y al día siguiente dice: “Me encuentro en La Reforma y ayer tarde fui a visitar el lugar donde nació mi hijo Panchito. Allí lo que se ve ya es un monte. La naturaleza ha borrado las señales de su cuna, cubriendo aquel lugar con árboles nuevos que van creciendo de un modo prodigioso. Sólo hay allí, como señal evidente del rancho donde nació Panchito, dos o tres matas de mango. No quise tocar nada y todo quedó respetado y tranquilo en aquel lugar solitario, en cuyas cercanías el vecino más cercano es el fuerte español del Río Grande”.

Pensando de pronto en su lucha con el gobierno cubano, a pesar de que esa lucha no podía darse en La Reforma porque en La Reforma no había nada que destruir; ahí no había un ingenio, un ferrocarril, un puerto, una casa de comercio, un

corral de ganado: ahí lo único que se hacía era luchar contra el ejército español, pero él pensaba constantemente en esa lucha con el gobierno revolucionario, y de pronto, el día 17 de marzo escribe estas palabras: “Nadie es capaz de apreciar el trabajo y la fatiga que cuesta enseñar a los hombres a ser libres”.

El día 10 de mayo escribía: “Víspera del natalicio de mi hijo Francisco”; y en el mes de julio decía: “La falta de salud en sus soldados y de dinero en sus cajas me hacen ver, en no lejano plazo en el general Weyler a un General fracasado”; y decía también: “El mejor soldado que tengo yo aquí para derrotar a España es el General Weyler”.

A final de agosto escribe este pensamiento: “Toda obra que los hombres del gobierno hacen en la soledad del gabinete, sin compenetrarse con las aspiraciones de la opinión pública es una obra muerta”. El 7 de diciembre, aniversario de la muerte de Panchito y de Maceo: “Este es un día tristísimo para mí. Cumpleaños de la muerte de mi hijo Panchito en Punta Brava” (insiste en decir siempre Punta Brava, porque le torturaba el recuerdo de Panchito). El 24 de febrero escribe: “Se cumplen hoy tres años del alzamiento en Oriente capitaneado por los Generales Bartolomé Masó y Rabí. Tres años de sangrienta guerra y duras privaciones. Mi desembarco a esta tierra por la región oriental de Baracoa lo verifiqué el 11 de abril a las 11 de la noche, y desde aquel momento no he tenido un minuto de reposo. He vivido 34 meses encima del caballo, mi sueño por la noche se reduce de cuatro a cinco horas y las más de las veces a menos. Mi alimentación, a la misma cosa todos los días, carnes sin condimentos y viandas cuando se encuentran (viandas les llaman los cubanos a los víveres). Hace tres días que acompaño la carne con miel de abejas. Siento mi pobre cuerpo cansado de la fatiga y hace muchos días, con el pretexto del frío, mi cama es el duro suelo, suavizado con pajas del potrero donde pastan los ganados. La

hamaca no me es ya cómoda como me era antes y es que la Tierra quizás me llame a su seno. Por eso, sin duda, no siento en mi corazón el tormento, sino de una ambición, la de ayudar a concluir pronto esta obra de redención y retirarme a descansar, lejos si es posible, del bullicio de los hombres; para no ser más víctima de sus veleidades, pues aquí mismo, en el puesto que ocupo, cuento con gran número de desafectos entre esos que me dan la categoría y el puesto elevado. Blanco seguro para los tiradores”.

En abril de 1898 escribe: “Si interrogamos a la historia para saber qué guerra ha ganado España en América, encontramos que ninguna, y eso que no se puede poner en duda el valor de sus soldados. Pero es que sobre España pesa la inmensa responsabilidad de dos crímenes horribles; la extinción de una raza y la esclavitud de otra. El esplendor y la gran riqueza de España han sido amasados con muchas lágrimas, mucha sangre y mucho dolor americano. El alma de América le debe todas sus congojas, y no contenta con estos y en su insaciable codicia cruzó los mares y se fue al África a comprar esclavos, cuyas espaldas desgarran con el látigo que derrama sangre que convierte en oro, para sostener sus orgías, sin cuidarse de que las horas de reparación y de liquidaciones siempre han de llegar. Y sin duda pueden estar próximas, porque el espíritu de los antiguos héroes, sus víctimas, y de los modernos; Hatuey, Caonabo, Guatimosín, Céspedes, Martí, Agramonte, los Maceo... se ciernen sobre la infeliz Cuba que lucha por su libertad, con fe profunda en la justicia de su causa y en el valor de sus hijos fía su triunfo”.

El día 6 de mayo escribe: “No he venido aquí a defender política y a hacer política, y solamente a hacer la guerra para defender principios; y una vez que estos los considere salvados, y en camino de firmarse la paz por la intervención de fuerzas extrañas (es decir, ya estaban interviniendo los

americanos en la guerra hispano-cubana), mi misión está terminada y para quedar más alto debo retirarme. Para la paz mis servicios no son necesarios a Cuba, como no lo serán tampoco los de muchos Generales cubanos. Otros elementos intelectuales son los llamados a administrar inmediatamente los intereses del país. Esto es lo sensato que cabe pensar y esperar que suceda”.

El 13 de junio dice: “Hasta el día 13, ocupó a Nauyú. La expedición no asoma; nos estamos manteniendo con frutas que afortunadamente encontramos por estos contornos”. El 16 escribe “No tenemos qué comer, nos estamos sosteniendo con mangos, apenas maduros”.

El día 19 de julio anota en su Diario lo siguiente: “En la toma del Jíbaro ha cometido lamentable desacato el jefe Thompson (o Johnson) de la Sección de Americanos”. (Fue una acción de un pequeño número de soldados norteamericanos que ya estaban en guerra en Cuba contra los españoles, que se unieron a las tropas de Máximo Gómez, y dice él que habían cometido un lamentable desacato “desobedeciendo las órdenes del general José Miguel Gómez y ultrajado nuestra bandera sin respeto a nada ni a nadie. Debo, en vista de tan incorrecta conducta, tomar un procedimiento serio contra el o los infractores de nuestras leyes”.

El día 23 se procedió por medio de una Junta de Guerra a conocer sobre el desacato cometido por los americanos en la toma del Jíbaro; el General Gómez da el nombre de los oficiales que la formaron y termina diciendo: “Ha sido, según el expediente instruido, un acto tan incivil el que han cometido esos oficiales americanos, que casi ha rayado en salvajismo. Sin duda su ignorancia es tan crasa que no les ha permitido conocer a la luz de nuestra propia historia las consideraciones y el respeto que merecemos, no solamente de los que se honran con ser amigos de nuestra causa, sino hasta de nuestros propios

enemigos. Profanar la enseña noble de este pueblo heroico, faltar al respeto de uno de nuestros Generales y despreciar nuestras leyes, eso, después de los españoles, sólo se le ocurre a un americano borracho y brutal”. Y luego, refiriéndose a que el día 27 el General José Miguel Gómez, que fue el jefe de la batalla del Jíbaro, devolvió a sus filas (a las filas españolas) a trescientos prisioneros con algunos pertrechos de guerra, cosa que no se puede hacer y no se hace en ninguna guerra, escribe esta frase: “El General José Miguel Gómez se bajó demasiado para recoger el laurel. Hay que recogerlo siempre desde la altura de nuestro caballo de batalla”.

Ese año, el Diario de Máximo Gómez termina con esta frase: “Nochebuena, la he pasado tristísima pues me ha llegado la noticia de la muerte de mi querido primo Francisco Gregorio Billini. Hemos perdido, los dominicanos, un hombre bueno; de alma grande y de espíritu ilustrado”. Y al fin, su Diario de Guerra termina en enero de 1899 con estas palabras: “La actitud del Gobierno Americano con el heroico pueblo cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más que un gran negocio, aparte de los peligros que para el país envuelve la situación que mortifica el espíritu público y hace más difícil la organización en todos sus ramos; que debe dar desde un principio consistencia al establecimiento de la futura República; cuando todo fuera obra completamente suya, de todos los habitantes de la Isla, sin distinción de nacionalidades... De todas estas consideraciones se me antoja creer que no puede haber en Cuba verdadera paz moral, que es la que necesitan los pueblos para su dicha y ventura; mientras dure el Gobierno transitorio, impuesto por la fuerza dimanante de un poder extranjero (es decir, el gobierno militar norteamericano que fue el que quedó en Cuba después de firmada la paz y de retiradas las fuerzas españolas) y por tanto ilegítimo, e incompatible con

los principios que el país entero ha venido sustentando tanto tiempo y en defensa de los cuales se ha sacrificado la mitad de sus hijos y desaparecido todas sus riquezas”.

Hablando de los españoles dice: “Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la Paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra, Paz y Libertad, no debía inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos... La situación, pues, que se le ha creado a este pueblo; miseria material y de apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más afflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía”.

Hemos querido leer estos párrafos del diario de Máximo Gómez para que ustedes se den cuenta de que el jefe del Ejército Libertador de Cuba, el último de los grandes libertadores de América; el último en el tiempo, pero no en la categoría, no era un general machetero; era un hombre que sabía pensar, que sabía expresarse y que sabía ver el porvenir desde las nieblas del presente. Ni antes ni después ha nacido en esta tierra un hombre de la estatura de Máximo Gómez. Sin embargo, la imagen de Máximo Gómez se ha mantenido oculta a los ojos del pueblo dominicano; no se le ha dicho nunca al pueblo dominicano la verdad sobre Máximo Gómez. Está muerto desde hace 70 años y se le teme en su tierra.

Se le teme porque fue un hombre que luchó por principios; no por posiciones. La Constitución que se escribió después que terminó la guerra de independencia de Cuba

tenía un artículo especialmente redactado para que él pudiera ser el primer presidente de la República, pero él dijo que no podía ser el presidente de la República; que él no había ido a Cuba a gobernar a los cubanos, que él era un extranjero que había ido a Cuba a pelear por la libertad, ni siquiera la libertad de los cubanos, sino por la libertad de todos los hombres de la tierra.

Hace 108 años que en esta fecha comenzó la guerra de liberación cubana y hemos querido aprovechar esa circunstancia para iniciar la tarea de reivindicar a Máximo Gómez del olvido en que se le ha tenido en esta tierra. Se le ha puesto el nombre de ese hombre extraordinario a una avenida, y se lo puso Trujillo; se le ha hecho una estatua que no es una estatua de Máximo Gómez; es una estatua vacía, hueca, en la que se le tapa el rostro con el sombrero porque el escultor, que no supo quién era Máximo Gómez, era incapaz de reflejar en el rostro del héroe toda el alma de aquel grande hombre. Se le ha hecho una estatua no para honrarlo a él sino para honrarse los que la pusieron ahí. Nosotros tenemos una función penosa en nuestro país, que es levantar la sábana para que se vea lo que hay en el fondo del cuartucho. Esta noche hemos hecho el levantamiento de la sábana para que se vea en el fondo de la historia dominicana la figura de Máximo Gómez, banilejo de nacimiento y grande en América que salió un día de Monte Cristi para ir a la gloria.

Santo Domingo,
10 de octubre de 1976.

ARTÍCULOS EN *VANGUARDIA DEL PUEBLO*

La invasión

En la vida militar del formidable guerrero banilejo hay varias etapas, conocida cada una con un nombre propio, pero en este artículo hablaremos sólo de las últimas, y no de manera detallada porque no disponemos de espacio para ofrecer detalles. Hablaremos especialmente de las campañas conocidas como la de la Invasión y la de la Tea, y explicaremos que la de la Invasión tiene varios episodios y la de la Tea se llevó a cabo conjuntamente con la parte final de la de la Invasión. De la campaña de La Reforma hablaremos después.

Todas esas campañas tuvieron lugar en la última etapa de la guerra de independencia de Cuba. Esa guerra había comenzado en el año 1868 y había terminado diez años más tarde con la derrota de los cubanos y la Paz del Zanjón; se inició de nuevo en agosto de 1879 y terminó en septiembre de 1880; y comenzó otra vez el 24 de febrero de 1895 bajo la dirección política de José Martí y la dirección militar de Máximo Gómez, para terminar con la intervención de los Estados Unidos, país con el que España hizo la paz en agosto de 1898. Cada una de esas guerras tuvo su nombre: la primera se llamó la de los Diez Años, la segunda, la Chiquita, y la última la de la Independencia. Pero en realidad fueron tres episodios diferentes de una sola, la larga lucha del pueblo cubano por su libertad.

De la Guerra Grande salió Máximo Gómez convertido en el más destacado de los jefes militares cubanos; en la Chiquita no tomó parte y en la de Independencia fue, por designación de José Martí, quien tenía la autoridad para hacerlo como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, el jefe del Ejército Libertador.

Como jefe del Ejército Libertador el general Gómez llegó a Cuba, junto con José Martí, con dos cubanos más y con un dominicano que sería su ayudante personal durante toda la guerra (Marcos del Rosario, que alcanzó el grado de coronel), a bordo de un bote en la noche del 11 de abril de 1895, y el 19 de mayo moría Martí en el combate de Dos Ríos. A partir de ese momento Máximo Gómez pasó a asumir la jefatura militar y civil de la revolución libertadora hasta que el 14 de septiembre quedó establecida la Asamblea Constituyente que organizó un gobierno de la República en Armas y le reconoció al general Gómez su condición de general en jefe del Ejército Libertador.

Pero a partir de la muerte de Martí, Gómez había dispuesto llevar a cabo la campaña de La Invasión, que él mismo inició marchando desde la provincia de Oriente hacia la de Camagüey, donde llevó a cabo la etapa conocida con el nombre de la Campaña Circular de Camagüey, la que a pesar de que se distingue claramente en esa guerra de 1895-1898 por la táctica novedosa que aplicó el formidable guerrillero, fue solamente eso: una etapa táctica en el plan estratégico de La Invasión. La Invasión era el fin que perseguía Gómez. La Invasión se proponía llevar la guerra a La Habana, lugar donde estaba el corazón del poderío español. Y para asegurar el éxito de La Invasión, Gómez había dejado en Oriente al general Antonio Maceo con el encargo de reunir y organizar las tropas que tenían que invadir las provincias de Santa Clara o Las Villas, Matanzas, La Habana y

Vueltaabajo o Pinar del Río; es decir, tenían que ir al último confín de Cuba llevando la guerra hasta donde hubiera un fortín español.

Con la Campaña Circular de Camagüey el jefe del Ejército Libertador dejó maltrecho al ejército español en esa provincia, cruzó la trocha de Júcaro a Morón y entró en Las Villas, donde se le unió Antonio Maceo, su segundo en mando con el rango de Lugarteniente General, y la columna invasora inició su marcha hacia La Habana y Pinar del Río, y durante esa marcha Gómez inició lo que iba a conocerse en la historia cubana con el nombre de la Campaña de la Tea.

Tea es jacho; jacho encendido que se aplicaba a los cañaverales, a los ingenios, a los ferrocarriles, a los almacenes, a los pueblos; a todo lo que significara riqueza, porque según sus propias palabras, el general Gómez “tenía que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combatió en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias.” Para Máximo Gómez, la razón de que España combatiera con todo su poderío por retener a Cuba estaba en que sacaba de Cuba grandes riquezas. Si esas riquezas eran destruidas, España no tendría interés en seguir dominando a Cuba. Es decir, el gran guerrillero se daba cuenta de que la guerra tenía orígenes económicos; de que la raíz del conflicto se hallaba en la explotación de Cuba y de sus riquezas; luego, el camino más corto para llegar al final de la guerra era el de la destrucción de las riquezas cubanas. Sin titubear en lo más mínimo, Máximo Gómez ordenó que se les diera fuego a esas riquezas; y esa orden se cumplió con el rigor con que se cumplían todas las suyas.

El Paso del Ejército Libertador quedaba marcado por las nubes de humo que se levantaban de los cañaverales, los ingenios, las estaciones de ferrocarril, los pueblos y caseríos que quedaban destruidos por las llamas. El día 23 de diciembre, víspera de la Nochebuena de 1895, el general en jefe de las

fuerzas cubanas se enfrentó en Coliseo, en plena provincia de Matanzas, con el general en jefe de las fuerzas españolas, el general Martínez Campos, el vencedor de 1878. Martínez Campos quedó derrotado y el poblado de Coliseo y el ingenio Audaz fueron entregados al fuego de la tea. Cinco días después, L. de Goicochea, español, escribía en sus memorias: “Se sabe que los ingenios Alava, España, Aguica, Carlota, Diana, Manuelito, Aguedita y muchos otros han sido arrasados por los insurrectos”. Era la riqueza de Cuba que se iba en llamas. Al día siguiente la misma persona relataba que Martínez Campos había llegado en tren a Regia, una estación que estaba a la vista de La Habana, y que al bajar de su coche “al primero que vio y le besó el anillo fue al obispo (de La Habana) con el que cambió impresiones que todos oímos: “¡Qué espectáculo, señor obispo, se ofrecía a mis ojos en esa pobre provincia de Matanzas! ¡Cuánta ruina, cuánto incendio...!”.

El Ejército Libertador entró en la provincia de La Habana, hecho que ni los más grandes admiradores de Gómez podían creer, y el 4 de enero (1896) tomaba Guira de Melena, situada al sureste de la capital de Cuba y a tan corta distancia de los límites de la provincia de Vueltaabajo o Pinar del Río que el día 7 anotaba en su diario: “El 7 de enero en Hoyo Colorado, punto limítrofe entre las provincias de La Habana y Pinar del Río, nos separamos el General Maceo y yo, con columnas fuertes, cada uno, de más de dos mil hombres... El General emprende su marcha de invasión a la Provincia de Pinar del Río y yo contramarcho a sostenerlo y sostenerme en la de La Habana”. Benigno Souza refiere que al despedirse de Maceo, el general Gómez le dijo: “Uno de los dos tiene que quedarse para guardar la puerta. Vaya Ud. para Pinar del Río, que yo lo esperaré en La Habana”.

En esa provincia de La Habana, pequeña, sin un monte donde esconderse, llana como la palma de la mano, cruzada

de líneas férreas y carreteras así como de telégrafos y líneas telefónicas y además llena de poblaciones, Máximo Gómez realizó, según las palabras de Benigno Souza, “la hazaña estupenda de hacer frente a las ocho columnas que el alto mando español lanzara sobre él, pilotando con destreza iguales fuerzas variables, desde dos mil hasta mil hombres, organizando sobre la marcha a millares de recién alzados, atacando poblaciones, apoderándose de trenes, y haciéndose sentir siempre. Se movía, amenazador, dentro de aquel dédalo de columnas y pueblos guarnecidos como Pedro por su casa”.

Lo que produjo en todo el mundo la marcha de mes y medio del general Gómez en la provincia de La Habana fue un verdadero frenesí de admiración. Un periódico inglés, el *London Times*, lo bautizó con el nombre de “El Napoleón de las Guerrillas,” y un periódico de New York abrió una suscripción para regalarle una espada de oro. Ningún dominicano había llegado antes ni ha llegado después a tener el renombre mundial y la admiración de todos los pueblos que tuvo el vencedor de Mal Tiempo y Coliseo; y todavía no había realizado la hazaña portentosa que fue la Campaña de la Reforma, de la cual hablaremos otro día.

La táctica que Máximo Gómez empleó en el mes y medio que estuvo moviéndose en la provincia de La Habana fue descrita por Benigno Souza con palabras simples, y por tanto claras. Decía Souza que lo que hacía el extraordinario guerrillero dominicano era marchar en línea recta hacia un lugar, y de pronto, formando un gancho muy puntiagudo, contramarchaba en otra línea exactamente paralela a la de su marcha y a poca distancia de ésta”, pero naturalmente en la dirección contraria, de manera que lo que hacía Máximo Gómez era volver al punto del cual había salido. Souza bautizó esa táctica con el nombre de “ley de Máximo Gómez.”

Ese secreto tan simple, dice Souza, no fue nunca descubierto por los generales de España; y dio el ejemplo de la toma de Bejucal, que estaba a veinte kilómetros de La Habana, con la que se comunicaba por carretera y por ferrocarril. Dice Souza que después de haber dado el combate de Mi Rosa, Gómez “bajó hacia el Sur, y dando una rápida vuelta sorprendió a todos tomando Bejucal”.

La toma de Bejucal se llevó a cabo el 13 de enero (1896). Bernabé Boza, que era el jefe de la escolta del general Gómez y tenía entonces rango de coronel, refiere que Bejucal era “una de las ciudades más antiguas de la Provincia de La Habana”; decía que había sido fundada en el año 1704 y que tenía unos cinco mil habitantes, muchas casas comerciales, buenos edificios, y que las fuerzas cubanas quemaron la estación de ferrocarril, que según Boza era muy bonita, y que inmediatamente después de haber entrado en la ciudad Máximo Gómez ordenó que “se retiraran todas las familias para el campo porque iba a incendiar el pueblo”.

¿Era una crueldad de Máximo Gómez destruir ingenios y pueblos de Cuba para empobrecer a España empobreciendo a Cuba?

Una señora a quien le explicábamos hace algún tiempo lo que fue la campaña de la Tea casi saltó, asombrada, al tiempo que exclamaba: “¡Pero qué crueldad!”. Hace poco un compañero de Partido nos contaba que tuvo que explicarle a un circulista que al actuar como lo hizo Máximo Gómez no destruía los elementos creadores de la riqueza cubana, que consistían por un lado en los trabajadores, que, explicaba él, al desaparecer los ingenios de azúcar se unían al Ejército Libertador y la tierra podía volver a ser sembrada de caña cuando Cuba fuera libre. En cuanto a las instalaciones de los ingenios o los comercios, esas podían ser reconstruidas en el futuro, como efectivamente lo fueron.

Así, tal como lo explicaba ese compañero de Partido, pensaba Máximo Gómez. El formidable guerrero dominicano no actuaba por crueldad, y nunca se conoció un acto suyo que pudiera ser calificado de cruel, como la orden de rematar un herido o de maltratar a un prisionero. Máximo Gómez veía la guerra en su conjunto como una lucha a muerte que tenía una raíz económica; y en eso acertaba por instinto. Y si él tenía razón, la mejor manera de acabar con la guerra, que en sí misma es cruel sin necesidad de que se tomen medidas para hacerla más cruel, era atacándola en esa raíz económica.

Bejucal sigue intacta en 1976, ochenta años después de haberla tomado las fuerzas de Gómez, precisamente porque el formidable guerrero banilejo no era cruel. La orden de darle fuego a Bejucal no pudo cumplirse porque, según cuenta Bernabé Boza, “mujeres, niños, ancianos, el pueblo pacífico todo, rodeaba llorando y suplicando a nuestro jefe. Algunos de nosotros vencidos por aquel conmovedor espectáculo también nos acercamos a él para suplicarle que desistiera de su empeño, cuando un grupo de niños saliendo de un colegio, se adelantó suplicando y con las manecitas extendidas hacia el General. Aquello fue más fuerte que el Viejo; dos gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas y.... “¡Corneta! ¡Toque llamada y marcha a la carrera! ¡Vámonos de este pueblo y que nadie toque nada aquí!, dijo”.

Y sigue diciendo Boza:

“Y clavando las espuelas en su caballo, calándose hasta los ojos el sombrero, echando rabia y candela por todos sus poros, se salió de Bejucal con toda su fuerza”.

Las súplicas de los niños de Bejucal hicieron llorar al duro vencedor de Palo Seco y Las Guásimas, y si se metió el sombrero hasta los ojos fue para que sus soldados no vieran esas lágrimas. En ese momento, como en muchos otros de su vida, Máximo Gómez era el mismo hombre que al salir de noche

de su casa de Monte Cristi para irse a la guerra por la independencia de Cuba no quiso despedirse con un beso de su hijita Clemencia, que dormía en su cuna, “porque es un crimen turbar el sueño de los niños.”

En el alma donde había esa delicadeza no podía cosecharse la crueldad.

DE SANTO DOMINGO A CUBA

Una semana después del conocido episodio de la toma y el abandono de Bejucal por las fuerzas libertadoras salía hacia España el general Arsenio Martínez Campos, que se retiraba totalmente derrotado. Contra todo lo que él esperaba, Gómez y Maceo habían llegado a la región occidental de la Isla, y Gómez en La Habana y Maceo en la provincia de Vueltaabajo, se burlaban a su antojo de las numerosas columnas españolas que los perseguían y presentaban batalla donde querían, no donde les convenía a los jefes españoles. El lugar de Martínez Campos fue ocupado por el general Sabás Marín, quien lo retuvo hasta la llegada, el 10 de febrero, del general Valeriano Weyler, que desembarcaba en Cuba con un plan de exterminio que a su juicio y al del gobierno español debía darle fin a la guerra en poco tiempo.

Máximo Gómez le pidió a Maceo reunirse con él para estudiar la situación que planteaba la llegada de Weyler a Cuba. Entre Maceo y la provincia de La Habana estaban las columnas españolas de Cornell, Segura, Ruiz, Rotger, Hernández de Velazco, García Navarro y Echague, y el lugarteniente general se batió con unas y desechó otras hasta que el 12 cruzaba la línea entre Vueltaabajo y La Habana. Mientras tanto, Gómez, que había abandonado Bejucal el día 13 de enero, había combatido a una columna española el día 14; el día 22 había dado un combate cerca de Guines; el 24 atacaba el

ingenio San Agustín de Mosquera en Quivicán; el 27 peleaba en el ingenio Lucía en Banes, el 29 y el 30 de enero perseguía a la columna del comandante Durañona y volvía a batirse en Quivicán; el 2 de febrero combatía en La Luz y el 14 atacaba los fuertes españoles de San Felipe y Pozo Redondo.

Ese día se hallaba Maceo en San Antonio de Las Vegas, de donde salió el 16 en dirección de Bejucal, pues esperaba dar allí con el rumbo de Gómez, y el 18 tomaba Jaruco; donde sus fuerzas quemaron 132 casas y capturaron 80 fusiles y más de 5 mil tiros. Cuando se preparaba a retirarse de Jaruco supo Maceo que Gómez estaba a poca distancia, y el lugarteniente general se reunió con el general en jefe el día 19 en el sitio llamado Soto, dentro de los límites de la provincia de La Habana. En su Diario de la Guerra Bernabé Boza escribió ese día que “Antonio Maceo y Máximo Gómez, arrojándose el uno en brazos del otro, permanecieron largo rato sin poder pronunciar una palabra, estrechamente abrazados. El viejo blanco llorando y el joven mulato tratando de ocultar su emoción detrás de esa sonrisa peculiar suya, que jamás he visto en otro hombre”.

Ese abrazo de Maceo y de Gómez sellaba el triunfo definitivo de la Invasión, que había sido el plan del generalísimo banilejo desde los días de la Guerra de los Diez Años.

En julio de 1895 y el 6 de noviembre del mismo año el general Gómez había dado órdenes de que en todos los territorios ocupados por las fuerzas revolucionarias se paralizaran las actividades económicas. A juicio del jefe del Ejército Libertador lo que tenían que hacer los cubanos era luchar por la independencia de su patria, no dedicarse a ganar dinero. Y esas órdenes no estaban cumpliéndose ni en Las Villas ni en Camagüey ni en Oriente. Por eso dice Gómez:

“En la conferencia con el general Maceo le informé de las malas noticias del estado de las cosas de las Villas para arriba y

la necesidad y urgencia —según me decían— de mi presencia por aquellas comarcas. Entré a Maceo de mis propósitos de marchar dejándolo a él ya como Jefe del Departamento de Occidente, disuelto ya lo que se llama Ejército Invasor, y organizados al efecto el 5to. y 6to. Cuerpos del Ejército. Así se hizo, y nombré Jefe del Quinto al general José M. Aguirre. Para el Sexto quedaba Maceo organizando las Divisiones, como las que componían las fuerzas de Pinar del Río, en donde debía hacerse más fuerte la Revolución”.

El general en jefe y su segundo en mando se separaron en Galeón, provincia de Matanzas, y el primero se encaminó hacia Las Villas, Camagüey y Oriente. En esta última provincia tuvo el 3 de agosto una entrevista con varios dueños de cafetales, todos extranjeros; norteamericanos, franceses, alemanes. El encuentro tuvo lugar en el Cafetal La Aurora y los propietarios se reunieron en ese sitio para pedirle al general Gómez que dejara sin efecto la orden de destruir las fincas de café. La escena, según la relata Benigno Souza, fue imponente, pues “de pie en el gran secadero de café de aquella finca”, el general Gómez, lleno de ira, después de explicar que él tenía que “combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias”, agregó:

“Y no vale alegar que son ustedes ciudadanos extranjeros, franceses o americanos, porque para nosotros, ¡óiganlo bien!, no hay más que ciudadanos cubanos, y más cuando carecemos de esa ciudadanía ante las naciones de ustedes... Cuando ellas nos reconozcan, cuando llenen ese deber, podrán exigirnos derechos...”.

Y terminó con esta frase, digna de figurar en bronce:

“Váyanse, pues, a reclamarle al gobierno español, que en lo que a nosotros respecta, tenemos valor para consumir nuestros propósitos... ¡Llévense sus cafetales para su tierra!”.

El 13 de enero de 1896 las fuerzas de Máximo Gómez habían tomado Bejucal y ese mismo día abandonaban voluntariamente esa ciudad. Al día siguiente, en un encuentro con una columna española, el general en jefe del Ejército Libertador de Cuba fue herido en una pierna, pero sólo lo supo el coronel Bernabé Boza, jefe de su escolta, porque Gómez, como todo gran capitán, tenía conciencia de lo que él significaba para los hombres que se jugaban la vida bajo su mando y se daba cuenta de que si se divulgaba la noticia de que estaba herido esos hombres iban a desmoralizarse; por eso mantuvo el secreto acerca de su herida y al día siguiente acampó en el ingenio San Antonio, de la familia Pulido, que como todos o casi todos los dueños de ingenios de Cuba tenía al lado o cerca de la fábrica de azúcar una casa de campo lujosamente amoblada. En la casa de los propietarios del San Antonio había un mono que le arrebató el sombrero al coronel Boza y huyó con él, y el jefe de la escolta de Máximo Gómez cuenta en su diario que cuando vio que ese animal, otro de los lujos de la familia Pulido, huía con su sombrero, estuvo a punto de meterle un tiro en el cuerpo.

El general Gómez estuvo en el ingenio San Antonio los días 15, 16, 17 y 18 de enero (1896), y un año después, al comenzar el mes de febrero de 1897, cuando se hallaba duramente golpeado por la noticia de la muerte de Antonio Maceo y de su hijo Panchito Gómez, ocurridas dos meses antes en Punta Brava, provincia de La Habana, y también duramente golpeado por la forma en que lo trataba el gobierno revolucionario cubano, le escribió al coronel Andrés Moreno una carta que es un documento fundamental para conocer las ideas de ese hijo de Baní, el más grande de los dominicanos de todos los tiempos si tomamos en cuenta que es el único que tiene un lugar, ocupado por derecho propio, entre las figuras más eminentes de la historia de las dos Américas.

En esa carta el general en jefe del Ejército Libertador de Cuba explica las causas por las cuales había ordenado que se paralizaran todas las actividades comerciales mientras durara la guerra de independencia y por qué había puesto en marcha la Campaña de la Tea. Gómez había comprendido que el dominio español sobre Cuba se debía a la riqueza de la isla, una riqueza que enriquecía a España por los altos impuestos que el gobierno español sacaba de su colonia antillana y además por lo que sacaban del país los españoles ricos, dueños de ingenios de azúcar o de bancos o de comercios o de otros negocios; para el genial guerrillero banilejo la extracción de esas riquezas por parte de los españoles se explicaba como expresión de una lucha de clases que él había decidido llevar a nivel de los dos gobiernos en guerra, el de Cuba revolucionaria y el de España.

Aclaremos, sin embargo, que dentro de Cuba esa lucha de clases no era de trabajadores por un lado y patronos por el otro. Cuando Máximo Gómez salió de su país a los 29 años, no había visto un sólo establecimiento industrial. En la República Dominicana de 1865, y muy especialmente en la región del sur que era donde Gómez había nacido y vivido, todos los trabajos los hacían los campesinos; y no sólo los que se relacionaban con la siembra y la cosecha de frutos agrícolas sino también los de tipo artesanal, como eran la fabricación de dulces, la de macutos, serones, aparejos para caballos, mulos y burros y la de muebles caseros. Es más, hasta las casas eran hechas por campesinos, lo mismo los bohíos de los campos que las viviendas de los pueblos (en esa época no había ciudades en la región natal del que iba a ser el jefe del Ejército Libertador cubano). Máximo Gómez creció, pues, y llegó a hombre adulto con la idea de que campesino y trabajador u obrero eran la misma cosa; y es muy difícil cambiar las ideas de un hombre especialmente si se trata de uno que no ha hecho o no hace estudios en niveles superiores, como no los

hizo él. Alguien podría pensar que Máximo Gómez vivió en Cuba desde 1865 hasta 1878, y que Cuba era un país donde abundaban los establecimientos industriales, en los cuales, Gómez debió haber visto la diferencia que había entre obreros y campesinos. Pero ése no sería un buen argumento, primero, porque por esos años en las regiones de Cuba que él conoció (Oriente, Camagüey y Las Villas) no había obreros sino esclavos; y segundo porque en esos trece años, lo mismo en paz que en guerra, él pasó casi todo el tiempo en las zonas campesinas de la isla hermana. Por eso se explica que al hablar de los campesinos que en el 1897 (cuando ya no había esclavitud en Cuba) producían caña para los ingenios cubanos, Gómez los llamara “el pueblo trabajador”, y que de esas dos palabras subrayara la última, como puede verse en su carta al coronel Moreno.

Lo que Máximo Gómez veía eran los efectos de una lucha de clases en la cual los perjudicados eran los campesinos productores de caña en pequeña escala (esos a los que él llamaba colonos) y los beneficiados eran los dueños de ingenios azucareros, es decir, los que convertían en azúcar la caña de los colonos. Unos cuatro años antes de que Máximo Gómez escribiera su carta al coronel Andrés Moreno, el ingenio dominicano Porvenir destinaba a la siembra de cañas 13 mil 125 tareas propias y mil 796 de seis colonos, que según leemos en *La Caña en Santo Domingo* de Juan J. Sánchez (pág. 49) se llamaban Mateo López (320 tareas), Francisco Alonso (178), Juan F. Castillo (198), Juan Larancuén (254), Pedro Mendoza (446) e Isidro Santana (400). Sánchez dice que el Porvenir “durante la molienda emplea... 300 personas diarias para los trabajos del campo y del batey”, y se refiere a varios otros ingenio en forma parecida, esto es, sin dar datos precisos, especialmente en el caso de los colonos, excepto en lo que toca al número de tareas, y eso no siempre. En el ingenio Consuelo

había un colono, cubano él, llamado Juan Amechazurra (que fue el fundador del Angelina), con 4 mil tareas de caña, y los había con 3 mil y con 2 mil 500; en el Cristóbal Colón, Lázaro Silfa tenía 2 mil 600 tareas y José de los Santos Frías tenía 200. No parece que los que impresionaron tanto en Cuba a Máximo Gómez dispusieran de cantidades de tareas de caña tan grandes como Juan Amechazurra o Lázaro Silfa, pues estos eran necesariamente colonos ricos y los que describía el general Gómez en su carta al coronel Moreno eran colonos pobres, tan pobres que el jefe del Ejército Libertador de Cuba los consideraba parte del “pueblo trabajador”, y subrayaba la última palabra.

Los efectos de esa lucha de clases que se llevaban a cabo dentro de Cuba renovaron en Máximo Gómez su decisión de mantener esa lucha en un nivel más alto, en el nivel de los gobiernos: el gobierno revolucionario de Cuba contra el gobierno colonialista de España. Por eso decía que cuando vio al colono “embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos, y viviendo en una pobre choza plantada en tierra ajena...”. “Me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!”.

Lo que no sabía Máximo Gómez era que al aplicar la tea para quemar los ingenios y al prohibir las actividades comerciales en los lugares dominados por sus tropas libertadoras, iba a provocar otros efectos; iba a trasladar la lucha de clases a las filas de la Revolución, porque los jefes del gobierno revolucionario cubano pertenecían a las diferentes capas de la clase dominante del país, a la que se beneficiaba y no a la explotada, y esa clase dominante no podía aceptar de brazos cruzados que Máximo Gómez liquidara su poder económico y con él su poder social y político.

RENUNCIA Y TRAGEDIA

Las medidas del general Gómez provocaron una lucha de tipo político entre el gobierno revolucionario y el general en jefe del Ejército Libertador, y esa lucha llegó a tales extremos que Máximo Gómez decidió renunciar a su alto cargo y entregar el mando a Antonio Maceo, a quien envió órdenes de salir de Vueltaabajo (Pinar del Río) para encontrarse con él en Las Villas. El 7 de noviembre (1896), el general Gómez escribía en su Diario: "...creo que ya los cubanos no me necesitan y, como extranjero, y como hombre sensato, cumple retirarme de esta lucha, en donde han surgido ya peligrosas rivalidades, que de ninguna manera (como pudiera suceder) debo alentar con el ejercicio de mi mando...". Pero iba a retirarse con todas las de la ley, cumpliendo el mandato de la Constitución de Cuba libre según la cual si dejaba su puesto debía ocuparlo el lugarteniente general, es decir, su segundo en mando, aquel a quien los cubanos habían bautizado con el nombre de Titán de Bronce, Antonio Maceo, hijo de venezolano pero nieto de dominicanos.

Maceo iba a reunirse con su jefe y habían cruzado en la noche del 4 al 5 de diciembre la línea de fuertes españoles llamada la Trocha de Mariel a Majana y llevaba con él a su ayudante, Panchito Gómez Toro, el hijo mayor de Máximo Gómez, que tenía grado de capitán. Le llevaba esa sorpresa al viejo guerrero, que no veía a su hijo desde hacía veinte meses.

Pero Antonio Maceo fue muerto en una emboscada que le hicieron soldados del comandante Cirujeda en Punta Brava, en territorio de la provincia de La Habana, y sobre su cuerpo de gigante había caído Panchito Gómez Toro, gravemente herido y rematado a machetazos por el práctico cubano de los hombres de Cirujeda. La muerte del vencedor de Sao del Indio y Peralejo y su joven ayudante ocurrió el día 7 a las tres y media de la tarde y el día 8 Máximo Gómez le escribía al secretario de la Guerra del gobierno revolucionario diciéndole: "... marcho ahora ligero a depositar el mando como jefe del Ejército en la autoridad del Lugarteniente General, segundo en mando, mayor general Antonio Maceo, como está prevenido en la Constitución".

El Napoleón de las guerrillas creía que marchaba "ligero a depositar el mando" y no podía imaginarse que un rayo de potencia salvaje había caído un día antes muy lejos de donde él se hallaba y había aniquilado al mismo tiempo a Antonio Maceo, a quien quería como a un hijo, y al hijo a quien quería con toda el alma. En vez de la renuncia lo que tenía ante sí era la tragedia.

Lo que describía el doctor Freyre de Andrade ("Máximo Gómez con intuición admirable había adivinado el porvenir...") es lo que distingue a los grandes jefes militares y a los grandes políticos, que tienen la capacidad de ver cuáles serán las consecuencias de sus actos. Esa capacidad no la tenía, por ejemplo, Valeriano Weyler, capitán general de Cuba que había sido enviado a la isla antillana después que Martínez Campos había fracasado al punto de haber sido derrotado en la batalla de Coliseo. Weyler llegó a Cuba con el plan de obligar a los campesinos de las regiones donde hubiera actividad revolucionaria a abandonar sus lugares de trabajo e irse a vivir a las ciudades. Weyler pensaba que si no había producción agrícola y ganadera los combatientes cubanos de la libertad se

verían obligados a dejar las armas puesto que no estaban militarmente preparados para tomar las ciudades. Pero Weyler no contaba con la audacia de Máximo Gómez, que fue a meterse precisamente en una región campesina y no salió de ella a pesar de que Weyler le lanzó encima 40 mil soldados que se movían en varias columnas. Las fuerzas españolas estaban organizadas en 38 batallones y 4 regimientos de caballería que operaban bajo la dirección personal de Weyler, cuyo cuartel general se hallaba en Sancti Spíritus, a poca distancia de La Reforma.

Los enemigos de Máximo Gómez eran poderosos, pero él no temía a su poder. Un día dijo: “El mejor subalterno que tengo yo para acabar con el ejército español en Cuba es Valeriano Weyler.” Y los hechos le dieron la razón. Otro día, señalando hacia la trocha de Júcaro a Morón, que también estaba cerca de La Reforma, dijo estas palabras: “Ahí tengo yo encerrados a diez mil soldados españoles”. Y efectivamente los tenía, porque de esa trocha no saldría un soldado mientras el general en jefe del Ejército Libertador de Cuba se mantuviera invicto en La Reforma.

El plan estratégico de Máximo Gómez en la campaña de La Reforma era mantener a los mejores soldados de Weyler persiguiéndole para que las fuerzas cubanas que operaban en las provincias de Las Villas, Matanzas, La Habana y Vueltaabajo (es decir, el Centro y el Occidente de Cuba) pudieran moverse con relativa libertad; y el plan táctico, o lo que es lo mismo, la manera de ejecutar el plan estratégico, fue uno que se repetía sin cesar. Máximo Gómez seguía en sus campañas un principio que él llamaba “los diez mandamientos que se encierran en dos”, y esos dos eran estos: “Al enemigo que nos salga por los flancos, a ése procurar rebasarlo y dejarlo a retaguardia entretenido con guerrillas y emboscadas; pero al enemigo que nos salga de frente, a ése debemos arrollarlo sin tener en cuenta ni

el número ni las posiciones”. (En el lenguaje militar los flancos son los dos lados, el derecho y el izquierdo de una tropa, esté fija o en marcha). Con ese principio instruyó el general Gómez a Maceo en la campaña de la Invasión, es decir, cuando el Titán de Bronce avanzaba desde Oriente hacia Occidente para encontrarse con Gómez en Las Villas. Además de ese principio, el genial guerrillero dominicano estableció en la campaña de La Reforma otros dos: No perder contacto con el enemigo en ningún momento, fuera para atacarlo o para observarlo, y usar de aliada a la naturaleza cubana.

El primero de esos dos últimos principios fue concebido por el general Gómez basándose en las experiencias de la campaña de la Invasión. Por ejemplo, el 11 de diciembre de 1895, mientras operaba junto con Maceo en Las Villas, camino hacia Matanzas, anotó en su diario:

“El día 11 fuimos atacados (a las 3 p.m.) por una columna enemiga de más de 4.000 hombres. Se tomaron posiciones, respaldando nuestras fuerzas al pie de las montañas que se levantan al sur de esta Zona; se resistió toda la tarde sin que los españoles pudieran tomarnos las posiciones... La noche suspendió el combate y nuestras avanzadas ocupaban las avenidas frente y a tiro de rifle de las avanzadas enemigas... Previendo que el enemigo debía emprender el ataque al día siguiente, hice comprender al General Maceo que no nos convenía resistir; preparamos durante la noche nuestra retirada por un camino extraviado y en extremo escabroso, por donde teníamos que pasar con una impedimenta de más de 500 hombres desarmados, acémilas, gente inútil, que sin poderlo evitar se arrastraba detrás del Ejército, lo que hacía penosa la marcha; más de 300 heridos, en su mayor parte graves, que era forzoso conducir en hamacas, por una senda que, imposible de doblar en fondo hacía la marcha más difícil y por lo tanto lenta como se puede imaginar”. “Durante esa noche se

trató de molestar cuanto se pudo al enemigo, haciendo fuego por escogidos tiradores sobre sus fogatas, ... que al cabo se vio obligado a apagar”.

En la acción descrita por el general Gómez en su diario no se perdió contacto con el enemigo ni siquiera en las horas de la noche, pero tampoco se perdió al día siguiente, pues el ataque español se reanudó al levantarse el Sol, y según anotó el Napoleón de las Guerrillas, encargó al general Maceo de que defendiera la retaguardia cubana “ya con emboscadas, ya con grupos de tiradores escogidos y bien colocados en las alturas dominantes de la vía”; y agregaba: “Con esta táctica tan fácil y sencilla, logramos, no solamente detener el empuje de su marcha al enemigo, sino que le causamos grandes pérdidas, al propio tiempo que por nuestra parte eran insignificantes; y para explicar tan notable diferencia, es necesario advertir, que consistía en que nuestros soldados, ocultos siempre en las malezas y quebraduras que ofrece el terreno, hacían fuego a ojos vistos, lo que no pudieran hacer los españoles, porque en estos casos las ventajas resultan para el que espera y no para el que avanza”.

Siete meses después, en junio del 1896, de paso por Camagüey camino hacia Oriente empieza a sistematizar los ataques nocturnos. Así el día en que comienza la acción de Saratoga (11 de junio) dice: “El enemigo se defiende y en la noche suspende el ataque general, sin dejarle tranquilo en toda la noche el fuego de mis guerrillas”. El 12 dirá: “La noche ha suspendido otra vez lo reñido del combate y siguen funcionando las guerrillas”.

Pero la naturaleza cubana que el general Gómez usó en La Reforma como una de sus fuerzas más valiosas no eran sólo las malezas y quebraduras que ofrece el terreno. Veamos lo que cuenta Despradel. Al comenzar el mes de marzo (1897), estando ya en La Reforma, una columna española se empeñó

en perseguir al general Gómez. “El General se movía a su vanguardia”, dice Despradel, “tiroteándola ligeramente, poniéndole emboscadas en donde el terreno se prestaba para ello, y retirándose siempre con dirección al Sur, hasta que al medio día la columna acampó en la ‘Demajagua’ y nosotros en ‘Las Casitas’, que está a pocos kilómetros”. “Después de haber almorzado, la columna se puso de nuevo en marcha, siguiéndonos el rastro con la misma tenacidad que en la mañana... Al montar a caballo el General dijo al General Boza... ‘—Puesto que esa columna lo quiere, me veré —si persiste en seguirme— en la ocasión de aniquilarla esta noche sin necesidad de dispararle un tiro...’. Y seguimos la marcha; nosotros delante y el enemigo detrás, batiéndonos siempre en retirada, y dejando un rastro visible para estimularlo en su propósito de seguirnos a través de aquellas tierras áridas, desprovistas completamente de agua... ya al caer la tarde penetrábamos en una región húmeda, cenagosa, cubierta de lagunatos de agua salobre e invadida por nubes de mosquitos y ‘jejenes’. Hasta allí nos persiguió la columna, que se vio obligada a acampar en aquel sitio... Al otro día la columna tuvo que tomar el camino de la Trocha, urgida por la necesidad de encontrar hospitales en qué alojar los centenares de soldados que se habían envenenado tomando el agua salobre de esa región pantanosa...”.

Esa era la naturaleza cubana, un arma mortífera que mató o inutilizó a miles y miles de soldados de Weyler en la campaña de La Reforma.

BREVE HISTORIA
DE LOS PUEBLOS ÁRABES

ORIGEN DE ESTE LIBRO

26 de junio de 1975

Señores

Dr. Rafael Kasse-Acta,
Dr. Luis G. González Canahuate,
Lic. Jorge Yeara Nasser,
Don Yamil Michelén,
Dr. Salomón Morún Acta,
Don Jorge Andón Jaar, y
Lic. Zahira E. Sainz Aybar.

Distinguidos amigos:

Respondo a la carta que a nombre de la Hermandad Domínico-Árabe me enviaron Uds. el 19 de este mes en la cual me invitaban a dar, bajo su patrocinio, una conferencia dirigida principalmente a la comunidad árabe y sus descendientes, en que se traten los conflictos del Oriente Medio y el problema del petróleo.

Debo decirles que me siento muy honrado con su invitación y que les doy las gracias por el honor que me hacen, pero al mismo tiempo debo decirles también que el tratamiento de los conflictos del Oriente Medio y del problema del petróleo requiere más de una conferencia y también más de dos, porque esos conflictos y ese problema tienen raíces lejanas en la historia y sin relacionarlos con sus raíces será difícil explicarlos y hacerlos comprender.

Así pues, respondo a su invitación con la siguiente propuesta: Que se organice una especie de cursillo de cuatro conferencias y que éstas sean dadas en cuatro semanas sucesivas en vez de hacerlo en cuatro días seguidos. Esas conferencias podrían tener los siguientes temas:

1º: El imperio árabe, desde su formación hasta su suplantación por el imperio otomano;

2º: Aparición de los países árabes a causa de la desintegración del imperio otomano, hasta el final de la primera guerra mundial;

3º: Surgimiento de más países árabes como resultado de la segunda guerra mundial y formación del Estado de Israel;

4º: El papel que ha jugado el petróleo en la política de los países del Oriente Medio.

Por último, permítanme sugerirles que en caso de que Uds. hallaran satisfactoria mi proposición las conferencias sean fijadas para el mes de agosto. Los días elegidos podrían ser los martes 5, 12, 19 y 26 de ese mes.

Reciban un saludo afectuoso de su amigo.

PREFACIO*

Buenas noches dominicanas y dominicanos de origen dominicano o de origen árabe, buenas noches a los árabes que se encuentran aquí.

Deseo iniciar este acto entregando a los miembros de la comisión que lo organizó, a cada uno una de las tarjetas de invitación que se usaron para el acto con una dedicatoria mía a fin de que la guarden como un recuerdo de esta noche, no porque esta noche sea memorable desde el punto de vista de lo que voy a decir sino porque es memorable desde el punto de vista de la amistad domínico-árabe. Dr. Rafael Kasse Acta (aplausos), Lic. Jorge Yeara Nasser (aplausos), Sr. Yamil Michelén (aplausos), Lic. Zahira Sainz Aybar (aplausos), Sr. Jorge Andón Jaar (aplausos), Dr. Luis Gonzalo González Canahuate (aplausos), Dr. Salomón Morún Acta (aplausos).

Y ahora deseo dedicar esta charla a la memoria de Aquiles Nimer, un palestino dominicano, palestino porque nació en Palestina, dominicano porque aquí vivió y aquí hizo su obra de escritor, y deseo dedicársela no solamente porque fue palestino dominicano y porque fue escritor y porque tuve el privilegio de ser su amigo, sino porque en el año 1919, cuando se celebraba en Versalles la conferencia en la que el presidente

* Conferencias pronunciadas los días 5, 12, 19 y 26 de agosto de 1975 en el salón de actos del Colegio Don Bosco, de Santo Domingo, República Dominicana.

Wilson de los Estados Unidos, que había ordenado la ocupación militar de nuestro país en el año 1916, como figura central de aquella conferencia de Versalles señalaba en el mapa de Europa y en el mapa de Asia y en el mapa de África los territorios que debían ser cedidos a tal o cual país, un hombre, joven entonces, alto, fornido, le gritó de pronto: “¡Presidente Wilson, acuérdesse de la República Dominicana!”; y ese hombre era Aquiles Nimer. (Aplausos prolongados).

Todos los mapas que usaremos en esta charla son obra de una pareja de compañeros, Isabel Roques Martínez y Hernán Espínola, a quienes les pedí sentarse en la primera fila para que ustedes puedan identificarlos (aplausos).

DESDE EL IMPERIO ÁRABE HASTA EL IMPERIO OTOMANO

Esta conferencia o esta charla (no me gusta hablar de conferencia sino de charla) es un poco difícil; y tal vez sea más larga de lo que muchos de ustedes están dispuestos a soportar porque tenemos que hacer en ella en poco tiempo una síntesis, es decir, un resumen no solamente de cientos de años de historia, es decir, de los cientos de años de duración del imperio árabe, sino de miles de años porque tenemos que comenzar explicando en primer lugar la significación de las palabras pueblos árabes y seguir después explicando la historia de Arabia desde sus orígenes conocidos.

¿Qué son pueblos árabes? ¿Qué quieren decir esas dos palabras? ¿Se refieren a una raza, es decir, que todos los pueblos árabes pertenecen a una raza; se refieren a que tienen una religión común, una lengua común o un territorio común?

Debemos aclarar que árabe no quiere decir musulmán ni musulmán quiere decir árabe. Hay países musulmanes como Persia, que se llama ahora Irán; como Afganistán, como Pakistán, como Bangladesh, como Indonesia, como Turquía, y sin embargo esos países no son árabes. En las islas Filipinas hay musulmanes, y los españoles cuando llegaron a esas islas los llamaron moros porque era así como los españoles llamaban a los musulmanes bereberes del norte de África que eran prácticamente vecinos de los españoles. Esos moros o musulmanes de las Filipinas no son árabes. Es más, dentro del mundo

árabe, o mejor dicho, en los países árabes hay católicos y hay sectas cristianas como los maronitas del Líbano, por ejemplo, y hay cristianos en Siria y en Iraq. Iraq, como veremos después, ocupa el territorio que antiguamente se llamó la Mesopotamia. No todos los árabes son musulmanes ni todos los musulmanes son árabes.

La palabra musulmán quiere decir mahometano o seguidor de Mahoma. En español podemos decir musulín o muslimme y también podemos decir islámico porque islam es el nombre común de los países mahometanos y es también el nombre de la civilización y la religión de los seguidores de Mahoma; no es nada más el nombre del conjunto de los países árabes. Por ejemplo Pakistán, Irán, Indonesia y esos otros países donde se sigue la religión mahometana pertenecen al Islam o mundo islámico, pero no son parte de los países árabes, y sin embargo los países árabes son parte del Islam o del mundo islámico porque en todos los países árabes con excepción del Líbano las grandes mayorías de los habitantes son mahometanos o musulimes o musulmanes. En el Líbano la mitad de la población es mahometana y la otra es cristiana.

La explicación de lo que acabamos de decir la hallamos en la significación de la palabra Islam que se escribe con m al final. Islam quiere decir sumisión o sometimiento a Dios, es decir, a Alá, que es el nombre árabe de Dios en español porque en árabe no se pronuncia Alá, se pronuncia "ila". Islam es pues sometimiento a Dios e islámicos son los pueblos que se someten a Dios, al Dios árabe, al Dios mahometano.

El imperio árabe del cual vamos a hablar esta noche no se fundamentó en el reconocimiento de la superioridad del pueblo árabe ni en el orden militar ni en el social. Se fundamentó, de parte de los pueblos no árabes que lo formaron, en la aceptación de la religión mahometana, es decir, en la aceptación del Islam, y en la aceptación de la lengua árabe porque

fue ésa la lengua que usó Alá para hablarle a Mahoma; para darle a Mahoma sus ideas y decirle qué tenía él que hacer. Ahora bien, no seamos ilusos. No vaya ninguno de ustedes a creer que el Islam y la lengua árabe habrían sido recibidos por tantos pueblos diferentes si sus diversas capas sociales no hubieran recibido beneficios personales y sociales, beneficios de carácter material tan pronto como aceptaban ser parte del Islam. ¿Cuáles fueron esos beneficios? Eso lo iremos viendo en el curso de esta charla.

Durante muchos siglos además de hablar el árabe y de ser mahometanos los pueblos árabes tenían muchas cosas en común; por ejemplo, su arquitectura, su comida, su manera de vestir, el tipo de muebles, el uso de la alfombra para sentarse; es decir, había una cultura árabe bien diferenciada de la cual quedan muchos valores en este mundo de hoy. Al final nos referiremos a la forma de cómo los árabes mezclaron varios valores culturales. Así como Mahoma mezcló las religiones monoteístas, las religiones basadas en la creencia de un solo Dios (que eran la cristiana y la judía), y de ellas sacó la religión que hoy llamamos mahometana, así los árabes mezclaron los valores culturales de todos los pueblos que se unieron al mundo árabe. Cada uno de ellos aportó algo de valor, bien en la arquitectura, bien en la danza, bien en la música, bien en la literatura, bien en la ciencia, pero a eso nos referiremos más tarde.

¿Qué era el pueblo árabe antes de que fuera elaborada la religión mahometana?

El pueblo árabe era el que vivía desde tiempo inmemorial en la península llamada Arabia. Esa península queda inmediatamente al este de África. Hacia el Nordeste tiene el Golfo Pérsico, y al Sureste, el Océano Indico, que en aquella época se llamaba el Mar de Omán. Al Sur está el Golfo de Adén y al oeste el golfo que se llamaba Árabe y hoy se llama Mar Rojo.

La península de Arabia ocupa unos 3 millones de kilómetros cuadrados, es decir, la tercera parte más o menos de Europa, que tiene 10 millones de kilómetros cuadrados. Hace miles de años los griegos, que quedaban bastante cerca de Arabia, es decir, del otro lado del Mediterráneo, llamaban a los habitantes de esa península de Arabia los *sarakenoí*. De ese nombre griego salió la palabra sarracenos con que se les conoce especialmente en la lengua española. Sarracenos, pues, es un sinónimo o un equivalente de árabes.

La mayor parte del territorio de esa península arábiga o Arabia era un desierto, y en los desiertos son escasos los lugares donde hay agua; ahora bien, donde quiera que había agua en Arabia había también vegetación como la hay actualmente en el Sahara y en cualquier otro desierto del mundo, y como agua y vegetación son indispensables para la vida, los árabes se formaron y se desarrollaron como pueblo yendo de un lugar con agua y vegetación a otro lugar con agua y vegetación. Esos lugares del desierto que tienen agua y vegetación se llaman oasis, y como ir constantemente de un lugar a otro en grupos familiares o tribus se llama nomadismo, tenemos que el pueblo árabe se formó a base de tribus nómadas. Eso equivale a decir que el pueblo árabe no se estableció en un territorio determinado sino que estaba compuesto por tribus que se movían constantemente, y ese movimiento constante lo obligó a aclimatar y domesticar a un animal que no era de clima caliente, y estamos refiriéndonos al camello, que procedía del Asia Central y el Turquestán, regiones de clima frío. El dromedario, que también se usa en Arabia, es diferente del camello porque tiene una sola joroba, pero el dromedario es un animal de África, de clima caliente, no de los climas fríos del Turquestán y de Asia.

El camello iba a jugar un papel extraordinario en la evolución del mundo árabe, un papel que se parece en muchos aspectos al que ha jugado el automóvil para el pueblo

norteamericano, porque no recuerdo en este momento si en la última charla que di en el Centro Masónico, sobre Cuba, me referí a una frase de Máximo Gómez, una frase que le dejó escrita a su hijo que se quedaba en Monte Cristi en el año 1895 mientras él se iba a Cuba con Martí, con otro dominicano llamado Marcos del Rosario, de Guerra, y con tres cubanos más. Le dejó escrita esta frase: “Cómprate un triciclo para que lleves las verduras al mercado porque el hombre es más hombre cuanto más rápidamente se mueve”.

El camello les permitió a las tribus árabes moverse rápidamente, y no solamente moverse rápidamente sino transportar grandes cargas de un sitio a otro, y les permitió a las tribus también desarrollarse como grupos guerreros porque el camello es un animal de guerra. Como pueblo nómada, el árabe vivía trasladándose de lugar en lugar, especialmente de oasis en oasis, y en estos oasis se daba la palma del dátil a la cual los árabes llamaban la tía y la madre de los árabes. Ustedes pueden encontrar esa frase en el libro de Norodom Sihanouk *Mi lucha contra la CIA*, dicha con el mismo significado con que los árabes se referían al dátil llamándole la tía y la madre del pueblo. Esa es una frase que expresa un valor de sociedades ya desaparecidas, de la sociedad consanguínea, en la cual la madre no el padre, era el ser más importante de la familia y después de la madre lo eran los hermanos de la madre, comenzando por las hermanas de la madre. Por eso cuando los árabes llamaban al dátil la madre y la tía de ellos querían decir que en el dátil encontraban protección y alimento; además encontraban alimento también en la leche de la camella. Nada podía ser más valioso que el camello para un pueblo nómada como el árabe que vivía en un territorio cuya mayor parte estaba formada por desiertos; porque el camello es un animal que puede estar hasta 17 días sin

beber agua en una temperatura de 57 grados centígrados, y puede recorrer 300 kilómetros en un día con una carga de cuatro quintales, de manera que en realidad ese animal, que era llamado el buque del desierto porque no se conocían los camiones y los buques eran los medios de transporte que podían moverse más rápidamente y llevar cargas; ese animal, de haber sido conocidos en esa época los camiones, se habría llamado el camión del desierto. Para completar su utilidad el camello es un animal de silla sumamente útil en el tipo de guerra que sostenían los árabes entre sí, es decir, una tribu contra la otra o varias tribus contra varias tribus porque no es un animal asustadizo sino todo lo contrario, es un animal agresivo.

La posesión de camellos y de hombres que supieran usarlos, ambas cosas en abundancia, fue un factor muy importante y probablemente decisivo para convertir la península de Arabia en la principal vía comercial entre Europa y África, especialmente África del Norte, y Asia incluyendo la India y China, hecho que debió suceder en los dos o tres primeros siglos de la era cristiana. Conviene aclarar que la India, China y lo que hoy son Birmania y Cambodia eran por esa época los países más ricos del mundo, y que su comercio con los territorios europeos se hacía por la vía de la península de Arabia, entrando por su parte sur, es decir por Adén. Decíamos que se entraba por Adén pero debemos decir algo más: que más allá del Imperio Persa quedaban el Turquestán y Afganistán, y el comercio con esos países se hacía también a través de la península de Arabia. Entonces el comercio con Persia se hacía por la vía de Bagdad, aunque en esa época no se llamaba Bagdad. Bagdad fue fundada mucho más tarde, cuando se formó el Imperio Árabe. Por la vía de Bagdad, Damasco y Alejandría se hacía el comercio con el Imperio Persa y por otra ruta se hacía también

el comercio con el Imperio Persa y con Afganistán. Por esas rutas se llegaba a lo que después se llamó Bagdad y al sur de lo que hoy es la Unión Soviética.

El pueblo árabe era una sociedad móvil, compuesta por tribus que iban y venían por ese enorme país, especialmente en la región del desierto que se llamaba la Arabia Pétreá. Pétreá, como ustedes saben, quiere decir de piedra. Toda esa región era un territorio pedregoso. Los árabes también viajaban por las orillas del Mar Rojo, y hacia el Golfo Pérsico. De esa condición de sociedad móvil que formaban los árabes saldrían las condiciones que llevarían a establecer esa especie de maravilla de la historia que fue el Imperio Árabe. Precisamente por ser una sociedad móvil y no sedentaria, es decir, que no estaba asentada en ningún lugar determinado (no olviden que sedentaria es una palabra que viene de asiento, de silla), no desarrolló la capacidad artesanal ni ninguna forma de expresión artística que exigiera un lugar fijo para ser ejecutada como por ejemplo la escultura y la pintura; pero la falta de desarrollo artesanal o artístico en escultura y en pintura quedó compensada por el desarrollo del don de la palabra y por el desarrollo de la capacidad de abstracción intelectual. Los árabes llegaron a tener un idioma altamente desarrollado, un idioma muy rico, y ese idioma les permitió a las tribus comunicarse entre sí y también ayudó a unificar las tribus, pero además el conocimiento de un idioma, y de un idioma rico como era el árabe, es también un instrumento de desarrollo de la inteligencia. Los sicólogos han llegado a la conclusión de que el mono se detiene en el desarrollo de su inteligencia porque cuando está más o menos al nivel de un niño de dos años no logra articular la palabra. Si el mono lograra articular palabras, decir cosas, su inteligencia seguiría desarrollándose en la misma medida en que se le fuera desarrollando el don de la palabra, y el pueblo árabe, además de disponer

desde muy temprano de un instrumento de transporte y de guerra tan eficaz como el camello, dispuso de un idioma rico, y eso iba a tener mucha importancia en la historia y en la formación del Imperio.

En el orden religioso Arabia era también una sociedad móvil porque cada tribu tenía sus dioses, y eso sucedía lo mismo en la Arabia Pétreo que en la Arabia Feliz. La Arabia Feliz era la región del sur, por donde está hoy Yemén. Esa zona era rica porque ahí llegaban los monzones. El monzón es una brisa que sopla durante seis meses en una dirección y durante seis meses en otra dirección, de manera que durante seis meses el monzón llevaba humedad de las regiones del sudeste asiático y de Indonesia y de la India, y con eso iba la lluvia hasta la región llamada Arabia Feliz, y durante seis meses soplabo hacia el Este. En los meses en que el monzón soplabo hacia el oeste podían llegar de la China y de la India los barcos cargados de productos que iban a ser trasladados hacia Persia y hacia África del Norte y hacia Europa a través de la Península de Arabia. Es muy importante que recordemos que la Península de Arabia se convirtió en el paso obligado de las mercancías que en los seis meses en que el monzón soplabo hacia el oeste iban desde la India y desde la China y desde lo que hoy son Birmania, Tailandia y Cambodia, y durante los otros seis meses el monzón soplabo hacia el Este y entonces los productos de Europa y de África del Norte y también de África del Sur iban hacia esos países. Los barcos iban a cargar para llevar los productos hacia el Golfo Pérsico, para entrar en el Imperio Persa y hacia la India y la China y Birmania y Tailandia y Cambodia e Indonesia. Es más, en los tiempos del Imperio Árabe, el comercio árabe llegó hasta el Japón.

La Arabia Feliz recibía lluvia y por tanto producía artículos agrícolas. Era feliz porque ahí iban los barcos a recoger la carga para un sitio y para otro, para las dos mitades del mundo,

y por eso en esa región se formaron ciudades comerciales, que generalmente estaban bajo el dominio de una tribu y a veces hasta de dos tribus que llegaban a acuerdos para convivir en una ciudad.

Por Arabia, por la Península de Arabia yendo desde la Arabia Feliz, iban también las rutas comerciales que llegaban al llamado Creciente Fértil, que está formado por los países de la Mesopotamia que hoy son el Iraq y parte de Siria. La mesopotamia se llamaba así porque estaba entre dos grandes ríos. Mesopotamia quiere decir en medio de dos ríos, el Eufrates que era el río a cuyas orillas estuvo Babilonia, y el Tigris. La región fue muy rica precisamente porque estaba bien irrigada por esos dos ríos. Además esos dos ríos eran navegables, de manera que los productos de la Mesopotamia podían salir por el Golfo Pérsico y también podían llegar por él los productos que iban para la Mesopotamia. En esa región estuvieron las grandes ciudades de Babilonia y de Nínive y después estuvo Bagdad, y esas ciudades consumían muchas mercancías que podían subir también por esos ríos.

A pesar de que Arabia Feliz era más rica que la Arabia Pétreá y que en ella había varias ciudades comerciales, en el orden religioso no iba en realidad muy adelante de la Arabia Pétreá.

Entremos ahora en algunas consideraciones de carácter político.

A pesar de que era un país grande casi despoblado y además situado estratégicamente entre Europa, África, Persia y la India, Arabia no fue nunca ocupada por ningún enemigo, y aclaramos que estamos hablando de los primeros tiempos históricos, pero sí fue penetrada por fuerzas que durante algunos años ocuparon ciertos puntos del país. Por ejemplo, doce siglos antes de Mahoma un rey babilonio llamado Nabonid vivió en Taymá, que era una población que se encontraba por la región que después se llamó El Creciente

Fértil, y seis siglos después fuerzas romanas que se hallaban en Egipto y se encontraban en Alejandría (fueron las mismas fuerzas romanas que ocuparon Egipto antes de Cleopatra y después de Cleopatra) llegaron hasta la zona de Yemén.

Pero si babilonios y romanos entraban en Arabia sucedía también que los árabes penetraban en Egipto y en Grecia y llegaban hasta el Creciente Fértil y especialmente hacia la Mesopotamia. Partiendo del Sur, Arabia no sólo mantenía relaciones con la India y China, sino también con Roma y Grecia, y las mantenía en los tres o cuatro siglos anteriores a Mahoma, es decir, ya en plena era cristiana. Quiero aprovechar este momento para aclarar ante ustedes que para esa época no existía el Estado judío.

Esperamos que ustedes se den cuenta de que lo que hemos estado diciendo hasta ahora ha sido una manera de echar las bases para explicar cómo se dio el fenómeno de que un país poblado por tribus nómadas fuera el huevo empollado del cual iba a salir ese formidable acontecimiento histórico que fue el Imperio Árabe. Pues bien, para poder explicar ese fenómeno debemos referirnos antes a una lucha entre imperios que influyó en el desarrollo del pueblo árabe.

Para situarnos en el tiempo histórico diremos que ya en Europa casi todos los pueblos que habían sido gobernados por Roma habían entrado en lo que hoy llamamos la primera etapa de la Edad Media; es decir, estaban entre los años finales del siglo V, y los primeros del siglo VI. Como ustedes saben, el nombre de los siglos depende del último de los años de cada siglo, es decir, el siglo V fue el que terminó en el año 500, el siglo VI fue el que terminó en el año 600 después de Cristo. Estamos hablando, y durante toda esta charla hablaremos de los siglos desde el punto de vista de la llamada era cristiana, porque los musulmanes o los mahometanos o los árabes tienen otra manera de medir el tiempo. Ellos comienzan el

año 1 con la salida de Mahoma de la Meca para Medina. A partir de ahí comienza la era musulmana. Pero nosotros medimos el tiempo por la era cristiana y nos referimos en todos los casos a los siglos de la era cristiana.

Hay una ciudad que hoy se llama Estambul, pero antes de llamarse Estambul se llamó Constantinopla, que es el nombre que se le dio en tiempos del Imperio Romano de Oriente, porque originariamente se había llamado Bizancio. El Imperio Romano, como ustedes saben, se había extendido desde la ciudad de Roma, que se hallaba en Italia, por toda Europa y por el África del Norte; y se había dividido en dos imperios, los dos romanos, el Imperio Romano de Oriente y el Imperio Romano de Occidente. La capital del Imperio Romano de Occidente seguía siendo Roma y después pasó a ser la ciudad de Milán, y la capital del Imperio Romano de Oriente fue Bizancio. Pues bien, esa ciudad de Bizancio fue bautizada con el nombre de Constantinopla en homenaje de Constantino el Grande porque Bizancio quedó como la única capital del Imperio Romano cuando en el siglo IV Roma cayó en poder de lo que entonces se llamaban los bárbaros, que era una palabra de origen griego que quería decir extranjero; no quería decir lo que nosotros entendemos hoy. Cuando decimos que Fulano es un bárbaro estamos diciendo que es un atrabiliario y una persona que hace cosas incomprensibles.

Pero ese Imperio Romano de Bizancio o de Oriente en realidad era un imperio romano sólo de nombre porque todas sus estructuras orgánicas y su cultura y su lengua eran griegas, de manera que en la entraña era un imperio griego más que romano. Ese imperio de Oriente llamado de Bizancio y también Bizantino dominó la región norte de Arabia, y el Imperio Persa, que estaba en lucha contra el Imperio Bizantino, chocaba con ese imperio en la Mesopotamia, de manera que el Imperio Bizantino y el Persa utilizaban en sus

guerras a los *sarakenoi*, es decir a los sarracenos, a las tribus árabes que tenían más adiestramiento en la guerra, y entre las tribus llegaron a formarse grandes jefes guerreros al servicio de Bizancio unos y al servicio de Persia otros; esos jefes guerreros árabes pasaron a ser después reyes vasallos, algo así como príncipes del Imperio Bizantino y también del Imperio Persa.

En esas luchas los bizantinos se apoderaron de la ruta comercial del Sur, que iba por una región llamada Hidjaz, una meseta que orillaba el mar que hoy llamamos Rojo; pero los persas bajaron por el Golfo Pérsico, entraron por el Golfo de Adén y les arrebataron la ruta a los bizantinos. Esos movimientos indican que antes de constituirse como un pueblo unido, los árabes iban adiestrándose en las luchas de carácter internacional y entrando en el juego de la política de las grandes potencias de la época.

Las guerras de aquellos tiempos, como las de ahora, se llevaban a cabo por razones comerciales, pero los que luchaban en aquellos tiempos lo mismo como soldados que como jefes guerreros eran más conscientes de que las guerras se hacían con fines comerciales; más conscientes que los de ahora, porque a los de ahora, soldados y generales, se les somete a unas presiones de propaganda tan fuertes, utilizando todos los medios, que si no todos, la gran mayoría de ellos creen que cuando van a una guerra, por ejemplo los infelices que fueron a Viet Nam, van en realidad a salvar al mundo; lo van a salvar de la esclavitud comunista o van a salvar la libertad de otros pueblos como sucedió en la Primera Guerra Mundial; y en otros casos los pueblos combatían, como sucedió hasta fines del siglo pasado y un poco a principios de este siglo también, porque creían que Dios les había encomendado la misión sagrada de difundir por la tierra la civilización superior del hombre blanco. En las luchas entre bizantinos y persas jugó

cierto papel el hecho de que los bizantinos eran cristianos y los persas no, pero lo mismo unos que otros sabían que iban a la guerra para arrebatarle riquezas al enemigo.

Se cree que Mahoma nació por los años en que los persas les quitaron a los bizantinos las rutas comerciales que estos les habían arrebatado a su vez a los árabes. Se dice que nació en el año 571 después de Cristo, y justamente por esos años el Imperio Bizantino estaba perdiendo su poder en las partes del antiguo Imperio de Occidente que le quedaban en Europa, que eran el sur de Italia y algunas islas o pedazos de islas como Sicilia.

Para ese mismo momento en las Galias, es decir, en lo que hoy es Francia, estaba iniciándose el feudalismo agrario o rural. En ese momento histórico comenzaba a producirse en Arabia un hecho extraordinario, y nos referimos a la formación de compañías comerciales en comandita o comanditarias que vinieron a conocerse en la República Dominicana a fines del siglo pasado o a principios de este siglo. Fíjense que estamos hablando del siglo VI. Esas compañías se organizaban para explotar el negocio del transporte de la ruta del Sur al Norte que habían perdido los bizantinos a manos de los persas, y fueron las mismas compañías comanditarias que vinieron a conocerse en Europa siglos después y que estuvieron funcionando aquí en este siglo. Es posible que todavía hoy haya alguna compañía comanditaria en nuestro país a pesar de que se trata de un fósil económico. En esas compañías una o dos o tres personas aportaban el dinero necesario para los gastos de operación del negocio y otras personas lo dirigían y lo llevaban a cabo, y naturalmente los últimos en el caso de las compañías comanditarias árabes de transporte, los que realizaban el negocio, los que los llevaban a cabo debían ser tribus beduinas, que tenían la experiencia de los viajes largos de los desiertos y eran dueños de camellos y además estaban acostumbrados a defenderse si eran atacados y a pelear cuando sin

ser atacados les convenía a ellos despojar a alguien de lo que llevaba encima. Como dijimos a su tiempo, los camellos eran animales de carga y de guerra, de manera que eran el elemento fundamental en el negocio del transporte que empezaba a desarrollarse en Arabia en los años del nacimiento y la niñez de Mahoma. Aunque algunos historiadores dicen que Mahoma pertenecía a una familia de comerciantes ricos otros aseguran que en su juventud viajó en una caravana de éstas que se dedicaban al transporte y que casó con una viuda rica que era la dueña de los camellos de la caravana en que él trabajaba. De esas noticias contradictorias se puede deducir, sin cometer un atrevimiento histórico, que Mahoma fue miembro de una tribu que trabajaba en el negocio del transporte en comandita con un comerciante rico de la ciudad de la Meca cuya mujer se llamaba Kadija o Kadisha y que el comerciante murió y que al quedar viuda Kadija se casó con Mahoma, que era 15 años más joven que ella. Hay historiadores que aseguran que los beneficios de las sociedades comanditarias que explotaban el negocio del transporte llegaron a ser hasta de 100 por ciento. Pero el beneficio más importante desde el punto de vista del proceso histórico del pueblo árabe no se veía ni podía verse, y aquí repito una frase que ustedes me han oído muchas veces: que en política (y la historia es un producto de la política) hay cosas que se ven y cosas que no se ven, y a veces las cosas que no se ven son más importantes que las que se ven. El beneficio a que he aludido consistía en la disolución gradual del poder de la sociedad tribal, es decir, del poder de las tribus que iba siendo sustituido por el poder de una oligarquía comerciante que era cada vez más rica.

¿Cómo y por qué se producía ese desplazamiento de poder social?

Porque los altos beneficios que recibían los socios de las compañías de transporte se repartían en dinero que podía ser

lo mismo dinero bizantino que dinero persa, pero eso no importaba porque el dinero entonces tenía el mismo valor fuera de donde fuera debido a que tenía el valor del metal con que estaba hecho, acuñado o batido, como se decía en la época. Ese dinero era entonces de oro y de plata nada más, es decir, en esa región no se conocía todavía la moneda de otros metales y esto que estamos diciendo significa que alrededor de las rutas de las caravanas en Arabia comenzó a formarse y luego pasó a desarrollarse una economía que operaba sobre la base de la circulación de moneda entre comerciantes de las ciudades y los miembros de las tribus; es decir, la moneda circulaba de mano de los comerciantes a mano de las tribus beduinas que hacían el trabajo de transporte, y eso estaba sucediendo en Arabia mientras en Europa se vivía en los primeros tiempos del feudalismo agrario o rural, en plena economía de trueque o natural, es decir, de cambio de productos. Fíjense ustedes cómo, impulsada por el comercio internacional que cruzaba su territorio en varias direcciones, la sociedad árabe estaba dando un salto cualitativo, esto es, un salto de calidad que la llevaba casi en volandas de la etapa de las tribus en guerras perpetuas a la de las compañías comanditarias formadas por oligarquías comerciantes urbanas que aportaban capitales de operación y las tribus que aportaban sus camellos y sus conocimientos de todo lo relativo a las rutas o caminos y al transporte de mercancías y a la capacidad para defender las mercancías de ataques enemigos, es decir, a eso que los yanquis llaman ahora *know how*, cómo se hacen las cosas.

Ahora bien, ¿por qué esa economía mercantil, monetaria, afectó a la sociedad tribal con la cual estaba asociada la oligarquía comercial urbana en el negocio del transporte?

La afectó porque afectó la relación entre los beduinos, que eran los que vivían en la etapa histórica de la tribu, y

los comerciantes que disponían de dinero y del poder social que éste les proporcionaba.

En pocas palabras, la relación entre los beduinos y los comerciantes quedó afectada porque los que acumulaban los beneficios del negocio en que estaban asociados eran los comerciantes, como es natural, porque si no no habrían participado en el negocio; y cada vez que se veían en apuros, los beduinos actuaban igual que actúan ahora los trabajadores con sus patronos, es decir, les pedían dinero prestado o en adelanto. Unas veces el dinero servía para comprar camellos que sustituían a los que se morían o a los que se enfermaban, o a los que se robaban otras tribus; otras veces servía para pagar mercancías que se perdían en las algaras de donde viene la palabra algazara. (Las algaras fue una palabra árabe muy usada, sobre todo en España en el tiempo de las luchas entre cristianos y árabes; era lo que ahora llamaríamos combates y escaramuzas). En otras ocasiones el dinero servía para celebrar el matrimonio de un hijo o una hija, o para pagar los gastos de un viaje religioso, es decir, los viajes que las tribus hacían para cumplir con las obligaciones religiosas, y en muchas ocasiones, si no en la mayoría de ellas, ese viaje religioso era a la Maca o la Meca, como se llama en español, que se había convertido en el centro religioso de una gran parte del país debido a que allí estaba la gran piedra que era en cierto sentido el símbolo unificador, en el orden religioso, de las diversas tribus árabes, pues según refiere el arabista inglés Bernard Lewis en su libro *The Arabs in History* “la fe de las tribus se sostenía alrededor del dios tribal que habitualmente estaba simbolizado en una piedra”.

Ese vínculo o esa relación que había entre las piedras-dioses de las tribus y la gran piedra de la Meca que es un aerolito, es decir, una de esas piedras que caen del cielo o que parecen caer del cielo, acabaría convirtiendo a la Meca en un lugar

sociológica y política y hasta económicamente distinto de todos los otros lugares de Arabia. La Meca acabó siendo el centro religioso del país y como tal centro religioso se convirtió en un centro de actividades comerciales debido a que en esa ciudad confluían o iban a dar todas las tribus que tenían que cumplir sus obligaciones religiosas; y sucede que donde se reúne gente, aunque sea cada cierto tiempo, cada año, cada mes o cada quince días, allí se produce actividad mercantil porque todo el que va periódicamente a un sitio lleva algo que vender o lleva dinero para comprar algo.

Por esa razón es muy probable que la Meca acabara siendo el lugar donde se formó la oligarquía comercial más antigua de la Arabia Pétreá, pero los hechos históricos indican que no fue en la Meca donde se organizaron las primeras compañías de transporte en forma comanditaria. La Meca tenía condiciones ideales para ser el lugar de origen de esas compañías y tal vez en la Meca se formaron las primeras empresas de transporte, pero como propiedad de una persona o de una tribu, porque la Meca estaba bajo el control de una tribu que era la tribu de los qurays; y tenía esas condiciones ideales porque se hallaba situada en la ruta que iba de Adén a Gaza y Acre, es decir, a lo que hoy es Palestina, y también a Damasco, ciudad importante, y desde la Meca salían las otras rutas que iban, como dijimos antes, a Persia y a la Mesopotamia. Incluso desde la Meca se podía llegar a Alejandría, porque en esa época desde Ayla se podía ir a Alejandría; solamente había que cruzar el Nilo, y el Nilo se cruzaba entonces en barcas para llegar a Alejandría. Todavía no existía el canal de Suez, aunque había existido un canal que comunicaba el Mediterráneo con el Mar Rojo, que era entonces el Mar de Arabia; pero eso había ocurrido miles de años antes y las arenas del desierto movidas por los vientos habían acabado tapando ese canal.

Los hechos indican, decíamos, que no fue en esa ciudad donde se formaron las compañías en comandita. Parece ser que el origen de esa actividad de muy alto vuelo comercial en aquella época estuvo en Yathrib, que es la Medina a donde fue a dar Mahoma cuando tuvo que huir de la Meca, es decir, al producirse la hégira en el año 622 de la era cristiana y primero de la era musulmana. Y si sucedió como creemos debemos llegar a la conclusión de que la oligarquía comercial de Yathrib o Medina, tal vez por no ser de origen religioso como era la de la Meca, era en tiempos de Mahoma más avanzada social y políticamente que la de la Meca. Como para apoyar esta hipótesis tenemos un hecho conocido: la Meca estaba dominada por una tribu, como dije hace un rato, la de los quirays, y no hay datos de que en Yathrib o Medina hubiera una tribu dominante.

Pero volvamos al punto de las relaciones entre los beduinos y los comerciantes. Debemos suponer que los comerciantes fueron los primeros organizadores de las compañías comanditarias de transporte, pero debemos suponer también que con el paso de los años entraron en ese negocio personas enriquecidas en otras actividades. Naturalmente que pidiendo dinero prestado los beduinos se endeudaban y los que no podían pagar sus deudas pasaban a ser esclavos de sus acreedores, esto es, de aquellos que les habían prestado el dinero. Otros no llegaban a la categoría de esclavos y se quedaban en la categoría de clientes de sus acreedores. Clientes no quería decir entonces lo que quiere decir ahora, es decir, una persona que le compra a otra; cliente era una persona que trabajaba para otra o que dependía de otra. Esos casos de los deudores que caían en esclavización y en clientelización, si se me permite que invente esa palabra un poquito rara, se había dado en Atenas, es decir, en la parte más desarrollada de Grecia por lo menos 12 siglos antes, y ese proceso está explicado en un

libro mío que se llama *Breve historia de la oligarquía* y figura en sus primeras páginas. He traído ese libro para leer unos párrafitos nada más, debido a que en esos párrafitos está explicado ese proceso. En las páginas 5 y 6 de ese libro se dice que la oligarquía apareció en Atenas, como había aparecido en Esparta, en el momento en que se llevaba a cabo la disolución del régimen de la propiedad común de la tierra en su etapa gentilicia (es decir, la tierra antes era común para todas las personas que fueran de una misma gens, como si dijéramos de una misma familia; pero decimos familia no simplemente hablando del padre, la madre y los hijos sino de los más viejos antecesores hasta los últimos de varias generaciones. La tierra era común y en el momento en que empezó la disolución de la tierra en su etapa gentilicia fue cuando apareció la oligarquía en Atenas). “Fue entonces cuando los aristócratas guerreros descendientes de reyes y de nobles, que fueron los primeros en tener tierras propias, procedieron a esclavizar a otros miembros de su gens para quedarse con la parte de tierra que estos ocupaban. En Esparta el esclavo no era de la misma gens sino de la población que encontraron en la región los aqueos y los dorios, formadores del futuro Estado espartano. El proceso esclavizador debe haber tenido variaciones y sin duda cubrió un largo período que fue, como dice Aristóteles, de luchas prolongadas entre la nobleza y el pueblo. En la etapa final de este largo período, aunque es impropio llamarle final porque las luchas iban a seguir inmediatamente después de las reformas de Solón, los clientes o sextos trabajaban las tierras de los señores a cambio de quedarse ellos con una sexta parte de lo que producían mientras los señores recibían las otras cinco partes, y los pequeños propietarios o los clientes que tomaban dinero a préstamo eran esclavizados, junto con sus familias, si no podían pagar la deuda”.

Fíjense que esto vino a suceder en Arabia muchos siglos después, porque antes de la disolución de la gens, que no se produjo en Arabia donde probablemente la gens no podía tener tierra porque la mayor parte de las tierras eran desérticas, se produjo la aparición de las compañías comanditarias de transporte que como hemos explicado fueron el producto del intenso tráfico comercial internacional por el país, y la existencia de esas compañías condujo al debilitamiento de los lazos de las tribus porque cuando un beduino pasaba por razones de deuda a ser esclavo o cliente de una persona dejaba automáticamente de pertenecer a su tribu dado que desde ese momento tenía que cumplir las órdenes de su amo o señor y no los hábitos o costumbres de la tribu. Como dice Maxime Rodinson en su libro sobre Mahoma, los lazos de sangre perdían su fuerza frente a los lazos basados en los intereses.

En esta historia que estamos contando y analizando, a grandes rasgos desde luego, hay puntos de mucho interés entre los cuales hay lagunas grandes, de las cuales tal vez las más importantes son las que se refieren al tiempo en que ocurrieron tales y cuales acontecimientos. Un punto de interés es ése de que en Arabia las tribus comenzaron a disolverse porque sus miembros pasaban a ser esclavos o clientes de comerciantes ricos, y que eso sucediera tal vez doce siglos después de haber sucedido el mismo fenómeno social en Atenas, con la diferencia de que en Atenas la oligarquía esclavista estaba formada por nobles terratenientes y guerreros en su mayoría y por comerciantes en menor número.

Doce siglos son muchos años, son 1,200 años; y en ese tiempo tan largo en Arabia se habían sentido las influencias de la cultura griega y más concretamente de la de Atenas a través de la penetración política y militar del Imperio Bizantino que había sido al mismo tiempo el heredero del Imperio Romano y de la cultura griega. El proceso de la disolución

tribal en Arabia no fue igual al de la disolución tribal en Atenas porque esos dos procesos tuvieron su origen y su desarrollo en tiempos históricos distintos y en dos sociedades que evolucionaron de manera tan diferente que todavía quedan fuertes valores tribales en la sociedad de Arabia.

Pero hay un hecho evidente; Mahoma va a representar para los árabes un papel similar, palabra que no quiere decir igual sino parecido, al que representó Solón para los atenienses; y ese papel consistió en organizar la vida social sin poner en peligro el poder y los privilegios de los eupátridas que formaban la capa de la cual iba a salir la oligarquía ateniense. Pero mientras la función de Solón consistió en crear un nuevo tipo de organización de la sociedad sin que eso signifique de ninguna manera que creara una sociedad nueva, la de Mahoma consistió en crear la unidad del pueblo árabe alrededor de una religión monoteísta, es decir, una religión en la que había un solo dios. En vez de la diversidad de dioses de las tribus impuso la creencia de un dios único que él no creó pero que hizo respetar y adorar de todos los árabes, y él se hizo respetar y seguir pero no como hijo o parte de ese dios sino como su profeta, el que hablaba por ese dios.

Para tener una idea de las diferencias que hubo entre Cristo y Mahoma conviene consultar el libro *El Islam* editado por John Alden Williams en la colección Grandes Religiones del Hombre Moderno. En ese libro se nos dice que en el Islam el equivalente de Cristo no es Mahoma; es el Qurán o *Corán*, palabra que quiere decir El Libro. El equivalente de Mahoma en el cristianismo son los evangelios y los doce apóstoles.

La relación de lo que Mahoma hacía y decía son en la religión mahometana los *hadiths*, y para que un *hadith* sea considerado auténtico es necesario que el que lo escribió ofrezca los nombres de todas las personas que fueron transmitiendo en cadena ese *hadith* o relato de un dicho o una acción de Mahoma,

desde el que oyó o vio cuando lo decía o lo hacía hasta el que se lo contó al que lo escribió. Solamente así se considera que un *hadith* es verídico.

Puede afirmarse que la historia de los primeros años del Islam, por lo menos mientras vivió Mahoma, está escrita a base de *hadiths*, y desde luego muchos de ellos fueron inventados después de la muerte de Mahoma y aun en vida suya. Pero en los *hadiths* auténticos hay datos precisos sobre las actividades del fundador del Islam y sobre todo están muchos de sus preceptos morales, y por otra parte muchos de los *hadiths* falsos acabaron convirtiéndose en verdaderos o en verdades absolutas para los seguidores de Mahoma.

En su libro *Nasser, el último Faraón*, Enrique Meneses dice que para hacerse entender de los beduinos Mahoma dictó el *Corán* en palabras sencillas, pero hay que advertir que todos los beduinos hablaban el árabe y que el árabe era una lengua que había alcanzado hacía varios siglos un gran desarrollo, de manera que esa ventaja tenía Mahoma, que los beduinos podían entender su lengua.

Todos los preceptos y mandamientos de la religión mahometana fueron concebidos para unir a un pueblo formado por tribus beduinas. El fundamento de esa religión es que no hay más que un Dios y Mahoma es su profeta. En árabe se dice *ha llaj ua Mohamed rasul el llaj*. Sólo serán recompensados después de muertos en el juicio final los que hagan cinco oraciones al día, siempre mirando en dirección a la Meca. Al principio Mahoma había establecido que esas oraciones había que hacerlas mirando en dirección a Jerusalén, pero cuando rompió con los judíos de Medina pensó en ganarse a la oligarquía de la Meca, con la cual mantuvo una guerra (el propio Mahoma encabezó la guerra contra la Meca), y enmendó esa parte de sus prédicas diciendo que esas oraciones debían hacerse mirando hacia la Meca, y así es hasta el día de hoy. Los fieles deben

ayunar durante el mes del Ramadán, que es el noveno mes del año árabe, pero mientras sea de día; como dice Enrique Meneses, hasta el momento en que no se pueda distinguir un hilo blanco de un hilo negro. A partir de ahí se puede comer todo lo que se quiera hasta que vuelva a salir la luz del día, es decir, cuando vuelva a distinguirse el hilo blanco del hilo negro. Además los fieles debían dar limosna a los pobres, y si podían hacerlo, y todavía hoy si pueden hacerlo, deben ir a la Meca por lo menos una vez en la vida. Fíjense que este punto es en realidad una especie de transacción o acuerdo con la oligarquía religiosa y comercial de la Meca que para recuperar su poder económico necesitaba que los beduinos volvieran a la Meca.

Esas son las únicas obligaciones que tiene el musulmán, y como ustedes ven son muy pocas y muy sencillas. En su religión no hay ni remotamente la rigidez que hay en la católica, y también en la judaica, que es una religión muy rígida, ni hay tampoco organización jerárquica como la de papa, cardenal, arzobispo, obispo, párroco. Nada de eso existe en la religión mahometana, y para hacerla más atractiva Mahoma autorizó a cada creyente a tener hasta cuatro esposas (risas) y todas las concubinas que pudiera mantener (risas y aplausos). (Esos aplausos indican que aquí hay mucha gente que quisiera ser mahometana (aplausos). Yo no comparto ese gusto pero lo respeto (aplausos).

Cuando en Atenas llegó el momento históricamente inevitable de la disolución de la sociedad tribal, los eupátridas, es decir, los nobles atenienses llamaron a Solón para que tomara medidas que evitaran la guerra civil que también de manera inevitable desataría el paso de la sociedad tribal al sistema oligárquico.

A Mahoma no lo llamó nadie. Mahoma surgió como una necesidad histórica y lo que le presentó a su pueblo no fue una nueva constitución política como hizo Solón, sino una

nueva religión que lo uniría y lo llevaría a expandirse por Asia, por África y por el Mediterráneo en la tarea de crear un imperio que todavía hoy llena de asombro a los historiadores. En esa tarea iban a beneficiarse casi todos los árabes, lo mismo los comerciantes ricos que los medianos, lo mismo los califas que los beduinos convertidos en guerreros. Pero hay un dato significativo que nos lleva a la conclusión de que si la religión que inventó Mahoma sirvió como instrumento unificador del pueblo árabe y le dio fortaleza suficiente para lanzarse a la conquista de países lejanos, al mismo tiempo le permitió ganarse la confianza de una clase que podía encabezar, y lo hizo así, a todo el pueblo árabe en ese gran movimiento histórico conocido con el nombre de Islam.

¿Cuál es ese dato significativo?

La expulsión de Mahoma de la Meca y el llamado que le hicieron los hombres importantes de Medina, entre los cuales sin duda estaban los comerciantes, para que fuera a gobernar esa ciudad.

El llamado de esos señores a Mahoma equivale al que doce siglos antes le habían hecho a Solón los eupátridas atenienses, pero con una diferencia: que al ser invitado por los señores importantes, es decir, por la oligarquía de Medina, ya Mahoma era conocido como el profeta de Alá y además ya había sido repudiado por la oligarquía de la Meca.

¿Qué quiere decir esto último?

Quiere decir que las prédicas de Mahoma ponían en peligro los intereses de la oligarquía de la Meca, formada, como dijimos antes, alrededor de la tribu de los qurays; pero si sucedía que al mismo tiempo esas prédicas le ganaban la confianza de los oligarcas de Medina, tenemos que llegar a la conclusión de que los intereses de la oligarquía de Medina eran distintos de los intereses de la oligarquía de la Meca, y no solamente eran distintos, sino que se contraponían.

Si logramos conocer el fondo de esa contraposición, de esa contradicción, hallaremos la explicación del nacimiento del Imperio Árabe, porque ese imperio fue política y económicamente el fruto inmediato de esa contradicción.

La explicación está en el hecho de que entre los oligarcas de la Meca y de Medina había una diferencia que podemos considerar de categoría histórica; una diferencia que resultó profundizada por las fuerzas sociales que desataron en Arabia los poderosos influjos del comercio internacional. Esa diferencia estaba en que para la oligarquía de la Meca la base de su poder económico era el carácter de centro religioso de Arabia, es decir, que la Meca era el centro religioso del país, y para la oligarquía de Medina la base de su poder estaba en la actividad comercial. Los oligarcas de la Meca creían que la religión que reconocía a un dios único perjudicaría sus negocios porque las tribus beduinas dejarían de visitar el centro religioso nacional que era la Meca, mientras que los comerciantes de Medina lo que necesitaban era un líder que evitara las luchas entre las tribus de la ciudad y sus vecindades, es decir, un gobernante que uniera a esas tribus y con ello obtuviera la paz que es indispensable para el desarrollo de las actividades económicas. Yathrib o Medina se hallaba al norte de la Meca, en la meseta del Hidjaz, y por caminos diferentes a los de la Meca se comunicaba también con los puertos del Mediterráneo, con Alejandría y Damasco y el Creciente Fértil y el Imperio Persa, de manera que tenía todas las condiciones que tenía la Meca para convertirse en el centro comercial y político del país; y además de eso tuvo como gobernante a Mahoma, que fue echado de la Meca por la oligarquía encabezada por la tribu de los quirays, y en los diez años de gobierno de Mahoma el poder económico, social y político de la oligarquía de Medina creció tanto que en lo que históricamente es un tiempo de minutos, de Medina salieron con la

fuerza de los fragmentos de una granada gigantesca las fuerzas que iban a crear esa maravilla de la historia que se llama el Imperio Árabe.

Al llegar a Medina, Mahoma pasó a ser el gobernante a quien se le reconocía tanta autoridad como la que tuvo Solón en Atenas doce siglos antes. Fue de lo que él hizo en Medina de donde salió el impulso que iba a llevar al pueblo árabe a fundar un gran imperio; y lo que hizo en Medina y sus herederos políticos iban a hacer en muchos países, se debió a que se apoyó en un frente formado por la gente del pueblo y los comerciantes enemigos de la oligarquía de la Meca. El pueblo formó la masa de los luchadores y los comerciantes de Medina formaron los cuadros dirigentes que iban a crear el Islam e iban a llevarlo hasta España por el Oeste y hasta la China por el Este, de donde podemos deducir que gracias al papel que jugaban en el movimiento del comercio internacional esos comerciantes de Medina formaban una capa social más evolucionada, más avanzada que los negociantes de las religiones tribales de la Meca, pero también más evolucionada que los nobles feudales de Francia que en ese año 622 ni siquiera vivían en ciudades porque entonces no había ciudades ni en Francia ni en la mayor parte de Europa.

Tratando ese punto en *Tres conferencias sobre el feudalismo* decía yo hace tres o cuatro años estas palabras: “En su primera etapa el feudalismo se organizó como una sociedad totalmente rural. La civilización urbana que conocieron los romanos, que habían conocido antes los griegos, los egipcios y los babilonios, había desaparecido casi totalmente en Europa al comenzar el siglo VI”; y ahora agregó que ése fue el siglo en que Mahoma llegó a Medina, donde iba a morir diez años después.

Los comerciantes de Medina le ofrecieron a Mahoma el gobierno de su ciudad cuando los habitantes de la Meca lo perseguían, lo apoyaron cuando se enfrentó a los judíos de

Medina y cuando encabezó la guerra contra la Meca, y por fin una vez muerto Mahoma, apoyaron a sus sucesores cuando estos decidieron lanzarse a la conquista del Imperio de Bizancio y del Imperio Persa.

Mahoma murió el día que en nuestro calendario corresponde al 8 de junio del año 632, esto es a los diez años, como dije hace un momento, de estar gobernando en Medina, pero en esos diez años había fundado lo que Rodinson llama “un Estado de tipo especial”, un Estado en el cual “el poder supremo pertenecía al mismo Alá”, pues Mahoma era sólo el mensajero o profeta de Alá, de manera que todas las leyes que dio en esos diez años y hasta la forma en que actuó eran para los mahometanos, no leyes y actuaciones de Mahoma sino de Alá, pues Alá se manifestaba a través de Mahoma sin que Mahoma pasara a ser, sin embargo, una persona sagrada, un hijo de Alá o un santo.

Ese hecho extraordinario, es decir, la existencia de un Estado árabe gobernado por Alá a través de Mahoma fue lo que dio origen al islamismo, es decir, a la unidad de los árabes basada en la religión creada por Mahoma, pero también basada en la existencia de un Estado gobernado por Alá, o mejor dicho, según la voluntad de Alá, expresada no sólo a través de Mahoma sino también a través de todos sus sucesores como gobernantes a lo largo de los siglos de duración del Imperio.

El gran Imperio Árabe no conoció separación entre la religión y el gobierno. Rodinson recuerda que Cristo dijo: “Dad al César, es decir, al gobernante, lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”; pero Mahoma no podía decir eso, porque entre el César árabe que era él y fueron después sus sucesores, es decir, los califas (el infinito número de califas que hubo durante los siglos del Imperio); entre ellos y Alá no había separación. El César árabe podía hacer solamente lo que Alá le ordenaba que hiciera, y nada más.

En esa unidad, que no se podía disolver, entre Alá y el gobernante, está el secreto de la invencibilidad de los árabes en las guerras que llevaron a cabo para establecer el enorme imperio islámico; pero tengamos presente que esa unidad indisoluble le rendía muchos beneficios al pueblo que combatía en nombre de Alá y bajo el mando de sus gobernantes, que como dije ya se llamaban califas. Por ejemplo, el gran Omar, que fue el califa Omar Ibn-al-Khattab, el tercer gobernante del Islam después de Mahoma, extendió el dominio del Imperio por todo el Imperio Persa, conquistó Damasco, Jerusalén y Alejandría; ese Omar que había conquistado esas ciudades que eran joyas del Imperio Bizantino convirtió a todos los árabes en miembros de la clase dominante del Imperio y además en una clase privilegiada, y lo hizo con una sola medida: ordenó que se hiciera un censo de todos los árabes que había en todo el Imperio, es decir, una lista en la cual había pruebas de que eran árabes, y a partir de ese momento pasaban a recibir una pensión anual mientras vivían; una pensión que sería pagada por el tesoro imperial sacándola de los territorios conquistados. Y como esa medida la tomó Omar en nombre de Alá, no en nombre suyo porque el califa no actuaba él por sí, sino, que era Alá el que tomaba las decisiones, todos los árabes resultaron beneficiados por esa medida, pero se la agradecían a Alá, no a Omar; de manera que a lo largo de los siglos del Imperio los beneficios que recibieron los árabes se lo agradecían no a un gobernante sino a su dios, a Alá, y eso contribuyó de manera increíble a sostener la unidad de los árabes, que acabaron siendo al fin de los siglos una minoría ínfima en medio de un Imperio tan enorme. En su libro *Quiénes son los árabes* Edward Aliyá dice que esa medida de Omar convirtió a todos los árabes en una casta militar subsidiada, pero debió decir también que la medida hacía más fuertes los lazos que ataban a cada árabe con Alá. Desde luego, debemos suponer

que los sucesores de la oligarquía comercial de Medina habían pasado a ocupar las más altas posiciones del Imperio, pues debió ser de su capa social y no de los beduinos ignorantes de donde salieron los organizadores y los administradores de los territorios que iban siendo agregados al Imperio.

Entre las medidas tomadas para institucionalizar el Imperio, una fue establecer la lengua árabe como la lengua oficial. Todos los pobladores de los territorios que se incorporaban al Imperio Árabe tenían que aprender la lengua árabe, y para tener la condición de árabes debían hacerse mahometanos. Esa medida no se aplicaba, sin embargo, a los hijos de los árabes, porque los hijos de los árabes, fueran hijos de esposas legítimas o de concubinas extranjeras, siempre eran árabes. Otra medida muy importante fue la de la estabilización de la moneda. Se acuñó el dinar de oro y se acuñó el dinar de plata y esas dos monedas fueron las únicas para todo el Imperio desde España hasta China. Si comparamos lo que sucedía en Europa exactamente en ese momento, nos daremos cuenta de lo adelantado que estaba el Imperio Árabe en materia económica, porque en ese momento en la Europa feudal empezaban a circular las monedas, es decir, se daba autorización para batir monedas, como se decía entonces. La primera autorización para batir monedas fue dada en Europa en el año 832, es decir, ya en el siglo IX, y la circulación monetaria era extraordinariamente baja todavía en los siglos XII y XIII en Francia y en todos los países feudales de Europa; en cambio para esos siglos el oro y la plata circulaban en grandes cantidades por todo el Imperio Árabe.

Esas medidas explican la rápida expansión del Imperio Árabe. Mahoma había muerto en el año 632 y en el 635 el Imperio se extendería hasta Damasco; en el 638 llegaba a Bacra; a Cesarea, en el año 640. En el año 641 los árabes estaban en el Turquestán; en el 642 en pleno Imperio Persa;

en el 646 estaban en Alejandría y en el 670 en Cartago, el Túnez de hoy, y en el 698 se habían extendido hasta todo lo que ahora es Siria. La ocupación de esos territorios significa que en el mismo siglo en que muere Mahoma el Imperio ha pasado del gobierno de una sola ciudad, que fue Medina, a extenderse por dos continentes. Al entrar en el siglo VIII, es decir, a partir del año 701, veremos a los árabes adueñarse de Samarcanda, que es hoy una ciudad de la Unión Soviética; en el 711 se hallaban en el Magreb, llamado actualmente Marruecos, y en Portugal; en el 715 estaban en Narbona, y desde el califato de Córdoba la influencia de los árabes penetraba en Francia, país que no ocuparon porque fueron derrotados en la batalla de Poitiers en el año 732.

Deben haberse escrito varios miles de libros sobre el Imperio Árabe, porque ese Imperio, ya lo hemos dicho varias veces, es un acontecimiento muy importante en la historia de la humanidad, y de esos miles de libros nosotros habremos leído 50 o menos de 50; pero todos los autores que hemos leído están de acuerdo en una cosa, en que Mahoma no institucionalizó el régimen de gobierno del Islam. En realidad, lo único que él hizo como hombre político fue gobernar la ciudad de Medina hasta el día de su muerte. Por esa razón André Miquel, autor del libro *L'Islam*, dirá “que las disposiciones adoptadas por Mahoma para organizar el Estado de Medina eran decisiones (que se tomaban) de día en día”, es decir, según se fueran presentando las circunstancias y los problemas, y que esas disposiciones emanaban o salían del Profeta y “eran conocidas por una población que se hallaba bajo su única dirección”, la dirección personal de Mahoma.

Miquel dice que no se había establecido ningún principio acerca de los diferentes poderes del Estado ni acerca de la delegación de esos poderes, y debemos aclarar que la palabra delegación significa en este párrafo la forma o manera en que

una persona es escogida para ejercer uno de los poderes del Estado o todos juntos, como sucedía en el caso de Mahoma, que ejercía todos los poderes él solo.

Al llegar a este punto tenemos que recordar otra vez a Solón el griego, que encontró instituciones de gobierno establecidas por la oligarquía ateniense y las transformó de tal manera que les quitó el poder político a los oligarcas e impuso reformas que conducían a legalizar el régimen de la propiedad privada en el Atica, es decir, en la región de Atenas, y por tanto conducían también a abandonar las relaciones sociales y económicas de la comunidad gentilicia.

En cuanto al aspecto religioso, Solón lo dejó como lo halló, mientras que Mahoma estableció una religión nueva, monoteísta, y el dios en cuyo nombre hablaba él era el poder supremo del Estado. Mahoma era el profeta de Alá en el orden religioso y su delegado en el orden político.

El hecho de que Mahoma fuera un gobernante que representaba a Alá y de que no tuviera tiempo de crear las instituciones del Estado y sobre todo la forma de delegar los poderes políticos, y ni siquiera la forma de delegar los que él ejercía, dio lugar a un fenómeno que se ve en todos los procesos históricos que no se cumplen de manera metódica y en su totalidad; y ese fenómeno consiste en que un valor social e histórico desaparecido que no ha sido superado mediante una transformación verdadera de la sociedad aparece más tarde reproducido en un nivel diferente. Así, en el caso del Imperio Árabe sucedió que los valores sociales e históricos de la vida de la tribu, que habían entrado en disolución en Arabia debido a la influencia de los valores sociales nuevos que generaba la actividad mercantil, pasaron a reproducirse en una dimensión miles de veces mayor a nivel de la jefatura del Estado imperio, pues debido a que el Estado no había sido organizado sobre la base de los valores sociales nuevos la masa del pueblo sólo

podía aceptar que Mahoma fuera sucedido, en todos los casos, por un miembro de su familia. Es decir, la mecánica de la organización tribal, aunque hubiera dejado de funcionar en la misma medida en que funcionaba antes de la aparición de la economía mercantil, se impuso en la elección del sucesor de Mahoma, y después en la de todos sus sucesores en el gobierno del Imperio, porque era la única que conocía el pueblo árabe; y con ese hecho quedó formada, como si hubiera obedecido a un mandato de Alá, una oligarquía gobernante que tenía que pertenecer obligatoriamente a la familia de Mahoma o por lazos directos de sangre o por lazos de otra índole, pero siempre relacionados con los familiares de Mahoma en cualquier grado.

La existencia de esa oligarquía gobernante reducida a los descendientes directos o colaterales de Mahoma ha durado hasta este siglo (colaterales quiere decir parientes que no descienden unos de otros, pero que descienden de un ancestro común); y sin duda fue la existencia de esa oligarquía y la multiplicación de sus miembros a lo largo de los siglos lo que debilitó la unidad del imperio y abrió las puertas para la penetración de los turcos y los mongoles en Oriente y de los visigodos y otros pueblos en España, con lo que acabaron adueñándose del Imperio, sobre todo los turcos, que fueron los que heredaron sus porciones más grandes.

Siendo, como llegó a ser el Imperio, tan enorme, era explicable que aquí y allá y más allá, hubiera un hombre que por el parentesco más enredado venía a ser descendiente de Mahoma o de un pariente lejano de Mahoma; y si sucedía que en la región donde vivía ese pariente de Mahoma o en una región cercana aparecía un santón que formaba una secta a base de que interpretaba de ésta o de aquella manera algún pasaje del *Corán*, es decir, del libro que tenía las prédicas de Mahoma, como se daba el caso de que el califa, que era el

título que tenían los jefes de Estado, era una figura eminentemente religiosa, se producía un levantamiento y se creaba un nuevo califato, y con cierta frecuencia se creaba una nueva dinastía, lo que a su vez producía una nueva división y con ella un debilitamiento de la oligarquía gobernante, es decir, de aquellos que se consideraban emparentados con Mahoma.

La palabra dinastía es poco conocida entre nosotros y por eso debemos explicar su significado, que es más complejo de lo que parece así a simple vista. Pues si dinastía es el conjunto de reyes o emperadores de una sola familia que han gobernado un país durante 80, 100 ó 200 años, resulta que los que pertenecen a esa familia tienen posibilidades de reinar en otros países, y eso no lo dice ningún diccionario histórico o sociológico pero lo dice la historia con el ejemplo de los Habsburgos, que siendo de origen alemán gobernaron en Austria, en España y hasta en América, a donde vino Maximiliano de Habsburgo a ponerse una corona de emperador de México por la única razón de que era un Habsburgo. Y podríamos dar varios ejemplos, como el de los Orange de Holanda, llevados a reinar en Inglaterra, o el de Amadeo de Saboya, que siendo de la familia real italiana fue rey de España.

De una familia de califas que formaba una dinastía en una parte del Imperio salían luego emires o califas para califatos o emiratos (el emir era una especie de gobernador) nuevos que se formaban dentro de la enorme superficie del Imperio, y no olvidemos que esos nuevos emires y califas representaban no sólo nuevas divisiones territoriales dentro del Imperio sino también nuevas sectas dentro del Islam, nuevas interpretaciones de algún pasaje del *Corán*, y cada una de esas nuevas sectas era la base política para la división, pues en el Islam no podía darse ninguna novedad política que no se basara en una novedad religiosa.

Si no comprendemos eso no podremos explicarnos que ya para el siglo VIII, al iniciarse la época abasida, que duró unos 300 años, del 750 al 1050, hubiera el califato abasida, que iba desde Marruecos hasta la China y la India, el Egipto y Sudán y Nubia por el Sudeste (dentro de ese califato se incluía la casi totalidad del Imperio), estuviera el califato de los fatimidas, establecido en el siglo X (por el año 969) que iba desde Túnez y Sicilia por el Oeste hasta la Palestina y gran parte del oeste de Arabia por el Este y Egipto y Sudán por el Sur; y que en España y parte de Marruecos se hallara el califato de los omeyas, que reinaron en él desde el año 756 hasta el 1031 después de haber sido sacados de Damasco, donde habían reinado desde el 661 hasta el 750. Lo que viene a comprobar que se crearon dinastías es que los omeyas fueron sacados de Damasco y sin embargo después fueron a gobernar a España en el califato de Córdoba.

Debemos repetir que cada una de esas divisiones (acabamos de mencionar solamente las de los califatos, no otras menores como los emiratos, que fueron muchísimos), debilitaba el Imperio, y que al fin el imperio se debilitó tanto que acabó metiendo en sus entrañas a la fuerza que iba a suplantarle, es decir, la que iba a ocupar su lugar en el orden político si no en otros órdenes. En pocas palabras digamos que el Imperio Árabe acabó descansando en el poder de los esclavos, entre los cuales se destacaron en el orden militar los turcos, y que como dueños de la fuerza militar del Imperio, los turcos pasaron a establecer ese poder militar sobre el Imperio Árabe y también sobre el Imperio Bizantino.

¿Cómo sucedió eso? ¿Cuál fue el proceso social e histórico que condujo a esa situación?

Aquí, señores, nos hallamos frente a uno de esos fenómenos históricos que no tienen explicación si no les aplicamos el método dialéctico, el único que nos permite identificar o

descubrir a los contrarios que en un momento dado luchan entre sí, sin que caigamos en confusiones que nos lleven a considerar como contrarios a los que no lo son; el único método que nos permite señalar con precisión cuál va a ser, cuál es, o cuál ha sido el momento exacto en que un integrante o varios integrantes del proceso histórico pasarán o pasaron a ser lo contrario de lo que eran hasta ese momento; es como si dijéramos el método que nos permite saber con anticipación en qué momento el líquido llamado agua va a pasar a ser el sólido llamado hielo, o el gas llamado vapor, y nos permite en el campo de la historia conocer el momento en que hombres libres pasaron a ser esclavos o los esclavos pasaron a ser amos de los que eran sus amos.

En el caso del Imperio Romano los esclavos contribuyeron a su destrucción rebelándose contra el poder político y militar romano y también dando muerte a los animales de trabajo que eran indispensables para arar la tierra y para transportar los productos, rompiendo las herramientas, echando a perder los canales de riego y las semillas. Pero en el caso del Imperio Árabe los esclavos turcos, que eran los más numerosos, no estaban dedicados a las actividades productivas, sino a las militares, y cuando el Imperio fue atacado en su región oriental por los turcos selúcidas, esa parte del Imperio quedó destruida como Imperio Árabe y pasó a ser la base del Imperio Turco u Otomano, que después iba a extenderse, con la conquista del Imperio Bizantino, por los Balcanes, Grecia y Egipto.

En este punto viene bien explicar ciertas características que en lo que se refiere a la esclavitud tuvo el Imperio Árabe y no tuvo el Imperio Romano. Por de pronto, en el Imperio Árabe tan pronto un esclavo de cualquier raza, negro, africano, blanco o turcomano pasaba a aceptar la religión mahometana pasaba también a tener todos los derechos sociales y políticos de sus

amos; y hablamos de todos los derechos incluyendo el de llegar a los puestos más altos del gobierno en lo político y en lo administrativo, excepto el cargo de califa porque éste estaba reservado, como explicamos antes, para los descendientes o familiares en algún grado de Mahoma. Ahora bien, así como hasta hace poco tiempo no se podía ser sacerdote católico si no se sabía hablar o escribir el latín porque ésa era la lengua de la Iglesia Católica romana, así no se podía ser mahometano o islamita sin conocer la lengua árabe porque ésa fue la lengua que usó Alá para hablarle a Mahoma; luego, para tener todos los derechos de un árabe, el esclavo tenía que ser árabe en la lengua y en la religión, y no necesitaba para nada ser árabe de raza o nacimiento.

¿Pero por qué razón el Imperio Árabe les daba a los esclavos todos los derechos de los árabes? Si los habían comprado como esclavos, ¿no era para explotarlos haciéndolos trabajar en provecho de sus amos? ¿Cómo se explica que sus amos renunciaran al derecho de explotarlos, un derecho que era legítimo dentro de los conceptos de la época?

Bien, aquí es donde entra en función la dialéctica y con ella el conocimiento de las leyes que rigen el proceso de los cambios de cualidades en la naturaleza y en la sociedad. El cambio de esclavos a hombres con todos los derechos de sus amos obedecía a que era necesario defender el Imperio, administrarlo y gobernarlo, y no había árabes de origen en el número que hacía falta para llenar todas las funciones de la defensa, la administración y la gobernación del Imperio; luego, había que buscar extranjeros para que hicieran esos trabajos, turcos del antiguo imperio de Darío o turcomanos del Asia Central, y para convertirlos en árabes había que conseguir que dominaran la lengua árabe y creyeran ciegamente que había un solo dios llamado Alá y que Mahoma y sólo Mahoma había sido su profeta. Esa política, a la vez que afirmaba el

Imperio lo ampliaba a límites nunca antes vistos porque eran muchos los pueblos de las orillas del Imperio que aspiraban a disfrutar de las ventajas de ser árabes, pero al mismo tiempo esa política destruía el Imperio desde adentro porque lo llenaba de árabes improvisados, de árabes que en realidad no eran árabes en lo más profundo de sus almas y sus sentimientos, y eso es lo que explica que ese Imperio que ha sido durante siglos el asombro de los historiadores, terminara convertido en el Imperio Turco, que heredó gran parte de los territorios árabes pero no heredó ni su cultura ni su finura ni el conocimiento de sus sabios ni la melodía interior de sus grandes poetas.

Para el siglo XI ya el Imperio se hallaba en estado de descomposición general. Los esclavos a quienes los califas o los emires encargaban del gobierno de un territorio se rebelaban y se auto designaban califas y hasta príncipes, que no era una jerarquía árabe sino europea, tal vez adquirida por los árabes en sus contactos comerciales y militares con Europa, o tal vez llevada por los cruzados cristianos. El caso es que para el siglo X las guerras eran constantes entre los califas y los emires y los gobernadores.

En el siglo XI (año 1055 que correspondía al 447 de la Era Musulmana) el califa de Bagdad se puso bajo la protección de los turcos selúcidas, cuyo jefe Tughrilberg pasó a ser de hecho el jefe del nuevo imperio, el Imperio Selúcida, que estaba compuesto por Persia y la Mesopotamia. Menos de veinte años después el emperador de Bizancio caía prisionero de los turcos, aunque Bizancio siguió siendo el Imperio Bizantino.

Para esa época los califas de la parte oriental del Islam, es decir, los de la parte este, pasaron a llamarse sultanes. En el extremo occidental del Imperio, hacia el Oeste, en el 1085 Toledo cayó en manos de los cristianos (que todavía no se

llamaban españoles); Zaragoza cayó en el 1118, Córdoba iba a caer en el 1236, Valencia en el 1238 y Sevilla en el 1248.

Ya para el siglo XII, es decir, antes de la pérdida de Córdoba, Valencia y Sevilla, los turcos se habían adueñado del poder en toda el Asia Menor y en Egipto, que fue sometido a la obediencia de Bagdad por Saladino el Grande en el 1171.

El siglo XIII fue el del inicio de las invasiones de Gengis Khan, el caudillo de los tártaros, que arrasaron Bagdad en el 1258 y tomaron Damasco en el 1260. Damasco fue reconquistado por los mamelucos que gobernaban en Egipto, los cuales parecen de origen kurdo, un pueblo que vive en el norte de la Mesopotamia. Esos kurdos habían pasado de esclavos a ser los señores del país y fanáticos defensores del Islam. Desde la mitad del siglo XIII hasta fines del XV los grandes jefes mamelucos que gobernaron en Egipto habían sido esclavos, todos sin excepción.

Al finalizar el siglo XIII se produjo la invasión de Tamerlán, ese feroz guerrero mongol que iba dejando a su paso la tierra arrasada. Se dice que Tamerlán cortaba la cabeza de todo el que caía en sus manos para burlarse de la muerte, porque la muerte le había arrebatado a un hijo, y él decidió adelantarse a la muerte y quitarle víctimas en la mayor cantidad posible de manera que dejaba por donde quiera que pasaba pirámides de cabezas cortadas. Desde su trono de Pekín, la actual capital de China, el Gran Khan mongol enviaba sus hordas a asolar toda el Asia, y el Imperio Árabe Oriental cayó en manos de guerreros del Gran Khan, con la excepción de Arabia, Palestina y el Líbano. Así pues, al comenzar el siglo XV el Imperio había quedado limitado a esos países, a los de África del Norte encabezados por Egipto y al pequeño reino de Granada en España, que iba a caer en manos de los Reyes Católicos en 1492, el mismo año en que Cristóbal Colón pisaba nuestra tierra.

Fue, pues, una contradicción fundamental lo que destruyó al Imperio Árabe. Esa contradicción consistió en que la necesidad de prolongar su vida le produjo la muerte. Quizá en la historia política de la humanidad no haya otro caso de lucha de los contrarios que pueda apreciarse tan nítidamente en conjunto y en detalle como puede apreciarse en el caso del Imperio Árabe. Por esa razón el nacimiento, el desarrollo y la desaparición del Imperio Árabe forman una lección histórica de tal importancia que debería enseñarse en todas las escuelas del mundo, y muy especialmente debería enseñarse en las escuelas de los países de habla española, porque nosotros no podemos conocer nuestra historia si no conocemos a fondo la historia de España, y la historia de España no puede conocerse si no se conoce la historia del pueblo árabe.

Yo les había ofrecido para el final de esta charla hablarles de ciertas características de tipo cultural que tuvo el Imperio Árabe, pero estoy seguro de que ya ustedes están cansados, y si ustedes no están cansados estoy cansado yo.

LOS PAÍSES ÁRABES HASTA EL FINAL DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El Imperio Otomano, que iba a ser conocido además con el nombre de Imperio Turco y de Turquía, no se formó tan de prisa como el árabe sino despacio y a base, sobre todo, de conquistas sangrientas, en lo cual su expansión fue también diferente de la expansión del Imperio Árabe, ya que este último creció de manera casi totalmente pacífica, porque los pueblos que se hallaban en las fronteras del Imperio Árabe querían tener los mismos derechos y los mismos privilegios que tenían los árabes, y para tenerlos les bastaba con aprender la lengua árabe y convertirse en musulmanes o seguidores de la religión de Mahoma, es decir, formar parte del Islam.

El crecimiento del Imperio Turco se consiguió a base de conquistas sangrientas, aunque debemos aclarar que el tipo de guerra que hacían los turcos era la guerra religiosa en nombre de Mahoma llamada en árabe *jihad*. La mayor parte de esa guerra, en lo que se refiere al tiempo, fue llevada a cabo contra países cristianos, católicos o no católicos, pues como saben ustedes no todos los cristianos son católicos y por esos mundos de Dios hay católicos que no tienen nada de cristianos (risas).

Puede decirse que desde el 1300 los turcos se mantuvieron en guerra contra todos los países que eran sus vecinos; y que no sólo se adueñaron de territorios árabes como la Mesopotamia (hoy Iraq y Siria), la región llamada con ese nombre

poético del Creciente Fértil, sino que se quedaron con porciones del Imperio de Bizancio y con los países de la región llamada después los Balcanes, donde hoy se encuentran Yugoslavia y Rumanía; que ocuparon gran parte de la actual Grecia, de Hungría y de Austria, que llegaron por el Norte hasta Polonia y que tomaron y retuvieron esos territorios por medio de la violencia más salvaje, y como esa violencia se llevaba a cabo contra pueblos que en su mayoría eran cristianos y católicos, sucedió que la llamada cristiandad respondió a la *jihad*, es decir, a la guerra religiosa de los turcos con la guerra santa de los cristianos, y esa guerra a muerte entre cristianos y turcos tuvo resultados fatales para el comercio entre los países de Europa y los de Oriente pues ese comercio prácticamente desapareció, y cuando Constantinopla, es decir, la capital de Bizancio, que quedaba en la entrada del Canal del Bósforo y de los Dardanelos; cuando Constantinopla, decíamos, cayó en manos de los turcos en el año 1453, el Imperio Otomano quedó definitivamente fortalecido, pero en ese mismo instante histórico empezó la llamada cristiandad europea a buscar la manera de hacer negocios con los países de Oriente a través de un camino diferente, el camino del Oeste.

Quien iba a recorrer ese camino sería Cristóbal Colón, un italiano de Génova, hecho explicable porque las pequeñas repúblicas italianas de Venecia, Amalfi, Pisa y Génova eran las que habían monopolizado, o casi monopolizado el comercio marítimo entre el Oriente y Europa desde hacía siglos; pero aunque Colón era italiano, el país que le proporcionó medios y hombres para salir en busca de la nueva ruta comercial entre Europa y Oriente fue Castilla, hecho también explicable porque aunque fueran ricas ninguna de las pequeñas repúblicas italianas que hemos mencionado tenía el poder político necesario para hacerle frente al acontecimiento histórico

que iba a ser el resultado del viaje de Colón hacia el Asia. Ese acontecimiento iba a ser nada más y nada menos que el descubrimiento de un nuevo mundo que se hallaba atravesado en el camino de Colón desde el Polo Norte hasta el Polo Sur.

La aparición de ese nuevo mundo que está compuesto por las dos Américas desde el Canadá hasta el extremo sur de la Argentina y por las islas del Caribe, entre las cuales está la nuestra, iba a transformar el comercio entre los países orientales y Europa para convertirlo en mundial. Fíjense bien, que eso es muy importante; y es muy importante porque al quedar convertido el comercio en mundial y no en una actividad que se llevaba a cabo sólo en una parte del mundo, quedó echada la base indispensable para la aparición de la industria que se desarrollaba al principio como manufacturera, es decir, fabricando artículos hechos con la mano. Manufacturera quiere decir precisamente eso, que se hacía con la mano. Y la industria manufacturera no podía en realidad producir todo lo que necesitaba el comercio mundial. Los artículos de la industria manufacturera se mantenían a un cierto nivel de elaboración; por ejemplo, se hacían telas en los grandes talleres de manufacturas, y en la ciudad de Florencia, en Italia, había más de 20 mil obreros trabajando en la manufactura de telas, pero no se hacían trajes; los trajes tenían que ser hechos a la medida para cada persona, hombre o mujer. Pero de la manufactura se pasaría más tarde, por presión de la necesidad del comercio mundial, a la fabricación de artículos hechos a máquina debido a que el aumento del comercio mundial exigía que cada vez aumentara más la producción para que el comercio mundial dispusiera de más mercancías que vender.

Vemos, pues, que los resultados de la caída de Constantinopla en manos de los turcos fueron verdaderamente revolucionarios, desde luego que al cabo de muchos años, pues entre la caída de Constantinopla y la invención de la máquina

movida por la fuerza del vapor de agua pasaron más o menos tres siglos, es decir, unos 300 años. Pero en esos tres siglos se desarrolló el capitalismo a escala mundial, y sólo así, a escala mundial, podía desarrollarse el capitalismo hasta llegar a producir la máquina de vapor, lo que vale decir a producir lo que se llamó la Revolución Industrial.

Debido a la significación tan trascendental que tuvo la ocupación de Constantinopla por los turcos, los historiadores consideran que la Edad Moderna comenzó con ese hecho, es decir, en el año 1453; sin embargo, la conquista de Siria y Egipto por los turcos fue tardía. Fue en agosto de 1516 cuando los turcos derrotaron a los mamelucos que formaban el grueso del ejército sirio en la batalla de Marj Dabiq, cerca de Alepo; y fue en Gaza, Palestina, en diciembre del mismo año, y en Ridaniya, en enero del año siguiente (1517) cuando derrotaron a los mamelucos de Egipto, lo que les permitió tomar a fin de ese mismo mes El Cairo, la capital egipcia. Siria y Egipto pasaron, pues, a ser territorios del Imperio Turco en 1516 y 1517 respectivamente. En el 1522 los turcos tomaron la isla de Rodas, lo que les proporcionó una avanzada para tomar en el 1553 la Tripolitania y la Cirenaica, que se llaman hoy Libia, y eso les permitió adueñarse al año siguiente de Argelia, que pasó a ser un Estado vasallo de Turquía. Argelia queda al oeste de Trípoli y donde estuvo la ciudad de Cartago se encuentra Túnez. Túnez es una pequeña cuña metida entre Argelia y lo que en esa época se llamaba Trípoli o Tripolitania y Cirenaica, y hoy Libia. Argelia queda entre Libia, Túnez y Marruecos.

Después de haber pasado varias veces de manos de los españoles a manos de los turcos, Túnez quedó convertida en 1574 en una provincia turca. Así pues, antes de que terminara el siglo XVI, de todos los países de África que dan al mar Mediterráneo que habían sido parte del Imperio Árabe, sólo

Marruecos, que en esa época se llamaba el Magreb, no pasó a ser parte del Imperio Turco; pero debemos decir que lo mismo sucedió con todos los países de la costa mediterránea del llamado Medio Oriente y Asia Menor. En Argelia el dominio turco duró hasta el 1830, en Egipto duró legalmente hasta 1882, año en que los ingleses ocuparon el Valle del Nilo; en Tripolitania o Libia, hasta que ese país fue ocupado por Italia en el año 1912, es decir, en este siglo; en Arabia, por lo menos en la mayor parte de la Península de Arabia; en Palestina, Líbano, Siria, Iraq y la Transjordania, hasta el final de la Primera Guerra Mundial, que terminó el 11 de noviembre de 1918.

Debido a que todos esos países árabes pasaron a ser parte del Imperio Turco, casi todos ellos desde el siglo XVI, sus habitantes fueron llamados turcos aunque fueran árabes, y especialmente aquí, en la República Dominicana, a donde los árabes comenzaron a llegar a fines del siglo pasado y estuvieron viniendo con pasaportes turcos aún en el año 1919, se les conoció con el nombre de turcos hasta hace relativamente poco tiempo, y es ahora cuando la gente de mi edad está acostumbrándose a llamar árabes a los libaneses, a los jordanos, a los sirios, a los palestinos. En Cuba no se les decía ni turcos ni árabes sino moros, porque ése era el nombre que les daban los españoles a los árabes de Marruecos.

Creemos que con lo que hemos dicho tienen ustedes suficientes datos generales a grandes rasgos para darse cuenta de cómo fue que el Imperio Árabe vino a quedar sustituido por el Imperio Otomano llamado también Imperio Turco y Turquía, y como no estamos aquí para hacer la historia del Imperio Turco sino para hablar de los problemas del Oriente Medio, es decir, de los conflictos creados a los pueblos árabes por la presencia de Israel en Palestina, pasaremos ahora a explicar cómo se produjo lo que en la historia europea y africana y del Medio Oriente se llama el Renacimiento Árabe.

Como la palabra renacimiento se refiere a algo que vuelve a nacer o que ha nacido de nuevo, debemos explicar que al hablar de un Renacimiento Árabe no se quiere decir que el Imperio Árabe, ése de que estuvimos hablando el martes pasado renació o volvió a nacer. En ese sentido no hubo Renacimiento Árabe. Lo que hubo a partir de los primeros años del siglo pasado fue un renacimiento del orgullo de ser árabe que se fue manifestando de una manera gradual, poco a poco, primero en Egipto y después en otros territorios árabes de los que formaban parte del Imperio Turco.

Ese orgullo de ser árabe fue la primera etapa de la formación o el desarrollo de lo que hoy se llama nacionalismo árabe, que ha sido la base política sobre la cual se han establecido las naciones que forman la llamada Liga Árabe y ha sido también la fuente de la simpatía con que se ven en el mundo varios aspectos del Islam, entre ellos su posición ante los problemas raciales. Para nosotros el ejemplo vivo de esa simpatía y ese respeto está en Casius Clay, que se hizo mahometano y cambió su nombre por el de Mohamed Alí, y por cierto Mohamed Alí se llamó el hombre que inició el movimiento que conocemos con el nombre de Renacimiento Árabe; y para que ustedes se den cuenta de los extraños caminos que usa a veces la historia para darle paso a un proceso, ese Mohamed Alí a que acabamos de referirnos, no al campeón mundial de boxeo sino el que llevó ese nombre casi 200 años antes que él, era mahometano como Casius Clay y como Casius Clay no había nacido en ningún país árabe.

El Mohamed Alí que inició el Renacimiento Árabe era descendiente de turcos y había nacido en el año 1769 en la Macedonia griega, allí donde había nacido 2,125 años antes Alejandro el Grande, el hombre que precisamente había conquistado en el siglo III antes de Cristo, es decir, nueve siglos antes de que apareciera la religión mahometana, gran parte

de lo que iba a ser después la porción oriental del Imperio Árabe, y además había conquistado Egipto y había fundado en ese país la ciudad de Alejandría, que llegó a ser la ciudad más grande del mundo. Al morir Alejandro, el enorme imperio que él había fundado fue repartido entre sus capitanes, es decir, entre los jefes de sus tropas, y Egipto le tocó a uno de ellos llamado Ptolomeo Lagos y también Ptolomeo Sotero, fundador de la dinastía o familia de reyes llamada de los Lágidos, a la cual pertenecieron varios reyes que llevaron el nombre de Ptolomeo, y una reina muy conocida, la famosa Cleopatra, que no fue por cierto la primera reina de esa familia.

Permítannos decirles de paso que en su libro *The Life of Greece*, Will Durant cuenta que cuando Ptolomeo pasó a ser rey de Egipto para darles una cena a unos amigos tuvo que pedir prestados los manteles y los adornos y los platos y las fuentes y las cucharas de plata, y sin embargo el día que fue coronado rey su hijo Ptolomeo II gastó el equivalente de 2 millones y medio de dólares en la fiesta de la coronación, y debemos aclarar que 2 millones 500 mil dólares en 1939 que fue el año en que se publicó el libro de Will Durant equivalían por lo menos a 10 millones de este año 1975.

Hemos puesto a un lado durante algunos minutos a Mohamed Alí para hablar de los Ptolomeos porque Ptolomeo, el hijo de Lagos, era de Macedonia y de Macedonia era Mohamed Alí; porque los dos, sin ser egipcios, gobernaron en Egipto y los dos fundaron dos familias de reyes o dos dinastías, como se dice en el lenguaje de los historiadores, y además porque como veremos después Mohamed Alí aplicó en Egipto muchas medidas que habían sido aplicadas siglos antes por los Ptolomeos, medidas que Will Durant llama con cierta falta de propiedad el socialismo de los Ptolomeos. Pues bien, Macedonia, donde había nacido en 1769 Mohamed Alí, era territorio del Imperio Otomano o Turco desde hacía por

lo menos cuatro siglos cuando él nació, de manera que Mohamed Alí nació bajo la dominación turca y creció bajo la religión mahometana, y hasta su mismo nombre lo indica, pues Mohamed es el nombre árabe de Mahoma.

Mohamed Alí se dedicó a la carrera militar y tenía 29 años cuando Napoleón Bonaparte, esa especie de repetición histórica de Alejandro el Grande, invadió Egipto en 1798, esto es, ya al finalizar el siglo XVIII, que iba a terminar el 31 de diciembre de 1800. Mohamed Alí tomó parte en la batalla de Abuquier mandando fuerzas turcas llegadas desde Albania y Macedonia, y fue derrotado y estuvo apunto de morir ahogado; pero al comenzar el siglo XIX, en 1801, ya se hallaba en Egipto otra vez al mando de tropas turcas formadas por albaneses, es decir, por soldados que procedían de Albania, y tal vez de esa jefatura de las tropas albanesas enviadas a Egipto por el gobierno turco salió la creencia muy extendida de que Mohamed Alí era albanés, y resulta que Mohamed Alí no era albanés; era macedonio y además era turco mahometano y por último fue el fundador del moderno Egipto y por tanto el padre del llamado Renacimiento Árabe que tuvo su origen en Egipto, país que para entonces era y lo fue hasta la muerte de Gamal Abdel Nasser, el más importante, políticamente hablando, de todos los países árabes.

¿Cómo y por qué vino a ser ese macedonio turco fundador del Egipto moderno?

Para explicar eso hay que hacer su historia aunque sea de manera breve, y comenzaremos diciendo que cuando Napoleón Bonaparte y sus tropas francesas abandonaron Egipto el país quedó en un estado de desorden general que se manifestaba sobre todo en luchas entre turcos y mamelucos. Ustedes recordarán que la semana pasada explicamos que los mamelucos eran probablemente de origen kurdo, es

decir, originarios de una región que queda al norte de la Mesopotamia, y formaban el esqueleto del ejército turco en Egipto como lo formaban también en Siria.

Las luchas entre turcos y mamelucos en Egipto eran sangrientas al comenzar el siglo XIX, y Mohamed Alí se las arregló de tal manera que acabó imponiendo el orden en el país a tal extremo que para el año 1805, respaldado por la población del Cairo, obligó al gobernador de la ciudad a entregarle la fortaleza. El gobernador de la ciudad era un representante del sultán turco, es decir, del jefe político y religioso del Imperio Turco. El gobierno turco se asustó ante el poder que iba adquiriendo Mohamed Alí y quiso sacarlo de Egipto, para lo cual lo nombró visir (visir era algo así como jefe de gobierno, como un primer ministro) y también gobernador de Jidda, que era otro territorio turco, pero el pueblo del Cairo se amotinó y el gobierno turco lo nombró entonces jefe del Imperio en Egipto. En el 1807 Mohamed Alí combatió contra las fuerzas inglesas que estaban apoyando en la región del Delta del Nilo una rebelión de los mamelucos, y Mohamed Alí derrotó dos veces a los ingleses, cosa que era bastante difícil porque Inglaterra era en esos momentos la potencia militar más grande de la Tierra. Dos años después consiguió que los jefes de los mamelucos pasaran a vivir en el Cairo o en sus vecindades porque de esa manera podía vigilarlos, los tenía al alcance de la mano, y a los que se negaron a hacer lo que les pedía los eliminó sin la menor vacilación, y por fin invitó a los 300 y tantos jefes mamelucos que había en el país a una fiesta que iba a dar en la fortaleza del Cairo en honor de su hijo Tusún, el cual iba a salir a combatir a una tribu de Arabia llamada Wahhabi que estaba rebelada contra los turcos en la región entre Medina y la Meca (una rebelión por cierto muy importante en la vida de Mohamed Alí y de Arabia como veremos

pronto), y cuando los jefes mamelucos entraron en la fortaleza y la gran puerta del fuerte se cerró tras ellos se oyó una descarga cerrada y de los 300 y tantos jefes mamelucos quedó uno solo para contar la historia. Así, con la matanza del 1º de marzo de 1811 acabó de una vez y para siempre en Egipto el poder de los temidos mamelucos.

El hijo de Mohamed Alí combatió a los wahhabi en el Hedjaz es decir, en esa meseta de Arabia de que hablamos la semana pasada, y combatió dirigiendo tropas egipcias, no turcas. El propio Mohamed Alí visitó la región de Hedjaz y allí reorganizó las fuerzas egipcias y cambió al jefe religioso y militar de la Meca, cargo que el sultán de Turquía le dio al propio Mohamed Alí. A partir de ese momento Mohamed Alí fue no solamente el jefe militar y político de Egipto sino el jefe de la Meca, cargo religioso que era el de más importancia para los árabes.

El poder de los wahhabi quedó definitivamente destruido en una campaña militar dirigida por Ibrahim Pashá. Pashá es una palabra turca que quiere decir general; era un título que se les daba a los generales y se ponía siempre después del nombre, y este Ibrahim Pashá era el mayor de los hijos de Mohamed Alí. Eso sucedió allá por el 1818, año en el que puede decirse que la Arabia propiamente dicha, es decir, la Arabia Pétreá, la Arabia de Mahoma, Medina y la Meca, pasó a ser de verdad territorio turco, y pasó a ser territorio turco gracias a la capacidad política y militar del hombre que iba a sacar a Egipto de su condición de territorio turco.

Para los años en que sumó Arabia al Imperio, el ejército que había organizado Mohamed Alí estaba compuesto y comandado por egipcios, no por turcos. Con ese ejército se dirigió al Sur y conquistó el Sudán, que quedaba, y todavía queda, exactamente al sur de Egipto y es mucho más grande que Egipto. (El Sudán es uno de los países que forman

hoy la Liga Árabe). Un hijo de Mohamed Alí llamado Ismail fue asesinado por un sudanés en octubre de 1822, pero ya el país estaba bajo el control egipcio.

En el levantamiento de los griegos contra el poder turco, que empezó en 1821 y vino a terminar en 1829 gracias al apoyo de Inglaterra, Francia y Rusia, que les impusieron a los turcos el reconocimiento de un reinado independiente en Grecia, Mohamed Alí actuó con su habilidad característica y con su frialdad habitual, pues mientras complacía al gobierno turco enviando a su hijo Ibrahim Pashá con tropas egipcias a combatir a Grecia no molestó para nada a los griegos que vivían en Egipto, que eran muchos militares. Esos griegos que vivían en Egipto se dedicaban generalmente al comercio.

Para que podamos seguir la historia de los pueblos árabes mientras se hallaban bajo el dominio de Imperio Turco de una manera ordenada según el tiempo, es decir, siguiendo el curso de los años, vamos a dejar ahora a Mohamed Alí en Egipto; vamos a dar un salto y volemós sobre Libia, como si nos halláramos en un avión jet, para caer en Argelia, donde había otro pueblo árabe dominado por los turcos, como dijimos no hace mucho. Y para que comprendamos mejor los hechos expliquemos de paso el significado de los títulos que tenían los más altos funcionarios turcos.

Sultán era el nombre que le daban los turcos al gobernante que los árabes llamaban califa y los pueblos europeos llamaban emperador. Digamos que el sultán equivalía a una mezcla de califa y emperador. En los países sometidos al Imperio Turco (por lo menos así era en África del Norte), el gobernador de una región era llamado bey. En Egipto, sin embargo, Mohamed Alí acabaría siendo nombrado khedive o jedive, que era un título parecido al de virrey, es decir, el que sigue en categoría al rey. Los gobernadores turcos de las provincias de

Argelia eran beys, y la ciudad de Argel, que acabó dándole su nombre al país, era entonces sólo la capital de una de las provincias de Argelia.

Ahora bien, para los años 1821 a 1830 Argelia se hallaba en una situación política difícil debido a que varias tribus se habían levantado contra el poder turco y el gobierno de los beys no podía dominar esos levantamientos, y sucedía que Francia tenía en Argel un puesto comercial fortificado, lo que significa que además de comercio y comerciantes allí había fuerzas militares. Ese puesto comercial se llamaba El Bastión, y para mediados de esa década de 1821 a 1830 las relaciones entre el bey de Argel, que se llamaba Hussein, y el cónsul francés se habían hecho muy delicadas debido a que el gobierno francés se negaba a pagar unos cargamentos de trigo que el gobierno del Directorio les había comprado a dos comerciantes argelinos.

(Observen de paso que estamos hablando de mediados de la década de 1821 a 1830 y sin embargo acabamos de mencionar el gobierno francés del Directorio, que había sido derrocado por Napoleón Bonaparte el 9 de noviembre de 1799 con el golpe de Estado conocido con el nombre de Golpe del 18 Brumario, ejecutado precisamente al volver Napoleón a París desde Egipto).

En aquella época, hace casi siglo y medio, un bey de una provincia de lo que hoy es el país de Argelia se atrevía a hacerle reclamaciones a un representante de un país militarmente poderoso como era Francia; pero hay algo más: el bey Hussein no sólo reclamaba el pago de una deuda que tenía un cuarto de siglo sino que además amenazó al cónsul francés con retirarle a Francia el derecho a tener el puesto comercial fortificado de El Bastión; y sin el menor deseo de molestar a los hijos de la hermosa y querida tierra de Moliere y de Racine, los que hemos vivido en ella podemos imaginarnos cómo reaccionaría

ese señor cónsul ante la idea de que él y sus compatriotas iban a perder el derecho de hacer negocios en Argel. La trifulca entre él y el bey Hussein fue de tal naturaleza que Hussein le dio al cónsul en la cara con la escobita de matar moscas que en esa época, y hasta hace muy poco, tenía siempre a mano toda persona de cierta categoría que viviera en un país caluroso como son los de África del Norte.

Eso sucedió por el mes de abril de 1827, y el escándalo internacional que se armó fue de tal naturaleza que el gobierno francés decretó el bloqueo naval de Argelia, de manera que como ustedes pueden ver el bloqueo naval norteamericano a Cuba no fue una invención de John F. Kennedy ni de su hermano Robert, aunque el de Francia contra Argelia fue seguido de un desembarco militar que se efectuó en Sidi Farruj el 14 de junio de 1830 y obligó a Hussein a rendirse el 5 de julio debido a la debilidad política del país producida, como dijimos hace un momento, por los levantamientos de varias tribus contra el poder turco, y el bloqueo de los Estados Unidos contra Cuba no ha podido culminar en desembarco militar porque detrás del gobierno cubano hay un pueblo unido dispuesto a defender su independencia (aplausos prolongados).

La guerra contra Grecia y el ataque francés a Argelia, que correspondían en el campo internacional a una gran ola revolucionaria provocada por el desarrollo de la Revolución Industrial y el desplazamiento de los trabajadores de las empresas manufactureras que estaban siendo sustituidas por las que funcionaban a base de máquinas, se reflejaba en el caso del Imperio Turco en una alarmante debilidad militar, situación que aprovechó Mohamed Alí para lanzar a fines de 1831 el ejército egipcio contra Siria siguiendo naturalmente el camino de Palestina, y fue tal el empuje de los ejércitos egipcios, a los que comandaba Ibrahim Pashá, el hijo de Mohamed Alí, que en poco tiempo se hallaban a 150 kilómetros de Estambul

por la región del norte, y por la región del este llegaron hasta el río Eufrates, es decir, hasta la Mesopotamia. En ese territorio los ejércitos egipcios se mantuvieron durante 8 años.

¿Y por qué creen ustedes que los ejércitos egipcios pudieron mantenerse tanto tiempo dentro de ese territorio turco sin que los turcos pudieran sacarlos de ellos?

No pudieron sacarlos de ellos y ni siquiera declararon a Mohamed Alí traidor al Imperio porque la población de Palestina, de Siria, de Iraq, y de la parte de la propia Turquía que ocupaban los egipcios era árabe y veía en el ejército egipcio a la representación armada del pueblo árabe. Porque el caso es que el Imperio Árabe había desaparecido hacía siglos, pero había dejado tras sí valores que podríamos calificar de eternos si en el mundo hay algo que sea capaz de durar eternamente. Si no eternos, los valores que dejó detrás de sí el Imperio Árabe eran perdurables en tiempo de siglos, y lo son hoy; y la base fundamental en que descansan esos valores es la unidad religiosa, la unidad de la lengua, que proporciona una profunda raíz cultural común, la igualdad racial más auténtica, una unidad que se sitúa por encima no sólo de las razas sino también de las nacionalidades, y una verdadera estimación por la categoría del ser humano que le abre a todo el mundo, dentro de las limitaciones propias de una sociedad que sigue manteniendo en muchos aspectos los hábitos de la época de la tribu, el camino de llegar de esclavo a califa o a sultán. Naturalmente que lo que estamos diciendo no significa que la entrada del sistema capitalista en el mundo árabe se hace o se ha hecho excluyendo o evitando la lucha de clases. La lucha de clases, por otra parte, estuvo siempre y está hoy presente en las sociedades árabes, y sus manifestaciones se advierten claramente en la posición de la mujer en esas sociedades; pero en ellas la lucha de clases no presenta, por lo menos en la totalidad del mundo árabe, aspectos tan repugnantes como

el racismo, que ha llegado en la sociedad occidental a extremos de criminalidad verdaderamente espantosos, como la aniquilación de pueblos indios en América, como el linchamiento de negros en el sur de los Estados Unidos o como la doctrina de la superioridad aria que llevó a los nazis al asesinato de millones de hombres, mujeres y niños durante la guerra mundial de 1939-1945.

Fue el respaldo de los pueblos lo que le permitió al ejército egipcio, que era en ese momento la encarnación del Renacimiento Árabe, mantenerse en todos los territorios que ocupó a partir de 1831, y si Mohamed Alí se retiró de ellos, como lo hizo después de haber derrotado a las fuerzas turcas en la batalla de Nizib en junio de 1839, fue tras largas negociaciones iniciadas por varios países europeos que se veían entre sí como competidores en el reparto imperialista del Medio Oriente y de parte del Asia y temían que de la lucha entre Egipto y el Imperio Turco saliera un nuevo Imperio Árabe demasiado fuerte.

Las negociaciones terminaron con un acuerdo firmado el 12 de junio de 1841 por medio del cual Mohamed Alí devolvió a Turquía la isla de Creta, Siria y Adana. Adana era una ciudad que estaba en Turquía, al sur de los Montes Tauros. En cambio de esos territorios, el sultán le garantizaba a Mohamed Alí el gobierno de Egipto para él y sus herederos; y así fue como vino a suceder que el macedonio Mohamed Alí fundó en Egipto y en el Sudán una dinastía que gobernó hasta el 26 de julio de 1952, cuando el último rey de esa dinastía, Farouk I, les entregó el poder a los militares que habían organizado bajo la dirección de Gamal Abdel Nasser el golpe del 22 de ese mismo mes y año.

Mientras el ejército egipcio ocupaba Palestina, Siria, Creta y los Montes Tauros y llegaba hasta la Mesopotamia, los franceses encontraban resistencia en Argelia. El bey de Orán y el

de Títeri se rindieron sin combatir, pero Ahmed, bey de Constantina, luchó durante siete años, de manera que esa ciudad vino a caer en manos de los franceses el 13 de octubre de 1837; y en la parte oeste del país (es decir, ya en la frontera con Marruecos, que era un sultanato independiente que no tenía nada que ver con Turquía) se levantó Abd-el-Kader, quien después de largos años de lucha se proclamó bey de la región y vasallo del rey de Marruecos que se llamaba Mulay Abder-rahman. Después de proclamarse bey y además vasallo del sultán de Marruecos, Abd-el-Kader proclamó la guerra santa, es decir, la *jibda*, contra los franceses. Eso fue ya en el mes de noviembre de 1839. En el año 1843, mientras en esta isla nuestra se llevaba a cabo la revolución de la Reforma contra el presidente haitiano Jean Pierre Boyer, el sultán de Marruecos enviaba un ejército a Argelia para ayudar a Abd-el-Kader, y los franceses respondieron bombardeando en agosto de 1844 las ciudades marroquíes de Tánger y Mogador, fáciles de atacar desde el mar porque son ciudades situadas en la costa. (Mogador se llama hoy Esauira y Tánger está situada en el Estrecho de Gibraltar, en la entrada del Atlántico).

El ejército marroquí, mal armado y sin organización, ejército de un país pobre que se enfrentaba al de un país capitalista industrial en pleno desarrollo de sus apetitos imperialistas como era Francia, fue vencido naturalmente por los franceses con facilidad y la paz se firmó en Tánger en el mes de septiembre del año 1844, es decir, cuando ya nosotros éramos república. El rey marroquí se comprometió a expulsar a Abd-el-Kader en caso de que éste volviera a entrar en Marruecos, y de no expulsarlo se comprometió a internarlo de manera que no pudiera volver a Argelia. Un convenio firmado en marzo de 1845 establecía la línea fronteriza entre Argelia y Marruecos, desde el mar Mediterráneo hasta el lugar llamado Teniet-al-Sassi, pero de ahí hasta las montañas del Atlas, en pleno

desierto de Sahara, el convenio no fijaba la frontera sino que establecía a cuál de los dos países pertenecían las tribus que vivían en esa región.

De parte de Marruecos, que de los firmantes del Tratado de 1845 era desde luego el lado débil, el Tratado se cumplió como sucede siempre que el gato y el ratón llegan a acuerdos, o como diría años después un político egipcio muy prestigioso; que cuando un hombre y un caballo llegan a acuerdos podemos estar seguros de que el hombre acabará montado en el caballo y no al revés. Abd-el-Kader siguió peleando por la libertad de su patria, es decir, Argelia, y volvió a entrar en Marruecos, y las fuerzas marroquíes lo recibieron a tiros y el gran luchador se vio obligado a rendirse a los franceses. Eso sucedió en 1847, la víspera de Nochebuena, el día 23 de diciembre para ser más precisos, y si con la rendición de Abd-el-Kader no terminó, porque no terminó, la lucha en Argelia, puede decirse que terminó por lo menos la resistencia más fuerte porque durante la última mitad del siglo XIX Argelia no volvió a dar un líder de su talla.

El 2 de agosto de 1849, poco más de año y medio después de la rendición de Abd-el-Kader a los franceses, murió Mohamed Alí de 80 años de edad en la ciudad de Alejandría a la que él había trasladado la capital de Egipto.

Enrique Meneses, que al referirse a Mohamed Alí en el libro suyo que mencionamos la semana pasada cae en errores históricos y sobre todo en confusiones, habla de las confiscaciones de tierra que hizo Mohamed Alí y explica que en cierto modo esa era una forma de liberar al *felab* (*felab* es el campesino egipcio), y a seguidas agrega: “El Estado le daba a cambio de su trabajo lo que necesitase para vivir, incluida educación, y libraba al campesino de las presiones tributarias (es decir, de los impuestos) que hasta entonces había padecido”; palabras con las cuales se refiere a que antes de que

Mohamed Alí le proporcionara tierras que previamente habían sido confiscadas a sus dueños, el campesino egipcio pagaba impuestos muy altos, y explica que en numerosos casos la mayoría del felah no era realmente propietaria de su tierra debido a las altas deudas “que recaían sobre ella”. Meneses dice también que Mohamed Alí se convirtió en el dueño de todas las tierras y de todas las industrias y que su intención era (dice él y yo tomo sus palabras entre comillas) “desarrollar industria, agricultura y comercio repartiendo más justamente las cargas a la vez que ofrecía la dignidad al trabajador”. Dice también Meneses que bajo el gobierno del hábil político y guerrero macedonio “la agricultura tuvo sus primeros intentos de planificación a alto nivel”. (Se ve que Mohamed Alí estaba un poco más avanzado que nosotros (risas). “Se coordinaron los trabajos a escala nacional, logrando incrementar, al menos temporalmente la productividad” a pesar de que Egipto era un país con mucha sequía (risas). Al mismo tiempo Mohamed Alí creaba el servicio militar obligatorio con lo que obtenía los brazos necesarios, dice Meneses, “no sólo para sus campañas militares, sino también para la realización de obras públicas de gran interés para el país”. Al llegar aquí Meneses dice que “al principio tropezó con la oposición sistemática de los *felahín*”, es decir, los campesinos “a quienes jamás un gobernante había llamado a formar parte del ejército, desde los tiempos de los faraones, pero poco a poco por el papel que esos ejércitos representaron, por la seguridad que ofrecían a los reclutas y el descongestionamiento de las zonas rurales, la animadversión cambió paulatinamente y así llegó a constituirse un ejército de 200 mil hombres entre los que se estaban ya formando los futuros jefes del nacionalismo egipcio, Ahmed Arabi y Alí Fahmi”. Poco antes había dicho el autor de *Nasser, el último Faraón*, unas palabras que hemos querido dejar expresamente para repetir las en este momento, y fueron éstas:

“Poniendo al Estado en lugar de la iniciativa privada (Mohamed Alí) sabía muy bien que sentaba las bases de una futura industria privada... Su látigo hace que un ingeniero reduzca el plazo de entrega del Canal Mohamedia que une Alejandría al Nilo, de doce a cuatro meses. Murieron 20 mil obreros, pero el canal fue una pronta realidad”.

Y bien, preguntamos nosotros, ¿a qué tipo de relaciones de producción respondía toda esa descripción de Enrique Meneses, si no era al modo de producción asiático descrito por Marx, aunque se tratara de un modo de producción asiático en pleno siglo XIX y a la vista de la Europa capitalista industrial, con una industria hecha a máquina, y en un estado tan avanzado que ya estaba colonizando territorios de la costa mediterránea como Argelia y Marruecos? Meneses dice que Mohamed Alí fracasó con esos planes, pero no se trataba de fracaso de Mohamed Alí; era que en la mitad del siglo XIX no podía reproducirse el modo de producción asiático que Egipto había conocido miles de años antes, en la era de los faraones, y lo había conocido también bajo los Ptolomeos. Will Durant nos ofrece en *The Life of Greece* una larga relación de cómo funcionaba lo que él, que ignoraba lo que habían escrito Marx y Engels, llamó en ese libro “el socialismo de Estado de los Ptolomeos”. Dice Will Durant que “una gran burocracia de inspectores del gobierno, apoyada por guardias armados, manejaba todo el Egipto como si fuera una enorme finca estatal. Casi a cada campesino egipcio le decían esos inspectores qué tierra debía cultivar y de qué tenía que sembrarla; su trabajo y sus animales podían ser requisados en cualquier momento por el Estado para laborar en las minas, hacer construcciones, cazar, hacer canales o caminos; sus cosechas eran medidas por medidores del Estado, registradas en libros por los escribas, trilladas en los trilladeros del rey y llevadas por una cadena de campesinos a los graneros de los

Ptolomeos". La descripción de Durant es larga, es larguísima, y se refiere a muchos otros aspectos de la economía ptolomeica, pero en resumen viene a ser la descripción del modo de producción asiático que diecinueve siglos después iba a poner en vigor, aunque absolutamente fuera de época, Mohamed Alí.

Mohamed Alí tenía apenas cinco años de muerto cuando Ferdinand de Lepesses, venciendo la oposición de los gobiernos inglés y turco, logró que los egipcios y Francia se pusieran de acuerdo para hacer el canal de Suez, que iba a acortar el viaje entre Europa y la India en más de 9 mil kilómetros. Después de abierto el canal de Suez el viaje a la India pudo hacerse desde Europa, lo mismo de Inglaterra, del oeste de Europa, del norte o del sur de Europa en el Mediterráneo, se salía por el Mar Rojo al Océano Índico y de ahí a la India; pero antes el viaje se hacía costeano todo el continente africano, doblando el Cabo de Buena Esperanza en el sur de África y se subía por el Océano Índico hasta llegar a la India. Ese acortamiento en el viaje significaba una enorme economía en el transporte marítimo, que en esa época se hacía consumiendo carbón de piedra, no petróleo como se usa ahora, y como había que dejar en cada barco mucho espacio para cargar el carbón, ese espacio se le restaba a las mercancías que se llevaban a la India o que se traían de la India a Europa, y por esa razón se hacía obligatorio tener en la ruta varias carboneras o depósitos de carbón que en la mayor parte de las veces eran suplidas de carbón mediante barcos que se dedicaban sólo a eso, a llevar el carbón desde donde lo minaban, o sacaban de la mina, (por ejemplo el carbón de Inglaterra) hasta esas carboneras. El Canal de Suez iba, pues, a facilitar de manera extraordinaria el comercio mundial acortando la distancia hacia el Oriente, y no solamente partiendo de Europa sino partiendo también de Norteamérica, que ya para esa época era un país exportador de varios productos.

Como dato curioso vale la pena que nos enteremos de que cuarenta siglos antes (y cuarenta siglos son solamente cuatro mil años) el faraón Senuset III hizo abrir un canal que unía el río Nilo con el Mar Rojo, de manera que los barcos que navegaban por el Mar Rojo entraban por ese canal al Nilo y del Nilo salían al Mediterráneo; y al revés, los barcos griegos o romanos que entraban por el Nilo al canal salían al Mar Rojo. Ese canal tenía 150 kilómetros de largo y una profundidad de 3 a 5 metros que era suficiente para los barcos de la época, que tenían poco calado. Los barcos de aquella época cargaban muy poco, es decir que esa profundidad de 3 a 5 metros era suficiente. Esos datos aparecen en el tantas veces mencionado libro de Enrique Meneses, quien dice además que la arena del desierto tapó muchas veces ese canal, y que Darío I, el rey o emperador persa, Ptolomeo II, el emperador romano nacido en España que se llamaba Trajano y el gran califa Omar Ibn-al-Khataba, a quien la historia ha calumniado diciendo que quemó la biblioteca de Alejandría, volvieron a abrirlo, cada uno a su tiempo naturalmente, pero al fin hubo que abandonarlo. Para nosotros no sería nada raro que ese canal tuviera relación con la conocida leyenda de la separación de las aguas del Mar Rojo para que pasaran Moisés y los hebreos que le seguían. Desde luego que no hubo ni pudo haber tal separación de las aguas: lo que debió suceder fue que la arena del desierto tapó un antiguo paso de agua que pudo ser o no ser ese canal sino otra cosa, y eso hizo posible que por allí pasara gente a pie.

Casi al mismo tiempo que comenzaba la construcción del Canal de Suez en el extremo oriental de África del Norte se producía una agresión militar española en Marruecos. Eso sucedió en octubre de 1859 y su causa fue que los moros de la tribu llamada anjera atacaron unas fortificaciones que estaban construyendo los españoles cerca de Ceuta. Ceuta es

una ciudad que queda frente a Gibraltar, exactamente a la salida del Estrecho de ese nombre. Los españoles tenían en Ceuta desde el año 1688 una guarnición, eso que se llama en lenguaje de historiadores un enclave. Melilla, que está situada al este de Ceuta, era una plaza española desde 1497. A Melilla la habían heredado los españoles de los portugueses.

Ceuta tenía una importancia estratégica especial porque se halla frente a frente del Peñón de Gibraltar que los ingleses le habían arrebatado a España en el año 1704 y siguen allí, porque los ingleses creen en las teorías de Darwin, como creía Lilís. Ustedes conocen el diálogo que sostuvo Lilís con un diplomático europeo a quien enviaron a cobrarle una deuda. Ese diplomático era un hombre grande y rubio. En esa época el Palacio nacional estaba frente a donde está el Reloj de Sol, al final de la calle de Las Damas, y Lilís esperó al diplomático en lo alto de la escalera. Cuando el visitante subió Lilís lo saludó afectuosamente, lo llevó a su despacho y de pronto, después que oyó cuál era la razón de la visita, se quedó mirándolo y lo sorprendió con una pregunta hecha en francés, porque Lilís hablaba francés. Lo que preguntó Lilís era si el diplomático creía en la teoría de Darwin de que el hombre desciende del mono. El visitante se quedó estupefacto y le dijo: “¿Y por qué me hace Ud. esa pregunta, señor presidente?”. A lo que Lilís respondió: “Porque yo sí creo en esa teoría. Yo creo que el negro desciende del mono (risas) y el mono no suelta lo que agarra” (risas y aplausos). Pues bien, es oportuno recordar, señores, que el autor de esa teoría de que el hombre desciende del mono (aunque tuvimos un amigo que decía que el hombre no desciende del mono sino que asciende del mono) era inglés, y verdaderamente los ingleses han sido siempre muy adictos a la teoría de que no deben soltar lo que agarran, y eso es tal vez lo que explica que todavía siguen en el Peñón de Gibraltar. Bueno, pues desde ese peñón, que

es verdaderamente una mole de piedra impresionante, Inglaterra dominaba el paso del Atlántico al Mediterráneo y del Mediterráneo al Atlántico, de manera que aunque el Estrecho era geográfica, política e históricamente una vía española, el dominio del Peñón lo convertía en una vía inglesa.

Eso es lo que explica que para España la posesión de Ceuta fuera algo muy importante, y esa importancia explica que en el 1859 se dedicara a reconstruir parte de las murallas y los fuertes que tenía en ese punto, y a su vez eso explica que los moros de la tribu anjera, que se consideraban, con razón, los dueños legítimos de esa parte de Marruecos, reaccionaran atacando a los españoles. Los españoles les declararon la guerra a los moros, es decir, al gobierno de Marruecos en octubre de 1859, y en febrero de 1860 tomaron Tetuán, una ciudad que está situada en la costa del Mediterráneo inmediatamente al sur de Ceuta, y esa toma de Tetuán impidió que la anexión de nuestro país a España se produjera por lo menos un año antes de lo que se produjo, pues el gobierno español no disponía del poder militar necesario, y sobre todo del poder naval que hacía falta para actuar al mismo tiempo en el Mediterráneo y en el Caribe, es decir, en Marruecos y en la República Dominicana.

Los ingleses se movieron rápidamente para impedir que los españoles tomaran Tánger, que, como dijimos antes, queda en la entrada opuesta del Estrecho de Gibraltar. Tánger, que es puerto de mar, dominaba entonces, cuando no había ni aviones ni cohetes ni submarinos, la entrada al Mediterráneo viniendo desde el Atlántico, y los ingleses consiguieron que Marruecos le reconociera a España el derecho a ampliar sus instalaciones en Ceuta y a tener una base pesquera en Ifni, que queda al sur de Marruecos por la parte del Atlántico. Además de lo dicho, los ingleses consiguieron que el gobierno de Marruecos le pagara al gobierno español 20 millones de dólares de aquella época, lo cual fue en realidad un abuso

ejercido contra un pueblo que vivía en la mayor pobreza. Por último, Marruecos tuvo que reconocerle a España la condición de nación más favorecida, condición que tenían Francia desde el 1767 e Inglaterra desde el 1856. Esto de nación más favorecida quiere decir que un país le reconoce a otro país una rebaja en los impuestos de aduanas que deben pagar sus productos o le reconoce determinados beneficios de carácter económico, que favorezcan a esa nación. Eso fue una invención típica del imperialismo europeo, y sobre todo en el siglo pasado era frecuente que cuando un país concedía esa condición a otro, aparecía una nación menos favorecida con suficientes cañones para obligar a ese país a darle la condición de nación más favorecida; de manera que al cabo de cierto tiempo había varias naciones más favorecidas; no había una sola. En el caso de Marruecos, España pasó a ser la tercera.

Y ahora vamos a saltar de nuevo, esta vez de Marruecos a Egipto.

El Canal de Suez quedó inaugurado el 14 de noviembre de 1869. Se tardaron 10 años en hacerlo. Y los países ricos, los que hacían negocios entre Europa y América del Norte y el Oriente, tuvieron a su disposición esa vía marítima que iba a dejarles con los años miles de millones de dólares de beneficio sólo por concepto de economía en los transportes de sus productos, pero Egipto quedó atrapado por los países poderosos no sólo porque el canal había pasado al control de una compañía comercial en la cual el poder de decisión quedó en manos de Francia, que era la que tenía más acciones, sino porque además Ismael Bajá, nieto de Mohamed Alí, que gobernaba a Egipto, igual que su abuelo, con el título de jedive o khedive a nombre del Sultán turco, es decir, a nombre del Imperio Otomano, decidió convertir la ciudad del Cairo otra vez en capital del país y se dedicó a hacer de ella una gran ciudad de estilo europeo, lo cual le costó tantos millones de

francos oro que llegó el día en que no pudo pagar ni siquiera los intereses de sus deudas. Y en ese momento, por pura casualidad apareció la mano generosa de Inglaterra que le proporcionó a Ismael Bajá 4 millones de libras esterlinas que eran 20 millones de dólares, mucho más de 75 millones de dólares actuales, tal vez 100 millones de dólares de hoy, y a cambio de esos 4 millones de libras esterlinas la generosa Inglaterra pasó a tener voz y voto en la compañía del canal, y lo que es más grave aún, en el gobierno egipcio. A tal extremo fue así que en la historia de Egipto se considera que el país que había sido legalmente territorio turco y territorio egipcio políticamente desde que empezó a principios de siglo el gobierno de Mohamed Alí, pasó en el año 1866 a ser una colonia económica y política de Francia y de Inglaterra, pero más de Inglaterra que de Francia. En realidad, Inglaterra y Francia hicieron un pacto secreto para mantener su control sobre Egipto; pero al mismo tiempo el pueblo egipcio bajo la dirección de un coronel llamado Ahmed Arabi se levantó contra ingleses y franceses y el 11 de julio de 1882 una flota inglesa desembarcó tropas en el viejo país de los faraones. Con esas tropas fue vencida la insurrección de Ahmed Arabi en la batalla de Tell-el-Kebir, que tuvo lugar el 13 de septiembre cerca del Cairo. Ahmed Arabi fue desterrado de Egipto y Egipto pasó a ser una colonia inglesa.

Las razones que explican este hecho son sobre todo dos: la India era una colonia inglesa y el dominio del Canal de Suez ponía a la India a 9 mil kilómetros más cerca de Inglaterra de lo que había estado durante más de dos siglos; y gracias a la política previsora de Mohamed Alí, Egipto había pasado a ser el más grande productor de algodón en las vecindades de Europa, y la industria de tejido inglesa era la más grande del mundo, en una época en que no había nylon ni ninguna fibra artificial que pudiera sustituir al algodón, como por ejemplo

el polyester, porque las otras fibras que se conocían entonces, que eran la lana y la seda, tenían usos distintos del algodón y la producción de lino era relativamente pequeña. El algodón fue un factor tan importante en la decisión de Inglaterra de hacer de Egipto una colonia que de lo primero que se ocuparon los nuevos amos del país fue de establecer un sistema de riego permanente canalizando las aguas del Nilo, y con eso consiguieron doblar en quince años la producción de algodón; además, terminaron la gran presa del Delta, que se había quedado a medio construir desde el año 1836 y, comenzaron en 1902 los trabajos para hacer la presa de Asuán, que casi medio siglo después vino a ser un elemento decisivo en la política internacional de Gamal Abdel Nasser.

El poderío mundial de Inglaterra se hallaba entonces en su apogeo. Los Estados Unidos extendían su imperio desde Cuba hasta Hawai y las Filipinas; un país tan pequeño como Bélgica dominaba al Congo a título de propiedad personal del rey belga Leopoldo II; Holanda era dueña de Indonesia y de las islas en las Antillas y dueña de Surinám en América del Sur; hasta la pequeña Dinamarca tenía una colonia en el Caribe, la isla de Saint Thomas. Todos o casi todos los países europeos luchaban, los pobrecitos, por ocupar un lugar entre los poderes imperialistas, y Francia, que entre sus muchas colonias tenía a Argelia, vecina de Túnez por un lado y de Marruecos por el otro, había logrado establecer en el 1881 un protectorado sobre Túnez que vino a ser confirmado en el 1883 por la llamada Convención de Al Marsá, y con ese protectorado francés sobre Túnez eran ya tres los países árabes sobre la costa del Mediterráneo que habían pasado de ser territorios del Imperio Turco u Otomano a ser colonias europeas.

El primero había sido Argelia, ocupado por Francia en 1830, después Egipto, ocupado por Inglaterra en 1882, y luego Túnez, cuya ocupación por parte de Francia en 1883

fue aceptada y hasta ampliada por el bey, es decir, el representante del Sultán. Pero la verdad es que para Francia Túnez tenía un valor relativo, el valor de ser una cuña entre Argelia y la Tripolitania, esto es, lo que hoy se llama Libia. El territorio que le interesaba de verdad a Francia era Marruecos; primero, porque tenía a todo su largo frontera común con Argelia y esa frontera había sido utilizada en contra del poder de Francia por Abd-el-Kader en sus luchas por la libertad de Argelia; segundo, porque Marruecos era un país de situación geográfica militarmente privilegiada debido a que dominaba la entrada occidental del Mediterráneo y Francia era una potencia mediterránea, sobre todo una potencia naval que no podía dejarse embotellar por un enemigo que se aliara a Marruecos; y tercero, cosa que desde luego apenas tenía importancia para los grandes capitalistas franceses, porque había indicios serios de que las montañas marroquíes, que forman varias cadenas, eran ricas en metales. Ese interés de Francia en Marruecos era compartido por España, por Alemania y hasta por Italia, y eso explica que en el año 1902 Francia y España llegaran a un acuerdo secreto para repartirse Marruecos; España se quedaría con la parte norte del país, incluyendo en ella la ciudad de Fez, y Francia se quedaría con el Sudoeste, incluyendo en él a Marrakesh.

En ese mismo año, es decir, en el 1902, Italia se entendió con Francia, desde luego también secretamente, para dejarle a la patria de la libertad, la fraternidad y la igualdad manos libres en Marruecos a cambio de que no estorbara los planes italianos de quedarse con Trípoli y la Cirenaica, esto es, con Libia; y por último, en el año 1904 los ingleses les dejaron también manos libres a los franceses en Marruecos a cambio de que abandonaran sus pretensiones de jugar un papel colonizador en Egipto. Como ustedes ven, se negociaba la independencia de los países exactamente como se negocian

los huevos en el mercado de Villa Consuelo (risas). En ese convenio secreto los ingleses exigían que no se hicieran fortificaciones o fuertes militares en la costa marroquí del Estrecho de Gibraltar, y ya ustedes saben por qué: porque ahí estaba el Peñón de Gibraltar.

Para ese año de 1904 la fiebre de la competencia entre los imperialismos estaba subiendo de prisa, tan de prisa que diez años después iba a estallar la Primera Guerra Mundial; la primera en la que iban a tomar parte todos los países capitalistas importantes del mundo porque todos querían un pedazo de la Tierra, o dos pedazos, o tres pedazos, o diez pedazos si era posible, para explotarlo hasta donde les alcanzaran las fuerzas. Por eso no debemos extrañar que en el año 1905 el emperador alemán Guillermo de Hohenzollern se presentara en Tánger haciendo un despliegue de poderío impresionante para declarar allí que las demás potencias mundiales estaban obligadas a tomar en cuenta los intereses de Alemania en el caso de Marruecos.

Esa visita y esas declaraciones provocaron la llamada Conferencia Internacional de Algeciras, que tuvo lugar en el año 1906, en la cual se declaró que Marruecos era una nación soberana, libre e independiente (risas), pero que esa soberanía, esa libertad y esa independencia tenían que ser garantizadas por Francia y España, y en efecto quedaron garantizadas con el desembarco de tropas de esos dos países, (risas) en los puertos marroquíes, y, como tenía que suceder, en el 1907 las tropas francesas avanzaron tierra adentro y ocuparon Oujda y las montañas de Beni Sanassen, que está en la zona fronteriza con Argelia, y después tomaron Casablanca alegando que los europeos que trabajaban en la bahía de Casablanca habían sido atacados por los moros. Exactamente igual sucedió con los trabajadores españoles de las minas del Rif, lo que provocó el envío de 90 mil soldados españoles. Después de muchos

combates la situación se normalizó, pero a costa de que Marruecos le reconoció a España el derecho a ampliar el territorio que ocupaba en Melilla.

Desde luego, ese gradual pero seguro avance de franceses y españoles por la tierra de Marruecos provocaba reacciones. Por ejemplo, un hermano de Abd-el-Aziz, sultán de Marruecos, se levantó en armas y lo derrocó, pero cuando ese hermano, convertido en sultán con el nombre de Mulay-Abd-el-Hafidh, vio que contra él se levantaban otros moros acusándolo de ser muy complaciente con los extranjeros, llamó en su ayuda a los franceses, que aprovecharon la ocasión para tomar la ciudad de Fez, y los españoles, que no querían quedarse atrás, aprovecharon también la ocasión para ocupar Larache y Alcázarquivir. Este último punto quedaba en la costa del Atlántico y al sur de Tánger. A mediados de 1911 los franceses mandaron un cañonero a Agadir, y eso provocó en Europa un escándalo que solamente se calmó cuando Francia les cedió a los alemanes un pedazo bastante grande de tierra en la región del Camerún, donde Alemania tenía una colonia desde el año 1884, y con esta información tienen ustedes elementos de juicio para saber por qué razones el emperador alemán fue a Tánger en el año 1905.

Por fin, en marzo de 1912 Mulay-Abd-el-Hafidh reconoció el protectorado francés sobre Marruecos, no ya sobre una parte de Marruecos sino sobre todo Marruecos, y los franceses reconocieron los intereses españoles en el país, de manera que al terminar ese año en Marruecos había dos protectorados: el francés y el español. Año y medio después comenzaría la guerra mundial y tras ella surgiría la figura de un guerrero legendario llamado Abd-el-Krim de quien tal vez hablaremos otro día.

Mientras iban sucediendo los hechos a que nos hemos referido esta noche, el poderío turco iba deteriorándose. A partir del levantamiento de los griegos y de la caída de Argelia

en manos francesas, casi no pasaba año sin que se produjera alguna revuelta en algún lugar del Imperio. El sultán Abdul-Hamid II, que iba a ser destronado por el levantamiento militar de abril de 1909, trató de contener el deterioro del Imperio con medidas de fuerza, pero no lo consiguió. Al contrario, lo que sucedió fue que se formaron por todas partes sociedades revolucionarias en las que participaron civiles y militares, y al mismo tiempo, debido a que Abdul-Hamid prefería hacer negocios con los grandes capitalistas alemanes que le construían ferrocarriles y puertos (por ejemplo el ferrocarril de la Meca fue construido en esa época por los alemanes), los gobiernos de Francia, Austria, Hungría, Rusia e Italia apoyaban la formación de esas sociedades revolucionarias turcas. Italia negoció con los demás poderes europeos para que se mantuvieran neutrales en caso de una guerra entre ella y Turquía y el 28 de septiembre de 1911 le envió un ultimátum al sultán Mohamed V, hermano y sucesor de Abdul-Hamid II, reclamándole los territorios de Trípoli y Cirenaica, que habían sido partes del Imperio Romano en la época de la Nanita, como lo habían sido Egipto y Argelia, que iban a formar el país que conocemos hoy con el nombre de Libia. Detrás del ultimátum salió hacia Trípoli la flota italiana, que bombardeó y tomó ese puerto de mar, que está situado exactamente al sur de la isla italiana de Sicilia. Sin embargo, fuerzas turcas de infantería, con ayuda de la población árabe, hicieron frente al ataque italiano y detuvieron su avance pero no lograron sacar de Trípoli a los atacantes. Al fin, tras varios meses de negociaciones, Trípoli y Cirenaica pasaron a poder de Italia, de manera que para mediados de 1912 al Imperio Turco no le quedaba una vara de tierra en los países árabes de la costa sur del Mediterráneo. Ninguno de esos países era todavía independiente. Habían cambiado de amo: de partes del Imperio Turco habían pasado a ser colonias de Inglaterra, de Francia y

de Italia, y Marruecos, país árabe que no había pasado a ser parte del Imperio Turco, había quedado convertido, como dijimos ya, en un protectorado francés y español. Y Tánger, una de sus ciudades más importantes, había pasado a ser una zona franca internacional.

Ahora bien, la península de Arabia, la cuna del gran Imperio Árabe, y Palestina, y el Líbano, Siria e Iraq seguían siendo territorios turcos, pero iban a serlo durante poco tiempo porque ya se acercaba la guerra mundial de 1914 en la cual Turquía estuvo del lado perdedor, el de los llamados Imperios Centrales, formado por el Imperio Alemán, el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Otomano.

Esa guerra comenzó en agosto de 1914 y Turquía entró en ella al comenzar el mes de noviembre. Rusia se la declaró el día 4 y Francia e Inglaterra lo hicieron el día 5; y cuando esa guerra espantosa, que fue verdaderamente espantosa, terminó en el mes de noviembre de 1918, se derrumbaron los edificios imperiales de Alemania, Austria-Hungría y Turquía, y de las ruinas del último iban a salir a la luz de la historia, aunque en sus primeros tiempos de manera trabajosa y en lucha contra el imperialismo europeo, varios de los países árabes de los que ocuparon la vieja península de Arabia y la región llamada el Creciente Fértil.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: MÁS PAÍSES ÁRABES Y FORMACIÓN DEL ESTADO DE ISRAEL

Hubo dos hombres que tuvieron participación en la guerra mundial de 1914-1918, uno de ellos del lado de los árabes y en muchas oportunidades como jefe de actividades militares de los árabes, y otro que sin ser turco comandó tropas turcas de las que combatieron en el Hedjaz y en Palestina, es decir, en la región donde se encuentran las ciudades santas de la Meca y Medina, porque los árabes tienen tres lugares santos: la Meca, que es la más importante, Medina y Jerusalén. La Meca, como explicamos en la charla sobre el Imperio Árabe, era el centro religioso de los árabes antes aún de que apareciera Mahoma; Medina pasó a ser el centro religioso después que Mahoma tuvo que salir de la Meca y encontró refugio en Medina donde además fue elevado a la categoría de jefe político de esa ciudad y de sus contornos, y en Jerusalén está la mezquita de Omar, que fue el sitio de donde creen los árabes que salió Mahoma cuando fue al cielo a caballo y volvió a la Tierra. Para los árabes, esa mezquita es un lugar sagrado exactamente igual que Medina y la Meca.

La Península Árabe estaba en poder de los turcos durante la Primera Guerra Mundial, como lo estaba todo el antiguo Imperio Árabe; y esa persona de quien decimos que combatió del lado de los turcos combatió en la región de Hedjaz y en lo que hoy se llama Palestina, pues tuvo participación en la batalla de Gaza, mejor dicho en la segunda batalla de Gaza,

ciudad que está hoy ocupada por los israelíes. Es muy posible que las dos personas de que estamos hablando no se conocieran, o por lo menos que no se conocieran durante la guerra ni antes de la guerra, pero es posible que participaran a un mismo tiempo en alguna acción militar, aunque de haber sido así ninguno de los dos lo supo.

Uno era un inglés que se llamaba Thomas Edward Lawrence, que es más conocido por el nombre de Lawrence de Arabia, y algunos periodistas lo bautizaron con el nombre un poco exagerado de Rey sin corona de la Arabia. El otro era un venezolano llamado Rafael Nogales Méndez, que alcanzó en el Ejército turco el grado de general y escribió un libro, titulado *Cuatro años bajo la Media Luna*. Ese título se explica porque lo que podríamos llamar el escudo de la bandera de Turquía es la media luna colocada en el extremo izquierdo de la bandera, que es roja. Además de ese libro, Nogales Méndez escribió otro que se publicó en inglés con un prólogo de Cunninghame Graham, un excelente escritor inglés que se especializó en el conocimiento de la historia y la literatura de los países latinoamericanos y escribió un libro muy bueno sobre el general Páez, el gran guerrero de Venezuela. Ese libro se publicó con el título de *Memories of a Soldier of Fortune*, es decir, *Recuerdos de un Soldado de Fortuna*. Esa era la manera de llamar a los aventureros en el mejor sentido de la palabra, esto es, a los hombres que andaban por el mundo buscando y realizando aventuras como era el caso de Nogales Méndez, que siendo venezolano fue a combatir en el Ejército turco y allí alcanzó el grado de general.

Pues bien, Nogales Méndez tomó parte en la segunda batalla de Gaza de manera que para nosotros el libro de Nogales Méndez tiene interés porque se refiere a la revolución árabe, a la cual combatió como jefe de las fuerzas turcas, pero además tiene un interés especial por otra razón, y es porque la primera de

las aventuras de ese soldado de fortuna venezolano comenzó en una pequeña villa de su país que da al Mar Caribe llamada Macuto, lugar donde veraneaba el presidente de la República y donde veraneaban los presidentes de la República venezolana desde el siglo anterior, y esa primera aventura vino a terminar en una ciudad dominicana de la orilla del Atlántico, esto es, en Puerto Plata. Prácticamente pues, las memorias del general Nogales Méndez comienzan refiriéndose a nuestro país, pues casi terminando la segunda página relata su llegada a Puerto Plata y su amistad con Mon Cáceres, y escribió Mon, no Ramón; es más, escribió “el general Mon Cáceres, gobernador de la provincia del Cibao y futuro presidente de Santo Domingo”.

En cualquiera biografía de Lawrence hallamos descrita la guerra de liberación de los árabes desde un punto de vista favorable a los árabes, naturalmente, porque él tomó parte en esa guerra del lado de los árabes. En el libro de Nogales Méndez la hallamos descrita desde el lado opuesto, es decir, favorable a los turcos. Esa guerra de los árabes contra los turcos comenzó al amanecer del día 6 de junio de 1916 en Medina con el levantamiento de dos hijos del jerife de la Meca, que se llamaba Hussein. Esos hijos eran Faisal y Alí. Hussein era el jerife de la Meca con lo cual queremos decir que era el jefe político y espiritual de la Meca. Ustedes recordarán que en la primera charla nos referimos a aquel punto del *Corán*, donde Mahoma autoriza a cada árabe a tener cuatro mujeres legítimas y tantas concubinas como pueda mantener, lo que facilitaba que cualquier jefe político y religioso árabe pudiera tener montones de hijos, y Hussein los tenía a montones, aunque aquí vamos a referirnos solamente a tres de ellos, que fueron Faisal, Alí y Abdullah.

A través principalmente de Faisal, Hussein había llegado a acuerdos con agentes del gobierno inglés para producir un levantamiento y eso explica que para fines de julio, ya

después de haberse levantado los hijos de Hussein en Medina, llegaron al puerto de Jeddah tres barcos ingleses que desembarcaron 3 mil rifles con sus consiguientes dotaciones de tiros, y, harina, café, arroz y cebada para mantener a los árabes en revuelta.

El levantamiento tuvo poco éxito en Medina, pero tuvo buen éxito en la Meca, quizá porque quien los dirigió en la Meca fue Hussein, quien por ser el jefe de la ciudad santa más importante de los árabes, cargo que sólo podía desempeñar un descendiente de Mahoma, tenía la mayor autoridad moral, religiosa y política que podía tener cualquiera persona en el país. Acabamos de decir que Hussein era la autoridad superior en la Meca y que la Meca era la ciudad más importante de los tres lugares santos del Islam, y es así porque fue, primero, la ciudad de la Kaaba, es decir, la ciudad donde está la piedra santa vinculada por las leyendas a Abraham; segundo, porque cuando Mahoma nació ya la Meca era, desde hacía muchos años, el centro religioso de los árabes; tercero, porque el propio Mahoma nació en la Meca y allí comenzó a predicar su religión; cuarto, porque aunque Mahoma comenzó sus prédicas diciendo que las cinco plegarias o rezos de cada día debían hacerse con la cabeza vuelta hacia Jerusalén, después cambió por razones políticas que explicamos a su tiempo y dijo que debía rezarse mirando hacia la Meca. Por todo eso la Meca era la más importante de las ciudades santas de Arabia.

En la Meca la rebelión comenzó el 10 de junio, es decir, cinco días después que en Medina, y al quedar iniciada la rebelión el comandante militar turco llamó por teléfono a Hussein para decirle que los árabes se habían sublevado y que esperaba que él hiciera algo para solucionar el problema. Hussein le respondió que sí, que iba a hacerlo, sólo que no le dijo qué cosa iba a hacer, y lo que hizo fue que tan pronto

colgó el teléfono ordenó un ataque general contra los cuarteles de la ciudad. Un mes después, es decir para el 10 de julio, la Meca y toda la región que la rodea estaba libre de turcos. Para fines de septiembre se rendía la mayor fuerza militar turca que había en Arabia, que se hallaba en Taíf. Taíf venía quedando al sudoeste de la Meca, y quien la tomó fue Abdullah, el otro de los tres hijos de Hussein de los que dijimos que íbamos a mencionar esta noche.

La guerra de Arabia había comenzado bien para los árabes, pero después se estancó y pasó a ser una guerra de guerrillas detrás de la cual se notaba una intensa actividad política de Faisal, el hijo de Hussein, para unir bajo su mando todas las tribus del país, y también se ocultaba detrás de esa guerra de guerrillas el envío de misiones combinadas de ingleses y de árabes a Palestina, Líbano y Siria, todos los cuales en esa época eran parte de Siria. Esas misiones tenían como tarea extender la guerra a esos lugares.

El 6 de junio de 1917, es decir, un año y un día después del levantamiento de Medina, los árabes tomaron Akaba, punto que cerraba la entrada del Golfo de Akaba, de manera que por ese golfo se salía al Mar Rojo desde la Península del Sinaí, que hoy está en poder de los israelíes, y desde Jordania, que no existía en esa época como país sino como parte de Siria, y desde Arabia Saudita se salía al Golfo de Adén y del Golfo de Adén al Océano Indico; todo lo cual da idea de la importancia militar que tenía Akaba. A través de Akaba los árabes mantenían contacto sobre todo con Egipto, que era en el año 1917 la base de las fuerzas inglesas en la región; y por ahí podían ellos recibir toda la ayuda que los ingleses quisieran y pudieran enviarles.

A partir de agosto de 1917 la actividad militar se intensificó en Palestina. Recordemos que entonces Siria, Líbano, Jordania y Palestina eran un solo país, era Siria, la gran Siria.

Esa actividad militar queda reflejada con detalles en lo que se ha escrito acerca del papel de Thomas Edward Lawrence en Arabia. Lo que no se refleja en esa literatura es el mantenimiento político de ingleses y franceses, que desde el mes de febrero de 1916, antes aún de que comenzara la rebelión de los árabes, se habían repartido el Oriente Medio en zonas de influencia en el acuerdo secreto que se llamó de Sykes-Picot, porque los dos principales negociadores fueron Sykes del lado inglés y Picot del lado francés. A ese acuerdo secreto se unió Rusia en el mes de mayo.

Rusia era el país que hoy se llama la Unión Soviética, y estaba gobernada entonces por un zar. Un zar era una especie de rey absoluto, y en el mes de febrero del año siguiente (1917) el zar fue derrocado por un levantamiento de la burguesía rusa que quería un gobierno liberal, pero no de Washington, desde luego (risas), y con el derrocamiento del zar se produjo un movimiento revolucionario en Rusia que abrió el paso para la toma del poder por parte de los bolcheviques. Los bolcheviques eran el Partido Comunista Ruso, que se llamaba entonces Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, dirigido por Lenín, y recibió el sobrenombre de bolchevique porque bolchevique quería decir mayoría, y cuando se discutieron los estatutos de ese partido en un congreso secreto en Bélgica (o supuestamente secreto, porque algunos de los miembros de ese congreso tuvieron que correr muchas cuerdas con policías que sí eran secretos detrás de ellos) (risas), el congreso se dividió, y los que quedaron en mayoría quedaron al frente del partido.

Los bolcheviques tomaron el poder en Rusia en octubre de 1917 y tan pronto tomaron el poder lo primero que hicieron fue coger todos los tratados secretos que había firmado el gobierno ruso; entre ellos estaba el acuerdo Sykes-Picot y los bolcheviques lo hicieron público.

Así fue como los árabes vinieron a enterarse a fines de 1917 o tal vez a principios de 1918 de que los ingleses se habían repartido algunos países árabes antes aun de que los árabes se levantaran en la revolución contra los turcos apoyados por los ingleses, que nunca les dijeron una palabra de ese acuerdo así como tampoco les dijeron a los franceses que ellos y los árabes habían llegado a acuerdos en los cuales habían garantizado la independencia de sus países. Sin embargo hay que hacerles justicia a los ingleses porque la verdad es que si les escondieron a los franceses lo que habían pactado con los árabes y les escondieron después a los árabes lo que habían pactado con los franceses, también es cierto que actuaron con absoluta imparcialidad y les ocultaron a los rusos lo que habían pactado con unos y con otros (risas). Pero nada denuncia de manera más clara la conducta inmoral del imperialismo, sea de la nacionalidad que sea, que ese acuerdo Sykes-Picot que decidió el destino de los pueblos árabes, de esos pueblos que no eran ni ingleses ni franceses ni rusos, y además traicionaba a Hussein y a los árabes representados por él y por sus hijos Faisal, Alí y Abdullah; y los traicionaba porque negaba la existencia de un acuerdo que los jefes árabes habían hecho con representantes autorizados de Inglaterra, de los cuales el que tenía más categoría política se llamaba Mc Mahon. Los otros eran Storr, Clayton y Wingate.

Por cierto que en la conocida biografía de Lawrence de Arabia escrita por Robert Payne con el título de *Lawrence de Arabia* figuran Storr, Clayton y Wingate, pero el nombre de Mc Mahon no aparece en ninguna parte.

¿A qué se deberá eso? ¿Fue un olvido o un capricho de Robert Payne?

Ninguna de las dos cosas. El biógrafo del llamado Rey sin Corona de Arabia no menciona a Mc Mahon porque si lo hubiera mencionado habría tenido que explicar que entre él y

Hussein hubo un acuerdo hecho antes del levantamiento de Medina y la Meca, y que entre las pruebas de ese acuerdo hay una carta de Mc Mahon a Hussein en la cual le promete a nombre de Inglaterra el reconocimiento de la independencia de los países árabes y garantías contra cualquier ataque a los lugares santos del Islam, entre los cuales estaba la mezquita de Omar en Jerusalén. Jerusalén, y con ella la mezquita de Omar, está hoy en manos de los israelíes y quienes les entregaron esa ciudad a los israelíes fueron precisamente los ingleses.

Las promesas de Mc Mahon, que equivale a decir de Inglaterra, a Hussein y a sus hijos fueron olvidadas absolutamente cuando los ingleses convinieron con Francia el ya mencionado acuerdo secreto de Sykes-Picot, sin decirles a los franceses, como explicamos antes, que ellos le habían prometido a Hussein reconocer la independencia de los países árabes y le habían dado garantías contra cualquier ataque a los lugares santos del Islam. Por ese camino del peor de los maniobrerismos políticos, escondiéndoles a los franceses lo que les habían prometido a los árabes y a los árabes lo que habían convenido con los franceses, los ingleses iban derechamente hacia lo que con el paso de los años iba a convertirse en la madeja enredada de los conflictos actuales del Oriente Medio.

Como decíamos hace un rato, para fines de septiembre de 1916 se rendía ante el emir Abdullah la mayor fuerza turca que había en Arabia, y poco más de un año después, el 2 de noviembre de 1917, el ministro inglés de Relaciones Exteriores, Lord Arthur James Balfour, le escribía al jefe de la poderosa Banca Rothschild, judío él, que el gobierno inglés vería favorablemente la idea de establecer el Hogar Judío en Palestina, y le aseguraba que de acuerdo con esa doctrina el gobierno de Londres “hará todo lo que esté en su mano para lograrlo”.

En *El Libro Rojo del Rearme* el profesor Enrique Ruiz García dice que históricamente el conflicto del Oriente Medio comenzó con esa carta de Lord Balfour a Rothschild, y tiene razón si se refiere a la crisis actual porque en realidad los ingleses estuvieron más de un siglo echando las bases de ese conflicto.

Casi al mismo tiempo que Lord Balfour enviaba esa carta al banquero judío, el general Allenby, jefe de las fuerzas militares inglesas enviadas a Egipto para que tomaran parte en la guerra contra Turquía, vencía a los turcos en la tercera batalla de Gaza y el 9 de diciembre de 1917 entraba en Jerusalén, ciudad que tomó sin tener que disparar un tiro.

Con la ocupación de Jerusalén por las fuerzas de Allenby comenzó lo que históricamente se llama el Mandato Inglés en Palestina, que fue propiamente una ocupación militar de treinta años. Esa ocupación militar terminó un día antes de que se estableciera en Palestina el Estado judío, y ese Estado judío se hallaba presente, aunque en forma todavía embrionaria, en la carta de Lord Balfour al banquero Rothschild.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos y volvamos un poco atrás.

Los ingleses habían tratado de tomar Gaza dos veces y las dos veces habían sido derrotados por los turcos. La segunda batalla de Gaza, en la cual, como dijimos antes, había tomado parte del lado turco el general Nogales Méndez, se había dado en abril de ese año de 1917. Para el mes de junio había llegado a Egipto el general Allenby, pero recordemos que cuando Allenby tomó el mando de las fuerzas expedicionarias inglesas de Egipto, ya el levantamiento árabe tenía un año y las guerrillas árabes combatían por toda Arabia y hasta en territorio de Siria, de manera que la posición de las fuerzas turcas en la región era débil, y gracias a esa debilidad Allenby pudo ganar la tercera y última batalla de Gaza.

Sin la ayuda árabe los ingleses no habrían podido tomar Jerusalén y dominar la Palestina; y sin embargo cuando Allenby tomaba Jerusalén ya el gobierno inglés había planeado el establecimiento de un Estado judío en Palestina; pero como garantía de que Inglaterra cumpliría su parte en el acuerdo secreto Sykes-Picot, Allenby llevaba consigo fuerzas militares francesas, y en el banquete con que celebró su entrada en Jerusalén el jefe inglés tuvo de invitado de honor al coautor francés de ese acuerdo, es decir, a monsieur Picot en persona.

A partir de la toma de Jerusalén, ingleses y árabes, cada quien por su lado pero al mismo tiempo manteniéndose en contacto, avanzaron hacia el Norte con el plan de conquistar Damasco, que era entonces, es ahora y fue siempre la capital de Siria.

He dicho varias veces que Siria no era el país que es hoy. Siria era la suma de lo que ahora son Israel (pero sin la península de Sinaí), Jordán, la actual Siria y el Líbano, y en el acuerdo secreto de Sykes-Picot se había establecido que Siria y el Líbano pasarían a ser ocupados por los franceses, lo que explica la presencia de monsieur Picot en el banquete con que Allenby celebró la caída de Jerusalén.

Picot estaba allí porque, como parte de Siria, Jerusalén debía pasar a manos francesas, cosa que nunca ocurrió, por cierto, aunque como hubiera dicho Ruyard Kipling, el gran escritor inglés, ésa es una historia de la que tal vez hablaremos después.

Los que iban a acabar siendo dueños de Jerusalén y de toda la Palestina serían los judíos, no los franceses, y si los franceses no lo sabían, en cambio había ingleses que sí lo sabían, entre ellos el banquero Rothschild y su amigo Lord Balfour.

Damasco fue abandonada por los turcos y sus aliados alemanes el 1º de octubre de 1918, pero antes de que ellos salieran de la ciudad el edificio del Ayuntamiento había caído en manos

de los árabes. Allenby llegó unos días después. Él entró en la ciudad por un lado y por el otro entraba Faisal, el hijo de Hussein, el mismo Faisal que había iniciado en Medina, el 5 de junio de 1916, el levantamiento árabe. Allenby entró en Damasco en un Rolls Royce, el automóvil más lujoso y más caro del mundo, y Faisal entró en un caballo árabe, el mejor caballo del mundo (aplausos). Pero observen qué simbólico es ese episodio histórico; cómo simboliza la diferencia entre los países desarrollados y los países subdesarrollados, entre países imperialistas y países colonizados. Unos entran en automóviles de lujo y otros en caballos de lujo, pero hay una gran diferencia entre un Rolls Royce y un caballo, una diferencia de varios miles de pesos (risas).

En su biografía de Lawrence, Robert Payne cuenta que Allenby estableció su cuartel general en el hotel Victoria y que mandó un ayudante suyo en un Mercedes Benz rojo en busca de Faisal, pero Faisal le dijo que él iría en su caballo. Y aquí vamos a leer unos párrafos de Robert Payne, quien relata en ellos de manera concisa la parte esencial de la entrevista entre el jefe inglés y el jefe de los árabes.

Dice Payne:

“Se le hizo saber a Faisal que siguiendo los términos que fijaba el pacto Sykes-Picot (ya ustedes están enterados de que ese pacto fue hecho totalmente a espaldas de los árabes, y los árabes no tenían porqué cumplir un pacto en cuya elaboración ellos no habían intervenido) Francia obtendría el protectorado de Siria y por tanto el de Damasco. Faisal, como representante de su padre el rey Hussein, se haría cargo de la administración militar del territorio enemigo ocupado al este del Jordán, es decir, del territorio que va desde Akaba hasta Damasco. Faisal ocuparía el territorio hacia el este, pero todas las tierras que daban al oeste del Jordán y a lo largo de la costa siria quedarían en lo sucesivo fuera de su jurisdicción. A partir

de aquel momento todo el Líbano pertenecía directamente a la administración francesa, dos representantes aliados, uno francés y otro británico, quedarían agregados al Estado Mayor de Faisal para servir de ayuda y consejo”.

¿Cómo sería eso? (Risas). Ellos mismos le nombraban a Faisal los consejeros y los ayudantes y nosotros preguntamos cómo sería de abusiva esa actitud de los ingleses que el autor de la biografía de Lawrence de Arabia, Robert Payne, comenta por su cuenta la situación con estas palabras: “Era una negra y fría perspectiva ante la cual Faisal protestó enérgicamente”; y sigue diciendo Payne: “El día anterior una partida avanzada de árabes había capturado Beirut e izado la bandera jerifiana sobre la ciudad (Beirut era un puerto del Líbano y hoy es la capital del Líbano; la bandera jerifiana era la bandera de Hussein, el jerife de la Meca). Faisal preguntó al general Allenby qué era lo que se proponía hacer con tal ciudad (es decir, Beirut) y la respuesta del general fue breve: debía bajarse aquella bandera y los árabes estaban obligados a abandonar la costa. La exacta demarcación de las fronteras, dijo Allenby, se señalaría cuando se firmara el tratado de paz”. Faisal, describe Payne, se inclinó ante lo inevitable y abandonó el hotel. Y el propio escritor inglés agrega: “Una de las pocas fotografías que se conservan de aquellos días nos muestra a Faisal abandonando el hotel con una expresión de azoramiento y perplejidad que le hacía más débil y delicado que nunca entre aquella multitud de alborozados árabes”.

Así quedó reducida Siria en pocos minutos por la aplicación del acuerdo secreto Sykes-Picot, que los árabes vinieron a conocer gracias a la publicación que de él hicieron los bolcheviques; pero los árabes no detuvieron su lucha contra los turcos. El 25 de octubre tomaron a Aleppo y el día 29 cortaron la comunicación de Constantinopla, la capital de Turquía, con Bagdad, la antigua capital del Imperio Árabe. Al

día siguiente los turcos firmaban la paz y la Primera Guerra Mundial quedaba terminada en el Medio Oriente once días antes de que terminara en Europa.

Con la firma de la paz quedaba liquidado el Imperio Turco pero no quedaban libres los pueblos árabes, comenzando por Marruecos, allá en el extremo oeste de África del Norte. Ese país se hallaba ocupado por españoles y franceses, como explicamos en la charla anterior. Los franceses ocupaban Argelia y Túnez y en el Medio Oriente, Líbano y Siria; los italianos ocupaban la Tripolitania y Cirenaica, es decir, Libia; Inglaterra ocupaba Egipto y Sudán, la Somalia inglesa y también Palestina, con los territorios de lo que actualmente son Jordania e Iraq, así como lo que después serían Kuwait, el archipiélago de Bahrein, Qatar, Abu Dahi, Muscate y Omán, Yemén del Sur y Yemén.

En ese reparto Inglaterra se quedó con las tierras petroleras y el dominio de las vías de comunicación con el Oriente, y Francia, si no tomamos en cuenta a Marruecos, Argelia y Túnez que quedaban al Oeste, se quedó con el muy importante puerto comercial que era Beirut a través del cual podía salir la producción exportable de gran parte del Creciente Fértil y podía entrar, desde luego, lo que esa región era capaz de comprarle a Francia.

Siria, de la cual era parte el Líbano, había pasado a ser un objetivo muy preciso de los capitalistas franceses que habían obtenido junto con sus compadres de Inglaterra que en las discusiones del tratado de París firmado en 1856, Turquía aceptara el principio de que los países de Europa tenían derecho a intervenir en las dependencias turcas a cambio de reconocerle a Turquía el derecho de ser admitida como parte de Europa. Francia alegaba que ella tenía derechos históricos sobre Siria porque en Siria se habían establecido los reyes francos de la época de las Cruzadas, y eso es como si nosotros dijéramos que tenemos derecho a Cataluña y a Galicia

porque hace mil años nacieron en esos lugares nuestros antepasados (risas). Decía Francia, además, que a ella le tocaba darles protección a los cristianos de Siria que se hallaban en su casi totalidad en la provincia del Líbano porque esos cristianos eran descendientes de los sirios que habían sido convertidos al cristianismo por los cruzados.

Aunque sabemos que la mayoría de ustedes conoce lo que fueron las Cruzadas y los cruzados que las llevaron a cabo, sabemos también que hay una minoría que las desconoce y creemos que estamos en el deber de darles una idea de lo que fue ese movimiento histórico que comenzó a fines del siglo XI, en el año 1096, cuatro años antes de que terminara ese siglo, y terminó a fines del siglo XIII, en el año 1291, es decir, nueve años antes de que terminara el siglo XIII. Las Cruzadas fueron ocho en total, si no contamos la Cruzada de los niños, porque hubo una Cruzada de los niños, compuesta por miles y miles de niños que murieron en el camino de Jerusalén de hambre, de enfermedad, de frío, internándose en los bosques, huyendo por los desiertos. Murieron antes de llegar a Jerusalén, que era su destino, porque en Jerusalén estaban los que se llamaban antes los Santos Lugares. En realidad las Cruzadas fueron expediciones militares cuya finalidad aparente era quitarles a los turcos el Santo Sepulcro, es decir, el lugar donde se cree que fue enterrado Jesucristo, pero cuyo propósito verdadero era controlar las rutas comerciales hacia el Oriente que estuvieron durante toda la época del Imperio Árabe en poder de los árabes y más tarde iban a caer en manos de los turcos.

En las Cruzadas tomaron parte franceses y alemanes, ingleses y flamencos (los flamencos se llaman hoy holandeses y belgas) y también venecianos. Los venecianos eran los que más se beneficiaban del comercio entre Oriente y Europa. Las Cruzadas son un largo episodio de la historia europea que

duró 195 años, del cual no vamos hablar más por ahora porque esta charla está dedicada a otros asuntos, no a las Cruzadas. Si las hemos mencionado es para que ustedes se den cuenta de a dónde fueron los franceses del siglo pasado, allá en el año 1859, a buscar la justificación histórica de su intervención en lo que hoy es la República del Líbano y hace 120 años era una provincia de Siria, que a su vez era un territorio turco.

El caso es que en el año 1859 se llevaba a cabo en el Líbano una guerra feroz entre los drusos y los cristianos. Los drusos son una secta mahometana, que se originó precisamente en el siglo XI y su nombre le viene del fundador de la secta. La palabra secta significa un sector que interpreta la religión o parte de la religión en una forma diferente a los demás. Una secta cristiana son, por ejemplo, los Testigos de Jehová. Los drusos son una secta mahometana, y su guerra contra los cristianos del Líbano fue aprovechada por los franceses y los ingleses para enviar buques de guerra a patrullar frente a Beirut. (Observen, de paso, la relación estrecha que hay entre la religión y los buques de guerra). Una matanza de miles de cristianos en Damasco provocó una conferencia celebrada en París el 3 de agosto de ese año de 1859 en la que tomaron parte Rusia, Inglaterra, Prusia. (Prusia era parte de lo que hoy se llama Alemania. Alemania vino a existir con motivo de la guerra de 1870 de Prusia contra Francia, pues entonces fue cuando se fundó el Imperio Alemán, en el cual había un emperador y varios reyes de pequeños reinos, entre ellos el reino de Prusia. Los emperadores alemanes hasta el final del imperio alemán eran de origen prusiano). En esa conferencia participaron también Austria, Italia y desde luego Francia, y de esa conferencia salió la autorización para formar una expedición militar francesa que desembarcó en Beirut 8 mil hombres el 10 de agosto y recorrió una parte de Siria persiguiendo a los drusos.

Lo acordado en la conferencia de París fue que la expedición se mantendría en Siria seis meses, pero los franceses se entusiasmaron de tal manera que se quedaron en Siria dos años y solamente se fueron después que el gobierno turco acordó con delegados de varios países europeos que al Líbano se le daría una autonomía administrativa, es decir, que el Líbano manejaría su economía y nombraría sus propios funcionarios de gobierno. Además de que se quedaron dos años en Siria, los franceses se fueron y se quedaron, y se quedaron porque dejaron en aguas de Beirut varios buques de guerra. Esa intervención de 1859 iba a autorizar a Francia, muchos años después, a considerarse condueña del Líbano, y le daría derecho, dentro del verdaderamente increíble derecho imperialista, a llegar con los ingleses, muchos años después, al acuerdo secreto de Sykes-Picot.

Terminada la primera guerra europea, o lo que es lo mismo, pasado el año 1918, comienza la aplicación del acuerdo Sykes-Picot, y monsieur Picot es nombrado Alto Comisario de Francia en el Líbano, pero antes de un año su lugar será ocupado por el general Guraud.

El 7 de marzo de 1920, un congreso reunido en Damasco elige a Faisal, el hijo de Hussein, rey de Siria, incluyendo en su reinado al Líbano y lo que hoy es Palestina, y como es natural tan pronto se produjo ese hecho las fuerzas militares árabes comenzaron a poner en práctica el acuerdo que desconocía a las autoridades francesas en el Líbano y a las autoridades inglesas en Palestina, a lo que los franceses, con el también natural apoyo político inglés, respondieron con un ataque a fondo que los llevó hasta Damasco, lo que significó, desde luego, el fin del reinado de Faisal. Exactamente un año después, el 23 de agosto de 1921, Faisal fue coronado en Bagdad rey de Iraq. Esa fue la solución que le encontró Inglaterra al tremendo problema que se creó en Iraq con los levantamientos,

uno tras otros, del pueblo iraquí, que reclamaba para Iraq un rey árabe. En el caso de la familia de Hussein los ingleses en realidad no se portaban tan mal. Hussein quedó de rey en el Hedjaz, Faisal quedó de rey en Iraq; el mismo año en que Faisal fue elegido rey de Iraq, su hermano Abdullah fue designado emir de Jordania, que era entonces Transjordania, y murió siendo rey de ese país.

La jefatura militar francesa, instalada en Damasco, decretó la incorporación al Líbano de varios territorios sirios, y tanto los franceses como los ingleses se declararon mandatarios de Siria y Líbano los primeros, y los segundos de Palestina, incluyendo en Palestina el territorio que ahora se llama Jordania, o Transjordania, y en el año 1922 la Sociedad de las Naciones, también llamada Liga de las Naciones, que fue la antecesora de las Naciones Unidas, reconoció el derecho a esos mandatos, y Turquía renunció en la conferencia de Lausanne, que tuvo lugar en el año 1923, a lo que su gobierno llamaba derechos turcos sobre el Líbano.

En esa conferencia de Lausanne fue donde se resolvieron los problemas que el desmembramiento del Imperio Turco había creado a millones de personas, a empresas comerciales, a países extranjeros y especialmente a los departamentos de inmigración de esos países extranjeros, porque imagínense ustedes durante unos minutos nada más cuántos árabes andaban por el mundo con ciudadanía turca, con documentación turca, con pasaporte turco, y háganse cargo de que esos documentos perdieron su validez cuando esos territorios árabes dejaron de ser turcos, y no había con qué sustituirlos, y déense cuenta también de los perjuicios que esa situación estaba ocasionando a toda esa gente. Ya explicamos en la charla anterior que a los árabes de Palestina o de Líbano o de Siria que venían aquí se les llamaba turcos y que todavía la gente de mi edad les llama turcos, y ahora es cuando las gentes de mi edad nos

estamos acostumbrando a llamarlos árabes. Por ese sólo detalle podemos comprender lo que deja atrás cualquier acontecimiento histórico importante como lo fue la guerra de 1914-1918 y como lo fue la desmembración del Imperio Turco.

Seguramente ustedes habrán notado que a medida que hemos ido avanzando en este panorama histórico de los países árabes que estamos haciendo, hemos ido también reduciendo el campo de nuestro interés, y eso se explica porque el propósito de estas charlas no es presentarles a ustedes la historia de cada uno de los países árabes; es hablar de los conflictos actuales del Medio Oriente. Sólo que el conocimiento de lo que pasa hoy en el Medio Oriente requiere el conocimiento, así sea superficial, de la historia de los pueblos que están envueltos en esos conflictos; y esos pueblos son, por un lado Israel, y por el otro todos los pueblos árabes, pero principalmente los que han sufrido las consecuencias directas del establecimiento del Estado de Israel, esto es, Palestina, que fue arrancada de Siria junto con la Transjordania con el propósito de que su territorio pasara a poder de los judíos; Jordania, que después de su creación como Estado árabe ha visto y sigue viendo parte de su territorio ocupado por Israel; Egipto, al que le está sucediendo otro tanto porque Israel ocupa toda la Península del Sinaí, que es egipcia desde tiempo inmemorial; Líbano, atacado a menudo por acoger a los palestinos que tratan de recuperar su país y hasta atacado desde adentro como acaba de suceder en estos mismos días con la guerra civil desatada por la Falange, un partido que se opone a que se les dé ayuda a los palestinos, una guerra que ha costado en pocos días un número altísimo de muertos y heridos*.

* Esas palabras fueron dichas el 19 de agosto de 1975. Menos de un año después, para fines de mayo de 1976, los muertos de la guerra libanesa se calculaban en más de 25 mil.

Además, ayer mismo estaba leyendo en el *New York Times* que los israelíes están atacando la parte sur del Líbano dos veces al mes, o tres veces al mes, y se llevan presos incluso a ancianos. La semana pasada se llevaron preso a uno de 75 años que no quiso decirles cuáles eran los libaneses de ese lugar (una pequeña aldea) que cansados de los ataques israelíes han resuelto convertirse en comandos y defender sus casas y sus vidas con escopetas y con fusiles y con granadas y con lo que aparezca. Como ese anciano no quiso decir los nombres, a las tres de la mañana se lo llevaron preso para Israel, y los informes sobre ese caso los da su señora, que es también una anciana. Siria, cuya capital ha sido bombardeada varias veces, ha perdido los cerros de Olán, que están ocupados militarmente por Israel.

Empecemos por el caso de Egipto, que durante la Primera Guerra Mundial, debido a que estaba ocupado por los ingleses desde el 1882, se convirtió en la base militar de los aliados para atacar el Imperio Turco, al principio utilizando solamente a los árabes que buscaban su independencia y después lanzando a la batalla tropas de varias nacionalidades como vimos al referirnos al ejército de Allenby. Hace poco dijimos que ese ejército llevaba tropas francesas, pero también llevaba tropas hindúes, tropas australianas, tropas neozelandesas; es decir, de todos los países del Imperio Británico. Desde luego, el hecho de haber sido la base militar aliada de esa región durante cuatro años determinó que en Egipto corriera a montones la moneda inglesa, que es la libra esterlina, pero no la libra esterlina devaluada de hoy sino la vieja, la libra del imperio poderoso, la libra del imperio inglés, del león británico que hoy está sin dientes y hasta medio ciego (risas).

Aquella libra esterlina valía cinco dólares, pero cinco dólares de principios de este siglo que equivalían a más de 20 dólares de hoy; y sucedía que para la época a que nos estamos

refiriendo, y desde 1882, los negociantes, banqueros e industriales extranjeros no tenían que pagar en Egipto ninguna clase de impuesto. Imagínense ustedes cómo ganarían dinero esos extranjeros en los años de la abundancia de la libra esterlina. Pero al mismo tiempo los egipcios, que montaron y desarrollaron industrias y negocios y bancos, tenían que pagar impuestos y no podían sentirse contentos con esa discriminación que les hacía sufrir en su patria por el hecho de ser egipcios. ¡Qué bien se hubieran sentido en Egipto en esos años ciertas compañías que nosotros conocemos en nuestro país! (Risas).

Pero en eso llegó el lechero y tocó en la puerta. El lechero fue la gran crisis de 1929 que sacudió hasta las entrañas a todo el mundo capitalista, y como la reina del sistema era entonces Inglaterra (todavía los Estados Unidos no eran más que los virreyes) y los ingleses han aprendido, precisamente haciendo negocios, a ser previsores, vieron con ojos claros lo que estaba produciendo en el mundo, hablando en términos políticos, esa crisis de 1929, y decidieron actuar en consecuencia en todos los países de su imperio, que era el más rico y más complejo que ha conocido la historia del mundo, y desde luego actuaron en Egipto.

Ahora bien, ¿qué era lo que estaba sucediendo en el mundo, en el orden político?

Aunque lo hemos dicho varias veces, estamos en la obligación de repetirlo esta noche y de repetirlo otras veces en el porvenir, porque es necesario que los dominicanos nos hagamos cargo de las relaciones estrechas que hay entre los acontecimientos económicos y los acontecimientos políticos. En este país, por ejemplo, hay gente que tiene negocios y hasta negocios muy buenos, y dicen que ellos no se meten en política y que a ellos la política no les importa para nada; pero sucede que dentro de un sistema capitalista, aunque sea tan atrasado

como el que estamos viviendo aquí, la política y los negocios caminan tan juntos como una persona y su sombra. La crisis comenzó en los Estados Unidos en octubre de 1929 y el 23 de febrero de 1930, es decir, menos de cuatro meses después caía aquí el gobierno de Horacio Vásquez y tomaba el poder Trujillo, aunque aparentemente no lo tomó entonces porque quien pasó a ser presidente fue el Lic. Estrella Ureña, que gobernó hasta el 16 de agosto, día en que Trujillo se hizo cargo de la presidencia de la República. La crisis se reflejó en Guatemala, donde el gobierno de Orellana fue derrocado por Ubico, que estableció una dictadura que vino a caer en el año 1944; en El Salvador cayó el presidente Araujo y fue sucedido por un Directorio Militar, y éste por Ignacio Menéndez, y éste por Maximiliano Martínez que creía en brujerías, en botellas de aguas de colores y mensajes del más allá, lo cual no le impidió hacer una matanza de miles de indios y llevarse por delante a muchos que no eran indios; pero también al lado de El Salvador cayó el gobierno del presidente Mejía Colindres de Honduras, derrocado por Carías a quien le llamaban el hombrón de Zambrano porque era un gigante de 6 pies y pesaba como 300 libras, pero a lo que le pesó Carías de verdad fue al pueblo hondureño, porque no soltó el poder hasta el año 1949. En Nicaragua, como resultado de esa crisis tomaron el poder los Somoza y todavía están ahí. Hasta en la democrática Costa Rica hubo rebeliones contra el gobierno de León Cortés. En Haití cayó el gobierno de Bonó y en Cuba hubo siete gobiernos desde que cayó el de Machado el 12 de agosto de 1933 hasta que Fulgencio Batista tomó el poder en el 1940. En el Ecuador la crisis se llevó por delante diez gobiernos en diez años. En el Perú cayó la dictadura de Leguía y fue seguida por siete gobiernos en cuatro años, entre ellos por el del general Luis Sánchez Cerro a quien mataron estando en un juego de foot-ball. Hasta en el democrático Chile hubo

cinco gobiernos entre 1929 y 1932. En la Argentina cayeron los gobiernos civiles que habían estado gobernando desde mediados del siglo XIX. El último de esos gobiernos fue el de Hipólito Irigoyen, derrocado en 1930 por un golpe militar que encabezó el general Uriburu, y ya la situación argentina no volvió a normalizarse más, ni siquiera con el gobierno de Perón. En el Brasil había un gobierno encabezado por el presidente Washington Luis Pereira, al que arrastró la crisis, y en el Sur estalló una revolución encabezada por Getulio Vargas. Por aquella época un periodista venezolano decía que lo del Brasil era un desorden porque ese jefe revolucionario debía llamarse Tulio G. Vargas en vez de Getulio Vargas. Bien, la dictadura de Getulio Vargas fue una dictadura fuerte, que incluso pretendió establecer en el Brasil el régimen fascista mediante el llamado Estado Novo; sin embargo, tomó muchas medidas a favor del pueblo, lo que lo llevó de nuevo al poder en 1951. Getulio Vargas se suicidó estando en el poder allá por el año 1954 porque no pudo resistir las presiones norteamericanas.

En Europa esa crisis produjo, entre otras cosas, caída de la monarquía española en el año 1931 y el establecimiento de la república, y se produjo la subida al poder en el año 1933 de Hitler en Alemania, aunque no el movimiento fascista. El movimiento fascista había comenzado en Italia en el año 1919 organizado por Benito Mussolini, que se llamaba Benito porque su padre, que era socialista, le había puesto ese nombre en honor de Benito Juárez. Observen qué peligroso es ponerle a un hijo el nombre de una personalidad a quien uno admira, porque ese Benito de Italia fue todo lo contrario del Benito de México.

Benito Mussolini era socialista cuando creó el movimiento fascista en Italia en el año 1919. El fascismo era una creación típica de la pequeña burguesía, fundamentalmente de

las capas de la baja pequeña burguesía. La pequeña burguesía italiana salió de la guerra de 1918 con todos los caminos cerrados; empobrecida porque había tenido que irse a las trincheras a pelear y abandonar los pequeños negocios que tenía, o el empleo, y el que quedó vivo quedó hambriento. Pero organizó el movimiento fascista a base de restauración del orden y restauración del antiguo Imperio Romano y saludos militares con los brazos en alto como saludaban los romanos, y camisas negras y paso militar. Todo eso era muy aparatoso, muy teatral, pero lo peligroso es que cuando el movimiento fascista quedó organizado nacionalmente el gran capital italiano se dio cuenta del poder político que tenía el fascismo, pactó con él y lo llevó al gobierno. Por eso el fascismo llegó al poder de la manera más fácil, con una marcha sobre Roma. Partiendo de toda Italia, a pie y cantando la Giovanneza, que era su himno, los fascistas llegaron a Roma y el rey de Italia llamó a Benito Mussolini y lo hizo jefe del gobierno, porque ustedes saben que los reyes no son jefes de gobierno, son jefes de Estado, como los presidentes de las repúblicas. Fuera de estos paisitos nuestros, que quieren copiar a los Estados Unidos, los presidentes de la república son jefes de Estado, no jefes de gobierno. El jefe de gobierno es el jefe del Gabinete, el primer ministro en los países de Europa. En Cuba, por ejemplo, el presidente de la República es Osvaldo Dorticós, y el jefe del gobierno es Fidel Castro, que es el primer ministro. Fidel Castro no es el presidente de la República, es la personalidad más destacada porque fue el jefe de la revolución cubana, pero no es el presidente de la República. Ayer, cuando llegó el presidente Echeverría de México a Cuba, quien fue a recibirlo al Aeropuerto José Martí fue el presidente Osvaldo Dorticós. ¿Por qué? Porque Echeverría es Jefe de Estado y Fidel no es Jefe de Estado. Fidel es jefe de gobierno.

Pues bien, Benito Mussolini pasó a ser jefe del gobierno italiano, estableció su dictadura y eso animó a Hitler, que había sido cabo del Ejército alemán aunque él no era alemán sino austríaco. Hitler pensó que si Benito Mussolini llegó tan fácilmente a ser jefe del gobierno italiano él podía hacer lo mismo en Alemania y se puso a organizar el Partido Nazi. Nazi son dos sílabas extraídas de las palabras nacional-socialista, que era el nombre del partido fundado por Hitler.

Hitler llegó al poder por elecciones, pero como resultado de la gran crisis mundial de 1929. Su campaña para llegar al poder fue contra los judíos y contra los bolcheviques, y aunque el capitalismo europeo estaba muy vinculado a los judíos porque los judíos, por razones a las que nos referiremos en la próxima charla, habían desarrollado gran capacidad para dirigir empresas capitalistas, el gran capital alemán ayudó a Hitler a ir al poder, y lo financió en la campaña electoral. Firmas como la Krupp, que era una fábrica de armas mundialmente poderosa, financiaron a Hitler azuzándolo para que atacara a la Unión Soviética. Por eso lo llevaron al poder, porque esperaban que Hitler iba a producir un ataque a la Unión Soviética, como efectivamente lo produjo, pero muchos años después.

En el año 1935 Mussolini se lanzó a la conquista de Etiopía, que era el país más viejo de África. Se decía que el trono de Haile Selassie venía de sus antepasados directamente en dos mil años, es decir, que el señor Haile Selassie, que todavía vive, muy anciano, y que fue derrocado el año pasado por un movimiento militar, mantenía en Etiopía un régimen completamente feudal. Mussolini tomó Etiopía y Eritrea, que cierra la puerta de Etiopía por el Mar Rojo, y debemos tener en cuenta que Italia tenía la Somalia italiana, situada al sudeste de Etiopía.

La Primera Guerra Mundial fue una guerra hecha por todos los países poderosos capitalistas del mundo con el propósito de repartirse los territorios dependientes ricos en materias

primas. Esa guerra fue una guerra de reparto de las materias primas mundiales. Pero como las materias primas están en determinados lugares, el carbón está en tales minas, y el oro está en tales minas y el plomo en tales sitios y los cocos en tales otros, los países poderosos no iban a buscar las materias primas sino que se cogían los países porque junto con los países venían las materias primas para desarrollar sus industrias. Pero la Segunda Guerra Mundial tuvo otro origen. En realidad, Hitler fue estimulado por el gran capital mundial a ir armando a Alemania hasta convertirla en una gran potencia militar con el propósito de que atacara a la Unión Soviética; no con el propósito de que atacara a otro país sino a la Unión Soviética. Pero una vez armado, Hitler empezó su acción uniendo a Austria y Alemania, formando el Ansch Luss; después tomando en el mes de abril de 1939 a Checoeslovaquia y luego a Polonia, ya al comenzar el mes de septiembre de 1939.

Cuando los ingleses y los franceses, que habían estado entusiasmando a Hitler con el caramelo del ataque a la Unión Soviética vieron que estaba ocupando a Polonia, que era un país creado al final de la Primera Guerra Mundial con el propósito de que sirviera de tapón entre Rusia y Europa, y que efectivamente no sólo sirvió de tapón sino que sirvió de base para los ataques del ejército francés a la Unión Soviética en los primeros años de la Revolución Rusa; cuando vieron que Hitler atacaba a Polonia, que era el escudo de Inglaterra y de Francia en el este de Europa, Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania. Antes de declararle la guerra a Alemania (y es muy importante que tengamos esto en cuenta) los franceses habían hecho en la frontera con Alemania unas fortificaciones gigantescas de miles de kilómetros, la llamada línea Maginot, que era una serie de fuertes corridos, unos detrás de otro, muy bien artillados, con mucha artillería; fuertes que se consideraban inconquistables por los alemanes. Los

franceses azuzaban a Hitler a la guerra contra la Unión Soviética pero también se preparaban para evitar que Hitler pudiera lanzarse contra Francia.

Esa Segunda Guerra Mundial fue provocada por la crisis del año 1929, puesto que fue la crisis del año 1929 la que creó las condiciones políticas, económicas y sociales para que esa guerra se produjera. Los ingleses vieron más claro que Francia y más claro que otros países, como dijimos hace un rato, porque como estaban acostumbrados a hacer negocios a nivel mundial, y la actividad comercial enseña a la gente a defender sus chelitos, los líderes ingleses adquirieron la costumbre de prever los acontecimientos.

Por eso en el año 1936 vieron que la situación egipcia no andaba bien y llegaron a un tratado con Egipto. En ese tratado los ingleses renunciaban a seguir protegiendo a los extranjeros que no pagaban impuestos en Egipto, es decir, renunciaban a seguir protegiendo lo que se llamaba la inmunidad fiscal, y aconsejaron a los países que tenían nacionales suyos en Egipto con industrias y con negocios que hicieran lo mismo. En la conferencia de Montreux, que tuvo lugar en el año 1937, Egipto consiguió que se reconociera su derecho a cobrarles impuestos a los extranjeros, y eso venía a conseguirse cuando faltaban solamente dos años y unos meses para que estallara la Segunda Guerra Mundial.

Por entonces en Egipto reinaba el joven Farouk I. En el año 1937 Farouk tenía solamente 18 años, y el gobierno, que era un gobierno muy limitado dada la situación de país ocupado militarmente que tenía Egipto, era el del Partido llamado Wafd, palabra que quería decir delegación, porque ese partido fue fundado por tres hombres que a los dos días de haber terminado la Primera Guerra Mundial, esto es, el 13 de noviembre de 1918, se fueron al palacio donde tenía sus oficinas el Alto Comisionado inglés, es decir, el jefe inglés en

Egipto, a pedirle la independencia egipcia. Naturalmente que no consiguieron la independencia, pero su gesto los convirtió en figuras nacionales y con esa categoría pasaron a formar el partido Wafd, que entre otras cosas consiguió de los ingleses que se les reconociera a los egipcios el derecho a votar y a darse una Constitución; pero eso sí, una Constitución tenía que reconocerle a Inglaterra estas simplezas: el control de la comunicación del Imperio, es decir, del Canal de Suez y del Mar Rojo; la defensa militar del país, (y aquí leemos entre comillas, para que ustedes se den cuenta de todo lo que abarcaba esa frase) “contra toda agresión o interferencia directa o indirecta”; la protección de los intereses extranjeros y por último la situación del Sudán, que quedaba, y volvemos a leer entre comillas, “a la discreción de Su Majestad Británica”. El Wafd llegó al poder en enero de 1924.

Los ingleses iban cediendo en Egipto porque preveían que podían presentarse malas situaciones y se adelantaron a esas malas situaciones; y el Wafd, como todo partido populista, multclasista y nacionalista revolucionario (definición, quiero aclarar aquí en esta oportunidad, que nunca aceptamos, así como tampoco aceptamos la de izquierda democrática porque las dos son dos mentiras. No hay nacionalismo revolucionario ni hay izquierda democrática), acabó destruido por la corrupción y la falta de principios ideológicos. El Wafd iba a desaparecer, junto con Farouk I, al producirse el golpe de los coroneles que organizó Gamal Abdel Nasser. Al comenzar el 1º de septiembre de 1939 la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra declaró el estado de sitio en Egipto. Italia, aliada de Alemania desde mayo de ese año, es decir, de 1939, le declaró la guerra a los ingleses y a los franceses en el año 1940, el 10 de junio, día que era aniversario del levantamiento de la Meca, ocurrido veinticuatro años antes. Desde la Somalia italiana, Italia había pasado a tomar la Somalia inglesa de manera que

le cerró el golfo de Adén a Inglaterra y comenzó a atacar Sudán desde Libia y desde Somalia, y a atacar Egipto también desde Libia. Es más, Arabia, que no tomaba parte en la guerra, fue bombardeada por una flotilla de aviones italianos que salieron de Eritrea y bombardearon territorio de Arabia Saudita. Pero lo más grave que pasó entonces fue que Italia les dio a los alemanes la base de Libia que era italiana, la antigua Trípoli y Cirenaica; y les dio esas bases para que desde ellas las fuerzas de Hitler atacaran el Ejército inglés en Egipto y las comunicaciones inglesas y francesas con los países árabes de la costa del Medio Oriente. Con esas bases Alemania formó un poderío militar en Argelia. Ese poderío alemán fue organizado en el Afrika Corps, es decir en el cuerpo africano que había actuado en Arabia y en Palestina y en Siria en la Primera Guerra Mundial. El Afrika Corps estuvo comandado por uno de los más brillantes generales que dio la Segunda Guerra Mundial, el general Rommel, a quien los propios ingleses bautizaron con el nombre de Zorro del Desierto.

Los ingleses se vieron apretados al comenzar el año 1942, y como no hay verdad más segura que aquella de que los enemigos de mi enemigo son mis amigos, el pueblo egipcio, es decir, esa suma de capas sociales que componen lo que nosotros llamamos pueblo de un país subdesarrollado, dependiente y colonizado; esa masa era partidaria de los alemanes porque estos eran los enemigos de su enemigo, que era Inglaterra, y ya los egipcios no resistían ni siquiera el olor de una pipa inglesa, tanta era la explotación que habían sufrido no solamente de parte de los ingleses, sino también de parte de los protegidos de los ingleses.

La inclinación de la masa egipcia a Alemania hacía sumamente peligrosa la situación de Inglaterra, que necesitaba que el gobierno egipcio estuviera en manos de gente confiable, manos de gentes en quienes los ingleses tuvieran fe absoluta;

y eso es lo que explica que esos señores británicos, campeones de la ley y del orden aunque no tienen Constitución, dieron un golpe de Estado en Egipto debido a que el rey Farouk se negaba a disolver el gobierno del país para poner en su lugar uno encabezado por el líder del Wafd, que en ese momento era Nahas Pashá. El rey se negó, pero al despertar al día siguiente se encontró con que al pie de su cama estaba nada menos que el alto comisario inglés en Egipto y el general en jefe de las fuerzas militares inglesas, el primero con un papel en la mano, que era el decreto real disolviendo el gobierno y nombrando a Nahas Pashá primer ministro, y el segundo con una fusta muy inglesa en la mano. No tenía pistola ni le hacía falta, porque el Palacio Real estaba rodeado de tanques armados de buenos cañones británicos y tripulados por oficiales y soldados también británicos.

Al sustituto de Nahas Pashá lo mataron, por cierto un 27 de febrero, el del año 1945. Ese día el primer ministro, jefe del gobierno egipcio, había pedido que se les declarara la guerra a Alemania y al Japón. A Italia no había que declarársela porque en Italia se había producido un golpe de Palacio contra Mussolini y éste había sido hecho preso y su sucesor en la jefatura del gobierno, el mariscal Badoglio, había hecho la paz con los aliados y en octubre le había declarado la guerra a Alemania, cuyas fuerzas ocupaban toda Italia, incluyendo Roma, la capital del país. (Un golpe de Palacio es un golpe de Estado, pero en vez de darlo los militares subalternos lo da el rey, y fue el rey de Italia quien organizó el golpe para sacar del gobierno a Benito Mussolini, que desde el año 1922 era jefe de gobierno). El terror se desató en Egipto de tal manera que cinco años después del asesinato del sustituto de Nahas Pashá mataron a otro primer ministro (era peligroso ser primer ministro en Egipto en esa época) y en medio de ese mar de terror, los ingleses y los egipcios negociaron la salida de

Inglaterra de la región del Delta del Nilo antes del 31 de marzo de 1947 y de la zona del Canal de Suez antes del 1º de septiembre de 1949. Sin embargo los dos países continuaron siendo aliados y la defensa de Egipto estaría dirigida por un comité mixto compuesto de ingleses y egipcios. Mientras tanto la corrupción era tan grande como la ola de terror; el rey Farouk, por ejemplo, pasó a ser el hombre más corrompido del mundo, no solamente como hombre sino también como rey.

Y hasta aquí llegamos con Egipto porque al llegar a este punto nos estamos acercando al momento crítico de la historia contemporánea del Medio Oriente, que es el 15 de mayo de 1948, día en que los ingleses debían abandonar Palestina. Pasemos ahora a la Transjordania, nombre que significa al otro lado del Jordán.

El territorio que se conoce hoy con este nombre había sido, como dijimos esta noche, parte de Siria lo mismo que Palestina. Ahí no había habido nunca un Estado. El Estado de Transjordania fue creado por los ingleses en 1920. En el mes de julio de ese año, cuando fue destronado en Siria Faisal, el hijo de Hussein, su hermano Abdullah Ibn Hussein* se fue inmediatamente a la región de Jordania y se puso a organizar un levantamiento de las tribus para reponer a su hermano Faisal en el trono de Siria. Los ingleses se enteraron de eso y lograron convencerlo de que no lo hiciera; le dijeron que su hermano pasaría a ser rey de Iraq, como efectivamente pasó a

* La partícula Ibn quiere decir 'hijo de'; así es que cuando ustedes lean un nombre como Abdullah ibn Hussein, sepan que quiere decir Abdullah el hijo de Hussein, así como Gutiérrez, o López o Pérez quiere decir el hijo de Gutier, el hijo de Lope y el hijo de Pero, y Gómez el hijo de Gomar, pues en la lengua española la terminación 'ez' quiere decir 'el hijo de', lo mismo que en Rusia la terminación 'ev' y la terminación 'ov' quieren decir 'hijo de'. Así, el nombre de Lenín era Viadimir Ilich Ulianov, es decir, Baldomero Ellas, el hijo de Julián (aplausos). Debo decirles que en español esto de 'hijo de' se conservó hasta el mismo siglo XV; es decir, hasta el siglo de la Conquista se decía 'el hijo de' y después se pasó a usar el 'ez'.

ser, y lo designaron a él emir de Transjordania, y Abdullah estuvo gobernando a Transjordania como emir hasta que pasó a ser rey y como rey murió asesinado como explicamos ya. La designación de Abdullah Ibn Hussein como rey de Transjordania fue hecha en el año 1921 al mismo tiempo que su hermano pasaba a ser rey de Iraq.

Transjordania fue separada de Palestina en varias formas, no sólo porque en su territorio se constituyó un país nuevo, sino porque en este territorio no se pensó siquiera en llevar judíos. En ese sentido Transjordania iba a ser diferente de Palestina. En el año 1937 se le confirió a Transjordania categoría de Estado pero bajo protección inglesa; en el año 1939 se estableció un consejo ejecutivo de gobierno con miembros o secretarios de Estado como decimos aquí, miembros que eran ministros, y el emir Abdullah quedó autorizado para abrir consulados en el extranjero y al mismo tiempo se organizó el Ejército, la conocida Legión Árabe, que fue comandada desde el primer momento y en realidad organizada por él, por el general John Bagott Glubb, inglés a quien se conoce en los países árabes con el nombre de Glubb Pashá.

Después de terminada la Segunda Guerra Mundial Abdullah fue hecho rey; el primero de la dinastía hashemita de Transjordania. Esto último sucedió en mayo de 1946 y exactamente dos años después iba a comenzar un nuevo capítulo en la historia de toda esa región, que se iniciaría con la retirada inglesa de Palestina. Más tarde seguiremos relatando lo que sucedió en Jordania a partir de ese momento.

Vamos a ver qué sucedió en El Líbano después que Faisal fue destronado, al terminar el mes de julio de 1920, de su posición de rey de Siria.

En ese mismo año Francia nombró un Alto Comisionado para Siria y Líbano, que hasta el 1925 fue siempre un general. En cuanto al Líbano, el alto comisionado nombró a un gober-

nador que también era francés. Al comenzar el mes de marzo de 1922 se estableció un consejo que era una especie de Cámara de Diputados formada por representantes elegidos por las comunidades religiosas, porque en el Líbano había varias comunidades religiosas como veremos luego.

En 1923 la Liga o Sociedad de las Naciones le dio a Francia mandato para que gobernara Líbano y Siria. Los cristianos maronitas, que era una de las comunidades religiosas del Líbano, muy pro-franceses por cierto, respaldaron el mandato que se le dio a Francia; pero sucedió que los franceses ampliaron territorialmente el Líbano a costa de Siria y eso tuvo un efecto contrario a los intereses de los maronitas, porque a pesar de que cristianos y mahometanos quedaron en proporciones iguales o casi iguales, sucedía que en el terreno político la sociedad estaba dividida en tres grandes corrientes; una que era pro-francesa, partidaria del mandato francés; los nacionalistas que lo que querían era la independencia del Líbano, y los partidarios de que el Líbano se quedara integrado a la Gran Siria.

Esa división condujo al país a una situación política difícil en los años 1922 y 1923, en que hubo luchas callejeras y asesinatos de personalidades políticas. Cuando se estableció la república en el año 1926 se acordó que el presidente sería siempre un cristiano maronita; el primer ministro jefe de gobierno, un mahometano de la secta suni, y el presidente de la Cámara, un mahometano también, pero de la secta chi'i. Mientras tanto, Beirut fue convirtiéndose en el centro comercial más importante del Oriente Medio, y las luchas por la independencia fueron profundizándose en la medida en que crecía la importancia económica del país. Debido a la excepcional posición geográfica que ocupa, el Líbano resultó menos afectado por la crisis de 1929 que otros países, pero esa misma posición geográfica le causó perjuicios cuan-

do estalló la Segunda Guerra Mundial porque esa guerra paralizó de golpe la economía en todas partes, y especialmente en esa región.

Debemos tener presente que el Líbano era una dependencia política de Francia y que a causa de la guerra Francia quedó dividida, primero entre alemanes y franceses, porque los alemanes ocuparon el norte de Francia, incluyendo a París, en el año 1940; y después quedó dividida entre franceses también porque los franceses se dividieron unos en partidarios del gobierno francés que encabezó el mariscal Petain, que estableció su capital en el balneario de Vichy en el sur de Francia, y otros en partidarios de los franceses libres cuyo jefe era De Gaulle, que había establecido su cuartel general en Londres. Quiere decir que como dependencia de Francia, el Líbano tenía que sufrir las consecuencias de todas esas divisiones, y efectivamente las sufrió. En el Líbano algunos franceses, militares y civiles, se unieron a De Gaulle y otros al gobierno de Vichy; y el gobierno de Vichy nombró para fines de noviembre de 1940 un alto comisario para Siria y el Líbano que no llegó ni a Siria ni al Líbano porque desapareció en el camino. Se supone que el avión en que viajaba fue derribado por alguno de los barcos de guerra ingleses que merodeaban por las aguas del Mediterráneo, porque es el caso que no se encontró ni rastro del avión. Cuando desapareció ese alto comisario de Vichy, Vichy mandó otro, que fue el general Dentz. Ese sí logró entrar en el Líbano. Llegó a Beirut e inmediatamente impuso la autoridad del gobierno de Vichy; arrestó a los militares franceses partidarios de De Gaulle, y mientras eso sucedía aviones alemanes llegaban a la capital de Siria de paso, a tomar gasolina para seguir viaje hacia Iraq donde se había producido un fuerte levantamiento organizado por funcionarios diplomáticos alemanes.

Ese levantamiento árabe era pro-nazi o pro-alemán porque en Iraq pasaba lo mismo que en Egipto: los iraquíes no querían

saber de los ingleses. La situación se hizo tan crítica que ingleses y franceses libres se lanzaron a la acción militar en Siria y en el Líbano el 8 de junio de 1941 bajo el mando aparente del general Catroux, que era un enviado de De Gaulle; pero en realidad, no era bajo el mando del general Catroux, porque cuando el general Dentz pidió armisticio quienes lo concedieron y lo firmaron en San Juan de Acres fueron los ingleses, y en los documentos de ese armisticio ni se mencionó al general Catroux ni se mencionó a los franceses libres para nada*. Ahora bien, el general Dentz, aunque era un militar partidario del gobierno de Vichy, era más francés que partidario del mariscal Petain y se negó a entregarles el gobierno a los ingleses y se lo entregó al general Catroux, es decir, a otro francés.

Desde el 8 de junio, o lo que es lo mismo, desde que se lanzaron a la guerra ingleses y franceses libres contra los franceses de Vichy, el general Catroux les había prometido a los libaneses la independencia, y volvió a prometérsela el 26 de noviembre. Mientras tanto, la situación económica del Líbano se deterioraba a la carrera y con ella se deterioraba la situación política. En junio de 1943 De Gaulle nombró a un sustituto de Catroux que convocó a elecciones para formar una Cámara Legislativa, es decir, una especie de Cámara de Diputados, que debía estar compuesta, de acuerdo con la convocatoria, por 30 diputados cristianos y 25 diputados mahometanos. En total eran 55. El 21 de septiembre esa Cámara eligió presidente de la República a Bechara el Khoury y lo eligió por cierto por una mayoría abrumadora, 44 votos contra 11.

* Armisticio es una palabra compuesta de dos: arma, y la palabra latina statio. Statio quiere decir parar, estacionar; de ahí viene la palabra estación, por ejemplo. Es decir que armisticio significa parar el fuego de las armas. En una batalla o en una guerra el que se siente perdido pide armisticio, esto es, que se pare el fuego, y tan pronto se concede el armisticio el fuego se para.

El 10 de diciembre, el delegado general francés, el sustituto de Catroux, ordenó el arresto domiciliario del presidente de la República.

Tan pronto se supo la noticia de que el presidente Bechara el Khoury estaba preso comenzaron los levantamientos populares en las ciudades y en los campos, y el general De Gaulle volvió a mandar a Catroux al Líbano inmediatamente, pero ya con la categoría de comisario de Estado, para Siria y Líbano, no solamente como alto comisario de Líbano. Y Catroux procedió a normalizar la situación y a negociar la independencia del Líbano, que se acordó para el 1º de enero de 1944. Bechara el Khoury volvió a la presidencia de la república y una de sus primeras medidas fue declararles la guerra a los alemanes; otra medida importante suya fue el papel de primera categoría que jugó en la organización de la Liga Árabe, cuyos protocolos preparativos fueron firmados en Alejandría, Egipto, el 7 de octubre de 1944.

El 1º de enero de 1947 salieron los últimos soldados franceses del Líbano, aunque Francia mantuvo el control del puerto de Beirut y de la Banca de Siria y Líbano, que eran un solo banco. A partir de la salida de los últimos soldados franceses en el Líbano no se dieron acontecimientos importantes para el mundo, hasta que se produjo la evacuación inglesa de Palestina, como dijimos ya, el 15 de mayo de 1948.

Por ahora vamos a dejar el Líbano y vamos a trasladarnos a Siria, país cuya historia contemporánea estuvimos viendo hasta el destronamiento del rey Faisal, que tuvo efecto al finalizar el mes de julio de 1920.

Exactamente dos años después del destronamiento de Faisal y la ocupación de Siria por fuerzas militares francesas, la Liga de la Sociedad de las Naciones aprobó el mandato francés para Siria y Líbano. El mandato para Siria especificaba que los franceses establecerían gobiernos locales, uno para la región

donde los habitantes pertenecían mayoritariamente a la secta alawi, otro para la región donde la mayoría de los pobladores eran drusos (ya explicamos antes lo que quiere decir la palabra drusos) y otro gobierno local para el resto del país.

Ahora bien, los franceses iban a tener problemas en Siria antes de lo que a ellos les habría gustado. El más serio de esos problemas iba a ser el levantamiento de los drusos bajo la jefatura del sultán Al Atrash, y la alianza que los seguidores de Al-Darazi, que fue el creador de la secta drusa en el siglo XI, hicieron con los nacionalistas sirios del Partido del Pueblo. La rebelión cubrió casi todo el país en un momento y fue muy larga, de más de dos años. Los drusos son soldados muy intrépidos; son como los kurdos, gente de pelea. Los drusos y sus aliados los nacionalistas llegaron a tomar partes de la capital, es decir, de la ciudad de Damasco, y los franceses respondieron a esa toma bombardeando la ciudad durante dos días seguidos. Para el 1927 el levantamiento había sido dominado y para 1928 hubo elecciones cuya finalidad era elegir diputados a una asamblea encargada de redactar la Constitución del país. Las elecciones fueron ganadas por los nacionalistas, esto es, por el Partido del Pueblo, y la Constitución se hizo, pero los franceses no la aceptaron porque en ella se mencionaba la unidad geográfica de Siria, la Gran Siria, la Siria de antes, y además no se reconocía en ella con suficiente amplitud que al quedar el país libre los franceses seguirían manteniendo control de muchas actividades, como vimos que había sucedido en el Líbano. Y naturalmente, cuando se sabe que Francia no reconoció la Constitución que había sido hecha por delegados elegidos por el pueblo, uno tiene que repetir lo que dijo una persona conocida de todos ustedes: "Elecciones, ¿para qué?".

Lo que no sabían los gobernantes de Francia era que detrás del rechazo a la Constitución que habían escrito los diputados sirios, iba a desatarse la crisis económica mundial

de 1929, y aun con la crisis ya en marcha, puesto que había comenzado al finalizar el mes de octubre de 1929, no se daban cuenta de los acontecimientos que iba a provocar esa crisis porque de haberse dado cuenta habrían actuado con más cuidado.

En mayo de 1930 la Asamblea Constituyente fue disuelta y en vista del descontento popular que eso produjo los franceses comenzaron a negociar un acuerdo o un tratado con los sirios, pero no se llegaba a nada y la situación lo que hacía era empeorarse cada vez más, no sólo en Siria sino también en Francia. En Francia ya dijimos por qué; porque se veía amenazada. La crisis económica la afectaba; Italia galleaba en el Mediterráneo; la fuerza de Hitler crecía en Alemania y en España iba a establecerse pronto la República; después vendría la toma del poder por Hitler y la guerra civil española en el 1936, y los franceses tuvieron que dedicar muchos miles de millones de francos para construir la línea Maginot de la que hablamos ya. Por fin, para septiembre de 1936 se firmó un tratado en el cual los franceses prometían aceptar la independencia de Siria, pero los sirios se comprometían a consultar al gobierno francés en su política exterior y a concederle dos bases militares; además, Siria reconocía la independencia del Líbano, pero el territorio que ocupaban los drusos pasaría a ser sirio.

Después de haberse llegado a ese acuerdo, hubo elecciones y el Partido del Pueblo pasó a gobernar. Ahora bien, ese gobierno sirio aprobó el tratado con Francia pero Francia lo rechazó.

¿Y por qué lo rechazó?

Porque mientras los días iban y venían se había presentado una situación nueva. Turquía reclamaba el puerto de Alejandreta, que en turco se llama Iskenderun, y Francia, buscando la manera de echarle encima el poder de Hitler a la

Unión Soviética, quería contar con la alianza turca, porque Turquía le cierra el flanco izquierdo a la Unión Soviética, le bloquea el paso hacia el Sur. A Francia le convenía cederle el puerto de Alejandreta a Turquía, y efectivamente, Alejandreta pasó a manos de Turquía en el mismo año en que iba a comenzar la Segunda Guerra Mundial, es decir, en el 1939. Para julio de ese año, en vista de que Francia se negaba a aceptar el tratado de 1936, el gobierno sirio renunció en pleno y los franceses declararon la Constitución en suspenso. Otra vez uno tiene que preguntarse: “Elecciones, ¿para qué?”.

Después de la ocupación de Francia por las fuerzas de Hitler (que como ustedes recordarán dijimos que sucedió en 1940) el alto comisionado francés en Siria anunció que él y sus subordinados suspendían el estado de guerra contra Alemania e Italia. Y les recordamos que como esto pasaba en julio de 1940, todavía ni el Japón ni los Estados Unidos habían entrado en la guerra. El Japón atacó a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 y fue entonces cuando los Estados Unidos decidieron entrar en la guerra, de manera que no había que declararles la guerra sino solamente a Italia y Alemania.

Esos franceses que suspendían el estado de guerra contra Alemania e Italia anunciaron también que ellos reconocían como gobierno de Francia el gobierno del mariscal Petain, es decir, el de Vichy, y naturalmente que tenía que ser así, o no hubieran suspendido el estado de guerra contra Alemania e Italia. Y para el 1941 estaban en Siria dos comisiones de armisticio, una italiana y otra alemana. Lo mismo que sucedió en el Líbano sucedió en Siria: se acentuó la crisis económica, que era la de 1929 profundizada por la guerra, y el pueblo comenzó a pasar hambre, y se desató la inflación, que es siempre el resultado de todas las guerras, y como es natural, lo mismo que en el Líbano, en Siria comenzaron los desórdenes que las autoridades francesas no podían controlar.

En esos años no estaba en uso todavía el avión jet que nosotros conocemos ahora. Los que volaban eran los aviones de hélices que consumían mucha gasolina porque volaban muy despacio, probablemente a la tercera parte de la velocidad de los aviones jet y tal vez a menos también; de manera que un avión de hélice no podía ir de Alemania a Iraq si no hacía una parada para coger gasolina, y los aviones alemanes se detuvieron en Damasco para coger gasolina con la anuencia, es decir, con el consentimiento del gobierno de Vichy, y ese hecho desató, como era de esperarse, la acción militar conjunta de ingleses y franceses, los franceses libres que estaban en el Líbano y los ingleses que estaban en Palestina y en Jordania.

El ataque anglo-francés contra los partidarios del gobierno de Vichy que se hallaban en Siria terminó al mes de iniciado con la rendición de los franceses de Vichy. Esa rendición se produjo el 11 de julio de 1941; pero sucedió algo muy revelador de los métodos imperialistas, y fue que después de haber ganado esa corta guerra contra Siria ni los ingleses ni los franceses libres se fueron. Se quedaron allí unos y otros, los dos vigilándose mutuamente sin importarles para nada el pueblo sirio.

Pero una situación como ésa no podía mantenerse mucho tiempo porque dos fuerzas militares imperiales no caben en un país pequeño y aislado. Eso iba a traer malos resultados. Los franceses se comportaban en Siria exactamente igual que en el Líbano. Solamente aceptaban hablar con los sirios si era sobre las bases que ellos habían propuesto en el año 1936, y los nacionalistas sirios hacían presión sobre los ingleses para ver cómo los ingleses conseguían que los franceses se fueran de Siria. Por fin, en ese juego de presiones se señalaron elecciones para el año 1943 en el Líbano y también para Siria, y ya ustedes saben que en el Líbano fue elegido presidente

Bechara el Khoury, y ahora nos toca decir que en Siria fue elegido presidente otro que tenía un nombre más complicado: Sukri al-Kuwatli. Ustedes saben también lo que sucedió en el Líbano después de esas elecciones de 1943, esto es, la prisión domiciliaria del presidente de la república y los levantamientos populares que le siguieron. Esos levantamientos se extendieron a Siria y provocaron el retorno del general Catroux como alto comisario de Siria y Líbano.

Ya de eso habíamos hablado cuando hablábamos del Líbano, y dijimos también que en Líbano se llegó a un acuerdo que establecía la salida de las tropas francesas, si bien en un plazo largo. Pero en Siria los acontecimientos tomaron otro rumbo porque cuando el gobierno sirio quiso disponer de un ejército sirio, de un ejército nacional que pudiera garantizar el orden público a la salida de los franceses, los franceses dijeron que no, que no lo aceptaban, y eso provocó otro levantamiento popular de tanta fuerza que los franceses tuvieron que usar de nuevo su artillería para bombardear Damasco, lo que a su vez condujo a una intervención de las fuerzas inglesas que se consideraron obligadas a terciar en el problema para lograr la paz en el país porque también ellos corrían peligro si continuaba esa situación de guerra en Siria.

Para el año en que tuvieron lugar estos hechos ya existía la organización mundial conocida con el nombre de las Naciones Unidas, que fue organizada en San Francisco de California entre los meses de abril y julio de 1945. Esa organización era la sustituta de la Liga de las Naciones, o Sociedad de las Naciones, formada entre los años 1919-20, que funcionó los 20 años de vida que tuvo en Ginebra, Suiza, y fue automáticamente disuelta al comenzar la Segunda Guerra Mundial.

Las Naciones Unidas tuvieron que tratar el problema de Siria porque los franceses tenían un mandato de la Liga de las Naciones en Siria, y las Naciones Unidas, que sustituía a la

Liga de las Naciones, consideró que debía intervenir, e intervino, y el Consejo de Seguridad ordenó la salida de los franceses de Siria. Efectivamente, estos salieron en el año 1946. Lo mismo que en el caso del Líbano, en el caso de Transjordania, en el caso de Egipto, nos toca decir que el próximo hecho histórico importante para Siria fue la salida de los ingleses de Palestina el 15 de mayo de 1948, y el establecimiento al día siguiente del Estado de Israel.

(Al terminar la tercera conferencia el autor explicó que había ofrecido dar la cuarta sobre el papel que el petróleo ha jugado en la crisis del Medio Oriente, pero que no había tenido tiempo de tratar lo que había significado para los palestinos la instalación en su territorio del Estado israelí; que si el público se lo permitía, dedicaría la cuarta conferencia a ese tema y que en otra oportunidad que no podía establecer en ese momento podría hablarles del petróleo árabe y su influencia en la vida política de los países árabes. La proposición del profesor Bosch fue recibida con aplausos prolongados, lo que significaba que había sido aceptada. De ahí que el tema de la cuarta conferencia, en vez de ser el anunciado en la primera, pasara a ser el problema palestino).

LO QUE SIGNIFICÓ PARA LOS PALESTINOS LA INSTALACIÓN EN SU TERRITORIO DEL ESTADO ISRAELÍ

El Estado de Israel, que ocupa hoy el territorio de la antigua Palestina, partes de los territorios del Líbano, Siria, la Transjordania y la Península de Sinaí, no es, como han dicho algunos interesados, un producto de la historia; es un producto del sistema capitalista, tal como éste vino a desarrollarse en el siglo XIX.

Aunque había nacido en el último tercio del siglo XVIII, allá por el año 1765, la industria mecanizada, es decir, la industria que funciona a base de máquinas, comenzó su verdadero desarrollo en los primeros 25 ó 30 años del siglo pasado, y ese desarrollo requería una reorganización del mundo apropiada a las necesidades del crecimiento de la industria, lo que equivale a decir una reorganización del mundo apropiada al crecimiento del poderío económico, político y militar de Inglaterra, que era el país donde había nacido la industria moderna. Las máquinas fueron el producto del desarrollo del sistema capitalista, pero a su vez, gracias a la invención de la máquina de vapor el sistema capitalista iba a renovarse y a darle nacimiento dentro de él a un capitalismo más avanzado, y para el año 1838 ese capitalismo avanzado estaba viendo la necesidad de meter entre el África y Asia una cuña que debía ser un país puesto bajo la protección de Inglaterra.

Según puede ver todo el que lea el libro *El problema palestinese* escrito por Edmundo Rabbat, Mustafá Kamil

Yassen y Aicha Rateb, páginas 54 y 55, ya en el 1840 Lord Shaftesbury recomendaba “la separación del mundo árabe, entre su parte africana y su parte asiática, por medio de la creación de un Estado”; y agregan los autores del libro que acabamos de mencionar: “Un memorándum del 25 de septiembre de 1840 dirigido a Palmerston (que era entonces el ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, cuyo busto está aquí, me parece que en la avenida Abraham Lincoln, porque tuvo intervención en los problemas políticos y militares dominicanos y haitianos en la época de nuestra independencia) contenía ya un plan de colonización de Palestina”. Además ese libro nos entera de que en cartas que datan de agosto de 1840 y de febrero de 1841, Palmerston daba instrucciones a su embajador en Turquía de favorecer el establecimiento de los judíos en Palestina “para impedir toda tentativa de Mohamed Alí de realizar la unión de Egipto y Siria”. Los autores de ese libro llegan a decir que un Consulado inglés que fue establecido en el año 1838 en Jerusalén daba protección a los judíos que vivían en esa ciudad, que fue la capital del Estado judío hace 2,900 años cuando ese Estado fue fundado por David, según puede verse en la página 321 de la edición que hizo en 1967 la editorial española CID de nuestro libro *David, biografía de un rey*. (A fin de que no haya confusiones aclaremos desde ahora, y no después, que ese Estado fundado por David hacia el año 1000 antes de Cristo no fue verdaderamente duradero; y no lo fue, primero porque acabó dividiéndose en dos reinos: el de Israel y el de Judá, que se mantuvieron en guerra durante años; después, porque Israel fue ocupado por el reino de Damasco en el siglo VIII antes de Cristo; luego, porque en ese mismo siglo pasó a ser un país vasallo de Asiria, a la que tenía que pagarle tributos, y cuando un país paga tributo a otro país ya no es un Estado; es un territorio dependiente, pero no un Estado; y por fin,

porque en el año 721 antes de Cristo, Israel, no ya el Estado fundado por David sino el país donde estuvo ese Estado, pasó a ser territorio asirio y después pasó a ser territorio babilonio. De lo que fue el reino de David y Salomón lo que quedaba hacia el siglo VII antes de Cristo era Judá, un pequeño territorio situado entre los filisteos y el Mar Muerto, que fue también ocupado por los asirios, aunque no totalmente dominado por ellos debido a que lo impidió el levantamiento de Josías y la guerra de los medos contra Asiria cuya capital, la gran ciudad de Nínive, fue tomada y destruida por los medos. De todos modos la suerte de los asirios no benefició a Josías, que murió hacia el año 609 en combate con los egipcios, quienes avanzaron para ocupar el territorio de Judá y el de los filisteos o filistinos, palabra de la que procede Palestina, que le iba a dar nombre a toda la región comprendida entre Gaza y el Líbano, el Mar Mediterráneo, el río Jordán y el Mar Muerto).

Mientras tanto, bajo los reyes caldeos, que fueron los reyes de Babilonia, Babilonia se hacía rápidamente poderosa y llegó a un acuerdo con los medos para repartirse Asiria. En ese acuerdo Palestina, que era parte de Asiria, quedó como zona de los caldeos, quienes se la arrebataron a Egipto; pero como los palestinos se levantaban una y otra vez contra los caldeos, estos al fin asolaron la región, tomaron Jerusalén y la destruyeron, hecho que se produjo hacia el año 587, es decir, en el siglo V antes de Cristo. Gran parte de la población palestina y de la de Judá o Judea fue llevada a Babilonia. El pueblo judío no se extinguió pero el Estado de Israel había dejado de existir hacía tiempo, y tras una serie de guerras que se prolongaron a lo largo de los siglos, Palestina pasó a manos de los griegos que gobernaron a Egipto después de la muerte de Alejandro, de los seléucidas que gobernaron la región después de los griegos ptolomeicos, y por fin cayó en poder de

los romanos en el siglo 1 antes de Cristo. (Hay que tomar en cuenta que en la era cristiana contamos siglo I, II, III, IV, V, hasta éste en que nos hallamos que es el XX, pero que antes de Cristo contamos al revés, es decir, V, IV, III, II, I; partimos del número más alto al más pequeño, por ejemplo, del siglo X antes de Cristo al IX antes de Cristo, al VIII antes de Cristo, al VII, VI, V, IV, III, II, I. Las dos maneras de contar el tiempo son como dos escaleras, una que baja y otra que sube, y las dos se unen en el nacimiento de la era cristiana).

Bajo el gobierno de Julio César, los sumos sacerdotes de Judea pasaron a ser ciudadanos romanos y recibieron el título de procuradores de Judea, y Octavio, el sucesor de Julio César, le dio a Herodes el título de rey de Judea y le proporcionó fuerzas militares romanas para que pudiera reconquistar Jerusalén, que se hallaba en manos de los partos. (Los partos eran árabes). Así, bajo protección romana, Herodes gobernó desde Jerusalén a partir del año 37 antes de Cristo, y a su muerte el reino fue dividido entre tres de los varios hijos que tuvo con sus diez o doce mujeres. (Sabemos de diez o doce oficiales (risas), pero les aseguramos que no conocemos a fondo la vida íntima de Herodes). Uno de esos hijos fue Herodes Antipas, que no heredó el título de rey sino que fue designado tetrarca de Galilea (tetrarca era un título de origen griego y no romano), y fue él el que examinó a Jesús por petición de Poncio Pilatos, que era el procurador o gobernador de Jerusalén. Como Jesús era galileo Pilatos quiso que lo juzgara el tetrarca de esa región de Palestina. A la muerte de Jesús, Palestina estaba dividida en la tetrarquía de Felipe, hijo de Herodes, la tetrarquía de Herodes Antipas, que fue quien interrogó a Jesús, y la enarquía de Arquelas, y en Jerusalén gobernaban los romanos.

Poco después, en el año 44, toda la Palestina pasó a ser una provincia romana gobernada por un procurador romano. Hubo varios levantamientos judíos y en el año 67 el

emperador Vespasiano llegó a Palestina con su hijo Tito, que también fue emperador; pero no llegó solo: llegó con 60 mil soldados romanos (risas). En el año 70 Jerusalén cayó en manos de Tito y la ciudad y el templo fueron destruidos por tercera vez, y para el año 73 quedaba eliminada toda clase de resistencia al poder romano y Palestina entera pasó a ser provincia del Imperio Romano con el nombre de Judea. A partir de ese momento los procuradores pasaron a llamarse legados. En el año 132 se construyó en el lugar donde había estado Jerusalén la colonia Aelia Capitolina, con templos dedicados a los dioses romanos, y como esa decisión originó la rebelión de Bar-Cocha, los romanos actuaron con una dureza indescriptible: destruyeron todas las aldeas y mataron medio millón de personas.

Estamos contando todo esto para que ustedes vean cómo había desaparecido totalmente el Estado judío en Palestina, y no solamente había desaparecido como un Estado nacional, es decir, como una organización política, sino que también había desaparecido desde el punto de vista religioso porque ya había sido destruido tres veces lo más sagrado para los judíos, que era el templo de Jerusalén, que había levantado Salomón de acuerdo con los planos que le dejó David y con el dinero que le dejó David para construirlo. El país había sido ocupado por numerosos, no uno, ni dos ni tres, sino por numerosos imperios, y además en el orden religioso la ciudad de Jerusalén había dejado de ser la capital del judaísmo puesto que los romanos después de destruirla establecieron allí una ciudad romana con templos y dioses romanos; entre esos templos había uno dedicado al emperador porque en Roma el emperador se adoraba como si fuera un dios.

Cuando Constantino el Grande se convirtió al cristianismo, cosa que sucedió en el Siglo III, hizo construir en Jerusalén la iglesia del Santo Sepulcro. Ese dato indica que en el

siglo III Jerusalén había dejado de ser la capital de la religión judaica y había pasado a ser una ciudad de religión cristiana. Elena, la madre de Constantino, mandó levantar en Belén la iglesia de la Natividad en el lugar donde estuvo el establo en que nació Jesús, y mandó levantar en Jerusalén la iglesia de la Asunción. Todos esos hechos indican que ya el judaísmo había desaparecido en Palestina, a pesar de que en el año 352 hubo una rebelión judía en Galilea que fue aplastada por Galo. En cuanto a rebeliones, sabemos que las hubo aun en tiempo de Cristo; pero muchas de ellas eran limitadas. Por ejemplo, había tribus que se levantaban por razones religiosas y otras veces por cualquiera otra causa; digamos, porque mataban a un miembro de tal tribu y esa tribu respondía matando a miembros de la tribu del matador

Bajo el gobierno de Constantino la provincia de Judea fue unida a Arabia. Ustedes saben que la religión mahometana considera a Jerusalén como uno de los tres lugares santos de los árabes, no mientras era territorio judío sino cientos de años después, cuando era provincia del Imperio de Bizancio, allá por los años 634, 636 de la era cristiana, y desde entonces fue territorio árabe hasta que en mayo de 1948 se estableció allí el Estado de Israel. Pero como dijimos al comenzar esta charla, ese Estado es el producto del sistema capitalista tal como éste vino a desarrollarse en el siglo XIX. Ya estuvimos hablando de que desde 1838 Inglaterra estableció en Jerusalén un Consulado que tenía la misión de ofrecer protección a los judíos que hubiera en la ciudad, y nos referimos a los planes ingleses, expuestos en el 1840, de formar en Palestina un Estado que fuera una cuña colocada entre los árabes de África y los árabes de Asia. Y ahora debemos decir que en el año 1839 el judío inglés Mosés Montifiori, que seguramente debió ser hijo de algún judío italiano porque su apellido quiere decir los montes de las flores, y que tenía el título de Sir, un

título de nobleza de Inglaterra, propuso un plan de colonización judía en Palestina, y fue a base de ese plan de Sir Mosés Montifiori que se hizo en 1856 la primera plantación de naranjos en la región. En el 1870 Charles Netter fundó una escuela agrícola en la colonia de judíos llamada Mikve Israel, y el Barón Edmond de Rothschild, de la familia de los grandes banqueros judíos que estaban establecidos en Inglaterra y en Francia, compró tierras y organizó en el sur de Palestina una siembra de viñedos. (El viñedo es la planta de la cual sale la uva, y con la uva se hace el vino. Fíjense que la palabra viñedo y la palabra vino se parecen mucho). Toda esa actividad, organizada por grandes figuras del judaísmo inglés del siglo pasado respondía a un plan de expansión del capitalismo industrial inglés, que era entonces el que se hallaba a la cabeza del desarrollo industrial del sistema capitalista.

No es cierto, como dice Michel Bar-Zohar en su libro *Israel: el nacimiento de una Nación*, que el sionismo nació el 19 de diciembre de 1894 en el tribunal militar de París mientras era juzgado el capitán Alfred Dreyfus, judío francés acusado por su jefe inmediato de haber vendido a los alemanes secretos militares. Dreyfus fue condenado a cadena perpetua en La Cayena. La Cayena queda en la Guayana Francesa, y ese lugar era conocido en el mundo entero como el presidio más espantoso de la Tierra. Michel Bar-Zohar cuenta lo siguiente:

“Entre los periodistas (que se hallaban presenciando aquel juicio), un hombre es presa de una emoción intensa. Es vienesés, escritor y publicista enviado especial en París del *Neue Freie Presse* (que era un periódico de Austria). Es un judío austríaco, el doctor Theodoro Herzl. Republicano, francófilo ferviente (es decir, que admiraba mucho a Francia), siente que todo un mundo se derrumba en el proceso Dreyfus. Bruscamente descubre la verdad: los judíos no tendrán jamás paz, seguridad ni respeto mientras estén dispersos entre las otras

naciones. Su única salvación es encontrar una patria, un hogar para ellos. Ese hogar existe desde siempre: es Palestina. Herzl decide escribir un libro, *El Estado Judío*, en el que expone su idea, la creación de un Estado hebreo. Al año siguiente el libro es publicado en varias lenguas y suscita una emoción indescriptible en los medios judíos”. Hasta aquí llega el autor de la biografía de Ben Gurión, que tiene ese título de *Israel: el nacimiento de una Nación*.

Decíamos que lo que cuenta Michel Bar-Zohar no es verdad, porque el sionismo no nació de golpe debido a una emoción que sacudió el alma de Theodoro Herzl. En la naturaleza que nos rodea y en la mente de los hombres los hechos se dan como resultado de un proceso que va cubriendo etapas; todo, hasta el relámpago que vemos iluminando las nubes negras y desatando truenos que parecen cadenas de cañonazos, todo eso es resultado de un proceso. Nada se produce instantáneamente. Cuando Herzl estuvo en París enviado por un periódico austríaco para informar del juicio contra Dreyfus, que fue el juicio más célebre en su época, ya había colonias judías en Palestina; las había desde hacía muchos años. Es más, Theodoro Herzl no había nacido todavía cuando los colonos judíos sembraban naranjos en Palestina siguiendo los planes trazados por Sir Mosés Montifiori. Lo que hizo Herzl fue publicar dos años después del juicio de Dreyfus un libro titulado *El Estado Judío* en el cual se le dio forma orgánica a una idea y a una práctica que tenían muchos años de vida, y es posible que la condena de Dreyfus (absolutamente injusta porque el que le vendió secretos militares a Alemania no fue él sino su jefe, que era un coronel del Ejército francés) estimulara a Herzl a escribir su libro, pero no es verdad que ese libro le surgió de repente en el fondo del cerebro cuando oyó la condena de Dreyfus. Las ideas que Herzl expresó venían desarrollándose desde hacía tiempo, gradualmente, en muchas

mentes judías y en otras no judías, pero el que las ordenó en un conjunto fue Herzl; en vez de hablar de enviar judíos a Palestina para formar colonias de agricultores habló de crear un Estado judío en Palestina. Es más, Herzl llegó hasta a señalar las fronteras de ese Estado cuando dijo estas palabras:

“Debemos tener acceso al mar en razón del porvenir de nuestro comercio exterior. Debemos igualmente poseer una gran superficie de tierra para introducir nuestros cultivos modernos en gran escala”. Y más adelante decía que la consigna que los judíos debían lanzar era la de “la Palestina de David y Salomón”. Pero a medida que pasaba el tiempo su idea de la creación de un Estado judío en Palestina iba teniendo éxito entre la población judía de Europa y América, y con ese éxito las ambiciones de Herzl crecían también, y ya en los últimos tiempos no le parecía suficiente la Palestina de David y Salomón y quería una Palestina que fuera desde el río de Egipto, es decir, el río Nilo, hasta el Eufrates. Los judíos llegaron efectivamente hasta el río Nilo, hasta cerca del Nilo, puesto que llegaron hasta el Canal de Suez en el 1967; lo que nos parece un poco difícil es que puedan llegar hasta el Eufrates aunque podemos estar seguros de que hay muchos de ellos, si no una mayoría de ellos, que están alimentando ese sueño. Hace tres o cuatro días, por ejemplo, que hubo en Jerusalén manifestaciones contra el gobierno actual de Israel porque las fuerzas judías van a retirarse unos pocos kilómetros del Canal de Suez. Centenares de jóvenes, de muchachos y muchachas, se pararon frente a las oficinas del primer ministro, jefe del gobierno, con un conejo en la mano y eso en Israel es una manera de llamarle cobarde al primer ministro porque allí el conejo es el símbolo de la cobardía.

En sus primeros pasos como ideólogo del sionismo Herzl pensó que el Estado judío podía establecerse en la América del Sur y hubo sionistas que hablaron de establecerlo en la

Argentina y en el Brasil y hasta en Uganda. Uganda es el país africano donde gobierna Papacito Amín (risas), que fue sargento de la guardia inglesa y ahora le pone telegramas a la reina de Inglaterra diciéndole que él va para Londres y le exige que ella vaya al aeropuerto a esperarlo (grandes risas). Pero el primer congreso sionista, que se celebró en la ciudad suiza de Basilea en el 1897, es decir, un año después de haber sido publicado el libro de Herzl, señaló concretamente a Palestina como el lugar para formar el Estado judío, y señaló el método para penetrar en Palestina y quedarse allí diciendo que debía hacerse mediante una (y ahora leo las palabras de Herzl) “colonización racional de Palestina por medio del establecimiento de labradores, artesanos e industriales judíos”. Cosa que precisamente venía haciéndose desde hacía muchos años, desde antes de que él naciera, porque Theodoro Herzl nació en el año 1860 y ya en Palestina había labradores (quiere decir, agricultores) y artesanos judíos.

El segundo congreso sionista, celebrado en 1899, decidió fundar el Banco Colonial Judío, que tendría su sede en Londres y que se dedicaría a financiar el establecimiento de negocios agrícolas, industriales y comerciales en Palestina y en Oriente. Lo que planeaban los sionistas era comprarle la Palestina al gobierno turco y el propio Herzl le dijo al sultán Abdul-Hamid: “Si Su Majestad nos diera la Palestina podríamos comprometernos a regularizar completamente las finanzas de Turquía. Para Europa constituiríamos en la región un sector de la muralla contra Asia; seríamos el centinela avanzado de la civilización contra la barbarie. Nos mantendríamos, como Estado neutral, en relación constante con toda Europa, que debería garantizar nuestra existencia”.

Observen que ésas eran exactamente, aunque dichas con otras palabras, el plan de Lord Palmerston y la idea de Lord Shaftesbury, es decir, “la separación del mundo árabe entre su

parte africana y su parte asiática, por medio de la creación de un Estado”, sólo que ni Palmerston ni Shaftesbury llegaron a decir que el Estado sería judío. Eso vino a decirlo Herzl cincuenta años después en su proposición al sultán Abdul-Hamid, quien le respondió a Herzl, con la dignidad propia de un jefe de Estado, de esta manera: “El Imperio Turco no me pertenece a mí sino al pueblo turco. Yo no puedo distribuir ningún pedazo del mismo. Que los judíos se guarden sus millones. Cuando mi Imperio sea repartido podrán tener Palestina por nada. Pero es únicamente nuestro cadáver lo que será dividido. Yo no aceptaré una vivisección” (vivisección significa cortar a un ser humano o animal estando vivo). Efectivamente, fue después que el Imperio Turco era un cadáver cuando los judíos pudieron adueñarse de Palestina, no antes.

El 17 de agosto de 1903 el gobierno inglés le escribió a Herzl, que iba a morir en el 1904, ofreciéndole el territorio africano de Uganda para que estableciera en él el Estado judío, lo que quiere decir que ya los ingleses aceptaban la tesis de que el Estado fuera judío aunque no estuviera situado donde ellos pensaban sino en Uganda. Herzl convocó el sexto congreso sionista para estudiar la propuesta inglesa y las conclusiones de ese congreso fueron las siguientes: “La organización sionista se atiene firmemente al principio fundamental del programa de Basilea, a saber, la creación de una patria garantizada por el derecho público para el pueblo judío en Palestina, y declina, como finalidad y como medio, toda acción colonizadora fuera de Palestina y los países colindantes”.

Esas palabras (“acción colonizadora”) revelan que los líderes judíos comprendían de una manera clara que lo que ellos iban a hacer en Palestina era colonizarla. Herzl se oponía a la infiltración que era un método de penetración en territorio palestino seguido de manera individual por muchos judíos.

Herzl murió, como dijimos hace un rato, en 1904, a mediado de ese año, y no pudo detener esa penetración que siguió dándose después de su muerte. Irse a Palestina era lo que los judíos llamaban la *aliyah*, el sueño de los jóvenes sionistas. Uno de los jóvenes que hicieron la *aliyah* fue David Ben Gurión, que iba a ser el primer jefe de gobierno del Estado de Israel.

Se estima que para el año 1903, es decir, cuando se reunió el sexto congreso sionista, el último al que asistió Herzl, la población judía en Palestina era de 60 mil almas, y esa población fue aumentando, aunque despacio; dio un salto en 1906, cuando los infiltrados judíos empezaron a establecerse en el Valle del Jordán, donde estaban las tierras más ricas de Palestina, pero para el 1914 se calculaba que los judíos establecidos en Palestina no pasaban de 85 mil. Ese año de 1914 fue cuando comenzó la Primera Guerra Mundial. En esa Primera Guerra Mundial participó un cuerpo judío al lado de los ingleses. Dicen que el que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija, y ellos se arrimaron a los ingleses con ese cuerpo militar. Naturalmente el inicio de la guerra no paró la infiltración judía en Palestina, que todavía era territorio turco y por tanto territorio enemigo de los ingleses. Sin embargo la guerra provocó una salida grande de judíos de Palestina porque cuando terminó en el año 1918 había solamente 56 mil judíos y cuando comenzó cuatro años antes había 85 mil. Esa disminución se explica por la persecución turca a los que viviendo en territorio de Turquía eran partidarios de los enemigos de ese país.

Los judíos ayudaron a los ingleses en la guerra no solamente con ese cuerpo militar que se llamaba Zion Mules Corp, es decir, un cuerpo montado en mulos, una especie no de caballería sino de mulería judía (risas), sino que en el año 1917 formaron la Legión Judía y además ayudaron de muchas otras maneras. Por ejemplo, el químico Weizman, que

iba a ser el primer presidente de Israel, trabajó en Londres para el gobierno inglés y logró mejorar el trinitotolueno convirtiéndolo en un explosivo muchas veces más poderoso que lo que había sido hasta entonces y que todos los que estaban siendo usados en la guerra, y se cree que los inventos de Weizman jugaron un papel importante en la decisión del gobierno inglés de ofrecerle su respaldo a la idea de establecer una nación judía en Palestina.

Además de la influencia que pudo tener Weizman en esa decisión, se sabe que en ella pesó grandemente la posibilidad de que el movimiento sionista norteamericano, alentado por la actividad de Inglaterra en favor de la creación del Estado judío, presionara al gobierno norteamericano para llevarlo a participar en la guerra del lado de los aliados, como sucedió en el mismo año en que Lord Balfour envió a Lord Rothschild la histórica carta que se conoce con el nombre de Declaración Balfour. Debemos aclarar, sin embargo, que la entrada de los Estados Unidos en la guerra tuvo efecto siete meses antes de que Lord Balfour enviara su carta al banquero Rothschild, lo cual, naturalmente, no significa que los sionistas norteamericanos no conocieran la posición del gobierno inglés sobre el problema judío con mucha anticipación, antes, incluso, de que se produjera, al comenzar el año 1917, el bloqueo marítimo de Inglaterra, que fue el pretexto de que se valió el gobierno norteamericano para justificar su declaración de guerra a Alemania, hecho que tuvo lugar el 6 de abril de ese año 1917.

El pueblo norteamericano era opuesto a tomar parte en la guerra, pero el número de judíos que había en los Estados Unidos era altísimo y entre ellos se habían organizado muchos grupos sionistas. Sería una tontería nuestra pensar que la decisión de enviar a Lord Rothschild la carta de Lord Balfour fue obra exclusiva de este último. Esa fue la obra del llamado

Gabinete de Guerra inglés, que estaba formado por los primeros ministros de los territorios ingleses, incluyendo al primer ministro de Inglaterra; y recordemos que en esos tiempos los territorios ingleses eran enormes y riquísimos; que entre ellos estaban Australia, Nueva Zelanda, la India, Canadá, África del Sur, Rodesia, y estamos hablando de los importantes, no de los que no tenían gobiernos propios como las islas inglesas del Caribe o los protectorados africanos, entre los cuales los había de tanta categoría como Egipto.

Decíamos que el pueblo norteamericano se oponía a tomar parte en la guerra, y para que ustedes vean cómo nos han engañado siempre les contaremos que hoy mismo (26 de agosto) leíamos en *The New York Times* del domingo un artículo de una señora que ha muerto de 89 años y una semana antes de morir terminó ese artículo en el cual contó cómo actuaba la democracia norteamericana (que en esa ocasión era democrática dos veces porque el país estaba gobernado por el Partido Demócrata bajo la presidencia de Woodrow Wilson, el democrático presidente que ordenó la ocupación militar de Haití y de nuestro país). A todos los que se oponían a la entrada de los Estados Unidos en la guerra se les perseguía; eran apaleados, llevados a la cárcel, sacados de sus empleos y trabajos. Esa señora y un grupo de amigos de ella fundaron la Liga de la Defensa de los Derechos Humanos, que fue la primera organización de su tipo que hubo en los Estados Unidos.

El pueblo norteamericano se oponía a entrar en la guerra y los ingleses querían presionar al gobierno de Wilson para que tomara parte en la guerra. Se habían usado todas las oportunidades para llevar a los norteamericanos a la guerra, como la que se presentó cuando un submarino alemán hundió el *Lusitania*, un buque yanqui de pasajeros, hecho que sucedió en el año 1915, y cuando otro submarino alemán hundió un buque francés en que viajaban muchos norteamericanos; sin

embargo fue el bloqueo marítimo de Inglaterra, hecho por submarinos alemanes, lo que le sirvió a Wilson de pie para declarar la guerra a los llamados Imperios Centrales, es decir, el Imperio Alemán, el Austro-húngaro y el Turco.

¿Por qué fue ese bloqueo determinante en la declaración de guerra de los Estados Unidos?

Ustedes van a comprenderlo cuando sepan que en el año 1913 la balanza comercial norteamericana era favorable en 690 millones de dólares, lo que significa que entre lo que compraban y vendían a otros países había una diferencia a su favor de 690 millones de dólares; y en el año 1916 la balanza había pasado a ser favorable en 3 mil millones de dólares, y 3 mil millones de dólares, que hoy nos parecen nada, eran en aquellos días una cantidad de dinero fantástica; era tanto dinero que la mente humana no lo concebía. Y ese enorme beneficio en el comercio internacional de los Estados Unidos procedía fundamentalmente de las compras que hacían Francia e Inglaterra en Norteamérica. Esos dos países estaban dedicados únicamente a la guerra, de manera que no tenían capacidad para producir nada que no fueran equipos militares, y sus hombres, fueran obreros o fueran intelectuales, o estaban en las trincheras o estaban preparándose para ir a ellas; y en los años de esa guerra la mujer de los grandes países industriales no tenía aun, como la tuvo en la Segunda Guerra Mundial, preparación para ir a las fábricas a ocupar los puestos que dejaban vacíos los hombres que iban a los campos de batalla. No olvidemos que la Primera Guerra Mundial fue una verdadera hecatombe, en la que tomaron parte más de 60 millones de hombres, de los cuales murieron en las trincheras muchos millones.

En esa Primera Guerra Mundial participaron todos los grandes países capitalistas y algunos que sin llegar a grandes estaban en camino de serlo. En ella el Japón peleó al lado de

los aliados contra Alemania, Austria y Turquía. El propósito de los grandes países capitalistas era repartirse las materias primas de las partes más atrasadas del mundo, pero como las materias primas no están en el aire, no flotan sino que están en la tierra, y la tierra se halla repartida en países, había que tomar parte en la guerra para cuando ella terminara tener posiciones tomadas que les permitieran participar en la distribución de esos países coloniales que se haría, sin duda alguna, al terminar la guerra, o para participar en el reparto de las zonas de influencias que harían posible la explotación de esas regiones sin necesidad de ocupar físicamente los territorios que iban a ser explotados. En el caso de nuestro país hubo ocupación física, ocupación militar. Los Estados Unidos nos ocuparon en el segundo año de la guerra, un año antes de entrar en ella, para explotarnos como productores de azúcar, como hemos explicado muchas veces, y en plena guerra le compraron a Dinamarca Saint Thomas y las Islas Vírgenes además de que ya habían ocupado Haití y Nicaragua.

En ese momento histórico lo más importante para Norteamérica era controlar las zonas de influencia comercial para crear lo que iba a llamarse después la Zona del Dólar, que iba a funcionar en oposición a la Zona de la Libra Esterlina, que era la moneda que corría en todo el Imperio inglés. Al terminar ese segundo año de la guerra, el balance comercial era 3 mil millones, y claro, el gobierno norteamericano no iba a perder un dólar de esos, de manera que los sionistas norteamericanos realmente no iban a tener necesidad de hacer mucho esfuerzo para llevar al gobierno norteamericano a la guerra. Treintiocho años después tampoco tendrían que hacer muchos esfuerzos para que el gobierno de Truman sustituyera al gobierno inglés como protector supremo del sionismo, pues ya para esa época, es decir, para el año 1945, los

Estados Unidos habían sustituido a Inglaterra en la jefatura mundial del sistema capitalista, y ese sistema fue el padre y la madre y el hermano mayor del movimiento sionista.

La carta de Lord Balfour a Lord Rothschild decía: “El gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará todo lo que pueda para facilitar la puesta en práctica de ese objetivo”. Al final le decía a Lord Rothschild que “hiciera conocer esa carta a todos los organismos sionistas”, es decir, a la federación de organismos sionistas que estaban establecidos especialmente en Europa y en los Estados Unidos. Lloyd George, que fue el primer ministro del gobierno en el cual Lord Balfour era ministro de Relaciones Exteriores, dijo mucho más tarde en un libro titulado *La verdad sobre los Tratados de Paz*, que todos los miembros del gobierno inglés pensaban (y aquí empiezo a leer sus palabras) “que cuando llegase la hora de otorgar instituciones representativas a Palestina, si los judíos habían sabido sacar provecho de la ocasión ofrecida por la idea de Hogar Nacional para llegar a ser una mayoría entre los habitantes, Palestina se convertiría en un Estado judío independiente”.

Más claro no canta un gallo. Esa y no otra era la forma en que estaban pensando los gobernantes ingleses en el momento mismo en que el general Allenby lanzaba sus fuerzas sobre Palestina y poco más de un mes antes de que tomara a nombre de Inglaterra la ciudad de Jerusalén. (Ya ustedes saben que Jerusalén fue tomada en el mes de noviembre de 1917 por Allenby). Y si este testimonio del jefe del gobierno inglés en cuyo nombre habló Lord Balfour no nos bastara, tenemos el del general Jean Christian Smuts, que en su condición de primer ministro del gobierno de Sudáfrica, que era entonces parte del Imperio Inglés, pertenecía al gabinete de guerra del Imperio Británico en el momento en que Lord Balfour hizo conocer su declaración de apoyo al plan de que los judíos se

establecieran en Palestina. En un discurso que pronunció el 13 de noviembre de 1919 en Johannesburgo, la capital de Sudáfrica, el general Smuts dijo estas palabras: “En las próximas generaciones vais a ver levantarse allí en Palestina una vez más el gran Estado judío”.

Creemos que no hay necesidad de presentar nuevos argumentos para convencerlos a ustedes de que desde el momento mismo en que el sionismo se organizó lo hizo con el propósito bien definido de establecer un Estado judío en Palestina y que ese plan contó de antemano con el apoyo de Inglaterra, que era entonces el país capitalista por excelencia, el jefe del sistema capitalista en el mundo, y ese apoyo se explica porque por razones históricas que trataremos de explicar brevemente, los judíos habían producido una verdadera élite, una crema también mundial de grandes capitalistas especialmente en el campo de las finanzas, en el cual venían actuando desde hacía siglos, primero como prestamistas de reyes y gobiernos y después como banqueros de comerciantes e industriales y también de gobernantes.

¿De dónde salió esa élite, esa crema mundial judía de grandes capitalistas, especialmente en el campo de las finanzas?

Salió de la última diáspora.

¿Qué quiere decir diáspora?

Esa palabra quiere decir dispersión y aplicada al caso concreto de la historia a que estamos refiriéndonos en estas charlas, significa dispersión de los judíos, es decir, se refiere al hecho de que los judíos fueron sacados de Palestina y tuvieron que ir a vivir a otros países, o lo que es igual, fueron dispersados. Así, sepan que cada vez que ustedes oigan la palabra diáspora deben darle solamente ese sentido. La primera diáspora fue la del destierro a Babilonia, que duró desde el año 597 al 538 antes de Cristo, es decir, unos 60 años, al cabo de los cuales los judíos volvieron a Palestina y muy

especialmente a Jerusalén; la segunda diáspora es muy prolongada y no tiene fecha de iniciación. Algunos consideran que comenzó con la destrucción de Jerusalén por las fuerzas romanas, bajo el mando de Tito, pero eso no parece cierto porque se sabe que hacia el siglo III antes de Cristo había judíos establecidos en varios lugares del Mediterráneo que se dedicaban al comercio y sobre todo al comercio de la moneda; había judíos en la propia Roma dedicados a ese negocio. Parece que a raíz de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 de nuestra era y los años del dominio romano, los judíos seguían saliendo del país y se dedicaban en Alejandría, en Roma y en las ciudades grandes del Mediterráneo al comercio de dinero. Los romanos prohibieron a los judíos ir a Jerusalén.

A medida que los judíos fueron penetrando en los países europeos comenzaron a ser vistos como extranjeros peligrosos porque el cristianismo se extendía rápidamente por esos países y los judíos no eran cristianos; y peor aún, a los judíos se les acusaba de haber dado muerte a Cristo. Pero el odio religioso tenía una base de otro tipo: era el comercio de dinero a que se dedicaban muchos judíos. Ese comercio los convertía en objetivos del odio popular porque cobraban muy caro por el dinero que prestaban, pero además resultaba que al mismo tiempo que ellos les prestaban dinero a las gentes del pueblo se convertían en amigos de los reyes y los nobles que cuando necesitaban dinero lo conseguían prestado de los judíos ricos. Ahora bien, para asegurarse el cobro de esos préstamos que ellos les hacían a los reyes, a los príncipes, a los nobles (incluso se dice que el dinero para el viaje del descubrimiento de América fue proporcionado a la reina Isabel la Católica por judíos de España), esos judíos reclamaban que se les autorizara a hacer el cobro de los impuestos, y el cobro de los impuestos era cosa que no les agradaba ni a los nobles ni a los pueblos; así fue como en muchos países se fue creando un distanciamiento

entre los pueblos y los judíos en el cual se mezclaban las luchas de los explotados contra los explotadores con los odios religiosos, y como el desarrollo político era en esos siglos casi inexistente porque entonces las ideologías se expresaban en términos religiosos y no en términos políticos, en vez de unirse los explotados cristianos y los explotados judíos (que los había, y eran la mayoría de los judíos como ha sucedido siempre en todos los pueblos), unos y otros se dejaban engañar por los explotadores judíos y cristianos que siempre se entendían para hacer negocios y repartirse los beneficios en las alturas en que vivían.

Cuando decimos que las ideologías de aquellos tiempos se expresaban en términos religiosos y no políticos nos referíamos a que los capitalistas que fueron formándose en el seno de la sociedad feudal eran políticamente más avanzados que los señores feudales y que los siervos feudales, pero ese avance no se manifestaba en términos políticos sino en términos religiosos; es decir, dentro del cristianismo; por ejemplo, se formaba una secta religiosa más avanzada que la religión de los más atrasados, y esa secta religiosa nueva trataba de conquistar el poder y entraba en guerra contra la parte de la población políticamente más atrasada que defendía la religión en los valores anteriores. Muchas de esas cosas están sucediendo hoy en el mundo y tenemos el ejemplo del padre Camilo Torres en Colombia, y tenemos el ejemplo de muchos sacerdotes que políticamente son más avanzados que otros. Así vino a suceder que cuando comenzó la formación del capitalismo dentro del seno de la sociedad feudal, los judíos, pero especialmente los judíos pobres, tuvieron que irse a vivir a barrios para ellos solos, barrios que a veces tenían que ser amurallados, es decir, tenían que hacerse cercas de piedras para que sus habitantes pudieran defenderse de los ataques de las poblaciones cristianas.

Esos barrios judíos se llamaban ghettos, palabra de origen italiano que se usa hoy para referirse a barrios donde viven razas consideradas inferiores, como es el caso de los negros en los Estados Unidos. Había otra palabra que se relacionaba con ésta y que ya no se usa. Era la palabra *progrom*, que significa ataque, destrucción y saqueo de un ghetto judío por parte de cristianos, generalmente azuzados por las autoridades que necesitaban distraer la atención del pueblo por razones políticas o porque querían quedarse con los bienes de los judíos e inventaban, cada vez que la situación económica o política se les ponía difícil, cualquier argumento que pudiera sublevar a las masas cristianas o católicas, como por ejemplo la noticia de que varios judíos habían sido sorprendidos comiéndose un niño cristiano o sacándole la sangre para bebérsela o que unos cuantos judíos se habían robado la hostia sagrada de tal iglesia o que habían quemado una imagen de la virgen tal o de Jesús.

A veces las matanzas de judíos llevadas a cabo en los *progroms* eran impresionantes, y aunque los *progroms* fueron desapareciendo en los países de Europa a medida que iba avanzando la conciencia política de las masas, siguieron llevándose a cabo en algunas partes, como en Rusia, y aunque sea difícil de admitir, esa persistencia de los *progroms* y en general de la discriminación violenta contra su pueblo, llevó a muchos intelectuales judíos a elaborar lo que podríamos llamar una ideología del aislamiento y diferenciación que los separaba de los pueblos mientras otros, como fue el caso de Marx, respondieron buscando la verdad profunda acerca de lo que dividía a cristianos y judíos y encontraron que esa era una división falsa y concebida para engañar a los pueblos; que lo que realmente dividía a la gente no era la religión sino el lugar que cada quien ocupa en las relaciones de producción. Así por ejemplo, en Inglaterra, el país más desarrollado del

mundo dentro del sistema capitalista, un judío como Disraeli llegó a ser en el siglo pasado jefe del gobierno, es decir, primer ministro, y un banquero como Rothschild llegó a Lord del reino, es decir, fue declarado noble. En otro país donde el capitalismo se desarrollaba rápidamente, los Estados Unidos, muchos judíos pasaron a ocupar posiciones de mando en la banca, las industrias, el comercio y varias actividades, especialmente, en las que forman o ayudan a formar la opinión pública. Debemos insistir especialmente en el caso de los comerciantes judíos de dinero que se dedicaban a ese negocio ya en tiempos de Roma, en la provincia capital del Imperio Romano y en tiempos de los reyes ptolomeicos en Alejandría. Recordemos a los cambistas, esto es, a los que compraban y vendían monedas a los peregrinos que iban al templo de Jerusalén, a quienes Jesús echó de allí a latigazos. Pues bien, el manejo de ese negocio durante siglos formó entre los judíos expertos banqueros y financistas, como la venta de joyas formó entre ellos grandes capitalistas joyeros. En pocas palabras, a medida que la sociedad occidental se desarrollaba y entraba en la era capitalista y el capitalismo se desarrollaba a su vez, entre los judíos fueron desarrollándose habilidades y mentalidades capitalistas que pasaron a asociarse de manera natural y lógica con los grandes capitalistas no judíos, porque tal como aclaró Marx, las sociedades no primitivas se dividen en clases, y tal como dice la gente del pueblo desde tiempo inmemorial, siglos antes de que naciera Marx, cada oveja busca su pareja (risas).

Digamos que no todos los judíos que se destacaron se hicieron capitalistas. La necesidad de sobrevivir en un mundo que los perseguía y la división del trabajo que se va dando en cada sociedad a medida que aumenta el número de sus miembros y la vida se va haciendo más compleja debido al desarrollo de las fuerzas productivas, llevó a muchos judíos a hacer

esfuerzos gigantescos para destacarse en sus medios respectivos, porque un judío que se destacaba como médico o como matemático o como músico o como político se ponía a salvo de la persecución y sobre todo de la discriminación injuriente. Eso es lo que explica que en la historia de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Rusia y otros países haya tantos judíos que conquistaron nombres famosos, que entre ellos surgieran sabios en todas las ciencias y figuras mundiales en todas las actividades. Pero hay que convenir en que el mayor número de los judíos que se destacaron lo hicieron como capitalistas o como ideólogos del sistema capitalista, y hay que convenir también en que la mayor parte de la masa judía de la diáspora siguió a esos capitalistas y a esos ideólogos del sistema capitalista. Ahí es donde hay que ir a buscar la fuerza original y actual del sionismo. Hay que buscarla en el hecho de que es una organización que defiende y expande violentamente lo que se llama el *statu quo*, es decir, lo que está establecido, el sistema en que vive, y lo defiende con todas las armas, las ideológicas y las de hierro.

La semana pasada mencionamos el caso del segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, organización de categoría histórica porque ella fue la que estableció el primer Estado socialista que conoció la humanidad, de manera que dentro de 50 ó 100 años, cuando la mayoría de los países del mundo sean socialistas, hecho que nadie podrá evitar, ese partido será reconocido en todas partes como lo han sido durante 1900 años los apóstoles del cristianismo, esto es, como los propagandistas de una nueva era. Pues bien, el segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que se celebró en Bruselas entre el 17 de julio y el 10 de agosto de 1903, casi al mismo tiempo que se celebraba el congreso sionista de ese mismo año, fue de importancia excepcional porque en él quedó definida la forma en que debían

organizarse los partidarios rusos del marxismo para poder alcanzar el poder, y en la tarea de lograr esa definición los miembros del congreso quedaron divididos en dos grupos; uno llamado mayoría que en ruso se dice bolchevique, y otro llamado minoría que en la misma lengua se dice menchevique. Pues bien, entre los mencheviques estaba un sector formado principalmente por judíos marxistas que exigían que el congreso los reconociese como los únicos representantes de los trabajadores judíos, y eso significaba nada más y nada menos que para esos marxistas judíos la sociedad no estaba dividida en clases como lo habían demostrado Marx y Engels sino en nacionalidades, la cual era la tesis capitalista no expresada todavía en esa época de manera organizada por ninguna doctrina. Esa sería precisamente la tesis que iba a justificar la guerra de un país rico contra uno pobre para quitarle sus riquezas arrebatándole la soberanía a fin de poder arrebatarle, a través de la dependencia política, sus materias primas, su comercio, y pagarle a bajo precio su mano de obra. La actitud de esos judíos marxistas rusos es una prueba de hasta qué punto muchos judíos, aun llamándose revolucionarios eran en realidad partidarios del sistema —y hablamos del sistema capitalista— que aparentemente deseaban o se proponían derrocar. Todavía hoy miles de soviéticos de origen judío luchan por salir del país donde nacieron y se formaron para irse a Israel, lo cual demuestra que habiendo nacido socialistas y habiéndose formado en un ambiente socialista lo que ellos son realmente es partidarios a rajatablas del capitalismo, y eso, el capitalismo, es lo que les atrae de Israel.

El sionismo nació como una expresión ideológica y práctica del capitalismo en el mismo momento en que en Europa se desarrollaban las organizaciones nacientes del socialismo, de manera que si vemos los acontecimientos del Cercano Oriente desde el punto de vista marxista tenemos que concluir en

que lo que está sucediendo en esa región es un reflejo a nivel internacional de la lucha de clases que se lleva a cabo en todo el mundo, y eso y no otra cosa es lo que explica el papel que han jugado y siguen jugando en los acontecimientos del Cercano Oriente los Estados Unidos de parte de Israel y la Unión Soviética y otros países socialistas de parte de los pueblos árabes. Esa lucha, cuando se lleva a cabo de parte de un país rico y poderoso contra uno pobre y débil, tiene un nombre, o mejor dicho dos nombres, se llama imperialismo por un lado y por el otro se llama colonialismo.

Israel está llevando a cabo en el Cercano Oriente una lucha imperialista con el propósito de colonizar a los pueblos de la región a partir de la base que ha establecido en Palestina. Si se vuelven los ojos atrás se puede comprobar lo que decimos recordando que desde el primer momento los judíos se prepararon para esa lucha organizándose como se organiza una empresa económica que persigue un fin político. Comenzaron reuniendo dinero para comprar tierras en Palestina o consiguiendo que las compraran banqueros como los Rothschild; después organizaron un banco que no podía tener un nombre más significativo, Banco Colonial Judío, que cosa de medio siglo más tarde pasaría a ser el Banco Nacional de Israel. Para capitalizar ese banco, es decir, para proporcionarle fondos, se creó el Fondo Nacional Judío y casi 30 años después, en el 1929, se organizó en la ciudad suiza de Zurich la Agencia Judía, cuya función consistía en dirigir desde el punto de vista económico pero con criterio político, las actividades de los judíos que se hallaban en Palestina.

En algún libro cuyo título no recuerdo ahora, leí este razonamiento: Los grandes terratenientes árabes de Palestina, muchos de ellos absentistas (palabra que significa personas que viven ausentes de sus tierras o de sus negocios) les vendieron sus propiedades a los judíos sin que estos los forzaran

en ningún sentido, y en la mayoría de los casos los judíos pagaron esas tierras en más de lo que valían. Bien, aceptemos eso como verdad irrefutable, pero se trata de una verdad dentro de un concepto capitalista de la moral pública y privada, no dentro de un concepto humanitarista y por tanto de justicia auténtica. A millones y a cientos de millones y a miles de millones de personas se les ha hecho creer que la moral capitalista es la moral verdadera y por esa razón hay enormes cantidades de gentes que consideran que es absolutamente moral que el que tiene algo lo venda, sobre todo si quien lo compra lo paga en algo más de lo que vale, y que es absolutamente moral que el que dispone de dinero compre lo que necesite o lo que le guste sin tomar en cuenta para nada a los demás. En el caso concreto de las tierras, que son bienes de producción con los que se ganan la vida, aun dentro del sistema capitalista, los que trabajan en ella aunque sean trabajadores que reciben un salario injusto, el propietario que se las vende a un extranjero está vendiendo un pedazo de su patria que no le pertenece solamente a él, porque al mismo tiempo que esa tierra es suya dentro de la ley fundamental del sistema capitalista que es la que establece la propiedad privada de los bienes de producción, esa tierra es también de las generaciones que no han nacido (aplausos), puesto que los que van a nacer necesitarán un territorio para tener una patria. Una patria es el hogar de un pueblo, y un pueblo sin el territorio donde debe vivir y producir no puede formar una patria. Ahora bien, esos grandes propietarios árabes, muchos de ellos absentistas como dijimos hace poco, les vendieron sus tierras a los judíos sin tomar en cuenta lo que iba a sufrir el pueblo de Palestina cuando no tuviera tierras para trabajar en ellas, para producir en ellas lo que tenía que alimentarlo, y lo hicieron sin remordimiento de conciencia porque actuaban de acuerdo con la moralidad capitalista. En esa moral, lo que me deja beneficios

económicos es bueno aunque perjudique a otros, y lo que me perjudica económicamente, o sin llegar a perjudicarme no me deja beneficios en dinero, es malo aunque beneficie a mi pueblo o a todo el mundo.

Ustedes recordarán que hace poco dijimos que al terminar la Primera Guerra Mundial, lo que equivale decir al terminar el año 1918, la población judía en Palestina era de 56 mil personas, pero recordemos también que al finalizar ese año de 1918 los ingleses estaban en Palestina desde hacía un año, y que iban a estar ahí hasta el 15 de mayo de 1948, esto es, 30 años más; recordemos que desde el año 1938 los ingleses tenían el propósito de meter una cuña entre los países árabes de África y los de Asia, y que esa cuña iba a ser concebida después como un Estado judío establecido en Palestina, y recordemos por fin que al comenzar el mes de noviembre de 1917 el gobierno inglés por boca de su ministro de Relaciones Exteriores declaró que Inglaterra estaba dispuesta a emplear todos sus esfuerzos para que se estableciera en Palestina un Hogar Nacional Judío. Esos puntos que acabamos de recordarles forman una línea clara, coherente; esto es, todos esos puntos están relacionados entre sí como parte de un plan general que había surgido como una idea ochenta años antes y que se había ido realizando a lo largo de ese tiempo a medida que las circunstancias iban permitiéndolo.

A partir del final de la Primera Guerra Mundial resultaría más fácil llevar adelante ese plan porque Palestina había quedado bajo mandato inglés. Según se dice con acierto en el número 70 de *Les Cahiers de l'Histoire*, tal como aparece en la traducción al español del libro *El problema palestinese*, páginas 63-64, “los estados árabes vecinos de Israel no han cesado de temer que la inmigración sea el origen de un engranaje sin fin (que es lo que nosotros llamamos aquí tornillo sin fin) al pedir los judíos tierras para ubicar sus inmigrantes (es decir, los

judíos que llegaban a Palestina), y al instalar inmigrantes para poder pedir tierras... Los árabes tenían pues fundamentos para considerar la creación del Estado de Israel, no como el comienzo de una era de estabilidad, sino, como el origen de una expansión” (destinada a llevar a Palestina a los judíos de todos los países) como en efecto ha resultado ser.

Golda Meier, que originalmente se llamaba Golda Meyerson, tenía razón cuando declaró, siendo una jovencita, el 24 de agosto de 1921: “No es a los árabes a quienes los ingleses van a elegir para colonizar Palestina, sino a nosotros”. Y efectivamente así fue, y así tenía que ser dado que en ese terreno los ingleses no estaban improvisando; seguían, como dijimos hace poco, una línea adoptada desde hacía 80 años. Para el 1920, los ingleses habían autorizado una entrada anual de 16 mil 500 inmigrantes judíos y para el 1922 la población judía llegaba a ser el 11 por ciento de la población total de Palestina.

En un libro titulado *Palestine, Loss of a Heritage*, cuyo autor es Sami Hadawi, encontramos datos muy precisos y bien organizados, lo que se explica porque Sami Hadawi fue funcionario evaluador de tierras e inspector de mediciones para el pago de los impuestos en el Departamento de Establecimiento en las tierras del gobierno de Palestina de 1937 a 1948, lo que le dio oportunidad de mantenerse bien informado en materia de tierras ocupadas por judíos y por árabes así como del número de judíos que llegaban a Palestina; y dice él que al ocupar los ingleses en 1917 el territorio de Palestina la población era aproximadamente de 700 mil personas, de las cuales 574 mil eran mahometanas, 70 mil eran cristianas y 56 mil judías; pero que datos de confianza, en los que podía creerse, solamente vinieron a tenerse en el censo hecho el 23 de octubre de 1922 y en el que se hizo el 18 de noviembre de 1931, aunque del último, el de 1931 se excluyeron, o se

sacaron para fines de cálculos futuros los soldados ingleses de ocupación, que eran unos 2 mil 500, y los beduinos del subdistrito de Besheba, que eran 66 mil 553. (Debemos aclarar que los beduinos son los habitantes árabes del desierto, que viven trasladándose constantemente de un sitio a otro). Los datos de ese censo mostraron que de 752 mil 48 habitantes que tenía Palestina en el año 1922, se había pasado en 1931 a 1 millón 33 mil 314, de los cuales eran mahometanos, incluyendo los nómadas, 759 mil 700; judíos, 174 mil 606; cristianos, 88 mil 907, y de otras religiones, 10 mil 101. Los únicos que habían aumentado más del doble habían sido los judíos que de 83 mil 790 habían pasado a 174 mil 606; el aumento de la población árabe apenas pasó rozando de la tercera parte. En cuanto a la tierra, los 56 mil judíos que había en el país en el 1918 ocupaban 162 mil 500 acres, cantidad que equivale a un millón 45 mil 528 tareas; pero el total de las tierras llegaba a 6 millones 580 mil 755 acres, o dicho en tareas, 42 millones 375 mil 700.

Ahora bien, esos números y los tantos por ciento de ellos parecen decir una verdad pero no dicen la verdad, porque cuando se habla de tierra lo más importante no es la cantidad; lo más importante es la calidad. Diez tareas de tierra en Moca producen muchas veces más que 200 tareas de tierra en Guayacanes, y me refiero a Guayacanes de la costa este que queda a unos 10 ó 12 kilómetros de San Pedro de Macorís; y además de la calidad, la tierra tiene más valor si está cerca de una ciudad importante donde hay población que pueda consumir el producto de esa tierra, y si se estudia el mapa de los suelos de Palestina en esa época, se aprecia en el acto que los judíos se adueñaron de las tierras de mejor calidad aunque cuando las Naciones Unidas planearon en el año 1947 el reparto de Palestina entre los judíos y los árabes, a ellos les tocaron, además de las mejores tierras, la mayor

parte de las de Neguev, que eran las más pobres, pero también a los árabes les tocaron ésas del Neguev y las de las orillas del Mar Muerto y del Jordán, hasta el norte de Nablus, y todas ésas son tierras de la misma pobre calidad que las de Neguev.

La inmensa mayoría de las tierras destinadas a los árabes, tal vez más del 80 por ciento, era de calidad o mediana o pobre, pero digamos también que calidad mediana o pobre no significa en Palestina tierras improductivas. Esas tierras de Neguev y de la orilla derecha del Jordán produjeron siempre olivos, que es el árbol de la aceituna, de la cual se saca el aceite, y viñedos, es decir, la planta de la uva de la cual se hace el vino. Los grandes propietarios árabes, especialmente los absentistas como dijimos hace poco, iban vendiendo sus tierras a los judíos, y la organización obrera judía llamada Histadruth prohibía que los propietarios judíos fueran privados o fuera la Agencia Judía, emplearan trabajadores no judíos, de manera que la masa del pueblo palestino árabe que no disponía de tierras sino que vendía su fuerza de trabajo quedaba en una situación desesperada. Esa situación dio lugar a explosiones de violencia que se hicieron graves a partir de 1929. Debemos aclarar que la violencia no detuvo la llegada de judíos a Palestina. En 1939 ya había allí unos 400 mil judíos. Ese mismo año el gobierno inglés reconoció que había ido demasiado lejos en su apoyo a los judíos porque los árabes se levantaban y mantenían un estado de sublevación permanente, y en el Libro Blanco de ese año declaró que no tenía la intención de patrocinar un Estado judío en Palestina sino que Palestina debía convertirse en un Estado independiente en el cual debían vivir juntos árabes y judíos con iguales derechos y responsabilidades, y fijó la cantidad de emigrantes judíos en 10 mil por año más 25 mil refugiados por año durante 5 años.

Pero sucedió que en ese año de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial provocada por el ataque alemán a Polonia, como dijimos en la charla anterior, y sucedió también que Hitler y su Partido Nazi tenían como base de su doctrina al mismo tiempo que la destrucción de la Unión Soviética, el aniquilamiento de la raza judía, a la que Hitler consideraba la culpable de todos los males de Alemania. La salida de judíos de Alemania, Austria y Checoslovaquia aumentó enormemente en ese año de 1939 y pasó a convertirse en un torrente humano a partir de la ocupación de Polonia. Una parte de esos judíos iba a otros países, especialmente a los Estados Unidos, pero gran parte iba a Palestina. La enorme matanza de judíos hecha por los nazis en los años de la guerra agravó la situación de los palestinos porque creó un clima mundial de horror hacia los crímenes nazis que se manifestaba en un apoyo general al propósito de establecer un Estado judío en Palestina. De nada valió que en el protocolo de Alejandría, que sirvió de base a la formación de la Liga Árabe, se dijera esta verdad más grande que las pirámides egipcias: “No puede haber mayor injusticia que resolver el problema de los judíos tan injustamente tratados en Europa, mediante otra injusticia causada a los árabes de Palestina”.

Para el año 1939 Inglaterra comenzaba a ver con preocupación la situación de Palestina, pero para 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, la corona de reina del sistema capitalista había pasado de la cabeza de Inglaterra a la de los Estados Unidos. La crema mundial judía del sistema capitalista, que había establecido en el siglo pasado su cuartel general en Inglaterra porque Inglaterra fue desde el siglo XVIII el centro mundial del capitalismo, había ido a establecerse en los Estados Unidos a partir de los años que siguieron el final de la guerra de Secesión norteamericana debido a que después de esa guerra comenzó el violento desarrollo

de ese país que iba a llevarlo a la posición de líder del capitalismo mundial, puesto que alcanzó gracias a las dos grandes guerras de 1914-1918 y 1939-1945. Al terminar la segunda de esas guerras, los judíos norteamericanos se hallaban a la cabeza de grandes industrias, grandes bancos y especialmente dominaban los medios de comunicación de masas como periódicos, estaciones de radio, agencias de publicidad, editoras de libros, cátedras de universidades y colegios, y dominaban también organizaciones de trabajadores y el pequeño comercio de las ciudades más importantes del país, y además la población judía de los Estados Unidos había llegado a ser muy numerosa. Un ejemplo de lo numerosa que llegó a ser la población judía lo tenemos en el caso de Henry Kissinger. Henry Kissinger era un niño judío-alemán y salió con su familia huyendo de Alemania cuando tenía 13 años, durante esa Segunda Guerra Mundial; fue a dar a los Estados Unidos y ahí lo tienen ustedes ahora de Secretario de Estado de ese país. Imagínense si será o no será influyente.

Después de la conferencia de Yalta, en la que tomaron parte el presidente de los Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, el jefe del gobierno y del partido comunista de la Unión Soviética Josef Stalin y Winston Churchill, el jefe del gobierno inglés, Roosevelt se reunió con Abdul Aziz Ibn Saud, que era el rey de Arabia (de su nombre Saud sale el nombre de Arabia Saudita) y era el padre de Faisal, a quien acaba de matar hace poco un sobrino. La reunión tuvo lugar a bordo del crucero *Quincy*, en el que viajaba Roosevelt, y según cuenta Leonard Mosley en su libro *El peligroso juego del petróleo*, “mientras los dos jefes de Estado hablaban de cultivos y de la cooperación entre los Estados Unidos y la Arabia Saudita para la extracción y comercialización del petróleo, parecían dos viejos amigos. Menos armonía hubo al tratar de la solución del proble-

ma palestino. La conversación derivó (entonces) hacia una serie de malentendidos que iban a enturbiar las relaciones entre ambos países en los meses siguientes”.

Hasta ahí llega ese párrafo de Mosley, quien sigue diciendo que “Roosevelt prometió, primero de palabra y después confirmándolo por carta, que como presidente nunca llevaría a cabo ninguna acción hostil para los árabes, y que el gobierno de Washington no cambiaría su política palestina sin consultar de antemano tanto a los árabes como a los judíos”. Ibn Saud quedó muy contento con esa declaración, pero sucedió que Roosevelt murió dos meses y medio después de haberla hecho, y según dice Mosley “su promesa murió con él”; y en una nota al pie Mosley explica lo siguiente: “Al romper la promesa de Roosevelt el presidente Harry S. Truman* usó unas palabras que desde entonces han venido obsesionando, dice Mosley, tanto a los petroleros como a los diplomáticos que intentan negociar con los árabes”. Las palabras de Truman que Mosley pone entre comillas son estas: “Lo siento, señores, pero me debo a cientos de miles de personas que están deseosas de ver el éxito del sionismo. Entre mis electores carezco de cientos de miles de árabes”.

Para ganarse el apoyo de los judíos norteamericanos, un apoyo que significaba su elección como presidente de los Estados Unidos, Truman respaldaba la petición judía de que se permitiera la entrada inmediata en Palestina de otros 100 mil judíos. De hecho, ya para ese momento, año de 1947, el poder que

* Al llegar aquí el autor hizo un paréntesis para decir las siguientes palabras: “(Y aquí intervenimos nosotros para explicar que Harry S. Truman era vicepresidente con Roosevelt, de manera que cuando murió Roosevelt en abril de 1945 Truman quedó como presidente y al terminar su período aspiraba a ser elegido presidente como está haciendo ahora Gerald Ford, que terminará el período de Nixon y aspirará a la presidencia suya; es decir, Truman aspiraba a ser candidato presidencial y lo fue en las elecciones de 1948, que le ganó al candidato republicano Thomas E. Dewey”).

decidía en Palestina no era Inglaterra, eran los Estados Unidos. Cuando la Agencia Judía resolvió respaldar a las organizaciones terroristas judías que actuaban en Palestina contra las autoridades inglesas y contra los árabes, desde luego, los ingleses arrestaron a algunos de los jefes de la Agencia Judía. Eso ocurrió cuando los terroristas judíos volaron el hotel David, donde había varios jefes ingleses. Truman protestó de esa medida mientras al mismo tiempo el Congreso norteamericano se negaba a dar fondos pedidos por los ingleses para cubrir gastos que ellos hacían precisamente en Palestina.

El desplazamiento de Inglaterra de su papel de país líder del sistema capitalista mundial y la ocupación del lugar que dejó vacío Inglaterra por los Estados Unidos, determinó a su vez un movimiento del bloque socialista para enfrentarse a los Estados Unidos. Todavía la revolución socialista no había triunfado en China ni en ningún país fuera de la Unión Soviética y de la Europa Oriental y Central, y el líder natural de los países socialistas en los que el socialismo había triunfado en los años finales de la Segunda Guerra Mundial era la Unión Soviética. Así pues, en términos de liderazgo hubo un enfrentamiento de tipo político entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que no llegó a manifestarse en hechos porque la Unión Soviética apoyaba la idea de que se estableciera en Palestina un Estado en el que vivieran conjuntamente árabes y judíos, es decir, no un Estado judío ni un Estado árabe sino un Estado para árabes y judíos. En el resto de Europa el enfrentamiento fue más agudo especialmente en el caso del bloqueo de Berlín y tomó el nombre de la Guerra Fría, pero en esa Guerra Fría los soviéticos no perdieron de vista la situación que iba creándose en el Cercano Oriente a causa de la cual en el 1945 se creó la Liga de Estados Árabes.

Cuando los ingleses se dieron cuenta de que si la Guerra Fría se extendía al Cercano Oriente ellos no tenían nada que ganar, pero podían perder su ventajosa posición en Egipto,

decidieron retirarse de Palestina, y esa decisión precipitó los acontecimientos que iban a dar lugar al nacimiento del Estado de Israel. Sin embargo, desde el mes de noviembre de 1947 en las Naciones Unidas se había hecho un reparto de las tierras que debían ocupar los árabes y de las tierras que debían ocupar los judíos.

Dijimos que la decisión de Inglaterra de retirarse de Palestina precipitó los acontecimientos que iban a dar lugar al nacimiento del Estado de Israel, y ese Estado nació protegido, no ya por Inglaterra sino por los Estados Unidos. Hubo, pues, una traslación de poderes. Así vino a suceder que al heredar el lugar de Inglaterra como jefe del mundo capitalista, los Estados Unidos heredaron también la paternidad del Estado de Israel, que había sido planeado por Inglaterra desde hacía más de 100 años.

Al mismo tiempo que la decisión inglesa de abandonar Palestina colocó a los Estados Unidos en el papel de protectores del Estado de Israel, que iba a nacer el día antes de la retirada de los ingleses, esa decisión prolongó la autoridad de los ingleses en Egipto varios años, por lo menos, hasta el 26 de julio de 1956, es decir, un poco más de ocho años después del nacimiento del Estado de Israel. En ese 26 de julio de 1956, Nasser declaró la nacionalización del Canal de Suez y la nacionalización del Canal de Suez fue el fruto de la lucha política entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que eran los dos poderes enfrentados en el Cercano Oriente. Ya no eran Inglaterra y los árabes; ya eran los Estados Unidos y la Unión Soviética en su condición de potencias mundiales. Nasser necesitaba enormes cantidades de dinero para levantar la presa de Assuán, que es la más grande del mundo, y los Estados Unidos se las negaban porque su protegido en el Cercano Oriente era Israel. Estamos hablando de 1956; ya había pasado la guerra de 1948 entre Israel y Egipto, y como

país líder de la Liga Árabe, Egipto estaba a la cabeza de la lucha contra Israel. Nasser respondió a la negativa norteamericana nacionalizando el Canal de Suez, y los gobiernos dueños de la compañía que administraba el Canal, que eran Inglaterra y Francia, respondieron a su vez organizando un ataque israelí a Egipto, para lo cual Ben Gurión, jefe del gobierno de Israel, fue llevado en secreto a Francia a fin de decidirlo a que Israel atacara en Egipto, con lo cual se justificaría la intervención inglesa y francesa en el conflicto.

Esa justificación era indispensable porque ni Inglaterra ni Francia podían contar en ese momento con la aprobación norteamericana debido a que por detrás de Nasser estaba el poder soviético, y los Estados Unidos temían que su participación en un ataque a Egipto, aunque fuera encubierta, desatara una nueva guerra mundial.

Ben Gurión, Shimon Perés y Mosé Dayán llegaron a la ciudad francesa de Sevres, en viaje secreto, el 22 de octubre de 1956, y las elecciones norteamericanas, en las cuales el presidente Eisenhower iba como candidato a la reelección, se celebrarían dos semanas después. Cualquier desliz en la política exterior de los Estados Unidos podía significar la derrota de Eisenhower, que equivalía a la derrota del Partido Republicano; y por esa razón lo que hicieran los ingleses y los franceses en Egipto tenía que ser hecho sin que se enterara el gobierno norteamericano; de ahí que el viaje de los líderes israelitas a Francia y el de los altos jefes políticos ingleses y franceses a la ciudad de Sevres para entrevistarse con ellos fueran movimientos hechos con tantas precauciones que ni la CIA se enteró (risas y aplausos), pero seamos justos y digamos que tampoco se enteraron los servicios soviéticos de contraespionaje. No se enteró nadie; sólo los que actuaron. En esas entrevistas de Sevres se decidió el ataque israelí, inglés y francés a Egipto.

El ataque comenzó con un avance inesperado del Ejército israelí iniciado el 29 de octubre en dirección del Canal de Suez por la vía de El Arish, donde se estableció el cuartel general israelí, y el día 30 los ingleses y los franceses enviaron un ultimátum a los israelitas y a los egipcios, pero se trataba de un ultimátum que los israelitas estaban esperando porque eso se había planeado en Sevres, y que los egipcios no esperaban porque ellos eran las víctimas de ese plan secreto.

A la una del día 31 de octubre Nasser rechazó el ultimátum y a las 4 de la mañana del día siguiente empezaron los ingleses a bombardear los suburbios de El Cairo y los alrededores del Canal de Suez. Los ingleses y los franceses habían reunido una fuerza gigantesca para atacar a Egipto; tenían 130 buques de guerra, entre ellos 6 portaviones, 15 cruceros y barcos auxiliares, 9 mil vehículos, 500 aviones, 75 mil hombres; todo eso para actuar como intermediarios que iban a garantizar la paz (risas), pero en realidad era para quedarse con el Canal de Suez a fin de que los barcos ingleses y franceses y los que se les añadieran de las flotas del llamado Mundo Libre pudieran hacer su camino hacia Oriente con una economía de 9 mil kilómetros, como explicamos la semana pasada.

Permítasenos que al llegar aquí hagamos la historia de un episodio personal. Yendo de Cienfuegos, en Cuba, para Amberes, a participar en un congreso de trabajadores del transporte que debía celebrarse parte en Bélgica y parte en Austria, aprovechamos el viaje, que hacíamos en un barco alemán de carga que aceptaba de 10 a 12 pasajeros, para escribir el borrador de una biografía de David que habíamos planeado mientras vivíamos en Chile, allá por el año 1955. La razón del viaje era conseguir que en ese congreso de trabajadores se declarara un boicot a Trujillo, lo que no pudo conseguirse porque los representantes de los sindicatos ingleses se opusieron con el argumento de que Inglaterra compraba en la República

Dominicana cacao, azúcar y café, y si ellos aceptaban el boicot el comercio inglés sufriría pérdidas. Esa conclusión tan revolucionaria de los ingleses fue aceptada por el congreso en sus sesiones de Viena, y de Viena nos fuimos a Roma junto con los otros dos delegados dominicanos, y en Roma pasamos en limpio el borrador de la biografía de David. Ahora bien, estando en Roma se nos ocurrió que no debíamos volver a América sin aprovechar la oportunidad de ver la tierra de David y de comprobar qué cambios se habían operado en ella desde los tiempos bíblicos hasta los actuales. No teníamos dinero para hacer el viaje, pero tuvimos la suerte de encontrar en Roma a una amiga cubana que nos prestó 300 dólares, con los cuales nos fuimos en tren a Bríndisi, que queda situada en la base del tacón de la bota en que termina la península italiana; y de Bríndisi salimos hacia Haifa en un barco llamado el *Mesaphia*. Íbamos en tercera clase, porque el dinero no daba para ir en segunda, y como en tercera no se disponía de camarote debíamos dormir en cubierta; pero eso sí, de noche nos daban un colchón, lo que nos permitía pararnos al amanecer con cierta agilidad. El *Mesaphia* estaba anclado en un puerto de la isla de Chipre cuando vimos, por primera vez, aviones militares a reacción. Eran aviones ingleses y franceses que salían de Chipre, donde todavía hay bases inglesas, para ir a bombardear los alrededores de El Cairo; pero de esto último vinimos a enterarnos después de nuestra llegada a Haifa, que fue al día siguiente. Y perdonen el tiempo perdido en hablar de ese episodio personal.

Los planes ingleses y franceses fracasaron por la intervención yanqui. Ya los ingleses no eran el gran poder mundial; el gran poder mundial eran los Estados Unidos, y Eisenhower, temeroso de las complicaciones que podía traer el ataque anglofrancés a Egipto intervino inmediatamente para ponerle fin. Foster Dulles hizo unas declaraciones muy enérgicas

pidiendo que cesaran esos ataques, y los ataques cesaron y cesó también el avance israelí en Egipto. Los Estados Unidos se habían convertido en el líder mundial del sistema capitalista y naturalmente no podían tolerar que por motivos económicos o políticos unos paisitos como Inglaterra y Francia se tomaran la libertad de actuar por su cuenta, poniendo en peligro el liderazgo norteamericano.

Ahora vamos a dar un salto atrás para explicarles la clave del conflicto del Cercano Oriente, que se originó en la apropiación, por parte de los judíos, de las tierras de Palestina, con lo cual dejaron al pueblo palestino sin uno de los dos requisitos esenciales de una nación. Esos dos requisitos son pueblo y tierras. Un pueblo asentado sobre un territorio dado forma una nación, y una nación puede constituirse en Estado solamente si reúne esos dos requisitos. Palestina pudo haber pasado a ser un Estado, pero la ocupación inglesa lo impidió, y las infiltraciones judías primero, y las inmigraciones judías después, realizadas unas y otras con apoyo inglés, le arrebataron al pueblo palestino las tierras que ocupaba desde hacía varios siglos; en cambio los judíos, que eran un pueblo sin tierras y por tanto no constituían una nación, se convirtieron en nación al apropiarse de tierras palestinas, y de nación pasaron al Estado, el Estado de Israel, que quedó proclamado un día antes de abandonar las fuerzas inglesas el territorio palestino. Los ingleses evacuaron ese territorio el día 15 de mayo del año 1948 y los israelíes proclamaron la existencia del Estado de Israel en la tarde del día 14.

El pueblo judío no tenía tierras porque desde hacía más de mil quinientos años vivía en medio de otras sociedades. En la *Historia de Palestina* de Lorand Gaspar (págs. 167 y 168), hallamos una nota que dice lo siguiente: “En 1964, sobre una cifra total de 2 millones 525 mil 600 habitantes de Israel, había 123 mil judíos iraquíes, 61 mil judíos yemeníes

y de Adén, 44 mil judíos turcos, 37 mil judíos iraníes, 112 mil judíos marroquíes, 40 mil judíos argelinos y tunecinos, 36 mil judíos egipcios, 39 mil judíos holandeses, 219 mil judíos polacos, 147 mil judíos rumanos, 11 mil 88 judíos rusos, 53 mil judíos alemanes y austríacos, 26 mil judíos checoslovacos, 29 mil judíos húngaros, 29 mil judíos búlgaros, 11 mil judíos griegos, 8 mil judíos yugoeslavos”, y sigue diciendo: “Hay judíos del Cochín (Cochín es la Cochinchina, Viet Nam del Sur) y del sur de la India y de Abisinia, muy oscuros de piel, los judíos rubios de ojos azules de Europa Central y del Este, muchos de ellos con una osamenta facial prominente de tipo eslavo (es decir, ruso), judíos de pelo negro y de cráneo dolicocefalo, de tipo mediterráneo del norte de África, judíos de tipo fornido de Kurdistán y Bujara, yemeníes delgados y muchos más”; es decir, como ustedes ven solamente faltaban judíos dominicanos (risas y aplausos). Y decimos que solamente faltaban judíos dominicanos porque conocimos en Israel judíos argentinos, judíos brasileros, judíos chilenos, y asómbrense, también judíos cubanos (risas).

Al adueñarse de las tierras de los palestinos y asentarse en ellas el pueblo judío pasó a ser nación, y una vez convertido en nación fue llevado a la categoría de Estado con la ayuda principalmente de Inglaterra, que les dio su apoyo durante un siglo a los grandes capitalistas judíos de Europa para que establecieran ese Estado como una cuña metida entre los países árabes de África y de Asia, y después con el apoyo político, económico y militar de los Estados Unidos, que vieron en Israel un aliado insuperable para mantener una base política y militar en la región del Cercano Oriente donde estaba dejándose sentir la penetración soviética.

Veamos cómo fue desarrollándose el proceso de convertir al pueblo judío en nación y cómo después que esa nación pasó a ser Estado usó el poder que tienen los Estados para

acabar adueñándose del resto de las tierras palestinas, quitándoles a los árabes palestinos su medio de vida fundamental, pues tratándose, como se trataba, de que el pueblo árabe de Palestina era agricultor y pastor de cabras y de ovejas, si le faltaba la tierra le faltaba la base misma de su vida. Ya hemos dicho que la organización obrera judía llamada Histadruth, que es uno de los engranajes de la organización del Estado de Israel y antes de la existencia del Estado lo era de la Agencia Judía, rechazaba de manera tajante que los inmigrantes judíos les dieran trabajo a personas que no fueran judías, de manera que los árabes que iban perdiendo la tierra donde producían para ir viviendo porque sus propietarios se las vendían a los judíos o por otras razones, no tenían oportunidad de trabajar ni siquiera como peones de los judíos; pero esa situación iba a agravarse con la creación del Estado de Israel, como veremos dentro de poco.

Por ahora, veamos algunos números que nos ayudarán a comprender la situación. Antes habíamos dicho que en el censo de 1931, 174 mil 606 judíos vivían para ese año en Palestina. En ese momento la población total del país era un millón 33 mil 314. Entonces se estimó que para el 1944 en Palestina habría un millón 739 mil 524 habitantes, de los cuales 528 mil 702 iban a ser judíos; pero resultó que un año antes, en 1943, los judíos eran, no 528 mil 702, sino 539 mil, y la población total un millón 676 mil, de manera que para 1943 los judíos eran poquito menos que la tercera parte de todos los habitantes de Palestina. En 1949, es decir, un año después de haberse constituido el Estado de Israel, los judíos eran 219 mil más que en 1943. En 1954 habían pasado a ser un millón 500 mil y en 1958 eran un millón 800 mil. Como pueden ustedes ver, en 14 años los judíos, ellos solos, pasaron a ser más que todos los habitantes de Palestina que se estimaba iba a haber en 1944, incluyendo entre ellos

más de medio millón de judíos (528 mil 702). Como es natural, ese aumento de la población judía requería más tierras, no sólo para la producción judía sino también para sus viviendas. Ahora bien, una vez constituido el Estado de Israel, como dicen los autores de *El problema palestinese* tomándolo de otras publicaciones, “se pasó de la etapa de la adquisición a la de la confiscación”. Tan pronto los ingleses abandonaron Palestina los países árabes vecinos atacaron Israel, y al terminar esa guerra, cuando se hizo el armisticio en julio de 1949, Israel sometió a la autoridad militar israelí la Alta Galilea y una gran parte de la región Central; y toda la parte norte de la costa entre Gaza e Isdud pasó también a ser sometida a la autoridad militar israelí, así como la región del Neguev, al sur de Rafah.

En el año 1941 las tierras de judíos en Palestina tenían una superficie de 528 kilómetros cuadrados, y para el 1951 llegaban a 16 mil 324 kilómetros cuadrados.

¿Cómo se obtuvo ese aumento de propiedades judías que alcanzó a casi 18 veces?

Pues se obtuvo con las leyes que votó el gobierno judío inmediatamente después de haberse constituido el Estado de Israel, porque la constitución de un Estado autoriza la formación inmediata del gobierno que ha de administrarlo o dirigirlo, y un gobierno a su vez está autorizado a producir leyes en nombre y en defensa de ese Estado, y por eso, señores, es que los procesos políticos van dirigidos a la conquista del poder dentro de los límites del Estado porque el poder, que es ejercido por el gobierno, tiene la capacidad de organizar la vida de un pueblo de acuerdo con los intereses de aquellos que lo gobiernan.

Tan pronto constituyeron el Estado de Israel, los judíos pasaron a organizar la incautación o la conquista de las tierras de los árabes mediante varias leyes de las cuales las tres

primeras fueron promulgadas en el año 1948, es decir, el mismo año de la instalación del Estado de Israel. Esas tres leyes fueron la Ordenanza de las Areas Abandonadas, la Regulación de las Propiedades de los Ausentes y las Regulaciones de Emergencia para el Cultivo de las Tierras no Cultivadas. Por la primera se declararon ausentes a todos los árabes que no se hallaban en sus ciudades o aldeas después del 29 de noviembre de 1947; se estableció que todos los árabes que tenían propiedades en la ciudad nueva de Acre serían clasificados como ausentes aunque nunca hubieran salido a más de 30 metros de la parte vieja de la ciudad (risas). (Ustedes se ríen y parece increíble, pero así sucedió). También fueron declarados ausentes todos los que salieron de un lugar de Israel hacia otro dentro del país, y se llegó a colmos como el de que los árabes que fueron de visita a Beirut o a Belén en los últimos días del mandato inglés, aunque la visita durara sólo un día, fueron declarados ausentes, y se nombró al ministro de Agricultura y a un custodio especial para que tomaran posesión de las tierras de esos ausentes, y luego por ley del 14 de marzo de 1950 se autorizó al custodio a vender las tierras de esos ausentes y se legalizaron todas las distribuciones de tierras propiedades de árabes que se habían hecho hasta ese momento sin autorización legal.

Decía Sami Hadawi (página 54): “Bajo esas regulaciones y leyes las autoridades israelíes legalizaron la toma de las propiedades de los árabes refugiados e hicieron legales las confiscaciones de cualesquiera otras propiedades de árabes, fueran o no fueran refugiados”. Y agregaba esta conclusión: “El resultado actual es que todas las tierras agrícolas pertenecientes a refugiados (árabes) han sido vendidas por el custodio israelí, o la (llamada) Autoridad para el Desarrollo, que fue creada especialmente para liquidar los derechos y los intereses de los árabes”.

Además de las tierras la Palestina árabe tenía instalaciones telegráficas, telefónicas, ferrocarriles, acueductos, carreteras, puertos, edificios de gobierno, incluyendo entre ellos escuelas, hospitales, cuarteles de la policía y terrenos públicos y ciudades y aldeas; y los árabes palestinos tenían hogares y muebles y negocios, sobre todo comercios, miles de comercios, aunque fueran pequeños; y con la mayoría de todo eso se quedaron los israelíes. En resumen, no es que al pueblo árabe de Palestina le quitaron su tierra y sus bienes. Lo que ha sucedido es algo infinitamente peor, pues si le hubieran quitado su tierra y sus bienes y le hubieran permitido quedarse en lo que durante más de mil 200 años había sido su país, en 20, en 40 en 60 años de trabajo hubiera podido rehacer lo que le habían arrebatado. Pero lo que se hizo con ese pueblo fue arrancarlo de raíz de su patria y lanzarlo fuera de ella, de tal manera que ahora hay fuera de Palestina más de millón y medio de palestinos, de los cuales una gran cantidad ha nacido en el exilio.

La raíz del conflicto del Cercano Oriente está en ese hecho; en que un pueblo entero fue despojado de su patria natural para que fuera a ocuparlo otro pueblo que estaba fuera de ella hacía más de mil 200 años. Pero si la raíz está en ese despojo, que ha sido un crimen descomunal propio de un sistema que ha reemplazado el sentimiento de la confraternidad humana y el concepto de lo justo por la persecución del beneficio económico, su medida trágica, lo que le da una grandeza dolorosa difícil de medir es que la víctima de ese crimen es un pueblo que forma parte de una hermandad de pueblos que siente en carne propia el puñal que les han clavado a sus hermanos palestinos. Nosotros los latinoamericanos nos damos cuenta de lo que sufren los pueblos árabes con lo que les está sucediendo a sus hermanos de Palestina porque sabemos lo que nos duele el asesinato de un estudiante argentino o la desaparición misteriosa de un combatiente chileno.

Estando en España, allá por el año 1967, doña Carmen y yo fuimos a Córdoba, y naturalmente visitamos ese monumento de belleza increíble que se llama la Mezquita de Córdoba. En la Mezquita de Córdoba se avanza de asombro en asombro por entre columnas de mármoles de todos los colores, verde, rosado, gris, blanco, y de todos los estilos, el dórico, el jónico, el salomónico, y además de todos los tamaños, porque los árabes recogieron esas columnas especialmente de las antiguas ciudades romanas del norte de África para llevarlas a Córdoba a montar con ellas un verdadero bosque de columnas. Unas son más altas y se les hicieron hoyos para que penetraran más en tierra; otras son más cortas y a éstas se les hicieron bases para que quedaran más levantadas, porque en la parte superior, en el final de los capiteles, todas debían estar a la misma altura.

Yendo por entre ese bosque de sorpresas, dejándonos llevar de belleza en belleza, nos dimos de pronto conque en medio de aquella construcción gigantesca que es la Mezquita de Córdoba había un lugar de donde habían quitado las columnas para fabricar, bajo el techo de la Mezquita, una iglesia católica. El guía que iba acompañándonos nos contó que cuando llevaron allí al emperador Carlos V, que por haber nacido y haberse criado fuera de España era menos fanático que la mayoría de los españoles, miró despaciosamente la iglesia católica y el bosque de columnas que la rodeaba y dijo más o menos estas palabras: “Ustedes han hecho dos cosas malas a la vez; han echado a perder la Mezquita y han echado a perder la iglesia católica” (risas).

Todas las mezquitas o templos musulmanes tienen un nicho que está colocado en dirección a la Meca, y ese nicho es el lugar sagrado de una mezquita. Su nombre árabe es el *mijrab*.

Pues bien, paseando por aquel mundo de columnas que nos tenía deslumbrados doña Carmen y yo desembocamos de

pronto en el *mijrab* de la Mezquita de Córdoba, y nuestra sorpresa fue tal que nos miramos a los ojos. Ese *mijrab* era la culminación de todo lo bello que habíamos visto en la Mezquita. Las letras y los signos que hay en él están hechos de oro sobre mármol, y despedían una fuerza artística impresionante. Al darse cuenta de que nosotros nos habíamos quedado mudos, el guía, que parecía un árabe, dijo estas palabras:

“Aquí han venido muchos árabes que al llegar a este sitio no han podido seguir caminando y se han echado a llorar”.

Y nosotros comprendimos a cabalidad por qué lloraban esos árabes. Lloraban porque al llegar ante el *mijrab* de la Mezquita de Córdoba veían de manera material, viva, con sus propios ojos, lo que había sido la cultura de ese imperio que al cabo de tantos siglos de haber desaparecido sigue iluminando con el resplandor de un sol naciente el alma de todos los pueblos árabes (aplausos prolongados) y sigue uniéndolos tanto como la lengua, tanto como a nosotros los latinoamericanos nos une la lengua española (aplausos); y lo que no comprenden los judíos que han establecido un Estado judío en Palestina arrancando de allí, como quien arranca un árbol, al pueblo que habitaba esa tierra, y lo que no comprende el gran poder que está detrás de ellos, es que cuando hay pueblos con sentimientos tan profundos de unidad; cuando hay pueblos que sienten el dolor de sus hermanos como si fuera su propio dolor, entonces, aunque se necesiten muchos años de lucha y aunque esa lucha cueste muchas vidas, no hay sobre esta tierra poder alguno que pueda convertir en permanente una injusticia tan repugnante como la que se ha cometido con el pueblo árabe de Palestina (aplausos prolongados).

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

ABD-EL-AZIZ 425
ABD-EL-KADER 412, 413, 423
ABD-EL-KRIM 425
ABDUL-HAMID 426, 480, 481
ABDUL-HAMID II 426
ABRAHAM 432
ACOSTA SAIGNES, Miguel 62, 69
AGIS 28, 32
AGRAMONTE 324
AGUIRRE, José M. 339
AHMED ARABI 412, 414, 421
AL ATRASH 464
AL-DARAZI 464
ALBINO, Décimo Clodio 160
ALBORNOZ SÁNCHEZ 227
ALBURQUERQUE 55
ALBURQUERQUE, Leonor de 39
ALCIBÍADES 26-34
ALCMEÓN 5
ALEJANDRO 402- 404, 473
Alí 431
Alí Fahmi 414
Alí, Mohamed 402-407, 409-411,
413-416, 420, 421, 472
ALIYÁ, Edward 384
ALLENBY 437-440, 447
ALONSO, Francisco 342
ÁLVAREZ DE TOLEDO 39, 40
AMADEO DE SABOYA 389
AMECHAZURRA, Juan 343
ANACARSIS 3
ANDÓCIDES 13

ANGULO GURIDI, A. 126
ANNENKOV, P. V. 48
ANTIPAS, Herodes 474
AQUINO, Tomás de 153, 154, 219
ARAUJO 449
AREZZO, Guido de 152
ARISTÓTELES 3, 5, 10-12, 16, 17, 19,
21, 31, 37, 38
ARMAS Y MACHADO, Eligio de 270
ARQUELAS 474
ARRAES, Miguel 137-139
ARZOBISPO DE EXETER 95
ASTOR 54
AUGUSTO 158
AUGÚSTULO, Rómulo 155, 156
AURELIANO DIOCLECIANO, Cayo
Valerio 164
AURELIANO, Domicio Lucio 163, 164
AVDAKOV Y POLIANSKI 233

B

BACON, Antony 105
BADOGLIO 457
BÁEZ, Buenaventura 126, 246
BAGOTT GLUBB, John 459
BAJA, Ismael 420
BALBINO 162
BALFOUR, Arthur James 436-438,
483, 487
BAR-ZOHAR, Michel 477, 478
BARCLAY, Alexander 104
BARCLAY, David 104
BARÓN DE BARBAZAN 59

- BARÓN DE BRESSNER 59
 BARÓN DE CASTELLANE 59
 BARÓN DE HUMBOLDT 70
 BATISTA, Fulgencio 284, 449
 BECHARA el Khoury 468
 BECKFORD, Peter 64, 65, 73
 BECKFORD, William 105
 BÉJAR 40
 BEN GURIÓN, David 478, 482, 506
 BENAVENTE 39
 BERGÉS, Rodolfo 285
 BERNAL, John D. 233
 BETANCOURT GUERRA, Miguel 282
 BETANCOURT GUTIÉRREZ, Miguel 271
 BILLINI, Francisco Gregorio 326
 BLANCO, Ramón 289, 291, 292
 BOLD, Jonas 103
 BOLÍVAR, Juan Vicente 62
 BOLÍVAR, Simón 62, 117, 124, 244,
 297, 302
 BONAPARTE, Napoleón 245, 300,
 404, 408
 BORRERO, Francisco 302, 303
 BOSCH, Juan 49, 469
 BOSWELL 92
 BOULTON 105
 BOURRICARD, Francois 136, 137
 BOYER, Jean Pierre 110, 412
 BOZA, Bernabé 248, 249, 259, 262,
 271-273, 278, 282, 295, 312,
 313, 315, 334, 335, 338, 350
 BRAVO, Juan 273
 BRIGHT, Richard 104
 BUCHANAN, James 46
 BURKE, Edmund 79, 80
- C**
- CABALLERO DE AILLY 59
 CABALLERO DE BORDA 59
 CABALLERO DE COURRÉLOJES 59
 CABRA 40
 CABRERO, Mosen Juan 56
 CÁCERES, [Ramón] Mon 431
 CALATRAVA 40
 CALCIDES 28, 29
 CALDWELL, Charles 103
 CALÍGULA 158
 CAMPOS MARTÍNEZ 257, 307
- CAONABÓ 324
 CARACALLA 161
 CARDOSO, Fernando Henrique 131-
 133, 135-137
 CARÍAS 449
 CARICLES 26, 31
 CARINO 164
 CARLOMAGNO 176, 185, 194
 CARLOS el Hechizado 62
 CARLOS II 58, 60
 CARLOS V 515
 CASIANO Latino Póstumo 163
 CASIUS CLAY 402
 CASTELLANOS 279
 CASTILLO, Juan F. 342
 CASTRO, Fidel 451
 CATROUX 462, 463, 468
 CAVE, John 104
 CELLINI, Benvenuto 153
 CEPEDA, José Loreto 254, 255
 CERDA 40
 CÉSAR 158
 CÉSPEDES 324
 CÉSPEDES, Carlos Manuel de 114
 CHARLES, Pierre 63
 CHATEAUSALINS 70
 CHILD, Sir Josiah 88
 CHRISTOPHE (Henri I) 123
 CHRYSLER 54
 CHURCHILL, Winston 502
 CIMÓN 14
 CIRUJEDA 248, 312
 CISNEROS, Salvador 263
 CISNEROS BETANCOURT, Gaspar
 (Marqués de Santa Lucía) 262,
 267, 272
 CLAUDIO QUINTILIO 164
 CLAUDIO Segundo 163, 164
 CLAYTON 435
 CLEÓMENES 20, 21
 CLEOPATRA 366, 403
 CLÍSTENES 20-24
 CLODOVEO 156, 157, 169-171
 COLÓN, Cristóbal 43, 52, 53, 56,
 197, 343, 394, 398
 COLÓN, Diego 55-57
 COLUMELA 159
 CÓMODO 158, 160

- COMPIEGNE, Rosseline de 155
 CONDE DE ACHÉ 59
 CONDE DE ADHÉMAR DE LAUTAGNAC 59
 CONDE DE ALBERMALE 59
 CONDE DE ARGOUT 59
 CONDE DE ARQUIAN 59
 CONDE DE AUTICHAMPS 59
 CONDE DE AYON 59
 CONDE DE BEAUMONT 59
 CONDE DE BOULAFNVILLIERS 59
 CONDE DE BROSSARD DE LA
 POUPARDIERE 59
 CONDE DE CASA MONTALVO 59
 CONDE DE CASA MORÉ 59
 CONDE DE CRAVIER 59
 CONDE DE FERNANDINA 59
 CONDE DE GIBACOA 59
 CONDE DE HARO 39
 CONDE DE JARUCO 59
 CONDE DE MACURIGES 59
 CONDES DE ALBA 39
 CONDES DE PLACENCIA 39
 CONDES DE TENDILLA Y PRIEGO 40
 CONSTANT, Benjamín 115
 CONSTANTE 165
 CONSTANTINO el Grande 165, 475,
 476
 COOKE, George Frederick 101
 CORNELL 337
 CORTEN, André 140
 CORTÉS, León 449
 COSTES, Alfred 79
 COWLEY 60, 61, 63, 91-94, 96-99,
 111
 CRISTO 369, 377, 474, 489
 CUELLO, Teresa 284
- D**
- DADA, Amín 480
 DANTE 152
 DARÍO I 417
 DARÍO II 30, 31
 DARWIN 418
 DAUBENY 104
 DAVENANT 88
 DAVID 472, 473, 475, 479, 507
 DAYÁN, Mosé 506
 DE GAULLE 461-463
- DENTZ 461, 462
 DEODORO DA FONSECA, Manuel 115
 DESPRADEL, Lorenzo 286- 289, 294,
 297, 315, 320, 349, 350
 DESSALINES 123
 DEWEY, Thomas E. 503
 DILLON 54
 DIOCLECIANO 165-167, 170
 DISRAELI 492
 DONNA, Julia 161
 DORTICÓS, Osvaldo 451
 DREYFUS, Alfred 477, 478
 DU PONT 54
 DUBUY, Georges 233
 DUKE 54
 DULLES, Foster 509
 DUQUE DE YORK 60
 DUQUE DEL INFANTADO 40
 DUQUE MATÍAS 255
 DUQUES DE ARCOS 40
 DUQUES DE MEDINACELLI 40
 DUQUES DE MEDINASIDONIA 40
 DURANOÑA 338
 DURANT, Will 233, 403, 415
- E**
- ECHAGUE 337
 ECHEVERRÍA 451
 EDUÁ 244, 270
 EFIALTES 14
 EISENHOWER 506, 508
 ELENA 476
 ELIGIO 266
 EMILIANO, Marco Emilio 162
 ENGELS, Federico 4, 22, 33, 48, 50,
 78, 81-84, 127-131, 415, 494
 ENRIQUE VII 128
 ENRÍQUEZ 39
 ESPÍNOLA, Hernán 356
 ESTRADA PALMA, Tomás 296
 ESTRELLA UREÑA 449
 ESTÚÑIGA 39, 40
- F**
- FAIRWEATHER, Robert 103
 FAISAL 431, 433, 439, 440, 444,
 459, 463
 FAJARDO 40

- FARNABAZO 30
 FAROUK 458
 FAROUK I 411, 454, 455
 FELIPE, hijo de Herodes 474
 FERNÁNDEZ 40
 FERNÁNDEZ DE OVIEDO 49
 FERNANDO [El Católico] 55, 56
 FERNANDO VI 59
 FERRARA, Orestes 255, 286
 FILIPO 162
 FILIPO el Árabe 162
 FILIPO, Marco Julio 162
 FINCHAL, Goderico de 214
 FINLAY, Doctor 317
 FLORIANO, Annio 164
 FONSECA, Juan de 55
 FORD 54
 FORD, Gerald 503
 FOWELL BUXTON, Thomas 111
 FRANCKLYN, Gilbert 105
 FRANCO, Gabriel 228
 FRANCO, José Luciano 263, 278,
 281, 282, 285
 FRÍNICO 31
- G**
- GALE 105
 GALIENO 163
 GALO 476
 GALO, Treboniano 162
 GAMAL Abdel Nasser 422
 GARCÍA, Calixto 238, 268, 281
 GARCÍA, José Gabriel 56, 127
 GARCÍA NAVARRO 337
 GASCOYNE, General 107
 GASPAS, Lorand 509
 GENGIS Khan 394
 GEORGE, Lloyd 487
 GETA 161
 GIOTTO [di Bondone] 153
 GLADSTONE, John 106
 GLUBB Pashá 459
 GOICOCHEA, L. de 257, 332
 GÓMEZ, José Miguel 325, 326
 GÓMEZ, Juan Vicente 124
 GÓMEZ, Máximo 235, 237-239, 241,
 242, 244-255, 257-263, 265-269,
 271, 273-275, 277-279, 281- 283,
 285-297, 299-320, 322, 325-335,
 337-343, 345-349, 361
 GÓMEZ TORO, Francisco (Panchito)
 239, 247, 248, 269, 280, 282,
 283, 285, 287, 304, 312, 313,
 315, 322, 323, 340, 345, 346
 GONZÁLEZ CANAHUATE, Luis Gonzalo
 353, 355
 GONZÁLEZ GIL 56
 GORDIANO 161
 GORDIANO III 162
 GORDIANO, Marco Antonio 161, 162
 GOVIN, J. B. 245
 GRAHAM, Cunnninghame 430
 GRAJALES, José 284
 GRAJALES, Mariana 284
 GUATIMOSÍN 324
 GUIDO de Siena 153
 GUILLERMO el Conquistador 197,
 221
 GUILLERMO IV 111
 GUZMÁN 40
 GUZMÁN, Antonio 246
- H**
- HADAWI, Sami 498, 513
 HANLY, Richard 103
 HARTMAN, Isaac 104
 HATUEY 324
 HAWKINS, John 51, 60
 HEARST 54
 HELIOGÁBALO 161
 HÉRCULES 6
 HERNÁNDEZ, Eusebio 269
 HERNÁNDEZ DE VELAZCO 337
 HERÓDOTO 21, 23
 HERZL, Theodoro 477-482
 [HEUREAUX, Ulises] (Lilís) 418
 HITLER, [Adolfo] 212, 450, 452-
 454, 465, 466, 501
 HOHENZOLLERN, Guillermo de 424
 HOMERO 4
 HOUSTON, Alexander 104

- HUNT 54
 HUSSEIN 408, 409, 431-433, 435, 436, 439, 440, 444, 445
 HUSSEIN, Abdulah, 431 433, 445, 458, 459
 HUSSEIN, Alí 431
 HUSSEIN, Faisal 431
 HUSSEIN, Mc Mahon a 436
- I**
 IBN SAUD 503
 IRIGOYEN, Hipólito 450
 ISABEL [La Católica] 43, 44
 ISABEL, Princesa 115
 ISABEL, Reina 60
 ISÁGORAS 20, 21, 22
 ISMAIL 407
 ISRAEL, Mikve 477
- J**
 JAAR, Jorge Andón 353, 355
 JAVIER 285
 JEFFERSON, [Thomas] 110, 112
 JENOFONTE 17, 19, 24
 JESÚS 173, 474, 476, 491, 492
 JIMÉNEZ CASTELLANOS 276, 277
 JOHNSON 325
 JOHNSON, Andrew 84
 JOHNSON, Doctor 92
 JOHNSON, Lyndon B. 212
 JOSÉ B. 273
 JOSÍAS 473
 JUÁREZ, Benito 46, 47, 450
 JULIANO, Marco Didio 160, 165
 JULIO CÉSAR 125, 474
- K**
 KADIJA 370
 KADISHA 370
 KAISER 54
 KASSE ACTA, Rafael 353, 355
 KENNEDY, Edward 79
 KENNEDY, John F. 79, 409
 KENNEDY, Robert 409
 KHOURY, Bechara el 462, 463
 KING, Martin Luther 72
 KIPPLING, Ruyard 438
 KISSINGER, Henry 502
 KOSMINSKY, E. A. 233
- KOVALIOV, S. I. 233
 KRAMER, Villagrán 133
- L**
 LAGOS 403
 LARANCUÉN, Juan 342
 LAVINGTON, Lord 68, 73
 LAWRENCE, Thomas Edward
 (Lawrence de Arabia) 430, 434, 435
 LE GOLF, Jacques 234
 LEGUÍA 449
 LEÓN, Ponce de 40
 LEOPOLDO II 422
 LEPKOWSKI, Tadeusz 87, 116, 123
 LEPSESSES, Ferdinand de 416
 LEWIS, Bernard 372
 LEYLAND, Thomas 103
 LICURGO 17, 19
 LINCOLN, Abraham 72, 84, 472
 LONG, Beston 105
 LONGDEN, Henry 105
 LÓPEZ DE CONCHILLOS 55, 56
 LÓPEZ, Mateo 342
 LUCIANO FRANCO, José 254, 277
 LUNDBERG, Ferdinand 54
 LYSIS 53
- M**
 MACDOWALL, William 104
 MACEO, Antonio 114, 238, 239, 242, 243, 247, 248, 254, 257, 258, 260-265, 267-269, 276, 278, 281-285, 287-289, 292, 293, 305, 306, 308-314, 316, 324, 332, 337-340, 345, 346, 348, 349
 MACEO, Bárbara 284
 MACEO, Clara 284
 MACEO, Doroteo 284
 MACEO, José 114, 263, 265, 269, 270
 MACEO, Marcos 284
 MACEO, María del Rosario 284
 MACRINO, Marco Apelio 161
 MAHOMA 358, 359, 365, 366, 369, 370, 374, 376, 377-389, 392, 397, 404, 429, 431, 432
 MALTEL, Carlos 170
 MAMEA 161

- MANNIX, Daniel P. 60, 61, 63, 91-94,
 96-99, 111
 MARCO Claudio Tácito 164
 MARCO Aurelio Caro 152, 153,
 158-160, 164
 MARCRIANO, Fulvio 163
 MARIÁTEGUI, José Carlos 127
 MARQUÉS DE ANTÍN 59
 MARQUÉS DE ARCOS 59
 MARQUÉS DE AUSSIGNÉ 59
 MARQUÉS DE CÁRDENAS DE MONTE
 HERMOSO 59
 MARQUÉS DE CARDEUX DE LA CAYE 59
 MARQUÉS DE CASA PEÑALVER 59
 MARQUÉS DE CHOISEUL PRASLIN 59
 MARQUÉS DE COCHEREL 59
 MARQUÉS DE SAN FELIPE Y SANTIAGO 59
 MARQUÉS DE SANTA LUCÍA 263, 272
 MARQUÉS DE VILLALTA 59
 MARQUÉS DE VILLEN A 40
 MARRYAT, Joseph 106
 MARTEL, Carlos 170
 MARTÍ, José 237-239, 242, 244,
 257, 268, 273, 287, 297, 301,
 302, 310, 324, 329, 330, 361,
 451
 MARTÍNEZ, Maximiliano 449
 MARTÍNEZ CAMPOS, Arsenio 257, 260,
 307, 332, 337, 346
 MARX, Carlos 4, 48-50, 53, 54, 76-
 84, 95, 118, 130, 131, 155, 182,
 208-210, 217, 234, 415, 491,
 492, 494
 MASÓ, Bartolomé 264, 265, 267, 323
 MAXIMILIANO de Habsburgo 389
 MAXIMINO 161, 162
 MC MAHON 435, 436
 MEGACLES 5
 MEIER, Golda 498
 MEJÍA COLINDRE 449
 MELLAFE, Rolando 63, 66
 MELLON 54
 MENDOZA 39, 40
 MENDOZA, Pedro 342
 MENÉNDEZ, Ignacio 449
 MENESES, Enrique 378, 379, 414,
 415, 417
 MEROVEO 156
 MESA, Julia 161
 MEYERSON, Golda 498
 MICHELÉN, Yamil 353, 355
 MILES, Williams 104
 MILETO 28
 MIQUEL, André 386
 MIRANDA 67
 MOHAMED 404
 MOHAMED V 426
 MOISÉS 417
 MOLA, Melchor 248, 312
 MOLIERE 408
 MONCADA, Guillermo 114
 MONTEFORTE, Mario 135
 MONTIFIORI, Mosés 476-478
 MONTILLA 40
 MORENO, Andrés 251, 252, 255,
 256, 340, 342
 MORENO FRAGINALS, Manuel 63, 69,
 71, 85, 118-120
 MORILLO 309
 MORILLO, Pablo 284
 MORÚN ACTA, Salomón 353, 355
 MOSLEY, Leonard 502, 503
 MOSS, James 104
 MOSS, John 106
 MOSSÉ, Claude 9
 MULAY Abder-rahman 412
 MULAY-Abd-el-Hafidh 425
 MUSSOLINI, Benito 450-452, 457
N
 NABONID 365
 NASSER, Gamal Abdel 404, 411,
 455
 NETTER, Charles 477
 NICIAS 31
 NIGRO, Pescenio 160
 NIMER, Aquiles 355, 356
 NIXON, Richard 503
 NOGALES MÉNDEZ, Rafael 430, 431,
 437
 NORODOM, Sihanouk 361
 NUMERIANO 164
O
 OCTAVIO 474
 ODOACRO 155, 156

OLIVERA, Tomás 270
 OMAR Ibn-al-Khattab 384, 417, 429
 ORANGE de Holanda 389
 ORELLANA 449
 OROPEZA, José Manuel 117
 OTS CAPDEQUI, [José María] 45

P

PACASIANO, Marino 162
 PACHECO 39
 PÁEZ, José Antonio 123, 124, 430
 PALMERSTON, Lord 472, 480
 PASAMONTE, Miguel 55
 PASHÁ, Ibrahim 406, 407, 409
 PASHÁ, Nahas 457
 PAYNE, Robert 435, 439, 440
 PEDRO II de Braganza 115
 PEIXOTO, Floriano 115
 PENNAT 105
 PENRHYN, Lord 106
 PEÑA, Braulio 261
 PEREIRA, Luis 450
 PERÉS, Shimon 506
 PÉREZ DE ALMAZAN, Miguel 56
 PERICLES 14, 24
 PERÓN 450
 Pertinax 160
 PETAINE, Mariscal 461, 462, 466
 PICOT 438
 PIERRE-CHARLES, Gérard 63
 PILATOS, Poncio 474
 PIMENTEL 39
 PIRENNE, Henri 184, 201, 203, 214,
 234
 PISANDRO 26, 31
 PITIAS 25
 PITMAN 89
 PLATÓN 19, 37
 PLUTARCO 3, 5, 6, 13, 14, 19, 27,
 28, 30
 POEY, Juan 71
 POLLARD, Edward A. 73
 PONS, Fernando de 66
 PORTUONDO, Rafael 277, 278, 282,
 285
 POSTLEHWAYT, Malachi 91
 PROBO, Marco 164
 PROTHEROE, Philip 104

PTOLOMEO 403
 PTOLOMEO II 417
 PTOLOMEO Lagos 403
 PTOLOMEO Sotero 403
 PUBLICIO LICINIO Galieno 163
 PUBLICIO LICINIO Valeriano 163
 PUIGGROS, Rodolfo 229
 PUPIENO 162

Q

[QUIDIELLO DE BOSCH], Carmen 515

R

RABBAT, Edmundo 471
 RABÍ 323
 RACINE 408
 RAMÍREZ, Manuel 270
 RATEB, Aicha 472
 RIVERA, Rius 275, 283, 311
 ROBINSON, Obispo 94
 ROCKEFELLER 54
 RODINSON, Maxime 376, 383
 RODRIGO 55
 RODRÍGUEZ, Alejandro 261, 272
 RODRÍGUEZ, Mayía 262
 RODRÍGUEZ DE FONSECA, Juan 56
 RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio 126
 ROMMEL 456
 ROOSEVELT, Franklin Delano 72,
 502, 503
 ROQUES MARTÍNEZ, Isabel 356
 ROSARIO, Marcos del 237, 297, 361
 ROTGER 337
 ROTHSCHILD, Edmond de 437, 438,
 477, 483, 487, 492
 RUIZ 337
 RUIZ GARCÍA, Enrique 437

S

SAFTESBURY, Lord 480
 SAIGNES, Acosta 66, 69
 SAINT-MÉRY, Moreau de 59, 62
 SAINZ AYBAR, Zahira E. 353, 355
 SALADINO el Grande 394
 SALAS, César 302
 Salomón 473, 475, 479
 SÁNCHEZ, Juan J. 342
 SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio 227-229

- SÁNCHEZ CERRO, Luis 449
 SANDARS, Joseph 106
 SANTA CRUZ DE OVIEDO, Esteban 70
 SANTANA, Isidro 342
 SANTANA, Pedro 127, 246
 SANTIAGO 40
 SANTOS FRÍAS, José de los 343
 SAUD, Abdul Aziz Ibn 502
 SEGURA 337
 SELASSIE, Haile 452
 SEÑOR DE CAHUZAC 59
 SEÑOR DE DURNÉE 59
 SENUSET III 417
 SEPTIMIO SEVERO, Lucio 160, 161
 SEVERO, Alejandro 161
 SEVERO ANTONINO, Marco Aurelio 161
 SHAFESBURY 472
 SÍCULO, Marineo 41
 SIERRA, Justo 46
 SILFA, Lázaro 343
 SMITH, Adam 89
 SMUTS, Jean Christian 487, 488
 SOLÓN 3-7, 9, 10, 13, 20, 21-23, 35, 380, 387
 SONTONAX, Léger Felicité 109
 SOSA 40
 SOSA, Pedro 270
 SOTOMAYOR, Enrique de 39
 SOUZA, Benigno 249, 258, 259, 262, 265, 268, 272, 284, 288-290, 295, 311, 315, 320, 332, 333, 339
 STALIN, Josef 502
 STELLA 92
 STORR 435
 STRUVE, V. V. 15, 19, 23-27, 31
 SUÁREZ, General 262
 SUÁREZ ARGUDÍN, José 69
 SUÁREZ DE FIGUEROA 40
 SUCRE 297
 SUKRI al-Kuwatli 468
 SWIFT 92
- T**
 TÁCITO, Marco Claudio 164
 TAKAHASHI, H. K. 130
- TAMERLÁN 394
 TEMÍSTOCLES 5, 6, 13
 TEODOSIO 155, 165
 TERAMENES 31, 34
 TERRY, Tomás 63, 69
 TESANDRO 20
 THOMAS, Sir Daiby 89,90
 THOMPSON 325
 TISAFERNES 28, 30-32
 TITO 475, 489
 TOLEDO, María de 55, 56
 TORO DE GÓMEZ, Bernarda (Manana) 269, 305
 TORRES, Camilo 490
 TOUSSAINT LOUVERTURE 110, 122, 123
 TRAJANO 417
 TRAJANO, Cayo Decio 162
 TRUJILLO, [Rafael Leonidas] 328, 449, 507
 TRUMAN, Harry S. 486, 503, 504
 TUCÍDIDES 14, 19, 25-31
 TUGHRILBERG 393
- U**
 ULIANOV, Viadimir Ilich (Lenín) 53, 434, 458
 URIBURU, General 450
- V**
 VALDÉS DOMÍNGUEZ, Fermín 263, 268, 269, 278, 279, 283, 289
 VALENTINIANO 165
 VALERIANO 163
 VANDERBILT 54
 VARGAS, Getulio 138, 450
 VARGAS, Tulio G. 450
 VÁSQUEZ, Horacio 449
 VÁSQUEZ DE AYLLON, Lucas 56
 VAUGHAN, Richard 104
 VEGA, Fernando de la 55, 56
 VESPASIANO 475
 VICENS-VIVES, Jaime 38-40, 229, 231
 VILLAGRÁN KRAMER, Francisco 131, 135-137
 VILLOBOS, Marcelo de 56
 VILLENA 39
 VOLUSIANO 162

W

WALKER, William 73

WASHINGTON, [George] 244, 302,
450

WATT, James 105

WEBER, Max 234

WEIZMAN 482, 483

WEYLER, Valeriano 248, 260, 283, 284,
286, 289, 290-292, 296, 313, 317,
319, 320, 323, 337, 346, 347, 350

WILBERFORCE 95

WILLIAMS, Eric 58, 60, 62, 64-66,
80, 86-90, 93-96, 102-106

WILLIAMS, John Alden 377

WINGATE 435

WOOD, William 88, 91

WOODROW, Wilson 356, 484, 485

Y

YASSEN, Mustafá Kamil 471

YEARA NASSER, Jorge 353, 355

Z

ZENÓN 155

ZEUS 25

EL TOMO XVI (TEXTOS HISTÓRICOS), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF, S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.